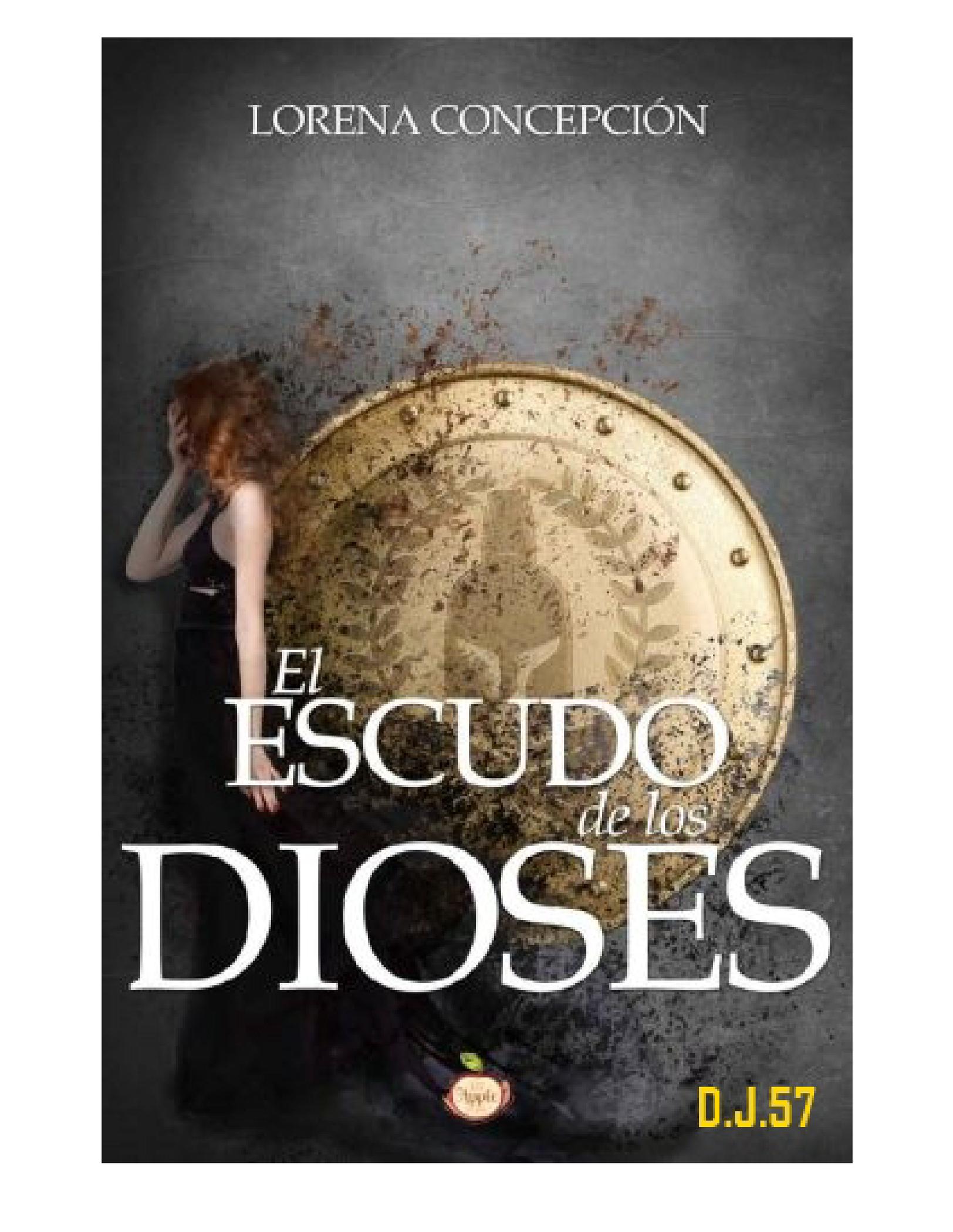


LORENA CONCEPCIÓN



El
ESCUDO
de los
DIOSES



D.J.57

El escudo de los dioses

Lorena Concepción



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

El escudo de los dioses

©Lorena Concepción

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: Isla Books

Imagen de la cubierta: ©Irina Pusepp | ©andreykuzmin

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro — incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

*“Aunque rompimos sus estatuas,
aunque los expulsamos de sus templos,
no por eso murieron del todo los dioses”.*
(Jónico de Konstantino Kavafis)

Prólogo

Ares, el Dios de la guerra, entró en la gran sala de oro, mármol blanco y púrpura; desprovista de cualquier tipo de decoración que no fuera el trono de su padre Zeus, Dios del trueno. El sitial relucía, hecho de oro macizo y el más grande que jamás pudiera existir; no se comparaba tan si quiera con los magnánimos tronos reales de los mortales u otros seres divinizados por estos. Este era realmente espectacular, decorado con águilas, su símbolo, y leones a los pies, con un gran relieve inmortalizando las mayores gestas de los Dioses del Olimpo. En el centro de la sala había una magna mesa dorada con la superficie de agua, donde los Dioses podían ver lo que desearan del mundo humano y más. Desde allí, antiguamente, cuando los mortales aún veneraban a los Dioses Olímpicos, se tomaban las decisiones que concernían a esos seres.

Los Dioses hacía mucho tiempo que habían dejado de importar en la vida de los humanos, aunque en algunos lugares se mantenía el culto. Era por eso que todavía se les permitía interceder en la vida de algunas personas en casos extremadamente particulares. Aunque Ares no seguía esa regla a rajatabla y era por eso por lo que Zeus seguramente lo había convocado, una vez más. Ellos no eran los Dioses originarios, no estaban emparentados. El mito sobre su inmortalidad no era del todo cierto, sí que tenían una vida más larga que la humana, bastantes de miles de años más, pero llegaba un momento en el que aparecía un Sucesor, un Dios con las mismas características y dones que suplantaba al anterior; y este desaparecía en el Submundo. Pero hasta que el Sucesor aparecía, gozaban de una cierta inmortalidad e invulnerabilidad.

Ares sabía por qué lo habían requerido en el Olimpo, pues no solía frecuentarlo, y así lo prefería. Vivía en las profundidades de la tierra, donde se estaba mucho mejor que con aquellos estirados y prepotentes Dioses. Solo acudía en los momentos que no había otra opción, que eso solía ser cuando el todopoderoso Zeus quería darle un toque de atención como si fuera un padre de verdad. Ares rio amargamente para sí mientras pensaba que nunca había sido un padre para él, y cuando intentaba sermonearlo lo ponía de los nervios. En cuanto entró vio cómo su supuesto padre lo miraba con reprobación, no

estaba nada contento, de eso no cabía duda. Zeus, Dios del trueno y padre de la segunda generación de Dioses Olímpicos era un dios justo y bondadoso, en teoría; por eso fue el elegido para reinar los cielos y la tierra, por encima de sus dos hermanos: Hades y Poseidón. Era demasiado joven para ser el padre de los dioses, su padre, pero solo en apariencia. Su aspecto disentía mucho a cómo los humanos lo habían descrito e imaginado. Tenía el pelo largo y rizado, le llegaba por los hombros y totalmente moreno a pesar de lo que creían los mortales. Sus ojos eran verdes, y en ellos se reflejaba todo el peso que llevaba a sus espaldas. Su cara estaba adornada con un rastro de barba lejos de ser esa barba blanca y larga que los mortales le atribuían como símbolo de sabiduría. Eran unos seres tan simples y crédulos... Una sardónica sonrisa se dibujó en su perfecto rostro.

En esos momentos Ares no estaba viendo a ese Dios bondadoso y justo, de hecho muy pocas veces lo había visto, no confiaba en él, en general no se fiaba de ningún Dios. Pero aunque no fuera su padre en realidad, sentía como si así fuera. Cuando un Sucesor aparecía, heredaba todo del Dios anterior, es por eso que Ares no podía evitar sentirse el peor hijo del mundo. Sabía que esta vez se había pasado de la raya, pero no pensaba admitirlo.

—Dejadnos solos —pidió Zeus con tono autoritario a sus otros dos hijos: Atenea y Apolo. Los cuales estaban reunidos con Zeus.

—Esta vez la has hecho buena, Ares —le reprochó su hermanastra Atenea.

Ella tenía un don parecido al suyo, era la Diosa de la guerra y la astucia, por eso sus batallas eran bastante aburridas según su parecer. Él optaba por la violencia y el odio, eso siempre sacaba a los mejores guerreros, o acababa con los peores.

—Lo siento, no he podido hacer nada. Esta vez te has pasado —le susurró su hermanastro al pasar por su lado dirigiéndose a la puerta. Apolo siempre intentaba mediar entre él y su familia, era el único que lo entendía y en quien confiaba.

Sus dos hermanastros desaparecieron por la puerta y se quedó a solas con el padre de los Dioses. No estaba asustado, sabía que esta vez no se había podido controlar y se salió mucho de su papel. Normalmente intentaba no sobrepasarse, pero en esta ocasión no sabía qué le había poseído. Seguramente Zeus lo castigaría otra vez con alguna misión u otra cosa aburrida, y pronto podría volver a sus quehaceres y diversión particular.

—Hijo, sabes que te aprecio. —Suspiró Zeus pasándose la mano por la

cara. Ares pensó que ese comienzo no era buena señal, y por supuesto ni se lo creía. La palabra “hijo” hizo que esbozara una mueca en su boca—. Pero esta vez no te lo puedo dejar pasar. Los humanos no son títeres a nuestra voluntad, llevamos su destino pero no puedes jugar con sus sentimientos y vidas por tu placer.

—Son personas, Zeus, no son importantes. Entiendo que les tengas aprecio, pero cuando dejaron de venerarnos se convirtieron en seres prescindibles. Además soy el Dios de la guerra, si no hago mi voluntad ¿quién la va hacer? —se excusó él con una sonrisa petulante y altiva.

—¡Ares, esa no es la actitud! Te lo he dicho muchas veces, estamos cambiando, intentamos solucionar los asuntos de los humanos con la menor violencia posible y tú actúas por tu propio pie deshaciendo todo lo que nosotros hacemos. Pero esta vez has ido demasiado lejos, mucha gente inocente ha sufrido por tu egoísmo. —La voz de Zeus resonó por toda la estancia—. Son personas y tienen todo el derecho a vivir su destino y nosotros procurar que así sea, pero no podemos intervenir en sus vidas a nuestro gusto y semejanza. —«*A no ser que seas Zeus, ¿no?*», pensó reprobatoriamente Ares. Pero no era idiota y no iba a llevarle la contraria a Zeus, así que dejó que siguiera con su sermón—. Esta vez ha sido demasiado grave y tengo que castigarte severamente, espero que acates mi decisión con entereza y madurez, aunque con tus actos me has demostrado que careces de ello. —Ares sintió la furia en su interior y apretó los puños a sus costados. Eso no tenía buena pinta—. Voy a delegarte a la tierra, te quitaré tu aura divina, conservarás tu don pero ajustado a la vida humana.

—¿Qué? ¡No puedes hacerme eso! —Ares se sintió dolido, entró en cólera, no le apetecía nada relacionarse con esos seres tan insignificantes.

—Puedo y lo haré —dijo Zeus tranquilamente. Ares apretó la perfecta mandíbula con rabia mientras en su interior rugía su divina sangre prometiendo venganza. Pero no dijo nada, Zeus, seguía siendo Zeus y él no era estúpido—. La decisión ya está tomada y que así sea. —Sabía que esas palabras eran la pura verdad y que nada de lo que dijese podría cambiar su decisión.

—¿Cuánto tiempo?

—El que yo considere necesario.

Ares gruñó cabreado y salió de la estancia tan rápido como pudo mientras escuchaba vagamente a Zeus gritar algo en su espalda; pero no prestó atención. Estaba lleno de ira, pues sabía que esa decisión la había

provocado su hermanastra Atenea, nunca se habían llevado bien y era una niña de Papá. Montó en cólera y destruyó todo lo que venía a su paso. El pasillo blanco con decoraciones de estatuas y otras obras con imágenes de los Dioses acababan destrozadas a su paso. Odiaba a todos y cada uno de los Dioses. Todos se habían adaptado a los nuevos tiempos menos él, seguía con la mentalidad del viejo Ares y no podía hacer nada para cambiarlo. Se detestaba por eso, por ser el más débil porque no era capaz de avanzar y crear su propia versión de sí mismo. O, ¿es que en realidad no quería?

—¡Ares! —lo llamó Apolo—. ¡Para, tranquilízate!

—¿Qué me tranquilice? ¡Esto es culpa de Atenea! —La menospreciaba. Siempre había sido la favorita de su padre. Es por eso que hasta los humanos inventaron el mito en el que ella salía de la cabeza de Zeus, pues según su padre no podría haber tenido una hija mejor ni que la hubiera imaginado. ¡Idiota!

—No ha sido culpa de ella. —Intentó reconciliar su hermanastro.

—¡Siempre estás de su parte! —Tiró un jarrón al suelo y después destruyó una estatua de su padre mientras se dirigía al gran jardín, demoliendo todo lo que estaba en su paso en el largo pasillo blanco.

—Sabes que eso no es cierto. Yo siempre estoy en medio de todos —dijo dolido Apolo.

—¡Joder, ya lo sé! —Al llegar al jardín se sentó en un banco rodeado de flores que brillaban de diferentes colores y se pasó las manos por el cabello ondulado. Su hermanastro se sentó a su lado y apoyó una mano en su hombro en señal de apoyo. Era el único que podía acercarse cuando tenía un ataque de rabia, también era el más tonto por seguir a su lado.

—Solo tienes que demostrarle a Zeus que puedes tener sentimientos y que respetas a los humanos y podrás volver, solo eso. —Ares rio amargamente ante las palabras de Apolo.

—Solo eso... como si fuera tan fácil.

—Algunos humanos son adorables. —Rio Apolo haciendo que Ares lo siguiera con una risa divina y masculina. Apolo siempre lo tranquilizaba.

—Sé que las decisiones de Zeus no tienen revocación, por eso mismo haré que se arrepienta de ella hasta el último día de su jodida existencia. —Se puso en pie ante la atenta mirada de Apolo—. Zeus quiere que conviva con ellos, pues eso haré. —Sonrió malvadamente. Apolo suspiró exasperado, quería ayudar a su hermanastro, pero se lo estaba poniendo muy difícil.

—Ares..., por favor—suplicó.

—Lo siento Apolo, si no quieres estar más a mi lado lo comprenderé. Pero pienso hacer que el todopoderoso Zeus se arrepienta de haberle hecho caso a su niña mimada.

Capítulo 1

Tres meses más tarde

Scarlett Bouclier se había mudado a la gran ciudad para perseguir su sueño. Le encantaba el mundo del cine y el teatro, pero no la parte que todo el mundo conocía, no ansiaba tener fama o ser reconocida como lo eran las estrellas del cine, no anhelaba salir en televisión o tener un gran público. Ella quería estar detrás de los espectáculos de teatro, detrás de las cámaras, quería ser directora de arte. Le encantaba organizar los escenarios, preparar los decorados, el vestuario y maquillaje de los personajes, las escenas. Sobre todo se entusiasmaba cuando tenía que elaborar una época en concreto que no fuera la actual. Cuando eligió dedicarse a esta profesión supo perfectamente que en su pueblo no tendría oportunidad alguna de prosperar en el mundo del espectáculo como directora de arte; es por eso que había acudido a la ciudad, donde se formó en estudios teatrales y fue al lugar en el que en teoría, había más oportunidades. Por el momento trabajaba en una pequeña compañía de teatro y le encantaba. Claro que no lo hacía sola, tenía un pequeño gran equipo detrás de ella.

A sus veinticinco años estaba muy feliz con su vida. Su madre tardó en aceptar que ella se dedicara a este mundo, pues según su punto de vista, era algo complicado tachándola de demasiado soñadora e ilusa. Sabía que lo hacía porque le recordaba a ella cuando tenía su edad. Su madre siempre quiso algo más estable y cerca de ella para su hija, algo como abogada o alguna profesión que pudiera ejercer en el pueblo. Pero finalmente la apoyó y comprendió que esto era lo que ella necesitaba para ser feliz, y allí estaba, trabajando de lo que quería. Le había costado mucho esfuerzo y había aceptado muchos trabajos poco realizadores antes de poder tener un puesto de responsabilidad en la compañía de teatro para la que trabajaba, pero había valido la pena.

Lo único que lamentaba era no estar con su madre y su mejor amiga de toda la vida, Dafne, a quien también había dejado en su pueblo junto con Scott, su otro amigo. Ellos sí que la habían apoyado desde el primer momento. A veces deseaba que estuvieran ahí con ella, pues hablar por

teléfono y mensajes no era lo mismo.

Aunque no lo estuviera buscando, cada vez la gente la conocía más e incluso había recibido ofertas para la televisión; cosa que no descartaba cuando se le acabara el contrato, pero de momento estaba bien así. Paralelamente, las cosas en lo personal no le iban tan bien como le gustaría, su madre se estaba volviendo un poco paranoica por estar tan lejos, lo entendía porque solo se tenían la una a la otra, pero Scarlett quería vivir su vida. No pretendía ser egoísta, quería muchísimo a su madre, pero la conocía bien y sabía que odiaba estar sola, su misión desde el principio había sido que ella dejara todo lo que había conseguido en la ciudad para volver a su lado. Por eso su madre se había inventado todas esas paranoias y malos presentimientos que la preocupaban, aunque solo estaban en su imaginación y había esperado que con el tiempo se le pasara, pero cada vez iban a peor. Scarlett agradecía no tener mucho tiempo libre para pensar en ello. El trabajo era casi a tiempo completo, por lo que no le daba para tener mucha vida social ni familiar.

En esos momentos, Scarlett estaba revisando los decorados para la obra del fin de semana. Estrenaban una obra nueva que se representaría durante los próximos meses, era una readaptación de la obra *Mostellaria* de Plauto, un comediógrafo romano. Adaptada y con otro punto de vista por un autor que ahora estaba teniendo mucho éxito, Sean Mayers. Realmente esta era su tercera obra y, después de un concurso que hizo la compañía, fue la escogida para ser representada. Se trataba de una comedia muy divertida y eso llamaba mucho, además la crítica le tenía gran estima a Sean. Aunque si ya habías visto más de tres veces la obra y te habías empapado de ella hasta la saciedad tratando de entenderla al detalle para saber proyectarla, dejaba de tener gracia, como era el caso de Scarlett. Ella había hablado unas cuantas veces con Sean, de vez en cuando venía a ver los ensayos. Era muy majo y tenía grandes ideas para sus obras, por no hablar de lo guapo y divertido que era, sus ojos marrones la encandilaban siempre que la miraban.

—Scarlett, se han estropeado estos vestidos. —Entró una de las actrices en el cuarto que habían habilitado para los decorados en el edificio del teatro.

María, una chica preciosa que hacía poco se había unido a ellos. Rubia con los ojos verdes y de más o menos su edad. Ese fin de semana se estrenaba como protagonista. Scarlett no pudo obviar los grandes agujeros que perforaban la ropa de los dos protagonistas. Su corazón se paró.

—¡No puede ser, son los que utilizáis tú y Clayton! —Ellos eran los

actores principales, con lo cual era un drama, pues quedaban dos días para la función.

—Lo sentimos, no nos dimos cuenta y salimos a fuera con ellos, estaba lloviendo y resbalamos, se nos mancharon de barro y al caernos se nos rompieron un poco...—dijo María avergonzada.

«Claramente han estado haciendo cosas sucias... y no me refiero al barro...», pensó Scarlett. Ella la miró arqueando una ceja.

—Está bien, veré que puedo hacer...—Suspiró, no quedaba más remedio, tendría que hacer magia. Al menos los habían lavado antes.

—¡Muchas gracias, te prometo que no volverá a pasar! —La abrazó María.

—¡Sí, sí, espero que sea verdad! —María le tendió las prendas—. ¡Dios, están hechas un asco! Espero que al menos valiera la pena. —María rio y le guiñó un ojo. Después se marchó dándole las gracias una vez más.

Scarlett miró la ropa, o una de dos, o los había atacado un oso o la pasión que había entre esos dos no era normal. No es que ella hubiera tenido muchas relaciones, pero de lo que sí estaba segura era de que ninguna de ellas había llegado al extremo de casi arrancar la ropa del otro.

—Ya podrían hacer estas cosas con su ropa ¡joder! —se quejó ella en voz alta.

Ahora tendría que pasarse lo que quedaba de tiempo hasta la función cosiendo para tener listos los trajes. Podría delegárselo a una de sus ayudantes de vestuario pero..., ya lo dice el dicho: si quieres que las cosas salgan bien, hazlas tú mismo. Así que metió las prendas en una bolsa y siguió con su trabajo.

No supo cuánto tiempo estuvo más allí revisando que todo estuviera en orden, pero cuando acabó se dirigió a la sala donde estaba teniendo lugar el ensayo; ya no quedaba nadie. ¿Tan tarde era? Sacó el móvil y miró la hora, desde luego que era tarde. Normal que no quedara nadie, eran las once y media de la noche. No sabía cómo se lo hacía pero siempre era la última en salir.

Por otra parte le encantaba pasearse por el teatro en la noche cuando no había nadie; tenía un encanto diferente. Scarlett se posicionó en el centro del escenario y miró a su alrededor con la poca iluminación que quedaba encendida, era mágico ese lugar. Observó sus cortinas rojas, la gran lámpara en el centro del teatro que en esos momentos estaba apagada y el decorado de la obra. Era como si estuviera en una casa romana, con sus columnas y sus

esculturas de los Dioses greco-romanos a los que tanto veneraban y temían en la antigüedad. Gracias a su equipo de diseño había conseguido un gran trabajo.

Si pudiera se quedaría allí, era genial sentirse parte de un decorado, como si realmente aquello fuera más que simple atrezzo, era fascinante. Pero tenía que volver al mundo real. Se dirigió a la salida donde se encontraba Izan, el hombre de seguridad. Era un señor muy amable, de unos cincuenta años.

—Buenas noches señorita Bouclier. ¿Otra vez hasta tan tarde? —Le sonrió cordial.

—Buenas noches, llámeme Scarlett. Y sí, hoy toca llevarme trabajo a casa incluso —suspiró cansada mostrándole la bolsa con la ropa.

—Bueno, espero que no sea mucho. —Hizo una mueca.

—Me temo que sí lo es, pero yo puedo con todo. —Rio.

—Así me gusta, tenga cuidado.

—Lo tendré, hasta mañana. —Le sonrió mientras salía por la puerta.

—Hasta mañana señorita Bouclier. —Por un momento vio en los ojos verdes de Izan un brillo intenso. Pero seguramente era el cansancio, así que dejó pasar que la llamara por el apellido otra vez, y le sonrió mientras él le sostenía la gran puerta de estilo modernista decorada con formas curvas y elegantes para que saliera.

Después se dirigió a su piso. Lo había alquilado cuando llegó a la ciudad hacía ya cinco meses; cuando le salió este empleo en la compañía. No era gran cosa, pero para ella sola estaba bien, de todos modos pasaba más tiempo en el teatro que allí. Cuando llegó se dirigió a su diminuta cocina-comedor y se preparó un bocadillo con pan de molde, algo rápido y sencillo. Luego se dio una ducha y se lavó los dientes.

—Desde luego que lo que no haga yo por esta compañía no lo hace nadie...—se quejó en voz alta—. Tengo que dejar de hablar sola...—Rio Scarlett mirándose en el reflejo del espejo del baño azul, sus ojos color miel denotaban cansancio.

Así que por fin se metió en la cama, mañana sería otro día.

No supo qué hora era cuando le sonó el móvil. Aún estaba dormida y tanteó la mesita de noche en busca de su teléfono. Descolgó sin mirar quien era.

—¿Sí?—pronunció dormida.

—¿Así saludas a tu madre después de tanto tiempo?—se quejó burlona su madre.

—¡Mamá! ¡Hola!—Se incorporó en la cama—. Lo siento es que estaba durmiendo ¿Va todo bien? ¿Qué hora es?—Se preocupó.

—Tranquila hija, todo está bien, bueno todo lo bien que se puede estar en esta situación... Al menos no hay cambios malos. Son las nueve, pensé que estarías despierta.

—No te preocupes, normalmente sí pero hoy al tener libre he dormido más de la cuenta. —Scarlett obvió los comentarios paranoicos de su madre, en el fondo la mujer lo hacía porque se preocupaba por ella. Se sintió mal una vez más por haberla dejado sola.

—¿Otra vez trabajando hasta tarde?

—Sí, pero ya sabes que me encanta. —Evitó decir que eso la aislaba de sentirse mal por saber que ella no lo pasaba nada bien por estar tanto tiempo separadas.

—Bueno, deberías tomarte un descanso y venir a casa... —Ya empezábamos.

—Mama...—la cortó.

—Vale, perdona hija, es que te echo de menos.

—Y yo a ti. En cuanto pueda te haré una visita, lo prometo.

—Ojalá sea pronto, y bueno, ¿cómo va el trabajo? —Sabía que su madre se esforzaba por no hacerla sentir mal, por eso intentaba no tenérselo en cuenta.

—El trabajo bien, me encanta esta nueva obra en la que estamos trabajando. —Sonrió un poco.

—Me alegro, y de novios ¿Qué tal?—Rio su madre sabiendo que no le gustaba que le preguntara por esos temas.

—¡Mamá! Ya sabes que no tengo tiempo para esas cosas, voy del teatro a los recados que tengo que hacer, tanto del trabajo como personales, y de allí a casa y de vuelta al teatro.

—Bueno seguro que pronto te sale una cita, con lo guapa que tú eres... Aunque igual mejor sola que mal acompañada...

Scarlett puso los ojos en blanco ante el comentario de su madre, siempre había pensado que les tenía algún tipo de rencor a los hombres, aunque con lo de su paranoia ya no sabía qué pensar.

—¿Y tú como estas? Pero de verdad, mamá. —Scarlett tenía la ligera sospecha que el abandono de su padre, aunque su madre nunca lo

mencionaba ni había dicho nada, no lo había superado. Y estaba segura de que tenía miedo de que ella también desapareciera. En el fondo la entendía.

—Voy haciendo, Dafne me visita de vez en cuando.

—Me alegro, así me quedo más tranquila. —Sonrió al recordar a su amiga.

—Hija, sé que crees que es paranoia mía, pero ten mucho cuidado, ¿vale? Solo por si acaso. Y si notas algo en ti, no te encuentras bien o ves alguna cosa diferente en tu entorno, llámame ¿Vale?

—Mamá, no va a pasarme nada, te lo prometo, estaré bien, estaremos bien.

—Claro que sí —dijo su madre no muy convencida.

—Te tengo que dejar, mamá. Nos vemos pronto. —Le sabía mal pero ya no quería seguir con la conversación.

—Está bien, te quiero cariño, cuídate.

—Yo también te quiero, tú también.

Y se despidieron. Scarlett se tumbó en la cama boca arriba pensativa. Se sentía mal por haberla dejado en aquel pueblo de mala muerte alejada de todo y sola. Su madre era una mujer fuerte y no una paranoica que la necesitaba a su lado, o al menos lo fue en algún tiempo. Pero no la culpaba, después de que el amor de tu vida te deje a la estocada con una niña y tener que hacerte cargo tú sola de todo... no era nada agradable. O al menos eso fue lo que le explicó su abuela cuando era pequeña y se le había quedado grabado, pues su madre jamás hablaba mal de su padre, si es que se podía llamar así, ni siquiera lo había nombrado, no quería hablar del tema. Es por eso que Scarlett lo había acabado aceptando y optó por no preguntar más.

Ella también la echaba muchísimo de menos, no solo a su madre sino a su familia, sus amigos de siempre; no tenía familia de sangre, su abuela murió cuando era pequeña y a decir verdad, su madre nunca se había llevado muy bien con ella por lo de su padre, ya que nunca estuvo a favor de esa relación y por eso no se veían mucho. No tenía tíos ni primos y por su puesto de la familia de su padre no tenía idea. Así que su familia eran sus amigos del pueblo, Dafne y Scott, con quienes hablaba frecuentemente. Con Dafne, hablaba más, pero al estar lejos no era lo mismo, habían sido como hermanas y a pesar de la distancia, seguían siéndolo.

Le escribió un mensaje para preguntarle cómo estaba y su amiga no tardó en contestar, estuvieron hablando de tonterías y chicos, ya que a Dafne siempre le ocurrían cosas muy raras y graciosas, tenía un imán para eso.

Al rato Scarlett decidió levantarse; mañana empezaría la locura del día antes del estreno y necesitaba tener los trajes listos. Sabía que esa noche se la iba a pasar cosiendo, sería mejor que comprara unos nuevos, pero no llegarían a tiempo y tampoco es que Scarlett fuera muy dada a pedir ayuda. Aunque debería, pues tenía una magnífica ayudante que podría ayudarla a hacer este trabajo, pero hoy era el día libre de Lara, bueno y el suyo también, pero ella era la jefa.

—Bueno aún queda todo el día, así que yo puedo. Si pude superar las pruebas tan difíciles que me ponía aquel maldito profesor, esto será coser y cantar, nunca mejor dicho. —Rio ella sola mientras se animaba y pensaba en lo duro que fue uno de sus profesores cuando estuvo estudiando. Aunque realmente se lo agradecía, pues gracias a él, se convirtió en una de las mejores de la clase—. En serio, tengo que dejar de hablar sola. —Rio más.

Una vez desayunó se puso manos a la obra con los trajes, no se dio ni cuenta del tiempo que había pasado cuando ya estaba acabando el vestido de María.

De repente, le sonó el móvil con el aviso de un mensaje, eran las tres del medio día y necesitaba comer algo. Así que dejó el traje ya acabado y cogió el móvil mientras se dirigía a la cocina para prepararse algo de comer. Miró el mensaje, era de Sean, su corazón dio un vuelco y sus atrayentes ojos marrones le vinieron a la mente enseguida. Una sonrisita tonta se le dibujó en el rostro. Le decía que estaba en la ciudad y que si quería podían verse. La verdad es que a Scarlett le gustaba mucho, era muy guapo, rubio y con los ojos marrones más preciosos que había visto jamás, pero no quería parecer desesperada, aunque realmente estaba deseando tener una relación de pareja. Casi ni recordaba la última relación que tuvo, fue en la universidad con un chico un poco idiota que no le hacía mucho caso, desde entonces no había vuelto a tener nada serio, bueno, y no serio tampoco. Echaba de menos tener a alguien cerca que la apoyara y estuviera con ella.

Se vio en el reflejo de la vitrina y vio esa sonrisilla en su cara de tonta, tenía que admitir que Sean le gustaba mucho; sus mejillas tenían un pequeño rubor.

—¿Pero qué me pasa? Ni que fuera nueva en esto... Además, igual no quiere nada más que mi amistad —se dijo a ella misma.

Pero a todo el mundo le gustaba pensar que se sentían atraído por uno, ¿no? Así que Scarlett decidida a saber a dónde la llevaba toda esta historia le contestó que sí. Sean no tardó en responder que la pasaría a buscar esa noche

para cenar. Entonces ella se acordó de que tenía que coser los trajes y que igual no le daba tiempo, pero es que tenía muchas ganas de verlo.

—¡A la mierda! Por una vez me toca pasarlo bien... y si me tengo que estar toda la noche cosiendo, estaré. —Se auto convenció.

Y después de hacer pasta para comer, se puso de nuevo con los trajes, menos mal que siempre se llevaba su máquina de coser a todas partes y tenía todo lo necesario para emergencias como esta. Ya solo le quedaba el vestuario de Clayton, por lo que después de estar toda la tarde, pudo acabarlos. Miró la hora y solo le que quedaban unos diez minutos antes de que llegara Sean para arreglarse, entró en pánico.

Scarlett fue corriendo a su habitación para ver qué tenía en su desastroso armario, era muy ordenada para su trabajo pero en lo que refería a su vida personal, era un auténtico desastre. Eligió un conjunto de tejanos ajustados y un jersey igual de ceñido de media manga, casual pero elegante. Su cuerpo no era el más esbelto y delgado, tenía sus curvas, y ese conjunto se amoldaba a su figura perfectamente. El jersey era de color granate con escote en v, que acentuaba sus voluminosos pechos, ni muy grandes ni muy pequeños. Lo acompañó con unos tacones negros, que como no era muy alta siempre eran unos buenos aliados. Rápidamente fue al baño y se hizo unas ondas en el cabello moreno que lo llevaba por los hombros. Luego se maquilló sutilmente pero realzando sus carnosos labios con un rojo intenso, esperaba que no se estuviera pasando y que él solo quisiera ser su amigo.

—Eso sería un corte —pensó ella en voz alta.

En cuanto se estaba poniendo la colonia con olor a fresa, tocaron al timbre. Scarlett se revisó una última vez y fue a abrir la puerta de su piso para encontrarse con un sonriente Sean en la puerta. Era alto y fuerte, su cabello era rubio tirando para moreno y lo llevaba peinado hacia atrás. Sus ojos color chocolate la dejaban sin aliento.

—Estaba la puerta del portal abierta así que... ¡Wow, estas preciosa! — La cogió de la cintura y le dio dos besos a modo de saludo. Scarlett se sonrojó tanto por el cumplido como por su cercanía.

—Muchas gracias, tú también estas muy guapo, es decir, como siempre, bien y eso...—Se puso nerviosa y él rio.

—Eres adorable. —¿Adorable? ¿Cómo debía tomarse eso? Cuando un hombre te dice que eres adorable es que te ve como una hermana pequeña o algo así ¿no? Esperaba que no fuera el caso—. ¿Estás lista?

—Sí, cojo el abrigo y el bolso y nos vamos. —Le sonrió dispuesta a no

pensar y solo en dejarse llevar por el guapo escritor.

Sean la llevó a un restaurante genial de la ciudad, él ya había estado antes allí; menos mal porque si fuera por ella no sabría dónde ir. El lugar era muy elegante, con una decoración que parecía una sala de baile de un castillo antiguo, pero con las modernidades de la actualidad. La verdad es que la comida estaba muy buena también y no era muy caro, ya que había estado mirando los precios de la carta. Aunque como

Sean le había dicho que los platos eran muy grandes, optaron por compartir. Estaba siendo una velada genial, tenían muchas cosas en común y cada vez se sentía más cerca de él, era tan guapo...

—Pues estoy deseando saber qué te parece mi obra, nunca me lo has dicho. —La miró expectante.

—Pues... me parece una obra genial, si no la hubiera visto más veces que tú. —Rio—. Es graciosa pero a la vez te hace reflexionar, está muy bien. —Le sonrió con vergüenza.

—No lo digas por cumplir. —Rieron.

—Está bien, es un horror, lo siento —bromeó y Sean se echó a reír.

—Creo que prefiero que me engañes.

—Tarde. —Rio.

—¿Sabes que tienes unos labios muy sensuales?—Le guiñó un ojo y Scarlett se puso colorada como un tomate.

—Me alegro de que mis labios te parezcan sensuales. —Sonrió avergonzada.

—Ya lo creo ¿Nos vamos? Te voy a llevar a un sitio donde hacen los mejores helados del mundo. —Le dedicó una sonrisa encantadora.

—¿Enserio? Es invierno, a ver, a mí me encantan los helados, pero siempre que lo digo en invierno la gente me mira raro. —Rio. Otra cosa que tenían en común.

—Pues a mí me encantan sea cual sea la estación del año. —La verdad es que tenía una sonrisa muy bonita y perfecta.

Una vez salieron del restaurante fueron caminando hasta la heladería que había en una plaza de la ciudad, era de noche y estaba todo más tranquilo. Solo de vez en cuando se encontraban con algunas gentes paseando; unos de vuelta a casa y otros que salían por ahí. Durante el camino Scarlett intentó rozar su mano con la de Sean para ver si este reaccionaba y se la cogía, pero nada.

—Aquí es. —Se paró delante de una pequeña heladería muy mona.

—Tiene buena pinta. —Le sonrió.

Entraron y se fijó en que todo estaba decorado con mucho gusto; entre rústico y en tonos pastel. Era muy acogedor el sitio y no muy grande. Sean se pidió una copa de helado de las más grandes que había, se notaba que no lo decía en broma eso de que el helado le encantaba. A ella también, pero no se veía capaz de comerse todo eso, aunque si se lo proponía estaba segura de que sí podría. Al final Scarlett eligió una tarrina de dos bolas: chocolate y stracciatella.

—Mmm ¡Está buenísimo!—Lo degustó una vez se sentaron en una de las mesas.

—¿Verdad? —Rio él.

—¿Cómo puedes comerte todo eso? —Sonrió ella señalando con su cuchara la copa gigante de helado.

—Soy un glotón y el dulce me pierde. —Rio con una sonrisa perfecta. «¡Dios, pero que guapo es!».

—¿Y cómo consigues estar así comiendo todas estas porquerías? —Se notaba que Sean tenía un buen cuerpo; fuerte y atlético.

—Es un secreto. —Le guiñó un ojo y Scarlett se deshizo como su helado. Le gustaba mucho, era muy guapo, amable y tenían muchas cosas en común.

—¿Cómo te dio por escribir teatro?—le preguntó ella mientras cogía una cucharada de su helado.

—Pues no fue algo premeditado, la verdad, un día vinieron las musas y me inspiraron para crear y ya no pude parar. —Rio.

—Pues me alegro de que te visitaran. —Le siguió ella en la risa—. Y dime ¿Por qué me has pedido salir? —Scarlett estaba que no cabía en ella por la curiosidad.

—¿La verdad? —Ella asintió.

—No lo sé, tienes algo que llama mi atención. No me malinterpretes, eres preciosa y graciosa, me he reído mucho contigo, pero... yo no suelo pedir a las chicas salir. —Rio—. Pero tú me gustas, Scarlett. —Ella sintió como los colores se le subían y su corazón bombeaba a más velocidad. Un calor extraño en su pecho se instaló.

—¿Enserio?

—Muy enserio. Y tu ¿porque has dicho que sí? —La miró pícaro.

—Pues... Puede que me gustes también. —Le sacó la lengua burlona y después tomó una cucharada de su helado.

—Ese “puede” tendré que hacer que desaparezca. —Le sonrió mientras alargaba su mano hasta su boca y le limpiaba la comisura de sus labios donde se había quedado un poco de helado; para después llevárselo a la boca. Scarlett se murió de la vergüenza, aquello era muy sexy, más si él no la dejaba de mirar con esos ojos marrones que parecían de otro mundo. Deseaba que la besara.

Pero Sean rompió el contacto visual rápidamente y Scarlett creyó atisbar arrepentimiento en su mirada, pero solo por un segundo. Una vez acabaron sus helados caminaron hasta el coche de Sean y él la acompañó a su casa. Scarlett estaba muy nerviosa, pues no sabía si él esperaba que lo invitara a su piso o no, si ella quería hacer lo que seguramente él tenía en mente o no. La verdad es que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hecho el amor con un hombre y, Sean parecía saber demasiado. Así que por ser la primera cita lo dejaría con las ganas.

—Bueno, muchas gracias por todo, ha estado genial. —Le sonrió ella una vez él

estacionó el coche delante de su piso.

—Me alegro de que te haya gustado. —Alzó su mano y le acarició la mejilla. Scarlett empezó a sentir otra vez ese calor extraño en su pecho y antes de que pasara nada más, se separó.

—Buenas noches. —Salió casi corriendo del coche.

—Nos vemos mañana —le contestó Sean a través de la ventanilla sonriéndole con esa sonrisa que la hacía deshacerse, estaba claro que sabía que estaba huyendo de él.

Cuando entró en el portal, escuchó como el motor del coche arrancaba y Sean se iba. Scarlett se dirigió a su casa para acostarse con Sean irrumpiendo en sus sueños, o... ¿no era él?

Capítulo 2

Era el día del estreno y todo el mundo corría de un lado para otro, solo quedaban unas horas para que la función comenzara y Scarlett había acabado con su trabajo allí; al menos el de la primera parte. Luego el escenario cambiaría y tendría que estar presente para ver que no hubiera errores. Estaba siendo un estrés de día, organizando los estilismos de peluquería, vestuarios, maquillaje, escenario... Estaba ajetreada pero le encantaba todo eso y lo que era mejor, estaba saliendo de maravilla.

En esos instantes estaba acabando de vestir a los actores y por suerte los trajes que había cosido no habían sufrido muchas alteraciones, por lo que seguían yéndole bien a los protagonistas.

—Muchas gracias de verdad Scarlett, prometo no volver a estropearlo —le dijo María mientras le estaba ultimando el bajo del vestido.

—A ver si es verdad, que no quiero volver a pasarme todo un día cosiendo. —No estaba enfadada pero si pasara una segunda vez entonces sí que ardería Troya.

—Descuida, a partir de ahora lo cuidaré como si de un collar de doscientos mil euros se tratase. —Rio.

—Eso espero —dijo poniéndose frente a ella—. Estas preciosa, ahora ves y muéstrales mi obra de arte. —Rieron.

—Eso está hecho. —María la abrazó.

—Mucha mierda.

—Gracias —dijo mientras ya corría hacia el escenario.

Después de recoger el material que había usado para arreglar el traje de la actriz, Scarlett se encaminó por los pasillos del teatro para llegar a la parte de detrás del escenario. Se posicionó en un punto donde podía ver la obra y no ser vista por el público; la verdad es que el teatro estaba lleno y estaba teniendo mucho éxito. A pesar de haberla visto infinidad de veces, algunas escenas eran tan graciosas que se le ponía la sonrisa en la cara. No obstante, al cabo de un rato fue a preparar el decorado de la siguiente parte para que fuera más rápido el cambio de escenario. Estaba todo perfecto, le encantaba que las cosas salieran bien.

—Scarlett —la llamó Lara, su ayudante—. ¿Llevamos esto ya hacia el

escenario?

—Sí porque el cambio de escena está a punto de producirse, rápido por favor. — Ordenó a los chicos que las ayudaban a llevar y traer las cosas. Ella también se puso a dar órdenes y a ayudar para que en cuanto se apagaran las luces, pudieran llevarlo a cabo lo más rápido posible.

Una vez pasó el cambio de escena todo se calmó por detrás del escenario, y Scarlett fue a mirar como estaba quedando y si la gente se lo estaba pasando bien; siempre desde la lejanía, claro. Observó al público, la gente sonreía y estaba disfrutando, aunque no todo el mundo, le llamó la atención un hombre moreno guapísimo, que aunque estaba oscuro y no se veía muy bien, se notaba que estaba allí a disgusto y que no le estaba gustando nada la obra. Scarlett pensó que seguramente estaba acompañando a su novia, rio. Desde allí parecía que tenía los ojos dorados, por eso lo había visto en la oscuridad, eran hipnotizadores, aunque seguramente sería por el reflejo de algún foco. Miró a su lado y solo vio a otro chico rubio igual de guapo, ¿eran gays? Este último sí que sonreía y parecía estar disfrutando. Los dos sobresalían entre la gente, eran demasiado guapos y algunas chicas les estaban prestando más atención a ellos que a la obra.

De repente Scarlett sintió como el chico moreno la estaba mirando con intensidad. Se quedó paralizada mientras su corazón comenzó a latir desbocado sin razón aparente, quizá solo era una paranoia suya, pues desde tan lejos él no la podía ver bien, y si además le añadía que ella estaba en la penumbra..., no era posible que la viera. Pero sentía que la estaba observando... ¿Enfadado? Se llevó las manos instintivamente al pecho, como protegiéndose. Los ojos dorados de aquel hombre parecían estar encendidos como dos pozos de oro fundido, era fascinante y a la vez aterrador, nunca antes había visto algo así. Sintió un poco de miedo y se retiró para ir al baño y tranquilizarse. Había sido una sensación muy extraña.

La obra estaba a punto de acabar y pronto podría recoger e irse a casa a descansar, tal vez solo era cansancio y empezaba a imaginarse cosas extrañas. Se mojó la cara un poco mientras intentaba calmar el miedo que había sentido al mirar a aquellos ojos dorados. Una vez cogió aire y se tranquilizó diciéndose que no tenía por qué tener miedo y que todo estaba bien, salió del baño. Al salir, Sean la estaba esperando.

—¿Ya te aburre mi obra? —Le sonrió. Que él estuviera allí la hizo olvidar momentáneamente ese extraño suceso que había acontecido hacía unos minutos.

—Un poco la verdad —bromeó ella y él se rió ¿Por qué tenía que ser tan malditamente guapo? No sabía el motivo, pero siempre que Sean estaba alrededor un extraño calor se le instalaba en el pecho...

No se habían vuelto a ver ni hablar desde la cena del otro día. Ese día Sean había llegado tarde, por eso no pudieron intercambiar palabra antes de la función, como hacían siempre que él estaba presente en una representación de su obra. Además, como ella había estado muy ocupada con su trabajo, poniendo orden y organizándolo todo para que saliera bien, tampoco tuvo tiempo de ir a hablar con él; solo se habían saludado a lo lejos cuando había llegado.

—No te preocupes. —Bajó la voz—. Yo también me aburro ya de verla. —Rio.

—¡No puedes decir eso! —Se carcajeó Scarlett.

—Lo siento pero es la verdad. —Le dedicó una preciosa sonrisa pilla.

Estaba increíblemente guapo con un traje informal y su cabello rubio oscuro corto peinado elegantemente. Siempre que lo había visto iba muy bien vestido y sus músculos se marcaban bajo el traje.

—¿Cuándo sales de trabajar? —le preguntó él.

—Pues una vez finalice la obra y recojamos todo, hacia las doce o así.

—¿Y estarás muy cansada? —La verdad es que sí lo estaba y lo estaría, pero por él haría el esfuerzo.

—No mucho. —Sonrió.

—¿Entonces vendrás a cenar conmigo? —Se acercó a ella.

—Mmm, me lo pensaré. —Le sonrió mientras ella se marchaba. Solo para hacerle sufrir un poquito y que no se lo tuviera tan creído. Pero ambos sabían que acabaría diciendo que sí. Escuchó como se reía a su espalda.

Por fin acabó la obra y había gustado mucho, la gente salía muy contenta y los aplausos fueron muy ruidosos; eso era buena señal. Una vez saludaron los actores y se despidieron, la gente empezó a salir y cuando ya solo quedaban algunos pocos asistentes en la sala, Scarlett aprovechó para empezar a recoger y dejar todo listo para que mañana pudieran usarlo de nuevo. Sean se había ido a hablar con algunos actores de la obra mientras ella acababa su trabajo. Fue a bajar por las escaleras de madera del escenario cargada con una caja llena de artilugios del decorado, con tan mala suerte que el escalón se rompió y Scarlett se cayó de bruces contra el suelo.

—¡Joder! —exclamó avergonzada.

Las pocas personas que quedaban cerca vinieron a socorrerla mientras

ella, colorada como un tomate, intentó incorporarse inmediatamente para mitigar la vergüenza. Pero no pudo, pues el pie le dolía horrores, así que se quedó sentada en el suelo mientras la gente hacía un corrillo alrededor suyo preguntándole si estaba bien o si se había hecho daño.

—Creo que me he hecho un esguince o algo en el pie. —Intentó levantarse una vez más y uno de los chicos de iluminación le iba a tender la mano para ayudarla cuando alguien apareció y la cogió en volandas.

Scarlett miró a su salvador y se quedó de piedra cuando vio de quien se trataba. Era el guapo rubio que había avistado antes en el público; se murió de la vergüenza mientras él la miraba con una de las sonrisas más perfectas y bonitas que había visto nunca. Sintió que se moría por dentro, pero aun así su corazón latió al verlo de cerca y sentir sus fuertes brazos sostenerla.

—Es mejor que no andes hasta saber qué tienes. Tranquila, soy médico —anunció como si nada. Sus ojos eran de un azul magnético precioso, brillaban, desde luego que no parecían de este mundo. Scarlett no pudo apartar la mirada de él, de lo guapo que era, seguramente estaba pareciendo una auténtica boba mirándolo así. La sentó en una de las butacas de primera fila—. ¿Me permites?—Le pidió permiso para examinarle el pie. Ella asintió mientras él se arrodillaba y le cogía el pie dolorido con suma delicadeza, se deshizo de su calzado; unas cómodas deportivas viejas, y empezó a palpar y masajear el pie.

—¡Ay!—Tuvo que quejarse cuando apretó en el lugar más doloroso. Él le sonrió y Scarlett sintió que se deshacía. Sus manos cálidas le envolvían el pie haciendo que sintiera cosquillas.

—No está roto, solo es el dolor de la caída. Posiblemente te salga un hematoma, pero «con un poco de reposo y hielo en unos días estará como nuevo —explicó—. ¿Alguien puede traerme una venda?

Uno de los de mantenimiento dijo que sí y desapareció para buscar una. La gente se había dispersado lentamente al ver que no era nada y, poco a poco, se quedó sola con el hombre de ojos magnéticos. Era muy atractivo y su cabello rizado parecía dorado. Sintió la necesidad de alargar la mano y tocarlo, pero no lo hizo, pues una presencia detrás de ella la inquietó. Se giró lentamente y allí estaba sentado el hombre moreno que en la función estuvo al lado del rubio, el que daba miedo y parecía enfadado con el mundo; y al parecer lo seguía estando. No se atrevió a mirarlo mucho, a decir verdad, a pesar de dar un poco de miedo, resultaba demasiado atrayente. A la luz podía ver que vestía con unos tejanos oscuros y un jersey azul marino con las

mangas recogidas mostrando unos poderosos antebrazos. Seguramente su cuerpo era igual de poderoso y viril... «¿Pero que estoy pensando? ¡Madre mía!».

Scarlett no podía quitar su vista de encima de él. Su pose era la de un rey malcriado, el cual sabía que tenía autoridad y que podía hacer cualquier cosa que le viniera en gana y nadie le diría nada. Nunca había visto un hombre que le llamara tanto la atención, era... diferente, no solo era guapísimo, sino que su aura o su magnetismo, lo que fuera, era completamente distinto a lo que había percibido de otra gente, y en especial de otros hombres. Su corazón latió desbocado cuando sus miradas se cruzaron y su piel se erizó. Él la miraba de una forma en la que jamás nadie la había observado. No sabía qué le ocurría pero esos ojos dorados la tenían presa de un embrujo, no podían ser de este mundo. Entonces él apartó la mirada sacándola de esa ensoñación y Scarlett se giró rápidamente hacia al rubio para sacarse esa sensación tan extraña.

—Muchas gracias por ayudarme —dijo al fin.

—No hay de qué. —El rubio sonreía y se sentó en una butaca a su lado. Vestía muy elegante, con unos pantalones blancos y un chaleco azul por encima de una camisa a cuadros pequeños de color azul y blanco. Iba idealmente conjuntado y además realzaban esos ojos tan azul magnético.

—Muy bien ¿Nos vamos ya? —se quejó el moreno con una voz poderosa.

—Espera, tengo que ponerle una venda —le reprochó el rubio. El otro suspiró exasperado moviéndose en la butaca estirándose, una posición poco elegante pero que en él era muy sexy.

—¡Joder! Si la mujer esta es una torpe no es nuestra culpa. ¿Por qué te tienes que ocupar tú?

¿Pero qué demonios le pasaba? ¿Era idiota o qué? Aquél hombre de mala cara resultaba tremendamente atractivo, y tenía un aura que decía por todos los poros de su piel “no te acerques” y sus ojos... Sus ojos parecían dorados, eran los ojos más preciosos que había visto y tenía que admitir que estaba muy bueno, pero era un auténtico capullo.

—¿Pero a ti qué te pasa? —Se giró para encararlo—. *Esta mujer* tiene nombre y está aquí. Tu amigo es muy amable ayudándome pero si no quieres quedarte nadie te obliga, puedes irte, en vez de tener esa cara de acelga todo el rato. —Se enfadó ella.

No sabía qué le pasaba, normalmente era muy tímida con los

desconocidos, pero ese engreído estúpido enfadado con el mundo le sacaba de sus casillas. Daba un poco de miedo, bueno vale, mucho, pero no por eso iba a achantarse y permitirle que le hablara así. Vio como el rubio reía mientras él la miraba sorprendido, bien, seguramente era un niño de papá al que nunca le habían llevado la contraria ni dicho que no.

—Eso mismo le he dicho yo hace unos momentos. —Rio el rubio.

Y en ese instante apareció el de mantenimiento con un botiquín, le preguntó si se encontraba bien para después dejarlos otra vez a solas cuando ella le dijo que sí con una sonrisa. El rubio le puso la venda y le hizo un pequeño masaje en el pie. Scarlett se moría de la vergüenza pero tenía que admitir que un hombre tan guapo le diera tales atenciones, era un tanto surrealista y muy placentero. El calor de sus manos le provocaba cosquillas y parecía que el dolor mitigaba.

—Muchas gracias por todo, de verdad. —Volvió a agradecer al rubio—. Soy Scarlett, por cierto. —Rio.

—No hay de qué, yo Nick. —Le sonrió y Scarlett se sonrojó aún más, si cabe. ¿De dónde demonios había salido un hombre tan guapo, fuerte y amable? Y el de atrás, aunque fuera un gilipollas también era muy guapo y estaban los dos muy buenos. Escuchó resoplar al moreno y sin decir nada, se largó.

—¿Siempre es así de idiota? —preguntó Scarlett enfadada. Aunque la verdad debería importarle bien poco, pues no lo conocía y mucho menos iba a volver a verlo.

—La verdad es que sí. —Rio Nick mientras se levantaba de la butaca—. Pero creo que le has caído bien. —Le sonrió.

—¡Ja! Pues menos mal que le he caído bien, sino ya estaría muerta —bromeó. Pero Nick solo esbozó una mueca, no parecía que le hubiera hecho mucha gracia.

—¿Necesitas ayuda? ¿Qué llame a alguien? —preguntó cambiando de tema.

—Ah no, tranquilo, me las apañó. Muchas gracias por todo, de veras. —Le sonrió ella.

—De nada, pero ¿estás segura? Mira, te llevamos a tu casa, así me quedo más tranquilo.

—No, no hace falta de verdad, estoy bien. No quiero molestarte más, además a tu amigo no le caigo muy bien —dijo señalando con el pulgar la puerta de salida por donde se había ido.

—No te lo tomes a mal, es así con todo el mundo. Vamos, te ayudo. —
Y sin darle tiempo a protestas la cogió en volandas.

La llevó a coger su bolso para después decirle a una sorprendida Lara por el chico que la acompañaba, que lo dejaba todo en sus manos. Scarlett sentía mucha vergüenza porque Nick la llevara en brazos de aquí para allá, y por más que le dijo que la bajara, él no cedió. Aquello era muy raro, normalmente no se tomaba tantas confianzas con la gente que no conocía, pero él le daba esa seguridad que sientes cuando conoces a una persona y sabes que es buena. O eso es lo que Scarlett pensaba que le transmitía. Ahora que su amigo... era otra historia. En cuanto los vio aparecer por la puerta del vestíbulo frunció el ceño y le lanzó una mirada de odio ¿Pero qué problema tenía ese hombre?

—La llevamos a su casa —anunció Nick sin más.

—¿No tiene nadie que se ocupe de ella? —dijo enfadado.

—¡Oye! Yo puedo ocuparme solita de mí misma, pero tu amigo ha insistido en ayudarme, porque es buena persona y amable, ya ves, algo que tú no puedes ni comprender. —La cabreaba mucho. Por unos segundos el moreno la miró con esos ojos dorados llenos de furia, su corazón volvió a latir de miedo, pero no se amedrentó ni apartó su mirada.

—Lo que tú digas —soltó y se adelantó. Scarlett soltó el aire que no sabía que había estado reteniendo.

—No se lo tengas en cuenta, en el fondo es buena persona. —No parecía muy convencido.

—Me da igual, no te preocupes. —Le sonrió, pero en el fondo no sabía por qué pero sí que le molestaba que él la tratara de aquella forma, y sobre todo le molestaba sentirse atraída por ese gilipollas.

Como vivía cerca, Nick la ayudó hasta llegar a su piso, para después decirle que si necesitaba cualquier cosa que lo avisara y que en unos días lo llamara para ver qué tal iba su pie. Scarlett le dio las gracias repetidamente y se despidieron. El moreno había desaparecido y ni si quiera sabía su nombre, no es que le importara demasiado, pero... ¿A quién quería engañar? Sí que le importaba y no sabía ni porque.

Una vez sola en su piso, Scarlett recordó que había quedado con Sean. Era un desastre. ¿Cómo podía haberse olvidado? Ah sí, porque un sexy gruñón y su amigo cañón médico la habían distraído. Buscó en su bolso rápidamente el móvil y vio que tenía mensajes y llamadas perdidas del escritor, así que decidió llamarlo.

—¡Por fin das señales de vida! Llevo como tres cuartos de hora intentando localizarte, Lara me ha dicho que te habías ido con un tipo y que te hiciste daño en el pie ¿Estás bien? ¿Dónde estás? —preguntó preocupado en cuanto descolgó el móvil.

—Sí, estoy bien, Sean. Lo siento es que me caí de las escaleras del escenario y me he hecho daño y un hombre del público era médico y me ha ayudado, no te preocupes, estoy en casa ¿Podemos anular lo de la cena? Me duele un poco el pie.

—Claro. ¿Te acerco a un hospital?

—No tranquilo, ya no me duele tanto, es solo el golpe de la caída. Siento no haberte avisado antes.

—Tranquila, lo importante es que estés bien. Mañana paso a verte, buenas noches preciosa.

—Gracias, buenas noches.

Se sentía tonta por haberse olvidado de Sean, en su defensa tenía que decir que la caída había tenido toda la culpa, bueno y quizá la había distraído el médico buenorro y el arrogante e idiota ese que la odiaba sin razón aparente. Pero eso le daba igual, de todas formas no volvería a ver a ninguno de los dos, aunque Nick había insistido en que lo llamara no iba a hacerlo, ya le había causado bastantes problemas.

Capítulo 3

—¿Se puede saber qué pretendías ayudándola? —soltó cabreado Ares una vez llegaron a su casa—. Es una insolente. —Apolo rio.

—No pretendía nada, solo era amable, y me cae bien.

—A ti todo el mundo te cae bien —le reprochó—. No entiendo por qué malgastas tus dones en ella. ¡Se podría haber dado cuenta! Luego dices que soy yo el que no va con cuidado.

Vivían en una casa en las afueras de la ciudad, una de las muchas propiedades que usaban los dioses cuando bajaban a la tierra. Apolo trabajaba como médico en el hospital y él se dedicaba al combate de boxeo profesional, no es que necesitaran dinero o hacer algo con sus miserables vidas como mortales, pero Apolo lo hacía porque le gustaba y él... Porque así se había dado la casualidad.

Al poco de llegar al mundo humano no quiso dejar de lado su entrenamiento y entró en un gimnasio donde sabía que había buenos boxeadores que se preparaban para la vida profesional; en seguida le echaron el ojo. En poco tiempo logró competir profesionalmente, no esperaba menos, pues la lucha y la batalla de cualquier formalidad era lo suyo y era el mejor. No se comparaba a entrenar con sus guerreros o librar batallas, ocasionar el caos y matar, que era para lo que había sido creado y, para qué mentir, lo que se le daba de maravilla, pero al menos podía descargar la adrenalina y su furia contra alguien sin llamar mucho la atención. No obstante, seguía repugnándole el mundo mortal, ya no se libraban batallas como las de antaño, las cosas habían evolucionado y eran una mierda. Existían armas potentes capaces de destruir ciudades enteras, no existía el entrenamiento duro para que tu cuerpo fuera el arma y tu espada una extensión de ti mismo, ni siquiera tenías que verle la cara a tu adversario para matarlo.

Ares creyó recordar que no pisaba la tierra desde el siglo XVI, en pleno Renacimiento, aunque eso no había sido ningún impedimento para saber a qué se enfrentaba ahora en pleno siglo XXI. Simplemente, pensaba que en cuanto las batallas empezaron a librarse con armas de fuego; perdieron todo el interés. Para Ares el combate cuerpo a cuerpo, con tu espada, daga o cuchillo y tus puños era la mejor de las luchas, te sentías valiente y realizado

cuando salías victorioso. Las armas de fuego eran de cobardes. A pesar de eso, seguía siendo el Dios de la guerra y su diversión particular era enviar a los suyos a hacer maldades y a ocasionar el caos, de hecho eso es lo que lo había traído hasta aquí.

Sin quererlo, estaba ganando mucha fama en el mundo del boxeo que, sin su aura divina y dentro de sus posibilidades, era lo que más le llamaba la atención de este mundo lleno de insignificantes gusanos. Así que en unos meses había conseguido lo inimaginable por cualquier humano que se dedicara a ese mundo. La verdad es que estaba ganando mucho dinero, pues siempre salía casi ileso, no obstante, para que no sospecharan, muchas veces se dejaba pegar. Aunque no poseía el aura divina seguía siendo un Dios con sus dones y no le resultaba nada difícil ganar a sus adversarios. En realidad, esta parte de la vida humana sí que la estaba disfrutando, pero seguía yendo contra corriente, pues lo que tenía que hacer para que Zeus le dejara volver era comprender a los humanos o confraternizar con ellos, y claramente no lo estaba haciendo.

—Y a ti todo el mundo te cae mal, por eso estamos aquí. —Se puso serio avanzando a Ares en las escaleras que daban a la casa desde el parque.

—Nadie te ha dicho que te quedes conmigo —soltó por detrás. Pero realmente apreciaba que Apolo estuviera allí con él, aunque nunca se lo diría.

—Eres de lo que no hay, Ares. Y yo uso mis dones con quien me da la gana, no entiendo por qué te comportas de esa manera con la chica. En fin, me voy a cambiar que hoy me toca guardia por la noche.

—No sé por qué te empeñas en ayudarlos...—Apolo lo miró con un aviso en los ojos. Su hermanastro era la persona más buena y amable del Olimpo, aunque cuando se enfadaba era mucho peor que él, que ya era decir —. Está bien, está bien, ya me callo —dijo alzando las manos en señal de rendición—. Me voy a entrenar.

Cuando estaban en la tierra sus cuerpos eran medio humanos, no obstante la esencia divina no desaparecía del todo. Era por eso que no necesitaban dormir tantas horas como los mortales ni comer como ellos, con un poco de ambrosía ya estaban servidos. Lo malo es que empezaba a acabarse y lo único que lo podía sustituir no quería ni plantárselo.

Cuando Apolo se fue, Ares se cambió de ropa y cogió una botella de ambrosía y se dirigió al gimnasio que habían habilitado en una zona del gran parque. La ambrosía se debía de tomar con cuidado, pues si se pasaba tenía el mismo efecto que el alcohol en los mortales.

Ares tampoco comprendía porque era más irascible de lo normal con aquella morena de ojos del color de la miel, simplemente sabía que había algo en ella que le llamaba mucho la atención y no quería saber qué era. Desde que su mirada se cruzó con la suya durante la función sintió algo. A ver, era una belleza y eso no lo podía obviar, pero era una simple humana, ni siquiera era una descendiente de un héroe y tampoco tenía mitad divina, y las humanas nunca le habían atraído y seguiría siendo así.

Unos días después Scarlett estaba totalmente recuperada. Nick tenía razón y solo había sido el dolor de la caída, aunque pensó que el masaje que él le había dado hizo mucho. Al día siguiente vino Sean a verla, estaba muy preocupado por ella y al ver que estaba perfectamente se sintió aliviado. Era un gran hombre y en ningún momento le echó en cara que se hubiera ido sin decirle nada cuando él la estaba esperando; simplemente se preocupó por ella y quedaron en aplazar lo de la cena a otro día. Era un hombre genial, guapísimo, con talento, educado... perfecto, no entendía que el que ocupara sus pensamientos fuera el maldito arrogante engréido de ojos dorados. Eso la cabreaba sobremanera.

Por otro lado Lara también había venido a verla para ver cómo estaba y decirle que se tomara los días que hicieran falta de reposo; que ella se haría cargo de todo lo relacionado con la obra y que había aprendido de la mejor. Scarlett sabía que podía tenerlo todo bajo control. También quiso sonsacarle lo poco que sabía de Nick, pues como a ella, él la había impactado y literalmente, aunque en broma, dijo que se había enamorado de él; ambas sabían que era un ideal inalcanzable.

En ese momento Scarlett estaba en su casa dividiéndose entre sí llamar a Nick o no. De todas formas solo era para decirle que estaba bien y darle una vez más las gracias, quizá debería invitarlo a comer o cenar, pero sin el arrogante de su amigo. Aunque esto último sabía que no iba a hacerlo, porque era demasiado tímida para esas cosas.

—A ver, quizá solo lo dijo para cumplir y no espera que en realidad le llame, igual ni se acuerda ya de mí —reflexionó en voz alta—. Pero por otro lado le dije que le llamaría sin falta... Ay, no sé. Va, le llamo. —Y cuando fue a pulsar, la pantalla del móvil se iluminó con una llamada entrante.

A Scarlett le dio un vuelco al corazón, pero se tranquilizó cuando vio

que quien la llamaba era su amiga Dafne. Rio por la tontería y descolgó la llamada.

—Hola —contestó feliz.

—Hola, que feliz te noto, ¿es por mí?—Rio Dafne.

—En parte sí, pero me estaba riendo sola por una tontería. —Rieron las dos. Siempre habían tenido una relación muy estrecha y bien avenida, eran como hermanas.

Dafne era una morena de armas tomar, un poco más alta que ella y con un cuerpo escultural, sus ojos verdes la hacían más hermosa si cabía y junto a su cabello largo y ondulado, traía locos a los chicos. Siempre se veía envuelta en situaciones muy raras con ellos, era muy gracioso estar con Dafne. Una vez, cuando eran niñas, saliendo del instituto y en plena primavera, Dafne estornudó, algo aparentemente normal, pero de repente una marabunta de niños acudió a ellas rodeándolas. Fue algo extraño y claramente no estaba relacionado con el estornudo, pero era lo único que lo podía haber ocasionado.

Después todos empezaron a pelearse gritando su nombre, lo cual era aún más extraño porque había chicos de otros cursos que no tenían por qué saber de ella. Entonces Dafne volvió a estornudar y los niños volvieron como a la realidad, fue todo muy chocante e insólito, no tenía explicación. Después se estuvieron carcajeando durante toda la tarde y desde entonces Scarlett se metía con ella llamando a ese suceso “el estornudo del amor”. Ninguna de las dos se explicaba qué había ocurrido y lo cierto era que sucedía con frecuencia aquello de que se pelearan por ella, tenía ese efecto en los hombres, los volvía locos. Pero ese episodio en concreto lo recordaría toda la vida.

—Bueno, ¿cómo fue el estreno?—preguntó su amiga.

—Todo salió genial, creo que fue un éxito porque las críticas eran muy buenas —le dijo emocionada.

—Me alegro.

—¿Y tú qué tal?

—Pues bien, ya sabes, la misma rutina de siempre. Cualquiera día me voy a vivir contigo a la ciudad, el pueblo este es una mierda. —Rieron.

—Pues ya sabes que yo encantada, te echo mucho de menos.

—Y yo a ti.

—¿Cómo ves a mi madre?—preguntó preocupada.

—La visito cuando puedo, te echa mucho de menos pero es una mujer fuerte y sabe que es lo que tú quieres y te apoya, solo está preocupada, se le

pasará. —La animó.

—Ya me imagino, es cuestión de paciencia. —Se recostó en el sofá.

—Bueno y ahora un tema que me intriga... ¿Hay mucho tíos buenos por la ciudad? —Rieron.

—¿Solo sabes pensar en eso? —le reprochó divertida.

—Sabes que no, solo me preocupo por tu vida sexual. —Rio.

—Pues mi vida sexual es la misma que la de las monjas, así que figúrate... —Rieron.

—¿Y ese tal Sean, qué? —Había hablado de Sean con Dafne, pero ahora mismo no sabía muy bien donde estaba su relación con él, si es que la había.

—Es muy mono y encantador y cuando estoy con él me lo paso muy bien. —Sonrió al recordarlo.

—¿Entonces es amor?—Rio Dafne.

—Yo no diría tanto, además ni siquiera nos hemos cogido de la mano. —Rió al recordar su intento fallido para que Sean se la cogiera de camino a la heladería.

—Vaya, pues qué soso. —Se rio su amiga.

—Habíamos vuelto a quedar pero me caí y un médico buenorro me trajo a casa —dijo Scarlett sonriendo.

—¿Cómo?¿Un médico buenorro? Ahora tienes toda mi atención —soltó emocionada—. Joder, tengo que volver al trabajo, mi jefa es el demonio —soltó flojito, eso implicaba que el demonio estaba cerca.

Dafne trabajaba en una floristería mientras ahorra para montar la suya propia, quería ir más allá y construir también un gran invernadero con las plantas más exóticas del mundo.

—Vaya, bueno ya te lo contaré, fue un poco raro.

—¡No me piques la curiosidad! —se quejó su amiga y Scarlett rio por su entusiasmo—. Te dejo, nos vemos pronto, te quiero loca.

—Yo más, loca tú. —Rieron—. Adiós.

Scarlett añoraba a Dafne, sus planes locos y sus divertidas charlas. En aquel pueblo había dejado a las personas más importantes de su vida, y que Dafne se pasara de vez en cuando a ver a su madre la tranquilizaba, ya que ahora estaba sola. Solo se tenían la una a la otra y si hubiera sabido que la paranoia de su madre aumentaría de esta forma, quizá jamás hubiera dado el paso de irse de casa. Que su madre estuviera constantemente preguntándole si estaba bien o si había sentido algo raro, la influenciaba a ella y la hacía sentirse una mala hija. Suspiró, no entendía esa actitud, podía comprender

que se preocupara como lo haría cualquier o la mayoría de madres, pero no que lo llevara a esos extremos de imaginarse cosas.

Desde lo de su padre..., la podía entender un poco. Scarlett no lo conoció y su madre nunca hablaba de él, pero su abuela le había contado que su padre fue el amor de su vida y que después de que se marchara, su madre nunca había vuelto a ser la misma, y Scarlett temía que con su marcha se pensara que también iba a desaparecer. La angustia la carcomía por dentro, no quería ponerse a llorar y no le gustaba mucho pensar en lo mal que se sentía por dejar que su madre se preocupase de aquella manera. Así que se centró en el presente y en que debía llamar a Nick para darle las gracias una vez más, y decirle que estaba bien; aunque probablemente él ya ni se acordara de ella. Aun así pulsó el botón verde de llamada y no tardó en contestar.

—¿Sí? —Su corazón dio un vuelco al escuchar su voz al otro lado. Era por su timidez, no porque sintiera cosas por Nick, aunque era muy guapo y lo había impresionado ella tenía algo con Sean y no quería echarlo por tierra.

—¿Nick?

—¿Nick? Ah, sí, soy yo. —Rio y ella con él pues no entendía porque había preguntado su nombre.

—Hola, soy Scarlett, la del teatro. —Se presentó ella.

—¡Ah, hola! Me alegro de que llames ¿Cómo estás?

—Bien, muchas gracias, al final tenías razón y solo fue el golpe de la caída.

—De nada, encantado de ayudarte.

—Bueno no te entretengo más, solo era para darte las gracias otra vez.

—Pues no tienes por qué darte, lo hice encantado, no todos los días se puede socorrer a una chica tan guapa. —Rio y ella se sonrojó, podía imaginarlo guiñándole un ojo con esos dos zafiros mirándola pícaramente. Menos mal que no podía verla.

—Pues nada, si alguna vez necesitas algo...— ¿Pero que estaba diciendo? ¿Qué iba a necesitar él de ella?

—Mira, ahora que lo dices... —Rio—. Puedes negarte si quieres, pero mañana tengo que ir a un sitio y no me apetece ir solo, ¿me acompañarías? —¿Lo decía en serio? ¿La estaba invitando a salir?—. Ya sé que no nos conocemos y que puede ser raro, pero me caíste genial, y solo sería en plan amigos, así me aseguro de que estas bien.

Oh, dios mío ¿Se podía ser más mono y majo? Nick era todo un encanto y que la estuviera invitando, aunque solo fuera en plan amigos... Tenía que

admitir que le subía la autoestima.

—Gracias, tú también me caíste muy bien y mañana lo tengo libre así que... ¿de qué se trata? —No era muy dada a quedar con desconocidos, pero Nick parecía buen tío y últimamente pasaba demasiadas horas en el teatro haciendo horas extra que nadie le agradecía si quiera, y aunque le encantaba, un poco de diversión no venía mal.

—Es una sorpresa. —Rio.

—Mientras no me lleves a un descampado para asesinarme...—bromeó.

—Vaya, ¿tanto se me nota? —Rieron—. ¿Entonces aceptas?

—Debo estar loca, pero sí, acepto. —Sonrió.

—Genial ¿te paso a buscar a las siete?

—Perfecto, luego te envío la dirección de mi casa por mensaje. Pero, ¿qué me pongo? Dame una pista al menos.

—Mmm, ves cómoda, por si tuvieras que correr y eso. —Rieron.

—Vale, pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

En esos momentos Scarlett estaba más nerviosa. Sin comerlo ni beberlo tenía una cita en plan amigos con uno de los chicos más impresionantes que había visto jamás; el otro era el idiota de su amigo, al que esperaba no tener que ver nunca más, aunque no estaba del todo segura de que eso fuera cierto. Sus ojos dorados y cautivadores se le vinieron a la mente, siempre acompañados de esa cara de acelga suya. Tenía que admitir que la había impresionado un poquito, y también asustaba. No obstante, eso daba igual, Sean no se quedaba atrás y además tenía mucho mejor carácter, de eso no había duda. Sean era perfecto, guapo, amable, con talento y encantador, y le gustaba mucho, y eso no iba a cambiar.

Scarlett estaba a punto de acabar de arreglarse para su cita de amigos con Nolan cuando tocaron al timbre, eran las siete en punto. Se miró por última vez al espejo para ver si estaba todo correcto. Al final había optado por unos pantalones tejanos que marcaban su figura con un jersey negro de cuello alto ajustado, lo acompañó con unas deportivas de color azul. El cabello moreno ondulado se lo recogió en un moño desenfadado, con algunos mechones más cortos cayéndole por la cara. Solo se puso un poco de rímel para realzar sus ojos castaños claritos, y un poco de color rosado en los labios. Estaba guapa pero sin pasarse, pues aquello no era una cita y como le dijo que tenía que ir cómoda, pues así estaba bien. Cogió su chaqueta y bajó

al portal. Al salir a la calle se fijó que en frente había un coche de alta gama aparcado, unos segundos después vio como Nick salía de este para saludarla; quedó impresionada.

—Estas muy guapa, no sé si llevarte al sitio que tengo pensado, pero es que le prometí que iría —dijo enigmático después de darle dos besos a modo de saludo.

—Me tienes intrigada.

—Seguro que no lo adivinarías en toda la eternidad. —Rio—. ¿Vamos?

Ella asintió y Nick la ayudó a entrar en el coche abriéndole la puerta del copiloto. De camino a donde quisiera que la estuviera llevando, Scarlett intentó sacarle algo de a dónde se dirigían, pero él no soltó prenda y acabaron hablando de cómo les había ido la semana y a conocerse un poco más. Nick era médico y por lo que parecía trabajaba mucho. Por como hablaba de su trabajo, Scarlett notó que le encantaba ayudar a las personas, también le contó que eran nuevos en la ciudad, pues hacía poco menos de cuatro meses que vivían allí, casi igual que ella. Como hablaba en plural creyó que se refería a él y al moreno de ojos dorados, pero Scarlett no se atrevió a preguntar. ¿Serían pareja?

—Ya hemos llegado —dijo Nick.

Scarlett miró a su alrededor y no supo ver a donde habían llegado. Estaban en una ciudad, sí, pero no entendía, pues si su propuesta era solo salir a cenar lo podría haber dicho sin poner tanto misterio, ¿no? Salieron del coche y caminaron unas cuantas calles hasta llegar a un polideportivo ¿Aquí venían? Y ¿Qué iban a hacer allí? Vio a una multitud en la entrada y mucha más gente dentro, estaba abarrotado. La verdad es que ella no era muy dada a los deportes, y Nick tampoco lo parecía. Así que se decepcionó mucho, no le apetecía ver un partido de básquet o fútbol.

—¿Esta era la sorpresa? —le preguntó intentando ocultar su disgusto, y él le sonrió.

—Sí, pero aún no sabes qué vamos a ver —le dijo señalándole un cartel que anunciaba unos combates de boxeo. Ella abrió los ojos de par en par pues no se esperaba esto, ni tampoco lo hacía a él fanático de estos deportes.

—¿Te gusta el boxeo?

—La verdad no mucho —confesó sincero. En realidad Scarlett nunca había visto un combate de boxeo ni se había interesado por ello.

Un hombre mayor se acercó a ellos irrumpiendo con mucha energía y se dirigió directamente a Nick.

—¡Nick! Tu hermano está que se sale en los entrenamientos, seguro que hoy nos da otra victoria. —Sonrió el hombre con orgullo saludando a Nick con un abrazo.

—Seguro, gracias entrenador —contestó él sonriendo.

—¿Y esta chica tan guapa? —Reparó en ella.

—Soy Scarlett, una amiga de Nick, encantada. —Le dio dos besos.

—Yo soy Patrick, pero puedes llamarme entrenador, todo el mundo lo hace, es como mi segundo nombre. —Rieron—. Espero que os lo paséis bien, nos vemos luego. —Y se fue corriendo.

—¿Tu hermano es boxeador?

—Sí, siento haberte traído a traición pero estoy seguro que si te lo hubiera dicho no hubieras venido —se excusó él.

—¿Y eso quien te lo ha dicho? La verdad es que nunca he ido a ningún combate ni he mirado nada referente a este deporte, pero ahora tengo curiosidad.

—Me alegro.

Entraron en el polideportivo que había sido habilitado como un ring y Scarlett se quedó mirándolo todo. Era la primera vez que iba a un evento de boxeo y todo parecía como salido de una de las películas de Rocky. Nick los llevó hasta sus asientos, que eran en primera fila y donde se podía ver todo.

—Desde aquí podrás sentir hasta las babas y la sangre —bromeó, o eso esperó Scarlett quien puso cara de asco y Nick se tronchó de la risa.

Estaba nerviosa, aquello estaba a punto de comenzar y tenía ganas de ver al hermano de Nick ¿sería rubio como él? ¿Sería tan guapo? Esperaba que llegara vivo al final para poder conocerlo.

Capítulo 4

De repente sonaron unas campanas y la gente se puso alerta, aquello estaba lleno de espectadores hambrientos de lucha y sangre. Por los altavoces hablaron los locutores del evento que se presentaron y explicaron lo que se jugaba cada boxeador y cómo iban a ir las clasificatorias. Rápidamente pasaron a presentar a los dos primeros combatientes y sus nombres resonaron por todo el estadio.

—Por su derecha: ¡Su vida en el boxeo ha sido sorprendente y no deja a nadie en pie a su paso, él es: El Escorpión Dorado! —anunció el presentador mientras un hombre muy alto y grande con muchos músculos, como si hubiera tomado esteroides o algo, con tatuajes por todo el cuerpo, entraba seguro de sí mismo y firmemente. Algunos en las gradas se veían que iban con él y otros que no, vitoreando en contra o a favor, había un sonido ensordecedor. Después de calmar a la audiencia, el presentador continuó hablando—. Por la izquierda: ¡El más nuevo pero el que más victorias acarrea a sus espaldas, sus batallas son dignas de un gran guerrero, él es Ares, el Dios de la guerra! —exclamó el presentador, y la multitud enloqueció en cuanto entró un hombre con una capa negra con capucha que le tapaba la cara.

Cuando llegó al medio del ring se deshizo de ella dejando al descubierto su fornido y musculado cuerpo alzando los brazos como un guerrero feroz y victorioso. Estaba de espaldas a ellos por lo que Scarlett solo tenía la vista de su perfecta espalda, pero podía imaginarse el resto. Parecía el cuerpo de un modelo más que el de un luchador, su bronceada piel y sus músculos ondulantes la hacían desear pegarle un bocado, justo como había gritado una chica de unas sillas más allá; Scarlett rio. La verdad es que era... ¡Oh, guau! No como el del otro hombre que parecía un loco del gimnasio. Este era simplemente... perfecto y, cuando se giró hacia ellos... ¡No podía ser!

A Scarlett le dio un vuelco al corazón y miró con la boca abierta a Nick; él le sonrió.

—Por tu cara veo que no sabías que él era mi hermano. —Rio él. ¿Cómo iba a saber ella que el idiota y arrogante moreno de ojos dorados era el hermano del bueno y amable de Nick?

—No. ¿Cómo lo iba a saber? ¿Él es tu hermano?

—Sí, bueno somos hermanastros, pero sí. —Le sonrió.

Scarlett volvió a posar su mirada en la del moreno que en esos instantes la estaba mirando con odio muy fijamente. No debería haber venido, estaba claro que a él no le caía bien. ¿Por qué la había invitado Nick? Una corriente magnética más intensa que la que había sentido la primera vez que sus ojos se encontraron, la recorrió por completo. Esa mirada feroz la asustaba un poco, pero había algo extraño en ese hombre que la atraía irremediabilmente. Como si fuera un gran foco de luz y ella fuera un mosquito hipnotizado volando hacia él. Sus ojos dorados brillaban con intensidad.

¿Apolo era idiota! ¿Para qué se había traído a la insolente esa? ¿Es que no le había dejado bastante claro que no quería volver a verla? Y encima sonreía el muy capullo, después le cantarían las cuarenta. En esos instantes tenía que concentrar en su adversario si es que la mirada de esa mujer lo dejaba en paz. Sabía, aunque no la estaba mirando, que tenía sus preciosos ojos color miel mirándolo atentamente mientras daba comienzo el combate ¿Preciosos ojos? ¡Joder! Tenía que concentrarse en los puntos débiles de su adversario, estaba perdiendo minutos preciados en pensar en esa mujer en vez de centrarse en el combate. «A ver concéntrate Ares, busca sus puntos débiles», usó su don y los vio. Cada vez que daba un puñetazo su posición se doblaba un poco y es cuando era vulnerable y perdía el equilibrio. Así que estuvo tranquilo y se dejó pegar unas cuantas veces en lugares estratégicos para que cuando El Escorpión Dorado estuviera cansado, darle el golpe de gracia. Y así lo hizo.

Por el rabillo del ojo miró hacia Scarlett, la cual estaba sufriendo por él a juzgar por como apretaba el brazo de Apolo «¿Será tonta? ¡Si ni siquiera me conoce!». Pero en el fondo le gustaba esa sensación de saber que se preocupaba por él. Cuando Ares le dio el golpe de gracia y El Escorpión Dorado cayó al suelo sin aliento, vio como ella daba un salto de alegría en su silla de la emoción, cosa que lo hizo sonreír. Pero inmediatamente cambió su semblante por el de siempre.

Y así lo hizo oponente tras oponente. Hasta llegar al último, ese cabrón era realmente bueno, pero no tanto como él. De repente, vio como Scarlett miraba el móvil y le decía algo a Nick; después salió de allí casi corriendo, pero dejando su bolso, eso quería decir que volvería. Estaba tan absorto en ella y en como meneaba sus caderas hacia la salida que no vio que su oponente le lanzaba un puñetazo en la boca del estómago que lo hizo

doblarse. Era un Dios, pero sin el aura divina los golpes eran un poco dolorosos, aunque se recomponía con facilidad y no era tan agudo como el que podían llegar a sentir los humanos. Rápidamente su adversario lo aprovechó y le dio un codazo en la espalda para tirarlo al suelo, pero logró esquivar el tercer golpe y con una facilidad asombrosa, se puso en pie y golpeó al contrincante sin piedad hasta que cayó al suelo. El árbitro los separó. Seguramente no se levantaría de la cama en unas semanas, sonrió Ares triunfante. Pero el hecho de que ella no hubiera visto su victoria final, lo hacía sentir un poco decepcionado. «¿Pero qué mierda estoy pensando? ¿Qué me importa que ella no lo haya visto?».

—¿Ha ganado? —preguntó Scarlett a Nick volviendo a su sitio cuando ya estaban nombrando los clasificados y los participantes ya se habían retirado a los vestuarios.

—Sí, le ha costado pero sí.

—Me alegro, nunca me había puesto tan nerviosa viendo un deporte. —Rio—. Lo siento por haber salido.

—No pasa nada, ¿era tu novio?

—Bueno... nos estamos conociendo. —Se sonrojó Scarlett.

—Ah bueno, eso me da esperanzas aún. —Rio guiñándole un ojo, estaba bromeando, ¿no?—. ¿Nos vamos?

Salieron para esperar a Ares en la puerta de salida. Scarlett estaba nerviosa pues sabía que no le caía nada bien y quizá estaba molesto porque ella estuviera allí. Eso le dolía, ya que no había hecho nada malo para que él la odiara de esa forma. Sabía que era así de idiota con todo el mundo, pero... no dejaba de molestarle. Cuando vio que Sean la llamaba no quiso preocuparlo y se lo cogió aunque deseaba mil veces más quedarse a ver qué hacía de extraordinario Ares. Se movía hábilmente en el ring, concentrado y estudiando a su adversario, era tan sexy lo que hacía que Scarlett tuvo que dejar de mirarlo durante algunos minutos, pues se ponía colorada de pensar en su cuerpo sudoroso sobre el suyo y haciéndola suya ¿Cómo la podía atraer un idiota como él? Sin embargo Nick era todo lo contrario, sus ojos azul oscuro y de un tono magnético y brillante le encantaban. Era muy amable y divertido, pero solo lo veía como un amigo, sin embargo Ares... todo su cuerpo se encendía ante su presencia y no solo por lo enfadada que la ponía.

—Por allí viene la estrella. —Rio Nick mientras veían como salía Ares con el pelo moreno ondulado y húmedo por la ducha. Sus ojos dorados brillaban con triunfo en su mirada. Iba vestido con unos tejanos y una camiseta que marcaba sus perfectos músculos con la bolsa de deporte en una mano y la chaqueta en la otra, estaba increíblemente guapo. Y de repente una multitud envolvió a Ares, periodistas locales, fans, publicistas que lo querían para sus negocios...—. Quédate aquí, voy a ayudarlo antes de que se lie —le pidió Nick.

Y con maestría, entre Nick y los de seguridad lograron apartar a la gente de su lado y por fin pudo salir. Con su ceño fruncido y con su cara de acelga volvió a posar sus ojos dorados en ella. Scarlett no supo qué hacer, se quedó paralizada ante su mirada una vez más, su corazón bombeó y su piel, nuevamente se erizó. Al pasar por su lado Ares la cogió de la mano y tiró de ella para salir de allí antes de que los de seguridad no pudieran contener más a toda esa gente y los volvieran a atrapar. Su piel del brazo por donde él la sujetaba ardía y sintió como una pequeña descarga que pareció solo afectarle a ella.

—¿Eres tonta? ¿Para qué te quedas allí plantada, quieres que te arrollen o qué? —le reprochó Ares una vez estaban de camino al coche.

—Lo siento. —Scarlett solo pudo ser consciente de como su mano agarraba su brazo y sentía su calor y un cosquilleo allí donde la tocaba. Sintió mariposas en el estómago y se puso roja—. Un momento, ¡yo no soy tonta! ¡Es tu culpa por tener esa cara de acelga que asustas a cualquiera! —Se deshizo de su agarre bruscamente. Mientras Nick se desternillaba.

—¡Ahora será mi culpa! —se quejó.

—Pues sí, lo es. Podrías ser un poco más amable, encima que vengo a apoyarte. —Se cruzó de brazos realzando así sus pechos, gesto que a Ares no se le pasó desapercibido.

—¿Te ha gustado? —le preguntó más calmado.

—No voy a decírtelo, total mi opinión no te importa...

—Tienes razón. —Y se alejó de ella.

—¡Idiota! —le gritó.

—Lo que tú digas, furia. —Rio por su propia broma para picarla.

—¿Furia yo? ¿Entonces tu que odias a todo el mundo que eres, eh? —Se cabreó aún más Scarlett.

—Vamos, que haya paz, chicos. —Rio Nick. Pero era la primera vez que veía a su hermanastro bromear así con alguien. Quizá Scarlett no le era

tan indiferente como él quería hacer ver, pues antes en el ring no se le escapó que Ares no le quitaba el ojo de encima y que cuando ella salió, él empezó a perder el control del combate.

Al final, dejaron de discutir cuando subieron al coche, pues Nick y Ares se pusieron a comentar cosas del combate, también sobre que le tenían que buscar un representante para que le llevara la publicidad, pues era una gran oportunidad para que lo conocieran más, aunque a Ares no parecía importarle mucho. Después Nick insistió para que cenara algo con ellos, pero Scarlett estaba muy cansada y no le apetecía discutir más con Ares, era muy guapo y todo lo que tú quisieras pero un auténtico capullo. Finalmente la dejaron en su casa.

—Gracias por todo Nick, me lo he pasado genial —se despidió ella.

—Ha sido un placer, cuando quieras lo repetimos. —Le sonrió desde la ventanilla del conductor.

—Sí, sí. ¿Nos vamos ya? —se quejó Ares.

—¡Eres un idiota! —le gritó Scarlett.

—En otra circunstancia te arrepentirías de hablarme así, mortal —soltó.

—Ares...—Lo paró Nick.

—Eres insufrible —le dijo «¿mortal? Como si él fuera inmortal o algo... ¡Lo que es, es un arrogante!»—. Lo dicho Nick, cuando quieras ya sabes dónde estoy. —Le sonrió—. Y si es posible sin el cascarrabias de tu hermano.

—Dalo por hecho. —Le dedicó una de sus deslumbrantes sonrisas—. Buenas noches, Scarlett.

—Buenas noches, Nick.

Y entró en su portal.

—¿Pero qué mierda te pasa con ella? —le reprochó Apolo una vez puso el coche en marcha. Cuando él decía palabrotas era mala señal.

—¡Joder, no lo sé! Intento no comportarme como un capullo, pero no me sale ser de otra manera, y su actitud no ayuda.

—Pues contrólate porque le haces daño. —Estaba enfadado.

—¿Y a ti que te importa esa ahora? No entiendo para qué la has traído.

—Me importa porque me cae bien y es mi amiga, y la he traído porque aunque tú pases de todo yo no, y tengo la esperanza de que alguien te caiga bien y empatices con algo que no sea tu propio culo. Así que por favor intenta no ser tan capullo con ella. —Ares creyó ver algo más detrás de esas

palabras.

—Joder... ¡Ya lo intento!

—Pues no lo haces lo suficiente.

—¿Te crees que a mí me gusta estar aquí? Pero es que no veo porque tengo que tenerles respeto cuando ellos han dejado de venerarnos y de respetarnos. Solo nos ven como simples monstruos mitológicos ¡Son una panda de engreídos que se creen que lo saben todo y no saben una mierda!

—Puede, pero son personas y sienten, el mundo ha evolucionado, quizá los que deberíamos cambiar somos nosotros, pienso igual que Zeus y solo deberíamos intervenir en sus vidas como dioses cuando precisaran de nuestra ayuda o para que su destino se cumpla. Pero intervenir para hacerles daño no lo veo correcto solo porque tengamos poder para hacerlo.

—¡Soy un ser horrible! Es eso, ¿no? Siempre igual. Ares el Dios de la guerra, es un dios temible y cruel, no trae más que desgracia, ha causado esta guerra, blablablá ¡Estoy harto! Yo no era así, pero me hicieron convertirme en el dios que todos pensaban que era y ahora no sé cambiar. —Eso lo cabreaba sobremanera.

—Que quieras hacerlo es parte del cambio, con que te des cuenta de que has actuado mal hasta ahora, ya es bueno.

—Es que no sé si quiero cambiar —respondió serio.

—Entonces tenemos un problema.

La semana pasó volando y ya estaban a jueves, al día siguiente volverían a representar la obra y Scarlett estaba acabando de arreglar con los actores algunos de los movimientos que tenían que coordinar con la iluminación, pues en la representación anterior vio descompensado a alguno de ellos.

—Así María, y te colocas aquí mientras Clayton camina rápidamente hasta este otro foco y así dejáis paso a los secundarios ¿Vale? —Les indicó a los actores y ellos asintieron—. ¡Lo repetimos Javier!—le gritó al hombre de iluminación.

Y volvieron a repetir los mismos pasos.

—¡Genial! Ahora no os tapáis ¿Lo veis? Muy bien chicos, por hoy ya hemos acabado. —Sonrió.

Y escuchó unos aplausos que provenían de las butacas. Scarlett se giró para ver de quien se trataba. «Sean», sonrió. Hacía tiempo que no le veía,

entre los ensayos, preparar los nuevos decorados, los movimientos de los actores, la iluminación y todo... No había tenido mucho tiempo de hablar con él, sin embargo sí que había quedado un día con Nick que, sin darse cuenta se había convertido en su amigo. Todo empezó con un mensaje suyo donde se disculpaba por el comportamiento de su hermano y acabaron hablando de muchas cosas, estaban continuamente hablando por mensajes y era genial tener a alguien con el que hablar allí, pues sus amigos estaban bastante lejos. Quedaron para ir al cine y a cenar, esta vez sin Ares, y ella lo prefirió, pues no le apetecía estar constantemente discutiendo. Aunque tenía que admitir que realmente deseaba que hubiera ido y poder verlo, además quería llevarse bien con él, no porque le gustara ni nada de eso, porque no era así, lo odiaba, pero si iba a ser amiga de Nick, ¿Qué mejor que llevarse medianamente bien con su hermano? «Sí, sí, solo porque es su hermano», se burló una vocecita en su interior.

Nick le contó muy poca cosa de su vida, solo le dijo que era médico desde hacía mucho tiempo, tanto que casi no recordaba la primera vez que ejerció como tal. También nombró que era menor que Ares y que eran hermanos de padre, pero no mencionó a sus madres y ella no quiso ser una entrometida. Aunque lo poco que intentó sonsacarle, él evadió esas preguntas y Scarlett sospechaba que esos dos hermanos ocultaban algo, pero ella no era nadie para meterse en su vida, si Nick la consideraba su amiga ya se lo contaría cuando él creyera oportuno. Sobre todo le llamaba la atención sus ojos, los de ambos, pues poseían unos colores y un brillo en ellos que no eran normales a la par que eran extremadamente atractivos.

Intentó centrarse en Sean, que estaba allí y estaba empezando... algo con él. Se obligó a olvidarse de Nick y sobre todo de Ares, con el que no era compatible en nada. Esperó a que Sean subiera al escenario.

—Hola. —Le sonrió ella.

—Hola, ¿vas a esquivarme mucho más tiempo?—Le sonrió él abrazándola.

—Lo siento pero es que he estado muy ocupada con tu obra ¿Te gusta el cambio?

—Me encanta todo lo que tú haces. —Le acarició la mejilla y Scarlett pensó que la iba a besar, pero no lo hizo y en su interior se sintió aliviada, aunque no sabía por qué si él le gustaba—. ¿Vienes a cenar conmigo? —Otra vez sintió ese calor extraño instalarse en su pecho, pero ahora no era tan intenso como antes.

—Me encantaría. —Le sonrió intentando olvidar esos pensamientos, tenía que olvidarse de Ares—. Voy a por mis cosas y nos marchamos.

—Te espero aquí, ten cuidado con las escaleras. —Le sonrió.

Ella rio y fue a por sus cosas.

—Scarlett, el móvil te ha sonado un par de veces —la avisó Lara cuando entró en la sala que usaban para dejar sus objetos personales.

—Ah, vale, gracias. —Miró de quien se trataba, Nick. Lo llamó y no tardó en contestar.

—Hola —lo saludó ella feliz—. Perdón por no contestar pero estaba trabajando.

—No te preocupes, solo te llamaba para ver si te apetecía hacer algo hoy, Ares me ha dicho que quiere pedirte... bueno, no ha dicho que vaya a disculparse pero quiere intentar ser amable contigo, viniendo de él es todo un elogio. —Rio Nick. A Scarlett le empezó a latir el corazón. ¿Él quería pasar tiempo con ella? ¿Quería empezar de nuevo? Eso es que le importaba algo, ¿no? O quizá solo lo hacía porque era amiga de Nick y él se lo había pedido.

—Pues... lo siento mucho pero ya tengo planes para hoy, Sean me va a llevar a cenar —dijo más entusiasmada de lo que en verdad se sentía.

—Ah, qué bien, pues nada ya quedaremos otro día. —No se le escuchaba muy feliz.

—Lo siento.

—No pasa nada, pásatelo genial en tu cita. —Rio.

—Lo haré, pero dile a Ares que me encantaría empezar de cero con él.

—Se lo diré, hablamos.

—Sí, adiós.

En esos instantes deseaba no haberle dicho a Sean que sí, pues a quien realmente tenía ganas de ver era a Ares. Pero no podía ser así, ella estaba intentando construir algo con Sean y no quería echarlo a perder solo porque un arrogante con ojos dorados hubiera invadido sus pensamientos.

Capítulo 5

La cena con Sean estaba siendo genial, él lo era, lo malo era que no paraba de pensar en las palabras de Nick y en que Ares quisiera empezar de cero con ella. Deseaba llevarse bien con él aunque no comprendía porque le importaba tanto. Además estaba segura de que había sido idea de Nick. Por alguna extraña razón no dejaba de pensar en Ares, ese idiota se había metido en su cabeza como una maldita melodía de un anuncio de televisión. Era una tonta, pues tenía ahí delante a un hombre bueno, guapo y estupendo para ella y lo estaba medio ignorando, Scarlett se sintió la peor de las personas y decidió prestar atención a lo que le estaba diciendo Sean y olvidarse del cara acelga.

Por fin la dejó en su casa, eran las doce de la noche y le había dicho que estaba muy cansada, cosa que no era mentira, pero es que ahora mismo tenía un lío en la cabeza impresionante, pues esta le decía que Sean era perfecto para ella. Por el contrario su corazón le declaraba que Ares había conseguido despertar algo en ella que Sean no obtenía. Scarlett hizo amago de salir del coche para despedirse fuera, pero antes de que saliera Sean la acarició la mejilla para después besarla, la pilló totalmente desprevenida. Besaba muy bien pero... no sentía nada.

—Sean yo... —susurró cuando él vio que no le seguía el beso y se separó.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—Necesito tiempo para aclarar mis ideas, me gustas pero...

—Los peros son odiosos —afirmó él.

—Lo siento. —Se avergonzó ella y bajó la cabeza. Pero él se la levantó con la mano y le acarició la mejilla. Scarlett no pudo evitar comparar su tacto al de Ares, aunque solo la tocó una vez y en el brazo, le había hecho sentir más que esa dulce caricia, y por ello se sentía la idiota más grande del universo.

—Eh, no pasa nada, esperaré lo que haga falta. —Le sonrió.

—Gracias. —Se obligó a decir, aunque no sabía si era buena idea tener a Sean esperando por ella. Lo abrazó—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Y Scarlett fue directamente hasta su casa sin girarse a verlo, pues

aquello era una auténtica locura, estaba rechazando a un hombre que la correspondía y que le gustaba por uno que la odiaba y que jamás se llevarían bien por mucho que ella quisiera. Ese moreno la sacaba de sus casillas, pero era solo pensar en él y su cuerpo se calentaba como una cerilla en el fuego. Desde que había irrumpido en su vida era como si alguna fuerza la impulsara hacia él...

—Una fuerza... —Rio sin ganas Scarlett mientras subía a su piso.

No estaba segura de cómo llevar aquello, había dejado de sentir esa atracción que tenía por Sean, a ver, seguía siendo muy guapo, pero no... no era igual, no sabía qué le ocurría. De todas maneras, quedaba totalmente descartado tener algo con Ares, pues él la odiaba. Lo mejor era olvidarse del complicado e irascible Ares y centrarse en el amable y bueno de Sean. Estaba segura que esto era una tontería pasajera.

Unos días después Nick la invitó a su casa a cenar, Scarlett tenía la ligera sospecha de que el rubio había organizado esto para que tanto Ares como ella, cedieran y se llevaran bien. Por su parte no había problema, el inconveniente era el engreído, estúpido e idiota cara acelga de su hermanastro, que tenía la cabeza demasiado dura y no sabía disfrutar de la vida. A Scarlett inmediatamente y no supo por qué, se le vino a la mente el día del combate, recordando su torso desnudo bien musculado y ejercitado mientras las gotas de sudor resbalaban por todo su cuerpo, sus magnéticos ojos dorados, sus musculosos brazos... era perfecto, y no podía evitar sentir como un rubor la cubría y la hacía sentirse excitada. Suspiró.

Scarlett se obligó a deshacerse de esos pensamientos que no la llevaban a ningún sitio. Además no es que tuviera posibilidad alguna de tener algo con Ares, pero tampoco la quería. Sean le dijo que la esperaría hasta que ella tuviera las ideas claras y la única forma que tenía de hacer eso era dejando de pensar en el estúpido de Ares. Sin embargo, al ser amiga de Nick, el no verlo sería un poco complicado, sobre todo si seguía aceptando sus invitaciones de ir a cenar a su casa.

Scarlett acabó de arreglarse con un sencillo vestido negro con rayas blancas ajustado y sus deportivas de vestir de color azul. El pelo se lo alisó y se lo dejó suelto, que le llegaba hasta los hombros, y para acabar, se puso un poco de rímel en las pestañas. Nick le dijo de pasar a por ella, pero Scarlett se negó porque podía ir andando si estaba cerca y sino con transporte público, pero Nick le avisó de que estaba en las afueras y que quedaba demasiado

lejos de la ciudad, tanto para ir andando como para ir en transporte público, el cual no llegaba. Así que aceptó que él la viniera a buscar, pues su coche estaba en el maldito taller.

—¡Que fastidio tener el maldito coche en el taller... que ganas de tenerlo otra vez y sentirme autosuficiente! —Se quejó Scarlett en voz alta mientras acababa de ponerse un pintalabios de color morado tirando hacia marrón—. Tengo que dejar de hablar sola. —Rio.

Nick no tardó en llegar, y después de saludarse montaron en el coche de alta gama y se pusieron en marcha hacia su casa. Por el camino hablaron sobre cómo les había ido el día, Nick le contó el trabajo que tenía en el hospital, lo ajetreado y absorbente pero a la vez reconfortante que era ese tipo de empleo. También le contó que la medicina había avanzado mucho desde que él estudió, pero como nunca había perdido el contacto con esta disciplina no le costó adaptarse a los nuevos métodos. Scarlett sintió que le decía una verdad a medias, pero no dijo nada pues la pasión con la que hablaba de su trabajo la encandilaba. Aunque realmente no creía que hubiera pasado tanto tiempo desde que él se había sacado la carrera, pues aparentaba tener unos pocos años más que ella, quizá veintisiete, pero no comentó nada.

Scarlett le contó las modificaciones que había hecho en la obra y el éxito y las buenas críticas que estaban recibiendo de la prensa. Después observó cómo se desviaba de la carretera principal para entrar en una de piedras, para luego encontrarse de frente con una gran casa. Era como una mansión del siglo XIX neoclásica, con sus grandes escaleras y columnas y sus enredaderas en la fachada. Muy grande y preciosa pero que a la vez, al ser de noche, si tenía que ser sincera, daba un poco de miedo. No sabía si era allí donde vivían, pero a juzgar que no había nada más por allí cerca, tuvo que suponer que así era. Scarlett no se dio cuenta que tenía la boca abierta hasta que Nick aparcó en la puerta. Fue entonces cuando ella se preguntó quién eran realmente esos dos hombres de aspecto extremadamente atractivo y misterioso, pues aunque Ares era un gran boxeador y él médico, Scarlett estaba casi segura de que sus sueldos no daban para comprar una mansión así y pagar el coche que tenían, que al darse cuenta de que no era el mismo con el que la llevó al combate, sospechó que tenían, al menos, otro más.

—¿Estás de broma? —Logró articular Scarlett mientras Nick le abría la puerta del copiloto para que saliera. Todo estaba oscuro, pero por la luz que salía de la casa y por algunas luces que alumbraban el camino a esta, podía ver que tenían un gran jardín muy bien cuidado.

—¿Por qué? —Se extrañó él de su pregunta.

—¿Vivís aquí? —dijo aún asombrada. Él rio.

—Sí. ¿Te gusta?

—¿Qué si me gusta? ¡Es una pasada de casa! ¿Sois ricos o algo?

—Algo así. —Rio—. Vamos. —Y le tendió la mano para llevarla hasta la entrada.

Al acercarse a la puerta, esta se abrió y salió una mujer alta de unos cincuenta años muy guapa. Llevaba el cabello rizado, moreno y recogido en un elegante moño. Sus ojos eran muy parecidos a los de Nick, brillaban de una forma diferente a lo normal, esto ya era sospechoso, pues que Nick y Ares tuvieran ese brillo en los ojos lo podía llegar a comprender por su parentesco, pero esta mujer iba vestida con un uniforme de servicio, por lo que familia no era, tampoco es que ese brillo en la mirada fuera normal... Era un poco sospechoso. La señora los sonreía amablemente desde la puerta.

—Buenas noches Hestia, nuestra invitada ya está aquí —la saludó Nick presentándola.

—Encantada, soy Scarlett. —Le sonrió amable.

—Igualmente señorita, pasen. Iré a mirar cómo está la cena, enseguida la serviré en el comedor principal —dijo la mujer despidiéndose.

—¿Tenéis servicio y todo? —preguntó Scarlett totalmente sorprendida cuando la mujer desapareció por un pasillo.

—Más que servicio son nuestra familia, ella es como parte de la casa, sin Hestia esto se caería abajo. —Rio Nick con su fantástica sonrisa.

Scarlett miró todo lo que le rodeaba, estaban en una especie de vestíbulo con las paredes revestidas de madera de un color oscuro y el suelo parecía de mármol. A un lado había un pasillo que supuso llevaría a la cocina y a otras estancias, pues Hestia desapareció por allí. Al otro lado observó una gran puerta de madera pero cerrada y en el centro unas grandes escalinatas que subían al piso superior, todo estaba decorado con estatuas de mármol de todos los tamaños de dioses greco-romanos, héroes como Perseo y Aquiles, entre otros. También cubrían las paredes cuadros de temática clásica, jarrones con pinturas rojas de época clásica que supuso que serían réplicas, muebles lujosos,... todo era precioso y engalanado con mucho gusto, y solo estaba en el vestíbulo, no podía imaginarse como sería el resto de la casa.

—Veo que os gusta mucho la época clásica. —Rio Scarlett—. Si algún día necesito atrezzo, recuérdeme que te llame. —Rio y Nick la siguió.

—Es una herencia y como hace poco que nos hemos mudado aquí, no

hemos querido cambiar nada —explicó.

—Pues no lo cambiéis, a mí me encanta ¡No me lo puedo creer! ¿Eso es lo que yo creo? ¡Tienes una escultura de Pierre Puget! Me encanta esta de Perseo liberando Andrómeda, es súper romántica. —Sonrió acercándose a la escultura que estaba cerca de las escaleras.

—Sí, es una reproducción, obviamente. —Rio, pues el tamaño de esta era muy pequeño para ser la original; aun así era bastante grande.

—Obviamente, pues la original se hizo para los jardines del palacio de Versalles en 1685 y actualmente está en el museo del Louvre, y por supuesto es mucho más grande. —Le sonrió.

—No sabía que entendías de arte —le dijo sorprendido.

—Estudié historia del arte y me encanta —expresó con una gran sonrisa orgullosa.

Después la llevó por toda la casa y le enseñó algunas habitaciones, incluso tenían una biblioteca gigantesca con un montón de primeras ediciones de los mejores libros y Scarlett bromeó con quedarse allí a vivir, aunque ganas no le faltaban. También le dijo que en la parte subterránea tenían una piscina cubierta y después fue a enseñarle el gimnasio. En cuanto abrió la puerta, un magnífico ring se presentó ante sus ojos y lo que vio dentro hizo que su corazón se acelerara aún más. Ares estaba entrenando con el torso desnudo, sudoroso y solo con unos pantalones cortos anchos de deporte, estaba maravillosamente atractivo con el pelo alborotado. ¿Así como iba a dejar de pensar en él?

Cuando el moreno notó su presencia paró de pegarle puñetazos al saco y la miró directo a los ojos, con esa mirada brillante y dorada que la dejaba sin respiración. Un escalofrío la recorrió.

—Ares, Scarlett ya ha llegado y la cena estará enseguida —anunció Nick.

—Ya lo veo. Hola. —Intentó sonreír pero pareció más una mueca. Al menos estaba intentando ser amable ¿no?

—Hola... —Él se bajó del ring con un salto espectacular, pues no estaba precisamente bajo, y caminó con seguridad hacia ellos. Su olor la embriagó y a pesar del sudor que cubría su trabajado torso no olía mal, sino todo lo contrario, olía como a miel y fuego, no sabía explicarlo. Scarlett sintió ganas de que la abrazara y la rodeara con sus fuertes brazos y sentir sus carnosos labios en los de ella... Y por todo su cuerpo... «¡Scarlett, para!», se reprochó a sí misma y dijo algo para no seguir con esa línea de pensamientos—.

¿Cómo vas en los combates?

—Genial, soy el mejor, ¿no lo viste? —«Creído», pensó Scarlett.

—Oh claro, se me olvidaba que eras Ares, el Dios de la guerra —dijo irónica, y los dos la miraron petrificados. E incluso Ares, más enfadado aún de lo que solía estar, miró a Nick y este negó con la cabeza ¿Qué estaba pasando? ¿Qué había dicho?—. Así fue como te llamaron en el ring el otro día ¿No? —preguntó un poco perdida, y vio como ambos se relajaban.

—Sí, es como su nombre artístico. —Le sonrió como si nada Nick. Scarlett había sentido el momento tenso, como si hubiera dicho algo que no debía, pero lo dejó pasar. Estaba claro que esos dos escondían algo.

—Me voy a la ducha, ahora subo —dijo Ares con su cara habitual de acelga y enfadado con el mundo, pero junto a su voz sexy y porte magnífico lo hacían aún más atrayente y misterioso.

A Scarlett le dieron ganas de ir tras él y gritarle por qué no podía ser más amable con ella y qué demonios le había ocurrido para que esté tan enfadado con el mundo, suspiró. No se dio cuenta de que se había quedado embobada mirando su musculada espalda mientras se había ido hasta que Nick posó una mano en su hombro.

—Si quieres ir tras él no te cortes, eh —bromeó carcajeándose. Ella se puso colorada de pies a cabeza.

—No, yo solo... estaba pensando..., pero no. —Le dio un golpe en el brazo—. No te rías de mí. —Se quejó sonriendo al ver que Nick no dejaba de reírse.

—¿Qué cara has puesto! —Rio—. Ahora en serio ¿Te gusta mi hermano?

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿No ves lo mal que nos llevamos? —Se alteró ella.

—Eso no es un no. —Rio.

—No, no me gusta tu hermano ¿Contento? —Puso los brazos en jarra para dar más énfasis a sus palabras, aunque por la cara que tenía Nick, no se lo había tragado.

—Vale, vale, te creo. —Sonrió marchándose de la sala.

—¡No te rías, te lo digo en serio! —le gritó ella siguiéndolo hasta el comedor—. Además yo estoy con Sean. ¿Recuerdas? —le dijo una vez entraron en el gran salón y se sentaron en uno de los comodísimos sofás.

—Es verdad ¿Ya es oficial lo vuestro?

—Bueno... oficial, no. Le he pedido tiempo.

—¿Sí?

—Sí, es que no sé si quiero una relación ahora mismo. —Lo cual no era mentira pues estaba dividida entre lo que sentía por él y lo que la hacía sentir Ares, pues Sean le gustaba mucho pero desde que había aparecido ese malhumorado hombre..., no sabía qué había ocurrido con sus sentimientos.

—Bueno, lo único que te puedo decir es que no fuerces las cosas, si tiene que ser, será. —La miró comprensivo.

—Eso mismo dice mi madre. —Rieron.

—Pues hazle caso que tiene mucha razón.

—Me imagino el alivio que habrá sentido el pobre muchacho —dijo Ares entrando por la puerta con una sonrisa jocosa.

Scarlett lo miró enfadada al igual que Nick.

—Aunque no te lo creas hay gente que quiere estar conmigo porque le caigo bien, y no entiendo qué he hecho para merecer que me trates de esta forma —le espetó enfadada.

—Yo tampoco lo sé, me molestas y punto —dijo serio.

Eso no le sentó nada bien a Scarlett y reprimió las lágrimas, no tenía por qué aguantar las tonterías de este engreído que no se merecía ni que le dirigiera la palabra, y ella de mientras sintiéndose atraída por él, era tonta a más no poder.

—¡Ares! —le gritó Nick enfadado.

—Nick, gracias por invitarme, pero me voy ya, no tengo porque aguantar al idiota de tu hermano, además no me gusta estar en los sitios donde no soy bienvenida. —Se levantó del sofá, cogió su bolso y su chaqueta y se dirigió hacia la puerta de entrada.

—¿Eres idiota o qué te pasa?! —se cabreó Apolo. La verdad es que lo entendía, él también estaba enfadado consigo mismo por hacerle eso, no sabía por qué lo hacía, pero cuando los escuchó hablar sobre que ella tenía un novio o lo que fuera, se había sentido furioso.

No entendía qué le pasaba con aquella humana que lo hacía ser más hostil y cabrón que de costumbre, que ya era decir. Sabía que lo atraía, era muy bonita, pero era una simple humana y él no se relacionaba con esos seres simples. Sea como fuere se sentía culpable, cosa que jamás sintió. Era un Dios, los dioses no sentían culpabilidad por sus actos, ¿no? O al menos él no lo había sentido hasta ese momento, y eso que había cometido los actos más atroces y horribles que el de ser un idiota con una chica con el fin de

mantenerla alejada de él. Algo irónico, pues normalmente no tenía que hacer nada para que los demás le temieran y se alejaran, mas Scarlett no le tenía miedo, y eso le gustaba a la vez que lo desconcertaba.

—No te negaré que he sido un cabrón, pero no sé por qué te empeñas en cogerle cariño y en montar una cena para ella cuando nosotros ni siquiera comemos ¡Es una simple humana!

—¡Es una humana, pero tiene sentimientos y es mi amiga! —Apolo se cabreó de verdad, lo cogió por la camisa y lo estrelló contra la pared creando una pequeña grieta en esta. Sus ojos brillaron aún más—. ¿Cuándo lo comprenderás? Estamos en una situación muy jodida y la necesitamos, puedes hacerlo mejor Ares.

—¿El Oráculo ha vaticinado algo? —le preguntó sin inmutarse ante la furia de su hermano.

—Sí.

—Entiendo. Iré a por ella pero no pienso disculparme, y que no se vuelva a acercarme a mí.

—Ella es tu oportunidad, Ares, en más de un sentido.

Esas palabras significaban más de lo que aparentaban y tanto Apolo como él lo sabían, pues Apolo veía el futuro, era el Dios de la adivinación entre otras cosas y sentía que había hechos que su hermano no le podía contar y, al parecer, estaban relacionados con Scarlett; un motivo más para mantenerla alejada de ellos. Así que Ares no estaba dispuesto a ceder, no quería relacionarse con los humanos, siempre los había odiado, aunque ahora que lo pensaba, no sabía exactamente porqué. Eran fáciles de manipular y no eran gran cosa. Pero tenía que admitir que Scarlett había producido algo en él, algo que no podía explicar, empezando por hacerle sentir culpable de sus actos, cosa que jamás había ocurrido. Se soltó del agarre de su hermano y fue en busca de Scarlett. Cuando salió por la puerta vio que estaba todo oscuro, excepto por la poca luz que se proyectaba de la casa y la que proporcionaba la luna. La muy tonta se había ido andando a su casa que estaba a más de una hora a pie.

Empezó a correr al ver que no estaba cerca de la casa, se metió en el bosque que estaba cerca del camino por si se hubiera perdido, y efectivamente, la encontró llorando y asustada en medio de la soledad y oscuridad del bosque, sentada en el suelo al pie de un árbol. No esperó encontrarla así, eso lo descolocó, parecía una chica fuerte y peleona, pero en ese instante... Estaba totalmente vulnerable. Algo dentro de él se le removió,

verla de esa manera y sola, llorando, le provocaba un sentimiento extraño mezclado con la culpa ¿Culpa? Él no sabía qué era eso.

—¡Scarlett! —le gritó y ella se sobresaltó «¡Mierda! ¿Por qué no sé ser más delicado? Ah sí, porque nunca he sido delicado con nadie ni tratado con una humana, y menos en este estado».

—¡Vete, déjame en paz! —le gritó. Aunque sintió el miedo en su voz, si bien no era su persona favorita en el mundo, estaba claro que Scarlett no quería quedarse allí sola. No obstante, esperaba que no le temiera a él, no sería la primera ni la última, aunque sabía a ciencia cierta que jamás le haría daño, al menos físicamente; seguramente sería la única humana que podía alardear de ello.

—¡Si ni siquiera sabes seguir el camino! ¿Cómo te voy a dejar aquí? — Se acercó a ella y sin saber qué hacer se arrodilló delante de Scarlett—. Vamos, vente conmigo, siento ser tan cruel a veces, pero no es personal, me pasa con todo el mundo, por eso estoy en esta situación. —Rio amargamente. ¿Se estaba disculpando? ¿Qué coño le pasaba?

—¿Solo a veces? —Lloró ella, aunque estaba realmente preciosa intentando ocultar lo asustada que estaba.

—Vale, siempre, venga no llores por un idiota como yo, no valgo la pena. —Rio y consiguió que ella riera también, eso no sabía porque, pero le alivió.

—Por un momento pensé que me tendría que quedar a pasar la noche aquí, bajo este árbol —sollozó. Estaba seguro que algo la asustaba y por primera vez en su larga y repugnante vida, no era él quien provocaba ese sentimiento.

—Pues la verdad es que no se está mal —dijo sentándose a su lado mientras Scarlett se secaba las lágrimas.

—No lloro por ti, creído. Estaba asustada, me da miedo la oscuridad — confesó ella.

Scarlett no supo por qué le confesaba eso, seguramente sentiría pena por la pobre tonta que tenía miedo a la oscuridad. En cuanto había salido de la casa, se quedó paralizada y no vio más allá de la oscuridad, no supo hacia dónde ir, y por lo visto se había adentrado en el bosque. Había sido una tontería marcharse así pero no pensó en las consecuencias, solo sintió el dolor que le habían provocado las palabras de Ares, cosa que no tenía sentido alguno pues a ella no tendría que importarle, pero lo hacía. Milagrosamente, su miedo se había disipado en cuanto escuchó su voz. Desde luego no esperó

que se comportara así con ella.

—Tranquila, estoy aquí —pronunció Ares pillándola totalmente por sorpresa y haciendo que su corazón latiera desbocado.

Y lo que vino a continuación la sorprendió aún más. Ares alargó su fuerte brazo para envolverle la cintura y tirar de ella hasta que su cabeza descansó en su fuerte y musculado pecho. Eso hizo que su corazón saltara y su rostro se cubriera de rojo. Posó sus manos en su pecho y aceptó la seguridad y el calor que él le brindaba, de repente la oscuridad ya no le daba tanto miedo.

No estaba oscuro del todo, pues la luna llena alumbraba la noche y se veían las estrellas brillar en el firmamento. Se quedaron así en silencio abrazados sintiendo como su calor corporal la envolvía junto a una especie de electricidad que se formaba cuando se tocaban, parecía que solo ella era consciente de ello. Su olor a jabón, miel y fuego la excitaban, y tenerlo tan cerca la estaba alterando demasiado. Así que decidió romper el silencio.

—¿Te puedo hacer una pregunta? Al menos me debes eso como disculpa. —Él rio con una risa profunda y masculina, era demasiado atractivo. Scarlett pensó que era la primera vez que lo veía reír de verdad. Se perdió mirando su bello rostro.

—Inténtalo y puede que te responda.

—¿Qué te ha pasado para que estés enfadado con el mundo y vayas siempre con esa cara de acelga tuya?

—Muy bonito, insultando al héroe que ha venido a socorrerte de la oscuridad. —Rio.

—Sí, pero es por culpa de ese héroe por el que estamos en esta situación. —Hizo las comillas en la palabra “héroe” sonriendo.

—Touché, venga volvamos antes de que Apolo se piense que te ha pasado algo, entonces ya sí que soy hombre muerto —dijo mientras se separaba de ella y se ponía en pie. Scarlett sintió un vacío enorme, no quería separarse de él.

—¿Apolo? —preguntó ella confusa.

—Digo Nick, un lapsus —le dijo comenzando a caminar hacia la casa.

Scarlett corrió tras él y se agarró de su brazo, él la miró y sonrió pero no dijo nada, mejor, ya bastante vergüenza sentía porque la viera débil y asustada como para que encima se cachondeara de su miedo; que aunque ya sabía que era un poco infantil, los miedos no entendían de eso. Scarlett se quedó absorta mirando el perfil de aquel hombre tan arrebatador, con su

cabello moreno, corto y ondulado que le quedaba a la perfección y con esa mandíbula cuadrada y fuerte. Sus ojos, en la oscuridad, podía ver que brillaban con una intensidad dorada que no era normal. Tampoco dejó de darle vueltas a la “confusión” de nombre, sabía que había algo más que una simple equivocación. Estos hombres escondían algo, pues nada de lo que les rodeaba era normal. Por no nombrar que no le había contestado a su pregunta.

Capítulo 6

Al final cenó con ellos, o al menos eso hizo ella, pues parecía que los hermanos no probaban bocado. Ares dijo que seguía una dieta muy específica para el boxeo y a Nick lo llamaron del hospital por lo que tuvo que irse rápidamente, encargando a Ares la tarea de llevarla a su casa. El moreno puso mala cara pero no dijo nada, Scarlett indicó que no había problema que podía irse andando o llamar a Sean. Esto último hizo que Ares dijera rápidamente que él la llevaría, cosa que sorprendió a Scarlett y Nick rio ganándose una de esas miradas asesinas de Ares. Por eso en esos momentos, estaban en otro de los coches que tenían, pues cuando fueron al garaje había por lo menos dos más a parte del que se había llevado Nick.

En el coche reinaba un auténtico silencio y Scarlett estaba empezando a sentir el cansancio de trabajar hasta tarde y de no dormir bien, ya que últimamente había tenido alguna que otra pesadilla de mundos subterráneos en los que la perseguían espíritus o monstruos, exactamente no sabía qué, ya que nunca podía recordar muy bien lo que soñaba. Al final no pudo aguantar y el sueño la atrapó, Ares le transmitía seguridad a pesar de cómo se comportaba con ella.

Ares se sentía tenso con ella al lado, no porque no soportara su presencia, pues aunque se empeñaba en creer que así era, realmente Scarlett se habían convertido en la persona humana con la que más a gusto se había encontrado jamás, y eso lo inquietaba y lo ponía en alerta. Que Apolo hubiera visto su destino y le hubiera dicho que ella era su oportunidad no dejaba de rondarle por la cabeza, si aquella chica era la respuesta a todos sus males para poder volver a su casa..., podría utilizarla, engañarla para que Zeus se pensara que había entendido por fin a los humanos y salir de ese mundo infernal. Pero vio algo más en la mirada de Apolo, algo que lo puso en sobre aviso.

La miró de reojo y vio que se había quedado dormida, realmente era preciosa y eso lo mosqueaba aún más. Antes, cuando la vio vulnerable en la oscuridad, no sabía qué mosca le había picado para decirle que él estaba allí y

abrazarla, como si eso fuera a importarle a ella, aunque sí que parecía que la calmó. En cuanto la tuvo entre sus brazos una sensación placentera y embriagadora junto a su perfume de fresas lo habían excitado, nunca se había fijado en una simple mortal, nunca le habían llamado la atención, pero Scarlett le hacía algo que no comprendía y lo ponía furioso. Se fijó en sus labios carnosos entreabiertos y lo sexy que era, deseó poder despertarla con un beso para después hundirse en sus maravillosas caderas y hacerle el... ¿El qué? ¿Qué estaba pensando? Estaba claro que el estar viviendo en la maldita tierra lo estaba volviendo loco.

Tenía que ser el de siempre, un Dios sin escrúpulos que no tenía en cuenta nada más que su propio bien y beneficio, ella no le importaba ni le importaría jamás, simplemente la utilizaría para sus propósitos y regresaría a su casa, de donde nunca debería haber sido desterrado por entorpecer la vida de esos seres inútiles. Aparcó donde pudo e intentó recordar en qué portal entró el otro día cuando la dejaron en su casa. La cargó en brazos después de cogerle las llaves de su bolso y miró el piso en el que vivía una vez se adentró en el portal. Scarlett no pesaba nada, pero olía de maravilla, se abrazó a él posicionando su cabeza en su cuello haciéndolo sentir un escalofrío que fue directo a su miembro. Cada vez se estaba cabreando más consigo mismo y con ella por hacerlo actuar de esta manera. Normalmente la hubiera despertado de mala gana y la hubiera echado de su coche, pero no había sido capaz.

Entró en su piso y el olor a fresas que desprendía ella se intensificó allí, no sabía porque pero desde que la había tocado estaba excitado, esa mujer alteraba su cuerpo como ninguna diosa o semidiosa había conseguido, ni siquiera Afrodita, la Diosa del amor. Ares pensó que era mejor no pensar en ella. Dejó a Scarlett en su cama, al parecer la chica tenía un sueño profundo o estaba demasiado cansada. La descalzó y la tapó. Estuvo debatiéndose entre sí desnudarla o no, pero por su bien era mejor que no, pues si la veía desnuda... entonces sí que no respondía de sus actos.

Al final optó por marcharse de allí lo más rápido que pudo, todo esto no le gustaba un pelo, él no se preocupaba por nadie e iba a seguir siendo así.

Scarlett se despertó con el corazón en un puño y gritando, otra vez las pesadillas sobre un paraje desolador con almas en pena la habían

atormentado. Miró a su alrededor y vio que estaba en su cuarto, ni siquiera había cerrado las persianas. Era domingo y tenía libre. Miró el reloj y vio que apenas eran las ocho de la mañana; no sabía ni cómo había llegado a su cama, estaba vestida, con lo cual seguramente no había llegado por su propio pie, de eso no había duda. Lo último que recordaba era que en el coche se le cerraban los ojos y...

—Perfecto me quedé dormida y seguramente Ares cargó conmigo hasta casa... ¡Qué vergüenza! —Se avergonzó tapándose la cara—. Aunque no es propio de él, lo normal hubiera sido que me despertara de mala manera y me echara de su coche. Quizá le di pena... simplemente genial. —Suspiró hundiendo la cara entre sus manos.

La semana pasó volando y Apolo, al descubrir qué destino le esperaba a Scarlett decidió que lo mejor era alejarse de ella, pues realmente la consideraba su amiga y se sentía mal por engañarla. El Oráculo le había revelado los planes reales de Zeus para con Ares, y Scarlett estaba implicada de lleno, pero no se le estaba permitido intervenir. Era el *fatum*^[1], el destino, y ya estaba escrito. Es por eso que esta semana evitó quedar con ella, pero si quería ayudarla de alguna manera, aunque nunca revelando lo que sabía, debía quedarse a su lado. Había ido a ver a Zeus para intentar razonar con él, pero Atenea tuvo que intervenir y no pudo hacer nada por Ares. Así que tenía que limitarse a ayudarlo desde la distancia; a él y a Scarlett. Aunque se sentía muy unido a Ares, Zeus seguía siendo el Dios todopoderoso y un acto de traición acabaría con su existencia. Así que tendría que continuar estando al lado de Scarlett como amigo, esperaba que cuando llegara el momento, ella y Ares lo comprendieran.

Scarlett era la primera amiga que tenía en muchos años y aunque era un Dios le gustaba esta faceta de los humanos; se sentía cómodo con esta vida, que por una parte nunca hubiera experimentado si Zeus no hubiera desterrado a Ares, aunque los planes habían cambiado y no iban a favor del Dios de la guerra precisamente. Al ser el Dios del Oráculo debía callar, no le estaba permitido hablar de según qué temas y una fuerza mayor le impedía revelar los planes reales del padre de los dioses.

Apolo se dirigió a la nevera de su lujosa casa, y observó que no quedaba apenas una botella de ambrosía, y esa noche Ares tenía un combate más un

entrenamiento duro; necesitaría más de la que poseían. Eso era peligroso para Ares, pues él podía ir al Olimpo y beber allí, pero Zeus no le había permitido traerse más ambrosía para Ares. Sabía cuál era su propósito, pero estaba preocupado por si todo salía como Zeus esperaba, así que intentaría ganar algo de tiempo. Aquello pronto desencadenaría el principio de su cambio, cosa que también le ocultaban a Ares, quien no sería consciente hasta que fuera demasiado tarde. Apolo como Dios no podía sentirse culpable, pero como hermano y amigo, si es que un Dios podía tener ese tipo de sentimientos, sabía que los estaba traicionando.

Scarlett había intentado quedar con Nick, pero parecía que huía de ella, no sabía si había hecho algo mal. Seguramente Ares no quería volver a verla y estaba condicionando a su hermano, pues muy bien, si no quería saber nada de ella, ella aún menos. Eran unos idiotas muy raros. Aunque uno de los idiotas no se lo podía sacar de la cabeza, porque esa excusa de que Ares estaba enfermo y que era mejor que no se acercara a ellos en una temporada, era una mentira como una casa. Sabía que Ares tenía combates porque lo había buscado por internet, y en ningún artículo o noticia decían que no se hubiera presentado por enfermedad. Aunque sí que era verdad que las pocas veces que llamó a Nick para preguntarle cómo estaba Ares, y ver si le decía la verdad, lo notaba muy nervioso y preocupado, esperaba que pronto volviera a ser el de siempre y que si les estaba ocurriendo algo, supieran que ella estaba allí para apoyarlos. Se dirigió a la salida del teatro cuando se dio cuenta de que estaba lloviendo y no llevaba paraguas, menos mal que su casa estaba cerca. El cielo estaba negro y caían algunos rayos, eso la asustaba, pero no iba a permitir que la detuviera.

—¿Va sin paraguas, señorita Bouclier? —le preguntó Izan, al que hacía días que no veía.

—Hola, hace tiempo que no le veo. —Le sonrió—. Sí, no sabía que iba a llover.

—Yo tampoco lo sabía. —Rio extrañamente.

—Bueno, mejor me voy ya que cuanto antes salga, antes llego. —Le sonrió.

—En eso tiene razón, tenga cuidado.

—Sí, gracias. —Scarlett no supo por qué le había dicho que tuviera

cuidado, quizá solo era una manera de despedirse. No le dio más importancia.

Respiró hondo y salió corriendo hasta su piso empapándose de arriba abajo, sentía el frío por todo su cuerpo, y a cada rayo pegaba un pequeño bote por el susto. Parecía que había salido tal cual de la ducha, con ropa y todo. Pero a medida que llegaba a su portal, una figura oscura se dibujó bajo este, y mientras se iba aproximando se dio cuenta de quién se trataba. Se detuvo en seco ¿Qué hacía él allí? Y tan tarde ¿Había pasado algo? ¿Nick estaba bien? Scarlett observó a Ares, la miraba fijamente mientras la lluvia caía encima de él, estaba tremendamente guapo y arrebatador con el pelo empapado cayéndole sobre la frente, la camiseta ceñida a su perfecto cuerpo por el agua. Sus característicos ojos dorados brillaban más que nunca y su mirada..., no era la habitual, la verdad es que daba un poco de miedo, un escalofrío la recorrió. Ares parecía otro, uno más fiero y salvaje de lo normal. Scarlett se asustó, parecía una bestia en busca de su presa, pero a la vez sintió su necesidad ¿De qué? No lo sabía. Al cabo de unos segundos reaccionó y se acercó lentamente hacia él sintiendo como la lluvia la dejaba más y más mojada y el frío se internaba en sus huesos.

—¿Ares? ¿Qué haces aquí? —preguntó preocupada. Sus ojos encendidos y su mirada seria no eran como los de siempre, parecía la de una bestia que necesitaba ser alimentada. Scarlett recordó que en una de las noticias vio que ese día había tenido un combate muy importante, quizá no había salido bien. Pero, ¿para qué venía a verla a ella?—. ¿Ares? —Volvió a preguntar a unos pasos de él al ver que no contestaba ni se movía; simplemente la miraba fijamente.

—Te necesito. —La cogió del brazo y la estiró para abrazarla. Ella sintió su cuerpo caliente, Scarlett estaba helada y empapada, y a pesar de que él también estaba mojado, su temperatura corporal era bastante elevada.

A Scarlett le empezó a latir desbocado el corazón, que él le dijera eso cuando normalmente solo buscaba chincharla..., no era buena señal, pero le gustaba. Su rostro se cubrió de un rojo intenso mientras la lluvia los empapaba y le correspondió al abrazo lentamente. Scarlett sintió puro magnetismo entre ellos, notó cómo su cuerpo vibraba ante su contacto, más intensamente que las otras veces, como si se llevara parte de ella. Algo muy extraño y placentero a la vez. Incluso creyó notar como si el suelo temblara bajo sus pies ¿Se estaba volviendo loca? Pero el comportamiento tan extraño que estaba teniendo Ares la preocupaba más.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? —Pudo decir al fin. No obtuvo

respuesta—. Mejor subamos. —Pensó que sería mejor hablarlo en su piso, ya que no quería que sus vecinos empezaran a cuchichear ni que cogieran un resfriado, aunque estaba segura de que ella ya no se escapaba de un catarro.

Él la dejó alejarse lo suficiente como para dejarla abrir las puertas, pero no la soltó de la mano. Scarlett no sabía qué le sucedía, este Ares era como una bestia silenciosa, nada que ver con cómo era él habitualmente. Llegaron a su piso y él cerró la puerta bruscamente. Ella no sabía qué paso dar en ese preciso momento, no entendía qué le ocurría a Ares.

—Te necesito. —Volvió a pronunciar mientras la alzaba por las caderas y la llevaba a la habitación. Scarlett enroscó sus piernas en sus caderas y sus brazos alrededor de su cuello, sintiendo como su tonto corazón bombeaba sin cesar. Estaba nerviosa. Muy nerviosa, no sabía qué quería ni que le ocurría a Ares.

Su perfume embriagador como a miel y fuego la envolvió y sintió un millar de mariposas revolotear por su estómago. Y un hormigueo allí donde él posó sus grandes y fuertes manos.

Ella lo miraba asombrada mientras la dejaba en el suelo de su habitación. No entendía qué pasaba, lo único que sentía era a su cuerpo gritando por buscar calor en el masculino; estaba empapada y aunque Ares también, parecía que era una estufa andante que solo tenía ojos para ella. Quería que la abrazara de nuevo, que la tocara. Pero a la vez no entendía ese cambio tan repentino. ¿Por qué la necesitaba? ¿a ella?

Scarlett se quedó presa de la mirada dorada de Ares, era simplemente insólito que a una persona normal le brillaran los ojos con esa intensidad, normalmente le brillaban, pero en ese instante tenía un dorado más intenso, parecía oro líquido. No podía ser de este mundo. Así que mientras ella razonaba sobre lo inhumanamente imposible de sus ojos, Ares atrapó su cara entre sus grandes manos y bajó sus labios para besarla desesperadamente. Al principio Scarlett se quedó paralizada, la había pillado totalmente desprevenida; aunque no tardó en dejarse llevar dándole pleno acceso a su boca. Un sinfín de fuegos artificiales explotaron en su vientre y su corazón latió a un ritmo desenfrenado. La tierra pareció vibrar y removerse con ferocidad. Scarlett cerró los ojos con más fuerza y puso sus manos en su pecho para anclarse a algo. Ares bajó sus manos a su cuello y Scarlett dio un respingo. Ares introdujo su lengua salvajemente y se le escapó un gemido. Sus labios gruesos se amoldaban perfectamente a los suyos, parecían hechos para el pecado; besaba muy bien. Sintió como si su energía interior se agitara

y Ares se la estuviera llevando, era realmente una locura, una muy placentera, pero debía pararlo.

—¿Qué... haces? —logró articular entre beso y beso desesperado—. ¿Ares? —Se apartó y vio algo que le hacía pensar que no estaba consciente del todo. Ese no era el Ares de siempre, y por mucho que ella se sintiera atraída por él, aquello no estaba bien.

Scarlett no sabía qué ocurría, pero de lo que sí estaba cada vez más segura era que tanto Ares como Nick guardaban un secreto y, que esa actitud de Ares era por alguna causa que se escapaba de su comprensión. Al igual que lo que la hacía sentir cuando se tocaban. Podía palpar la necesidad desesperada que sentía él por ella y no sabía qué hacer para ayudarlo.

—Vamos a quitarnos esta ropa mojada —dijo cuando se recompuso del magnífico beso que le había dado.

Sin saber muy bien qué hacer, Scarlett se desvistió para secarse y ponerse un pijama de pantalones largos finos y camiseta de tirantes, ante la atenta mirada de Ares. Estaba siendo una descarada al plantarse delante de él y desnudarse, pero no sabía por qué su instinto le decía que Ares la necesitaba y que no podía dejarlo solo. Él se desvistió en silencio al igual que ella y dejándose puesta la ropa interior. Scarlett se quedó muda de lo impresionante que era ese hombre, no parecía de este mundo, y a pesar de que pensaba que estaba loca por llegar a especular que realmente ellos no pertenecían a la especie humana, lo creía. Delante de ella tenía al ser más espectacular que jamás hubiera contemplado. Su cuerpo desnudo, con sus musculados brazos, su torso duro, trabajado y ejercitado, las piernas musculadas de un atleta..., sus ojos dorados mirándola como si ella fuera la única que podría saciar su sed... Parecía una de esas esculturas griegas que representaban a un Dios poderoso. No podía evitar sentir que la humedad se formaba entre sus piernas y que su corazón bombeaba como loco.

Entonces Ares se acercó a ella lentamente y Scarlett no pudo hacer más que quedarse inmóvil esperando deseosamente su contacto. Estaba temblando, y no sabía si era por el frío de la lluvia o por el deseo de que él la acariciara. Cuando llegó a su altura la cogió de la mano y la llevó hasta la cama, se tumbó para después hacer que ella lo hiciera encima de él y los tapó a ambos, después... simplemente la abrazó. Scarlett posicionó su cara en su cuello donde depositó un beso mientras no dejaba de temblar. No supo por qué lo hizo, simplemente sentía que él necesitaba su calor y su tacto. Ares empezó a frotar su cuerpo con dulces caricias que la hicieron arder allí donde

él pasaba su gran mano, sintiendo como la energía fluía entre ellos. ¿Se estaba volviendo loca?

Estar así con él era algo que jamás hubiera pensado, no entendía cómo ni porqué habían acabado en su cama y abrazados, pero sentía que era lo que tenía que hacer, lo que Ares anhelaba ahora mismo. Se sentía excitada y notar la abultada entrepierna de Ares no ayudaba, pero poco a poco entró en un estado de embriaguez, como si sus cuerpos estuvieran conectándose. Sintió un calor que la hacía sentirse segura y aliviada porque él acudiera a ella, aunque no sabía muy bien el porqué. Lentamente el frío fue disipándose y cayó en un profundo sueño.

Scarlett escuchó de fondo la alarma de su móvil y se despertó rápidamente para apagarla y levantarse. Lo primero en lo que pensó, fue en que la noche anterior había tenido un sueño increíblemente raro, pero el olor que había dejado Ares en su ropa lo hacía muy real. Él ya no estaba y Scarlett seguía sin comprender qué había ocurrido y porque se había ido sin decir nada. Aunque cuando vino tampoco es que hubiera dicho gran cosa. No sabía si hablarlo con Nick o directamente con Ares para ver si recordaba algo, igual era sonámbulo. Aunque ella sabía que la respuesta a ese comportamiento no era nada racional ni entendible para el ser humano.

Recordó lo bien que se había sentido entre los brazos de Ares, el calor de su cuerpo, una temperatura demasiado elevada para haber estado bajo la lluvia demasiado tiempo. Sus ojos dorados brillando con una intensidad nada normal y, por no hablar de su extraño comportamiento. El ardiente beso que le había dado acudió a sus pensamientos y se llevó los dedos a los labios. Recordaba que él estaba igual de excitado que ella y eso la hizo ponerse colorada, se llevó las manos a la cara martirizándose cuando se acordó en el momento en el que se desvistió delante de él ¿Pero qué había hecho? No se entendía ni ella misma, simplemente hizo lo que le dictaba su instinto.

Todo inducía a pensar a Scarlett que allí había algo rarísimo. Incluso en ese momento que hacía no sabía cuánto tiempo se había ido Ares, ella aún se sentía excitada, y lo que más raro era, su cuerpo hormigueaba. No entendía nada de lo que había ocurrido esa noche, solo esperaba que Ares estuviera bien. Lo mejor era olvidarse y centrarse en su trabajo, seguramente esto sería un episodio aislado en su vida, pues Ares la odiaba, quizá se estuvo burlando

de ella.

—¡Seguro que el hijo de puta se está jactando de mí ahora mismo! ¿Cómo no lo vi? ¿Seré estúpida? —Se levantó corriendo de la cama enfadada consigo misma por caer en su juego y sobre todo con él.

Se dio una ducha rápida y mientras se vestía no pudo dejar de pensar en lo sucedido. Scarlett razonó que ese comportamiento no podía ser actuado, era demasiado... extraño, todo lo que los envolvía era inverosímil. No sabía dónde la llevaría todo esto, pero estaba dispuesta a llegar hasta el fondo del asunto.

Capítulo 7

Dos días después de la inaudita noche que Scarlett pasó con Ares, no lo había vuelto a ver y ella creyó mejor olvidarlo. No sabía qué había ocurrido. Si se trató de una broma pesada, lo cual cada vez pensaba menos que fuera eso, o bien esos hermanos escondían algo sobre su naturaleza. Seguía sin saber nada de ellos, ni siquiera su apellido, tampoco de dónde venían ni quién eran sus padres. Aunque ahí no podía meterse, ella mejor que nadie sabía que no todo el mundo iba proclamando sus problemas ni presentándose con todo el árbol genealógico.

Nick la había llamado el día después de pasar la noche con Ares para preguntarle si se encontraba bien, y lo que más la puso sobre aviso fue que insistiera tanto. ¿Sabría él algo de lo que ocurrió esa noche? ¿Ares se acordaba? ¿Se lo contaría a su hermano? No tenía respuestas para ninguna de esas preguntas que la carcomían por dentro. Tan solo de pensar que Nick quizá sabía que había dormido con su hermano, le daba vergüenza. Él era su amigo, y si hubieran sido otras circunstancias se lo habría dicho, pero realmente no pasaron la noche juntos, simplemente durmieron y no es como si fuera a haber un futuro entre Ares y ella, así que no tenía por qué decirle nada, ¿no? De todas formas hoy había quedado para verse con Nick después del trabajo, ya que él tenía la tarde libre y Scarlett intentaría sonsacarle todo lo que pudiera saber.

Cuando terminó de hacer algunos encargos de material para la obra volvió al teatro, en la puerta estaba aparcado el coche de Sean, y a Scarlett le entraron los remordimientos. Se sentía como si le hubiera engañado con Ares, pero realmente ella no tenía una relación de pareja con él, pero aun así estaban empezando algo..., se sintió culpable. Entró en el vestíbulo y vio como Sean e Izan charlaban casi susurrando y en cuanto entró, ambos la miraron serios callando súbitamente. Algo bastante raro. Pero rápidamente Sean cambió de semblante para dedicarle su mejor sonrisa, como siempre. Izan la saludó con un asentimiento de cabeza y desapareció.

—Hola preciosa. —La abrazó y le dio un suave beso en la mejilla.

—Hola. —Le sonrió ella intentando no poner cara de culpable ¿Debía decírselo a Sean? Se había besado con otro hombre cuando estaba intentando

construir algo con él... —. ¿De qué hablabais? —La curiosidad pudo con ella.

—¿Qué? Ah, de nada, no te preocupes ¿Qué tal el día?

—Bien, sin mucho ajetreo. —Rio.

—Me alegro.

—¿Y el tuyo?

—Igual, pero deseando verte —le dijo mirándola a los ojos. Scarlett sintió que la iba a besar y por un momento solo pudo pensar en Ares y en lo enfadado que podría llegar a sentirse si ella besaba a Sean. Lo cual era una auténtica tontería pues Ares no sentía nada por ella. Pero aun así esquivó a Sean y él no dijo nada al respecto—. ¿Tienes planes para después?

—Pues he quedado con un amigo...—dijo un poco cauta.

—¿Ya me estas cambiando por otro? —bromeó Sean, o ¿No? ¿Sabía algo? No. ¿Cómo iba a saberlo?

Scarlett se sintió como una auténtica zorra, estaba con ese hombre maravilloso y solo podía pensar en el idiota y malhumorado de Ares, que después de la noche que habían compartido, no podía dejar de desear que la volviera a besar como lo hizo. Nunca nadie antes le había provocado esa locura con un solo beso.

—Te he comprado algo —dijo Sean trayéndola de nuevo.

—No hacía falta... —Ahora sí que se sentía fatal.

—Tonterías, lo vi y pensé en ti, seguro que te queda genial. —Sacó de su bolsillo una cajita rectangular y se la tendió.

Scarlett la abrió ilusionada y ante ella apareció un colgante con una cadena fina de plata y, de esta, colgaba un pequeño corazón de esmeralda atravesado por una flecha. Ella se quedó sin palabras, el collar era precioso y tenía toda la pinta de ser muy caro. Scarlett lo miró asombrada.

—Sean... esto es..., es precioso y...

—Es para ti. —Le sonrió quitándoselo de las manos para ponérselo.

—No puedo aceptarlo, parece muy caro —se quejó ella.

—Tonterías, tú te mereces lo mejor. Recógete el pelo. —Y al final tuvo que aceptarlo, estaba claro que Sean no iba a ceder.

Scarlett sintió como la acariciaba al ponerle el collar, era agradable, pero no se comparaba a la electricidad que sentía cuando Ares la tocaba, estaba segura que ningún contacto con otro hombre podría igualar a lo que le producían las caricias de Ares. «¡Basta Scarlett, no pienses más en él!», se reprochó.

—Muchas gracias, es precioso. —Abrazó a Sean y le dio un beso en la mejilla. Él pareció contento con eso.

—¿El viernes estarás libre? —le preguntó ilusionado. Scarlett se debatía interiormente, Sean le gustaba, era amable, bueno, muy guapo y atento pero no sentía esa atracción que le suscitaba Ares... No era justo para Sean, aunque no iba a tirar lo que fuera que tenían por un tonto por el que solo sentía deseo, porque no podía sentir nada más por Ares, era estúpido, arrogante, odiaba a todo el mundo, besaba muy bien, era el hombre más atractivo de la tierra... «¡Maldita sea!».

—Sí, el viernes estoy libre. —Se obligó a sonreír.

—Me alegro de que estés bien, entonces —le contestó Nick mientras estaban paseando por el centro de la ciudad.

La verdad es que el casco antiguo de la ciudad era muy bonito, con sus adoquines en el suelo, las tiendas antiguas iluminadas con luces de colores, pintores dibujando las calles y el puente antiguo, las parejas paseando, amigos, familias..., tenía mucho encanto. Pero volvió a centrarse en la conversación que mantenía con Nick.

—Gracias, no sé por qué tanta insistencia, ya te lo dije por teléfono. —Rio, pero eso la ponía alerta; era extraño.

Scarlett no supo qué más decirle, una vez más le preguntaba por eso y seguía sin saber el motivo de su insistencia. No se atrevía a preguntarle si sabía algo de lo que sucedió con Ares la pasada noche.

—Por nada en especial, solo me preocupo por mi amiga. —Le sonrió con su perfecta dentadura y ella le correspondió a la sonrisa—. Por cierto Ares tiene combate mañana, si estás libre... ¿Te gustaría acompañarme? Yo no soy muy fan del boxeo, pero como es un combate importante y sé que él no me pedirá que vaya, le podemos dar una sorpresa. —A Scarlett le latió el corazón ante la posibilidad de verlo.

—¿Te tengo que recordar lo mal que le caigo a tu hermano? Creo que será mejor que yo no vaya —argumentó ella, pues lo de la pasada noche no cambiaba nada. O al menos eso pensaba, porque Ares desapareció y no supo si fue consciente de lo que sucedió o no.

—No digas eso, le caes bien. Seguro que le hace mucha ilusión que vengas.

—Mmm, no sé yo. Si yo le caigo bien no sé cómo será con la gente que no soporta. —Rieron.

No quería volver a discutir con Ares, pero tenía que admitir que se moría de ganas por volver a verlo y ver cuál era su reacción para con ella. Y la primera vez que fue a verlo compitiendo no le disgustó, lo pasó un poco mal pero era un deporte interesante... y sí, también era excitante verlo luchar.

—Si estás deseando verlo...—La chinchó Nick. Ella se puso colorada y le dio un golpe en el brazo a modo de broma.

—No es verdad, tu hermano es un idiota. —Quiso aparentar que no le afectaba el hablar de él.

—Eso no te lo discuto. —Rieron—. ¿Entonces vendrás?

—Está bien..., pero lo hago por ti. —Quiso dejar claro.

—Claro, claro. —Rio Nick.

—¡No te rías de mí! —Lo empujó en broma.

—Ven, anda tonta, que te invito a una pizza. —La cogió de la cintura y la llevó a uno de los restaurantes italianos con mejores críticas de la ciudad.

Nick era todo lo opuesto a Ares; era amable, educado, se comportaba como un caballero..., y además era guapísimo, con sus rizos rubios y esos ojos tan azules que parecían la luz de un rayo. Era médico y al igual que Ares estaba de muy buen ver, no lo había visto desnudo, pero su forma física se entreveía a través de su ropa, seguro que era el médico sexy del hospital y volvía locas a todas las féminas, e incluso algunos hombres. Era tonta por fijarse en el hermano inadecuado, estaba claro que su fuerte no eran los hombres, si es que estos dos hermanos podían catalogarse como tal. Rio sin darse cuenta.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Nick mientras conducía para llevarla a su casa.

—De nada, tonterías mías. —Sonrió.

—Dímelo —insistió.

—Nada, era solo que pensaba que erais demasiado perfectos físicamente como para ser de este mundo. —Rio por la tontería. Al decirlo en voz alta Scarlett se dio cuenta de que era una gran bobada. Pero Nick se mantuvo serio—. Lo siento, no quería ser estúpida, a veces suelto las cosas sin pensar. —Se puso nerviosa y se sintió mal.

—No te preocupes, es gracioso. —Sonrió—. Así que piensas que somos perfectos físicamente, ¿no?

—No me creo que nadie no os haya dicho lo guapos que sois... —Se

extrañó Scarlett. Ella misma había notado como las chicas, y algunos chicos, se comían con la mirada a Nick cuando pasearon o en el restaurante, y no solo hoy. No podía ser que en toda su vida nadie les hubiera dicho lo atractivos que resultaban. Nick rio pero no dijo nada más—. ¿Por cierto de dónde sois? Nunca me lo has dicho.

Nick se quedó en silencio un buen rato, tanto que Scarlett pensó que no iba a contestarle, aunque no entendía por qué, ella le había contado que venía de un pueblo que estaba a unas horas de la ciudad, aunque tampoco había nombrado nada de su familia y él no la presionó, por lo que si no quería contestarle, ella no era quien para demandarle nada.

—Soy de una pequeña isla, pero nos fuimos a vivir con mi padre muy pronto. —Notó un aire melancólico en su voz.

—¿Tú y Ares? —preguntó cauta, sabía que este tema le incomodaba un poco.

—No, yo y mi hermana.

—¿Tienes una hermana? ¡Me encantaría conocerla! —Sonrió y vio un brillo especial en los ojos de Nick.

—Seguro que le caerías bien, algún día quizá te la presente.

—¿Cómo se llama? —preguntó curiosa.

—Artemis.

—Vaya, vuestro padre tiene un serio problema con los nombres, le gusta la mitología, ¿no?—Se echaron ambos a reír—. ¿Ella es menor? —Se notaba que estaba orgulloso de su hermana.

—Somos mellizos. —Rio.

—¡Que guay! Yo siempre quise un hermano o hermana, pero... bueno las cosas han ido así. —Sonrió para quitarle importancia, no quería pensar en que su padre las había abandonado y su madre no había podido volver a rehacer su vida.

—¿Qué pasó?

—Cosas que pasan, mi padre nos abandonó a mí y a mi madre. Ella siempre lo defiende diciendo que era para protegernos..., pero bueno, nunca ha vuelto a rehacer su vida —explicó intentando que las lágrimas no salieran. Se sentía mal por su madre, esperando continuamente a que el amor de su vida, que la había abandonado, volviera un día. Cosa que jamás ocurriría.

—Lo siento, sé cómo te sientes. Mi padre nunca ha ejercido como tal, pero supongo que es lo que se espera de él.

Scarlett prefirió no seguir preguntando, pues ella odiaba cuando le

hacían preguntas sobre su padre y no quería someter a un interrogatorio a Nick, sobre todo cuando ella no quería recibir la misma clase de preguntas. Además ató cabos, ya que estaba claro que Ares y Nick compartían padre, y si nunca había sido un padre para Nick tampoco para Ares, por lo que podía llegar a entender esa actitud cabreada que caracterizaba al moreno.

Al poco llegaron a su casa y se despidieron quedando para el combate de Ares. Scarlett estaba nerviosa por verlo, no sabía cómo iba a reaccionar él cuando la viera ¿Seguiría siendo el mismo de siempre? ¿Se acordaría de la noche que pasaron juntos? ¿Debería preguntarle si era sonámbulo? Esas y muchas preguntas más la asaltaron una vez estuvo en su cama lista para dormirse, pero no podía. No dejaba de darle vueltas a todo, sobre todo en lo bien que se sintió durmiendo abrazada a ese hombre tan complicado.

—¡Esto es una auténtica mierda! —gritó al techo.

—¿Seguro que no se enfadará porque haya venido? —preguntó Scarlett a Nick mientras buscaban sus sitios reservados.

—Que no, ya verás cómo se alegra. Bueno no le verás porque él no te lo mostrará, pero ya te aseguro yo que le encantará que vengas a apoyarlo. —Le sonrió Nick.

—No sé yo...

No tardó mucho en sonar la voz del locutor por los altavoces presentando el evento, enumerando a los patrocinadores, explicando las normas y cómo iba a ir la clasificatoria así como lo que necesitaba cada boxeador para ganar. Esta vez el recinto era más grande y estaba llenísimo de gente que gritaba y vitoreaba. A penas se podía escuchar uno ni sus propios pensamientos. El ring también parecía más grande y Scarlett estaba ansiosa por ver a Ares, necesitaba respuestas. Aunque no estaba muy segura sobre si las obtendría.

Scarlett pensó que debería retrasar la cita con Sean, pues esto tenía pinta de acabar sobre las nueve de la noche, así que le puso un mensaje para decirle que iría directamente a donde quedaran, pero no mencionó nada de un combate de boxeo.

—Ya empieza —le susurró Nick.

Ella se puso nerviosa, Ares no sabía que estaban allí pero como en la entrada se habían encontrado con el entrenador Patrick, lo más seguro era que

se lo hubiera dicho. Y en cuanto Ares salió al ring lo primero que hizo fue lanzarle una de esas miradas doradas que la paralizaban y la dejaban sin respiración, su corazón latió desbocado. Scarlett pensó que parecía que sonreía un poco, pero desde tan lejos y siendo él, no estaba muy claro. De todas formas ella lo saludó con la mano, quedando como una idiota pues él no iba a corresponderle.

—Nos ha visto —confirmó Nick.

—No estaba muy contento, ¿no?

—Pues yo diría que ha sonreído y todo, pero al tratarse de mi hermano quizá era un espejismo. —Los dos rieron por la broma del rubio.

Los combates fueron sucediendo uno tras otro y cuando le tocaba el turno a Ares, quien estaba en racha, Scarlett se ponía más nerviosa. Era maravilloso observarlo boxear, parecía un guerrero de verdad luchando por salvar su vida. Realmente se tomaba el boxeo muy seriamente, pero el hecho de que saliera siempre ileso mosqueó un poco a Scarlett. Allí pasaba algo raro... «¡Madre mía! ¿Serán alienígenas? Quizá su forma real es la de unos hombrecillos verdes y bajitos que han venido a colonizar la tierra», sonrió. Miró de reojo a Nick quien sonreía a su hermano por la victoria inminente y después a un sudoroso y atractivo Ares. La verdad es que eran demasiado perfectos para ser humanos..., pero aquello era un disparate.

Al final Ares fue el ganador, cosa que no extrañó nada a Scarlett. Era muy bueno, parecía que sabía exactamente cómo moverse y qué puntos flacos tenía el adversario para derribarlo demasiado fácilmente. Tan solo le llegaron a dar golpes que parecía que no le afectaban. ¿Sería un súper hombre? Quizá se trataba de Thor, el superhéroe de cómics. Un Dios legendario buenorro casi indestructible que se dedicaba a mantener a la Tierra a salvo. Scarlett rio por la comparación, pues Ares era cualquier cosa menos un héroe, no lo veía ayudando a la gente y siendo amable porque sí.

—¿Scarlett me haces un favor? —le preguntó Nick mientras se dirigían a la salida del recinto.

—Claro, dime.

—¿Puedes bajar a los vestuarios y decirle a Ares que os espero en la puerta de atrás para que así no le atosigue la prensa, ni las fans, ni los chupasangre de los representantes?

—¿Yo? Pero no me van a dejar entrar. —Estaba claro que aunque ella dijera que era amiga de Ares no la iban a creer, allí había mucha fan loca, y seguramente ya habían intentado de todo para acercarse a sus boxeadores

favoritos.

—Está allí el entrenador, ve con él. —Le señaló Nick.

—Está bien.

—Gracias preciosa. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó a por el coche.

Scarlett se puso demasiado nerviosa, pensar que iba a estar tan cerca de Ares una vez más y a solas... sin saber cuál iba a ser su reacción o qué le diría..., aun en su cabeza daba vueltas la posibilidad de que él le hubiera tomado el pelo.

Capítulo 8

Scarlett se dirigió hacia Patrick, quien estaba hablando con otro de los entrenadores. Le daba un poco de vergüenza pedirle que la ayudara a llegar hasta Ares, y pasar por todos aquellos fans que esperaban la salida de sus boxeadores favoritos. Incluso había chicas con carteles de “Ares, el Dios de la guerra” con frases de todo tipo, algunas le dieron hasta vergüenza ajena. No conocía que el boxeo fuera tan popular, pero parecía que en aquella ciudad sí lo era.

—Hem... ¿Entrenador?

—Oh, hola preciosa ¿Qué te ha parecido nuestro chico? Siempre tan sobresaliente, ¿no? ¿Has disfrutado?

—Sí, parece que la suerte está de su parte. —Sonrió amable.

—La suerte o tú, llámalo como quieras. —Rio. Scarlett se puso roja como un tomate.

—Siento molestarle pero, ¿me podría acompañar a donde está Ares?

—Por supuesto, se merece una recompensa por lo bien que lo ha hecho —soltó el hombre con una sonrisa cómplice. ¿Una recompensa? No se referiría a ella, ¿no? Seguro que Ares ni siquiera quería verla. Scarlett no supo qué decir.

Se despidieron del otro entrenador y la condujo hasta la puerta de los vestuarios, le dijo a un hombre de seguridad que la dejara pasar y le indicó que bajando unas escaleras encontraría la puerta a los vestuarios, que lo esperara fuera. Ella le dio las gracias y el hombre volvió a desaparecer.

Scarlett pasó por la multitud ayudada por el señor de seguridad y bajó las escaleras que daban a un gran pasillo. Se paró delante de la puerta que anunciaba los vestuarios. Estuvo esperando a Ares allí, apoyada en la pared de enfrente, donde veía salir varios boxeadores con una pinta horrible por la paliza que habían recibido. Muchos de ellos se la quedaban mirando intrigados, otros con miradas descaradas, pero ninguno le dirigió la palabra. Un grupo de tres se quedaron cerca comentando los combates, ella sentía sus miradas pero no dijo nada, miraba distraídamente el móvil. Sin embargo, llegó un momento en el que se incomodó por sus miradas lascivas sobre su cuerpo, hasta que la puerta se abrió dando un fuerte golpe y salió Ares con su

ya típica cara de acelga. Llevaba el pelo ondulado, mojado por la ducha y Scarlett sintió la necesidad de peinarlo. Una camiseta negra ajustada que marcaba sus fornidos brazos y dejaba entrever su trabajado cuerpo a conjunto con unos pantalones tejanos que le sentaban como un guante, estaba guapísimo.

Sus miradas se cruzaron y Scarlett se quedó hipnotizada con la mirada dorada de Ares, seguía pensando que no era normal, pero ya se había acostumbrado. Su corazón empezó a latir muy rápido y le sonrió esperando un gesto de amabilidad por su parte, el cual no llegó, ¿y que esperaba?

Vio que Ares miraba hacia el lado en el que se encontraba el corrillo de boxeadores, dirigiéndoles una mirada de absoluto odio. Después la miró a ella mientras se acercaba sin apartar la mirada de sus ojos y, ¿sus labios? Sin previo aviso y cogiendo por sorpresa a Scarlett, soltó su bolsa de deporte, la atrapó contra la pared y su cuerpo. La cogió por la cintura y con la otra mano le sujetó el mentón y la besó arduamente. A Scarlett se le cayó el móvil al suelo, pero no le importó. Cada poro de su piel gritaba por ese contacto, y desde la otra noche no había deseado otra cosa que no fuera sentir sus cálidos y provocativos labios sobre los suyos. Alzó las manos para enroscarlas en su cuello y hundir sus dedos en el cabello ondulado aun húmedo. Su corazón estalló y sintió como las mariposas volaban por su estómago libremente, también notó esa energía que fluía entre ellos, era demasiado placentero. Ares hizo un movimiento de cadera y presionó su cuerpo contra el de ella deliciosamente, provocando que Scarlett sintiera su excitación crecer a la par que la suya. Se aguantó un gemido, no quería darle esa satisfacción de hacerle saber que le gustaba, aunque devolviéndole el beso y dejándole paso a su boca, lo había dejado bastante claro.

Pero por mucho que le gustara..., ahora mismo no sabía si era el Ares consciente o el inconsciente. Aunque antes de que ella hiciera movimiento alguno por separarlo, él se adelantó. Juntó sus frentes mientras ella recuperaba el aliento. Sus labios estaban muy cerca y sus cuerpos se tocaban todavía, tanto que sintió una corriente de magnetismo que la inducía a no separarse de él.

—De nada. —Scarlett se quedó descolocada mirándolo con los ojos abiertos. Ares dio un vistazo de reojo hacia donde habían estado los otros boxeadores con una sonrisa triunfal y Scarlett siguió su mirada. Ya no estaban.

—¿Qué? —Se quedó en shock.

—Te estaban mirando como si quisieran comerte, ya no te molestaran más —dijo separándose y cogiendo su bolsa y el móvil de Scarlett, que por suerte no se había roto.

—¿Qué? ¿Y por eso me has besado? —Se cabreó al ver que para él solo era un juego. Le quitó su móvil de mala gana.

—Claro. ¿Qué te piensas? ¿Qué me gustas o algo? —Se rio en su cara y Scarlett intentó pegarle una bofetada pero él la detuvo. La rabia le recorrió por entero y se sintió como una auténtica idiota.

—Mucho cuidadito, bonita. —Le soltó la mano y comenzó a caminar hacia la salida—. No te hagas la ofendida, sé tan bien como tú que te ha gustado. —Rio.

—¡Eres un imbécil! —vociferó cabrada a su espalda.

Él no contestó, solo soltó una risotada dirigiéndose a la salida.

Ares no sabía que mierda le ocurría con aquella mujer. Por mucho menos hubiera torturado a cualquiera, pero con Scarlett era diferente. Jamás la tocaría de esa forma ni le haría daño, aunque no sabía por qué. Lo máximo que se permitía con ella era ser un capullo y aun así se odiaba por tratarla de esa forma, pero en parte era para tenerla alejada porque estaba claro que él no podía estarlo de ella. Era la mujer más bella que había visto, ni siquiera Afrodita se podía compara con la belleza que Scarlett poseía. No solo eso, sino que su forma de ser, su naturalidad, su risa, sus movimientos, su mirada, ... todo la hacía hermosa, lo era y además no lo sabía, qué era lo que aún más interesante y preciosa la hacía.

Cuando vio los pensamientos de esos idiotas y sus miradas hacia ella un sentimiento humano desconocido para él lo inundó, y sintió la necesidad de besarla para reclamarla. Una absoluta idiotez. Aunque cuando la besó fue como si ya hubiera probado esos deliciosos labios con sabor a ambrosia, y se moría por saborearlos una vez más. Estaba seguro que ella había sentido su excitación al igual que Ares había sentido la de ella, y se obligó a parar, pues si la hubiera besado durante un segundo más, no hubiera sido capaz de poder detenerse.

Al cabo de unos segundos la sintió andar detrás suyo y se estaba conteniendo demasiado para no girarse y besarla de nuevo ¡Esto era absurdo! ¿Cómo podría un Dios como él sentirse atraído por una simple humana? Esto

era una auténtica locura.

—Tu hermano me ha dicho que nos espera en la puerta trasera. —La oyó casi susurrar. Estaba cabreada. Bien.

—¿Qué te han parecido los combates de hoy? —No sabía por qué pero realmente quería saber su opinión.

—Como si te importara... —Aquello le resultaba gracioso y aminoró su paso esperando que Scarlett lo alcanzara.

—Si no me importara no te lo preguntaría —le dijo mirándola a los ojos. Vio como ella apartaba su mirada de la de él y seguía caminando.

—Eres un idiota, pero peleas bien —dijo al cabo de un rato Scarlett, llegando a la puerta de salida.

Ares sonrió sin que ella lo viera. Por alguna extraña razón le agradaba saber que a Scarlett le gustaba como peleaba. Salieron a la calle y Apolo los estaba esperando dentro de su coche de alta gama.

—¿Os habíais perdido? —Sonrió desde el asiento del conductor.

—Pregúntale a tu hermano...—dijo Scarlett visiblemente enfadada aún.

Y automáticamente notó como la mirada de reproche de Apolo se posaba en él mientras se subía en el lado del copiloto del coche; Scarlett se sentó en el asiento trasero. Ares simplemente se encogió de hombros, no iba a admitir que la había besado, y menos para que Apolo sacara conclusiones equivocadas. El cansancio del otro día después del entrenamiento y los combates lo invadieron, aún no se explicaba cómo estaba durando tanto tiempo sin ambrosía y con tanta energía, aunque ya empezaba a notar el bajón de nuevo, y eso era peligroso. Si un Dios no bebía ambrosía..., estaba perdido. Lo único que lo podía substituir era el sexo y Ares no tenía ninguna gana de juntarse con humanas pesadas que se desvivían por él. E instintivamente miró por el retrovisor a Scarlett. Ella era diferente, pero de ninguna de las maneras consideraría tener nada con ella, imposible. Estaba seguro que antes Scarlett le arrancararía las pelotas. Sonrió.

—¿Ahora sonríes? —le reprochó Apolo.

—¡Vete a la mierda! —Volvió a su cara seria de siempre.

—Seguramente se está riendo de mí, últimamente es lo mejor que sabe hacer —soltó ella dolida.

Ares no entendía a qué se refería con lo de “últimamente”, pero por supuesto que se refería al beso de antes. El cual no había sido ninguna broma para él a pesar de lo que ella pudiera pensar. Pero tampoco iba a negárselo. El resto del camino fueron en silencio y Ares comprobó que no estaban llevando

a Scarlett a su casa. Cuando Apolo paró el coche en frente de un restaurante sintió un mal presentimiento, no era la primera vez que lo sentía.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó mirando a Apolo, que por la forma en la que lo miraba había sentido lo mismo que él.

—Scarlett tiene una cita con su novio —contestó Apolo mirándolo. Como si le tuviera que importar.

—¿Tu novio? —Ahora la miró a ella volviendo a sentir lo mismo que cuando vio que los otros boxeadores la miraban demasiado interesados.

—Nos estamos conociendo —dijo Scarlett sintiendo que tenía que justificarse—. Además a ti no tengo que darte explicaciones de nada. —Después moderó su tono de voz y se dirigió a Apolo—. Muchas gracias por todo Nick, nos vemos pronto.

—Nos vemos pronto, ten cuidado y cualquier cosa tienes mi número, cualquier cosa, de verdad. —Se preocupó Apolo.

—Gracias, estaré bien. —Ares vio como le sonreía a su hermano con esa sonrisa que tanto deseó que fuera para él; después se marchó.

—¿Lo has sentido? —le preguntó Apolo en cuanto Scarlett entró en el restaurante.

—Sí ¿Qué significa?

—No lo sé, no he visto nada ni el Oráculo ha vaticinado ningún cambio —respondió Apolo preocupado.

—Quizá no sea nada.

—Quizá. —Ninguno de los dos creía que no fuese nada, pero el día del teatro, cuando conocieron a Scarlett habían sentido lo mismo.

—Iré a echar un vistazo, para ver si se encuentra bien —dijo Ares haciendo amago de bajar del coche.

—¡No! Estas muy cansado y necesitas recargarte, no es bueno que gastes energías en esto. Scarlett sabe cuidarse sola, yo volveré más tarde a cerciorarme de que llega bien a casa. —E inmediatamente Apolo arrancó.

Ares no supo a qué venía esa reacción por parte de su hermano, él era siempre el primero en ir a rescatar a doncellas en apuros y aquello no le pareció normal. Pero no le rebatió, pues no quería que pensara que se preocupaba por la morena o algo. Y ciertamente, no se encontraba demasiado bien, si Apolo volvía después, se quedaba más tranquilo.

Scarlett entró en el restaurante y buscó con la mirada a Sean, que en cuanto la vio se puso en pie para recibirla. La saludó con dos besos, uno de ellos muy cerca de la comisura de sus labios. Claramente debía dar el paso con Sean, pero algo se lo impedía, bueno algo no, alguien; Ares, y eso la mosqueaba sobremanera porque jamás de los jamases iba a tener algo con el idiota ese.

Durante la cena parecía que los sentimientos hacia Sean se volvían más intensos, sintió de nuevo ese extraño calor en su pecho que la hacía quedarse embelesada mirando al escritor y sintiendo que cada vez se enamoraba más de él, cosa demasiado extraña pero de la que no era consciente.

—Y esa es la idea que tengo para mí nueva obra de teatro ¿Qué te parece? —le preguntó entusiasmado.

—Me encanta, tienes unas ideas fantásticas. —Lo aduló Scarlett. No podía dejar de mirarlo y esperar que le contara más cosas.

—A mí me encanta que me mires así. —Le sonrió él. Aunque Scarlett estaba un poco atontada notó en la mirada de Sean un halo de tristeza.

En ese instante deseaba fervientemente estar con él y escucharlo durante toda la eternidad. Algo en su interior le decía que algo sucedía, pero era tan feliz a su lado...

—Será mejor que te lleve a casa —dijo Sean levantándose.

—¿Qué? ¡No! Quiero estar contigo un rato más. —Le sonrió Scarlett. «¿Pero que estoy diciendo? Esta no soy yo...», pensó pero no pudo contradecirse con palabras.

—Lo sé, ven aquí. —Sean la cogió de las manos y la atrajo hacia sí. Iba a besarla, pero en el fondo Scarlett no quería y no sabía por qué no podía negarse.

Al final le depositó un beso en la mejilla y le susurró un “lo siento”. Scarlett estaba medio consciente, ya que una bruma le nublabla la mente y solo podía pensar en Sean y lo guapo e interesante que resultaba de repente.

Sean la acompañó a su casa, eran cerca de la una de la madrugada y ella se sentía como drogada, sentía una atracción por Sean que nunca había experimentado ¿o quizá era lo que siempre había sentido por él? Pero en cuanto aparcó el coche en frente de su portal y Scarlett entrevió una sombra, inmediatamente pensó que podría tratarse de Ares, y todo ese interés y envaramiento que había sentido por Sean, se esfumó. Aunque tarde, él ya estaba besándola. Se separó bruscamente y él la miró extrañado pero pronto le mostró una sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Sean.

—Sí..., no, no sé. Me duele la cabeza, no me encuentro muy bien. Gracias por la cena. —Se obligó a decir. Pero estaba claro que algo muy extraño le había ocurrido—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Scarlett pensó que Sean escondía algo, no era normal que se hubiera sentido de aquella forma por él, ni aquel calor en el pecho que tantas otras veces había sentido cuando él estaba alrededor, no era normal, algo le había ocurrido y no entendía él qué.

Capítulo 9

Apolo había ido al restaurante donde dejaron a Scarlett y lo que vio no le gustó nada, no porque su amiga estuviera cenando con un chico, sino porque ese hombre en concreto no parecía trigo limpio, no tuvo buena sensación y sospechaba que no era humano, como ellos. Aunque todavía era muy pronto para saber qué era. Notó que Scarlett se comportaba diferente, pero no se atrevió a acercarse más si no era necesario por si se trataba de un plan de Zeus; no podía descubrirse. En cuanto el tipo ese la dejó en su casa y notó la presencia de Ares cerca, se marchó.

Seguía sintiéndose mal por ocultarle información a Ares y por utilizar a Scarlett de aquella forma, pero era la única manera de que su hermano sobreviviera en la tierra. Además debía de seguir las órdenes de Zeus, pues el Oráculo ya había vaticinado sus destinos. Aunque sospechaba que algo se le escapaba y que el padre de los Dioses le ocultaba parte de la información y de los planes que tenía para con Ares y Scarlett.

Scarlett sintió un escalofrío al bajar del coche, como aliviada, y volvió a fijarse en la sombra que había cerca de su portal. Se acercó lentamente y poco a poco Ares fue saliendo de su escondite en las sombras, en cuanto lo vio suspiró aliviada, pues podría haberse tratado de cualquiera.

—¿Qué haces aquí? Estoy enfadada contigo —le espetó Scarlett. Pero cuando llegó a su altura vio que era el Ares inconsciente, pues sus ojos brillaban más intensamente. Él la agarró del brazo y la atrajo hacia sí envolviéndola con sus fuertes brazos. Su corazón dio un respingo.

—Te ha besado —escupió con rabia. ¿Cómo lo sabía? Y pillándola una vez más desprevenida, atacó a su labios, como si quisiera borrar los de Sean con los suyos.

A Scarlett le recorrió un rayo de puro deseo y sintió una vez más aquella necesidad que Ares le mostraba en ese estado. Lo abrazó por la cintura y se impregnó de su característico olor a miel y fuego. No sabía por qué pero identificaba a Ares con el fuego. El mundo alrededor suyo desapareció, solo

existían ellos dos.

—Te necesito, eres mía —le susurró en sus labios. El corazón de Scarlett saltó de excitación, aquellas palabras eran como la mayor declaración de amor que había vivido. Solo que no era real. Si Ares estuviera consciente jamás le diría algo como aquello. Y esa verdad se le clavó como un puñal en el pecho, no quería llorar, era una tontería.

—¿Quién o qué eres? —le preguntó en un susurro. Estaba claro que Ares guardaba un secreto, al igual que Nick, y algo en su interior le decía que debía mantenerse alejada de Ares, pues le haría mucho daño, pero por otro lado..., ya era demasiado tarde.

Aquel gruñón y obstinado boxeador con esos ojos dorados tan fuera de lo común, se había metido en su corazón, y poco a poco se estaba ganando una gran parcela allí. Scarlett lo guio hacia su piso y una vez entraron, en medio del comedor, Ares comenzó a besarla desesperadamente, casi le arrancó la ropa, y la dejó solo con la interior. La acarició por cada rincón de su suave piel haciéndola arder con cada dulce contacto de sus ásperas y grandes manos. Scarlett estaba envuelta en una especie de neblina, en otras circunstancias no se entregaría tan fácilmente a un hombre, pero Ares... él era diferente, todo en él la hacía desear más. Vio como Ares posaba su dorada mirada en el collar que le había regalado Sean, soltó un gran gruñido salvaje y se lo arrancó del cuello para tirarlo por ahí.

—¡Eh, es un regalo! —se quejó. Aunque sabía que era una tontería porque él no era consciente de lo que hacía y mucho menos entendía por qué había hecho eso ¿Sabría que era de Sean?

Scarlett cogió su cara entre sus pequeñas manos para que la mirara directamente a los ojos. No entendía ese comportamiento ¿Qué pasaba? ¿Por el día la odiaba y por la noche la necesitaba desesperadamente? Y, ¿por qué a ella? Aunque claramente le gustaba más este Ares que el que la chinchaba, pero se sentía como si le estuviera engañando. Scarlett creía verdaderamente que Ares no era consciente de esto y que si lo supiera haría lo que fuera por no volver a acercarse a ella.

—¿Quién eres en realidad?—Volvió a preguntarle a Ares. Él simplemente la cogió de las manos para acercarla más a él y la besó de nuevo.

Los cabellos de Scarlett se erizaron ante el contacto y su cuerpo ardía por sentir el suyo, deseaba que Ares la tocara de todas las formas posibles más que nada en el mundo. Después la llevó al dormitorio y allí él se desnudó

dejándose su ropa interior, mostrando su cincelado cuerpo, con sus abdominales y su piel bronceada, parecía de revista. Y si le añadías los ojos brillantes dorados y su cabello ondulado moreno, era como ver un espejismo del hombre perfecto. Solo que estaba allí delante de ella, necesiéndola solo a ella, excitado por ella. O eso quería pensar Scarlett.

Esta vez, Ares la llevó hasta la cama y la tendió suavemente para posicionarse encima de ella. A Scarlett se le iba a salir el corazón por la boca, estaba tan excitada por él... ¡Y simplemente se habían besado y acariciado! No quiso pensar qué pasaría si Ares decidiera hacerle el amor.

El moreno se acomodó entre las piernas femeninas y la acarició por los brazos mirándola a los ojos. Scarlett deseó que Ares se acordara de todo lo que estaban viviendo, pero... a la vez lo temía.

—Te necesito, Scar. —Volvió a pronunciar muy cerca de sus labios. Esas palabras la desarmaban, lo decía con tanto sentimiento que no podía negarle nada.

Un momento. ¿La había llamado Scar? Hacía mucho tiempo que nadie utilizaba ese diminutivo de su nombre ¿Entonces era consciente de que era ella? Eso volvió loco a su corazón.

—Estoy aquí, Ares. —Y esta vez fue ella quien lo besó, pero rápidamente él comenzó un ritmo más salvaje. Se abrió paso con su lengua para saborear su boca por completo y Scarlett no pudo evitar gemir y arquearse haciendo que sus sexos entraran en contacto.

Una vez más sentía como su energía pasaba a él, aquello era una locura, pero verdaderamente sentía eso. Lo abrazó por los hombros e introdujo sus dedos en los suaves cabellos masculinos y tiró hacia ella, provocando un gruñido de satisfacción de la boca masculina. Scarlett notó como el miembro de Ares se clavaba dulcemente en su sexo y no pudo evitar moverse para conseguir un poco de alivio. Se sentía demasiado excitada por él y notaba que él la necesitaba de una forma incomprensible para ella, más allá de la evidente pasión que había entre ellos.

Ares se deshizo de su sujetador con maestría y dejó libres a sus voluminosos pechos ávidos de su contacto. Mientras Ares le depositaba dulces besos en el cuello masajeó excitantemente los duros pezones rosados. Scarlett gimió cuando notó las ásperas y grandes manos en sus senos, masajeándolos y creando pura electricidad que estrellaba en su húmedo y excitado sexo. Gimió y se arqueó más hacia él. Su contacto la estaba matando, se sentía arder entre los brazos del moreno, Scarlett se aferró a su

dura espalda cuando notó su húmeda y caliente boca sobre sus pechos. Sintió que podría correrse en unos segundos si seguía presionando con su erecto y duro miembro en su sexo y si la seguía atormentando con su lengua, chupando y succionando sus pezones.

—Ares..., por favor... —Necesitaba alivio de inmediato.

Fue entonces cuando bajó una gran mano por su cuerpo acariciándolo y haciéndola vibrar. La introdujo entre sus braguitas hasta su muy húmedo sexo y sintió más humedad creándose por la expectación a la vez que contuvo la respiración. Cuando Ares la acarició Scarlett soltó un gritito y se arqueó hacia su mano, empapándola de sus jugos. Ares la besó apasionadamente mientras movía sus dedos un ritmo frenético proporcionándole un placer ensordecedor. Scarlett movió sus caderas al compás que marcaba Ares, él mantuvo sus piernas separadas con las suyas. Estaba completamente perdida en el placer que le estaba produciendo con su mano. Profundizó su beso a la vez que acarició el clítoris con dureza, después masajeó toda su hendidura llenándose de humedad y presionó una vez más su duro brote entre sus dedos. Ella se agarró de sus cabellos soltando un grito en la boca del moreno, se estaba deshaciendo por minutos entre sus brazos. Luego Ares introdujo un dedo en su interior llevándola más alto en su placer, penetrándola con rápidas y duras estocadas, luego añadió un segundo dedo rozando un lugar muy sensible y deleitante en su interior. Estaba demasiado excitada, jamás había sentido ese magnetismo con ningún otro hombre. Se arqueó y gritó.

—Ares... yo... ya... ¡Oh, Dios mío! —gritó Scarlett mientras Ares prestaba atención con su boca a sus pezones. Con sus dedos no dejaba de atormentar su sexo añadiendo un eléctrico movimiento en su clítoris que la iba a hacer estallar en cualquier momento. Había chispas entre ellos, literalmente, pues Scarlett creyó ver unas pequeñas luces. Seguramente producto de la locura que le estaba haciendo vivir ese hombre tan ardiente y atractivo hasta morir.

—Córrete Scar, lo necesito —pronunció esas palabras que fueron como un detonador para ella.

Scarlett no pudo evitarlo y se dejó llevar completamente por el orgasmo más impresionante que había sentido en su vida. Soltó un profundo grito que ahogó Ares en su boca, parecía como si lo absorbiera, como si su único propósito fuera darle placer a ella. Una corriente atronadora la recorrió de los pies a la cabeza y se abrazó fuertemente a los hombros masculinos. Ares continuó dándole placer mientras ella temblaba en sus brazos. Una vez emitió

el orgasmo, Ares sacó sus dedos de su interior y fueron a parar directamente a su boca.

—Deliciosa y mía —afirmó. Scarlett se sintió de nuevo excitada. Necesitaba más de él, y ver como se metía sus dedos en la boca con sus jugos, a la par que notaba su enorme erección presionar contra su muslo, la encendía, estaba segura de que un tono rojizo cubría su piel.

Su mirada dorada posada en la suya de color miel, la hacía sentirse deseada e importante para él. Scarlett quería tocarlo y darle placer, pero sentía que prefería llegar hasta el final si Ares estuviera consciente. Saber que si se entregaba enteramente a él, después no lo recordaría, la hacía sentirse una cualquiera. Al final Ares se tumbó a su lado y la atrajo hacia él para abrazarla. Scarlett empezó a sentirse un poco culpable, pues realmente Ares no era consciente de lo que hacían y ella deseaba con toda su alma que esto fuera tan real como lo era para ella, pero la realidad era que si Ares estuviera consciente jamás se hubiera acercado de esa manera. Quería entregarse a él por entero, pero a la vez no quería, pues nada de esto era verdaderamente real para Ares. Estaba siendo una completa idiota, pensando que él la necesitaba de una manera tan profunda que inconscientemente la venía a buscar. Aquello era una locura, pero no podía evitar sentirse culpable, porque de alguna manera lo estaba engañando ¿no?

—¡Eres un inútil! —le gritó enfuriada la Diosa del amor a su hijo Eros—. Te envío una sencilla misión, una tarea simple: Enamorar a una simple y tonta humana y me dices que es invulnerable a tu poder. ¿Te crees que soy idiota? —Rompió uno de los jarrones que decoraban su templo.

Eros pensó que su madre podría ser la mujer más bella del universo, pero su carácter agrio y los celos la volvían fea, aunque esto jamás se le ocurriría decirlo en voz alta. Afrodita era y siempre sería la Diosa del amor y la belleza, antes que su madre, y no toleraba demasiado bien los “no”.

—Madre, es una simple mortal, no puede competir contigo, Ares se cansará de ella y volverá a ti ¿Por qué no dejarla vivir tranquila lo que le queda?—Intentó razonar con ella. Afrodita soltó un gruñido cabreado.

—¡Cállate! ¡No pienso dejar que una simple humana me robe a mi Ares! Y como bien dices su destino está escrito así que lo hago por ella, para que cuando Ares la deje no se sienta dolida y triste, pues está claro que Ares

nunca se fijaría en una humana, él los odia. —Rio—. Encima me tendría que dar las gracias, la muy estúpida, si supiera lo que Zeus le tiene preparado...— dijo sentándose en su gran trono de oro a juego con su rubio cabello largo con la elegancia que la caracterizaba. Sus ojos azules rezumaban odio y celos—. ¡Así que haz rápido tu trabajo o intervendré yo!

Eso quería decir que, o hacía que Scarlett se olvidara de Ares, o su madre la mataría, pero él ya estaba enamorado de alguien y no quería engañarla. Cuando besó a Scarlett se sintió el ser más miserable del mundo, tanto por engañar a su princesa como por manipular de esa forma a Scarlett. La verdad es que le había cogido cariño y le encantaría tenerla como amiga, nunca se había relacionado mucho con los humanos hasta que no llegó Psique, pero Scarlett era una persona buena y no se merecía lo que Zeus y el destino había dispuesto para ella. Hablaba de cambiar las cosas en relación a los humanos, pero una vez más estaba claro que los dioses no tenían remilgos a la hora de sacrificar a quien fuera por una causa que ellos creían mayor. Sí, él también era un dios, pero no le gustaba esa faceta de los Dioses del Olimpo en el que hacían y deshacían en la vida de los mortales como les apetecía. Él conocía a quien estaba destinada cada persona y si veía que podía ayudar a que se conociesen antes, les lanzaba una flecha, pero nunca había sido partidario de usar sus poderes para condicionar a alguien, solo lo hacía por su madre y no le gustaba nada. Lo hizo con *Dido* y *Eneas*^[2] y ahora su madre se lo volvía a pedir.

Por otro lado, Eros estaba completamente seguro de que, por alguna extraña razón, Scarlett era casi inmune a sus poderes. Nunca se había encontrado con nada igual, cosa que lo hacía todo más complicado. Por no añadir que aún su madre no tenía constancia de que Ares, en su estado de inconsciencia por la falta de ambrosía, recurría a Scarlett. Y esperaba que no lo averiguara, pues si así fuera..., ardería Troya por segunda vez.

Después de una semana, Ares había venido dos noches más. Se dedicaba a darle placer varias veces, algunas con sus manos y otras con su boca, otras con las dos a la vez. Pero jamás llegaban hasta el final. A la mañana siguiente desaparecía sin decir nada dejándola confusa, desolada y con la mente hecha un completo lío, también se sentía algo cansada, pero seguramente era de no dormir. Scarlett intentaba seguir su rutina, iba a trabajar y así se despejaba,

pero en secreto deseaba que fuera de noche para volver a ver a Ares. Lo peor que llevaba era saber que él no recordaba nada, lo que para ella era una declaración de amor, para Ares era simplemente sexo, y aún Scarlett estaba más preocupada por el hecho de no saber qué le pasaba, porqué se comportaba así. Sabía que no podía seguir mucho más tiempo de esta forma, no era bueno para su corazón.

Ese día no era diferente y se encontraba trabajando, pues tenía que organizar los estilismos, dar algunas recomendaciones a peluquería y maquillaje, entre otras cosas. Pero no estaba siendo su día, estaba demasiado preocupada por el estado de Ares, no sabía si debía explicárselo a él, comentárselo primero a Nick o callarse. Ella se estaba enamorando de él y esas noches en las que Ares acudía a ella para darle placer, hacían que cada vez fuera más difícil no pedirle que llegara hasta el final. Estaba confundida y necesitaba averiguar qué ocurría realmente y porqué Ares necesitaba tan desesperadamente su contacto.

Por otro lado estaba Sean, el cual se había vuelto más pesado. Constantemente le decía de quedar y de verse, pero ella siempre se excusaba con algo. Ya estaba demasiado confundida con Ares como para tener que lidiar con él también. Le daba pena porque al principio estaba muy ilusionada con él, pero con la aparición de Ares y el pasar las noches con él... lo estaba complicando todo.

—Scarlett tienes visita. —Sonrió Lara, su ayudante, entrando en el pequeño despacho que se había habilitado ella misma.

—¿Visita?

—Hola preciosa. —Se asomó Nick—. Venimos a llevarte a comer. —Le sonrió con su habitual sonrisa de revista. Scarlett miró la hora en su reloj de pared y vio que eran ya las dos del mediodía.

—Hola, no sabía que hoy tenías el día libre. —Le sonrió feliz por ver a su amigo, realmente necesitaba hablarlo con alguien, y como esto no era algo que lo pudieras ir contando... le daba vergüenza hablarlo con Dafne, y menos por teléfono.

—¿Estás bien? —Se preocupó Nick.

—Sí, sí, es solo que últimamente me pasa una cosa que... —La entrada de Ares la pilló por sorpresa.

—¿Vais a tardar mucho? Tengo entrenamiento —se quejó el moreno con su característica cara de acelga.

A Scarlett se le iba a salir el corazón del pecho. ¿Por qué demonios tenía

que ser tan guapo? En cuanto fue consciente de cómo la miraba, Scarlett se puso roja como un tomate al pensar en todo lo que habían hecho las noches anteriores. «Cálmate, él no se acuerda, no pasa nada». Pero se moría de la vergüenza, y a la par se sentía culpable por no contarle lo que le sucedía. Scarlett deseaba que se acercara a ella y que la besara como solía hacer en las noches, que la abrazara y le dijera que la necesitaba, algo improbable mientras él estuviera despierto..., no ocurriría jamás y eso le dolía en el alma.

—¿Scarlett? ¿Estás bien? Parece que hayas visto un fantasma. —Rio Nick. Aunque ella pensó que no estaba muy lejos de que eso fuera cierto, pues solo había visto a Ares por las noches, la última vez que lo vio despierto fue en el último combate.

—Sí, sí. Es que estoy un poco cansada.

—Pues entonces venimos en el momento oportuno para que te tomes un descanso. —Se acercó Nick y la abrazó. No sabía por qué ni como él lo supo, pero necesitaba un abrazo. Escuchó a Ares refunfuñar y salir de su despacho y Nick y ella se echaron a reír—. ¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Siento todo esto —le susurró aun abrazándola. Scarlett notó que se sentía culpable de verdad, pero él no tenía la culpa de nada, era ella solita que no sabía cómo controlar sus sentimientos y mucho menos sabía lo que ocurría allí. Por eso sospechó que Nick sabía más de lo que decía.

—No es culpa tuya —pronunció. No obstante, Scarlett se quedó dándole vueltas en su cabeza a sus palabras.

Nick no contestó nada y al cabo de un rato se separaron y fueron a buscar a Ares que los esperaba en el coche con mala cara, como no. La llevaron a comer a un restaurante cerca del teatro para que Scarlett pudiera volver a su trabajo cuanto antes y Ares a su entrenamiento.

Al principio de la comida estaba un poco nerviosa por Ares, pero poco a poco fue relajándose y acabaron peleándose como siempre. No entendía cómo podía ser un amante tan entregado y delicado a la vez que feroz y salvaje y ser un auténtico capullo. Cuando estaban pidiendo el postre, el busca de Nick sonó y tuvo que irse de inmediato hacia el hospital, no sin antes amenazar a Ares para que se portara bien con ella.

—Y qué, ¿has superado tu fobia a la oscuridad o sigues siendo una cagada? —La verdad es que le sorprendió bastante esa pregunta, no por ella en sí, sino porque desde que había dormido con él, ni siquiera se había percatado de la luz o la oscuridad. Tampoco es que fuera una fobia, era más

un miedo a la oscuridad completa, si había un poco de luz ni que fuera para que se viera más o menos lo que había alrededor estaba bien, y también dependía de la situación.

—Pues he encontrado un remedio —le contestó sin más.

—¿A sí? ¿Tu solita? —Rio por su propia broma.

—Eres idiota...

—Eso ya me lo has dicho.

—Pues te lo repito, idiota —le dijo enfadada.

—Si tú supieras... —Se reclinó en la silla de madera de la mesa del restaurante cruzando sus enormes brazos. Era malditamente arrebatador y Scarlett era plenamente consciente de la mirada de las dos chicas de una de las mesas cerca de la ventana que los miraban y cuchicheaban.

—¿Si yo supiera que? —Volvió a centrarse en su conversación.

—Quien soy.

—¡Oh, claro, perdóneme su excelencia! Eres Ares, el Dios de la guerra con puños de acero ¡Ayúdenme!—soltó Scarlett en tono irónico y jocoso. Para su sorpresa Ares se echó a reír, cosa que también provocó su risa.

—¿Te crees muy graciosa, no?

—Bastante, sí, además he conseguido que el temido Dios de la guerra ría. —Le sacó la lengua a modo de broma y sonrió. Era una de las pocas veces que veía a Ares sonreír de verdad.

—Y además de verdad. —Le dedicó una media sonrisa. Scarlett pensó que en parte era triste que no sonriera más, era demasiado joven para estar tan amargado.

—¿Por qué te pusiste ese apodo?

—¿El del Dios de la guerra? —preguntó él, ella afirmó con la cabeza mientras cogía su vaso de agua y le daba un trago.

—No sé, porque me pega, supongo. —Miró hacia fuera al contestar.

—No me creo que seas un ser despreciable al que le guste hacer el mal, eres un poco capullo a veces, pero no eres mal tío. —Le sonrió y Ares la miró como si estuviera loca.

—No me conoces —soltó ¿Estaba cabreado?

—Tienes razón, pero estoy segura de que jamás harías daño intencionadamente a alguien. —Él rio amargamente y se levantó.

—Voy a pagar y nos vamos —dijo seco.

Scarlett sintió que Ares no quería hablar más del tema, y tal y como le había hablado no se atrevió a contradecirlo. Verdaderamente sintió que se

consideraba mala persona, y ella estaba convencida de que no lo era. Tenía su carácter especial y un poco borde, vale, muy borde, pero no creía que fuera un ser despreciable. O eso quería pensar ella, pues tal y como él había indicado, no lo conocía.

Después de dejarla en el trabajo, Scarlett se quedó con una extraña sensación. Ares no había vuelto a decir palabra sobre aquello y cuando Scarlett había intentado cambiar de tema y hablar de algo, él simplemente no le contestó. No quiso darle más vueltas, pero alrededor de esos dos hermanos había algo muy extraño y estaba decidida a averiguar qué era.

Capítulo 10

Ares se sentía como un monstruo, odiaba esa sensación, pero era lo que era y no lo podía cambiar por mucho que Apolo o Zeus se emperraran en que lo hiciera. No sabía cómo Scarlett podía pensar cosas buenas de él, estaba claro que no lo conocía de nada pero aun así, por extraño que pareciera, confiaba en él. Eso era nuevo para Ares, aparte de Apolo nadie fue lo bastante estúpido como para depositar su fe ciega en Ares, el Dios de la guerra. Scarlett era demasiado buena, no se merecía que la utilizara para llegar a su propósito, aunque realmente ni siquiera lo estaba intentando, pues no podía decirse que hubiera sido amable con ella, más bien todo lo contrario.

Aunque debía de reconocer que desde que la había conocido, su maldad no se había apoderado de él, bueno fuera del ring, claro. Pero esto era una mera casualidad, Scarlett no tenía nada que ver, no es que quisiera ser mejor dios por ella o algo así, simplemente había surgido de esa manera.

Estaba anocheciendo y entró en el gimnasio donde entrenaba, no le apetecía volver aún a aquella gran casa en la que habitaban, no era gran cosa comparada con el palacio en el que vivía en las profundidades de la tierra, pero era agradable. Allí no había personas que le temieran por ser el dios de la guerra, simplemente era Ares viviendo con su hermanastro, los pocos sirvientes no se hacían visibles, a excepción de Hestia. A la cual la estaba cogiendo especial cariño, quizá porque era la única que no lo miraba con cara de terror. Recorrió la gran sala hasta los vestuarios, y al ver por las altas ventanas que ya era bien entrada la noche, le vino a la mente los sueños que tenía últimamente con Scarlett. Aquello no podía ser buena señal, pues los dioses no soñaban. Todo lo que estaba relacionado con aquella humana era extraño, su comportamiento con ella lo era y lo mosqueaba un montón. Aun sentía el sabor de sus suaves labios en los suyos e incluso el sabor de su cuerpo, cosa que no comprendía ¿Se estaba volviendo loco? No quiso darle más vueltas y se fue a cambiar para llevar a cabo un arduo entrenamiento.

Aquella noche Scarlett se acostó más tarde de lo normal, estaba reventada,

pues por la tarde tuvieron que trasladar el atrezzo a otra sala y aquellos malditos muebles y la decoración pesaban como muertos.

—Peor que ir al gimnasio, mañana tendré agujetas fijo —se dijo Scarlett mientras se metía en la cama.

Eran las doce y pico de la noche y parecía que esa noche tampoco iba a venir Ares. En realidad era mejor, pues no quería acabar locamente enamorada de un hombre que ni siquiera se enteraba de que tenían algo, si es que lo tenían, pues claramente para Ares no era así. Por no pensar lo raro que era todo lo relacionado con aquellos dos hermanos, empezando por sus brillantes ojos, su extraño comportamiento, sus secretos y acabando por su espectacular físico.

—Aix... en qué líos me meto yo sola... En fin será mejor que duerma y deje de pensar en Ares, él nunca querría algo conmigo, no sé por qué dejo que me haga esto..., bueno sí lo sé, porque siento que me necesita de verdad ¿Por qué? Es raro que alguien tenga necesidad de ti, deseo sí, pero, ¿necesidad? Es como si pudiera morir... ¡Estoy enloqueciendo! Otro síntoma de que tengo que dejar de hablar sola. —Rio ella.

Hoy le habían recordado en el trabajo que pronto sería el descanso de temporada, que justo empezaba la semana que viene, y Scarlett decidió que lo mejor sería ir a visitar a su madre y Dafne unos cuantos días, olvidarse de Ares y de Sean. Estaba deseando tener paz y tranquilidad, sin preocupaciones de extraños comportamientos y sensaciones que la abrumaban.

No tardó en dormirse, aquella noche, Ares no apareció y Scarlett lo agradeció, pero en el fondo se moría por sentirlo.

La semana siguiente pasó rápida y el domingo, después de la última representación de la obra partiría para su pequeño pueblo para visitar a su madre. En cierta manera estaba huyendo, lo sabía, pero necesitaba un respiro de lo que sentía y ocurría con Ares y Sean. Durante esa semana Ares no había venido por las noches y Scarlett pensó que ya se había cansado de ella, o ya se había saciado, no sabía por qué pero tampoco quería pensar mucho en ello. La verdad era que echaba de menos acurrucarse en su cuerpo y sentir su calor y su excitante olor a miel y fuego. Uno de los días sí que lo había visto cuando Nick la invitó al cine, pero Ares tenía entrenamiento, por lo que no se quedó con ellos. Fue cuando le dijo a Nick que se marchaba durante unas

semanas al pueblo de su madre. Primero vio preocupación en sus ojos pero después le sonrió y se ofreció a llevarla, claramente ella se negó, pues su coche ya había salido del taller y podía ir por su propio pie, además si estaba huyendo de Ares, que Nick la llevara no era muy inteligente.

A Sean esperaba verlo en el teatro, y así fue, después de la representación lo encontró esperándola.

—Hola. —Le sonrió ella.

—Hola ¿Cómo estás? Te he echado de menos.

—Estoy bien ¿Y tú? —Desde la última cena que compartieron no se sentía muy cómoda con él.

—Bien. —Le sonrió—. ¿Dónde está el collar que te regalé? —Frunció el ceño.

—Se me rompió, lo tengo que llevar a arreglar, soy un poco desastre, lo siento. —Vio que la expresión de Sean era de incredulidad, pero no dijo nada—. Tengo que decirte algo... Yo... —Y otra vez ese calor de la cena anterior se expandió por su pecho y sintió unas repentinas ganas de abrazarse a Sean y besarlo hasta la saciedad. Pero una imagen de Ares besándola, acariciándola... La sacó de esa locura momentánea. Vio que Sean fruncía el ceño.

—No me lo puedo creer —susurró.

—¿Qué? —preguntó Scarlett. Claramente lo había escuchado, pero no entendía por qué decía esas palabras.

—Nada, nada. —Sean estaba como asombrado.

—Tengo que decirte una cosa. Me marché unas semanas a visitar a mi madre, pero antes quiero que sepas que eres encantador y me caes muy bien, pero lo nuestro... no estoy segura de que vaya a ningún sitio, lo siento.

—Estoy de acuerdo. —Miró a todos lados, estaba muy raro. Scarlett se sorprendió por sus palabras, o una de dos. O se lo estaba tomando muy bien o él no sentía nada por ella ¿Había sido todo fingido?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó sin entender esa repentina actitud.

—Scarlett, tengo que decirte una cosa, sé que te va a parecer una locura, pero confía en mí, por favor. —Ahora la estaba asustando, no entendía nada—. He intentado que esto fuera más discreto, pero ya no nos queda más tiempo y visto lo visto...

—Me estas asustando Sean, no entiendo nada. —Scarlett no sabía a qué venía tanto misterio.

—Estás en peligro, Scarlett, pero hay una forma de mantenerte a salvo,

y es que te alejes de Ares. Estar con él solo te traerá... la muerte, créeme. Pero puedes cambiarlo y aún estás a tiempo, solo tienes que alejarte de él.

—¿Qué? ¿De qué conoces a Ares? Y, ¿la muerte? ¿Eres consciente de lo que estás diciendo? ¡Es una locura! —Scarlett casi se cae al suelo del shock, no entendía nada ¿De qué conocía a Ares?

—Lo sé, pero en tu interior sabes que hay algo en él que no es normal, y la otra noche cuando estuvimos cenando también sentiste mi poder, hace un momento lo has sentido. Lo siento mucho, solo cumplía órdenes, no quería hacerte daño. Pero visto que cada vez eres más inmune a mi poder..., tienes que saberlo. —¿Estaba arrepentido? ¿Su poder? No entendía nada.

—¿Qué?

—Me tengo que marchar, pero por favor mantente alejada de Ares y Apolo, sobre todo de Ares.

—Pero, ¿por qué? ¿Quiénes son? —preguntó asustada e intrigada a partes iguales. ¿Apolo? Recordó que Ares también lo llamó así una vez... Esto comenzaba a ser muy inquietante.

—No puedo decirte más, solo que confíes en mí. Aprovecha ahora que te marchas a casa de tu madre y no dejes que se acerquen a ti. Me tengo que marchar, de veras. Ten mucho cuidado, Scarlett.

Y se marchó dejándola confusa, asustada y con un sinnúmero de preguntas, las cuales sabía que no obtendría respuesta alguna. Sentía miedo, pues había visto a Sean verdaderamente preocupado por ella ¿Qué demonios estaba ocurriendo allí?

En cuanto se sintió con fuerzas y pudo, recogió sus cosas y se alejó tan rápido como se lo permitió de aquella ciudad, ahora más que nunca quería salir de allí huyendo. No sabía si Sean se había vuelto loco o si sabía algo de su relación inexistente con Ares, si aquello que le había dicho de que corría peligro era verdad o solo era un brote psicótico de locura, pero lo cierto, aunque quería creer que era eso, su corazón le decía que realmente tenía razón, allí estaban pasando cosas muy raras y sabía que tanto Ares como Nick, no decían la verdad de quienes eran en realidad. Y parecía que Sean estaba en el ajo también, quizá él era de la misma especie que ellos.

—¡Madre mía esto es una locura! —gritó una vez se sentó en su coche e intentó tranquilizarse para emprender el viaje de tres horas que la separaba de su pueblo—. ¿Qué mierda pasa aquí? ¿Qué me aleje de Ares y Nick porque me llevarán a la muerte? ¿Poderes? ¿Estoy en peligro? ¡No entiendo nada!— Volvió a gritar—. A ver Scarlett, respira hondo, Sean es un loco. ¿Vale?

Quizá alguna vez me ha visto con Ares y Nick y cree que lo he dejado por alguno de ellos y se ha vuelto loco de celos o algo así. ¿No? Eso es totalmente razonable, eso es, tranquila. —Respiró e inspiró varias veces.

Cuando se notó un poco más tranquila emprendió el viaje alejándose de la locura que había vivido. Aún no daba crédito a todo esto... sus sospechas de que Ares y Nick no eran humanos cada vez se hacía más realidad, pero si lo que decía Sean, si le daba credibilidad... ¿Iba a morir? No podía ser.

No supo cómo, llegó a su casa alrededor de las doce de la noche, hacía un rato hizo una parada para avisar a su madre de que llegaría tarde. Ellas tenían la casa a las afueras de un pueblo pequeñito y aunque siempre había querido huir de ahí porque se sentía encerrada en ese pueblo, nunca se había sentido tan aliviada de llegar a su casa. Necesitaba meterse en su habitación y encerrarse allí dentro y no pensar en nada. Necesitaba hablar con alguien de todo lo que le estaba ocurriendo, pero desde luego que su madre no era una opción, si ya era paranoica de por sí, y encima le contaba que podría estar en peligro, no sabía cómo de loca se podría poner. Respiró hondo y aparcó en la puerta de su casa, donde había un pequeño terraplén de hierba.

Supuso que su madre la había escuchado llegar y salió a recibirla. Scarlett intentó parecer serena para no preocuparla; pintó una sonrisa en su rostro y salió del coche. Primero cogió su pequeña maleta y después se dirigió hasta la puerta de entrada donde la esperaba su madre con la bata del pijama puesta y una gran sonrisa, Scarlett subió las escaleras y se fundió en un cariñoso abrazo con su madre, lo necesitaba.

—Mi niña, cuanto te he echado de menos ¿Estas bien? ¿Cómo ha ido el viaje?

—Hola mamá. Bien, estoy agotada, solo quiero irme a dormir, ¿podemos hablar mañana?

—Claro que sí, pasa cariño.

Entraron en su casa y el olor a galletas y madera la inundó de nuevo, su casa, su hogar. En realidad era genial estar de vuelta. Su refugio no era uno de los más modernos, la casa tenía sus años, pero era acogedora y muy cálida. Pasaron por el recibidor hasta el gran salón, de pequeña esta era su estancia favorita porque era la única que tenía televisión. Sonrió al recordarlo.

—Da gusto volver a casa. —Le sonrió a su madre.

—Me alegro de que hayas vuelto. —La volvió a abrazar su madre.

Su madre, a pesar de estar en la cincuentena era una mujer muy bonita, alta con una melena rubia y larga y sus ojos eran marrones, no se parecían en

nada, y en carácter mucho menos. No sabía por qué seguía atormentándose con la sombra de su padre, era una belleza y podría tener al hombre que quisiera, pero ya había intentado convencerla muchas veces y no resultaba.

—Te he preparado tu habitación, como la lamparita no funcionaba te la he cambiado.

—Muchas gracias, mamá —le contestó mientras subían al piso de arriba donde estaban los dormitorios.

—Buenas noches, cariño. —Le dio un beso en la mejilla y cada una se fue a su habitación.

—Buenas noches, mamá.

Cuando Scarlett entró en su antigua habitación parecía que hacía un millón de años que no pisaba su cuarto, realmente no hacía tanto. Las paredes tenían el mismo color azul clarito, con una gran ventana con alfeizar donde de adolescente leía sus novelas de amor y fantaseaba que su novio se colaba por ella.

—Tonterías, si ahora veo a alguien en la ventana, como poco me da un infarto y luego le daría una paliza. —Rio.

Se puso su pijama y después se lavó los dientes para por fin meterse en su preciada cama, como tenía costumbre apagó la luz pero su lamparita la dejó encendida, menos mal que su madre se había acordado. No sabía de dónde le venía ese miedo a la oscuridad, lo único que recordaba es que de pequeña se dio un golpe y lo vio todo negro, desde entonces la oscuridad absoluta le daba pánico. Intentó relajarse y dormir, pero la conversación con Sean se repetía una y otra vez en su cabeza. También se preguntó si Ares estaría bien sin ella, si iba a visitarla por la noche y no la encontraba... si era verdad que la necesitaba tanto como parecía... No quería que él sufriera, pero eso era una tontería pues nadie necesita de otra persona para vivir, ¿no? Pero si tenía razón Sean, estar lejos de ellos era lo mejor hasta que supiera con certeza qué ocurría con aquellos hermanos y sobre todo ¿Cómo Sean sabía tantas cosas? Pues por mucho que ella quisiera no podría ser todo inventado, ¿o sí?

Dio una vuelta en su cama, mirando hacia la ventana, nunca cerraba las persianas del todo, así que la luz de la luna entraba por su habitación, e intentó dejar la mente en blanco. Por fin pudo dormir, pero pensando que Ares la estaba envolviendo con sus brazos. Deseó que él realmente sintiera algo por ella y la encontrara, aunque eso sería un poco extraño, pero si lo que le rondaba la cabeza era cierto..., esos dos no tenían nada de normales.

Capítulo 11

Scarlett se despertó cerca de las diez de la mañana, pero aún seguía con un nudo en el estómago por todo lo que le había dicho Sean. No sabía si creerle, pero desde luego estaba decidida a no morir por culpa de nadie, o eso esperaba. Se levantó de la cama y bajó en pijama a desayunar, lo que sería un goce de vacaciones si no tuviera todo ese embrollo en la cabeza, esperaba que esas vacaciones en casa le sentaran bien, pero temía la vuelta. Aunque para eso aún quedaban varias semanas, allí estaría bien.

—Buenos días, cielo. —Le sonrió su madre con una taza de café en las manos desde la terraza a la que se accedía por el comedor.

Scarlett se acercó a su madre y la abrazó por la espalda dándole un beso en la mejilla. La había echado mucho de menos.

—Buenos días, mamá ¿Hay café para mí?

—En la cocina, pero ¿Desde cuándo te gusta? —Se extrañó su madre.

—Desde que me he vuelto adicta al trabajo. —Rio incorporándose mirando al inmenso jardín que tenían—. En verdad no suelo tomarlo, pero hoy me apetece. —Aunque la noche que había pasado sin dormir tenía mucho que ver.

—Pues deberías descansar más y trabajar menos.

—Sí, ya lo sé —dijo mientras caminaba hacia la cocina.

Se preparó una taza y cogió un par de magdalenas con chocolate, eran caseras y su madre era la mejor haciéndolas, sin embargo ella era una auténtica patata en la repostería. Después volvió a la terraza a sentarse con su madre bajo la sombra del toldo. Se estaba genial, ya empezaba a hacer calorcito a ciertas horas del día en la calle, aunque por la noche seguía refrescando.

—¿Te importa que luego quede con Dafne?

—Volverás pronto, ¿no?

—No lo sé. —Ahí estaba otra vez, la mujer paranoica.

—Me gusta que estés en casa.

—Mamá, tengo veinticinco años, sé cuidarme solita, no me pasará nada —dijo cansada de la preocupación constante de su madre.

—Sé que sabes cuidar de ti, pero hay cosas que desconoces y puede ser

peligroso. —Ya empezábamos otra vez.

—Mamá...

—Está bien, está bien. Cambiamos de tema ¿Hay algún chico por ahí? —Rio y Scarlett suspiró. En el fondo sabía que su madre se lo preguntaba esperando una respuesta negativa, lo veía en sus ojos. Y por mucho que deseaba decirle todo lo que le había ocurrido, no podría, seguramente se volvería loca de preocupación. Tampoco iba a decirle nada de Sean y Ares, pues parecía que ambos estaban locos de remate. Así que se limitó a negar con la cabeza—. No me lo puedo creer ¡Con lo guapa que tú eres! —Distinguió alivio en la mirada chocolate de su madre.

—Ya te dije que no tengo tiempo para esas cosas...

—Bueno, quizá mejor sola...

—Qué mal acompañada, sí lo sé. —Parecía la frase estrella de su madre. Le dedicó una sonrisa triste.

El resto del desayuno hablaron de cosas más amenas, como el trabajo de Scarlett. Al final tuvo que mencionar a Nick y Ares, pero solo le dijo que eran amigos. Cuando pronunció el nombre de Ares su madre abrió mucho los ojos, pareció asustada pero no dijo nada y Scarlett quiso obviar esa muestra de paranoia, como si hubiera pronunciado el nombre del mismísimo *Lord Voldemort*. Después de dejarla más tranquila al volver explicarle que no había nada raro en su vida, cosa que ahora era una mentira y de las gordas, fue a cambiarse y llamó a Dafne por teléfono.

—No me digas que aun estabas dormida. —Rio Scarlett cuando su amiga le respondió con un gruñido.

—Síiii.

—¡Pero si son las doce! Anda, levántate que en diez minutos tendrás una sorpresa en la puerta de tu casa. —Sonrió mientras acababa de calzarse.

—¿Una sorpresa? ¿Qué es? —Pareció que Dafne se había despertado de golpe, aun no le había dicho que ya estaba allí.

—Lo verás en un rato. —Y le colgó sonriendo.

Bajó las escaleras y se encontró a su madre mirando por la ventana pensativa, seguramente preocupada una vez más por su bienestar. Se acercó y le dio un beso.

—Me voy, mamá. No sé cuándo volveré, pero no quiero que te preocupes, ¿vale?—Le sonrió.

—Me pides un imposible, hija. —Ella también le sonrió pero Scarlett pudo ver que no era una sonrisa de verdad—. Pasarlo bien.

—Vale, adiós. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó dejando a su madre preocupada.

Había olvidado esa sensación que le transmitía cada vez que salía de su casa. La del miedo a que le pasara algo de verdad y que ella tuviera motivos para creer que corrían peligro. Que le sucediera algo y no poder avisarla... Odiaba con toda su alma esa sensación pero no podía quedarse recluida en su casa solo porque su madre se había vuelto una paranoica, ¿no? Eso no era vida para ninguna de las dos. No tardó en llegar a casa de Dafne, ella ya estaba en la entrada y cuando la vio desde lejos saltó corriendo hacia ella para envolverla en un abrazo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Estás aquí! —Rieron.

—Sí, pero vas a asfixiarme. —Dafne empezó a darle besos sonoros por las mejillas mientras reían—. Estate quieta, babosa. —Rieron más.

—Te he echado mucho de menos —dijo al fin soltándola. Dafne llevaba el cabello largo y moreno recogido en una larga cola de caballo medio deshecha, pero que como siempre, estaba guapísima. Iba con ropa cómoda, un jersey de color azul de lana que realzaban sus ojos verdes y unos tejanos, junto con sus zapatillas de estar por casa en forma de conejito que Scarlett le había regalado hacía ya dos navidades.

—Y yo a ti.

—Vamos, pasa. —La cogió de la mano y tiró de ella hacia la casa.

La llevó hasta el sofá del comedor, sus casas eran muy parecidas, fueron hechas por el mismo constructor y Dafne hacía tiempo que vivía allí sola, sus historias eran muy parecidas, pero a ella le faltaban ambos padres. Cuando era más joven sus padres sufrieron un accidente, solo le quedaba unas semanas para cumplir los dieciocho, así que en cuanto pudo pedir la herencia de sus padres se quedó con la casa de su infancia, que ya estaba pagada, y se puso a trabajar para mantenerse. Dafne era una de las personas más fuertes que había conocido y a pesar de todo, siempre tenía una sonrisa en la cara. Eran como hermanas y sabía que su madre la trataba como una hija.

—Tienes que contármelo todo, quiero detalles, explica. —Rieron mientras Dafne la sujetaba de las manos como si fuera a irse en cualquier momento.

—No hay mucho que contar. Vivo en un apartamento en el centro, como ya sabes y trabajo en el teatro. —Rio.

—Eso no, eso ya lo sé, quiero lo interesante. Algo sobre un tal Sean y un chico misterioso... —Scarlett suspiró.

—Se ha vuelto todo una locura.

—¿Qué ha pasado? ¿Se han peleado por ti? —Sonrió animada.

—¡Qué va! Peor. —Entonces Scarlett le contó a su amiga todo lo que había sucedido desde el momento en el que Ares y Nick habían aparecido en su vida, especialmente Ares. Sus extraños cambios de humor, sus visitas nocturnas, lo que la hacía sentir... Incluso la última charla que había tenido con Sean.

—¡Madre mía, es como de película! —No sabía si su amiga estaba emocionada o preocupada—. ¿Crees que son alienígenas o algo así?

—No lo sé, tú también piensas que es muy raro todo esto, ¿no?

—La verdad es que sí, bastante. Quiero verlo, al tal Ares ¿Es un boxeador famoso no? —Dafne puso esa cara de estar pensando en algo y salió pitando, Scarlett supuso que a su dormitorio. Al cabo de unos segundos volvió con su portátil. Estaba claro que iba a buscarlo por internet—. ¡Joder, está bueno que te cagas! ¡Oh-Dios-Mío! ¿Y dices que este Dios está loco por ti?

—Yo no he dicho eso, simplemente dice que me necesita.

—Lo mismo es, ¡Dios, esta foto me la guardo!—Rio al ver una foto de Ares en uno de sus campeonatos donde se alzaba como ganador. Con esa expresión tan terrorífica suya con su mirada dorada y ese escultural cuerpo al descubierto, parecía fiero y salvaje, toda una tentación.

—Pues su hermano no es menos, Nick es rubio con los ojos azules y con mejor carácter. —Rio.

—Pues me lo pido. —Rio Dafne—. No, en serio, me los tienes que presentar. Mira en esta foto se ve lo de los ojos dorados claramente. Sí que es extraño, sí. Aunque aquí podría ser un reflejo de la cámara o de un foco...

—Yo también lo he pensado muchas veces..., pero cuando está conmigo son más intensos aun y no hay luces que puedan provocarlo, no sé, estoy un poco asustada por lo que me dijo Sean ¿Y si quieren matarme?

—¡Les cortaré las pelotas! —Sentenció Dafne—. Pero una cosa te digo, si quisiera matarte, ya podría haberlo hecho.

—Gracias, ya me quedo más tranquila. —Ironizó Scarlett.

—Mira, de momento no podemos hacer nada, solo puedes hablar con ellos y a ver qué te dicen, ¿no? A lo mejor lo estamos magnificando todo y solo es lo que tú has dicho, que el tal Sean se ha vuelto loco de celos y se ha inventado esto...

—Ya, pero eso seguiría sin explicar lo del comportamiento de Ares...

—Tienes razón... ¡Madre mía, que película estás viviendo! —Rieron las dos.

—Y que lo digas...

Realmente la tenía preocupada todo ese asunto y empezaba a pensar que las paranoias de su madre..., no eran tanto una locura como creía. Pero no dijo nada a Dafne para no preocuparla aún más. Después pasaron a otros temas menos delicados y Scarlett lo agradeció porque necesitaba olvidarse de todo aquello. Cuando volviera a la ciudad ya lo afrontaría, pasara lo que tuviera que pasar. Comieron y después fueron a dar una vuelta por el pequeño pueblo, donde la conocía todo el mundo y cada dos por tres se tenía que parar a saludar a alguien. Fueron a tomar un helado donde se encontraron con Scott, su amigo de la infancia, siempre habían sido como uña y carne los tres, iban juntos a todas partes, pero a partir del instituto se habían distanciado, y en la universidad volvieron a ser los grandes amigos que habían sido, como si no hubiera pasado el tiempo. Scarlett se fue del pueblo más tranquila gracias a que Scott estaba con Dafne, pues entre los tres habían superado lo de los padres de la morena y la habían intentado apoyar y ayudar.

Estuvieron casi toda la tarde en la heladería. Se divirtieron y lo pasaron genial, como si Scarlett nunca se hubiera ido, volvían a estar los tres juntos y eso la hacía muy feliz. Estuvieron rememorando batallitas del instituto y de la universidad; pasó una gran tarde. También intentaron averiguar qué causó que se separaran cuando iban al instituto, aunque en el fondo todos lo sabían. Scott comenzó a ir más con los chicos, pues se metían con él por ir con ellas dos, que eran chicas, y al final se fueron distanciando.

Después de pasar la tarde, Scott las acompañó a casa de Dafne.

—¿Y hasta cuando te quedas?—le preguntó a Scarlett llegando a la puerta de casa de Dafne, mientras se ponía las manos en los bolsillos de sus pantalones tejanos.

—Me quedaré un par de semanas o así, quizá todo el mes, aun no lo he decidido. —Le sonrió.

—Pues entonces espero que nos veamos más, te hemos echado mucho de menos. —Le correspondió a la sonrisa Scott. La madurez había hecho maravillas con él. Era muy mono, con sus ojos azules y su cabello negro, alto pero no tanto como Ares y Nick. Su complexión era delgada y atlética.

—Claro, me encantaría, yo también os he echado de menos, chicos.

—Seremos los tres mosqueteros de nuevo. —Rio Dafne.

—Ay, mis chicas. —Rieron los tres fundiéndose en un abrazo.

—Va, no seáis nenazas eh, que al final me haréis llorar —dijo Dafne y todos rieron. Después Scott le dio un beso en la mejilla a cada una.

—Bueno me tengo que ir, nos vemos chicas. —Sonrió a ambas.

—Nos vemos pronto —contestó Scarlett. Y Scott se marchó.

—Madre mía, soy yo o ¿Scott ha madurado mucho? Está diferente. —
Rio.

—Si... Me alegro que volvamos a estar los tres juntos, sin ti no era lo mismo. —Le sonrió triste su amiga y Scarlett la abrazó con una sonrisa bailando en sus labios, era genial estar en casa otra vez.

Después se despidieron pues su madre estaría preocupada, aunque no la había llamado al móvil ni mandado mensajes. Eso viniendo de ella era todo un milagro, pero por otro lado, también preocupaba a Scarlett. Cuando llegó a casa escuchó ruido en la terraza, eran las ocho de la tarde y su madre no le había dicho que tuvieran hoy visita. Fue a su encuentro y vio sentada de espaldas a una chica rubia, no sabía quién era.

—Hola, mamá —saludó extrañada. En cuanto la vio su madre se puso en pie con una sonrisa y la abrazó.

—Oh, ya estás aquí, mira te presento a Miranda, va a pasar unos días con nosotras. —Scarlett no entendió nada, no sabía quién demonios era la tal Miranda. Pero en cuanto ella se puso en pie y se giró para posar sus azules ojos en ella... su cuerpo reaccionó separándose un poco. Un escalofrío la recorrió entera. Un mal presentimiento la invadió.

—Scarlett, ¿no? Tu madre me ha hablado mucho de ti, tenía muchas ganas de conocerte. —Era preciosa, quizá la mujer más guapa que había visto jamás, su piel resplandecía, pero a pesar de su belleza angelical, en su mirada brillante se reflejaba otra cosa, una más terrorífica. Su voz sonaba melodiosa pero ocultaba algo, igual que su mirada.

Sus ojos azules cristalino brillaban con una intensidad que ella conocía bien, de la misma forma en que lo hacían los ojos de Ares y Nick, aunque en ella había algo aterrador.

—¿Quién eres? —Logró susurrar Scarlett.

—Una amiga de tu madre. ¿Verdad, Anne?—Le sonrió a su madre.

—Sí—respondió automáticamente su madre con una sonrisa extraña. Scarlett frunció el ceño.

Su madre nunca le había mencionado a ninguna amiga Miranda, ni siquiera le sonaba su nombre, no entendía nada. Miró a su madre como buscando respuestas, pero esta tenía una sonrisa en la cara y miraba a la tal

Miranda con una expresión de admiración que no era normal. Allí pasaba algo raro pero intentó disimular.

—Pues encantada. —Sonrió falsamente.

—Eres muy guapa. —Sonaba con resentimiento y frialdad, pero luego sonrió.

—Gracias. —Se limitó a contestar.

No parecía una amiga de su madre, no es que su madre fuera mayor, estaba cerca de los cincuenta aunque no los aparentaba, pero esta mujer parecía tener treinta y no es que su madre no pudiera tener una amiga más joven que ella, es que nunca la había nombrado y eso de que apareciera de repente y diciendo que se iba a quedar unos días con ellas... no parecía muy normal. Y si a eso le añadías ese brillo en los ojos tan sobrenatural que tantas veces había visto en Ares y Nick..., no tenía buena pinta aquello. Entonces recordó lo que Sean le dijo de que corría peligro y lo de sus poderes. ¿Quizá esta mujer estaba usando alguna clase de hechizo con su madre? ¿Era peligrosa? ¿Venía a matarla?

La observó atentamente mientras se estudiaban mutuamente, por un momento sintió un calor en su pecho, como aquella vez que se le nubló la mente y solo quería estar con Sean. Eso la cabreó y rápidamente pensó en unas murallas entre esa mujer y ella y el calor del pecho desapareció. Entonces vio que la mujer fruncía el ceño.

—Será mejor que vaya hacer la cena, Miranda debes estar hambrienta —dijo su madre cortando su cruce de miradas ajena a todo.

—No mucho Anne, no te preocupes. —Le sonrió a su madre—. Pero Gracias.

—Voy a ayudarte mamá —dijo Scarlett seria—. Tú puedes sentarte aquí. —Le dedicó una sonrisa un poco falsa, igual que la que le dedicó la tal Miranda.

Una vez estuvieron en la cocina las dos solas, Scarlett cerró la puerta. No se fiaba de esa y tenía miedo de que su madre estuviera bajo el efecto de algún hechizo «Madre mía, parece que esté en una serie de televisión; hechizos, ojos brillantes, poderes, comportamientos extraños... ¿Pero esto que es? ¿Sobrenatural? ¿Ahora aparecerán los hermanos Winchester, o qué?», resopló para sus adentros, todo aquello se estaba volviendo demasiado extraño.

Se acercó a su madre mientras ella sacaba los alimentos del armario y de la nevera para hacer la cena.

—Mamá, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy genial. —Sonrió sin dejar de sacar las cosas.

—¿No sientes un calor extraño en tu pecho? —preguntó cautelosa.

—Cariño, me encuentro fabulosamente bien. —Le sonrió.

Que su madre dijera que se encontraba “fabulosamente bien”, era un síntoma de que no lo estaba, Anne nunca usaba esas palabras, y menos se comportaba como si fuera la mujer más feliz del mundo. No es que no quisiera verla feliz, ella más que nadie quería su felicidad, pero... estaba como flotando, como si hubiera bebido y estuviera contentilla... era muy raro.

Aquella noche, después de cenar las tres juntas, y de tener una de las charlas más incómodas de su vida, pues Miranda no paraba de preguntar cosas bastante personales a Scarlett sin conocerla de nada, esta se marchó a su habitación. Su madre seguía en ese estado de contentilla, admirando y elogiando todo el rato a Miranda. Eso la ponía enferma, Anne no era así y allí pasaba algo, pero no sabía qué hacer. En cuanto llegó a su cuarto cerró con pestillo, no se fiaba. Se sentó en su cama suspirando preocupada e intentó pensar qué hacer.

Reflexionó sobre llamar a Dafne y pedirle que viniera a dormir a su casa, pero lo último que quería era ponerla a ella en peligro en el caso de que la tal Miranda no fuera... quien decía ser. También pensó en llamar a Sean y preguntarle, pero no sabía si estaba loco de remate y lo que la había dicho la estaba volviendo loca a ella, que era lo más probable. Suspiró y se tumbó en la cama con las piernas hacia afuera. Su única esperanza era llamar a Nick y contarle... ¿Qué? ¿Qué iba a decirle? ¿Que sospechaba que no eran humanos y que una tía con los ojos brillantes como ellos había aparecido en su casa y tenía la sospecha de que estaba hipnotizando a su madre de alguna manera?

—Claro lo llamo y le digo: Hola, Sean me ha dicho que huya de vosotros, ah y creo que no sois humanos. Por cierto hay una tía loca en el comedor que le brillan los ojos y creo que viene a matarme y está manipulando a mi madre con poderes. Pero oye, no estoy loca. —Ironizó Scarlett—. ¡Oh, joder, estoy volviéndome tarumba! —Tiró el móvil al otro lado de la cama angustiada.

Capítulo 12

No supo cuándo, Scarlett se quedó dormida y se despertó por el ruido del móvil que sonaba desde el otro lado del suelo. Miró al cielo a través de su ventana y podía suponer que ya era bien entrada la noche. Tenía que ir a ver como estaba su madre, el plan no había sido quedarse dormida, sino cerciorarse de que aquella mujer no le hacía nada más a Anne. Scarlett se despertó de golpe y comenzó a tantear la cama sin encontrarlo. De repente el sonido paró, pero al cabo de unos minutos volvió a sonar.

—¡Maldita sea! —se quejó levantándose de la cama y cogiendo el móvil del suelo. Miró quien llamaba y su corazón dio un vuelco al ver el nombre de Nick en la pantalla.

No sabía si contestar o no, si estaba en lo cierto, Ares y Nick no eran quienes decían ser y mucho menos podía confiar en ellos sin saber a qué se estaba enfrentando. Y si Sean tenía razón... iban a matarla, estaba en peligro si se quedaba cerca de aquellos dos... ¿Seres? Pues estaba claro que, aunque fuera una maldita locura, humanos no eran. Por otro lado, que Nick la llamara a las... ¿Qué hora era? Miró la pantalla y vio que eran las tres de la mañana. Si la llamaba a esas horas podría ser importante, quizá Ares... ¿la necesitaba? Se puso colorada al recordar todas las noches que pasó con él.

Con el corazón en un puño decidió contestar cuando sonó por tercera vez la maldita música que no era otra que la venía con el teléfono por defecto, pues como casi siempre lo tenía en vibración, nunca la había escuchado ni tuvo la necesidad de cambiarla. Descolgó nerviosa.

—¿Sí? —preguntó cauta.

—¡Dioses! Menos mal. ¿Estás bien Scarlett? —habló Nick desde el otro lado del teléfono. Parecía preocupado.

—Sí ¿Sabes qué hora es? —preguntó un poco asustada—. ¿Ha pasado algo? ¿Ares está bien? —A pesar de todo y de lo que le había dicho Sean, tenía que admitir que seguía sintiendo algo por Ares y que se preocupaba por él.

—Sí, estamos bien, siento llamar tan tarde, pero... tu... ¿Has conocido a una mujer muy guapa con el pelo rubio largo y ojos azul cristalino? —«¿En serio?», pensó.

—Te repito: ¿sabes qué hora es?

—Es importante Scarlett, corres peligro. —«¿Qué? ¿Nick también?». Su corazón bombeó y el miedo se instaló en su cuerpo—. ¿La has visto? — Volvió a preguntar.

—Sí, está en mi casa, se llama Miranda ¿Por qué corro peligro? ¿Sabes? No eres el primero que me lo dice y necesito respuestas —dijo enfadada, estaba harta de ser la única que no sabía qué demonios ocurría a su alrededor.

—¡Joder! Estamos de camino, tú compórtate como si nada. ¿Entiendes Scarlett? Que no note nada. —Oyó a Ares maldecir desde lejos.

—Lo sabía, esa mujer no es de fiar, creo que ha manipulado a mi madre, Nick. Espera un momento ¿Cómo lo has sabido? ¿Me estáis espiando? —Él rio—. A mí no me parece gracioso, sé que me escondéis algo y alguien me dijo que corría peligro de muerte si seguían yendo con vosotros dos ¿Qué ocurre Nick? —dijo intentando parecer serena y cabreada, con la voz firme, pero estaba demasiado asustada y realmente no supo cómo sonaron esas palabras.

—Te lo contaremos todo ¿Quién te ha dicho eso? —preguntó serio.

—No... no pienso decírtelo.

—Scarlett por favor, confía en nosotros —suplicó Nick.

—¡Pásamela! —Oyó gritar a Ares.

—¡Estás conduciendo! —le respondió Nick.

—Como si un accidente nos pudiera matar... ¡Pásamela! —gruñó y al final supuso que por los ruidos Nick le dio el teléfono.

—Scar, esa mujer está loca ¿Entiendes? Es muy poderosa y te ha puesto en su punto de mira ¿Dónde estás? —¿La había llamado Scar? Solo lo había hecho cuando estaban... en su cama. Su corazón dio un palpito al escucharlo y se puso colorada. «¡Céntrate Scarlett!».

—En mi habitación, pero mi madre está con ella, creo, no lo sé.

—Pues ves con tu madre y encerraos en una habitación hasta que lleguemos, pero que no sospeche nada. ¿Vale?

—¿Pero porque me ha puesto en su punto de mira? ¿Qué le he hecho? ¿Y por qué debo confiar en vosotros? —Tenía miedo y no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—¡Maldita sea! Luego te lo explicaremos todo, confía en mí —dijo ¿enfadado?—. Haz lo que te hemos dicho y todo saldrá bien, te lo prometo.

—Después volvió a coger el teléfono Nick.

—Llegaremos lo antes posible. —Y colgó.

Scarlett tardó unos minutos en reaccionar .¿Debía confiar en ellos? Desde luego que no confiaba en la loca que estaba controlando a su madre, pero... ¿Y si ellos habían hecho lo mismo con ella? No lo creía, Ares no la soportaba apenas, si la hubiera hechizado sería para alejarla de él, y si lo pensaba bien, Sean no dijo que iban a matarla, sino que iba a morir si estaba a su lado... Pero quizá eso eran mentiras, no entendía nada, no sabía qué hacer. Lo único que quería era salvar a su madre de las garras de esa manipuladora. Así que se dirigió a la habitación de su madre. Al verla plácidamente durmiendo soltó un suspiro. Pero al darse la vuelta se encontró de cara con Miranda. Se llevó un susto de muerte sobresaltándose. La mujer estaba apoyada en el marco de la puerta ¿Cómo había llegado allí tan silenciosamente?

—¿No puedes dormir pequeña? —dijo aparentemente amable, daba asco su tono de voz.

—Sí, es solo que echaba de menos a mi madre, me quedaré con ella. Buenas noches —dijo rápidamente mientras se apresuraba a cerrar la puerta de la habitación de su madre. Entonces Miranda puso un pie para que no cerrara la puerta y con una mano la abrió. A pesar de tener unos brazos delgados tenía mucha fuerza.

—¿Podemos hablar un minuto?

—¿Ahora? Son las tres de la mañana, podemos hacerlo mañana. —«Bruja» pensó.

—Será solo un segundo. —Le sonrió de esa forma tan falsa. Esta planeaba algo.

—Está bien. —Esperaba que no quisiera matarla, aunque si quisiera hacerlo y era tan poderosa como Ares decía, ya lo hubiera hecho.

La siguió hasta el comedor y en cuanto ambas entraron, la puerta se cerró de golpe. Scarlett vio una sombra enorme y negra tras la puerta, su pulso se aceleró y el miedo la inundó de nuevo. Pero intentó calmarse, como si no la hubiera visto; allí se respiraba un aire... extraño. Aquella sombra parecía sacada de una película de terror, no quiso mirarla mucho, pero iba con una túnica larga con capucha y los pies... ¡Dios mío, no tenía pies! ¡Estaba flotando! «Vale Scarlett, fíjate en Miranda y no pienses en nada... ¡Dios, tengo a la muerte detrás de mí!». Realmente estaba asustada.

—Escúchame con atención humana, Ares es mío y nadie me quita lo que es mío. Sé que mi hijo te tiene aprecio, por eso no te mataré yo, haremos otra cosa que será más rápida, aunque quizá más cruel. —Rio

encantadoramente, que en ese contexto daba aún más miedo.

Scarlett no entendía nada ¿Ares era suyo? ¿Ares tenía algo que ver con que esta señora la estuviera amenazando?

—No te preocupes, en unos momentos dejarás de tener conciencia propia. —Rio y la miró directo a los ojos, esos ojos que brillaban intensamente.

Scarlett no salía de su asombro y estaba intentando entender todas aquellas cosas que le estaba diciendo. De repente sintió ese calor en su pecho que últimamente se estaba convirtiendo en un habitual y se acordó de lo que hizo antes de las murallas. Creó como un escudo deseando que la mujer no se diera cuenta. Al parecer funcionó porque siguió hablando.

—Ahora irás a la cocina, cogerás el cuchillo más afilado, subirás al dormitorio de tu madre y se lo clavarás allí donde más duele, en el corazón. —Scarlett se estremeció, no iba a hacer tal cosa. Esta mujer estaba loca de atar—. Después nos sentaremos a que vengan las furias a por ti y se te llevaran al inframundo, donde padecerás un castigo eterno por matar a tu propia madre. —Rio perversamente.

Scarlett se quedó helada, y pensó que Miranda se creía que la estaba manipulando, así que para ganar tiempo hasta que vinieran Ares y Nick, la obedecería para hacerle creer que podía manipularla y después se encerraría con su madre en la habitación. Si intentaba entrar, tendría el cuchillo. Era una locura, debería llamar a la policía, pero en el fondo sabía que aquello era demasiado loco como para ser creíble y que aunque los llamara... solo los pondría en peligro, pues allí había algo sobrenatural, de eso ya no cabía duda.

Así que cogiendo toda la fuerza y entereza de la que disponía, asintió y vio como Miranda sonreía con satisfacción. De reojo vio que la sombra negra seguía en la puerta, intentó no mirarla mucho y no estremecerse de miedo cuando abrió la puerta para ir a la cocina. El tiempo pasaba demasiado lento. Llegó a la cocina y estuvo un buen rato rebuscando en los cajones, el corazón iba a salirse del pecho, pero intentaba aparentar serenidad para que esa bruja no sospechara nada. Rebuscó hasta que Miranda se acercó cabreada y le tendió uno cualquiera. Scarlett lo cogió y lentamente se dirigió al dormitorio de su madre. Le sudaban las manos y las piernas le temblaban, esperaba que no se tropezara subiendo las escaleras y que Miranda no se diera cuenta de lo asustada que estaba. No pudo evitar preguntarse qué hubiera hecho si el hechizo o la hipnotización hubiera funcionado ¿Habría matado a su madre? Dejó esos pensamientos a un lado e intentó buscar una solución por si Ares y

Nick no aparecían a tiempo.

Aunque realmente no sabía si podía confiar en ellos, seguramente Miranda tenía algo con Ares y era por eso que se encontraba en esta situación. Al pensar en ellos dos juntos, algo en su interior se removió y sintió celos, sabía que Ares solo la estaba utilizando, seguramente le había estado tomando el pelo. Su corazón dolió y las lágrimas punzaron en sus ojos, pero no las derramaría por él. Aunque tampoco hacía falta llegar a esos extremos por los celos que esa mujer pudiera sentir hacia ella, aunque claro, humanos no eran.

Scarlett llegó a la puerta de la habitación de su madre con Miranda y la sombra tras ella, un escalofrió le recorrió.

—Vamos, pequeña, entra y mata a tu madre —le susurró en el oído con una sonrisa. «¡Hija de puta!», se tuvo que morder la lengua para no girarse y soltarle una buena tanda de improperios y pegarle una buena paliza.

Respiró hondo y puso la mano derecha en el pomo mientras que con la izquierda sujetaba el cuchillo. Abrió la puerta lentamente y entró cerrándola a su espalda. Scarlett esperaba que Miranda no quisiese presenciar el asesinato de alguien, que no fuera una psicópata loca enferma que disfrutaba viendo este tipo de cosas, aunque estaba claro que ya lo era. Por suerte no entró. Su madre abrió los ojos y se asustó al verla con la poca luz que había en la habitación y con un cuchillo.

—Mamá, escucha —susurró bajito mientras se acercaba a la cama—. Miranda tiene un extraño poder, te ha hipnotizado y ha intentado ordenarme que te mate. He pedido ayuda, no tardarán en venir, pero tampoco sé si nos podemos fiar de ellos.

—¡Dios mío, está pasando! —Se asustó su madre.

—No grites. ¿Qué está pasando? —¿Su madre sabía algo de todo esto?

—¿Cómo he podido ser tan tonta de dejarla entrar? ¿Cómo te han encontrado? No puede ser...—dijo su madre histérica cogiéndola de la mano.

—Mamá, tranquilízate. Todo saldrá bien, tienes que contarme qué sabes.

—Hija, lo siento mucho. —Se levantó histérica de la cama.

—No pasa nada, esto no es culpa tuya. Mamá, siéntate por favor, explícame lo que sabes. —No entendía como su madre sabía algo de lo que estaba ocurriendo allí, porque ella no comprendía nada de nada.

Vio a su madre remover en los cajones de su cómoda, al lado de la cama y cuando encontró una cajita que parecía de plata se acercó a ella. Scarlett

tuvo que sentarse en la cama, las piernas le temblaban.

—Esto era de tu padre. —Le tendió la cajita.

—¿Mi padre? Nunca me has hablado de él. —Se extrañó.

—No podía. Me dio esto el día en que se tuvo que marchar, te lo tendría que haber dado antes, pero tenía la esperanza de que esto no pasara nunca, te protegerá, tiene función apotropaica^[3] y él te encontrará más fácilmente si lo llevas. —Abrió la cajita y de esta emergió un collar con un medallón de plata con una cabeza de Medusa dibujada y un rubí justo en la frente de la Gorgona.

—Mamá, ¿qué ocurre? ¿Quién me encontrará? —le preguntó mientras su madre le ataba el collar. Estaba asustada y el corazón le iba a mil. Entonces Miranda empezó a golpear la puerta, no tenían mucho tiempo. Scarlett se giró y fue corriendo a mirar por la ventana, miró hacia abajo, había dos pisos de altura y una enredadera al lado de la ventana. Podían salir por allí—. Mamá, vamos, no tenemos tiempo.

—¿Qué? Hija yo no...

—Si nos quedamos nos matará ¡Está loca!

—Entonces yo la entretendré mientras huyes —dijo su madre con determinación.

—¡No digas tonterías, no pienso dejarte aquí! —Estaba empezando a perder los nervios.

Miranda aporreó más fuerte y un grito ensordecedor recubrió la casa, aquello no era de este mundo. Entonces empezaron a golpear la puerta con fuertes golpes para abrirla, estaba segura de que lo que se encontraba al otro lado de la puerta era algo más monstruoso y aterrador que una mujer cegada por los celos. La puerta iba a ceder en un momento u otro.

—¡Márchate cariño!

—¡No! —Y la puerta cedió para dar paso a una mujer con la boca desencajada, colmillos y... con ¿cola de serpiente?

Hija y madre retrocedieron hasta la pared, cerca de la ventana y al lado de la cama. Scarlett cogió de la mano a su madre. Ambas observaron con miedo a aquella monstruosa mujer, detrás se encontraba Miranda sonriendo con malicia.

—Así que mi hijo tenía razón y eres inmune a nuestros poderes... interesante, me pregunto si Zeus ha ordenado todo esto... Siempre lo tiene todo tan bien planeado que no me sorprendería que te hubiera puesto en el camino de Ares y Apolo. La pregunta es por qué. ¿Cómo puedes ser

invulnerable a nuestros poderes?

—¿Quién puñetas eres? —le soltó Scarlett cuando encontró la suficiente voz. La mujer rio con altivez y suficiencia.

—Querida, pensé que eras más lista. —Se acercó a ellas y cogió a Scarlett por el cuello, con una fuerza que no se esperaba—. Soy Afrodita, Diosa del amor y la belleza y tú te has metido donde no te llaman. Ares es mío y no pienso permitir que te acerques, eres bonita pero sigues siendo una mortal. —Su madre intentó pararla pero se llevó un empujón de Afrodita y se dio un golpe en la cabeza con la mesilla de noche. Scarlett gritó sintiendo un miedo atroz por su madre, quiso correr a ayudarla y más aún cuando no volvió a abrir los ojos.

—¡Suéltame! —Logró articular mientras la diosa apretaba más en su cuello dejándola sin respiración.

—Aunque me encantaría matarte, no lo haré. Parece que Zeus te ha puesto en nuestro camino por algo y me intriga lo de que seas inmune. —La soltó y cayó de bruces al suelo—. Pero haré algo mejor, me llevaré a tu madre como un seguro. ¡Equidna, coge a la madre! —ordenó a la mujer monstruosa—. Si no quieres que tu madre muera... No te acerques a Ares.

—¡No! ¿Qué quieres? Ares me odia y no tengo nada con él —suplicó poniéndose en pie con el cuchillo, iba a pelear con esa mujer monstruosa para que no se llevara a su madre.

—Oh, cariño... —Se acercó a ella y la cogió del mentón elevándola unos centímetros del suelo. Sus caras quedaron muy cerca—. Soy la diosa del amor, sé que estás enamorada de él, como también sé que él de ti no. En realidad te hago un favor.

—Pues si estás tan segura que yo no le intereso. ¿Por qué haces esto? —le rebatió Scarlett con una valentía que no sentía. Si aquella loca decía la verdad, era una diosa y tenía poder suficiente como para destruirla en menos que canta un gallo.

—¡Estúpida humana!—Le dio un manotazo en la cara.

Scarlett cogió el cuchillo con más fuerza, sabía que sería una tontería clavárselo, porque si una cosa sabía de los dioses era que eran inmortales, ¿no? O al menos eso es lo que te explicaban. Pero claro, también creía que no existían y allí estaba, de charla con Afrodita.

—¡No dejaré que te lleves a mi madre! —dijo con determinación.

—¡Equidna! —llamó Afrodita a la monstruosa mujer y esta soltó un grito ensordecedor, desencajando más la boca y mostrando sus dientes

puntiagudos. Sus ojos eran como los de serpiente y brillaban. Daba un miedo de cojones, pero no iba a permitir que se llevaran a su madre.

Se puso delante de ella impidiéndole el paso hasta su madre. Detrás del monstruo escuchó a Afrodita reír. ¿Todo esto porque estaba celosa de ella? ¿Pero por qué? Si en teoría por lo que había dicho no sabía que había intimado con Ares ¡Dios! Scarlett fue consciente de que Ares, era Ares, el Dios de la guerra. Según la mitología eran amantes. «¡Oh, Dios mío, oh Dios mío! He dormido con él, le he insultado... ¡Al Dios de la guerra! ¡Esto es una auténtica locura! ¿Y Nick? ¿Antes ha nombrado a Apolo? Al igual que Ares y Sean ¡Oh, Dios mío, uno de mis amigos es Apolo, un Dios! Me han engañado pero bien». Su corazón no paraba de bombear y su mente iba a toda velocidad intentando pensar en cómo iba a salir de esta.

Capítulo 13

La monstruosa criatura reptó hasta ella, parecía que iba a clavarle aquellos afilados dientes en cualquier momento. Sin saber qué hacer Scarlett la sorteó y le clavó el cuchillo en un brazo antes de que pudiera atraparla. La mujer serpiente gritó con un aullido ensordecedor, Scarlett tuvo que taparse los oídos, parecía que le hubiera gritado en la oreja. Abrió los ojos al tiempo de ver que venía hacia ella una vez más, saltó hacia el otro lado de la cama pero la mujer la atrapó con su cola de serpiente, daba repelús y era asquerosa. Scarlett, sin pensárselo dos veces, le clavó el cuchillo en la cola, e instintivamente el monstruo la lanzó por la ventana con una fuerza brutal. Sintió como su espalda impactaba contra el cristal y lo atravesaba, la respiración se le cortó y un dolor agudo la recorrió por todo el cuerpo. El vidrio se rompió y notaba como pequeños trozos de cristal se le clavaban por el cuerpo. Sentía como ardían sus brazos, sus piernas... Sus pulmones se quedaron sin aire..., dolía mucho, se encogió y supo que en cuanto su cuerpo impactara contra el suelo, iba a morir.

Entonces sintió como algo la envolvía, un calor extraño salía del collar que antes le había dado su madre, el collar de su padre. El dolor que sentía se iba disipando, podía respirar de nuevo y los cortes ya no dolían tanto. Entonces algo o, alguien mejor dicho, la envolvió en sus brazos antes de que impactara contra el suelo.

—Te tengo —dijo esa voz tan conocida y amada, aunque en esos momentos lo odiaba un poco por ser el causante de todo aquello.

—A... ¿Ares? —preguntó Scarlett medio en shock por haber salido disparada por la ventana y estar a punto de morir.

—Estoy aquí —dijo aterrizando en el suelo con ella en brazos—. Siento mucho todo esto.

—Mi madre... —No podía a penas expresarse, todo aquello era demasiado. ¿Cómo demonios había sobrevivido a caer a toda velocidad de un segundo piso? Se había quedado sin respiración y había notado como se clavaban en su cuerpo un sinfín de cristales, arañándola y rasgándole la piel. Y ahora solo se sentía cansada, no le dolía nada ¿Cómo podía ser?

Se soltó del agarre de Ares y decidida a ir a por su madre empezó a

correr hacia su casa, la monstruosa criatura había hecho un buen lanzamiento con ella, estaba bastante lejos. Pero Ares la paró antes de que pudiera echar a correr.

—Tenemos que irnos de aquí —le dijo.

—Pero mi madre...

—Ya no está, en cuanto Afrodita nos ha sentido se han marchado, lo siento Scar. —La furia la invadió, aquella diosa loca la había tomado con ella y deseaba con toda su alma darle una paliza, algo imposible. Afrodita había ido a por ella ¡A por su madre! Y todo porque Ares se había metido en su vida, en su corazón. Nunca había odiado tanto haberse enamorado.

Entonces Nick apareció.

—No he podido seguirlos. ¡Maldita Afrodita! —se quejó Apolo.

—Mi madre... yo... ¡Esto es culpa mía! Espero que no le pase nada porque pienso ir a donde haga falta para patearle el culo a la dichosa Afrodita esa.

—Créeme, es mejor no intentarlo, a rencorosa no la gana nadie. Encontraremos a tu madre, te lo prometo —le dijo Ares sujetándola aun de la mano.

—Un momento. —Scarlett se separó de ellos dos—. Vosotros... Me debéis una explicación, o muchas —les demandó Scarlett sabiendo que se estaba enfrentando a dos dioses.

—Sentimos haberte ocultado cosas, Scarlett, pero entiéndenos, solo estábamos de paso, no pensamos que Afrodita iba a entrar en escena, no la vi venir. Aunque no era de extrañar, en cuanto te vi en la visión supe que eras tú y vuestros destinos estaban unidos —dijo mirándola a ella y a Ares. Este último miraba a Nick cabreado, con sus ojos dorados llameando ira—. Ya te lo he explicado, no se me permitía decir nada —se excusó Nick mirando a Ares.

—¿Alguien puede decirme qué demonios pasa aquí? ¡Me estoy volviendo loca! —gritó Scarlett llevándose las manos a la cabeza, aunque ya no sentía un dolor atroz en el cuerpo sí que algunos músculos y extremidades le dolían, al igual que su cabeza.

—Antes tenemos que salir de aquí, tu casa ya no es segura, Afrodita podría haber dejado espías —dijo Nick con tono calmado.

A Scarlett se le estaba viniendo el mundo encima, su madre estaba en peligro, una diosa loca de celos se la había llevado vete tú a saber dónde y la encerraría por ahí. Estaría sola y desprotegida y todo por su culpa. Además

no sabía en quien podía confiar, parecía que Ares y Nick la querían ayudar, pero realmente ellos eran como Afrodita. ¿Por qué se iban a enfrentarse a la Diosa por ella? ¿Cómo iban a traicionar a alguien de su especie por una simple humana? No tenía sentido alguno.

Ares pareció ver su incertidumbre y recelo a irse a cualquier parte con ellos, la cogió de la mano y la hizo mirarlo a los ojos. Su contacto ardió, lo había echado de menos y se estremeció cuando él posó la otra mano en su mentón.

—Scarlett no somos como ella, somos Dioses, pero estamos a tu lado, yo estoy a tu lado.

—¿Porque? Ella es tu... amante, ¿no? —Se le revolvieron las tripas al decirlo, si él asentía estaba segura de que su lágrimas, que con tanto esfuerzo estaba intentando reprimir, saldrían.

—Eso fue hace mucho tiempo, pero no sabe aceptar un no por respuesta. —Sus ojos brillaban más cuando la tocaba.

—Scarlett, seguimos siendo tus amigos, nada ha cambiado —dijo Nick acercándose a ellos—. Vamos a ayudarte a encontrar a tu madre, pero hay muchas cosas que creo que es hora que conozcas, espero que sepas perdonarme.

Scarlett no sabía si fiarse de ellos o no, pero eran su única esperanza para encontrar a su madre. ¿A qué se refería con esas cosas que era hora de que conociera? Le parecía demasiado irreal que unos dioses como ellos fueran sus amigos. ¿Estaban de broma? Y el comportamiento de Ares... Parecía preocupado por ella, nunca antes despierto, se había mostrado así con ella ¿Sentiría pena por esta pobre humana? Porque era de lejos el único sentimiento que podría despertar en él.

—Podemos ir a casa de Dafne... vive aquí cerca. —Teniendo en cuenta que eran las seis de la mañana, iba a ganarse un buen reproche por parte de su amiga—. Podemos confiar en ella, no diré nada.

Unos minutos después estaban aparcando uno de los lujosos coches de Ares y Nick en la puerta de Dafne. Aquello era una locura, se suponía que venía de vacaciones a alejarse de ellos y de todo lo que había sucedido en la ciudad, no a presenciar como una Diosa loca de atar se llevaba a su madre y así chantajearla para que dejara a su amante en paz, y al parecer aún había más.

Tocó al timbre, pues su móvil se lo había dejado en la casa y no la pudo avisar. Esperó y al cabo de un rato volvió a insistir, si algo se le daba bien a Dafne era dormir como si estuviera muerta, no se enteraría ni aunque hubiera un apocalipsis zombi. Que visto lo visto tampoco sería algo por lo que sorprenderse a estas alturas. De repente, se encendió la luz del pasillo y una Dafne muy cabreada bajaba las escaleras, la podía escuchar refunfuñando y todo.

—¿Se puede saber qué mierda ocurre?—soltó en cuanto abrió la puerta—. ¡Son las seis de la mañana y aun me queda una hora para despertarme!—gritó cabreada. Por cierto, tenía mal despertar.

Aunque tuviera la cara de sueño seguía estando guapísima, su pelo moreno estaba despeinado, pero igualmente brillaba y sus ojos verdes se abrieron de par en par en cuanto se dio cuenta de que no venía sola. Se había puesto una sudadera antes de bajar pero aun llevaba sus pantalones cortos de color rosa de dormir.

—Hola, es una emergencia. ¿Podemos pasar? —preguntó Scarlett. Dafne intuyó que algo malo pasaba, así que decidió apartarse y dejarlos entrar.

—¿Va todo bien? —dijo mientras se peinaba con los dedos y luego le susurró al oído—: Podrías haberme avisado que traías a dos macizorros, me hubiera arreglado. ¡Joder, esto no se hace!—Rio, pero Scarlett no estaba de humor y Dafne lo pilló—. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Ven, yo todavía estoy procesando todo esto —dijo pasando por el pasillo hasta llegar a la sala de estar—. Ellos son Ares y Apolo, ¿no? Es tontería seguir llamándote Nick.

—Son tus amigos... ¿de la ciudad? Los de los ojos brillantes, ahora veo a qué te referías. A ti te reconozco por las fotos —le dijo a Ares—. Eres el boxeador.

Vio que Ares sonreía con suficiencia y aires de grandeza, le encantaba ser conocido, aunque ignoraba que Dafne lo conocía porque Scarlett le había hablado de él, porque si no, su amiga sabía tanto de deportes como ella, es decir, nada.

—Encantado —dijo Apolo, Ares asintió con la cabeza a modo de saludo.

—Ella es Dafne —la presentó Scarlett.

—¿Se supone que me tengo que arrodillar o hacer una reverencia? —preguntó su amiga de repente blanca, estaba fascinada, y lo decía en serio.

Scarlett no entendía porque decía eso Dafne y la miró con interrogación en sus ojos. Su actitud había cambiado. Apolo rio.

—No hace falta, eres una ninfa, ¿no?

—Solo la mitad, mi padre era humano. —Vio como Dafne se ponía colorada.

—¿Cómo? —soltó Scarlett .¿Qué acababa de decir su amiga? ¿Estaban de broma? No, claro que no—. Genial. ¿Alguien más tiene que decirme que no es un puñetero ser humano? ¡Joder!

—Perdóname, pero no creí relevante que lo supieras, al ser medio humana ni siquiera se me considera ninfa, nunca he tenido relación con los dioses ni con otros seres, y mucho menos había visto uno en persona. Yo me siento humana, perdóname Scarlett, no quería que pensaras que estaba loca.

—Está bien, no pasa nada, pero me duele que no confiaras en mí.— Estaba claro que, el hecho de que Dafne fuera medio ninfa o lo que fuera, ahora era el menor de sus problemas, no valía la pena enfadarse con ella por no habérselo dicho, aunque no dejaba de dolerle.

—Algunos dones sí que los posees, pero te asusta usarlos —dijo Apolo. Dafne lo miró asustada.

—N... no, soy humana —dijo agachando la mirada, nunca la había visto así y sintió la imperiosa necesidad de salvarla.

—Bueno eso es asunto suyo, ahora necesito respuestas, por favor. — Desvió la atención Scarlett y Dafne la miró agradecida.

—Está bien. —Suspiró Apolo.

—Venir, sentaos en el comedor. —Los guio Dafne.

—¿Vives sola? —preguntó Apolo.

—Sí.

—No creo que sea buena idea que una ninfa viva sola, es peligroso.

—¡Sé cuidar de mí misma! —Lo miró y después se retractó—. Lo siento no quería gritarle —contestó Dafne sumisa, nunca la había visto así. Ella normalmente era la reina de las fiestas y siempre llevaba la voz cantante, entendía que tener a un dios delante imponía un poco, pero... allí había algo más.

—No te preocupes. —Frunció el ceño Apolo y después se sentó al lado de Ares. Scarlett tomó asiento en una butaca frente a ellos y Dafne no supo qué hacer.

—Siéntate conmigo, por favor. —Le pidió Scarlett, necesitaba a su amiga a su lado. Estaba demasiado preocupada por su madre. Por lo que

aparentemente sabía ella y no le había contado, por lo que sabían Apolo y Ares y tampoco le habían dicho nada... Era un cúmulo de cosas que iban a provocarle una explosión craneal. Parecía que a todo el mundo le habían invitado a la misma fiesta menos a ella. Era muy frustrante. Dafne cogió sitio en el reposabrazos de la butaca y le dio la mano. Intentó sonreír a su amiga, pero le salió una mueca.

—Bien —comenzó a hablar Scarlett—. Sois dioses, Dioses del Olimpo, eso me queda claro. Pero, ¿por qué? —Ares rio y ella lo miró arqueando una ceja seria, diciéndole con ese gesto que no estaba de broma.

—Hace muchos años la civilización griega nos creó —explicó Apolo—. En aquellos tiempos los humanos nos veneraban y nos respetaban y nosotros a ellos, vivíamos como iguales. Pero siempre ha habido un sector que os consideraba inferiores a los dioses y, después de algunos sucesos, entre ellos cuando Prometeo nos robó el fuego para dároslo a vosotros, todo cambió. Zeus se cabreó tanto que decretó que adoptáramos nuestro papel de Dioses, y así lo hicimos, castigábamos y recompensábamos, hacíamos nuestra voluntad, su miedo nos hacía poderosos. Muchos dioses aprovechaban su poder para... mantener relaciones con los mortales, creando así héroes. El resto es historia. Poco a poco dejaron de temernos, aparecieron otras religiones y dejamos de tener influencia sobre vosotros y hoy por hoy, se está cocinando una batalla en el Olimpo por volver a tener el poder sobre vosotros y pronto estallará el caos —acabó de explicar Apolo. Dafne y Scarlett ahogaron un grito.

—¿Y lo dices tan tranquilo? —Apolo se encogió de hombros—. Entonces... ¿Sois inmortales?

—No del todo, solo hasta que aparece un Sucesor, que es un nuevo Dios con nuestras mismas habilidades. Puede cambiar alguna cosa, pero en aspecto normalmente somos parecidos y el Dios anterior desaparece en el inframundo.

—Claro... ¡Sigue siendo una locura! —Scarlett no podía creer en ello, es decir, los tenía delante y había cosas inhumanas, como lo de los ojos brillantes, la mujer loca que se había llevado a su madre acompañada de una monstruosa mujer con cola de serpiente, la forma de actuar de Ares, su habilidad para el combate... La lista era bastante larga—. ¿Y por qué estáis aquí?

—Pues...—dijo Ares dubitativo—. Como soy el Dios de la guerra, el caos, la violencia..., mi altercado es provocarla para que haya un equilibrio.

Solo que alguna que otra vez me he pasado de la raya y Zeus decidió castigarme enviándome a la tierra para comprenderos mejor. Pero ahora veo que había otro motivo oculto y que mi hermano, en el único en el que yo confiaba me estaba traicionando —escupió a Nick o Apolo.

—Yo no lo supe hasta que no estuvimos aquí. Lo vi en una visión y fui a hablar con Zeus, entonces él me confesó que si no conseguía que Ares se uniera a él, le dejaría morir en la tierra. Nos ha engañado a todos, pensábamos que quería lo mejor para todos los seres, pero no es así. Fue entonces cuando me acordé de una profecía que hablaba sobre una guerra entre Dioses, en la cual el Dios más violento lucharía por proteger una especie que no era la suya. Una mortal con sangre divina se convertiría en el Escudo de los Dioses y moriría por ese Dios para que el equilibrio entre los dioses y los humanos no quedara mermado. Y por lo que sabemos el Dios más violento es Ares, y al entrar tú en escena... todo encaja. —Después miró a Ares—. Así que lo que está claro es que Zeus quiere deshacerse de ti, y esto claramente implica un desequilibrio —explicó Apolo dirigiéndose a Ares. Después la miró a ella—. Pero a mí no siempre se me revelan todas las profecías ni lo hacen en el momento que yo quiero ni como me gustaría. Por eso no fue hasta después de conocerte en el teatro que te vi en una visión y supe que eras tú, y cuando Ares te eligió para ser su fuente de energía, vi clara la profecía.

—Un momento. ¿Dioses? ¿Una profecía? ¿Guerra? ¿Tengo que morir? ¡Pero si no soy más que una chica normal y corriente! —Eso consiguió acabar con la poca entereza que le quedaba. No iba a morir porque una estúpida profecía dijera que lo haría, eso podía cambiar. ¿Verdad?

—Tranquila, no permitiré que mueras por mí, si he de morir, lo haré —afirmó Ares como gran guerrero valeroso que era.

—Conoces de sobra como funciona esto, y no es tan fácil cambiar lo que ha vaticinado el Oráculo, Ares. Y si mueres... Zeus se alzaría entre los mortales, los esclavizará. Nos tenía bien engañados con eso de que quería un mundo mejor para todos... ¡Maldito cabrón!

—Sabes bien que jamás me he regido por las normas, no pienso dejar que Scarlett muera por una simple profecía. Siempre son ambiguas y puede haber una salida. Y si Zeus quiere acabar conmigo, que lo intente —contundió Ares tranquilo y relajado, como si nada de aquello fuera con él.

Todo eso la ponía nerviosa y la asustaba. No quería morir, pero tampoco deseaba ser la causa de una guerra entre dioses ni el motivo por el que

muriera Ares. Eso era una locura ¿Los dioses griegos existían de verdad? ¿Y una profecía hablaba de ella? ¿Tenía que morir por el bien de la humanidad? ¿Pero qué clase de película era esta? Y ¿Desde cuándo su vida estaba en medio del huracán de unos dioses?

—¿Y qué es eso de la fuente de energía? —preguntó Scarlett intentando contener las ganas de gritar y salir huyendo de allí.

—Verás, cuando un Dios adopta su forma humana en la tierra deja de tener algunos dones y entre ellos, la invulnerabilidad. No podemos morir fácilmente ni sentimos dolor o nos lastimamos como vosotros, pero sí que nuestro umbral del dolor, digamos que baja. Por eso necesitamos más ambrosía, para curarnos con más rapidez y mantenernos en forma. Si estuviéramos en nuestra forma original no podríamos estar en la tierra mucho tiempo. De manera que yo puedo volver al Olimpo y beber allí, pero Zeus me prohibió bajarle ambrosía a Ares, y a él no se le permite volver. En estas situaciones, cuando llegamos a un límite cercano al desvanecimiento, el Dios elige a una compañera o compañero en la Tierra, normalmente este tiene un porcentaje de sangre divina, quien a través del calor de su cuerpo o del sexo, puede mantener en plena forma al Dios —explicó Nick, bueno Apolo, esto era un lío. Scarlett se sonrojó al entender que Ares acudía a ella para sobrevivir.

Entonces eso quería decir que Apolo sabía qué estaba ocurriendo entre ellos dos..., todo el tiempo. Su rostro se tiñó de rojo por la vergüenza, pues que él lo supiera implicaba que se lo había contado a Ares ¿Qué pensaría? En esos momentos no podía ni mirarlo a la cara de la absoluta vergüenza que sentía. Un momento ¿Había dicho que el compañero o compañera tenía que tener un porcentaje de sangre divina? ¿En qué la convertía eso? Seguramente estaban equivocados, ella era humana.

—¿Sangre divina? Yo... Soy normal. ¿Veis? Todo esto es un error. Además nosotros no..., es decir, no hemos...

—No, no es un error, el Escudo de los Dioses tiene que tener también un porcentaje de sangre divina, y no hay duda de que tú eres el Escudo, así me lo han mostrado los hados^[4]. Respecto a lo que no habéis consumado... Menos mal porque de ser así, si llega a hacerte suya por completo estando en ese estado de inconsciencia, podría haberte arrebatado toda la vida. Como está predicho que pasará y como Zeus quiere que acabéis.

—¿Qué? —Scarlett estaba más asombrada por momentos... Es decir, que si hubiera instado a Ares a seguir... ¿estaría muerta? ¿Cómo? ¿Eso es lo

que quería el Dios más poderoso del universo? ¡Dios mío, esto era una auténtica locura!—. No entiendo nada.

—Si tú mueres dándole toda tu energía, Ares tendrá un poder asombroso durante unas horas, suficientes como para derrotar a Zeus, pues su aura divina estaría activa. Esto es lo que está destinado a ocurrir y por lo que vuestros caminos se han cruzado. Pero si no lo consigue, pasado ese tiempo, el aura divina desaparecería otra vez y sin ti, poco a poco se debilitaría hasta desfallecer en el Inframundo. Por esa razón Zeus no dejaba a Ares volver al Olimpo, pues de esta manera acudiría a ti inconscientemente y tu sin saber a qué te exponías... Podríais haber muerto ambos.

¿Qué? El Inframundo, Zeus, Dioses del Olimpo, el Escudo de los Dioses, fuente de energía, sangre divina, muerte... Todo era demasiado rebuscado para que se lo estuvieran inventando, aunque no dejaba de ser un auténtico manicomio aquello. Seguramente estaba en una especie de sueño, sí eso tenía que ser, un sueño, bueno una pesadilla. Una horrible.

—¿Y si él recupera su aura divina? —preguntó cauta.

—Entonces recuperaría su inmortalidad y sería más difícil para Zeus que él desapareciera. Y además tendríamos una oportunidad de derrotarlo, aunque de todas formas eso implicaría tú... desaparición. —Es decir, que le entregara su energía a Ares y ella muriera.

—Claro, cómo no —ironizó como si fuera obvio—. Esto no puede ser posible, yo no entiendo nada, yo no he elegido nada de esto... No va conmigo, yo soy normal ¡Esto es una absoluta locura!—Se soltó del agarre de Dafne, a la cual seguramente estaba dejando sin circulación.

Todo eso superaba a Scarlett, simplemente no podía ser verdad nada de lo que le estaban contando. Miró de reojo a su amiga que los observaba a unos y a otros asombrada, no muy diferente de su expresión atónita por todo lo que estaban hablando. A pesar de ser una ninfa, Scarlett adivinó que lo que sabía ella era solo que los dioses existían y poco más, todo aquello la estaba sorprendiendo de igual forma que a ella.

El hecho de que la loca de Afrodita la estaba persiguiendo y tenía a su madre la mantenía en un temblor continuo, estaba muy asustada por su madre. Y después de saber su fatal destino... No estaba mucho mejor. Esto la estaba sobrepasando, era demasiado. Comenzaba a tener un dolor de cabeza espantoso, sentía náuseas y solo tenía ganas de meterse en su cama y que todo esto fuera una maldita pesadilla.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Apolo.

—¡No, no me encuentro bien! Esto es una maldita locura y me duele demasiado la cabeza, quiero irme a mi casa y despertarme de esta horrible pesadilla —expresó levantándose del sillón bruscamente y tapándose la cara con las manos. Estaba muy agobiada y muerta de miedo. El nudo de su garganta y el dolor de su estómago se estaba haciendo cada vez más intenso y doloroso.

—Está bien, todo saldrá bien —dijo Ares con voz calmada poniéndose delante de ella y cogiéndola por la cintura atrayéndola hacia él, con cuidado de no asustarla. Ella se dejó abrazar, inspirando su aroma a fuego y miel. No sabía por qué pero la presencia y el calor de Ares la hacían sentirse mejor.

El Dios supo que esas eran las típicas palabras que se decían en un momento así, si es que había momentos como esos, pero iba a asegurarse de que todo saliese bien para ella. La abrazó instintivamente, quería que dejara de sufrir, sobre todo porque esto en parte era culpa suya y aunque no quisiera admitirlo, no le gustaba verla sufrir de esa forma.

—Lo solucionaremos, juntos.

Capítulo 14

Ares seguía sin comprender qué le pasaba con Scarlett, porqué se comportaba así con ella y porqué respondía de esta manera su cuerpo a ella. Solo era una maldita humana, al menos aparentemente, porque después de todo aquello sabían que era descendiente de un Dios, seguramente no importaba pues podría tratarse de la octogésima generación de ese Dios, aun así... ¿Quién? Sus destinos estaban ligados y ella era su fuente de energía además de ser el Escudo, lo que implicaba que tenía que morir para darle su fuerza. No sabía cómo, pero no iba a permitirlo de ninguna de las maneras.

Cuando Apolo tuvo la visión de que Afrodita iría a por Scarlett y al fin tomó la decisión de contarle todo lo referente a los planes de Zeus, sintió un miedo atroz por ella, necesitaba asegurarse de que estaba bien. Cuando llegaron y la vio saltar por los aires... pudo jurar que su corazón se había parado. Reaccionó casi al instante, saltó y la cogió en el aire. Recordaba que había algo envolviéndola, como una capa que la protegía de los cristales y del golpe. Eso tendría que averiguar qué demonios era. No solo tenía que soportar lo de la profecía y que Zeus la quisiera muerta, sino que también, por su culpa Afrodita la había atacado y se había llevado a su madre. Aquella loca no superaría nunca lo suyo, ¿o qué? ¿O había algo más? Se sentía completamente culpable de todos los males de Scarlett.

Poco a poco ella se acercó más a él hasta posar su cara en su pecho y depositar sus delgados brazos alrededor de su cintura. Él la envolvió entre sus brazos y sintió esa unión que tenían. Scarlett sollozó y él se sintió el ser más miserable del mundo, y mira que había tenido ocasiones para sentirse así. Su cuerpo reaccionó a su olor a fresas y su cercanía; sintió unas imperiosas ganas de protegerla, de mantenerla bajo sus brazos para que no sufriera nunca más.

Entonces lo entendió todo, la única forma en la que Afrodita hubiera sabido algo... era por Zeus, él había sido quien puso al tanto a Afrodita sobre Scarlett para que ella se ocupara de hacer el trabajo sucio y quitar a Scarlett del medio. Sin el Escudo de los Dioses, él tenía el campo libre.

—Siento mucho todo esto Scarlett, te devolveré a tu madre aunque sea lo último que haga. —Y lo dijo de verdad, no sabía cómo, pero Scarlett

realmente le importaba, y mucho.

Ella alzó su preciosa mirada llorosa de color miel hacia él y fue consciente de que sus propios ojos empezaron a brillar más cuando recordó uno de esos momentos en los que ella se había corrido en su mano y lo había mirado con deseo y otra cosa que no quería ponerle nombre. ¡Dioses, era preciosa! Pero no podía volver a llegar a ese extremo, no pensaba quitarle la vida de esa forma.

—Gracias. —Pero rápidamente ella se apartó de él, dejándole vacío. Necesitaba sostenerla unos minutos más..., pero entendía que en ese momento le tuviese miedo, e incluso asco. Era el Dios de la guerra. ¿Qué podía esperar a parte de rechazo?

—¿Está bien, Anne? —preguntó Dafne confusa.

Entonces Scarlett con lágrimas en los ojos les contó lo ocurrido en su casa. Como había aparecido Afrodita haciéndose pasar por una amiga de su madre llamada Miranda y como por la noche la había abordado e insistido para que matara a su madre. El momento en el que apareció Equidna y como salió despedida por los aires. Tanto Ares como Apolo se asombraron de que ella fuera inmune a sus poderes, pues Afrodita y Eros tenían los dones de hipnotismo más fuertes que cualquier otro Dios.

—Ahora que me acuerdo... Afrodita ha nombrado a su hijo, dijo que él le había dicho que yo era inmune a los poderes y que me tenía aprecio... Y antes de venirme al pueblo... Sean me avisó de que me alejara de vosotros, que corría peligro y dijo algo de que yo era inmune a su poder, que había intentado alejarme... —Ares vio que se sonrojaba mientras lo miraba a él—. De ti. Que me alejara de Ares. ¿Creéis que puede tratarse de... Eros?

A Ares le recorrió un sentimiento de ira por todo el cuerpo al recordar a ese tal Sean. Y saber que en realidad era Eros forzándola a enamorarse de él, no ayudaba mucho precisamente. Pagaría bien caro el haber intentado aprovecharse de Scarlett. Cerró los puños con fuerza para no hacer una locura.

Scarlett también les contó los momentos en los que había sentido un calor extraño en el pecho.

—No me cabe duda alguna de que era él, no es la primera vez que Afrodita manda a Eros a hacer el trabajo sucio —explicó Apolo.

—Pero a Sean no le brillaban los ojos como a vosotros —razonó Scarlett.

—Eso es porque Eros puede cambiar de forma o incluso poseer a

alguien para poder hacerse pasar por un humano normal, por eso no lo vi en mis visiones. Aunque sí que lo sentimos aquella vez que te dejamos en el restaurante después del combate de Ares —explicó Apolo.

—Y en el teatro la primera vez —recordó Ares y Apolo asintió.

Scarlett pensó que en cualquier momento el cerebro iba a explotarle. Necesitaba encontrar a su madre, saber que estaba a salvo y solucionar toda esta locura, aunque no tenía ni la más mínima idea de cómo lo haría. El cansancio comenzaba a hacerle mella y el dolor de cabeza era más intenso.

—Además, que seas inmune a sus poderes de hipnosis... Nos revela que estamos en lo cierto y tienes algo de sangre divina —dijo el Dios del Sol.

—Será mejor que descanses. Nosotros buscaremos a tu madre —dijo Ares notando que en cualquier momento Scarlett iba a explotar.

—Yo me tengo que ir a trabajar, pero me puedo quedar si me necesitas. —Dafne le cogió de la mano.

—No, estoy bien, solo necesito tiempo para procesar toda esta locura.

—¿Estás segura?—Insistió Dafne.

—Sí.

—Estás en tu casa, ya lo sabes. —Le dio un beso y fue a cambiarse. Apolo también desapareció fuera de la casa diciendo que iba a cerciorarse de que no hubiera ningún peligro fuera. Eso la dejaba sola con Ares.

Su corazón comenzó a latir desbocado cuando él se acercó a ella con sus ojos dorados llameando, mirándola solamente a ella, como hacía cuando estaban en su piso.

—Ve a dormir, te sentirás mejor y recompondrás fuerzas. Yo cuidaré de ti, es decir, cuidaremos, Apolo y yo, de ti —corrigió rápido pasándose la mano por el pelo ondulado. Eso la hizo sonreír.

—Gracias por ayudarme, sin vosotros no sabría ni por dónde empezar —le agradeció.

—No me des las gracias, es por nuestra culpa por lo que estas metida en este embrollo.

—Eso es cierto. —Al verlo tan preocupado por ello quiso aliviar un poco su culpa—. Es broma. ¿Así que las dejas tan locas que no se pueden olvidar de ti, no? —Vio que Ares sonreía y sus ojos brillaban más.

—¿Qué puedo decir? Les quito la razón. —Rieron. Entonces él le puso una mano morena en la mejilla—. Me gusta tu sonrisa —dijo sin más.

A Scarlett le bombeó el corazón como un loco y se puso colorada como un tomate. Su contacto en su mejilla cosquilleaba y sin saber quién dio el

primer paso, cada vez estaban más juntos. Mirándose a los ojos, sintiéndose el uno al otro. Ella sintió el cálido aliento de Ares en sus labios, un pequeño movimiento más y se estarían besando. Lo deseaba como nada en el mundo, sabía que él podría aliviar aunque fuera un poco ese dolor que sentía. Pero entonces recordó la amenaza de Afrodita, si quería que su madre siguiera con vida debía alejarse de Ares. Fue entonces cuando Scarlett bajó la mirada y se apartó de él; le costó un mundo.

—Yo...

—Me voy al trabajo, lo dicho cualquier cosa me llamáis. —Interrumpió Dafne.

—Está bien, yo me voy a echar un rato, la cabeza me va a explotar. —Rio sin ganas Scarlett y se fue pitando a la habitación de Dafne sin explicarse ante Ares.

Después de darle un montón de vueltas más a la cabeza, Scarlett se había rendido al cansancio. No paraba de pensar en su madre y en qué le estaría haciendo aquella loca, al menos sabía que si se mantenía alejada de Ares, no la mataría. O eso había dicho. ¿Podría confiar en las palabras de una diosa celosa? Seguramente no.

Pensaba que estar más lejos de Ares iba a ser más fácil, pues nunca antes, cuando estuvo consciente no se comportó cariñoso con ella, pero lo de hacía unos momentos..., la abrazó para consolarla y después cuando estuvieron juntos... ¿Qué había pasado? Se apartó porque vio en sus ojos que quería besarla, tanto como ella quería besarlo a él ¡Y estaba plenamente consciente! Pero con la amenaza de Afrodita pululando por su cabeza..., solo podía mantenerse alejada de aquel Dios griego, en todos los sentidos.

—Esto es una locura... —susurró cuando despertó. Miró por la ventana y se dio cuenta de que era medio día. No podía perder más tiempo, tenía que encontrar a su madre.

Así que fue al baño y se arregló un poco, olía a lavanda, como Dafne. El pequeño cuarto de baño que su amiga tenía en su habitación era muy bonito, decorado con tonos marrones y lilas, le recordaba a ella. «Así que una ninfa... Bueno yo por lo que se ve tengo sangre divina así que... ¡Sigue siendo una tremenda locura! ¿Alguien más? El cartero será un centauro ¿o algo así?», rio de su propia broma por no llorar. Se miró al espejo y observó

que no tenía muy buena cara, hecho que no era de extrañar. Se puso las manos en las mejillas e hizo una mueca.

—Parezco un maldito muerto viviente —se quejó.

Después se fijó en el collar que le había dado su madre, el que perteneció a su padre. A su mente recurrieron las palabras que le dijo su madre: «Él te encontrará». ¿Quién debía encontrarla? ¿Su padre? ¿De quién se trataba? Estaba claro que era él quien había aportado el porcentaje de sangre divina. Pasó su dedo pulgar por el *gorgoneion*, como si este pudiera contestarle a sus preguntas, no sucedió nada. Sabía que esa joya había tenido algo que ver con que hubiera resultado ilesa de salir disparada por la ventana por culpa de aquella monstruosa mujer con cola de serpiente y dientes afilados. Un escalofrío le recorrió al recordarla. Decidió darse una ducha, solo quería retrasar lo inevitable; afrontar que su madre había sido raptada por una diosa, que dos dioses del Olimpo la estuvieran aparentemente ayudando, y que una profecía hablara de ella y de su muerte. Por no hablar de que Zeus la quería ver muerta para su propósito, destruir a Ares, el Dios del que se había enamorado y del que tenía que mantenerse alejada por si Afrodita lo veía y decidía que era suficiente para matar a su madre. Ah, y su mejor amiga era una ninfa y ella tenía sangre divina ¿Se dejaba algo más? Seguramente.

Se deshizo de la ropa y se metió en la ducha, esperaba que a Dafne no le importara que cogiera algo suyo, pues toda la ropa que se había traído estaba en su casa. La cual no era segura; Afrodita podría haber dejado algún espía. El agua caliente se deslizó por su cuerpo calmándola un poco. Ojalá los problemas se fueran por el desagüe con tanta facilidad como lo hacía el agua. Se miró el cuerpo, no quedaba ni rastro de los arañazos ni heridas ocasionadas por los cristales, e incluso el dolor que había sentido cuando dio el impacto contra el cristal, y la dejó sin respiración, había desaparecido. No sentía dolor alguno.

Después se vistió con unos tejanos y una blusa azul marino de Dafne, se peinó un poco y dejó que el cabello se le secara al aire. Inspiró fuerte y salió de la habitación, sabía que Ares estaba en la casa, era como si pudiera sentirlo ¿Quizá era por ser su fuente de energía? Todo esto era muy raro. Mientras bajaba las escaleras escuchó voces, una era de Ares, pero la otra tardó en reconocerla.

—Márchate, no te lo digo más veces —amenazó Ares.

—No eres nadie para echarme. ¡Dónde está Scarlett! —Era más una

exigencia que una pregunta, pero no lo culpaba. Ares tenía ese efecto en la gente y Scott estaba loco por enfrentarse a él, pero no podía culparlo, ella había hecho lo mismo cuando no sabía que él era un Dios. Aun le sonaba demasiado raro.

No es que fuera a tratarlo diferente ahora que lo sabía pero... Tenía la sensación que con ella era más tolerante que con los demás.

Scarlett bajó más deprisa antes de que alguien, Scott en concreto, saliera herido. Su amigo estaba preocupado por ella.

—¿Scott? —Se asomó Scarlett por detrás de la inmensa espalda de Ares, medía casi dos metros, ella a su lado parecía pulgarcita.

—¡Scarlett! —Empujó a Ares y entró para abrazarla—. ¿Estás bien? He ido a tu casa y... está todo patas arriba. ¿Qué ha pasado? Dafne me ha dicho que estabas en su casa, pero un idiota no me dejaba verte —dijo mirando de reojo a Ares.

Él tenía su cara de acelga habitual pero además sus ojos rezumaban ira y brillaban con más intensidad mientras miraba a Scott, a él y a sus brazos envolviendo a Scarlett. No quería enfadar más a Ares, así que intentando ser sutil, se deshizo del abrazo de Scott. Aunque indudablemente no era eso lo que enfadaba a Ares. Lo más seguro era que se tratara de la simple presencia de un mortal, pues estaba claro que los odiaba.

—Scott, estoy bien. Anoche...

—Entraron a robar en su casa —contestó Ares. Ella frunció el ceño pero tenía razón, no podía contarle la verdad.

—Sí, eso. No quería preocuparte, estoy bien. —Le sonrió.

—No tienes buena cara. —Scott puso una mano en su mejilla y Ares gruñó—. ¿Y este matón de donde lo has sacado? —dijo apuntando con el dedo pulgar a Ares, ella sonrió. Ares cruzó los fuertes brazos en su pecho, sabía que quería pegar a Scott y se estaba conteniendo.

—Es un amigo, los llamé ayer.

—¿Un amigo? ¿Has llamado a la policía?

—Nosotros nos hemos ocupado de todo, lárgate —dijo Ares.

—¡Ares, es mi amigo! —se quejó Scarlett.

—¿Y tu madre? —preguntó Scott ignorando al Dios. Entonces volvió a sentirse la peor hija del mundo, había permitido que una Diosa loca se llevara a su madre, intentó protegerla, pero estaba claro que no fue suficiente. Agachó la mirada antes de que los cuatro pares de ojos que la miraban vieran sus lágrimas.

—Ella..., se la han llevado.

—¿Qué? ¡Joder! —La volvió a abrazar y esta vez Scarlett se aferró a su amigo. Quería contarle la verdad, aunque hubieran pasado algunos meses desde que no se veían, Scott siempre estuvo con ella de alguna forma, apoyándola. Lo quería, era su amigo—. Tranquila, todo saldrá bien, la encontraremos.

—Esto no te incumbe, lárgate, no lo digo más veces. —Una sombra oscura pasó por los ojos de Ares, se estaba cabreando demasiado.

—¡Me incumbe y mucho! ¡Es mi amiga! —Lo encaró Scott.

—Ares..., por favor... —le suplicó ella.

Entonces Ares soltó un gruñido.

—En cuanto llegue Apolo, nos marchamos —dijo serio saliendo fuera de la casa.

—¿Qué? ¿A dónde? —se quejó Scarlett, ni siquiera le habían preguntado.

—Aquí no estás a salvo y lo sabes, te llevaremos a un lugar seguro. —No cambió su expresión de acelga en ningún momento mientras contestaba desde el umbral de la gran puerta.

—Podríais habérmelo consultado —le soltó Scarlett. Sabía que tenía razón, aquí no estaba a salvo y encima ponía en peligro a Dafne. Afrodita u otro dios que quisiera cargar contra ella podría usarla de la misma forma en la que la Diosa del amor estaba utilizando a su madre para coaccionarla.

—No hemos tenido tiempo. —Sentenció desapareciendo por la puerta de entrada.

—¡Joder, menos mal! Pensaba que en cualquier momento iba a asesinarme. —Rio Scott. Scarlett no dijo nada, porque probablemente fuera verdad—. Es un poco raro tu amigo. ¿Tenéis un lío o algo así? Porque si no, no me explico su comportamiento. Sé que soy irresistible, pero dios, eres mi amiga y estaba preocupado por ti.

—Lo siento, no es personal, es así con todo el mundo.

—Pues vaya joyita de amigo... En fin ¿Cómo estás? ¿Y qué es eso de que cuando llegue Apolo os marcháis? —le preguntó de camino al salón para sentarse en el sofá.

—Estoy... no sé cómo estoy. Confusa, asustada,... hecha una porquería, vamos. Pero pienso encontrar a mi madre y salvarla.

—Querrás decir que la policía encontrará a tu madre, ¿no?

—Eh... claro, eso. —Rio nerviosa. En realidad no le gustaba tener que

mentir a Scott, pero no tenía otra alternativa.

—¿Confías en ellos? Es decir, ¿quieres que vaya contigo a donde sea que te lleven? —le preguntó mientras tomaban asiento en el sofá de color marrón.

Esa era una buena pregunta ¿Confiaba realmente en ellos? Desde el principio le habían estado ocultando cosas, bastante importantes a su parecer, y en cierto modo estaba en este lio por su culpa. Por no nombrar que la amante o ex amante de Ares, que era uno de los suyos, se había llevado a su madre. Aunque por otro lado, no podía pedir ayuda a nadie más porque pensarían que estaba loca y, para ser realistas, sin ellos no podría llegar jamás hasta su madre, así que no tenía más remedio que confiar en ellos. Eran dioses y si hubieran querido hacerle daño o usarla para algo, ya lo hubieran intentado ¿no?

—¿Scarlett? —Se incorporó Scott cogiéndole de la mano.

—Sí, bueno ahora mismo no me queda más remedio que confiar en ellos, así que... —Se resignó dedicándole una sonrisa triste para no preocuparlo.

—Sí la policía ya está trabajando en ello... ¿No es mejor que te quedes cerca por si necesitaran algo? Entiendo que no estés segura en tu casa o que no te sientas bien como para vivir allí sola, pero siempre puedes quedarte en casa de Dafne o en la mía, no tienes porqué irte a vete tú saber dónde.

—Es más complicado que eso Scott, no quiero poner en peligro a nadie más, te lo agradezco. —Scott la miró intensamente con sus ojos azules, sabía que estaba analizando las palabras que le había dicho.

—¿Sabes que puedes confiar en mí, no? Siempre.

—Sí, lo sé y te lo agradezco mucho, de veras. —Le sonrió y se fundieron en un abrazo.

Un carraspeo sonó por detrás de Scott y este se puso tenso. Scarlett miró hacia arriba para encontrarse con la mirada dorada de Ares estudiando la escena que estaba presenciando; parecía que no le gustaba nada. No entendía por qué no le caía bien Scott. Vale, porque era un ser humano, pero... ¿había algo más? Aunque pronto se deshizo de esos tontos pensamientos, pues un dios no podría estar celoso por ella, ¿no?

—Apolo ya está aquí —informó Ares. Señal de que era hora de marcharse.

Entonces Scott se levantó y se puso frente a Ares. Él lo miró como un gigante mira a una pulga que se quiere enfrentar a él.

—Sé que no hemos empezado con buen pie —habló Scott sin amedrentarse—. Pero quería darte las gracias por cuidar de Scarlett. —Le tendió la mano. Ares levantó una ceja, miró de arriba abajo a Scott y Scarlett sintió miedo por su amigo.

Ares miró a Scarlett un segundo, seguramente vio su cara de pánico, pues aunque Scott había sido amable, su tono denotaba una amenaza implícita. Después el dios se giró y se fue sin decir nada dejando la mano de Scott allí colgada. A Scarlett se le empezó a formar una sonrisa en el rostro, su Ares era demasiado impredecible. Al final estalló en una carcajada cuando su amigo se giró con cara de no saber qué demonios había sucedido.

—¿Me ha dejado con el moco colgando? ¿Te lo puedes creer? Nunca he visto a un tipo con más cojones que este ¡No te rías!

—Es que... tu cara... —Rio más Scarlett.

—Me encanta ese sonido. —Apareció Apolo por la puerta sonriendo, tan deslumbrante como siempre. Tenía que admitir que su... ¿amigo? ¿Se podía ser amiga de un dios? Esperaba que sí, porque aunque desconfiaba un poco de ellos por lo que eran, seguía siendo Nick, aunque con otro nombre y de otra especie mucho más poderosa. En fin, que Apolo era como un rayo de sol; literalmente era el dios de la luz.

—Apolo, ¿has averiguado algo? —Scarlett dejó de reír y se acercó a él.

—Luego te lo cuento. —La abrazó—. ¿Cómo estás?

—Preocupada y un poco confusa, ya sabes.

—En nosotros puedes confiar, lo sabes, ¿no? —le dijo apartándole un mechón de la cara y poniéndoselo tras la oreja.

Era un gesto fraternal, pero si su corazón no se hubiera emperrado en Ares, seguramente Apolo sería un muy buen candidato para enamorarse de él, aunque claro, si ninguno de los dos fuera un Dios del Olimpo con unas historias un tanto... raras, por decir algo, a sus espaldas.

—Gracias por todo. —Le sonrió—. Por cierto, él es Scott, un amigo de la infancia. —Los presentó.

—Encantado Scott, yo soy Apolo. —Se estrecharon las manos—. Ahora entiendo el mal humor de Ares. —Rio Apolo.

Scarlett no supo a qué se refería, pues Ares siempre estaba de morros, sí que había notado que la presencia de Scott no le gustaba nada y se comportaba más irascible con él de lo que acostumbra, pero era porque se trataba de un humano y por lo visto no eran sus criaturas favoritas, no había otra explicación o no quería buscársela.

—Scarlett, me tengo que ir, pero tienes mi teléfono. Cualquier cosa nos avisas, a Dafne o a mí. —Se acercó Scott para despedirse.

—Sí, os mantendré informados. Muchas gracias por preocuparte por mí.
—Le sonrió y se abrazaron.

—No me las des, sabes que eres como una hermana para mí. Te quiero.

—Yo también te quiero, y tranquilo estaré bien.

Después de despedirse y de repetirle una y otra vez que si quería que fuera con ellos que lo llamara, y de decirle que lo mantuviera al tanto de todo, Scott se marchó. Fue entonces cuando apareció Ares. Apolo había ido a su casa y recogió sus cosas. Scarlett le dejó un mensaje a Dafne para que no se preocupara y le dio las gracias por todo. Después se marcharon.

Capítulo 15

El lugar donde se suponía que iba a estar más segura era al parecer, una de las mansiones que tenían los dioses cuando estaban una temporada en la tierra, como en este caso. Era una mansión apartada de la civilización, rodeada por un bosque denso por un lado y un acantilado que daba al mar por el otro. Desde luego no se integraban en la vida como personas normales, más bien vivían como dioses, nunca mejor dicho. Scarlett miró todo aquello como si fuera un sueño, la casa era preciosa y de momento solo la había visto por fuera. El bosque era verde y denso y a medida que te acercabas a la mansión llegabas a un claro delante de la entrada con una fuente en el centro con esculturas de Poseidón y las Nereidas^[5], muy parecida a la que había en la Piazza Navona de Roma de Giacomo della Porta, era magnífica. La casa parecía una antigua villa romana pero de estilo renacentista, muy parecida a la Villa Capra de Andrea Palladio. La entrada era espectacular, con sus grandes escalinatas que daban a un pórtico de grandes columnas jónicas y un frontón decorado con esculturas de los doce Olímpicos de estilo greco-romano. Todo de un blanco roto por el paso del tiempo, siguiendo la visión que se tenía en el renacimiento de la época clásica. Los tejados en contra tenían un color marrón clarito.

Ares aparcó justo en la entrada y Scarlett bajó con la boca abierta, aquello era una maravilla de lugar, era mágico y precioso, como historiadora del arte estaba que no cabía en sí de la belleza de aquel lugar.

—Eso de vivir como dioses os lo tomáis al pie de la letra, ¿no? — bromeó Scarlett mientras cerraba la puerta del coche y lo miraba todo. Apolo rio—. Es precioso.

Ares cogió sus cosas del maletero y Scarlett se quedó mirando su ancha y musculada espalda, como los músculos de sus brazos se contraían a través del jersey fino y ajustado de color negro que llevaba. Junto con unos tejanos desgastados que completaban su look de chico malo y atractivo. Cuando fue consciente de que se había quedado anonadada mirándolo, quiso deshacerse de esos pensamientos y se centró en que tenían que hablar todavía de algunas cosas, entre ellas, descubrir donde estaba su madre y qué podía hacer para salvarla. Se encaminó hacia la escalinata por el suelo de gravilla, subió las

grandes escaleras tras ellos. A medida que se acercaron, Hestia salió a su encuentro. ¿Cómo había llegado allí? ¿Quién la había avisado? Seguramente Apolo, pero entonces, ¿desde cuándo llevaban planeando traerla allí? Vio que entre ellos tres asentían con la cabeza a modo de saludo y de respeto mutuo, entonces la mujer posó sus ojos azules y brillantes en ella y sonrió.

—Señorita Bouclier, me alegro de volver a verla, siento que sea en estas circunstancias —dijo triste.

¿Ya lo sabía todo? Sí que corrían las noticias... Scarlett la miró a los ojos azules, sabía que si brillaban... denotaban que podía tratarse de una diosa también, y puesto que su nombre era Hestia, estaba claro que así era. La miró con detenimiento, su tono de piel era muy parecido al de Afrodita, por lo que muy posiblemente, y según lo que le habían explicado, Hestia sí poseía su aura divina a diferencia de Ares y Apolo. Por eso Scarlett le dedicó una mini reverencia con la cabeza y después le sonrió. No sabía cómo debía comportarse y menos si podían fiarse de esa mujer, ya que al fin y al cabo, también era una Diosa.

—Yo también me alegro de verla, gracias por preocuparse.

—De nada, espero que encuentren a su madre. Pero pasen, pasen. Estarán agotados del viaje. —La verdad es que se había pasado medio viaje durmiendo, en total había durado tres horas y algo.

—Gracias Hestia por venir tan pronto y tener la casa preparada para nosotros —agradeció Apolo.

—No hay de qué. La cena para la señorita ya está preparada —anunció y sin tiempo a que pudiera agradecerle, desapareció.

Por dentro la casa era más preciosa aún, engalanada con mucho gusto y con decoración clásica por todas partes. Pinturas en las paredes, cuadros, esculturas, muebles de lujo... como una casa del siglo XVIII pero con las comodidades del siglo XXI.

—Ares, ¿por qué no le enseñas su habitación a Scarlett y después de cenar hablamos los tres? —Propuso Apolo. Cuando Ares asintió, el Dios de la razón, desapareció sin decir nada.

En silencio, Scarlett siguió a Ares. Empezaron a caminar por un pasillo que llevaba a unas escaleras grandes de madera que subían a una planta superior, donde había un montón de puertas. Scarlett supuso que eran habitaciones, ¿qué sino? Pero, ¿por qué tantas? Ella pensó que quizá era simplemente por la estructura de la casa o quizá porque allí organizaban fiestas con los demás Dioses y otros seres divinos que se quedaban allí a

pasar el fin de semana. Todo esto le resultaba surrealista. Se imaginó un típico baile del siglo XVII con seres extremadamente bellos pasando una velada perfecta. Empezaba a desvariar demasiado.

Iba caminando tras Ares y había un silencio entre ellos que a Scarlett no le gustaba nada. Se fijó en que él aun llevaba sus maletas y decidió usarlas para romper el hielo.

—Gracias por llevar mis maletas, puedo llevar alguna si quieres. —
Aceleró el paso y se puso a su lado. El pasillo era enorme, casi ni se veía el final.

—No hace falta.

«Vale, intento fallido.»

—Gracias por todo lo que estáis haciendo por mí. —Nuevo intento.

—Te dije que no me las dieras —dijo sin mirarla y sin cambiar su cara de acelga.

—¿Siempre tienes que poner esa cara de acelga? Estoy intentando ser amable. ¡Por Dios! —se quejó suspirando. Vio que en su rostro se empezaba a dibujar una pequeña sonrisa.

—No tienes por qué serlo, ya te dije que esto era culpa mía y aunque sea un Dios al que todos consideran despiadado y que no le importa nada, me siento culpable por lo de tu madre. —¿Con eso le estaba diciendo que ella le importaba? Su corazón latió y un rubor cubrió sus mejillas—. Además está todo ese asunto de la profecía y si Zeus quiere acabar conmigo empezará por ti, y no quiero que mueras.

—Ah. Gra... —Él la miró de reojo y Scarlett calló. «Nota mental, no agradecerle nada, se pone de mal humor», se dijo a ella misma y rio.

—¿Qué pasa?—preguntó alzando una ceja y deteniéndose frente a ella.

—Nada. —Se puso aún más colorada cuando sus ojos dorados conectaron con los suyos. Ares se acercó a ella estirando su brazo, Scarlett pensó que iba a besarla, lo deseaba con toda su alma, pero su madre era más importante—. ¿Qué haces? —Dio un paso hacia atrás chocando contra una puerta. Ares sonrió.

—Esta es tu habitación —dijo abriendo la puerta con una medio sonrisa.

Scarlett se puso colorada de la vergüenza y sin poder mirarlo a la cara se giró para ver su nueva habitación. Madre mía, si pudiera se quedaría allí a vivir. La habitación era gigantesca y parecía de cuento, con una cama enorme en el centro con un dosel y una colcha de flores, pero no de las cutres, esta parecía de lujo. Un espejo de cuerpo completo al lado de un tocador en una

esquina, una cómoda y un gran armario a conjunto vestían la habitación. A la izquierda había un gran ventanal tapado con unas cortinas blancas. Scarlett fue directa y las abrió para encontrarse con unas vistas preciosas al mar, al fondo podía contemplarse un faro. Aquello podría ser un perfecto sueño, si no fuera por lo de su madre, la profecía, los dioses que la rodeaban... y toda esa mierda, sino pensaría que le había tocado la lotería.

—¿Te gusta? —preguntó Ares entrando y dejando sus maletas en el suelo al lado de la cama.

—Es genial, muchas gra... gracias —dijo al final con una sonrisa. Ares arqueó una ceja, pero ella era así, quería agradecerse y lo haría. Punto.

—Scarlett yo... —habló tumbándose en la cama, ocupando con su gran cuerpo parte de ella. Se estiró con una pose tan sexy que Scarlett no pudo desear otra cosa que estirarse a su lado y sentir su calor, o encima. Pero simplemente se acercó sin más mientras él ponía sus brazos tras su cabeza—. Siento haberte utilizado como mi fuente de energía, no era consciente y ahora te he ligado a mí, aunque soy yo el que te necesita y no tu a mí, pero... —¿Estaba viendo vulnerabilidad en el Dios de la guerra? Debía ser un espejismo—. Debiste pararme. —Eso la enfrió como un jarro de agua fría.

—¿Cómo? ¡Ahora tendré yo la culpa! ¿Qué querías que hiciera? Apareciste en mi puerta, empapado por la lluvia, solo pensé que a Nick le podría haber pasado algo o que habías tenido un mal día. ¡Solamente quise ayudarte!—Él ni la miró.

—No digo que tengas la culpa, lo que no sé es porqué acudí a ti.

—Pues lo siento si no soy de tu agrado. —Se cruzó de brazos enfadada. Él no contestó.

—¿Qué hicimos la primera noche?—Clavó su intensa mirada brillante en ella, sus ojos parecían de oro líquido. Scarlett se ruborizó.

—¡Solamente dormimos, idiota! —Y también se besaron, pero no iba a confesárselo.

—¿Y las noches siguientes? ¿Por qué dejaste que llegara más lejos? —Se incorporó para mirarla a los ojos.

Ahí la había pillado, era consciente de que se estaba poniendo cada vez más colorada. ¿Qué iba a contestar a eso? ¿Que sentía algo por él? Eso nunca, además al saber la verdad no tenía sentido sentir nada de aquello, él era un maldito Dios y aunque la amenaza de Afrodita no estuviera sobre la mesa tampoco podría plantearse tener nada con él, por muchas razones, aunque en esos momentos no sabría nombrarlas. Ares se puso en pie y se acercó a ella

tan rápido que no lo vio venir.

—Contéstame Scar —le susurró.

—No. —Retrocedió hasta quedar encerrada entre su gran cuerpo y la puerta del armario.

Estaban tan cerca que sentía como un cosquilleo se formaba en su barriga, quería tocar su piel, que la abrazara y le diera placer como tantas otras veces había hecho, aunque sin llegar al final, pues no quería morir.

—¿Por qué dejaste que llegara más lejos Scarlett? —Le volvió a susurrar en el oído.

Ella sintió un escalofrío por todo el cuerpo al notar su cálido aliento, después él se inclinó y le depositó un suave beso en el cuello que la desarmó. Scarlett se sentía morir, sus piernas se volvían gelatina.

—Me... ¿Me estas manipulando? Porque no funciona —dijo todo lo segura que pudo poniendo sus manos sobre su firme torso para intentar separarlo, pero sin hacer fuerza alguna.

—No, simplemente quiero saberlo, jamás utilizaría mis dones sobre ti. —No sabía si creerle.

—¿Y tú porque acudiste a mí?—susurró. Él rio muy cerca de su oreja y puso una pierna entre sus muslos, haciendo que hubiera un mayor contacto entre ellos en sus partes. Scarlett ahogó un gemido. Alzó el rostro hacia él y sus ojos se encontraron. Vio que los de Ares brillaban igual que cuando venía a verla inconscientemente, aunque esta vez era bien consciente, lo percibía en su mirada.

—Yo he preguntado primero, pero en todo caso está claro por qué. —Rio moviendo las caderas para que Scarlett notara su abultada entrepierna, esta vez no pudo contenerse y gimió—. Me haces sentir algo que ninguna humana ha conseguido y me vuelves loco con tus contestaciones, eres una repelente y no tienes ningún reparo en decir lo que piensas, aunque sea un Dios. Pero te deseo. —Sus labios estaban a un susurro de encontrarse.

—Vaya... que cosas más bonitas me dices... —Ironizó Scarlett, él rio—. Eres un Dios, ¿no? Pues averígualo tú solo. —No supo de dónde sacó la fuerza necesaria pero lo apartó de su cuerpo que ardía porque la tocara y se separó—. Vamos, Apolo nos estará esperando para hablar, aún hay muchas cosas que no entiendo. —Ares rio.

—No hace falta ser un Dios para saber que te mueres por mis huesos, igual que todas.

—Oh, claro, que tonta soy, su alteza real es tan maravilloso... —Ironizó

—. Te recuerdo que el que ha venido tras el otro, eres tú. —Le sacó la lengua en forma de burla y salió de la habitación.

Ares nunca se había encontrado con una humana tan descarada y malditamente preciosa, realmente Scarlett era diferente y no le tenía miedo, eso era lo que más le gustaba de ella. No pensaba que fuera un monstruo que en cualquier momento podría atacarla, aunque en este caso acababa de asaltarla, pero en otro sentido. Se sentía irremediabilmente atraído por ella, y era una cosa más allá de una simple atracción sexual, pues por eso su instinto la había elegido como su fuente de energía; aunque no pensaba admitirlo.

—¿Entonces Afrodita no puede saber dónde estoy ni qué hacemos en esta casa? —preguntó Scarlett sentada en el sofá de color azul. Alguien había encendido la chimenea que presidía la sala de estar, decorada con tonos cálidos; era muy acogedora.

—No, es por eso que no puedes salir, las marcas que hemos puesto en la casa te protegerán de ella y de los que vengan en su nombre o en el de Zeus —argumentó Apolo para tranquilizarla.

Después de que Scarlett comiera algo, se pusieron en el gran salón a hablar sobre lo sucedido. Estuvieron conversando de cómo iban a encontrar a su madre, de hecho tenían un plan y creían que la única forma que existía para hacer que Afrodita soltara a Anne, era engañándola usando a Ares. Pero ella no estaba muy de acuerdo con eso y al parecer Ares tampoco, pero estaba dispuesto a hacerlo por ella; y eso le gustó mucho.

—Hay una cosa que os quiero preguntar —dijo Scarlett—. ¿Habéis oído hablar sobre un collar que tiene poderes?

—¿Qué tipo de poderes? —preguntó Ares.

—Pues por ejemplo que cree una barrera a tu alrededor impidiendo que te hieran y que provoque que te cures más rápido.

—Mmm... veamos, hay una profecía ligada al Escudo de los Dioses que dice que será portadora de un abalorio con poderes protectores, pero que yo sepa no... Un momento ¿Cómo lo sabes?—preguntó atónito Apolo.

—Porque... —Scarlett sacó de debajo de su jersey el collar que le había entregado su madre—. Tengo esto y creo que cuando salí disparada por la ventana, me protegió. En fin, caí desde un segundo piso a toda velocidad y rompiendo una ventana y aunque Ares me cogió antes de estamparme contra

el suelo, el golpe que me di contra la ventana me dejó sin respiración y noté como un millar de cristales se me clavaban en la piel. Y luego no tenía nada, es extraño pero recuerdo que vi al collar brillar y creando como un escudo envolviéndome.

—Cuando te cogí noté algo a tu alrededor —recordó Ares.

—¿Me lo dejas ver? —preguntó Apolo poniéndose a su lado en el sofá de tres plazas para verlo. No se atrevió a tocarlo por si era un repelente de dioses o algo así—. Lleva la cara de Medusa, un símbolo apotropaico.

—¡Eso mismo dijo mi madre!

—Está claro que tu madre estaba al tanto de que tú eras el Escudo. ¿Nunca te dijo nada al respecto?—preguntó Apolo.

—Nunca, no sé quién es mi padre ni cómo llegó este collar a mi madre o quién se lo dio.

—Pero antes de llevarlo ya eras inmune a nuestros poderes, ¿no?

—Sí, me lo dio ayer.

—Vale, claramente cada vez hay más indicios de que eres el Escudo de los Dioses, en particular su Escudo. —Señaló a Ares—. Y sabemos que Zeus va a por vosotros dos, ya que si os unís del todo...

—No va a pasar—contundió Ares enfadado desde su butaca—. No pienso quitarle la vida para tener más poder.

—Sé que no quieres hacerlo, pero la profecía...

—¡A la mierda con la profecía! —Se puso en pie—. He dicho que no lo haré. —Se giró y la miró directamente a los ojos—. Si alguna vez me vuelvo a acercar a ti inconscientemente, usa el collar, que no llegue a ti, tienes que prometerlo. Pase lo que pase, Scar, no te acerques a mí cuando esté en ese estado. —Su voz era dura, igual que su expresión, así daba miedo, por lo que Scarlett no tuvo otro remedio que asentir.

—Vale.

—Me voy, tengo combate esta noche. —Scarlett se levantó como un rayo.

—¿Te vas? —En el mismo momento que pronunció esas palabras se arrepintió por la sonrisa que apareció en la cara de Ares—. Es decir, que tengas un buen combate... aunque ahora que lo pienso... ¡Eres un tramposo! ¡Eres un Dios, normal que vengas a todos y salgas ileso! Sabía yo que había gato encerrado...

—No hago trampas, en esta forma no tengo todos mis dones de Ares, simplemente tengo un buen entrenamiento y la habilidad de ver los puntos

débiles de mis adversarios —dijo tranquilo.

—Ah.

—No te preocupes, aún sigo siendo el mejor aunque no tenga plenamente mis dones. —Le guiñó un ojo.

—Creído. —Le lanzó un cojín a la espalda y rio—. ¡Ten cuidado! —Ares levantó una mano en señal de que no se preocupara y se marchó.

Capítulo 16

Había pasado dos noches en aquella casa ya. Y esta noche no era muy diferente a las anteriores. Sus pensamientos y preocupaciones no la dejaban dormir, continuamente estaba pensando en el bienestar de su madre y en cómo iba a salir de todo este lío sin tener que morir. Vivir allí, alejada del mundo, creaba como una falsa seguridad en la que parecía que todo lo sucedido era mentira, una broma de mal gusto, pero la realidad era bien distinta. Ella corría peligro, su madre también y Ares y Apolo estaban intentando ayudarla a encontrar a su madre antes de que fuera demasiado tarde. Una guerra se avecinaba, y todo por la codicia de un solo Dios, por Zeus, quien al parecer quería destruir a Ares porque una profecía decía que si él se interponía en sus planes de dominar el mundo y someter a la humanidad, él caería. Por eso lo había enviado a la tierra esperando que muriera y ella con él.

Cada vez que lo pensaba se le ponían los pelos de punta y tenía un malestar continuo, estaba asustada e inquieta. Todo era demasiado irreal y terrorífico. Estuvo dando varias vueltas en la cama y al final decidió ir a ver la luna reflejada en el mar. Se levantó y fue hacia el pequeño balcón que había en su habitación, como seguía dándole miedo la oscuridad absoluta no cerraba las persianas. Miró el reloj que, como no, estaba decorado con motivos mitológicos y reposaba sobre la cómoda. Eran las dos de la mañana, ni siquiera sabía si Ares había vuelto del combate al que había ido esa noche, y eso la ponía nerviosa, pues si Zeus andaba tras ellos podría ir en busca de Ares y acabar con él. No quería pensar mucho en ello, pero no lo podía evitar. Tampoco es que hubiera vuelto a hablar demasiado con ellos, ya que parecía que desaparecían de la casa. Scarlett se había dedicado a inspeccionarla, aunque era demasiado grande y aún le quedaban unas cuantas salas y habitaciones. Parecía que estaba completamente sola y así se sentía, en esos dos días solo había visto a Hestia cuando le avisaba que ya tenía la comida preparada. Se sentía completamente inútil allí encerrada sin hacer nada sabiendo que Apolo estaba buscando pistas para encontrar a su madre. Esa noche, antes de irse a dormir y de que Ares se fuera al combate, estuvo hablando con Apolo, quien estaba haciendo todo lo posible por averiguar el

paradero de su madre, aunque rápidamente la mandó a la cama para que descansara. Pero una noche más estaba claro que no le había hecho caso y no estaba descansando, y no porque no quisiera, es que su cabeza no paraba de enviarle pensamientos dolorosos de dónde y cómo podría estar su madre.

Salió fuera y el frío la envolvió, sentaba bien pero su piel se erizó pues hacía bastante fresco y ella llevaba una camiseta de tirantes para dormir a juego con unos pantalones largos pero finos. Apoyó las manos en la barandilla mientras veía como la luna casi llena se reflejaba en el mar, cerró los ojos e intentó centrarse solo en las olas y como rompían contra la roca. Empezó a temblar y sintió demasiado el frío; se abrazó a sí misma y se quedó absorta mirando la negrura e inmensidad del mar.

De repente unos brazos la envolvieron dándole calor, notó quien era en cuanto la tocó, solo él podía desprender ese calor que la hacía vibrar. Ares la atrajo hacia él pegando su espalda a su pecho y Scarlett se dejó llevar apoyando su cabeza en su pecho; cerró los ojos. Era como estar en casa, entre sus brazos se sentía segura.

—Vas a coger una pulmonía si sales así —le susurró Ares—. Estas helada. —Frotó sus manos contra los fríos brazos de Scarlett y sintió su energía queriendo salir hacia él.

—No podía dormir. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato. —Ares no quería admitir que había venido directamente a su habitación, ya fuera porque el combate lo había dejado exhausto o porque necesitaba cerciorarse de que estaba bien y... la había echado de menos. Quizá un poco de cada. Había querido mantenerse alejado de ella porque no quería arrebatarle su energía y debía darle espacio para que procesara todo aquello, pero ya no aguantaba más.

—Estas... ¿consciente? —Aunque estaba claro que sí porque nunca había tenido una conversación clara con él en ese estado.

—Sí. —Él la giró entre sus brazos y sus miradas se encontraron. Nunca se acostumbraba a la brillantez de esos ojos dorados que la hipnotizaban.

Scarlett sabía por qué Ares había ido a verla, la necesitaba. No era porque estuviera preocupado por ella o porque la hubiera echado de menos, simplemente la necesitaba porque básicamente era su fuente de energía.

—Estás preciosa a la luz de la luna. —Scarlett rio.

—¿Esa es tu táctica para llevártelas a la cama? No te pega nada. —Rio y él le dedicó una media sonrisa.

—Yo no uso tácticas, ellas se tiran a mi cama.

—Ah, claro. —Rio ella.

—Scarlett. —Se puso serio—. Lo que te dije el otro día iba en serio, te deseo y... eres importante para mí. Nunca se lo he dicho a nadie. No es porque seas mi fuente de energía ni nada de eso, es porque eres tú. —Scarlett volvió a ver esa vulnerabilidad que lo hacía más humano y... ¡maldita sea! Hacía que le gustara cada vez más. Su corazón se aceleró y su cuerpo aumentó de temperatura.

—Tú también eres importante para mí. —Le sonrió tímida.

—Me gusta que no me tengas miedo y que seas como eres, no aparentas ser algo que no eres para agradarme. —Alzó una mano y le acarició la mejilla. Scarlett se sintió morir por las palabras que le decía, pero no debía bajar la guardia, seguramente era una artimaña para llevarla a la cama y sacarle un poco de energía. Sino toda...

—Nunca haría tal cosa. —Él pasó a acariciarle los carnosos labios con el dedo pulgar y un hormigueo placentero la recorrió entera.

Ares bajó su cara más cerca, sintió su suave aliento y su olor a miel y fuego la envolvieron una vez más haciéndola temblar. Ese hombre la volvía loca, quería tener más de él, pero no podía tenerlo si no quería acabar muerta.

—Odio hacerte esto —le susurró muy cerca de los labios para finalmente juntarlos al fin. No quería hacerlo, pero una fuerza mayor lo impulsaba a unirse a ella, no podía resistirse, y sospechaba que no solo era por esa fuerza, sino que él mismo la deseaba.

Primero fue un suave beso, pero poco a poco la pasión entre los dos se fue desatando y el beso cogió más intensidad. Ares la acercó más a él posando su mano en la cintura baja, los dos gimieron al sentirse más cerca. Después, sin perder tiempo Ares introdujo su lengua para jugar con la de ella y bajó sus brazos hasta sus glúteos alzándola para que Scarlett enroscara sus piernas en la cintura masculina. Ella lo envolvió con sus brazos y metió sus dedos en el sedoso pelo ondulado de Ares, tirando de este para acércalo más a su boca.

Scarlett notaba su cuerpo en llamas y necesitaba ya tocar su piel, aunque estuviera haciendo esto para aprovecharse de ella... No podía apartarlo. Ares los llevó hasta la cama, donde depositó a Scarlett con cuidado. Después se deshizo de su camisa para luego tumbarse sobre ella usando los muscudos brazos para soportar su peso. Y volvió a abordar su boca mientras con una mano le subía la fina camiseta hacia arriba y acariciaba cada trozo de piel hasta llegar a sus pechos, con sus pezones ya erizados y esperando por su

contacto. Hizo un movimiento y sus sexos se rozaron. Scarlett sintió una descarga, era muy consciente de cómo su energía pasaba a Ares y como este la absorbía, ahora sabía que lo que estuvo sintiendo en sus primeros encuentros cuando sintió que su energía pasaba a él, no había sido una locura momentánea. Su cuerpo ardía por él y no pensaba otra cosa que no fuera en que la hiciera suya.

Ares comenzó a masajearle el pecho izquierdo con dulzura mientras ella soltaba pequeños gemidos que acrecentaban su excitación. Ares estaba perdido en el olor a fresas que desprendía Scarlett y en sus pequeños gemidos que se clavaban en su erección, aquella mujer no podía ser más perfecta para él... pero, ¿qué estaba pensando? Scarlett solo era un divertimento más en la tierra, pronto volvería al Olimpo y ella quedaría en el olvido, como otras tantas de las mortales que tuvieron relaciones con los Dioses.

Aunque mientras se deshacía de su camiseta de pijama, su corazón le decía otra cosa, algo que no podía ser, pues él era un Dios malvado y aterrador, era el Dios de la guerra y no podía sentir otra cosa que no fuera ira y venganza. Pero cuando estaba con ella podía ser otro, un nuevo Ares que le gustaba más, sentía que estaba más en paz consigo mismo. Bajó su boca a su sexy cuello, allí donde tenía un punto que la hacía suspirar. Aunque no recordaba muy bien las veces que él estuvo inconsciente, había cosas que sí las recordaba, como aquello. Entonces le dio un mordisquito en ese punto y ella se arqueó suspirando. Sonrió. Bajó una mano hacia su núcleo más caliente.

—Ares... no podemos... —Lo quiso detener.

—No voy a llegar hasta el final.

—Ya lo sé, pero Afrodita...

—Ella no puede ver nada de lo que ocurre en esta casa y además si... — Se calló algo—. Confía en mí.

—Lo hago, pero...— ¿Lo hacía realmente?

—Shh, déjame saborearte, no pienses en nada más que no sea en mi recorriendo tu cuerpo, siénteme. —El corazón de Scarlett dio otro vuelco. Y su piel ardió allí por donde él pasaba su mano de camino a su sexo, provocando un deleitante cosquilleo. Después su boca siguió a su mano, dándole besos por su vientre.

—Ares...—gimió cuando empezó a quitarle los pantalones.

—Estás preciosa ahora mismo. —Se inclinó y la besó en la boca una vez más mientras acariciaba su húmedo sexo. Scarlett sintió como una descarga la

recorría el cuerpo entero, estaba al rojo vivo por él.

Ella le rodeó con sus brazos, acariciando su dura espalda y bajando por su trabajado abdomen hasta llegar a su erección. Ares gimió en su boca cuando ella la acarició por fuera del pantalón, pero cuando quiso desabrocharle los pantalones él se apartó y fue bajando distrayéndola con su seductora boca hasta llegar a su húmedo y necesitado sexo.

—Me encanta lo húmeda que te pones para mí —susurró muy cerca de sus pliegues hinchados y calientes.

—Ares... por favor...—gimió arqueándose desesperada.

—Lo sé, yo siento la misma necesidad por lamerte y probarte en mi boca. —Pasó un dedo juguetón por los pliegues, muy superficialmente, lo mínimo como para volverla aún más loca y necesitada de él.

Pero no se hizo esperar mucho más y lamió profundamente su sexo, Scarlett se agarró a sus cabellos y ahogó un grito de placer. Después Ares se centró en su clítoris, abriéndole más las piernas, succionando y lamiendo duramente. Introdujo un dedo en su interior, después dos imponiendo un ritmo frenético que estaba llevando a Scarlett a un orgasmo arrollador. Ella sintió como el calor se formaba en su sexo y se expandía por todo su cuerpo, iba a explotar en cualquier momento. Entonces Ares rozó un punto con sus dedos que junto a las lamidas en su clítoris la hicieron explotar en su boca. No pudo reprimir un grito de satisfacción mientras se agarraba de los ondulados cabellos del Dios.

Ares le alargó el orgasmo hasta crearle otro igual o más potente y Scarlett creyó que se deshacía entre sus brazos, que la mantenían abierta para él. Cuando pudo volver a respirar, Ares se acomodó entre sus piernas y la besó duramente. Un poco cansada sí se sentía, producto de los orgasmos y de la energía que le traspasaba a Ares.

—Has estado fantástica. —Le besó la frente y después se tumbó a su lado abrazándola contra su pecho.

En esos momentos, con él abrazándola se sentía protegida y el sueño por fin le estaba haciendo una visita, pero no quería quedarse dormida sin antes preguntarle porque no quería que ella le tocara.

—¿Ares?

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Él sonrió.

—Inténtalo y puede que te responda. —Ella rio recordando cuando le contestó eso mismo la primera vez que le dijo que tenía miedo a la oscuridad,

en el bosque.

—¿Por qué no me dejas tocarte?

—Ahora me estas tocando.

—No, cuando hacemos... esto. —No quería llamarlo algo que él no pensaba y quedar como una tonta.

—¿Esto? —Rio ronca y profundamente—. En parte es porque no me fio de mí mismo, si me tocas... querré más.

—¿Y por la otra parte? —Se incorporó un poco para mirarlo a los ojos.

—Y por otra parte... El semen de los dioses es demasiado fértil, habrás escuchado o leído algunos mitos, como el de la lluvia dorada de Zeus... son ciertos, no necesitamos culminar dentro de una mujer para dejarla en estado, solo con que tocaras mi semen podrías quedar embarazada.

—¿En serio?—preguntó atónita.

—Sí. —Rio apartándole un mechón de pelo de la cara y después se incorporó para besarla, un beso dulce que la dejó con ganas de más.

Scarlett se quedó embobada mirando su sonrisa, Ares no sonreía casi nunca y le encantaba verlo feliz y no con esa cara de acelga que llevaba siempre. No obstante, sabía qué hacía aquello porque la necesitaba como fuente de energía y no porque sintiera nada especial por ella. Aun así su tonto corazón comenzó a latir más fuerte y sus mejillas volvieron a teñirse de rojo ante los gestos cariñosos de Ares. Le gustaba pensar que ella lo hacía un poco más feliz y que cuando estaban a solas, era un Ares diferente al que conoció los primeros días.

Pensó en el tiempo que hacía de la primera vez que los vio en el teatro, todo había cambiado tanto..., había partes buenas, como descubrir a este Ares, y otras horribles, como lo de su madre y que su destino fuera morir para salvar a la humanidad de la esclavitud de Zeus dándole su fuerza vital a Ares. Una locura total, pero allí estaba, en la cama con el hombre más increíble que había visto jamás, sus ojos dorados y brillantes le daban un aspecto de animal sediento, su cabello ondulado le caía despeinado por la frente y su trabajado y cincelado cuerpo, que parecía esculpido en mármol por el mismísimo Miguel Ángel. Y todo porque no era un hombre, sino un Dios del Olimpo.

—¿En qué piensas, αγάπη (agápi)? —le preguntó Ares usando una palabra extraña.

—En todo lo ocurrido. —Volvió a tumbarse sobre el pecho de Ares y él comenzó a trazarle símbolos en la cintura—. ¿Qué significa?

—¿El qué?

—Me has llamado agápi. ¿Es griego?

—Sí.

—¿Y qué significa?

—Nada.

—No te creo, como sea un insulto iré a buscarte y no tendrás ni tierra ni Olimpo para correr —lo amenazó divertida y su risa masculina la envolvió sintiéndola en su pecho.

—Venga duérmete y descansa, agápi —la instó Ares.

—Seguro que es un insulto... —se quejó Scarlett, pero el sueño pudo más que su curiosidad.

Ares se quedó mirando a Scarlett mientras poco a poco ella se quedaba dormida sobre él. No entendía por qué, pero era la sensación más agradable que había sentido en mucho tiempo. Siguió acariciando su suave piel ligeramente bronceada y después siguió por su cabello moreno. Aún su erección era bastante perceptible, pero no se atrevía a hacer nada más con ella porque no sabía si podría controlarse. Estaba escrito que él iba a quitarle la vida y jamás se lo perdonaría si llegara a ocurrir, aunque iba a poner todo el empeño y fuerza para que no ocurriera. Sin embargo, por el momento no lo estaba logrando. Aquella chica lo estaba volviendo loco y significaba demasiado para él como para dejar que una estúpida profecía se cumpliera, no lo iba a permitir aunque fuera lo último que hiciera. Incluso había usado un apelativo cariñoso para referirse a ella, era la primera vez que le salía algo así. Claro que no le iba a decir lo que significaba, ni él mismo sabía por qué la había llamado así.

Nunca antes sintió esa conexión con alguien, Scarlett era maravillosa y preciosa, aunque fuera una simple humana, le gustaba estar con ella, lo hacía sentirse... ¿Feliz? Incluso conseguía que riera, en toda su maldita existencia de millones de años nadie había conseguido colarse en lo hondo de su corazón de hierro. A parte de Apolo nadie se había preocupado por él ni siquiera le había importado a nadie.

La estrechó más contra su cuerpo sintiéndola más cerca y le besó la coronilla, era tan pequeña en comparación con él... Los dioses no dormían, pero podía estarse así toda la noche, vigilando que nada ni nadie perturbara el sueño de su agápi.

Capítulo 17

Unos días después las cosas seguían igual. Apolo estaba intentando averiguar donde se había llevado Afrodita a su madre, porque él era el único que podía infiltrarse en el Olimpo sin ser expulsado de inmediato. Ares sin su aura divina no podía ir y si Zeus lo encontraba lo podría enviar al submundo sin que a ningún otro Dios le diera tiempo a oponerse. Apolo había escuchado que Zeus envió a algunos seres en su búsqueda, ya que sabía que si la encontraba a ella, Ares caería por sí solo. Todo aquel plan había sido demasiado inteligente para disponerlo todo Zeus, y Ares estaba seguro que su hermanastra Atenea había tenido mucho que ver. De momento, gracias a la magia de Apolo y las marcas que había puesto por la casa, los seres divinos no los podrían encontrar. Por eso Scarlett debía permanecer en aquella cárcel de oro encerrada. Notaba que a Ares, todo aquello lo enfurecía, era el Dios de la guerra y un guerrero nato y no poder hacer nada, lo ponía de muy mal humor, que en él ya era algo habitual.

Lo poco que Apolo había conseguido averiguar sobre el paradero de su madre era que al parecer no estaba en ninguno de sus templos en el Olimpo, lo más seguro es que se la hubiera llevado al palacio que compartía con su esposo Hefesto, en las profundidades de un volcán. Pero aún le guardaba un cierto resquemor a Ares por haber sido el amante de su esposa y seguramente no estaría muy receptivo a ayudarlos. Saber que Ares había estado con Afrodita la mataba por dentro de celos y se preguntaba si con ella habría tenido algún hijo, pues según los libros de mitología greco-romana que tenían en la inmensa biblioteca de la casa, donde se encontraba en esos momentos, la Afrodita y el Ares original en algunas versiones tuvieron como hijo a Eros, es decir Sean. Y otra pregunta que tenía en mente era, qué pensaba de todo esto de que Zeus quisiera aniquilar a Ares, Hera, pues era su madre, algo tendría que decir, ¿no? Aunque quizá al no tener esa unión madre e hijo real no le importaba.

Ares le contó que él nunca había sido un niño, apareció así para sustituir al antiguo Ares, él era el tercero y al parecer el único que le costaba deshacerse del todo de los pensamientos y de la forma de actuar de los antiguos Ares, pero que gracias a ella estaba viendo las cosas de una forma

diferente. Aunque le dijo que nunca se había llevado bien con su familia, le confesó que no se hubiera esperado esta traición por parte de Zeus, él era el Dios de la justicia, pero como había dicho, los dioses estaban evolucionando y creando sus propios deseos. Scarlett vio que realmente le dolía que su padre lo quisiera matar, él no lo aceptaría ni se lo diría, pero ella supo ver ese dolor en su preciosa mirada dorada.

Cerró el libro que tenía en su regazo y miró por la ventana hacia el inmenso mar. Estaba sentada en una butaca situada cerca de la ventana de la gran biblioteca. Era de película, con grandes estanterías altas repletas de libros y manuscritos antiguos llenos de polvo, y algunas mesas de madera con lamparitas. En el techo había una gran pintura de Zeus a punto de lanzar su rayo. Que todo lo de la mitología fuera real... aun la superaba, pensar que había dioses por ahí revoloteando por la tierra, los cuales tenían poderes suficientes como para manipular a los humanos para su beneficio..., no le parecía justo, tampoco que tuvieran derecho a interferir en sus vidas implicándoles en absurdas peleas entre ellos, como si nosotros no tuviéramos ya suficiente con lidiar con nuestros políticos y la sociedad en general, como para preocuparse también de seres divinos y sobrenaturales.

De repente el móvil le vibró, era un mensaje. Cuando lo miró sus ojos se abrieron como platos, se trataba de Sean y el mensaje era bien claro:

“Sé dónde está tu madre”

¿Podía ser una trampa? Teniendo en cuenta que ahora sabía qué era... y que actuaba en nombre de Afrodita, muy posiblemente lo fuera. Pero por otra parte él fue el único que más o menos le acabó contando la verdad y avisándola de que corría peligro. Por fin había cobrado sentido lo que le dijo, pues era Afrodita de quién la estaba avisando. Al parecer, la diosa no conocía que ella fuera la fuente de energía de Ares y que hacían otras cosas aparte de pasar el rato. Seguramente a estas alturas ya lo sabía y no quería ni pensar qué podría estar haciéndole a su madre para vengarse, esperaba que no fuera demasiado tarde cuando la encontraran, porque iba a hacerlo. Scarlett recordó a la mujer serpiente, Equidna. Un ser horrible que aún le provocaba escalofríos, y vete tú a saber cuántos más de esos seres trabajaban con Afrodita.

Scarlett se debatió entre contestar a Sean o comentárselo primero a Apolo y Ares, pero era su madre de quien estaban hablando y estaba preocupada. Además que él le dijera eso implicaba que estaba viva, y esperaba que así fuera. Otro mensaje le llegó:

“¿Estás bien? Tengo que hablar contigo, siento mucho lo que pasó”
Podría ser una trampa pero... Al final le contestó.

“Estoy bien ¿Dónde está mi madre?”

“Pensé que no me contestarías, me alegra saber que estas bien, Afrodita no me quiso decir nada de lo que pasó la noche en la que se llevó a tu madre, pensé que quizá estabas muerta, me alegro de que no sea así”

¿Debía creerle? Podría ser Afrodita manipulándola para acabar con ella.

“Por poco, pero estoy bien ¿Sabes dónde está mi madre?”

La respuesta tardó en venir, Scarlett se estaba poniendo más nerviosa por momentos.

“Sí, Afrodita la ha encerrado en una jaula, está en el palacio de Hefesto. He intentado razonar con ella, pero... no ha servido de nada. Lo siento, solo puedo decirte que está bien, pero a Afrodita se le está acabando la paciencia porque no os encuentra. Creo que puedo ayudaros, pero no puedo sacarla de allí, sospecha que quiero ayudarte y me ha prohibido la entrada”

“¿Cómo?”

“Yo os puedo guiar hasta el palacio de Hefesto por una de las entradas que hay en la tierra. Aunque una vez allí solo podrás entrar tú, pues los dioses nos sentimos entre nosotros y si Hefesto o Afrodita se enteran de que Ares y Apolo están allí, pueden ser llevados ante Zeus, y visto que también os busca por lo que eres y quiere acabar contigo y Ares... no es buena idea. Todo el Olimpo sabe quién eres, Scarlett”

Eso sonaba... escalofriantemente mal, que una bandada de dioses supiera quién era ella y lo que podía hacer si daba toda su energía a Ares... era simplemente genial, irónicamente hablando. Todo eso sonaba a trampa, pero no tenía otra opción para salvar a su madre. No se fiaba al cien por cien de Sean o Eros, pero parecía ser la única forma para llegar hasta su madre. Continuó escribiendo:

“Pero no todos te buscan, hay algunos dioses como yo que piensan que es una mala idea que Zeus gobierne sobre los mortales también, especialmente Hades, pues fue el que peor beneficiado salió del reparto inicial. Aunque no sé qué trama tampoco, al menos sabemos que no va contra ti, de momento”

Todo aquello parecía sacado de una película de fantasía y terror, estaba empezando a temblar y a sentir un nudo en el estómago. Las manos le sudaban y el pulso se le aceleraba nada más pensar que había algunos Dioses

que estaban esperando para encontrarla y matarla. Y la idea de Eros sobre que fuera ella sola a un palacio de un Dios que seguramente estaba deseando asesinarla como los demás, y que muy posiblemente estaría plagado de seres protegiéndolo... No parecía una idea muy inteligente. Además ¿Cómo iba a ser capaz de sacar a su madre ella sola de allí? ¿Dónde iría? ¿Cómo? Eso la aterraba, pero su madre la necesitaba y eso era lo importante.

“¿Tendré que ir yo sola?”

“Yo te enseñaré donde tienes que ir y si necesitaras ayuda yo estaría allí”

“¿Cómo me puedo fiar de ti? Intentaste manipularme”

“Lo sé y lo siento mucho, pero no tuve más remedio, me estaba amenazando con... alguien muy importante para mí. Sé que no es excusa y por eso quiero ayudarte. Nunca quise hacerte daño”

“Está bien, lo hablaré con Apolo y Ares y te diré algo pronto, muchas gracias y por favor cuida de mi madre”

No obtuvo más respuesta y fue a buscar a Ares, el cual seguramente estaba en el gimnasio que tenían en la planta baja. Apolo seguía yendo al hospital donde trabajaba, pues no quería dejar a algunos pacientes tirados, pero en unos días lo dejaría. Era bastante inusual que un Dios se preocupara tanto por los mortales, Apolo era un gran dios y muy considerado, además desde el principio la había ayudado y apoyado.

Al igual que Ares, quien ya había acabado la temporada de combates y ya no andaba por ahí exponiéndose a ser descubierto y perseguido hasta la casa por alguno de los esbirros de Afrodita o Zeus. Aun así seguía entrenándose, lo llevaba en la sangre, era un guerrero y no podía estar más de un día sin hacer ejercicio.

Cuando llegó al gimnasio abrió la puerta para encontrarse con una habitación muy grande, en el centro había una superficie elevada. Del techo caían sacos de boxeo, había maniquís de entrenamiento y otros artilugios de lucha en unas estanterías al fondo. Ares estaba en el centro machacando al saco de boxeo, no llevaba camiseta y el sudor descendía lentamente por toda su espalda ancha y musculosa hasta perderse por la cintura de donde colgaban unos pantalones anchos de deporte. Scarlett tuvo que tragar saliva ante la imagen que tenía delante. Desde el día que Ares vino por la noche a su habitación no habían vuelto a dormir juntos, ella podría pensar que no la necesitaba tanto, pero lo notaba más cansado y sus movimientos un poco menos ágiles comparados con los combates que había presenciado. No es que

fuera una experta ni mucho menos, y él seguía siendo muy bueno, pero sí que le notaba más el desgaste.

Claramente no se acercaba a ella porque no quería quitarle la energía y temía tanto como ella que la profecía se acabara cumpliendo. En cuanto dio un paso hacia la colchoneta, Ares se giró posando sus dorados ojos en ella. Scarlett intentó sonreír pero el calor que sentía en su cuerpo la congeló, era demasiado perfecto. Se aclaró la garganta y deshizo esos pensamientos pervertidos que se la habían formado en la cabeza desde el momento en el que había entrado. Se obligó a centrarse en lo importante, aunque en ese momento era muy difícil pensar. Su respiración se aceleraba cada vez que estaba más cerca, hasta que su masculino olor la embriagó.

—Me tienes que enseñar a luchar un día de estos. —Sonrió intentando que no se le notara lo excitada que estaba.

—Me encantaría. —Sonrió de medio lado. Scarlett se fijó en que había unas bolsas debajo de sus ojos y su tez dorada parecía más blanca.

—Tengo que decirte algo. Es importante.

—Está bien, me ducho y nos encontramos en el salón.

—Ares, ¿estás bien? —preguntó preocupada poniendo su mano en la mejilla masculina. Su perfecto rostro denotaba cansancio.

—En cuanto me duche estaré bien.

—No deberías forzarte tanto... si... me necesitas, yo...

—Estoy bien —dijo serio apartándose bruscamente haciendo que la mano de Scarlett cayera.

—Vale, nos vemos arriba. —Él asintió, cogió una toalla y el agua y se dirigió a las duchas que había en el gimnasio.

Scarlett se encaminó hacia la salida, aunque realmente preocupada. Estaba claro que no quería usarla, pero ella no se quedaba tranquila con el aspecto cansado que presentaba. Tenía miedo de que pudiera llegar a un límite en el que ella ya no pudiera ayudarlo y todo porque no quería quitarle su energía para no matarla. Confiaba en él y sabía que jamás llegaría al extremo de quitarle la vida, se lo había prometido y ella le creía.

Con un atrevimiento del que jamás pensó que pondría en práctica, se dirigió a las duchas. Estaba loca, pero él la volvía loca y no quería verlo con ese aspecto si ella podía hacer algo al respecto.

Cuando abrió la puerta, el ruido del agua corriendo le llegó a los oídos, tragó saliva, pues estaba siendo demasiado atrevida para lo que ella era. Comenzó a caminar por el pasillo de baldosas blancas y azules, aquello

parecía un auténtico gimnasio de polideportivo pero más pequeño, aunque seguía siendo grande para ser una ducha de gimnasio de una casa. Sus mejillas estaban al rojo vivo y su corazón no dejaba de latir desbocado. Esperaba que él no la rechazara, porque si no, se moriría de la vergüenza en ese preciso momento. Dudó en si quitarse la ropa o no, quizá era demasiado suponer que él se sentía realmente atraído por ella y que no fuera solo por la unión de la fuente de energía.

Al final lo hizo muerta de la vergüenza y la dejó al lado de la de él, para después dirigirse hacia las duchas lentamente. Había seis cubículos de duchas, tres a cada lado, y Ares estaba en la última. Scarlett se paró antes de entrar en el pasillo que las distribuía, notaba su corazón en los oídos y estaba demasiado avergonzada, pero una vez más se autoconvenció de que esto lo hacía para ayudar a Ares. Cuando estuvo cerca, el agua se paró.

—Ni lo pienses. —Resonó la voz de Ares firme. ¿Cómo sabía que estaba allí? Ni si quiera la podía ver desde donde estaba. Bueno era de cajón, era un Dios.

—Aunque no te guste la idea, me necesitas —dijo apareciendo en su campo de visión.

Ares abrió los ojos de par en par y a través de la mampara transparente, la miró de arriba abajo atónito porque ella estuviera completamente desnuda ante él. Su miembro se alzó inmediatamente. No es que no la hubiera visto antes, pero que estuviera allí de pie ofreciéndose, era demasiado para su lívido. No podía creer que Scarlett lo estuviera intentando tentar de esa forma para que él aceptara su energía, no era idiota y sabía que necesitaba recargarse, sus fuerzas estaban menguando y su aspecto cada vez era más el de un enfermo en vez del de un Dios, pero se negaba a utilizarla de esa forma, ella era demasiado importante para él.

—Si me rechazas ahora mismo no te lo perdonaré jamás —dijo intentando cubrirse los voluminosos pechos, esos que tantas veces había saboreado. Bajó la mirada por sus anchas caderas y su vientre. Se quedó absorto en su sexo... como deseaba hundir su miembro en él, seguro que sería el mejor de los placeres. Su eje se puso más duro en contestación.

—¡Joder Scarlett, no quiero usarte de esa forma! —Dio un puñetazo en la pared de la ducha, menos mal que en aquella casa casi todo era a prueba de súper-fuerza.

—Y yo no quiero verte enfermo sabiendo que puedo ayudarte. —Abrió la mampara, lo único que lo frenaba para no cogerla y hacerle el amor en la

maldita ducha.

—¡Joder, ven aquí! —gruñó, no podía rechazarla.

La cogió de la mano y la trajo hacia él, su olor a fresas lo envolvió y lo puso más duro aún. Sin perder tiempo se hundió en sus adictivos labios, notando como la energía fluía entre ellos. Ella lo abrazó por la cintura y Ares la apoyó todo lo suave que pudo contra la pared de baldosas de la ducha sin dejar de besarla arduamente.

Scarlett sintió que entre sus brazos, el miedo porque él la rechazara se disipaba y menos mal, porque no podría haberlo soportado cuando ella se le estaba ofreciendo en bandeja. Ares se separó un poco y la miró directamente a los ojos, ya volvían a tener un brillo más encendido, no como antes.

—Me vuelves loco, no vuelvas a hacer algo así —le susurró en los labios antes de volver a hundirse en sus labios; gimió.

Ares se arqueó y su gran erección frotó su excitado sexo, sin darse cuenta le clavó las uñas en la espalda baja omitiendo un gritito ahogado por su boca. Él intensificó el beso juntando sus lenguas en una excitante batalla mientras se arqueaba en busca de más placer. Hasta ese momento no lo había visto desnudo del todo y no cabía duda que estaba muy bien compensado con su gran cuerpo. Él bajó una mano y le frenó el movimiento de caderas, bajó su boca hasta su cuello para darle un mordisquito donde la volvía loca y después siguió bajando hasta sus pechos, besó cada montículo. Scarlett miraba excitada como su boca se paseaba por su cuerpo, el calor la invadió y más humedad se formó entre sus piernas.

—Me van a explotar las pelotas... ¡Joder! —Scarlett rio pero en cuanto Ares la abrió de piernas y pasó un dedo por su sexo empapándose de sus jugos y llevándoselo a la boca, la sonrisa se convirtió en un grito.

—No... no es justo que siempre disfrute yo —dijo mirando hacia abajo, mientras él observaba con hambre voraz su sexo.

—Yo lo veo justo, tu disfrutas y yo me llevo tu energía —susurró con voz rasgada por la excitación. Eso hizo que Scarlett sintiera como le recorría todo el cuerpo una descarga de placer que explotó en su sexo, formando más humedad.

—Pero quiero darte... placer. —Se le entrecortó la voz cuando Ares introdujo un dedo en su interior y comenzó a dar suaves caricias a su clítoris.

—No me fio de mí mismo, ya te lo he dicho.

—Pero yo... sí, confío en ti. —Cogió aire y un gemido se le escapó, necesitaba agarrarse a algo, aquellos suaves movimientos de los ásperos

dedos de Ares sobre su brote la estaban matando.

—¡Joder! —Ares se separó de golpe—. Espera un segundo. —La besó dura y rápidamente y salió de la ducha.

Al cabo de unos segundos volvió con los bóxers puestos y se sentó en un taburete de madera que había en la amplia ducha, después la instó a sentarse sobre él, cara a cara.

—Esto es lo único que te puedo ofrecer, agápi. —Hizo una mueca y después la movió para que sus sexos se rozaran, ambos gimieron y Ares la besó desesperadamente.

Scarlett acarició su musculosa espalda mientras se movía sobre su erección dándose placer mutuamente. Estaba tan empapada que seguramente le estaba dejando la ropa interior chorreando de sus jugos, pero a Ares no parecía importarle, más bien todo lo contrario.

—¡Joder! ¡Sí! No sabes lo que daría por meter mi polla en tu sexo y sentir lo húmeda y caliente que estas. Me pones muy duro, Scar.

—Ares...—gimió ella cuando él aumentó su ritmo ayudándola con sus grandes y masculinas manos.

Notaba como su enorme erección presionaba sobre su clítoris volviéndola loca, entonces Ares con una mano fue al moño que le sujetaba el pelo y se lo deshizo. Su cabello moreno cayó por sus hombros y Ares la agarró del pelo y la echó un poco hacia atrás para besarle el cuello. Aquello hizo que Scarlett sintiera un torrente de electricidad en su cuerpo, se iba a correr enseguida. Ares intensificó la fricción de sus sexos juntándolos todo lo posible y Scarlett se corrió agarrándose fuerte a la espalda de Ares sin parar de mover las caderas; soltando un grito ahogado por el apasionado beso del Dios, poco después él la siguió con un gruñido que resonó por toda la instalación.

Sus respiraciones agitadas era lo único que se escuchó durante unos minutos, Scarlett dejó caer su cabeza en el hombro de Ares, hundiendo su cara en el hueco de su cuello mientras recuperaba el aliento, impregnándose de su olor a jabón, excitación, fuego y miel, su Ares. Él la estrechó contra su cuerpo.

—Ha sido formidable, agápi, ojalá no sufrieras con esto y pudiera darte más —susurró Ares.

—Mmm. —Scarlett apenas podía hablar, este orgasmo había sido duro de verdad, y muy placentero, pero aun deseaba tenerlo todo de él.

Se quedaron un rato así, sintiéndose el uno al otro, escuchando las

respiraciones de ambos, sus corazones.

—No sé qué me haces —dijo Ares. Scarlett rio.

—Lo mismo te digo, jamás me había presentado desnuda delante de ningún hombre, ni se me ocurriría. Haces que haga locuras. —Volvió a reír.

—Pues espero que no se repita, porque no sabes las ganas que tengo de hacerte el amor, la próxima vez no sé si tendré fuerzas suficientes para resistirme.

A Scarlett le dio un vuelco el corazón por lo que había dicho Ares. ¿Él quería hacerle el amor? ¿Dónde los dejaba eso? Estaba claro que no podían tener una relación. ¡Él era un Dios del Olimpo! Y ella una simple humana, con algo de sangre divina sí, pero insignificante al fin y al cabo. Y que su misión en la vida, según una profecía, era morir dándole toda su energía vital al Dios del que se había enamorado. Todo esto si Zeus no acababa con ellos antes. Pero primero de todo tenía que salvar a su madre.

Así que Scarlett no supo qué contestar.

Capítulo 18

Después de ducharse en silencio subieron al salón. Apolo no tardó en llegar. Seguramente intuyó lo que acababan de hacer o quizá lo había visto en alguna visión visto lo visto, pues los miró con una sonrisilla en la cara que decía «os he pillado», pero no dijo nada y mejor, ya bastante avergonzada se sentía de que fuera tan evidente. Luego Scarlett les anunció que tenía algo que contarles y fue entonces cuando los puso al corriente de la conversación por mensaje que había mantenido con Sean o Eros.

—Claramente es una trampa ¡No sé por qué le has contestado! —Se enfadó Ares pasándose la mano por las ondulaciones mojadas de su cabello mientras daba vueltas por la sala.

—¡Es mi madre! ¿Qué querías que hiciera? Necesito salvarla, por mi culpa está en todo este lío, no debí volver a casa.

—¡Joder! No es culpa tuya.

—Vale, vamos a calmarnos. —Puso orden Apolo—. Vamos a pensar que Eros está de nuestro lado y que quiere ayudarte. ¿Cómo piensa sacar a tu madre de ahí?

—No lo sé, solo me ha dicho que me llevaría a una de las entradas que había en la tierra y que una vez allí debería ser yo la que entrara, pues a vosotros os pueden sentir. Que él me guiara.

—¿Qué? ¡Y una mierda! No pienso dejar que entres sola en el palacio de Hefesto. ¡Es una maldita trampa! —afirmó Ares. Pero Scarlett se aferraba a la posibilidad de poder salvar a su madre, era su única opción.

—Bueno está claro que si alguien sabe dónde está el palacio de Hefesto y puede sacar a tu madre de allí, ese es Eros, pero no sé qué pensar. Me consta que Afrodita a usado a Eros muchas veces para sus planes y él está cansado, quizá puede ser verdad que quiera ayudarte. También fue él quien te alertó de que corrías peligro, ¿no?

—Sí —le contestó a Apolo.

—¿Tú que piensas Ares? —le preguntó su hermano.

—Yo sigo pensando que es una trampa de Afrodita. Bien para conseguir vengarse de mí, o bien para entregarle a Zeus a Scarlett. Pero también puede que sea la única manera que tenemos de llegar a su madre así que... —Cruzó

los brazos en su ancho pecho y la miró inquisitivo, serio, estaba claro que no le hacía ninguna gracia que ella fuera allí. Scarlett lo miró suplicante, necesitaba que él la apoyara en esto, era su madre y necesitaba salvarla, quería que lo comprendiera.

—Bien, pues como no tenemos nada mejor... estudiaremos el plan, no te prometemos nada Scarlett, no acabamos de fiarnos.

—Yo tampoco, pero... es mi madre y estoy dispuesta a hacer lo que sea para salvarla —dijo con determinación.

—Mañana estudiaremos el plan y las posibilidades, cena algo y acuéstate, estas agotada —dijo Apolo.

—Me parece bien. —Lo apoyó el otro Dios.

—No estoy cansada, podemos planearlo ahora. —Pero un bostezo se le escapó, la verdad es que su anterior encuentro con Ares la había dejado un poco exhausta—. Vale, quizá algo cansada sí estoy. —Miró de reojo a Ares y vio lo que se temía, que se sentía culpable.

—Voy a vigilar que todo esté correcto por fuera. —Se giró Ares para marcharse.

—Ares... —Scarlett fue tras él y le puso una mano en su musculoso brazo.

—No te preocupes agápi. —Le levantó el mentón y le dio un dulce y rápido beso.

Después se marchó de allí sin darle tiempo a decirle que ella estaba bien, que no se preocupara, que no estaba cansada porque él le quitara la energía. Aunque, a decir verdad, un poco sí que era por eso.

Se giró y vio como Apolo sonreía. Scarlett sintió vergüenza, desde que había sabido que ellos eran dioses no había hablado con Apolo como su amigo, y claramente había cosas que no le estaba contando. Tampoco es que hubiera nada que contar, si ella era la fuente de energía de Ares, no había que ser un lumbrera para saber qué pasaba entre ellos, y Apolo era demasiado inteligente. Ella le devolvió la sonrisa tímida.

—¿Agápi? ¿Y ese beso? Me parece que vuestra relación de odio ha pasado al ¿amor?

—¿Amor? ¡No, qué va! Es solo que ahora nos toleramos más. ¿No era eso lo que querías? —Le sonrió burlona.

—No, si yo no me quejo. —Sonrió—. Es solo que es la primera vez que veo así a Ares, me resulta muy extraño, pero lo entiendo, si había alguien que podía llegar a su corazón de hierro, esa eras tú sin duda.

—No creo que sea para tanto.

—Ya lo creo que sí, has conseguido que un Dios que ha vivido más de lo que puedas imaginar, sienta algo que no sea venganza, odio o ira. Gracias, Scarlett. —Ella se rascó el brazo mirando al suelo sin saber qué decir—. Ven, vamos a cenar. —Le sonrió tendiéndole la mano volviendo a ser el amigo que ella recordaba.

A la mañana siguiente Scarlett volvió a ponerse en contacto con Eros para ver cuándo podrían ejecutar el plan. Le pidió un poco de tiempo para ver cómo podía ayudarla, pues Afrodita alertada por Zeus había reforzado la seguridad que rodeaba a Anne. Desde ese momento a él se le había prohibido el paso allí donde la tenían encarcelada, iba a ser más complicado. Así que le dijo que ya se volvería a poner en contacto con ella en cuanto supiera una manera. Eso no tranquilizó mucho a Scarlett, ¿qué quería decir? ¿Se estaba arrepintiendo de quererla ayudar? Todo se complicaba por momentos y temía no poder volver a ver a su madre, y todo por su culpa. Estar sin hacer nada por ella la mataba, quería salir de allí e ir a buscar a Afrodita para enfrentarse a esa arpía, sabía que sería una idiotez, pero al menos no la haría sentirse como una inútil.

La noche anterior Ares tampoco apareció por su habitación, y después de hablar lo del plan fallido de Eros por la mañana, había vuelto a desaparecer. Ni siquiera habían tenido tiempo de hablar a solas. Scarlett sabía que se sentía culpable por usarla como fuente de energía y la verdad era que hasta ese instante no se había sentido tan cansada por ello. Se dirigió sin pensarlo al gimnasio, cuando se paró en la puerta, consciente de dónde había ido, se ruborizó al pensar en el momento ducha de ayer. Aún no sabía qué la había poseído para hacer aquello y presentarse ante Ares desnuda para que él pudiera alimentarse de ella o lo que fuera que hacía. Dicho así sonaba muy sangriento, pero la verdad es que era bastante placentero y siempre la dejaba con ganas de más. Escuchó ruidos de lucha en su interior y entró sigilosa para ver el entrenamiento de Ares.

Se sentó en uno de los bancos, sabía que él había notado su presencia, pero no dijo ni hizo nada. ¿Podría Ares enseñarle algunas técnicas de lucha? Al menos si algún monstruo se le volvía a presentar, no se sentiría tan inútil e indefensa. Pero le daba vergüenza pedírselo. Sus movimientos eran tan ágiles

y rápidos que le costaba seguirlos con la mirada, iba vestido con su típica vestimenta de entrenamiento; unos pantalones anchos de deporte y nada más. Su boca se secó y su corazón se aceleró mientras lo observaba derrotar a todos sus adversarios inmóviles. Después de hacer ciento y un movimiento de combate, hacía otros tantos... parecía que no se cansaba nunca, claro que era un Dios y aunque no tuviera su aura divina o lo que fuera que le faltaba para estar completo, conservaba parte de su esencia, además Scarlett supuso que lo de ayer lo ayudó bastante a recomponerse.

Cuando acabó con el último de sus adversarios la miró sonriente y se pasó la mano por el pelo, sus ojos brillaban como de costumbre y Scarlett le devolvió la sonrisa mientras su corazón daba un vuelco. Era tan malditamente arrebatador...

—¿Quieres probar? —La invitó alargando su mano.

—No quiero morir, gracias —bromeó Scarlett. Él rio con su risa profunda y masculina, le encantaba verlo feliz.

—Vamos, no seas gallina. —La provocó.

—Oye, yo no soy gallina, se llama inteligencia —dijo levantándose y caminando hacia el centro de la pista—. Eres demasiado bueno para mí —dijo refiriéndose a la lucha.

—Eso no es cierto. —La cogió del brazo y la atrajo hacia su desnudo y cincelado torso. Su olor la embriagó y se deshizo en sus brazos. Scarlett ahogó un gemido—. Tú eres la que es demasiado buena para mí. —Le sonrió.

—Idiota...

—Primera regla, no dejes que tu adversario te distraiga. —Rio atrapándola y poniendo la espalda de Scarlett contra su torso. No se podía mover, sus grandes brazos la rodeaban los hombros y la cintura.

—¡Eso es trampa!

—Se llama ser inteligente. —Rio—. Vamos, ¿qué harías?

Scarlett intentó zafarse de su agarre pero era demasiado fuerte, aunque no le hacía daño alguno. Intentó pegarle una patada en la espinilla, pero Ares la vio venir y la esquivó riendo. Entonces Scarlett pudo soltarse un poco de su agarre y se preparó para darle un codazo en el estómago, y así lo hizo. A Ares lo pilló desprevenido y Scarlett rio cuando se encogió un poco.

—Eso ha estado bien —dijo con una sonrisa orgullosa—. Si no fuera un Dios te hubiera servido para escapar o cabrearme. —La soltó.

—¿Qué se le va hacer? Soy una chica dura. —Rio.

—¿Sí? Pues a ver de que estas hecha. —Sonrió de medio lado. Parecía

que Scarlett hubiera apretado al botón de “reto”.

Primero le corrigió la posición de ataque y después hizo que le diera unos cuantos puñetazos, al parecer todos los movimientos los había ejecutado mal. También se los corrigió, el puño tenía que estar totalmente cerrado y ligeramente inclinado hacia abajo para golpear con los nudillos. Luego le enseñó los puntos clave para derrocar a cualquiera, la garganta y la boca del estómago principalmente. Estuvieron un buen rato practicando los puñetazos de Scarlett mientras él le decía que no sería capaz de derribar ni a una mosca, y todo para provocarla para que perdiera el miedo a golpear. Scarlett no supo cuando dejó de ser una broma para convertirse en un entrenamiento de verdad.

Después de una hora practicando los golpes y como se tenían que realizar, Ares cogió un implemento de lucha y lo sostuvo contra su cuerpo para que Scarlett golpeará sin miedo, la instó a gritar desde lo más hondo de su ser cuando golpeaba, así la fuerza sería mayor. Estuvo, lo que para ella le pareció una eternidad, dando puñetazos a un pequeño saco que sujetaba Ares.

—¡Grita, Scar! —La animó—. ¡Libera tu fuerza, asústame y pégame con todas tus fuerzas!

Gritó al pegarle un puñetazo.

—¡No te oigo!

Volvió a gritar más fuerte a la par que intentaba atestarle un golpe más fuerte, al parecer, no lo suficiente.

—¡Con eso no vas a asustar a nadie! —La estaba poniendo de los nervios, ¿quería un golpe de verdad? Pues iba a ver.

Scarlett dio un golpe tras otro manteniendo la posición que él le había indicado, estaba cansada, sudada, su pulso estaba acelerado, pero golpeó y gritó con ganas, y Ares retrocedió un poco. La miró asombrado y orgulloso.

—Muy bien. —La elogió—. Eso es lo que quería ver, que cada golpe sea el último, habrá veces que solo tengas una oportunidad. ¿Estás bien? —dijo bajando el implemento y poniéndole una mano sobre el hombro.

—S...sí, estoy muerta. —Respiró hondo y Ares rio mientras la llevaba a un banco y le daba agua.

—Buen entrenamiento, eres buena, a la gente normal le cuesta meses conseguir lo que tú has hecho. Ahora ves a la ducha y descansa. —Seguramente era una mentira para animarla, aunque Ares no eran de los que regalaban los oídos.

—Ahora tendré agujetas por toda una semana —se quejó Scarlett.

—No si entrenas cada día.

—Sí hombre. ¿Me quieres matar? —Ares se carcajeó.

—Si sabes cómo defenderte, al menos cuerpo a cuerpo, me quedaré más tranquilo. No sé qué nos deparará el destino, así que es mejor que estemos preparados —dijo serio.

A Scarlett le dio un vuelco al corazón por sus palabras, eso quería decir que se preocupaba por ella, al menos un poco.

—Sí, estoy de acuerdo y ha sido divertido, algún día podré darte una paliza. —Le dio un golpecito en el brazo bromeando.

—Claro, soñar es gratis. —Se dio la vuelta y desapareció por la puerta de los vestuarios.

Una vez más, Scarlett se había quedado atontada mirando las espaldas de Ares, su gran y musculosa espalda que tanto deseaba abrazar. En serio, ¿qué problema tenía con su espalda? ¿Por qué siempre se quedaba boba mirándola? ¿Era un nuevo fetiche? Scarlett sonrió por esos tontos pensamientos. Pero debía concentrarse en aprender todo lo que pudiera de él y conseguir sacar a su madre de donde quisiera que Afrodita la hubiera encerrado. Nunca podría tener una relación con Ares, así que... simplemente sería su fuente de energía cuando la necesitara y punto. Aunque sabía que eso era más fácil decirlo que hacerlo.

Durante las semanas siguientes apenas estuvieron juntos, solamente en la hora que automáticamente habían establecido para el entrenamiento; después Ares se ausentaba. Parecía que la estuviera evitando a propósito y ella no podía hacer nada, ya que pensaba igual: pasar más tiempo de la cuenta juntos no les haría ningún bien. Scarlett estaba perdidamente enamorada de Ares y él parecía que sentía algo por ella, quizá pena por tener que usarla como fuente de energía, o quizá por ser una pobre humana a la que su loca y Diosa ex amante había secuestrado a su madre por venganza. Aceptar que él sentía algo que pudiera parecerse a lo que ella sentía por él... era hacerse tontas ilusiones y no quería pensar mucho en ello.

Aún no comprendía porque Afrodita estaba celosa de ella, en el caso de que Ares le correspondiera, de todas formas jamás podrían estar juntos, él era un maldito Dios del Olimpo, Ares, el Dios de la guerra, nada más y nada menos. De lo que estaba cada vez más segura era de que Zeus había ideado

todo esto para acabar con ella, y por consiguiente con Ares. Era pensarlo y se le erizaba el cabello, sentía un miedo atroz. Era todo tan irreal... Si hacía dos meses le hubieran dicho que se vería envuelta en una disputa entre Dioses del Olimpo y que ella iba a acabar enamorándose de Ares, el Dios de la guerra, y no solo eso, sino que el todopoderoso Zeus quería su muerte porque ella era, según Apolo, el Escudo de los Dioses e iba a morir para darle su energía a Ares para poder derrotar a Zeus, y que este no acabara esclavizando a la humanidad... ah, y por cierto, tenía un porcentaje de sangre divina... Se hubiera partido la caja, se hubiera desternillado de la risa, quizá le hubiera dicho a quién se lo hubiera contado que escribiera un libro sobre ello. Era una absoluta y total majadería.

Pero allí estaba, viviendo con Ares y Apolo, escondida en una de sus mansiones para que ni Zeus ni Afrodita los encontrara e ideando un plan para salvar a su madre, a quien la Diosa mantenía cautiva. Ares, a pesar de ser el Dios de la guerra, no lo veía como tal. Cuando estaba cerca, con esos ojos sobrenaturalmente dorados mirándola, no veía al Dios, sino la parte que estaba allí, con ella. Y durante esas semanas, con su distanciamiento lo había echado mucho de menos. Se había comportado más como el Ares con cara de acelga, a ese que no le importaba nada ni nadie, que el Ares que se preocupaba por ella y sonreía de vez en cuando, aunque solo fuera en pequeños momentos. Él había puesto un abismo entre ellos, cada vez que intentaba conversar con él durante los entrenamientos, ya que era la única vez que se dejaba ver, él simplemente la ignoraba o le respondía seco. Y eso a Scarlett la hacía sentirse demasiado dolida y sola, cosa poco comprensible pues en el fondo sabía que era lo mejor. Si se habían reunido en otro sitio que no fuera el gimnasio, siempre había sido con la presencia de Apolo, y en cuanto acababan de hablar del tema, Ares volvía a desaparecer y Scarlett no tenía ni la más mínima idea de a dónde iba.

Estaba harta de darle más vueltas. Se estaba volviendo loca porque en el fondo sabía que mantener este distanciamiento entre ellos era lo mejor, pero a la vez sentía que a Ares no le importaba tanto como parecía, pues muy bien, ella estaba mejor sin él.

Por otro lado, Eros se puso en contacto con ella varias veces durante aquellas semanas, e incluso Apolo fue al Olimpo a hablar con él; no acababan de fiarse. Eros había sido fiel durante muchos años a Afrodita y esta a Zeus. Tal y como le había confesado el Dios del arco, todos allí, en el Olimpo, estaban al tanto de la profecía, de quien era ella y todo lo que implicaba, y

eso la tenía acongojada. Aquella maldita profecía apestaba, sabía que Ares no lucharía porque su causa fuera salvar la humanidad, es más, creía que le daba bastante igual. Pero a Apolo no, él sentía simpatía por los mortales y quería pensar que Ares, aunque fuera por la amistad que pudiera haber entre ellos, si es que existía algo parecido entre los dos, fuera suficiente como para que los ayudara a que la humanidad no quedara a merced de Zeus.

Eran las diez de la mañana y se dirigía a una de las sesiones de entrenamiento con Ares, hoy tocaban más defensas y ataques, como el resto de los días pasados. Apolo también le estuvo enseñando algunos símbolos mágicos que podía usar contra algunos dioses o monstruos, la verdad que muy útiles, desde entonces llevaba una caja de tizas cerca y una libreta para acordarse de ellos, pues eran un montón.

Como cada mañana, cuando llegaba, Ares ya estaba entrenando, y Scarlett entró en el gimnasio con su uniforme de deporte, unas mayas negras, unas deportivas grises y azules y una camiseta de tirantes, la de ese día era blanca y un poco transparente, pero no le quedaba ninguna otra. El cabello lo llevaba recogido en una coleta con algunos mechones sueltos.

—Llegas tarde —dijo Ares mientras le pegaba una potentísima patada al muñeco que usaba para atizarle. Después se giró a mirarla con su típica mirada gélida. Le dolía este distanciamiento, pero se repetía una y otra vez que era lo mejor.

Parecía que durante los entrenamientos, Ares se llevaba un poco de su energía al tocarse, era por eso que no la necesitaba tanto, pero ya empezaba a ser insuficiente, se le veía en el tono de piel y en la luz de sus ojos dorados. Desde que se había dado cuenta, el Dios, la tocaba lo imprescindible. Scarlett notaba lo mal que llevaba Ares el quitarle su energía y lo culpable que se sentía por ello, y eso la hacía pensar que seguía preocupándose por ella como le había demostrado los primeros días al venir a esta casa a vivir. Luego estaba su actitud distante y en la que no mostraba ni un ápice de interés por ella y a veces incluso parecía que la odiaba.

Y ella, como una tonta, seguía preocupándole el aspecto tan cansado que presentaba.

—Solo pasan dos minutos —se quejó.

Ares no dijo nada más y esperó que Scarlett dejara el agua en el banco y fuera hasta él. Desde hacía unas semanas siempre era así, seco e impassible. Eso cabreaba bastante a Scarlett porque una cosa era que no quisiera su energía y otra muy diferente era tratarla de esa forma tan fría y

condescendiente como al principio. Al menos entonces se hablaban y se veían más que durante estos días. Se pusieron frente a frente, resultaba raro, aunque ya se había vuelto a acostumbrar al Ares serio y con cara de acelga.

—¿Preparada?

—Sí.

—Atácame —ordenó pillándola por sorpresa.

—¿Qué? —Normalmente practicaban contra los muñecos. Él le daba algunas instrucciones y en alguna ocasión lo practicaban juntos, pero no había mucho contacto entre ellos.

—Vamos, no tengo todo el día —espetó enfadado.

Eso enfureció a Scarlett, era un hombre o mejor dicho, un Dios demasiado temperamental y muy capullo cuando se lo proponía. ¿Quería que lo atacara? Pues muy bien, estaba harta de esa actitud de sargento y le haría callarse la boca y bajar esos humos. Lógicamente no iba a ganarle, pero pondría en marcha un plan para desbancarlo igual. Así que Scarlett corrió hacia él para que creyera que iba a hacerle un placaje y, en cuanto él sonrió pensando que la iba a atrapar, Scarlett esperó que él fuera un poco hacia adelante y saliera de su centro, haciendo que perdiera el equilibrio un segundo y ella tuviera tiempo de ponerse a su espalda. Le hizo un barrido con su pierna pero Ares lo vio a tiempo y la cogió de la pierna. Scarlett perdió el equilibrio y para evitar que cayera al suelo, Ares la atrajo de la cintura para sostenerla contra su pecho.

No era lo que ella había tenido en mente. Lo que planeaba era que Ares se hubiera caído al suelo, pero bueno, era el Dios de la guerra, había sido demasiado optimista. Entonces alzó el rostro y fue consciente de que sus caras habían quedado a unos pocos centímetros, Ares sonrió.

—Buen intento, parece ser que soy un buen maestro —dijo satisfecho.

—Ja, o yo muy buena alumna. —Enroscó sus brazos al cuello de Ares y se aproximó más a él.

—No me provoques...—susurró Ares serio, sintiendo el calor y la electricidad que había entre ellos.

Scarlett no supo si se refería a sus palabras o a su posición, pero no le hizo caso y siguió con su juego. Se pasó la lengua por los labios y presionó sus pechos contra su torso, percibió que Ares se ponía duro y soltó un gruñido, eso la distrajo a ella también y se sintió excitada. Ya lo tenía, hizo uno de los movimientos que él le había enseñado para usar la fuerza del contrincante contra sí mismo y los dos cayeron al suelo. Ares debajo de

Scarlett, quien soltó otro gruñido.

—¡Ja, te gané!—gritó divertida—. Primera regla, no dejes que tu adversario te distraiga, ¿no? —Rio recordándole el primer día. Con un movimiento de caderas Ares la sostuvo debajo de él.

—Segunda regla, nunca te confíes. —Le sonrió mientras sujetaba sus manos por encima de su cabeza y con sus fuertes piernas inmovilizaba las de ella.

Scarlett ya no reía, se había quedado embobada mirando una vez más su preciosa sonrisa y sus ojos dorados. Su rostro era demasiado perfecto para ser de este mundo, por eso no lo era, claro. Tenía la mandíbula cuadrada y dura, sus facciones eran poderosas. El cabello ondulado y moreno le caía por su frente y Scarlett sintió que podría quedarse así, contemplándolo toda su maldita vida. Su corazón se aceleró más aun cuando él bajó su rostro al suyo. ¿Iba a besarla? Esperaba que sí, llevaba demasiado tiempo sin probar aquellos pecaminosos labios.

Capítulo 19

Cuando estaban a un susurro de besarse, Ares se apartó de ella y se puso en pie ayudándola a ella a hacer lo mismo. Scarlett se sintió decepcionada, pero a la vez era lo mejor, no podían ir besándose por ahí por muchos motivos, para empezar porque él era un Dios y tarde o temprano tendría que volver al Olimpo o a donde fuera que vivía para seguir haciendo lo que puñetas fuera que hicieran allí. Y segundo, ella era una chica normal, aunque eso en esos momentos era discutible, que estaba enamorada de él cuando Ares solo quería de ella su energía, aunque parecía que ni eso quería. O puede que todo fuera parte de un plan para conseguir engatusarla hasta que fuera ella quien en el momento oportuno le cediera toda su energía para alzarse como el Dios más poderoso.

—El entrenamiento de hoy se ha acabado —dijo sin más Ares antes de dejarla allí plantada.

Scarlett se sintió mal por haber provocado todo aquello y por pensar que Ares pudiera estar manipulándola. Lo que sí estaba claro era que él no quería pasar más tiempo con ella, así que iba a quitarle la pesada carga de tener que entrenarla.

Scarlett estaba preparándose para irse a la cama, durante todo el día no había vuelto a ver a Ares, como ya era costumbre, así que supuso que había leído la nota que le dejó en la puerta del vestuario en la que le decía que no quería entrenar más con él. Había sido tan tonta por pensar en algún momento que un Dios del Olimpo podría fijarse en ella de esa forma... Quiso deshacerse de esos pensamientos y le envió un mensaje a Dafne para decirle que seguía bien y que no tenía noticias de su madre. Desde que había llegado allí solo había hablado con su amiga un par de veces o tres, y siempre por mensaje. Scott también le preguntaba cómo estaba de vez en cuando, aunque no supiera realmente la verdad. Se lo agradecía mucho, saber que tenía a dos amigos increíbles preocupándose por ella la animaba mucho y esperaba verlos pronto.

Estaba sentada en su cama mientras respondía un mensaje de Dafne donde le preguntaba por Apolo. Ya había intuido que entre aquellos dos tenía que suceder algo, y no era porque compartieran personalidades con el mito tan famoso de Apolo y Dafne, o eso pensaba ella, pues el destino era caprichoso. La verdad es que no sería tan descabellado, sin embargo dudaba mucho que Apolo persiguiera a su amiga como un perrito salido y ella se tuviera que convertir en planta para despistarlo. Vamos, esperaba que no sucediera, porque ya tenía suficientes problemas como para preocuparse de esos dos.

—Ya sería lo que me faltaba por ver...—Rio.

Sonrió a un comentario que hizo Dafne sobre que Apolo parecía muy buen tipo y alzó el rostro al ver que su puerta se abría. En aquel momento ni se acordó que estaba a medio vestir y solo llevaba la camiseta de tirantes de color azul del pijama y las braguitas. Ares apareció en esta, su sonrisa se fue en cuanto lo vio. Él presentaba su cara de acelga habitual, entró sin decir nada y cerró la puerta.

—¿Porque has cancelado nuestros entrenamientos? —le espetó de golpe, estaba cabreado.

—Vaya, hombre, un hola, ¿quizá? ¿Y quién te ha dado permiso para entrar en mi habitación?

—Hola. ¿Porque has cancelado nuestros entrenamientos? ¿Te he hecho daño? ¿He sido muy brusco? —Sonaba cabreado pero a la vez Scarlett creyó escuchar un deje de preocupación. Scarlett bufó exasperada.

—No, no me has hecho daño ni has sido brusco conmigo.

—¿Entonces? —Se cruzó de brazos mostrando lo potentes que eran.

—¿No es obvio? Porque tú no quieres seguir con ellos.

—¿Yo? ¡Eres tú la que ha dejado una miserable nota en vez de decírmelo a la cara! —gritó exasperándose y Scarlett se puso en pie.

—¡Te he dejado una nota porque tú has salido corriendo! —le gritó ella.

—La verdad es que no consigo entenderte. —Suspiró Ares descruzando los brazos.

—Lo mismo te digo, no soy yo la que ha estado escondiéndose todas estas semanas y solo apareciendo en los entrenamientos con cara de “ojalá no estuviera aquí”. Te he hecho un favor, ¿no? No sé qué haces aquí.

—Yo tampoco, la verdad. —Suspiró girándose para marcharse, o eso pensó, pues volvió a mirarla—. No sé qué puñetas me haces, lo odio, odio sentirme así por ti.

—Vaya gracias —ironizó con lágrimas punzando en sus ojos—. ¡Pues si me odias tanto vete!

—No quería decir eso. ¡Joder! —Hizo amago de acercarse a ella, pero Scarlett retrocedió abrazándose a sí misma.

Que le hubiera dicho que la odiaba le había dolido demasiado, más que si en ese preciso momento le cayera una piedra de dos toneladas sobre el pie. Su corazón se había partido en más de mil pedacitos. Se sentía tan estúpida por haberse enamorado de él cuando estaba claro desde el principio que Ares no la soportaba..., era una auténtica idiota, masoquista e ilusa. No sabía cómo había podido tan si quiera llegar a imaginar que en algún momento él iba a llegar a tenerle algo de aprecio.

—Pues ya lo has hecho, ¡lárgate! Vete, por favor. —Las lágrimas salieron sin pedir permiso y con un nudo en la garganta, se dio la vuelta para que no la viera. Aunque ya era demasiado tarde, sabía que él ya las había visto y seguramente le diera igual. Él era un Dios y ella una simple mortal que estaba en su vida, al parecer para fastidiarle.

—Scarlett, no quería decir que te odiaba, no lo hago y no podría aunque quisiera. —Le puso una mano en el hombro, luego otra y después la abrazó llevándola hasta su pecho.

Scarlett se resistió pero finalmente era tontería luchar contra la fuerza de Ares y dejó que su espalda se apoyara en su pecho, su olor a miel y fuego la envolvió.

—Déjame, ¿porque me torturas de esta forma? —Lloró más.

—No lo hago a propósito pero no puedo dejarte, tú... me importas agápi —le susurró.

—No lo entiendes. —Se giró Scarlett para encararlo y mirarlo a los ojos—. Yo te... —Él la paró poniéndole un dedo sobre los labios.

—No lo digas, no puedes sentir eso por mí y yo tampoco por ti, no podemos. —Parecía que le dolía decir aquello. Nuevas lágrimas se formaron en sus ojos, pero rio sin ganas.

—Claro, tú eres Ares, el Dios de la guerra y yo una tonta humana que solo sirvo para dar mi vida y salvar la tuya, es para todo lo que sirvo, por eso me tenéis aquí —dijo limpiándose las lágrimas.

—¡Scarlett, no pienses eso, nunca! —Cogió su cara entre sus grandes manos para hacerla mirarlo a los ojos—. Tú eres importante para mí, para nosotros y ya te dije que no iba a permitir que murieras por mí. ¡Jamás! Si me he mantenido alejado de ti es porque no quiero arrebatarte la energía... —

¡Joder y ella en el fondo lo sabía! Había observado su mirada de culpabilidad, pero dudaba de todo—. Y porque siento cosas prohibidas por ti, cosas que no nos traerán más que dolor.

¿Sentía cosas por ella? No podía hacer otra cosa que dudarlo, ¿qué podría sentir por ella un Dios del Olimpo que no fuera pena o simple deseo? Seguramente nunca podría sentir el mismo tipo de amor que ella le profesaba, sería una tonta si creyera que Ares, el Dios de la guerra, podría llegar a enamorarse de ella. Una auténtica tontería. No sabía en qué estaba pensando cuando iba a revelarle sus sentimientos por él, menos mal que Ares había tenido el detalle de callarla. Scarlett apartó la mirada porque se sentía demasiado estúpida en ese momento. Pero Ares la cogió del mentón para volver a atraer su mirada hacia la suya.

—Lo siento, no puedo creerte. —Esas apalabras le dolieron más a ella al ver su cara de decepción y dolor.

—Lo sé, mi reputación me precede, pero pensé que tú sabrías ver más allá de eso. —Ares se alejó dejándola fría y con el corazón roto.

—Ares yo... —Se llevó las manos al corazón mientras lágrimas salían cubriéndole las mejillas. Sus palabras le dolieron como mil puñaladas en el corazón.

—Ojalá pudiera probarte que lo que te digo es verdad, pero no serviría de nada. Será mejor que no nos veamos más, Apolo cuidará de ti y yo en la lejanía haré lo que esté en mi mano para ayudarte. Buenas noches, agápi —dijo dirigiéndose a la puerta y sin mirarla.

Scarlett sintió miedo, miedo porque parecía que se estaba despidiendo para siempre de ella. Sintió que no iba a volver a verlo nunca y eso la aterraba. No quería que se fuera de su vida, sabía que su presencia distante y fría con ella le hacía daño pues lo amaba, pero no volver a verlo jamás sería mil veces peor, aunque sin duda era lo mejor; simplemente no podía. Solo de pensar en no tenerlo en su vida, se moría. Sería un millón de veces más doloroso perderlo del todo que no tenerlo de ninguna de las maneras, pero que estuviera en su vida.

Así que cuando él estaba abriendo la puerta de su cuarto para marcharse, Scarlett fue corriendo y lo abrazó por la espalda. Tenía miedo de que él desapareciera, lo necesitaba con ella.

—No te vayas por favor...—Lloró. Ares no se movió ni un ápice.

—Estarás mejor sin mí, soy un monstruo que solo traigo sangre y destrucción —dijo con voz tranquila y oscura.

—Eso no es verdad, no digas eso. Sabes qué siento por ti y si es verdad lo que dices y te importo un poquito, demuéstremelo quedándote conmigo, no me apartes. —Apretó más fuerte sus brazos alrededor de su pecho. Ares soltó el aire y le acarició las manos.

—Me importas, mucho, no sabes cuánto, agápi. —Scarlett suspiró, su corazón latía a toda velocidad y deseó con toda su alma que esas palabras no se las llevara el viento.

Ares se giró y sus miradas se cruzaron, sus ojos brillaban con más intensidad y Scarlett pensó que quería transmitirle con su mirada, todo lo que no se atrevía con palabras, pues decirlo suponía hacerse más daño. Scarlett se ruborizó cuando Ares alzó sus manos y le limpió el rostro de lágrimas.

—No me gusta que llores —dijo sin más. Ella cerró los ojos sintiendo sus dulces caricias que la desarmaban. Su amor por él era incomprensible y doloroso a más no poder, no podrían estar juntos y eso lo sabían ambos, pero no quería dejar de sentir y vivir esos momentos con él.

Ares la observó coger aire temblorosamente, no tenía ni la menor idea de qué hacer, simplemente sabía que estando al lado de Scarlett le hacía más daño, pues ella sentía algo por él que jamás podría corresponderle. Pero por otra parte no podía dejarla, y menos cuando ella le demostraba que lo necesitaba a su lado. Eso era nuevo para él, y a decir verdad, le gustaba, era bonito saber que para alguien eres importante, y eso Ares, no lo había sentido jamás.

Scarlett lo volvía loco, provocaba en él hacerle querer ser mejor Dios y alguien digno de ella, cosa que jamás sucedería. Cuando ella estuvo a punto de confesarle sus sentimientos se había sentido el Dios más feliz del universo, pero también el ser más despreciable, pues no se la merecía. Deseaba demostrarle lo mucho que le importaba, pero no serviría de nada si al final sus destinos estaban entrelazados, no les traería más que desgracias, e incluso la muerte.

—No vas a irte, ¿no?—le preguntó Scarlett al cabo de unos minutos en silencio mientras él no paraba de acariciarle el rostro. Ella abrió sus preciosos ojos color miel. Notaba su inseguridad y su dolor, no le gustaba ser el causante de su malestar.

—Si es lo que tú quieres, no, me quedaré contigo. —Bajó sus manos a sus caderas, pues tenía una imperiosa necesidad de abrazarla y protegerla, de tenerla bajo su cuerpo y no dejarla alejarse de él jamás. Y la abrazó fuertemente. Ella le correspondió con la misma intensidad.

Hacía un rato que Ares era bien consciente de que Scarlett estaba en braguitas, y eso lo estaba matando por dentro. Su corazón bombeaba fuerte en su pecho por tenerla cerca, siempre le pasaba cuando Scarlett estaba alrededor. Odiaba haberla hecho sentir tan mal con su distanciamiento, pero era necesario, se estaba... empezando a encaprichar demasiado de ella. Jamás admitiría que lo que sentía iba más allá, y eso no podía ocurrir porque veía en sus ojos que a ella también le pasaba, estaban hechos el uno para el otro, pero jamás podrían estar juntos. Él era un Dios que iba a vivir millones de años más que ella, Scarlett tenía una vida plena, había sido bebé, niña, adolescente y era una adulta.

Después crecería y se haría mayor mientras que él, fue y estaría siempre así. Pensar en verla morir lo desgarraba por dentro. Era por esto que hacía muchos siglos atrás Zeus prohibió las relaciones entre dioses y mortales, solo traían desgracias.

Sin darse cuenta se habían fundido en un abrazo reconfortante para ambos. No quería perderla por nada del mundo y solo pensar en esa profecía en la que decía que ella iba a morir para darle el más absoluto poder, lo ponía enfermo. Era tan menuda entre sus brazos... sonrió y la estrechó más fuerte e inspiró su aroma a fresas, ese que lo ponía tan duro. Nunca había habido una mujer capaz de ponerlo así con solo oler su perfume o verla medio desnuda, realmente Scarlett era única.

Se obligó a soltarla antes de que se diera cuenta, no quería que pensara que solo pensaba en hacerla suya, aunque sí la mayor parte del tiempo.

—¿Te vas?—preguntó Scarlett un poco asustada pensando que ese abrazo había sido una despedida.

—Sí, si es lo que quieres.

—No, no es lo que quiero —dijo tímida—. Podrías... es decir, solo si quieres, yo solo..., bueno es igual. —Se dio por vencida.

—No voy a ir a ninguna parte, agápi —le dijo serio alzándole el mentón para que la mirara a los ojos.

—Aun no me has dicho qué significa. —Le sonrió para aliviar la tensión del momento. Y surgió efecto, él le sonrió, de esa forma en que solo lo hacía con ella.

—Y no lo pienso hacer. —Sus ojos dorados brillaron más con diversión. Después le dio un beso en la frente y se giró para irse.

—No... —Se detuvo—. ¿No quieres quedarte un rato más? —preguntó tímida. Aun no quería que se alejara de ella.

—Me encantaría.

—No quiero que te sientas obligado. Sé que no sientes lo mismo por mí, pero aun así al ser tu fuente de energía y...

—Me quedaré hasta que te duermas. —Contundió un poco enfadado porque ella siguiera pensando que solo la quería porque era su fuente de energía y no porque de verdad quisiera estar con ella y le importara. Quizá era mejor así, por eso no la contradijo.

Ella asintió con la cabeza, no sabía por qué se hacía aquello, pero lo que no quería era despertarse y ver que Ares se había marchado para siempre. En esos instantes solo le apetecía sentirlo con ella.

Ambos se metieron en la cama y Ares acabó atrayéndola hasta él para abrazarla. Al principio ella estuvo un poco tensa, pero poco a poco se relajó. Su miembro seguía palpitando por ella, pero lo que necesitaban era estar así; abrazados sintiéndose el uno al otro. Ares le besó la frente cuando Scarlett se giró y apoyó su cara en su pecho mientras él le daba suaves caricias en la cintura. Al final se había acostado en braguitas y él no podía parar de pensar en ello, en lo mucho que le hacía sentir ella y en la excepcional mujer que era y ella lo había elegido a él, a un monstruo como él. Cuando sintió la respiración acompasada símbolo de que se estaba durmiendo, le susurró lo que consciente no se atrevería:

—Agápi significa amor.

Al día siguiente Scarlett se había levantado sola, y al final el asunto de los entrenamientos no había quedado solventado. Al menos sabía que Ares no había salido huyendo, estaba en la casa, lo notaba aunque no sabía cómo. Scarlett se encontraba en la biblioteca leyendo un poco más sobre los dioses, símbolos *apotropaicos* y todo lo que le pudiera servir para salvar a su madre. Sobre todo había estado documentándose sobre lo de ser el Escudo de los Dioses por si aquello le daba algunas respuestas o le podría ser útil para rescatar a su madre; pero no había tenido suerte. Todavía le rondaba por la mente lo que le dijo Anne al entregarle el collar de su padre “él te encontrará más fácilmente”, se llevó la mano al collar instintivamente.

—¿A quién te referías, mama? —susurró para ella misma.

No le había contado nada de eso ni a Apolo ni a Ares, pues aparentemente no tenía importancia, ¿no? A pesar de eso, no podía quitárselo

de la cabeza. ¿Se referiría a su padre? No tenía idea.

Se detuvo en una de las estanterías más alejadas de la mesa donde había dejado su libreta y su móvil, cuando vio un libro que hablaba de las profecías y el destino. El problema era que estaba demasiado alto para ella, así que miró alrededor y cogió una silla para subirse encima. Cuando se disponía a subir, el teléfono vibró anunciando la entrada de un mensaje, así que pensando que podría ser Eros con más información sobre su madre, dejó el libro donde estaba y corrió a la mesa.

En efecto era un mensaje de Eros, en el que le decía que al día siguiente sería el momento oportuno para llevar a cabo su plan, pues Afrodita estaba convocada en el Olimpo y dejaría a Anne allí casi sin protección. Scarlett casi gritó de alegría al leer el mensaje, pero quería ser precavida, aún podrían salir muchas cosas mal. Así que fue corriendo en busca de Apolo y Ares, pero seguramente Apolo no estaba y Ares probablemente estaría en el gimnasio y no se sentía con fuerzas para hablar con él a solas después de lo de ayer. Había sido una despedida a medias, pues quedó bastante claro que a Ares sí que le importaba pero no de la forma en que quería Scarlett. Dolía demasiado saber que estaba tan cerca pero a la vez tan lejos. Así que se detuvo y le contestó a Eros:

“¿Cuál es el plan?”

“He pensado que podrías venir a una de las entradas, pero deberás hacerlo sola, como dijimos, pues cualquiera de nosotros tres puede ser sentido por Hefesto y alertar a Afrodita y por consiguiente a Zeus”

“¿Y no podrá sentirme a mí?”

“Eres inmune a nuestros poderes, apuesto a que tampoco podemos sentirte si tú no quieres, solo tienes que practicarlo”

Eso tenía sentido, además si estaba en peligro, como la otra vez cuando aquella mujer monstruosa la tiró por la ventana, podría usar el collar que la protegía, pero... ¿Practicarlo? ¿Cómo? Ella no tenía idea de cómo lo había hecho. Y tampoco sabía si Ares iba a estar de acuerdo con que ella fuera sola...

“Está bien, lo practicaré, hablaré con Ares y Apolo y esta noche te digo algo, muchas gracias por todo Eros”

Eros le envió un mensaje expresando su conformidad y Scarlett se quedó pensativa sentada en una de las sillas de la biblioteca, mirando hacia la mesa pero sin ver nada. Estaba asustada, no sabía qué podría encontrarse en aquél palacio ni como sacaría a su madre de allí. Tenía que practicar eso de

no ser descubierta y lo cierto es que había aprendido algunas tácticas de lucha gracias a Ares, de algo tenían que servir. Al igual que algunos de los símbolos que le enseñó Apolo. Todo aquello era una maldita locura, pero no se iba a rendir, tenía que sacar a su madre de allí y ponerla a salvo.

Así que Scarlett quiso poner en práctica lo de no ser presenciada por los dioses, pensó que si Ares no era capaz de sentirla, no lo haría ninguno. Salió de la biblioteca deseando ser invisible para los dioses, pensando e imaginando que lo era. Ares no estaba en el gimnasio, por lo que estaría en su cuarto, pues ella sí que notaba su presencia en la casa. Cuando llegó a la puerta de su habitación se detuvo, nunca había estado allí, sabía que era su cuarto pero ya que los Dioses no dormían, no sabía qué esperar de esa habitación. Quizá él se pusiera furioso al verla allí. Pero necesitaba seguir con el plan, por lo que puso la oreja en la puerta para ver qué estaba haciendo y escuchó el agua de su cuarto de baño. «Genial» Aunque muy inteligente no era sorprender al Dios de la guerra, pero debía probar si funcionaba o no. Igual tenía poderes y hasta se hacía invisible de verdad. Scarlett rio ante ese pensamiento. Entró en la habitación muy sigilosamente y buscó un sitio para esconderse, pues quizá podía ocultar su presencia, pero desde luego que su cuerpo no. No es como si tuviera la capa de invisibilidad de Harry Potter o la de Hermes. El cuarto no era muy distinto al suyo, incluso tenía una cama que seguramente no usaba, o sí pero no para dormir precisamente. Scarlett decidió abandonar esos celosos pensamientos.

La decoración era distinta a la suya. Había armas de muchos tipos decorando las paredes y al lado de la puerta había un gran jarrón con unas cenefas de lucha. El color del espacio era entre el marrón oscuro y color crema.

Decidió que en el armario que había al otro lado cabría perfectamente, pero si salía de la ducha, lo más probable era que necesitara ropa, así que lo descartó. Miró a su alrededor, debajo de la mesa de escritorio... podría funcionar, pero en según qué ángulo la vería enseguida. Así que optó por un clásico, debajo de la cama. Se escondió justo a tiempo, pues al cabo de unos minutos Ares salió de la ducha tapando con una simple toalla sus partes, o eso pensaba ella, pues solo podía ver sus increíbles gemelos y sus grandes pies descalzos. Por el momento seguía concentrada en que no le sintiera, pero era difícil concentrarse sabiendo que estaba medio desnudo paseándose por su habitación. Quizá no había sido tan buena idea esto de esconderse allí, parecía más una acosadora que otra cosa. Una risa se le escapó.

—¡Mierda! —maldijo en voz baja.

—¿Scarlett? —Ares se asomó por debajo de su cama subiendo la colcha y mirándola directamente. Ella le dedicó una sonrisa de “pillada, no me mates”—. ¿Qué mierda haces ahí? ¿Y desde cuándo? —preguntó Ares atónito—. Si querías verme desnudo no tenías más que decirlo. —Le sonrió pícaro mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—No es eso... yo solo... estaba probando una cosa —dijo avergonzada. Ares llevaba solo unos pantalones tejanos y su cuerpo escultural la estaba distraendo, al igual que sus húmedos y ondulados cabellos.

—¿Qué?—preguntó mientras se sentaba en la cama y daba unas palmaditas a su lado para que ella cogiera asiento.

—He hablado con Eros. —Esas palabras borraron la sonrisa burlona de su perfecto rostro—. Y estaba probando que, ya que soy inmune a vuestros poderes, si también soy capaz de ocultaros mi presencia —explicó—. ¿Ha funcionado? Es decir, antes de que riera.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un poco antes de que salieras del cuarto de baño. —Se sonrojó aún más.

—¿En serio? —Ella asintió mirando a sus dorados ojos con esperanza—. Pues la verdad es que no te he sentido, aunque de alguna forma sabía que seguías en la casa, pero eso es porque eres mi... ¿cómo lo has hecho? —Su fuente de energía, se le notaba que no le gustaba que eso fuera así, pero Scarlett intentó centrarse en lo de que no la había sentido.

—¿De verdad? —Se emocionó—. Realmente no sé cómo lo he hecho, simplemente desee e imaginé ser invisible, obviamente no me he vuelto invisible, pero si te he ocultado mi presencia, es un gran logro, ¿no? ¡Aunque solo fuera por unos minutos! —Saltó de la cama y se puso en pie.

—Sí, un gran logro. Me pregunto qué más puedes hacer como el Escudo de los Dioses. ¿Tienes algún poder más oculto?

—Que yo sepa, no. He estado buscando en los libros de la biblioteca sobre el Escudo de los Dioses y no he encontrado gran cosa, por no decir nada.

—Tengo entendido que no pasa muy a menudo, que los dioses quieran matarse entre ellos.

—¿En serio?

—No, es broma. Claro que pasa a menudo, es solo que Apolo me dijo que siempre se borra la información que puede cambiar el curso del destino.

—Ares se puso en pie, muy cerca de ella.

Fue entonces cuando Scarlett se dio cuenta de que estaba en su habitación, sola con él, que estaba a medio vestir y sus ojos brillaban de deseo por ella. Su corazón bombeó fuertemente en su pecho.

Capítulo 20

Después de lo sucedido anoche debería haber aprendido la lección, pero cuando Ares alzó una mano y le acarició la mejilla, Scarlett dejó de respirar durante unos segundos. Cerró los ojos y se concentró en su calor, en su olor particular, miel y fuego, tal y como podría describirlo a él, un poco dulce, un poco amargo y también peligroso a la par que difícil de alcanzar porque podrías salir escaldada. Hoy su olor se mezclaba con un toque a jabón que lo hacía más embriagador. Un gemido se le escapó.

—No voy a dejar que nada te suceda, te lo prometo —le susurró cerca de su oído, rozando sus seductores y gruesos labios en su nuca. Scarlett tragó saliva.

Después abrió los ojos en el momento en que él dejó caer su mano y se alejó de ella, sintió tal vacío que pensó que no podría moverse ni respirar.

—Ares...

—Será mejor que nos cuentes qué te ha dicho Eros, ahora me encontraré contigo y Apolo en la sala —dijo dándole la espalda y cortándola.

—Vale. —No pudo contestar otra cosa y se fue. No quería sentirse peor, era tan doloroso tenerlo allí, tan cerca, pero a la vez tan lejos...

Una vez acabaron de discutir largo y tendido con Ares sobre lo que tenía o no que hacer, decidieron que el plan elaborado por Eros era lo mejor que tenían. Ares no estaba del todo de acuerdo en que ella se infiltrara sola en el palacio de Hefesto, pero no tenían otra opción si quería sacar de allí a su madre. Apolo tampoco quería dejarla ir sola, pero él comprendió que debía hacer esto, sino se sentiría culpable por su madre, por no haberla salvado, si le pasaba algo..., jamás se lo perdonaría.

Por lo que decidieron aplazarlo unos días para que Scarlett pudiera trabajar sus nuevas habilidades como Escudo de los Dioses mientras Apolo intentaba averiguar alguna cosa más sobre Escudos posteriores. La historia siempre volvía a repetirse y lo sabía a ciencia cierta, quizá mejor que nadie. Pero por alguna razón esa información había sido borrada del cosmos y nadie

tenía ningún testimonio sobre el Escudo de los Dioses.

Scarlett no acababa de acostumbrarse a todo ese mundo sobrenatural, parecía que su vida se había vuelto una pesadilla de película, donde monstruos y seres divinos habitaban la tierra y ella era una humana que casualmente, había nacido con una habilidad especial o algo por el estilo y se encontraba en medio de todo ese embrollo. Aun no comprendía cómo podía alimentar a un Dios con su calor corporal, como para entender que ella era la clave de detener una lucha entre los Dioses del Olimpo.

A todo esto Ares iba a ser su entrenador personal, como no, tanto en técnicas de combate como en las especiales, las cuales parecía que estaba decidido a adivinar para saber qué otros talentos tenía oculto el Escudo de los Dioses. Era por eso que durante esos dos días estuvieron practicando diferentes técnicas de lucha y algunas habilidades.

—¡Scarlett, no estás aquí!—le gritó Ares con mala cara amenazándola con su espada muy cerca de su cuello. Scarlett se asustó—. En la batalla no se puede perder la concentración ni un segundo. —Bajó la espada—. Y menos si es con armas, podrías morir.

—Lo siento.

—No lo sientas, en la guerra no hay tiempo para disculparse, o matas o te matan, así de simple ¡Una vez más!

Y volvieron a enfundarse en una lucha entre espadas como si fueran dos espadachines expertos, Ares realmente lo era, ella... seguía su instinto y usaba los consejos que él le daba. Por alguna razón se le daba bastante bien la lucha con espadas, cosas del Escudo quizá, pues que ella recordara jamás había tocado una, aunque en ese momento parecía que llevaba toda una vida usándola. No obstante, Ares era muchísimo mejor y siempre era ella la que acababa por los suelos.

—Vamos, levántate rápido o, ¿qué te piensas? ¿Que tu adversario va a esperar que estés levantada para atacarte otra vez? ¡Usa las técnicas de lucha que te enseñé! ¡Presta atención! ¡Tienes que ser más rápida! —le gritaba sin cesar.

La estaba poniendo de los nervios, en el fondo sabía que lo hacía por su bien, no quería verla muerta y se lo agradecía. En cuanto vio un hueco por donde podría atacar, como si se tratara de una señal, se abalanzó contra Ares con un movimiento básico de espada para distraerlo y después le dio una patada en las rodillas para que cayera, pero su plan falló, su torpeza era legendaria. Así que se tropezó cuando iba a poner su espada en la garganta de

Ares y cayó encima de él, pero aun así puso su espada en su cuello al mismo tiempo que él depositaba la suya en su espalda y sonrió.

—Eso ha estado muy bien, un poco patosa al final, pero si no fuera un maestro en el arte de la lucha, estaría muerto, así que buena ejecución. Aunque me preocupa esa inclinación tuya de acabar siempre sobre mí. — Sonrió pícaro y Scarlett se sonrojó.

—Y a ti que te encanta. —Le sacó la lengua de broma y Ares soltó su espada, después le quitó a Scarlett la suya y posó sus manos a cada lado de sus caderas. Su cuerpo vibró aún más y la energía que había entre ellos se pudo sentir por toda la sala.

—No he dicho lo contrario. —En un movimiento la puso debajo de él —. Pero así me gusta más. —A Scarlett iba a salirse el corazón del pecho, Ares era tremendamente arrebatador y le nublaba el juicio. Sabía que no debería bromear con él así, pero parecía que por mucho que se propusieran no sentirse atraídos el uno por el otro, era imposible.

—Si molesto me lo decís —dijo Apolo desde la puerta mientras los observaba riéndose.

Scarlett dio un respingo asustada y Ares se puso en pie rápidamente mientras ayudaba a hacer lo mismo a Scarlett, un poco avergonzada porque los hubiera visto en esa tesitura. No obstante, a Apolo no parecía importarle, es más, parecía contento por ello. Al parecer Ares tampoco lo había sentido aparecer. ¿La razón? Seguramente ella. Ares se aclaró la garganta mientras cogía sus cosas.

—¿Has descubierto algo Apolo? —preguntó Ares.

—No es eso, tenemos visita. —Se puso serio.

—¿Quién? —preguntó Scarlett preocupada, esperaba que no fuera Afrodita que los hubiera encontrado.

—Dafne y Scott.

—¿Cómo? —gruñó Ares adelantándose a ella.

—Dafne es medio ninfa y puede encontrarme si estoy en la tierra. Ha usado nuestra conexión a pesar de que me dijo que no tenía poderes de ninfa. —No estaba enfadado teniendo en cuenta que Dafne le había mentado, pero Apolo no era tonto y como ella, supo ver que Dafne no le contaba la verdad acerca de sus poderes.

—Lo siento pero no podía estar en casa sin hacer nada. —Entró su amiga corriendo y la abrazó—. No sé cómo lo hice, lo siento —dijo mirando a Apolo.

Scarlett abrazó con fuerza a su amiga, estaba segura de que Dafne la echaba tanto de menos como ella, y al no tener a su madre, la morena era como su hermana y la necesitaba en esos momentos. Tenía miedo por ella, por si descubrían que a través de Dafne la pudieran herir y quisieran usarla, pero que estuviera allí la reconfortaba y le daba fuerzas.

—No deberías estar aquí. ¿Cómo se te ocurre? —le dijo preocupada separándose un poco de ella para mirarla a los ojos. Después la volvió a abrazar.

—Ya te lo he dicho, eres como mi hermana y no podía quedarme en casa sin hacer nada mientras tú afrontabas todo esto sola... Bueno, sola no —dijo mirando a Apolo y Ares—. Pero... ya me entiendes. —Sonrió.

—Gracias. —Se sonrieron ambas.

Entonces Scott apareció por la puerta y Scarlett miró a Dafne para saber si él sabía algo de toda esta locura que últimamente la acompañaba; Dafne negó con la cabeza.

—Estábamos muy preocupados por ti y él es la única persona en la que confiamos, pero he pensado que sería mejor que se lo explicaras tú. —Se apartó Dafne.

Scarlett odiaba haber mentido a uno de sus mejores amigos, pero no sabía hasta qué punto podría decirle algo a un mortal normal, no conocía si había alguna especie de regla en la que si delatabas a un Dios o algo así, morías o alguna cosa por el estilo. Se acercó a su amigo mientras este abría sus amistosos brazos para ella.

—Scarlett, ¿estás bien? Sé que pasa algo raro aunque Dafne no me haya contado nada, pero no soy estúpido.

—Estoy bien. Lo siento mucho, sabes que confío en ti pero hay cosas que me asustan que puedan pasarte si sabes más. —Scarlett se deshizo del abrazo de su amigo y miró a Ares, quien sabía que tenía más mala cara desde que había sentido a Scott.

—Adelante, cuéntale a tu amigo qué somos —dijo Ares con demasiada superioridad cruzando sus enormes brazos en su ancho pecho aun desnudo por el entrenamiento ¿Por qué no usaba camisetas para entrenar? En fin, el exhibicionismo de Ares era el menor de sus problemas.

—¿Qué ocurre Scarlett?—Volvió a preguntar Scott más nervioso mientras su vista bailaba desde Ares hasta ella.

Scarlett no sabía cómo empezar ni qué decirle, todo esto era una locura ¡Pero si incluso a ella todavía le costaba procesar las cosas! Se estaba

poniendo nerviosa. Tampoco quería comprometer a Scott, ya que si le contaba lo que sucedía podía pasar dos cosas: que se volviera loco de remate o que los considerara unos locos de remate. Scarlett cogió aire sin saber qué decir todavía.

—¿Porque no dejamos que se duchen y se relajen del entrenamiento y nos reunimos en el salón en quince minutos? —Aligeró la situación Apolo, como siempre. Scarlett soltó el aire.

Eso le daría tiempo para ordenar sus pensamientos y saber qué contarle a Scott y como, sin que los tomara por unos locos de la colina.

—Sí por favor, estoy sudada. —Sonrió falsamente Scarlett.

—Está bien, supongo que podré esperar unos minutos más. —Suspiró Scott—. Eh... eso de ahí ¿Son espadas de verdad? —Miró atónito al suelo detrás de su amiga.

—Eh... sí, supongo.

—¿Supones? ¿Desde cuándo vas por ahí practicando con espadas?

—Muy bien, después tendrás las respuestas que ella considere. Vamos, os muestro donde está el salón —dijo Apolo llevándose a Dafne y Scott mientras estos dos últimos le enviaban una mirada de preocupación y ella quiso sonreírles para no preocuparlos; no supo si funcionó.

—Te preocupas por él —dijo Ares detrás suyo recogiendo el material que habían usado.

—Sí, es mi amigo y no quiero que me tome por loca. —Rio Scarlett acercándose para ayudarlo con algunos implementos—. Pero sé que él lo entenderá y aunque le cuente la cosa más disparatada del mundo me defenderá hasta el final.

—Me alegro.

—Somos como hermanos, los tres. Dafne solo nos tiene a nosotros dos y yo los tengo a ellos y a mi madre, supongo que por eso estamos tan unidos. Scott es el que más familia y amigos tiene, no sé por qué no te cae bien. Siempre cae muy bien a todo el mundo. —Rio Scarlett.

—No me cae mal, pero ya sabes como soy, detesto a los humanos —dijo serio.

—Ah, muy bonito y ¿dónde me deja eso?

—A ti te tolero —bromeó y se le acercó sonriendo.

A Scarlett empezó a latirle el corazón a cien por hora, sus palabras, su sonrisa traviesa, su cercanía... Todo de él la enganchaba hasta límites insospechados, estaba malditamente enamorada del Dios de la guerra. Ares

puso su mano en la mejilla de Scarlett y ella cerró los ojos para sentirlo. Dioses... su contacto era celestial.

—Tú eres diferente —le susurró cerca de sus labios.

—¿Lo soy? —Habló casi en un susurro mientras sus ojos no paraban de ir de los ojos dorados de Ares a sus sexys y carnosos labios, deseaba que la besara, mucho.

—Lo eres. —Parecía que iba a besarla, pero finalmente le depositó un beso en la frente mientras que con el pulgar acariciaba su mejilla—. Deberíamos ir a la ducha, nos están esperando.

Ares se alejó de golpe como si de repente su contacto quemara. Y sin decir nada más se fue del gimnasio. Después de recomponerse un poco, Scarlett hizo lo mismo y se marchó a su habitación para ducharse rápidamente sintiendo un dolor que le oprimía en el pecho, amaba a Ares y la realidad era que él jamás podría corresponderla.

—Vale, así que tu madre se la ha llevado la diosa Afrodita para vengarse de ti y matarte para que Zeus pueda tener el poder absoluto y esclavizarnos. Tú eres el Dios Apolo y tu Ares, el Dios de la guerra... ¿Qué mierda fumáis? —soltó Scott visiblemente confundido mientras se levantaba del sofá.

—Sé que es una locura, a mí me cuesta procesarlo aún, pero ahora ya sabrán que eres amigo mío y no quiero que te usen para llegar a mí, es por eso que te lo he contado —dijo a su lado Scarlett.

—¿Dafne? ¿Tú lo sabías? —le preguntó a su amiga que se encontraba sentada en una silla frente a ellos.

—Sí, lo siento... También hay una cosa sobre mí que no te he dicho.

—¿En serio? ¿Tú también estás metida en todo esto?

—Soy... mitad humana, mitad ninfa. Por eso sabía dónde encontrarlos. Lo siento.

—¡Madre mía! ¿Os dais cuenta de que esto es una maldita locura? —Se llevó las manos a la cabeza, y si no fuera porque nada de esto era una broma, Scarlett hubiera reído por la expresión de Scott.

—Sí, somos conscientes de que esto es demasiado para los humanos, por eso os hemos mantenido al margen, pero vuestra presencia está justificada, debíais ser partícipes en esta guerra. Es peligroso, pero como ha dicho el Escudo, ya saben que estáis aquí y no dudarán en usaros. —Se puso

en pie Apolo, quien había cogido sitio en una butaca al lado del sofá. Sus ojos normalmente azules adquirieron un tono blanquecino e iluminaban casi toda la sala.

Scarlett sintió un poder extraordinario emanar de Apolo, los pelos se le pusieron de punta y la carne de gallina. Era una sensación muy diferente a la de siempre, y todos los de la sala notaron esa diferencia. Nadie osó contradecirle, en ese momento, del Dios emanaba un aura demasiado aterradoradora. Y lo más raro era que se dirigiera a ella como “el Escudo”, Scarlett jamás lo había visto así.

—Es el Oráculo quien habla —explicó Ares, quien estaba sentado al otro lado de Scarlett. Se puso en pie e hizo una pequeña reverencia con la cabeza. Los demás lo imitaron—. ¿Ha cambiado alguna cosa? —le preguntó Ares.

—Me temo que sí, Dios de la guerra. Solo deciros que debéis estar atentos a las habilidades del Escudo, muy pronto habrá un hecho que las desencadenará por completo, aunque el Dios de la guerra ya ha podido ser testimonio de alguna de ellas. Su parte divina está a punto de despertar.

Scarlett miró a Ares mientras asentía con cara seria y una mirada cauta hacia el Oráculo. Nunca pensó que fuera a ver al Oráculo de Delfos en acción en el mismo Dios Apolo, aunque había leído sobre ello, la mayoría de información que había sobre estos rituales no se había conservado, pues hacían juramentos para que los menesteres de aquellos santuarios no se divulgaran, y menos esperaba verlo en directo. No obstante, las profecías que vaticinaba el Oráculo normalmente eran demasiado subjetivas y fácilmente no se cumplían tal y como uno esperaba.

Scarlett se ruborizó pensando que la habilidad a la que se refería el Oráculo y que Ares ya había sido testimonio de ella, era la de ser su fuente de energía. Aunque seguramente no se refería a esa solo, también estaba lo raro que era que se le diera tan bien luchar con la espada a pesar de nunca haber tocado ninguna, o el hecho de sentir a los dioses o incluso que no le afectaran sus dones ¿Tendría más habilidades? Y ¿Qué quería decir con que su parte divina despertaría?

—Escudo. —La miró a ella y le recorrió un escalofrío—. Ese abalorio será la clave de tu destino. Él te encontrará.

Scarlett se llevó las manos instintivamente a su pecho donde reposaba el colgante que le había dado su madre, ese que tenía grabado la cara de Medusa y la había salvado de morir cuando Equidna la lanzó por la ventana. Su madre

también había nombrado a alguien que la encontraría. Pero no averiguó entonces de quien hablaban y seguramente tampoco iba a decírselo el Oráculo, pues de repente, una luz cegadora envolvió al salón. No les permitía ver casi nada y todos tuvieron que taparse los ojos con las manos. Aunque al único que pareció no afectar fue a Ares, quien corrió hacia Apolo y lo cogió antes de que este cayera al suelo mientras la luz desaparecía. Lo ayudó a sentarse en la butaca que había ocupado anteriormente.

—Lo siento, no lo controlo. —Sonrió Apolo visiblemente cansado por el esfuerzo de ser el recipiente del Oráculo—. Al estar en esta forma sin el aura divina estas visitas me agotan demasiado.

—No te preocupes. ¿Estás bien? —preguntó Dafne adelantándose a Scarlett.

—Sí, pequeña ninfa, no es nada. —Le sonrió y vio como Dafne se sonrojaba y asentía.

—¡Estoy flipando! —soltó Scott.

—Yo también —corroboró Scarlett—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, no te preocupes, no es la primera vez, en unos minutos estaré como nuevo. —Le sonrió.

Capítulo 21

Cuando Apolo estuvo un poco más recuperado le contaron qué es lo que había dicho el Oráculo, ya que cuando este ocupaba su cuerpo, él se quedaba como inconsciente en su interior. También tuvieron que explicarle a Scott qué significaba que la llamaran el Escudo, así que básicamente le tuvo que contar todo lo que sabían y qué iba a pasar con ellos, bueno con ella. Miró a Ares de reojo y lo vio con expresión dura y seria, más que de costumbre. Ya sabía que a él no le gustaba pensar en esa profecía que decía básicamente que él iba a matarla, pero ahí estaba, y por mucho que él dijera que no lo iba a permitir... tendría que ver las circunstancias en las que les pondrá el destino para que se acabe cumpliendo. Cada vez que pensaba en que iba a morir le recorría un escalofrío. De tanto repetírselo parecía que cada vez era más real lo de su muerte. Y eso la asustaba.

—Básicamente te acuestas con ella para quitarle la energía y matarla poco a poco. Y yo pensando que te importaba algo —soltó cabreado Scott mirando desafiante a Ares, un acto valiente o muy estúpido, según se mire.

—¡Scott, no es eso!—Le defendió Scarlett con su corazón en un puño por la reacción de Ares. Sabía que a él no le gustaba hacerle aquello, y no le parecía justo que Scott lo machacara más—. Déjalo, en serio, no lo entenderías.

—¡Lo que entiendo es que te está usando! Tu...

—¡No!

—Sí —dijo Ares tranquilamente, con una calma que la asustó. Sus ojos dorados denotaban una mirada enfadada, pero estaba enfadado consigo mismo, Scarlett podía notar su frustración al no poder hacer más por ella—. Tiene razón, te estoy usado y sabes que jamás me lo perdonaré, pero no pienso verte morir por mi culpa. Buscaremos otra opción para derrotar a Zeus. —Se puso en pie y se marchó de la sala sin decir nada más.

Todos los presentes parecía que esperaban una reacción más violenta por parte del Dios de la guerra, incluso Scarlett se había quedado anonadada con la actitud de Ares. Pensaba que iba a poner el grito en el cielo porque Scott le hablara así, incluso esperaba que lo amenazara o demostrara algún

signo de prepotencia divina. Pero desde luego no se imaginaba que él le diera la razón a Scott. Ella sabía que Ares jamás le haría daño intencionadamente como también conocía los motivos por el que Ares se mantenía alejado de ella. Y aunque le dolía por su distanciamiento, también se lo agradecía porque no quisiera arrebatarle más energía de la necesaria.

Apolo la aconsejó que lo dejara un rato a solas, pues aunque a él tampoco le gustaba nada la idea de verla morir, de momento era la única opción que tenían para que Zeus no tomara el control absoluto, y Ares lo sabía. Escuchar tan claramente que su muerte sería la salvación de la especie humana no era para nada agradable. No quería ser egoísta pero... ¿Es que alguien le había preguntado qué quería ella? No es como si fuera a darle la espalda a todo el mundo, pero ¿Quién había determinado que ella fuera la elegida para morir? ¿Y si después de darle toda su energía a Ares no servía de nada? ¿Tenía que aceptar su destino sin más? ¿Debía luchar para cambiarlo? Desde luego que no quería morir, aún le quedaban demasiadas cosas por hacer como para morir a los veinticinco años.

Dafne soltó un sollozo y Scott estaba enfurecido, sus amigos tampoco querían aceptar ese destino tan cruel que se le había impuesto.

—¿De verdad tienes que morir? —Lloró Dafne y Scarlett se acercó a ella y la abrazó.

—Por supuesto que no, pienso hacer todo lo que esté en mi mano y más antes de aceptar que la única solución es darle toda mi energía a Ares.

—¡Te la arrebatará! ¡No le importas, es un Dios, solo quiere el poder!
—Scott estaba cabreado, su vena del cuello se hinchó.

—¡No, Ares no es así! Confío en él y sé que jamás me traicionaría.

—¿Y cómo estás tan segura? ¿Cómo sabes que ellos dos no te están usando para quedarse con toda tu energía para poder derrotar a los otros dioses y quedarse con el poder? —Scott era así, lo decía todo a la cara, una virtud o un defecto, en según qué casos. Tampoco lo culpaba por pensar así, pues hasta ella misma se había planteado esa posibilidad.

—Soy un Dios, sí, pero ante todo soy amigo de Scarlett, Scott. Si hubiera cualquier forma de llevar este asunto de diferente forma yo lo sabría, soy el Oráculo. Y créeme cuando te digo que he buscado hasta debajo de las piedras una solución diferente, siento ser tan sincero, pero no quiero engañarla diciendo que todo va a salir bien y que no pasará nada, porque nos enfrentamos a Zeus, el Dios más poderoso que existe. Los Escudos han surgido más veces de las que puedas imaginar y la historia siempre se repite,

el Oráculo no es fiable al cien por cien, es cierto, pero en esta ocasión me temo que no hay más interpretación que esta.

Después de la aclaración de Apolo, Scott no supo qué decir más, quizá se convenció de que Apolo y Ares solo querían ayudarla o más bien parecía resignado, pues aunque su intención era buena, sabía que sin ellos no conseguirían nada. Aun así Scarlett sospechaba que el rubio no acababa de contarles todo, quizá solo eran tontería suyas. Apolo volvió a desaparecer y Scarlett se quedó un rato más con Dafne y Scott mientras este le decía que no acababa de fiarse de los dioses.

Scarlett le pidió que se quedara con Dafne, pues ella tenía que ir a hacer una cosa, no le dijo el qué pero no hacía falta, pues por la mirada que le había echado sabía perfectamente que iba en busca de Ares.

—Scarlett...

—Sé que te preocupas por mí, y te lo agradezco, pero Ares es importante para mí y sé que jamás haría nada para lastimarme intencionadamente, no es cómo crees. Yo también he llegado a pensar lo que tú has dicho, pero confío en ellos. —Le dio un beso en la mejilla y salió corriendo del salón para evitar escuchar las quejas que sabía que Scott tenía ya en la punta de la lengua.

No lo encontró en ninguna parte de la casa, cosa que ya sabía porque hacía tiempo que no lo sentía. Estaba preocupada por él y no se atrevía a salir fuera por si los Dioses podían encontrarla, pero aun así ellos estaban en medio de la nada y solo sería echar un vistazo por si Ares estaba fuera. Además estaba harta de estar allí encerrada, casi había olvidado que estaban cerca del mar. Así que salió por una puerta que había al final del pasillo de la primera planta que daba directamente a un pequeño jardín; más allá estaba el acantilado que daba al mar. Esta noche estaba bastante tranquila y solo se escuchaban las olas del mar rompiendo en las rocas, pero algo le impedía ir más allá del jardín. La oscuridad.

Miró a lo lejos por si veía los ojos dorados de Ares, pero nada. Seguramente no estaba allí ¿Qué iba hacer? ¿Tomar el fresco? No lo creía. Pero aun así dio un paso al frente saliendo del foco de luz que había bajo la puerta e intentó sentirlo. Un fuerte viento se levantó revolviéndole el pelo y se abrazó a sí misma. Eso de tenerle miedo a la oscuridad era una mierda, aunque estaba segura que a cualquiera con dos dedos de frente le asustaría estar de noche en un acantilado sin poder ver apenas casi nada.

—¿Ares?—gritó hacia la nada.

No sabía qué hacía allí, estaba claro que Ares no estaba por ahí fuera, pero había algo en las olas del mar que le impedían volver a la casa. De repente quería ver las olas, quería estar entre ellas, y dio un paso más en el jardín. El acantilado no quedaba muy lejos, dio otro paso y miró hacia atrás, donde estaba la luz. Cada vez estaba más cerca de la oscuridad y deseó que el camino se iluminara. Sintió un calor extraño en su mano, una luz de color azul llameaba en su palma. Era como una bola de energía, preciosa.

—¿Qué coño es esto?—se preguntó sorprendida.

Estaba tan distraída con la luz de la palma de su mano que no notó que su cuerpo se movía solo hacia el acantilado hasta que estuvo muy cerca del filo. Escuchó una voz masculina que le susurraba:

—Ven preciosa, vamos a pasarlo muy bien debajo del agua, lánzate, yo te cogeré. —La voz era profunda y muy convincente.

—Sí... —Una mano gigantesca de agua subió por las rocas. Scarlett alargó su mano para tocarla... era preciosa el agua, parecía que brillaba...

El agua la envolvió y sintió a un calor en el pecho. Pero antes de que la mano gigantesca tirara de ella, una sombra la apartó y la mano se deshizo en un abrir y cerrar de ojos.

Scarlett cayó hacia atrás al suelo, aterrizando con su culo. Eso hizo que volviera en sí asustada por la oscuridad que la envolvía y por haber estado a punto de caer por el acantilado hacia el mar. Su corazón golpeaba con fuerza en su pecho y los nervios estaban a flor de piel. Intentó calmarse y respiró hondo aislando el poder del Dios que la estaba manipulando para evitar que lo hiciera otra vez. Intentó ver quien se había lanzado contra la mano que había flotado hasta ella y había caído hacia el mar, pero no fue capaz de distinguir esa sombra; solo la había visto unos segundos. Estaba en shock, por lo que tampoco podía ayudarlo, esperaba que estuviera bien.

Se concentró en ir a buscar ayuda, pero el miedo una vez más la paralizaba, la oscuridad podía con ella, giró la cabeza e intentó fijarse en la luz que provenía de la puerta de la casa, y volvió a mirar hacia el mar. Estaba todo negro y no podía ver casi nada. Las olas estaban revueltas y ahora chocaban con más violencia contra las rocas. Una mano se posó en su hombro y Scarlett se asustó aún más, se giró lentamente hacia el dueño de esa mano. Una chica preciosa con el cabello moreno recogido en un moño elegantemente deshecho y unos ojos impresionantes de color azul brillante le sonreían con amabilidad. Toda su piel resplandecía y era muy alta. Sintió su poder. Vestía un vestido tipo túnica corta de color blanco que le sentaba

como un guante.

—Tranquila ¿Estás bien? Será mejor que entremos —dijo la chica con una voz asombrosamente melodiosa y dulce mientras le tendía una mano para ayudarla.

Entonces, después de salir de su anonadamiento por la guapa chica, cayó en que debía tratarse de una diosa, nadie brillaba de esa forma. Y entonces fue consciente del arco que parecía de oro que sostenía en la otra mano, en la espalda llevaba un carcaj con flechas. ¿Era amiga o enemiga? La diosa pareció leer en su mirada la desconfianza.

—Soy Artemis, la hermana de Apolo, puedes confiar en mí, debemos regresar dentro antes de que nos encuentre Afrodita o mucho peor, Zeus. — Al escuchar aquello, Scarlett aceptó la mano de Artemis quien la ayudó a ponerse en pie. Sus ojos brillaban con la misma intensidad que los de Apolo.

Ella seguía en shock, por lo que probablemente parecería una auténtica idiota. La llevó casi arrastras hasta la casa al mismo tiempo en el que Dafne y Scott venían hasta la puerta alarmados por las grandes olas que se escuchaban cuando rompían en las rocas. El aire también golpeaba con fuerza.

—Es Poseidón, nos ha encontrado —susurró Artemis—. ¿Dónde puñetas está mi hermano cuando le necesitamos?

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Scott abrazando a Scarlett al verla tan vulnerable y mirando intrigado a Artemis.

—¿Estás bien Scarlett? —Quiso saber Dafne visiblemente preocupada por ella.

Scarlett, una vez en el interior de la casa, poco a poco volvía a ser ella misma y se soltó un poco del abrazo de Scott. Aunque agradecía que lo hubiera hecho, pues lo necesitaba, no le gustaba sentirse tan inútil y frágil.

—Estoy bien.

—Sí, por poco —indicó Artemis.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Scott, claramente su amigo o era un temerario de la vida o le importaba bien poco que fueran dioses.

—Soy Artemis, humano, un poco más de respeto —se quejó la Diosa.

—El respeto lo tendréis cuando os lo merezcáis —contestó desafiante Scott. Claramente era un temerario de la vida.

—Pues para tu información acabo de salvar a tu novia, los hombres sois todos iguales, por eso decidí mantenerme lejos de vosotros.

—No es mi novio, y muchas gracias por ayudarme. —Intentó suavizar la conversación Scarlett—. ¿Pero era Ares quien se ha lanzado al mar?—dijo

preocupada mirando hacia este y las manos en el pecho esperando que la respuesta fuera negativa.

Mientras pensaba en lo sucedido, fue consciente de que la figura que se había lanzado, claramente era Ares. Y cuando la diosa asintió a Scarlett se le puso un nudo en la garganta y el miedo se apoderó de ella, tanto que quiso salir corriendo para tirarse al mar a buscarlo, lo que sería un auténtico suicidio, menos mal que Artemis la paró.

—No, es peligroso. Eres demasiado importante y él sabrá arreglárselas solo, además solo estorbarías —dijo Artemis seria. En eso tenía que darle la razón, no podría ayudarlo en nada. Aun así...

—Pero... ¡Está solo! ¡Dios mío, es un idiota! —gritó Scarlett con lágrimas en los ojos.

—No me lo puedo creer —soltó sorprendida Artemis—. Así que mi hermano tenía razón, nunca pensé que alguien pudiera sentir amor por Ares y parece que él... Bueno no quiero ser cruel pero seguro que tiene un motivo oculto para ayudarte, no te ofendas pero eres una humana y él el Dios de la guerra, el cual odia a los humanos. No sé si lo sabes pero mucha fama de ser un Dios bondadoso y simpático no tiene. —Artemis era bastante sincera y directa.

—Somos amigos y Ares puede que sea el Dios de la guerra, pero no es como todos creen. —La rebatió entre avergonzada de que fuera tan obvio lo que sentía por él y cabreada porque Artemis opinara así de Ares.

—Créeme, él nunca ha sentido nada por nadie, excepto odio e ira, claro.

Scarlett se quedó pensativa con lo que había dicho la Diosa de la caza, ella también había pensado que el único motivo por el que Ares se acercaba a ella era por ser su fuente de energía. Pero ya no lo creía, ella sabía qué había visto en Ares, en su mirada, sus momentos juntos y cuáles eran sus sentimientos hacia ella, más o menos. Es más, era ella la que iba tras él para que la pudiera usar como fuente de energía y sabía que él odiaba usarla así. No podría tener otro motivo por el que estar cerca de ella, ¿no?

De repente apareció Apolo al final del pasillo, no había usado ninguna puerta ni lo había escuchado llegar, simplemente había aparecido allí por arte de magia. Scarlett se fijó en que ahora su cuerpo brillaba más que antes, estaba ligeramente más alto y se podía sentir su poder. Estas eran sus formas originales, con el aura divina, pensó Scarlett. Sentía su poder y su presencia más poderosa que las otras veces.

—¿El muy idiota se ha tirado a por Poseidón? ¿En su elemento? ¡Joder!

—blasfemó Apolo nada más aparecer.

—Sí, hermano. Entiendo que le guste enfrentarse a sus enemigos, pero nunca lo consideraré un idiota, pero visto lo visto...

—Artemis...—le reprochó Apolo.

—¿Qué hacemos? —dijo Scott.

—No podemos hacer nada, al menos tú no —contestó Artemis a Scott.

Scott la miró cabreado, pero consciente de que no podía hacer nada contra un Dios, y menos bajo el agua.

—Apolo, ¿no lo pueden matar, no?—preguntó Scarlett preocupada.

—No tiene su aura divina, por lo que es vulnerable y si Poseidón es persistente y lo mantiene bajo el agua el suficiente tiempo... Sí, podría morir.

—Scarlett ahogó un grito de miedo y su corazón dio un vuelco.

—Entonces debo ir con él, con mi energía puedo ayudarlo —dijo Scarlett—. No voy a permitir que muera por mi culpa.

—Scarlett, no puedo dejar que vayas, iré yo —sentenció Apolo.

—¡Apolo no! Ya está bien de salvarle el culo siempre, no se merece tu ayuda. Se está cociendo una guerra en el Olimpo y él es el causante.

—Ha cambiado Artemis, y eso no es así y lo sabes. Zeus no puede quedarse con el poder absoluto y esclavizar a los humanos, porque empezaría por ahí y nos despojaría a los demás Dioses de nuestra libertad, como antes. Y si Ares está destinado a impedirselo, voy a ayudarlo, es mi hermano, él lo haría por mí.

—¿Estás seguro? Es Ares de quien estamos hablando, sé que tú crees en él y quizá sí que ha cambiado, pero sigue siendo el despiadado, cruel y odioso Dios de la guerra.

—¡No le conoces! ¡Así es como queréis que sea, así es como todo el mundo le ha hecho ser! —Se cabreó Scarlett cansada de que por culpa de todos, Ares se viera como un monstruo cuando realmente tenía un corazón herido y solo actuaba como se esperaba de él, no como él quería ser.

Artemis se quedó asombrada mirándola, desde luego no esperaba que una humana defendiera al Dios de la guerra tan abiertamente. Que Ares estuviera destinado a salvar a la humanidad de la esclavización de Zeus era un poco irónico después de lo que le había hecho a la humanidad, pero una vez más el destino tendía a reírse de todos.

Scarlett comprendió que nadie de su familia, si es que se podía llamar así, aparte de Apolo, había intentado conocer los sentimientos de Ares, de este Ares, su Ares. A ninguno le había importado lo suficiente como para ver

más allá de su malhumor y su cara de acelga, y por consiguiente sus malas acciones. Simplemente lo veían como un Dios de la guerra más, sin preocuparse de sus verdaderos sentimientos, pues aunque él decía que no podía sentir nada por ella, por cosas como esta, Scarlett sabía que eso no era verdad.

Artemis suspiró y miró a Apolo.

—Me presté a ayudarte con la protección del Escudo, pero no pienso dejar que te enfrentes a todos por Ares, hermano.

Capítulo 22

—No puedes impedírmelo, Artemis. —Cuando Apolo abrió la puerta, una sombra negra apareció en el punto de mira de todos aquellos quienes poseían una vista más óptima. Parecía subir por el acantilado.

Scarlett entrecerró los ojos para ver mejor ante el repentino silencio de Apolo y la sagaz mirada que le dedicaban los dos hermanos al fondo del jardín; hacia el acantilado. Entonces lo vio, una figura se ponía en pie y caminaba hacia ellos. De inmediato lo supo, un brillo dorado destelló en la oscuridad, eran sus ojos y Scarlett salió disparada hacia él. Era Ares. Él avanzó hasta llegar cerca de la puerta con una sonrisa puesta en la cara mientras se encontraba con Scarlett a medio camino. A pesar de su sonrisa, su aspecto era derrotado, llevaba la camiseta hecha jirones y algunos arañazos y heridas en los brazos, e iba completamente mojado, parecía un náufrago sexy.

—¿Estás bien? —Se preocupó Scarlett.

—Sí. —Le sonrió. Y entonces ella le dio una bofetada.

—¿Se puede saber porque demonios te has tirado al mar? ¡Eres idiota!
—Ares se quedó sorprendido, desde luego no era lo que esperaba.

A lo lejos Artemis vio la escena y pensó que Scarlett estaba loca. ¡Había pegado a Ares! Estaba segura que él iba a matarla y preparó rápidamente su flecha, no lo mataría pero lo debilitaría para poder salvar a Scarlett de la ira de Ares. A su lado, su hermano la detuvo.

—No pasa nada, mira. —Le sonrió Apolo mientras le bajaba el arco. Ella frunció el ceño.

¿Qué mirara? ¿Se había vuelto loco? Parecía mentira que no conociera a Ares. Y entonces vio como él cogía al Escudo de la cintura, le alzaba el mentón y la besó. ¡La besó! No lo podía creer. Un sentimiento extraño inundó el corazón de Artemis, era entre felicidad por Ares y envidia, pero no envidia por Ares o por Scarlett, sino por lo que significaba el beso en sí.

Scarlett estaba furiosa con Ares por haberse expuesto de aquella manera, pero en cuanto él la besó y sus fuertes brazos la envolvieron traspasándole su calor, su furia se transformó en deseo y alivio, por lo que se abrazó a su cuello. Estaba húmedo por el agua y su cabello ondulado le caía por la cara, su camiseta mojada y casi destrozada dejaba visibles partes de sus

duros y torneados músculos. Antes de que la besara de esa forma tan apasionada, había visto sangre y heridas. Sentía la conexión de la fuente de energía trabajando entre ellos para traspasarle parte de su vitalidad y curarle las heridas. Ares gruñó, no supo si en desacuerdo o por excitación, pero la aproximó más a su cuerpo haciendo que Scarlett notara su erección.

Sus cuerpos empezaban a sentirse ardientes y el beso se hizo demasiado entusiasta como para estar delante de un montón de gente, así que se obligaron a separarse, pero no del todo, Ares pegó su frente contra la de ella.

—Estoy bien, agápi —le susurró acariciándole la mejilla.

—Eres idiota.

—Eso ya lo has dicho. —Rio—. ¿Tú estás bien?

—Sí, pero si te llega a pasar algo... yo...—sollozó. Y él entrecerró su rostro entre sus manos.

—Perdóname, agápi.

—No vuelvas a asustarme de esta forma. —Ares volvió a besarla y Scarlett sintió el sabor de las gotas saladas del agua del mar en sus labios una vez más. Sabían a gloria en los excitantes labios del Dios.

—Ven, vamos dentro que te estoy mojando y no es muy seguro que estemos aquí fuera. —La cogió de la mano y la llevó hacia dentro.

Ares saludó con la cabeza a una muy impresionada Artemis cuando pasaron por su lado, después todos los demás les siguieron a dentro esperando una explicación de lo que había pasado bajo el agua. Ares se quitó la camiseta nada más entrar en la casa y Scarlett pudo ser testigo de lo mucho que amaba a ese hombre, bueno Dios. Se había sacrificado por ella para que otro Dios no volviera a hacerle daño aun sabiendo que no estaba en su mejor momento. ¿Por qué tenía que hacer cosas tan bonitas y estúpidas por ella? ¿Es que no veía que así no hacía otra cosa que hacer que lo amara cada vez más? Pero no podía, no debía. Se quedó embelesada una vez más con su cuerpo, era demasiado atrayente y deseaba tocarlo, más de lo normal. Su corazón martilleaba en su pecho de una forma deliciosa y sus mejillas se sonrojaron.

Ares se dirigía a su habitación para cambiarse cuando Scarlett lo detuvo.

—Las heridas... yo...

—No hace falta —sentenció serio. Se fijó de nuevo en las heridas y parecían presentar un mejor estado que antes. Con el beso se habían curado un poco y en esos instantes parecían simples rasguños. Pero aun así, su aspecto era cansado.

—Está bien, no tardes. —No quiso presionarlo pues sabía lo mucho que odiaba quitarle su energía.

Ares asintió con la cabeza y cuando Scarlett se giró para volver con los demás, él la cogió del brazo, la giró y la besó dura y rápidamente. Después se marchó escaleras arriba dejándola totalmente necesitada de más.

En cuanto volvió comenzó el interrogatorio por parte de Apolo y Artemis.

—Cuando vi la mano de Poseidón enroscada en Scarlett, lo único que pude pensar era en matar a ese pez de mierda, y sabiendo que Artemis andaba por ahí, me lancé a por él. Sé que fue estúpido. —Ares se recostó sobre el sofá con los brazos en la cabeza como si nada, como si no acabara de enfrentarse a un Dios por ella.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Apolo haciendo la pregunta que todos querían hacer.

—Una vez estuve en el agua puede ver como ese gallina se escapaba dejándome a unos cuantos tritones de regalo. Luché contra ellos y obviamente los derroté, incluso bajo el agua, pero perdí a Poseidón y volví a subir por el acantilado, eso es todo —explicó Ares tranquilamente.

—¿Eso es todo? Un poco más y no lo cuentas, eres consciente de que si Poseidón no llega a ser un cobarde, y tu sin tu aura divina, lo más probable es que hubieras muerto, ¿no? —rebató Apolo, Ares se encogió de hombros.

—¿Y qué esperabas que hiciera? ¿Dejar que volviera a intentar matar a Scarlett? De esta forma sabemos que no se atreverá a luchar contra el Dios de la guerra, es un gallina. —Sonrió de medio lado triunfante.

—Eres un fanfarrón y un temerario. —Le golpeó Scarlett en el brazo que estaba sentada a su lado—. Me has asustado mucho. —Ares se incorporó y enmarcó el rostro femenino entre sus fuertes y grandes manos.

—No tienes que preocuparte por mí —le dijo mirándola a los ojos, y después la besó en la frente.

El corazón de Scarlett martilleaba con fuerza en su pecho, y se preguntó si algún día podría acostumbrarse a esas sensaciones tan placenteras que sentía cuando él la tocaba. No obstante sabía que no durarían mucho tiempo. Él la hacía sentirse segura y cómoda, le encantaba estar entre los brazos de Ares, parecía que era allí donde ella pertenecía. Lo amaba, pero no podía hacerlo y aunque él no le hubiera dicho tampoco sus sentimientos por ella, por cosas como estas, en las que estaba dispuesto a dar su vida por ella o por el hecho de no querer quitarle su energía para su beneficio, Scarlett quería

creer que ella era alguien especial para él.

—Pues lo hago. —Le sacó la lengua burlescamente Scarlett, y Ares le dedicó una media sonrisa, para después acariciarle ligeramente la mejilla mientras la soltaba. No quiso que dejara de tocarla, aun sentía un pequeño hormigueo en la mejilla por su contacto.

Entonces Scarlett fue consciente de la mirada de Artemis, la cual seguía mirándolos como si fueran una especie de locos haciendo locuras, aunque bien mirado... todo lo que los envolvía era raro. Apolo carraspeó.

—Mmm, no quiero parecer un ignorante, pero, ¿qué es el aura divina? —preguntó Scott.

—Cuando venimos a la tierra procuramos pasar desapercibidos, por eso nos deshacemos de nuestra aura divina, que es básicamente todo nuestro poder de Dios, pero nos quedamos con algunos dones que se amoldan a lo que aquí puede ser algo entre normal y destacado. Pero como yo fui desterrado por Zeus no puedo volver a tener mi aura divina hasta que cumpla el trato que hice con él —explicó Ares.

—¿Y qué trato era? —preguntó Dafne curiosa. Scarlett sentía la misma curiosidad o incluso más.

—No tiene importancia —dijo Ares con su cara de acelga habitual.

—Ares... ¿Qué trato era? —Scarlett tuvo la sensación que le daba vergüenza decirlo, lo cual era inaudito en Ares.

—Ya te dije que soy un monstruo, he hecho cosas horribles a los humanos, pero quiero compensároslo —le contestó a Scarlett solamente, pues en resumidas cuentas, solo deseaba hacerla feliz a ella. Scarlett alzó sus brazos y cogió la cara de Ares entre sus manos.

—No vuelvas a decir que eres un monstruo, no lo eres. Todos tenemos derecho a equivocarnos, y que quieras cambiar es un comienzo para solventarlo, ¿vale? —Le sonrió Scarlett.

Ares se quedó mirándola a los ojos, esos ojos tan reales del color de la miel. Su corazón vibró al sentir las palabras de Scarlett, de su agápi. Era tan diferente a nadie que hubiera conocido, que no podía ser real. Ella era la primera persona en ver a través de él, sabía que lo entendía o que hacía el esfuerzo de hacerlo, sabía qué sentía ella por él y eso lo hacía sentirse más fuerte y un Ares nuevo, pues si alguien tan puro y bueno como ella podía amarle, es que había esperanza para él. Aunque no la merecía y jamás pudieran estar juntos, siempre la llevaría en su corazón.

Con ella había aprendido a sentir. ¡Joder! La amaba de verdad, aunque

no supiera qué mierda era el amor, sentía que cuando estaba con ella podía experimentarlo en sus propias carnes. En lo único que pensaba era en que estuviera protegida, segura y amada, y por supuesto ser él quien la hiciera sentirse así. La deseaba como a nadie en el mundo y no podía evitar sentir que era suya, aunque realmente no lo era ni podría serlo jamás. Y no quería que supiera lo que había hecho para llegar a esto, se horrorizaría y lo odiaría, además en cierta forma la estaba usando y eso le corroía por dentro.

—Vale. —Le contestó sin más. Había tantas cosas que quería decirle... pero era un desastre cuando se trataba de sentimientos.

—Voy a potar arcoíris de tanto amor que se respira en el ambiente, ya os lo digo —soltó Dafne en broma.

Todos rieron excepto Ares y Scarlett, quienes se separaron inmediatamente. Aun así, Scarlett sonrojada cogió la mano de Ares para seguir dándole su apoyo. No creía para nada que fuera un monstruo como él decía y que tuviera esa concepción de sí mismo le dolía mucho. Era el Dios de la guerra y no le costaba imaginar qué cosas horribles podría haber hecho para que Zeus lo desterrara a la tierra, no sabía qué trato habían hecho, pero creía firmemente en que Ares estaba cambiando o intentando cambiar para ser un mejor Dios de la guerra y no ese violento y lleno de ira como se suele personificar a Ares.

—Vale, está claro que los dioses a favor de Zeus empiezan a mover ficha, así que deberíamos sacar lo antes posible a tu madre del cautiverio de Afrodita por si la quisieran usar contra ti —dijo Apolo.

—Estoy de acuerdo, me pondré en contacto con Eros e iré a por ella lo antes posible.

—¿Qué? Ni hablar, no estas preparada —se negó Ares.

—Es mi madre, tengo que sacarla de allí ya. He mejorado con la espada y puedo sentir si un Dios se acerca, me esconderé y desearé ocultar mi presencia. Estaré bien. —Quiso convencerlo a él pero también a sí misma—. No digas nada, no voy a cambiar de opinión —le dijo mirándolo a los ojos haciéndole saber que iba muy en serio.

—¡Joder Scarlett! —Se quejó a sabiendas de lo tozuda que era y que no iba a poder hacerla cambiar de opinión—. Pues iré contigo.

—Si vamos uno de nosotros Afrodita y Hefestos lo notarán, no nos podemos arriesgar a que se la lleven a ella también, o algo peor —razonó Apolo refiriéndose a Scarlett.

—Pues los distraeré.

A Scarlett no le gustó nada que Ares se ofreciera a distraer a Afrodita, no quería verlo cerca de esa arpía loca.

—No hará falta, Eros me ayudará, todo saldrá bien. —Estaba realmente nerviosa, pero pensar en el miedo que debería estar pasando su madre, sola y rodeada de monstruos o vete tú a saber con quién, sin saber qué le estaban haciendo, le daba la fuerza suficiente como para seguir adelante con el plan.

Y así lo dispusieron. Ares no estaba muy contento y tanto Dafne como Scott se ofrecieron para ayudarla, pero más gente sería peligroso; los podrían sentir e ir a por ellos, y Scarlett no quería poner en riesgo a sus amigos. Apolo estaba preocupado pero entendía que era la única forma de salvar a su madre y en el fondo Ares también lo sabía cómo comprendía que era muy importante para ella que la apoyara en esto.

—Por cierto, hay una cosa que no os he dicho —dijo Scarlett haciendo que todo el mundo pusiera sus ojos en ella—. Antes, cuando estaba bajo el influjo de Poseidón he deseado que no estuviera tan oscuro... —Miró a Ares, pues era el único a excepción de Dafne que sabía lo de su miedo a la oscuridad—. Y una luz azul eléctrico ha surgido de mi mano, era como una bola de energía pequeña.

—¿En serio? —Se sorprendieron Scott y Dafne a la vez. Scott estaba más abrumado por momentos.

—¿Solo era luz? ¿O crees que podrías usarlo contra alguien? —preguntó Apolo que ni se había inmutado ante esa descabellada habilidad de Scarlett.

—No lo sé.

—Pues vamos a averiguarlo —dijo Ares poniéndose en pie.

—¿Qué? ¿Cómo? No sé cómo lo he hecho —admitió ella mirándolo hacia arriba. Él le ofreció una mano y ella se la cogió sintiendo su calor y cosquillitas en su palma; la ayudó a ponerse en pie.

—Entrenaremos hasta que te salga y probaremos qué puedes hacer. Contra más habilidades tengas para protegerte, mejor —contundió Ares.

—Yo lo dispondré todo con Eros —se ofreció Apolo. Scarlett asintió.

—Muchas gracias por todo, a todos. —Les sonrió a todos y cada uno de ellos.

Scarlett estaba emocionada por la ayuda que le brindaban sus amigos, dioses o no. Incluso a Artemis, que aunque no le gustaba cómo veía a Ares y su forma de ver las cosas, no la culpaba, pues a fin de cuentas Ares era un Dios y ella una simple humana, y era imposible de creer que si Ares antes

solo había sentido odio, rabia e ira, de repente pudiera sentir alguna otra cosa contraria gracias a ella. Desde luego Scarlett no lo pensaba, simplemente creía que Ares había actuado ante los Dioses como se esperaba que hiciera y no le habían dado la oportunidad de mostrarse como es él realmente.

Lo observó, ese rostro siempre tan serio y masculino, con su mentón cuadrado y sus ojos dorados, y esos labios tan deliciosos que le habían dado el placer más atronador. Un ser que se preocupaba por ella, que la estaba ayudando a pesar de que no le debía nada, ese era Ares, su Ares. No Ares, el Dios de la guerra al que todos veían como un ser despreciable, lleno de ira y que solo busca ocasionar conflicto y destrucción. Aunque quizá sí que había sido ese Ares... O, ¿seguía siéndolo y la estaba usando como había dicho Artemis?

Capítulo 23

Scarlett estaba sudando lo que no estaba escrito. Ares la estaba haciendo trabajar toda la noche. La última vez que había mirado el reloj de pared del gimnasio eran las tres de la mañana. Por fin la dejó descansar, y mientras ella se sentaba en uno de los bancos de madera que había cerca de la puerta, Ares fue a traerle una botella de agua. Seguramente presentaba un estado deplorable, se sentía sudada, cansada y dolorida, la camiseta de tirantes blanca se apegaba a su cuerpo sudoroso y lo odiaba. Mientras esperaba se apretó su coleta y cogió aire. Desde luego los entrenamientos de Ares no eran para tomárselos a broma, y estaba segura que no era ni la mitad de duro con ella como lo sería con cualquier otro.

No habían conseguido que la bola de energía saliera a flote y Ares la había atacado de todas las formas posibles de combates cuerpo a cuerpo para ver si de esta manera su cuerpo reaccionaba y lo atacaba con la bola de energía, pero nada. Después con espadas, había sido más duro que las otras veces y Scarlett sabía que era porque estaba preocupado por ella, quería que estuviera lo mejor preparada posible. Se recostó en la pared y el sueño empezó a apoderarse de ella. Estaba muy cansada, pero Ares seguramente quería proseguir con la tortura, aunque ella no se veía capaz de mover ni un músculo más.

Cuando Ares entró en el gimnasio de nuevo trayéndole el agua fría a Scarlett la vio recostada en la pared con los ojos cerrados, estaba increíblemente sexy con los labios entreabiertos y la ropa sudada pegándose en todos los lugares óptimos de su seductor cuerpo. Ver casi durante toda la noche como se le ceñía esa camiseta a sus generosos pechos y como esos leggings negros enmarcaban ese maravilloso trasero, lo habían puesto cada vez más duro. Pero tenía que mantener la mente fría y centrarse en el entrenamiento en vez de desear con ansias tumbarla allí mismo y hacerle el amor. Nunca había deseado tanto a una mujer fuera de la especie que fuera. Scarlett tenía algo especial y diferente que la hacían única. Y no solo era porque tenía sangre

divina o porque fuera el Escudo, sino porque ella era por la única persona a parte de Apolo por quien daría la vida, la inmortalidad y sus dones, no quería nada de eso si a cambio tenía que perder a Scarlett.

Se acercó a la morena y dejó el agua a un lado del banco para sentarse junto a ella, no pudo evitarlo, tenía que tocarla. Le acarició la mejilla muy suavemente, casi un roce. Después pasó su pulgar por sus carnosos y rosados labios. Lo volvía loco, quería besarla, quería hacerla suya a toda costa, pero no podía, no si con ello acababa muerta. El destino era caprichoso y había hecho que en toda su maldita eternidad se enamorara de una chica, de la cual él dependía y jamás podría ni se merecía tener. Scarlett se removió y apoyó su cabeza en su hombro y Ares no pudo más que acogerla entre sus brazos.

—Mi agápi...—susurró en su cabello para después depositar un suave beso—. Gracias a ti estoy descubriendo quien soy y no quien todos quieren que sea.

Estuvieron un rato así, Ares pensando en lo mucho que había cambiado desde que conoció a Scarlett, tanto él como su vida.

—Mmm. —Se desperezó Scarlett—. ¿Ares? ¡Me he quedado dormida! Lo siento —dijo separándose de él un poco.

—No pasa nada, estabas preciosa y no he querido despertarte. —Le sonrió Ares y Scarlett se sonrojó—. ¿Tienes sed? —Le ofreció el agua.

—Sí, gracias. —Cogió la botella y bebió bajo la atenta mirada de Ares—. Se me estaba quedando el culo plano. —Rio Scarlett—. ¿Qué pasa? —preguntó sonriente al ver que Ares no le quitaba el ojo de encima.

—Nada, solo me preguntaba dónde habías estado todo este tiempo. —Scarlett sonrió al tiempo que su corazón daba un vuelco.

—Pues esperándote. —Y atrevida se inclinó sobre él y le dio un dulce beso en los labios.

En seguida, Ares reaccionó y no permitió que se separara de él, intensificó el beso posando una de sus manos en su cuello y la otra en su cintura acercándola más a su cuerpo. Pero se obligó a detenerse, pues no quería llegar más lejos, tenía que acabar con lo que fuera que tenía con Scarlett, pues al final, no podrían estar juntos y esto les hacía daño a ambos.

—Será mejor que vayas a dormir, para mañana tienes que estar descansada. —Se puso en pie y usó ese tono frío y distante que tanto odiaba usar con ella.

Vio como en los ojos miel de Scarlett se reflejaba el dolor que le había causado su rechazo, pero se dijo que era por su bien. Él no era bueno para

ella, era un ser despreciable que la usaba para sobrevivir, y antes de conocerla quería que fuera su víctima y su excusa para poder volver al Olimpo; no se lo perdonaría jamás. En esos momentos solo podía pensar en que ella estuviera a salvo y feliz, aunque eso significara quedarse al margen de su vida, ya le había causado bastantes problemas al elegirla como su fuente de energía como para que también le acabara por arrebatar la vida porque necesitaba con urgencia hacerla suya.

—Ares...—Lo llamó cuando ya estaba encaminándose hacia la puerta. No se giró pero sí esperó a ver qué tenía que decirle—. No quiero que te sientas culpable, esto es cosa de los dos.

Él no lo creía así, pero una vez más, ella lo conocía lo suficiente como para saber en qué estaba pensando.

—Yo dejé que me eligieras como tu fuente de energía, sin saberlo, sí, pero no me arrepiento. —Esas palabras no hacían más que potenciar sus sentimientos hacia ella.

—No sé si entiendes que el Oráculo ha profetizado que voy a matarte —dijo seco y se giró para mirarla a los ojos esperando ver miedo en ellos.

Scarlett se levantó del banco y caminó hacia él. No había miedo sino confianza, confianza en él; eso lo desarmó. Era tan reconfortante saber que alguien confiaba tanto en él como para poner su vida en sus miserables manos... Pero a la vez era aterrador.

—Lo entiendo perfectamente, como también creo que son simples conjeturas que pueden cambiar, y lo más importante es que sé que tú jamás me matarías para conseguir el poder absoluto. —Él rio amargamente.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¿Lo harías? —le preguntó ella aún más seria mirándolo directamente a los ojos.

—No, claro que no —declaró sin dudar.

—Pues eso es lo que cuenta y no lo que diga un estúpido Oráculo. —Le sonrió y tuvo que abrazarla. La cogió de un brazo y la impulsó hacia su pecho. Al entrar en contacto con su cuerpo, el suyo se calentó, su olor a fresas lo embriagó y se puso duro.

—No sabes lo mucho que deseo hacerte mía, cada día, cada noche, cada hora... dioses, me vuelves loco, Scarlett. —Ella le correspondió al abrazo y rio con el corazón acelerado y su cuerpo reclamando ese contacto que prometía en sus palabras.

—No más que yo de que lo hagas. —Suspiró.

Ares se separó un poco y la besó en la frente.

—Vamos, ve a descansar antes de que me arrepienta. —La soltó a pesar de las pocas ganas que tenía de hacerlo.

Scarlett le dedicó una sonrisa triste y se dirigió hacia su cuarto, donde se dio una larga ducha de agua caliente recordando el contacto de Ares sobre su piel. Pensando en lo bien que se sentía en sus brazos, lo mucho que lo amaba y en la manera en como lo necesitaba completamente para ella. Era muy difícil no poder estar con la persona que amabas cuando ella sentía algo parecido, pues Ares solo había hablado de deseo y no de amor. Aun así el destino cruelmente lo había dispuesto, él era un dios y ella una humana que estaba predestinada a darle toda su energía para que él pudiera derrotar a Zeus y evitar que controlase a la humanidad. Y eso representaba su muerte, por mucho que Ares no quisiera ni pensarlo, en lo más hondo de su ser sabía que ese era su cometido y que nadie podría evitarlo.

Llegó el momento de ir en busca de su madre, habían quedado con Eros en una de las entradas que llevaban al palacio de Hefestos. Según parecía había diferentes puertas, una especie de portales mágicos que te llevaban al Olimpo, al Inframundo o incluso a algunos de los habitáculos de los dioses que utilizaban estos mismos para moverse entre los humanos. Claro que muy pocos sabían de ellas, ni los propios dioses sabían dónde estaban la mayoría de entradas. El único que tenía ese conocimiento eran Zeus y Hermes. Este último, según le había contado Apolo, tenía la responsabilidad de llevar las almas al Inframundo en su condición de Hermes psicopompo^[6], y usaba esos túneles con frecuencia. Esperaba no tener que encontrárselo.

Pero Eros sabía de una entrada que los conducía directamente hasta el palacio de Hefestos, en el Monte Vesubio, justo en el volcán. Eso tenía un poco preocupada a Scarlett, además de las propias presencias de Afrodita, que en teoría no se encontraría allí, y Hefestos, que en un principio estaría ocupado con los Cíclopes en su fragua trabajando los metales y forjando las armas de los dioses. Scarlett no pudo evitar que se le viniera a la mente el cuadro de “La fragua de Vulcano” de Velázquez. Aquellos hombres semidesnudos trabajando con metales de todo tipo y fuego forjando armas y armaduras míticas. Seguramente no tenía nada de real ese cuadro, y Scarlett no supo por qué se lo imaginó todo más tenebroso y esos hombres con un

solo ojo.

El plan era que Ares y Apolo la llevaran hasta la cueva donde podía acceder al palacio de Hefesto, el problema era que no sabían si podría atravesarlo y aparecer allí, pues los mortales no tenían esa habilidad, pero esperaban que al ser el Escudo y lo poco que tenía de sangre divina, le ayudaran a hacerlo. Por eso Eros no podía sacar a su madre de allí solo, pues él no conseguiría hacer que Anne atravesara el portal. Scarlett se retorció las manos de nerviosismo en la parte trasera del coche, esperaba que aquello funcionara de verdad y pudiera liberar a su madre, ella no tenía culpa alguna. Ares le había preparado algunos cuchillos que había aprendido a usar y le dio unos cuantos consejos más de lucha. Apolo la había advertido que pasara lo que pasara que no se enfrentara a un Dios, y menos a Zeus.

El viaje en coche estaba haciéndose demasiado largo y silencioso, el sol ya se estaba poniendo y cada uno estaba inmerso en sus pensamientos. Dafne y Scott quisieron acompañarla, pero claramente era más seguro que se quedaran en la casa con los símbolos de protección contra los otros dioses. Artemis a regañadientes se había quedado con ellos, aunque no le gustaba nada la idea y había manifestado varias veces que ella no era la niñera de nadie, pero finalmente Apolo consiguió que cediera.

Les estaba muy agradecida a ambos, pues la estaban ayudando incluso poniéndose en contra a su familia, si es que se podían llamar así, ya que Zeus intentaba matar a Ares también. No sabía por qué pero tenía un mal presentimiento de todo aquello, estaba muy nerviosa e inquieta.

—Estamos llegando —dijo al fin Apolo, entrando en un camino de tierra cubierto por árboles y plantas que parecía que se abría a medida que ellos circulaban—. Creo que pararé el coche aquí, es mejor que sigamos a pie —informó.

Scarlett bajó del coche aun nerviosa, el sol ya se ponía y pronto se sumergirían en la más absoluta oscuridad del bosque. Eso la ponía tensa. Se había vestido con unos tejanos elásticos negros y un jersey de cuello alto ajustado igualmente negro, con sus deportivas grises y azules que la acompañaban a todas partes. El cabello se lo había recogido en un pequeño moño con los mechones más cortos cayéndole por el rostro, y los cuchillos los llevaba en unos cinturones especiales para ello. El collar que le había regalado su madre colgaba de su cuello oculto bajo el jersey. Antes, Dafne, para aliviar la tensión había hecho la broma sobre si iba a atracar a un banco, porque la verdad, vestida así es lo que parecía. Había escogido eso en

concreto para poder ocultarse en las sombras tal y como le había indicado Ares. Menos mal que hacía fresco, porque de lo contrario se estaría asfixiando.

Siguieron a pie a través del denso bosque, Scarlett se preguntó si realmente sabían dónde iban, pero puesto que Apolo estaba muy decidido en el camino, suponía que sí. La senda no estaba habilitada para caminar y era una pendiente que subía montaña arriba, y a Scarlett le costaba seguir el ritmo de los dos Dioses, se le clavaban zarzas al igual que los cardos, y las rocas que había en medio le dificultaban el paso ligero así las ramas de los árboles y arbustos, pero no se inmutó, iba decidida a rescatar a su madre. Después de unos minutos subiendo, cuando la oscuridad la envolvía, se sintió un poco asustada, aunque Apolo brillaba y ella tenía una linterna. Al parecer ni Ares ni Apolo necesitaban una. Ares se puso a su altura.

—¿Vas bien?

—Sí, es que no tengo la agilidad de un par de dioses que yo me sé. — Ares le dedicó una media sonrisa, estaba tenso.

Unas rocas inmensas se plantaron ante su camino, esperaba que no tuviera que ponerse a escalar. Apolo ya no estaba y Scarlett miró hacia todos lados buscándolo.

—Nos espera en la entrada —informó Ares viendo que ella buscaba a Apolo.

—Se ha... ¿Teletransportado o algo así?

—Algo así. —Estaba demasiado serio.

—Ares, ¿qué pasa? —Scarlett lo detuvo cogiéndole el brazo.

—No tengo un buen presentimiento y Apolo ha tenido una visión pero no me lo ha querido contar, espero que tú no salgas herida porque si no pienso matarlo —dijo apretando los puños y mirando a un lado, sus ojos dorados brillaban con intensidad—. ¡Joder, me mata no poder ir yo en tu lugar!

—Seguro que saldrá todo bien —le dijo no muy convencida cogiéndole de la mano.

Sus miradas se entrelazaron y se procesaron todos los sentimientos que no podían expresarse en voz alta. A Scarlett le iba el corazón a cien por hora, no solo por lo nerviosa que la ponía la situación de adentrarse en una cueva y aparecer en la casa de un Dios situada en el mismísimo volcán Vesubio. Sino que también se añadía lo que Ares la hacía sentir, pensando en lo que podrían ser si no fueran quienes eran.

—Eso espero. —Ares se separó de ella, pero no le soltó de la mano y la guio hasta las altas rocas.

—¿Tenemos que subir por ahí?

—Me temo que sí, no te preocupes, yo iré detrás de ti. —La tranquilizó Ares.

Scarlett subió primero haciendo caso de las indicaciones que Ares le marcaba para poder subir, le señalaba por donde tenía que poner los pies y las manos. No tardaron en subir aquella rampa de rocas que gracias a los dioses estaban secas, pues eran de esas que si estaban húmedas, resbalaban. Después siguieron su camino unos minutos más y Scarlett se sentía un poco acalorada, así que se remangó las mangas.

—¿Queda mucho? —preguntó a Ares que iba unos pasos delante de ella.

—No, tiene que estar detrás de esa montaña. Mira, allí está Apolo.

—Por fin. —Suspiró ella aliviada.

—Habéis tardado una eternidad. —Rio el rubio mientras el viento alborotaba sus rizos de oro—. ¿No habréis hecho una parada en el camino, no? —Puso mirada de cómplice.

—¡Por supuesto que no! —Se ruborizó Scarlett. Ares puso los ojos en blanco—. No todos tenemos el poder de teletransportarnos. —Le dio un golpe en broma en el brazo a su amigo.

—Vale, vale. —Rio—. Hay una gran piedra que bloquea la entrada —informó.

—¿Y no has podido moverla durante todo este rato? —se mofó Ares.

—Ya sabes que los trabajos forzosos no son lo mío, estaba esperando que el gran Dios de la guerra nos deleitara con su fuerza —dijo con sorna Apolo.

—Serás capullo —dijo acercándose a la roca en cuestión que era enorme y pesaría más de una tonelada.

Impresionantemente movió la gran roca como si no fuera nada, claramente si ya era así de fuerte sin su aura divina, no quería imaginar como lo era con ella y el miedo que transmitía Ares cuando sus enemigos se enfrentaban al gran Dios de la guerra en todo su esplendor. Además de su fuerza era muy buen luchador y manejaba muchas armas y técnicas de lucha con total maestría, era todo un guerrero feroz, su guerrero feroz.

—Bueno, ha llegado la hora —dijo Apolo.

—Estate atenta a todo, no confíes en nadie y sobre todo, si estás en

peligro huye, pero si no puedes recuerda todo lo que te he enseñado y haz tiempo, si ha pasado una hora en la tierra y no estás aquí, iré a por ti. ¿Vale? —le dijo Ares preocupado mientras la sostenía por los hombros.

—Estaré bien, iré con cuidado. —Le sonrió para tranquilizarlo, pero su corazón iba a toda velocidad por el miedo y la incertidumbre que sentía por no saber qué le deparaba, esperaba no llegar demasiado tarde para su madre.

Ares la besó apasionadamente pegándola a su cuerpo como si no quisiera dejarla ir jamás, y es que eso era exactamente lo que quería. Ella lo abrazó y lo besó con igual desesperación por si no volvía a verlo. Sus lenguas se agitaron la una contra la otra y sus cuerpos deseosos el uno del otro intentaban convertirse en uno. Pero se tuvieron que despegar muy a su pesar. Ambos, con las respiraciones agitadas. Scarlett no pudo abrir los ojos pues si lo hacía, lágrimas se derramarían por sus mejillas. Ares le tocaba en el alma, sus besos, sus caricias, su sabor, su olor a miel y fuego..., todo de él la hacían amarle cada vez más, y pensar en separarse de él era doloroso, y más si no sabía si volvería a verlo.

—Gracias por todo lo que habéis hecho por mí —le susurró ella.

—No hagas eso —suplicó él.

—¿El qué? —le preguntó extrañada.

—Despedirte de mí como si no fueras a volver.

—Volveré. —Le aseguró deseando hacerlo lo antes posible para poder cobijarse bajo esos protectores brazos.

Ares asintió y se obligó a separarse de ella y dejarla marchar, cosa que le era muy difícil. Aun rondaba por su cabeza el hecho de que Apolo no le hubiera contado su visión, no denotaba nada bueno. Esperaba que no significara que Scarlett iba a salir herida de todo esto, o algo peor. Porque si no iba a matar a Apolo con sus propias manos.

—Mucha suerte. —La envolvió entre sus brazos Apolo—. Estaremos aquí mismo cuando vuelvas.

—Gracias por todo. —Le correspondió al abrazo.

—No tienes que agradecerme nada. —Le sonrió.

Y después de coger nuevamente la linterna comenzó su inspección en busca del portal dentro de la cueva, cada vez se volvía más oscura mientras se alejaba de la luz de Apolo bajo las atentas miradas de ambos dioses.

Capítulo 24

Scarlett llevaba un tiempo caminando sin tener indicios de nada sobrenatural en aquella cueva, más bien parecía que en cualquier momento iba a salir un oso gigantesco o un jabalí para atacarla. El único ruido que escuchaba era el de sus deportivas contra el suelo y un goteo constante de agua que se filtraba por las rocas, el frío cada vez era más palpable y tenía que ir con mucho cuidado de no tropezarse con las piedras y rocas que tenía que sortear.

Aquello le parecía una auténtica locura, estaba en una cueva de vete tú a saber dónde, buscando un portal o una entrada que la iba a llevar directamente al palacio del Dios Hefestos, el cual estaba situado en la otra punta del mundo, ni más ni menos en el volcán Vesubio. Sí, ese que había dejado cubierto con su lava las ciudades de Herculano y Pompeya en la antigüedad, llegados a ese punto Scarlett pensó que aquella gente podría tener razón y el Dios de la herrería fuera el causante de su destrucción.

En teoría, Eros le estaba esperando en la entrada, pero todavía no había nada que le indicara que estaba allí. Esperaba que no se hubiera arrepentido o que lo hubieran pillado intentando ayudarla.

De repente, sintió una brisa calentita con olor a metales que venía de detrás de una roca separada de la pared. Scarlett fue hacia allí y giró a su alrededor, detrás de esta sintió un calor muy extraño y se acercó al punto donde era más intenso; posó su mano con mucho cuidado por si quemaba. Y en cuanto lo hizo una luz azul salió de su dedo dejándola totalmente estupefacta, y la piedra brilló con una intensidad cegadora que obligó a Scarlett a cerrar los ojos. Cuando pareció mitigar la luz, ante ella había una especie de recuadro brillante donde antes solo había piedra. No podía creerse todo lo que veía, su pulso estaba acelerado y el miedo le inundaba las venas.

—¿Scarlett? —la llamó una voz desde el otro lado, ella se sobresaltó y dio un paso atrás—. ¿Eres tú? —Volvió a hablar la voz que se le antojó familiar.

Un momento después de recuperarse del shock, por fin reconoció esa voz.

—¿Sean? —preguntó en voz alta—. Bueno Eros, quiero decir. —Oyó como reía al otro lado.

—Sí, soy yo. ¿Puedes atravesar el portal?

—No lo sé —dijo Scarlett acercando una mano, la cual poco a poco la introdujo dentro produciéndole cosquillas, y de pronto notó como una mano estiraba de ella hacia dentro.

Cayó sobre un pecho masculino bien trabajado y miró hacia arriba, claramente él no era Sean. Este Dios que se presentaba ante ella brillaba como Apolo y le sonreía con familiaridad, con unos ojos marrones que no olvidaría pero que en ese momento tenían un brillo más intenso, su voz era la misma pero su rostro era otro aunque se parecía a Sean.

—Me alegra volver a verte. —La besó en la mejilla y su corazón dio un vuelco. Realmente era muy guapo, los rizos le caían por encima de los ojos con una tonalidad dorada oscura y su rostro parecía tan angelical que dolía. «¿Todos los dioses son la perfección hecha carne y hueso o qué?», pensó embelesada.

—¿Eros? —preguntó estupefacta.

—El mismo, siento haberte engañado, no era mi intención hacerte daño y mucho menos llegar a todo esto... —dijo realmente arrepentido.

—No pasa nada, no es culpa tuya —le contestó para animarlo porque sabía que algo le había empujado a hacer todo aquello. Al menos estaba intentando solventar su error.

—Sí que lo es.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo separándose de él.

—Claro.

—¿Realmente existe Sean?

—Sí, es un descendiente mío. No sufrió daño alguno, si es a lo que te refieres. Ahora mismo es como si él hubiera vivido lo que sucedió cuando era yo, nunca le hice daño alguno, te lo prometo.

—Te creo.

Realmente lo hacía, no tenía por qué dudar de la palabra de Eros, ¿no? No obstante no estaba del todo segura en aquel lugar, pues como Ares, tenía un mal presentimiento; pero no le quiso decir nada para que no se preocupara más. Y sobre todo, las palabras de Ares diciéndole que Apolo había visto algo pero no había querido decírselo, aun le rondaban por la cabeza. No, no quería obsesionarse con ello, no tenía por qué pasar nada, y si Apolo sabía que iba a estar en peligro, nunca la hubiera enviado a una muerte segura, ¿no?

Decidió no pensar más en ello, cuando volviera con su madre sana y

salva, ya hablaría con Apolo sobre lo que había visto. Luego miró a su alrededor, se encontraba en una especie de cueva reformada muy parecida a donde había estado hacía unos segundos. Con la diferencia que allí había luz gracias a unas antorchas en unos cuencos de metal anclados en el suelo que iluminaban la sala de piedra.

—Tenemos que salir de aquí, ten ponte este peplo para no llamar la atención. —Eros le entregó una especie de vestido, era una túnica como las que llevaban en la antigua Grecia—. Y suéltate el pelo y descálzate.

—¿Aquí?

—Tranquila no voy a mirar. —Le sonrió pillo y luego se dio la vuelta. Scarlett se apresuró a vestirse con lo que le había dado el Dios.

Al principio ella dudó, no sabía ponerse aquello, pero en cuanto se desvistió y se puso manos a la obra supo exactamente como ponerse el peplo junto con el cinturón, no parecía muy complicado. Se descalzó y se soltó el pelo ondulado que le llegaba por los hombros. Cogió un par de cuchillos y los escondió debajo de aquella túnica, ceñidos a su cintura baja con el cinturón que Ares le había dado para llevarlos.

—Ya estoy, no sé si... me lo he puesto bien —dijo mirándose.

—¡Vaya! Te queda genial, estás preciosa. —Le sonrió Eros.

—No sé...

—Que sí, vamos, mete tu ropa aquí. —Le entregó una especie de saco hecha con piel de animal.

—Parecemos extras de una peli de la antigua Grecia —bromeó Scarlett, Eros rio.

—Vámonos antes de que venga alguien. —Le ofreció la mano a Scarlett y salieron de aquella sala.

—¿Está bien? —preguntó Scarlett preocupada.

—¿Tu madre? —Ella asintió—. No se encuentra en las mejores condiciones, pero está viva, le he llevado comida y agua cuando he podido, pero Afrodita prohibió que se le diera nada.

—¡Maldita bruja! —maldijo en voz baja. En el pasillo había la misma luz que en la sala, todo iluminado por antorchas y sin ventanas ni ningún foco de luz natural.

Tanto las paredes como el suelo eran de piedra, y algunos tramos estaban decorados con escudos, martillos y espadas de metal. En el aire se respiraba a eso, metal y calor, hacía mucho calor. Menos mal que Eros le había traído esa túnica. Al fondo del pasillo, que parecía interminable, se

oyeron unos pasos a toda prisa. Un hombre fornido y un poco sucio se acercaba a ellos a gran velocidad, era muy, pero que muy alto, más que Ares, que ya era decir con sus casi dos metros.

—Mantente detrás de mí y no alces el rostro en ningún momento, no le mires —le susurró bajito Eros.

Scarlett hizo lo propio cuando el corpulento hombre pasó por su lado. Se detuvo frente a Eros.

—Señor —dijo con respeto inclinando la cabeza, después Scarlett notó su mirada clavada en ella, pero no alzó el rostro.

—Sigue con tu tarea Polifemo —ordenó Eros muy tajante y serio.

—Hefestos me envía porque me ha dicho que alguien ha usado el portal de las montañas —dijo un poco cauto. Scarlett se centró en sus enormes y sucios pies, desde luego ese ser no era humano y al tenerlo más cerca podía notar su presencia sobrenatural.

—He sido yo —contestó Eros para desviar la atención del tal Polifemo. A Scarlett le sonaba ese nombre, pero no lograba acordarse.

—Ya veo. —En su voz Scarlett notó un deje de sonrisa cómplice y su mirada sobre ella—. Entonces le comunicaré a Hefestos su regalo.

—¡No! Ella es mía. —Scarlett sintió un escalofrío de miedo e intentó mantener la cabeza gacha y sin hablar, algo que le estaba costando mil demonios—. No le digas nada de ella sino quieres sufrir las consecuencias de ello —lo amenazó el Dios del Amor.

—Sí, señor. —Pero el hombre no le quitaba el ojo de encima, nunca mejor dicho, porque en cuando Scarlett alzó un poco el rostro pudo ver que ese hombre solo tenía un ojo, y entonces recordó que Polifemo era el nombre del más famoso de los Cíclopes.

Ella ahogó un grito de sorpresa al ver aquella extraña criatura y volvió a centrar su mirada al suelo aunque con agitación y nerviosismo. Después de unos minutos observándola inquisitivamente, el Cíclope prosiguió su camino. Fue entonces que tanto Scarlett como Eros soltaron el aire que habían retenido.

—Ha estado cerca. —Sonrió Eros.

—¿Me he vuelto loca o solo tenía un ojo? —explotó Scarlett estupefacta por lo que acababa de vivir y ver.

—Es un cíclope, claro que solo tienen un ojo —respondió con naturalidad el Dios.

—¡Oh, claro! Yo me encuentro cíclopes todos los días. —Ironizó ella

poniendo sus manos en jarra. Eros rio.

—Vale, prosigamos. Me encanta que no hayas perdido tu sentido del humor, eres muy fuerte.

Scarlett se sonrojó, no dijo nada porque no creía que fuera una persona fuerte, simplemente deseaba que su madre estuviera bien y tenía la convicción de que la sacaría de allí. Si se hubiera rendido y aceptado que no iba a volverla a ver... Jamás se lo hubiera perdonado.

Aquello era un laberinto de pasillos a cual más calenturiento y oscuro que el anterior, no tenía ni idea de a dónde la estaba llevando, suponía que con su madre, pero bien la podría estar guiando hasta el mismísimo infierno y no se daría cuenta. Todo aquel palacio era igual, de piedras y las mismas decoraciones, aunque variaban según el pasillo. En el último que entraron había armaduras antiguas, cascos y lanzas griegas, el armamento hoplita, los soldados griegos. Scarlett estaba fascinada con todo aquello, era un museo en vivo. Al final de ese pasillo vio una luz más intensa.

—Ya estamos llegando, quédate aquí, escóndete detrás de esa armadura unos minutos mientras me deshago de los cíclopes que custodian a tu madre.
—Le señaló Eros.

Por fin iba a poder ver a su madre, por fin la podría poner a salvo y Scarlett estaba deseando salir de allí con ella y protegerla de toda esta locura sobrenatural que jamás habría ni siquiera imaginado que existía. Asintió con la cabeza y siguió las instrucciones de Eros.

—¡Joder! ¿Por qué tarda tanto? —gritó Ares cabreado pegándole un puñetazo a una roca que se resquebrajó.

—Tranquilízate, todavía dispone de media hora. —Lo intentó tranquilizar Apolo como llevaba haciendo todo el rato desde que Scarlett se había adentrado en la cueva y dejaron de verla.

—Es que no me fío de ese cabrón de Eros. ¡Tendría que haber ido yo!
—se quejó dando otro puñetazo y acabando de partir la roca en dos.

—Pues Eros es hijo tuyo y de Afrodita —remarcó Apolo.

—No es mi hijo, en todo caso el Eros primigenio es hijo del Ares primigenio, ese no es nada mío, jamás volveré a dejar que Afrodita me engatuse. —Eso lo cabreó mucho.

—No es culpa de él. Afrodita lo tiene controlado, pero esperemos que siga queriendo ayudar a Scarlett —dijo no muy convencido.

—¿Qué sabes? —Ares rápidamente se desplazó hacia su hermanastro

cogiéndolo del cuello. Estaba muy cabreado.

—No te lo puedo desvelar, no aun —contestó con calma Apolo.

—¡Joder! —Lo soltó—. ¡Estoy harto de tus visiones, profecías y adivinanzas! —Cerró los puños con fuerza, estaba tan preocupado por Scarlett que estaba a punto de perder la cabeza.

Si en diez minutos Scarlett no aparecía por la salida de esa maldita cueva él mismo iría a buscarla.

—Aquí están mis hombres favoritos. —Rio una voz femenina a sus espaldas con retintín.

Ambos se giraron hacia ella como un rayo. Que ella los estuviera buscando y supiera el lugar donde se encontraban..., no era muy esperanzador.

—¿Cómo nos has encontrado Afrodita? —preguntó Ares con su cabreo aumentado. No era idiota y sabía que si ella estaba allí, Scarlett no estaba a buen recaudo junto a Eros, justo como pensaba.

En su interior maldijo a todo y a todos, exudaba rabia e ira por cada uno de los poros de su divina piel. El sentimiento de venganza del antiguo Ares ocupó todos sus pensamientos y sus sentimientos, quería matar a alguien.

—Pregúntaselo a Apolo, él lo sabe muy bien porque lo ha visto en una visión, ¿no es así? Pero él también quería que Scarlett fuera sola allí. —Rio malvadamente.

—¿Cómo lo sabes? —le soltó cabreado Apolo. Luego miró a Ares sabiendo que lo que él estaba interpretando era que lo había traicionado, y no era así, al menos no del todo—. Ares, no la escuches, no es así como lo expone ella, lo está tergiversando para ponerte en mi contra. —Intentó razonar con él, pero Ares ya tenía esa expresión del guerrero feroz, violento y sin escrúpulos a la hora de matar que todo el mundo conocía.

—Tengo mis fuentes. —Eso quería decir que estaba en el bando de Zeus como ya sabían, pues solo él podía saber qué veía Apolo en sus visiones—. Por cierto, siento que tu amiguita esté a punto de morir, pero es necesario para que Zeus tenga el poder. —Rio.

—Serás... —No esperó más y fue en busca de Scarlett adentrándose en la cueva.

—No llegarás a tiempo...—se mofó la Diosa. Pero Ares hizo un esfuerzo hercúleo para no enzarzarse en una batalla contra Afrodita. Lo más importante era ir a proteger a Scarlett.

Había sido un auténtico gilipollas, sabía desde el principio que esto era

una encerrona, que no podía fiarse de los Dioses, no se fiaba ni de sí mismo... como para confiar en otros de su especie. Solo esperaba no llegar demasiado tarde, porque si Scarlett moría no le importaba destruir su mundo y el de ella, pues si Scarlett no estaba en él, todo le daba igual.

Capítulo 24

Scarlett estaba muerta de miedo, escuchaba ruidos provenientes de esa sala en la que Eros se había adentrado y donde muy posiblemente su madre estaba retenida. Escuchaba susurros de gente discutiendo, pero no podía entender nada desde aquella distancia. Scarlett estaba de los nervios, su corazón no paraba de latirle en el pecho y una voz interna le decía que huyera de ahí lo más rápido posible, pero no quería abandonar a su madre, esta vez no le fallaría y la salvaría. No podía esperar más, llevaba diez minutos escuchando y debatiéndose qué hacer o esperando que pasara algo, no sabía el qué. Lo único que quería era salir de allí con su madre sana y salva y hundirse en los brazos de Ares.

Así que decidió acercarse un poco más y ver qué había en aquella sala y si estaba allí su madre. Para no ser descubierta deseó ocultar su presencia con más fuerza, porque desde que había llegado ya lo había puesto en práctica. Pegada a la pared inició su plan, antes se cercioró de que no había nadie por el pasillo. Corrió hacia una columna de piedra que daba paso a la gran sala y se asomó. Lo primero que vio fue a Eros discutiendo en voz baja con un hombre moreno de pelo largo y rizado pero igual de guapo, quizá un poco mayor que él, de unos treinta y muchos. Sus ojos eran verde brillante, lo cual lo delataban como un Dios, si no fuera por la tez dorada y brillante de su piel. Además de su fuerte presencia, era la más fuerte que había sentido hasta ese momento. Sus ojos se le antojaron cansados, parecía que había vivido mucho más de lo que su físico aparentaba.

—¡Me prometisteis que la dejaríais libre! —Eros estaba cabreado pero intentaba no alzar demasiado la voz.

—Esta humana ya no nos sirve, has traído al Escudo, márchate antes de que te ganes un castigo, y sabes muy bien sobre quién recaerá mi ira —dijo el otro hombre con infinita dureza. Eros calló y pareció palidecer un poco. Claramente, la persona con quien lo había amenazado era muy importante para él.

Scarlett ya no tenía duda alguna de que eso era una trampa, había sido engañada una vez más por Eros. Supo que tenía que salir de allí cuanto antes, pero no podía dejar sin más a su madre atrás. Así que se asomó para

cerciorarse de que estaba allí, y para su desgracia sí que estaba, su madre presentaba un estado deplorable. Se encontraba en el suelo de rodillas con la cabeza gacha con el pelo rubio normalmente brillante, todo enmarañado y sucio. Estaba cogida por grilletes que sujetaban dos enormes cíclopes. Sus ropas estaban sucias y rotas, parecía que la habían torturado. A Scarlett se le encogió el corazón, su madre había sufrido todo tipo de malos tratos allí abajo por su culpa, ella era la única causante de todo su dolor. Si no hubiera huido de Ares y Apolo, su madre estaría tan tranquila en su casa y la maldita de Afrodita nunca hubiera aparecido en su vida. Unas lágrimas de dolor y culpa recorrieron su rostro, pero se dijo que tenía que mantenerse fuerte por Anne, saldrían las dos de allí y se recuperarían, aunque aún no sabía cómo, pues no podía enfrentarse a tantos ella sola, no era estúpida.

Vio como el hombre que había amenazado a Eros se acercaba a su madre y le levantó el rostro, el cual estaba magullado y con sangre seca en la frente y en los labios. Scarlett sintió que la ira y el dolor la recorrían, aun no sabía cómo, pero aquellos malditos seres iban a pagar por lo que le habían hecho a su madre.

—Una lástima, eres muy bella. —Sonrió con malicia. Su madre miró aquel hombre con una expresión de dolor y miedo que jamás había visto reflejada en nadie, sus bonitos ojos marrones estaban apagados, y la asustó lo que vio en ellos; estaba preparada para morir.

—¡Zeus, por favor! —suplicó Eros.

De repente una luz amarilla se formó en la otra mano del Dios y un rayo iluminó la sala, no podía ser, iba a matar a su madre. No le importaba que fuera el mismísimo Zeus, iba a matarlo aunque ella falleciera en el intento. La energía fluyó por su cuerpo y una vez más la bola azul de su mano apareció, esta vez más grande. No supo como pero la lanzó e impactó en la mano de Zeus antes de que lanzara ese rayo contra su madre. No le hizo muchos estragos pero sí evitó que acabara lanzandoselo a su madre, aunque muy posiblemente la convirtiera en su diana personal al descubrirse, pero no le importaba, lo único que quería era que su madre no sufriera más.

—Así que ahí tenemos al Escudo. —Sonrió—. Me gustaría decir que es un placer pero...ya ves, sería mentira.

—Lo mismo digo, Zeus. ¡Suelta a mi madre ahora mismo! —Scarlett se dijo para sí que estaba loca de remate, pero aunque por dentro estaba muerta de miedo, por fuera quería aparentar seguridad, y no estaba muy segura de estar consiguiéndolo.

Miró a su madre de reojo, que aun con aspecto cansado y demoledor la miraba con miedo y preocupación. Con una sonrisa quiso tranquilizarla como si lo tuviera todo bajo control, pero claramente Anne la conocía y sabía que no era así. Zeus rio profundamente atrayendo su atención hacia él.

—Eres valiente o estúpida, pero en cualquier caso muy bella, entiendo porque mi hijo te ha escogido como fuente de energía —dijo acercándose a ella.

Scarlett no apartó la vista de él e intentó no parecer asustada cuando alzó una mano y cogió un mechón de su cabello para después llevárselo a los labios y besarlo. Aquel gesto del Dios más poderoso de todos la irritó y la asqueó lejos de seducirla, si es lo que pretendía con sus ojos verdes mirándola inquisitivamente a los desconfiados suyos. Un calor en el pecho familiar se instaló, Zeus estaba intentando seducirla, pero ella usó su escudo igual que lo había hecho con Afrodita y con Eros. El Dios frunció su bello rostro y ella le apartó la mano de su pelo y retrocedió un paso, se estaba ahogando con su presencia tan cerca.

—Así que realmente eres el Escudo..., interesante. ¿Sabes lo que Ares planea hacerte no?

—Ares no planea hacerme nada —dijo segura y tajante, aunque no supo de dónde le vino esa seguridad, pues en ese momento parecía más una oveja rodeada de lobos.

Miró a Eros un segundo para ver si él tenía algo que ver y su expresión de culpabilidad habló por sí sola. Así que no tenía a nadie, su madre estaba herida en el suelo custodiada por dos seres gigantescos con un solo ojo mientras que Zeus no le quitaba la vista de encima. Eros miraba la escena sin poder hacer nada. Había fracasado, le estaba fallando una vez más, Anne siempre lo había dado todo por ella, era su madre, la quería y sabía que ella daría la vida por la suya, pero en esta ocasión pelearía para que su madre saliera ilesa de allí, al menos no más magullada de lo que estaba. Si ella moría, Zeus tendría el poder absoluto y seguramente mataría a Ares y eso no lo quería, pero estaba segura que su Dios guerrero sabría cuidarse solo y junto con Apolo y los demás, buscarían una solución de como derrotar a Zeus. Era un plan arriesgado pero... ¿Qué otra cosa podría hacer? No se estaba resignando a la muerte, lucharía contra Zeus, pero lógicamente iba a perder, lo menos que podía hacer era compensar a su madre por lo que había sufrido durante esas semanas.

—Cariño... Ares odia a los humanos y aun así está destinado a ser el

único que puede derrotarme junto a ti, pero si no te tiene no le sirves de nada. ¿Qué, te creías que te amaba? O no, él solo te está usando para llegar al poder absoluto, piénsalo. —Zeus intentaba manipularla, lo sabía, ella estaba segura de lo que había vivido con Ares, de lo que se hacían sentir... pero, Artemis había dicho algo parecido, y ella se suponía que estaba de su lado—. Yo no quiero una guerra, simplemente quiero encauzar la tierra, que sea un lugar mejor, más justo para todos. Pero si el Dios de la guerra tiene el poder absoluto sobre Dioses y humanos... ¿Qué crees que pasará? ¿Qué ha cambiado y ahora solo siente amor? ¿Por ti? Por favor... los dioses no pueden cambiar, estamos hechos así, no podemos sentir amor por lo humanos.

—¡Mientes! Me da igual lo que me digas, yo confío en él.

—Únete a mí, sé mi Escudo y dejaré vivir a tu madre —amenazó.

—¡Jamás, ella no tiene nada que ver con esto! —El miedo de que a su madre pudiera pasarle algo más se apoderó de ella, pero de ninguna manera iba a pasarse al bando de Zeus.

—Oh cariño, tiene mucho que ver. —Rio profundamente. A Scarlett le entraron ganas de darle una paliza y deseó tener una pistola a mano.

¿Y se suponía que ese era el Dios más justo y bondadoso? Ja. Eso le recordó una frase que tuvo en uno de esos sueños que tenía de paisajes desoladores y desiertos, una frase que sonaba en el aire:

“Las cosas nunca son lo que parecen, no siempre el bueno es bueno y el malo es malo”.

¿Sería una clase de advertimiento o de premonición? Fuera lo que fuese llegaba tarde. Scarlett no sabía qué se proponía Zeus, seguramente matarla, pero aun así le ofreció ser su Escudo una vez más. ¿Eso se podía cambiar? Al parecer era algo que tenía que escoger ella, aunque con Ares no lo había elegido, simplemente sucedió ¡Ni siquiera sabía cómo lo había hecho! Pero eso daba igual porque no pensaba unirse a Zeus. Scarlett desde que estaba viviendo esta locura rodeada de Dioses, profecías y seres divinos, había aprendido que las cosas sucedían por un motivo, ya sea bueno o malo, pero pasaban por algo. Y aunque estaba escrito que ella iba a ser el Escudo de Ares, pensó que habría algún motivo más por el que inconscientemente como Escudo lo eligió. Se negaba a creer que ese motivo fuera su muerte.

Zeus dio un paso más hacia ella, estaba demasiado cerca.

—Hules muy bien... Me encantaría recorrer con mis manos ese dulce y sabroso cuerpo que posees...—le susurró muy cerca. Pero Scarlett no pudo

retroceder más, se dio de bruces contra una especie de jaula. El asco se anidó en su cuerpo, a pesar de lo atractivo que era Zeus, las miradas que le profesaba y sus palabras no eran bienintencionadas y le revolvió el estómago, no era de fiar.

—Nunca me uniré a ti —le contestó con rabia y cogiendo uno de sus cuchillos atacó a Zeus, no supo dónde se lo clavó, pero le dio tiempo para que él se apartara y ella corriera hasta su madre.

—Mala respuesta, cariño. —Rio Zeus como si no le hubiera hecho nada—. Soy inmortal e invulnerable, esta estupidez solo te ha servido para cabrearme más.

Zeus alzó la mano y de repente una luz inundó la sala y un trueno se formó en su mano, como había hecho antes. Iba a matarla, pero necesitaba liberar a su madre, con una mirada suplicante miró hacia Eros, quien parecía paralizado, estaba coaccionado, pero eso no le eximía de haberla engañado una vez más. Intentó liberar las cadenas de su madre con el cuchillo, pero era inútil.

—Cielo, huye, no pasa nada —le dijo su madre sujetándola de las manos para que dejara de intentar abrir los grilletes. Los dos cíclopes se acercaron a ella y la cogieron separándola de su madre.

—¡No, mamá! ¡Lo siento! —gritó con todo el dolor de su alma, sus ojos y su corazón querían llorar, pero no le daría esa satisfacción a Zeus, solo esperaba que fuera como fuese, su madre se salvara.

—No tienes que disculparte, yo lo siento, Scarlett —dijo su madre con voz ronca y cansada, lágrimas corrían por su maltrecho rostro.

Los dos cíclopes la llevaron ante Zeus que esperaba sonriente con su rayo todopoderoso para atravesarla. Intentó escabullirse de esos dos gigantes, pero era inútil, ellos la ganaban en número y en fuerza. En su mano cosquilleaba la energía pero tal y como la tenían sujeta no sabría si podría impactar en Zeus o fallar y darle a su madre o a ella misma. Hizo un intento desesperado de poner en práctica los entrenamientos de Ares, pero contra aquellos dos gigantes llenos de músculo no surtían efecto alguno. Estaba cansándose tontamente.

—Una lástima que tenga que deshacerme de alguien tan valioso de mi linaje, pero como tu padre, obtendrás un castigo por haberte revelado contra mí. Si él no te hubiera ocultado tu serías mía desde el principio y nada de esto estaría pasando. Pero el destino es caprichoso. —Rio como si no estuviera a punto de asesinar a alguien.

Scarlett estaba en shock por sus palabras. ¿Qué coño estaba diciendo este? ¿De su linaje? ¿Su padre? Ella no sabía nada de él, simplemente sabía que a su madre no le gustaba nombrarlo pues estaba muy enamorada de él y él las dejó, aunque nunca le había contado el motivo ni las razones para hacerlo. Pero al parecer jamás iba a tener respuestas al respecto, pues Zeus ya estaba apuntando su rayo justo hacia su corazón. Quería decirles tantas cosas a Ares y a su madre... a Dafne, Scott y a Apolo. Pero jamás volvería a verlos. Cerró los ojos y les envió un mensaje silencioso, que los quería y que no dejaran de luchar por su libertad.

Pensó en el Escudo que la salvó la noche en la que aquella monstruosa mujer la lanzó por la ventana y lo imaginó una vez más alrededor suyo, esperando que funcionara. Pero el impacto nunca llegó, pero sí un grito de dolor agudo, de mujer. Entonces Scarlett abrió los ojos asustada para encontrarse con su madre en el suelo totalmente calcinada.

—¡Nooooo! ¡Mamá, nooo! —gritó, gritó de dolor.

Su corazón se rompió, había interceptado el rayo por ella, la había salvado. Lágrimas comenzaron a surcar de sus ojos como cascadas y la rabia y el dolor se apoderaron de su juicio. Una luz azul la envolvió haciendo que los Cíclopes la soltaran y se separaran de ella. No podía créelo, su madre, estaba... muerta, no podía, no quería creerlo. Había gastado hasta la última gota de energía que tenía para salvarla y ella no había podido hacer nada, no había hecho nada para pararla, no la vio, no lo vio venir. Su corazón se rompió y su alma se hundió en el dolor más profundo, su cuerpo llameaba de furia y la venganza era lo único que podía ver en esos momentos. Como si sus sentimientos se exteriorizaran, la luz azul que la envolvía y parecía salir de la boca de su estómago, se volvió cegadora por unos instantes.

Zeus retrocedió por el poder que emanaba de Scarlett con expresión de asombro. Por fin, estaba completa, sentía todas sus habilidades a flor de piel y como una energía potentísima se deslizaba por su cuerpo desde su interior. Por fin, comprendió qué debía hacer para usar sus habilidades divinas, era como un recuerdo olvidado en lo más profundo de su mente. Como también sabía que no podría matar a Zeus sin la ayuda de Ares, pero al menos le haría mucho, pero que mucho daño.

Cuando lo tuvo arrinconado, las dos bolas de energía que se habían formado en las palmas de sus manos, crecieron hasta el techo derribando parte de piedras a su alrededor. Scarlett volvió a gritar de furia.

—¡Has matado a mi madre, y eso no te lo perdonaré jamás! —Pensaba

gastar hasta la última gota de su energía para dejar aquel Dios mezquino sin aliento.

—No me das miedo Escudo, tu madre se ha sacrificado por ti, pero de nada servirá. Pronto te reunirás con ella —dijo volviendo a su semblante serio.

Entonces liberando un grito de guerrera, tal y como le había enseñado Ares, lanzó toda su energía hacia Zeus, quien asustado intentó combatirla con un rayo pero sin ningún éxito. Pronto empezó a notar que sus energías fallaban, había usado toda la que tenía para derrotarlo y tan solo había logrado hacerle algunos rasguños que no tardaban en curarse. Moviéndose por toda la habitación esquivando sus ataques y lanzándole otros, se protegió con una columna, para coger aire. Se notaba muy cansada, estaba segura que no podría lanzar ni un ataque más. Intentó formar una bola en su mano, pero nada, hacía unas chispas y nada más.

—¡Maldita sea! —Volvió a ver el cadáver de su madre en el suelo y un nudo en la garganta se instaló sin dejarla respirar apenas, nuevas lágrimas brotaron de sus ojos—. Lo siento mamá, he sido la peor de las hijas. —Lloró. Pero un ataque de un rayo cerca de ella la alertó de que Zeus sabía que ya no le quedaba energía y se estaba aproximando para acabar con ella.

Intentó un último ataque pero al salir rodando de detrás de la columna, el rayo de Zeus, más rápido, la alcanzó en un pie y cayó al suelo hiriéndose. Cada vez se notaba desfallecer, no le quedaba aliento vital, no podía respirar, se estaba muriendo por haber usado tanto poder, y el pie le ardía. Tendría que haberlo imaginado, cogió uno de sus cuchillos e intentó que Zeus no se acercara con esa cara de victoria, pero se paró a una distancia prudencial.

—Te estas muriendo, aun no has aprendido a canalizar tu energía ni tus reservas, eres la peor Escudo de la historia, cariño. Pero he de admitir que me lo he pasado muy bien luchando contra ti. —Rio—. Cuando quieras lo repetimos.

—Ja, ja. Muy gracioso.

—En verdad me das pena, podría salvarte ahora mismo si aceptaras ser mi Escudo, la oferta sigue en pie. Además yo podría enseñarte a sacar mejor partido a tus habilidades. ¿Qué me dices?

—¡Que no pienso dejar que te acerques a mí!—Estaba malgastando su aliento, lo sabía, pero ya nada podía hacer.

—Como quieras. —Zeus volvió a alzar su mano y creó otro rayo, el rayo que definitivamente la mataría, pero esta vez no iba a cerrar los ojos, iba

a mirarlo directamente a los suyos.

Por fin lo lanzó y a pocos centímetros de impactar contra ella, un cuerpo la protegió. «¡No!».

Capítulo 26

—Te dije que vendría a por ti, agápi —susurró Ares aguantando el dolor de su espalda calcinada. Estaba arrodillado ante ella protegiéndola con su cuerpo de los ataques de Zeus. No sabía ni como estaba hablando ni cómo podía mantenerse arrodillado, otro en su lugar estaría muerto. Scarlett se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos, estaba sorprendida y paralizada de pánico.

Una vez más, alguien al que amaba se había sacrificado por ella, vio de reojo el cuerpo inerte y calcinado de su madre y el dolor la invadió, todo esto era por su culpa, su madre estaba muerta, era demasiado doloroso. Su muerte no habría servido de nada porque se estaba muriendo, lo sentía, no tenía sentido que Ares también se sacrificara por ella, pues ya no había remedio.

—¡Ares, no!—Lloró poniéndose de rodillas ante él usando las pocas fuerzas que le quedaban mientras la culpa no paraba de perseguirla, primero su madre y después Ares, esto era la peor de las pesadillas.

Ares gruñó de dolor, su espalda estaba en carne viva y aunque era un Dios no tenía el aura divina ni la invulnerabilidad, podría morir.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué? No, por favor, tú también no. —Lloró con un dolor en el corazón y en el pecho que no le permitía respirar; la vista se le nublaba y se sentía mareada. Ares la abrazó aun con todo el dolor que sentía en la espalda, ella apoyó sus manos en su pecho.

—No pasa nada, no llores. Si alguien se merece que yo muera por él, esa eres tú, estoy cansado de vivir así y si de todas formas no puedo tenerte, esta es la mejor solución, bésame y te traspasaré mi energía, ahora que estas completa sabrás como —le dijo demasiado calmado para lo que estaba sufriendo.

—¿Cómo puedes decir eso? No merezco que nadie muera por mí, por favor dime que puedo hacer para salvarte —suplicó.

—No puedes y no quiero que lo hagas, créeme sin mí estaréis mejor.

—¡No, yo no estaré mejor!—Lloró y le dio un dulce beso en los labios, largo pero sentido—. Te amo...—susurró.

—Mi dulce agápi... ojalá te hubiera conocido antes y en otras circunstancias. Te amo.

—No, no lo digas como despedida, no lo hagas. —Las lágrimas no dejaban de caer por su rostro. Sus mejillas estaban encendidas por la declaración tan dolorosa pero esperada de Ares. Él le limpió las lágrimas con gesto de dolor en la cara.

—¡Conmovedor! —Aplaudió Zeus a su espalda—. Nunca pensé que esto llegara a pasar, ahora vas a morir por una humana. —Rio Zeus—. Que cruel el destino, pues moriréis los dos juntos, como Romeo y Julieta. —Rio por su broma.

—¡Eres un hijo de puta, Zeus! —le gritó a penas sin poder moverse, sosteniendo a Scarlett, protegiéndola con su cuerpo. El Dios del trueno le lanzó otro rayo impidiendo que se moviera.

—¡Ares! ¡Basta!—suplicó Scarlett con lágrimas cayéndole por el rostro, no podía soportarlo ver así.

—No dejaré que muras, te lo juro —musitó él.

—No...

De repente una luz cegadora dorada envolvió a Ares, Scarlett pensó que se hacía más alto y más brillante. Cuando pudo mirarlo, vio que su cuerpo brillaba, su piel había adquirido un tono dorado fascinante, como el de Apolo, Zeus y Eros, su aura divina había vuelto y su herida se curó de inmediato.

—No puede ser...—susurró Zeus. Ares sonrió de medio lado mientras se ponía en pie y encaraba a Zeus. Scarlett sentía que poco a poco sus ojos se cerraban y no podría aguantar ni un minuto más despierta, su tiempo se estaba agotando.

—Lo juraste por la Laguna Estigia, si yo lograba empatizar con un humano y estuviera dispuesto a sacrificarme por él, mi aura divina se me devolvería. —Oyó decir de fondo a Ares, pero sus sentidos estaban fallando... cayó al suelo.

—¡Basta! Ésta es mi casa, Zeus márchate, no quiero que se derrame más sangre —dijo una voz nueva, pero Scarlett estaba tan cansada... no podía abrir los ojos—. Ella va a morir, no pude hacer nada por la humana, date por ganador y deja que se despida de ella. —Pidió la nueva voz.

La oscuridad es una de las cosas que más temía y en esos momentos estaba terriblemente asustada. Oyó un estruendo y notó débilmente que la presencia de Zeus desaparecía, desesperadamente intentaba abrir los ojos, respirar, salir de aquella jaula negra en la que se había caído, pero no podía, todo era inútil.

Cuando Zeus desapareció Ares se giró sonriente hacia Scarlett, pero lo

que vio lo dejó frío. Su corazón de Dios se detuvo e inmediatamente corrió hacia ella que presentaba un estado deplorable. La sujetó sobre su regazo y la abrazó. Sus ojos estaban cerrados, su piel normalmente ligeramente bronceada estaba pálida como la nieve, sus labios de un color rosado precioso estaban morados...

—Scarlett... ¿Me oyes? No te duermas resiste, Apolo está en camino — suplicó Ares acariciándola dulcemente el rostro. No respiraba... ¡Joder! No lo hacía.

—Ya no puedes hacer nada por ella, Ares, tienes lo que te mereces y ahora llévatela de mi casa.

—Hefestos por favor... la amo. —Le costaba un mundo suplicarle a su hermanastro, pero no le quedaba de otra, no se le ocurría nada para salvarla, él no podía traspasarle su energía, tenía que ser ella quien la aceptara. La besó en la frente, en las mejillas, en los labios... Deseando un puto milagro. Hefestos suspiró—. No me dejes agápi, por favor...—susurró muerto de dolor por estar perdiendo a Scarlett para siempre sin poder hacer nada. Ella era lo único que le había importado en su larga existencia de mierda y no podía salvarla ¡Joder! De nada le servía recuperar su aura divina si no podía protegerla.

—La nereida Tetis me habló una vez sobre un ritual para ceder tu inmortalidad, pero ningún Dios jamás ha accedido a ello, somos demasiado egoístas, pero... si tanto la amas podrías darle tu inmortalidad, aunque tú desaparecerías en el Inframundo, por supuesto.

—¿Cómo lo hago?

—Vaya...ni has dudado... ¿La amas de verdad? —Estaba asombrado y no se lo reprochaba, ni él mismo se lo hubiera creído meses antes.

—Con todo mi ser, ¿cómo lo hago?

—Déjala en el suelo —ordenó—. Pon tu mano en su bajo vientre y la otra en el centro de su pecho, después deberás recitar en griego antiguo que renuncias a tu inmortalidad y se la concedes a ella, luego tendrá que beber ambrosía.

—Voy a por ella —dijo Eros apareciendo como una vil cucaracha, pero en ese instante no podía encargarse de él.

—Como se entere Afrodita nos va a despellejar a todos... en fin, yo me encargaré de ella. ¿Estás seguro? —le preguntó Hefestos.

—Es lo que más deseo, que ella pueda seguir con su vida —respondió firme Ares sin quitar su mirada de Scarlett, quien parecía que ya no estaba

allí.

En cuanto volvió Eros con la ambrosía llevaron a cabo el ritual dándole a Scarlett su inmortalidad y deseando que no fuera demasiado tarde. Le dio las gracias a Hefestos y les hizo jurar que lo mantendrían en secreto de Zeus. Apolo llegó justo a tiempo para la despedida y para llevarse a Scarlett junto a él. Jurándole por la Laguna Estigia, lo más sagrado que tenían los Dioses del Olimpo, que cuidaría de ella.

Scarlett despertó lentamente en una cama, concretamente en la de la habitación que tenía en la mansión de Ares y Apolo, habían vuelto. Los ojos le pesaban pero se sentía... bien, si no fuera por la horrible pesadilla que había tenido donde las personas que más quería perdían su vida por la de ella, su madre y Ares. Y de repente abrió los ojos, todo había sido verdad, una realidad. Su madre estaba.... ¡No!

—No puede ser... —Un nudo se instaló en su garganta y en su estómago, su corazón se partió en mil trocitos. Lloró durante tanto tiempo que no supo cuánto fue.

Seguramente demasiado, pues tanto su garganta como sus ojos dolían. También gritó de dolor ahogándose en la almohada. Su corazón estaba roto y el dolor ocupaba todo su cuerpo, no sabía si podría recuperarse de algo así. En algunos momentos escuchó la puerta y ella gritó que no quería ver a nadie. Su madre, la persona que siempre lo había dado todo por ella, que siempre la había apoyado y nunca le falló, ya no estaba, no iba a poder decirle cuánto la quería ni cuánto lo sentía, ni podría abrazarla nunca más, ya no estaba... y ¿Ares? Recordaba que había recuperado su aura divina, eso quería decir que estaba bien, pero ella... estaba a punto de morir ¿Cómo es que continuaba viva? Deseó que Ares la abrazara y la consolara, que estuviera allí con ella. Y alguien detrás de la puerta llamó.

—Scarlett... tienes que comer algo...—Se asomó prudente Dafne.

Se secó las lágrimas como pudo, pero nuevas brotaban de nuevo al recordar la horrible escena de su madre en el suelo y sin vida, calcinada por interponerse en la trayectoria de un rayo que iba para ella. Dafne se acercó a ella y sin decir palabra la abrazó muy fuerte. Ella también lloró por la pérdida de su amiga y estuvieron durante mucho tiempo desahogándose.

—Fue horrible, Dafne, mi madre... —Notaba su voz rasgada y su

garganta dolorida. Lloró aún más.

—Shh, no tienes que hablar, lo sé. —Lloró con ella y las dos se estiraron en su cama abrazadas.

Al cabo de un rato, a ninguna le quedaban más lágrimas.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo? —preguntó sorbiendo la nariz.

—Unos días, has tardado en recuperarte.

—Vaya... Ares... —Su amiga se tensó y la miró con pena en sus ojos, sabía que algo no iba bien.

—Ares dio su vida por ti, te entregó su inmortalidad, ahora no puedes morir. —Anunció su amiga.

—¿Qué? ¿Cómo? —No lo podía creer, las palabras de Dafne la dejaron más helada aun y cuando pudo asumirlo, nuevas lágrimas surgieron de sus ojos color miel enrojecidos por el llanto.

—Lo siento... Apolo llegó para despedirse de él, le dijo que te dijera que te amaba y que así era mejor —explicó Dafne.

—¡Es un maldito idiota! —gritó enfadada y lloró aún más por la doble pérdida, su corazón no volvería a latir, no le quedaba nada. Ares era y siempre sería el amor de su vida y, ¿qué iba a hacer? No podía vivir sin él ni sin su madre, no podría seguir adelante sin ellos, ya nada tenía sentido. Dafne la volvió a abrazar—. Tenía que morir yo por él... No al revés...

El único hombre al que había amado de verdad se había sacrificado por ella porque al parecer, él pensaba que su vida valía menos que la suya... su Ares, su Dios de la guerra. Necesitaba que la envolviera una vez más entre sus brazos, sentir su calor protector y su olor a miel y fuego, sus caricias y todo lo que le hacía sentir con tan solo una mirada de sus ojos dorados. Pensar que nunca más iba a ver su cara de acelga o escuchar su ronca y perfecta risa... la hacían sentirse morir, y eso es lo que quería. Quería morir. Su madre había muerto por su culpa y el amor de su vida también ¿Qué le quedaba? No podría hacer nada ella sola contra Zeus, la humanidad estaba colgando de un hilo en manos de un Dios todopoderoso con un plan para esclavizarlos a todos bajo su mando y no había nadie capaz de detenerlo.

—Tienes que ser fuerte, te necesitamos. Venga vamos a ducharte y luego comerás algo. —Dafne le dedicó una sonrisa y tiró de ella fuera de la cama, cayendo las dos al suelo—. Que aunque seas inmortal no quiere decir que no huelas como un cubo de basura de hace una semana. —Rieron.

—Muchas gracias. —Scarlett sonrió a su amiga con una triste sonrisa mientras estaban en el suelo enredadas con las sábanas.

Después de ducharse y comer, Scarlett se sintió un poco mejor para ver a los chicos, aunque no sabría si Apolo estaría enfadado con ella por haber permitido que su hermano muriera por su culpa. Nuevas lágrimas al recordar ese día nefasto se formaron, no se veía capaz, al pensar que no volvería a ver ni a Ares ni a su madre la mataba por dentro, no quería salir de aquella habitación y afrontarlo, no podía. Pero entonces Dafne le cogió de la mano.

—Yo estoy contigo, estaremos bien. —La animó su amiga y ella asintió respirando hondo.

A medida que bajaba las escaleras de madera de la enorme mansión, una opresión en su pecho se instalaba y su respiración era más difícil de controlar. Cada rincón de esa casa le recordaba a Ares y lo mucho que lo amaba. Sus entrenamientos en el gimnasio, sus sonrisas solo dirigidas a ella en el salón, sus discusiones cuando se comportaba como un capullo en el pasillo, como la había apoyado en todo lo de su madre... Su madre..., tampoco estaría jamás para recibirla con uno de esos achuchones, su preocupación al ella estar tan lejos, sus divertidas conversaciones..., y todo había sido culpa suya. Ella tenía toda la culpa. Nuevas lágrimas salieron de sus ojos color miel y tuvo que detenerse en mitad de la escalera, pues sus rodillas no le permitían dar un paso más.

—Scarlett... —Su amiga le apretó la mano dándole su apoyo—. Si quieres podemos volver a tu cuarto, no hace falta que...

—¡No! Tengo que afrontar esto y ser fuerte, ellos no están aquí, pero confían en mí y debo detener a Zeus, sea como sea. —Se limpió las lágrimas y se agarró fuerte a la barandilla para proseguir su camino hacia el salón.

En cuanto llegó a la puerta de esta sostenida del brazo de Dafne, respiró hondo, estaba preparada para los reproches de Apolo por haber dejado que Ares muriera dándole su inmortalidad y por haber sido tan estúpida de caer de nuevo en los engaños de Eros, pues claramente él sabía que Zeus la estaría esperando.

Pero sin embargo lo primero que recibió de Apolo fue un abrazo, un reconfortante y gran abrazo de su amigo.

—Me alegro tanto de que estés bien, siento muchísimo todo esto. —Se disculpó Apolo.

—Yo lo siento más. —Lágrimas se volvieron a escapar, con todo lo que había llorado no sabía de donde le salían: seguramente de su alma desgarrada.

—No, nada es culpa tuya... —Apolo se separó un poco y le limpió las lágrimas para luego abrazarla una vez más—. Yo... sabía que iba a morir tu

madre, lo vi —le confesó Apolo.

—¿Qué?—Scarlett se separó de su abrazo y lo miró a sus ojos azul magnético brillante que denotaban tristeza.

—Lo vi en una visión, pero no se me estaba permitido decíroslo, lo siento. Tenías que ir para que tus poderes despertaran, lo siento muchísimo, Scarlett.

Sabía que Apolo había visto algo, Ares se lo había dicho y estaba claro que lo que le dijo el Oráculo, lo de que pronto acontecería un hecho que iba a despertar sus poderes, estaba relacionado con su visita al palacio de Hefestos... Aun así estaba enfadada con Apolo, quería gritarle, pegarle, quería hundirse en la cama de nuevo. Pero también sabía que no podría haber hecho nada para evitarlo, que las cosas sucedían por algo y que en esos momentos no necesitaban una pelea. Tenían que mantenerse juntos y afrontar esto para que las muertes de su madre y Ares fueran por una causa justa.

—Perdóname. Lo que no vi fue el resto, lo siento mucho.

—Ya está hecho. —Lloró. Saber que su madre moriría solo le hubiera hecho más daño, entendía por qué no se lo dijo. No la hubiera podido salvar de ninguna de las maneras.

A su lado Scott le acarició la espalda animándola y Scarlett pasó de brazos de uno, a los brazos del otro.

—Siento mucho lo de tu madre, era una persona genial —le susurró Scott y ella asintió abrazándose a su amigo mientras lágrimas silenciosas caían por su rostro.

Una vez más calmada decidió que tenía que afrontar la situación, pues claramente sabía que Zeus no tenía constancia de que ella seguía viva, y si Ares tampoco había dado señales de vida, no era de extrañar que el Dios del rayo hubiera seguido con su plan de esclavizar la humanidad.

—Y bien, ¿qué me he perdido?—preguntó Scarlett aparentando una fortaleza que no sentía.

—Scarlett es mejor que no... —Empezó a decir Scott.

—Estoy preparada, hemos perdido demasiado tiempo ya —dijo con contundencia. Quería aparentar que estaba bien, no quería preocuparlos más.

Apolo suspiró y la contempló pensando en que aquella humana tan extraordinaria era la persona más fuerte y con más determinación que jamás hubiera conocido. Había soportado toda esta locura con una inteligencia que pocas veces había visto, tenía aguante, era luchadora y no se rendía, la admiraba. A Apolo le parecían seres sorprendentes los humanos, eran

capaces de hacer cosas asombrosas por aquellos a quienes amaban y los envidiaba por ello, envidiaba a Ares por haber tenido la oportunidad de sentir eso. Scarlett lo amaba de verdad y él a ella, era lo que siempre había querido para su hermanastro y ya... ya no estaba. Jamás se hubiera imaginado que Ares, el Dios feroz y violento de la guerra se sacrificaría por nadie. Hasta que llegó Scarlett.

—El mundo se está yendo al garete, en resumidas cuentas —pronunció cauta Dafne mientras los otros dos asentían.

—Zeus ha comenzado la guerra contra nosotros, enviando tsunamis, terremotos, heladas glaciales... por todo el mundo. Su objetivo ahora no es solo esclavizar a la humanidad, sino destruirnos y por consiguiente a todos los que te respaldamos. Aunque él cree que estas muerta, sabe que hay Dioses que siguen sin querer la destrucción de la humanidad como la conocemos. Y tú eres nuestra última esperanza —explicó Apolo con su templanza característica desde el sillón, con sus brazos en los reposabrazos y su pierna derecha cruzada sobre la izquierda.

Scarlett se percató como Dafne, sentada a su lado en el sofá de tres plazas, miraba a Apolo tal y como ella lo hacía con Ares. Pero no era momento de lamentarse, tenía que centrarse en la conversación

—¿Lo dices en serio? Estuve a punto de morir, ¡no sirvo de nada! Por mi culpa Ares y mamá... —Cogió aire para no llorar de nuevo—. Yo no sé hacer nada. ¿Estáis seguros de que soy ese Escudo? —Un nudo en su garganta dolía y quería llorar, pero no lo haría, ya era suficiente.

—Eres el Escudo, solo que necesitas a tu Dios elegido para derrotar a Zeus, tienes habilidades asombrosas, aunque eso ya lo has sentido, solo necesitas aprender a usarlas —explicó Apolo sin querer desvelarle más de la cuenta.

—Pero se supone que yo iba a morir, por él, por eso era el Escudo, ¿no?

—Ya te dije que las profecías nunca parecían lo que eran, y tú eres su Escudo, pero eso no significa que tengas que protegerlo. En la antigua Grecia, el escudo era un arma más, tú eres su arma y él la tuya.

—¿Qué? Apolo sé claro.

—En la profecía decía que tú ibas a ser el Escudo del Dios más violento, quien iba a luchar por salvar una especie que no era la suya. También decía que el Escudo debía morir para darle su energía al Dios y así alcanzar el máximo poder. Tú moriste, como estaba profetizado, aunque de diferente forma. Él te entregó su inmortalidad, por lo que sigues siendo su Escudo

porque parte de él es parte de ti ahora.

—Pero ya nada importa si él... ¡Soy inútil! —se quejó Scarlett dolida por sentirse como una tonta inservible incapaz de hacer nada por salvar su mundo, si no había podido salvar a su madre, ¿cómo iba a ayudar a la humanidad entera?

—Lo que no te dice mi hermano es que hay otra profecía unida a esa. Queda una última bengala por gastar —habló de repente Artemis apareciendo de la nada y asustando a Scott y Dafne.

—¡Joder! —Se quejó Scott, y Artemis le dedicó una sonrisa divertida.

—Artemis... Me opongo rotundamente a poner más en peligro a Scarlett, le juré a Ares que cuidaría de ella y no pienso faltar a mi palabra. —Apolo se puso de repente demasiado serio y en pie para recibir a su hermana.

—¿Queréis derrotar a Zeus, sí o no?

—Sí, pero es un suicidio enviarla allí sola.

—No si va con alguien que conozca muy bien el inframundo. Ella es el Escudo, es la única que puede hacerlo.

—Te recuerdo que en quien estás pensando es descendiente de Afrodita —rebatía Apolo a su hermana.

Scott, Dafne y Scarlett estaban presenciando una discusión en la que no entendían nada de lo que aquellos dos Dioses hablaban. ¿Tenía que bajar ella al Inframundo? ¿Para qué? Aparentemente para conseguir derrotar a Zeus, pero ¿cómo? ¿Y a quién se referían que era descendiente de Afrodita?

—¿Podríais explicarnos de qué habláis? —se quejó Scarlett. Después de presenciar un duelo de miradas entre los mellizos, Artemis desvió su mirada de su hermano hacia ella.

—Verás, en el Inframundo se esconde el arma más peligrosa que existe para los Dioses, una espada forjada por el mismísimo Hefestos primigenio, la cual se hizo para solventar situaciones como esta y solo el Escudo es capaz de encontrarla, o eso dice la profecía —explicó Artemis.

¿Otra profecía? Estaba ya hasta los mismísimos cojones de las profecías y de los Dioses. ¿Había una espada que mataba Dioses? Un momento, eso le era familiar. ¿De qué le sonaba? Y entonces recordó que en uno de esos sueños, en los que presenciaba lugares inhóspitos, una voz le susurraba que la encontrara, y aquellas palabras de que nada era lo que parecía, que el bueno no era tan bueno ni el malo tan malo, volvieron a su mente. ¡Era la espada quien le susurraba esas palabras!

—¡Sé dónde está la espada!—exclamó de repente—. Aunque no sé

llegar hasta allí y mucho menos tengo idea de por dónde empezar, simplemente tengo una imagen del lugar donde se encuentra.

—Algo es algo. —Sonrió Artemis deslumbrante.

—Me da igual, no pienso dejar que bajes al Inframundo. —Apolo no cambiaría de opinión.

Scarlett sabía que debía ir a por ella, ese era su cometido, pues era la única que podría encontrarla. Tenía que admitir que bajar al Inframundo le asustaba mucho, la oscuridad era su mayor miedo después de perder a sus seres queridos, y todos los que le importaban y seguían con vida, estaban en aquella habitación, así que debería luchar por ellos y esperar poder salvarlos como no pudo hacer con su madre y Ares.

Capítulo 27

Unos días después, por fin lograron convencer a Apolo de que esa era la única solución de la que disponían para salvar a la humanidad del terror que estaba provocando Zeus por doquier. Los ataques de los Dioses y Titanes bajo las órdenes del Dios del rayo eran mayores y con más repercusiones y muertes, tenían que actuar ya y el plan de Artemis era lo único que tenían. Después averiguaron qué Dioses y otros seres divinos estaban de su parte y cuáles no. Aunque Zeus disponía de la ayuda de los Titanes y de la mayor parte de la plantilla de Dioses, semidioses y otras criaturas, Artemis se había dedicado a buscar a otros, cosa que era muy complicada pues la mayoría no sabían nada de este mundo y vivían como simples humanos sin ser conscientes de sus habilidades, otros eran simples mortales. Apolo se dedicó a investigar qué Dioses estaban de su lado, al parecer Hefestos, Dionisio, Hestia y Deméter. Lo que dejaba a Poseidón, Era, Afrodita y Atenea, de parte de Zeus. Luego estaba Eros, que no sabían si podían fiarse de él y Hades, quien no había tomado partido en esta guerra. Algunos dioses menores y otros seres también estaban a favor del equilibrio pero por miedo a Zeus y sus represalias no se posicionaban.

Scarlett se preguntaba quién era la persona o ser que había propuesto Artemis para que la guiara por el Inframundo y si podían confiar en él o ella. Estaba asustada, pues saber que era descendiente de Afrodita comportaba que pudiera traicionarla, al igual que Eros, y no podían permitirse ni un fallo más. La situación era delicada, pero por el momento era lo único que tenían. Scarlett se sentía intrigada. ¿Sería un monstruo? ¿Una persona? ¿Otro Dios? No tenía idea, pero poco quedaba para averiguarlo. Estaban esperando que en cualquier instante el sujeto en cuestión apareciera por la puerta acompañado de Artemis, quien lo traería sin mostrarle donde estaban, para que Zeus no pudiera usarlo para encontrarlos.

Scarlett estaba sentada en el sofá, nerviosa y decaída, mirando por la ventana de enfrente lo oscuro que se estaba haciendo allí fuera, y con miedo a que una vez más, cuando se fuera a dormir, aquellas pesadillas que cada noche desde que había vuelto sin su madre y Ares, la atormentaran. Pesadillas en las que veía una y otra vez la muerte de su madre y como Ares

le decía que era una inútil y que se arrepentía de haberla salvado, era horrible. Sabía que Ares jamás le diría eso, pero era lo que realmente pensaba ella y eso la angustiaba. Solo deseaba verlo y que la abrazara, que le dijera que todo iba a salir bien y que él iba a estar bien, le echaba muchísimo de menos, igual que a su madre. Y lo más cruel de todo era que en el fondo de su corazón sentía que Ares seguía por ahí en algún sitio, que estaba vivo, pero claramente era su subconsciente engañándola. Tenía que ser fuerte por ellos, por eso intentaba parecer lo menos triste que podía cuando estaba frente a sus amigos, para no preocuparlos, pero en cuanto estaba sola, los recuerdos de las dos personas que más había amado venían a su mente y las lágrimas salían sin moderación, era demasiado duro, y sin el apoyo de Apolo, Dafne y Scott, sabía que jamás hubiera salido adelante ella sola.

—¿Estás bien Scarlett? —le preguntó Scott sentándose a su lado y pasando un brazo por el hombro, mirándola preocupado con sus bonitos ojos azules.

—Todo lo bien que se puede estar. —Le sonrió con tristeza. Él la besó en la mejilla.

—Sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea, si necesitas hablar...

—Lo sé, muchas gracias. —Se abrazó a su amigo y él la rodeó por los hombros—. Pensaba en qué clase de ser traería Artemis para que me ayude. —Al mencionar el nombre de la Diosa, su amigo se tensó y sus ojos brillaron.

—Pues espero que sea un monstruo mitológico gigante para que asuste todo lo malo del Inframundo y salgas de allí lo antes posible sin rasguños. —Rieron.

—Seguro que es un insecto repulsivo de ocho patas y cien ojos que escupe saliva radioactiva. —Los dos se carcajearon al imaginarlo.

—Frío, frío. —Los sobresaltó una voz risueña y profunda desde el umbral de la puerta.

Scarlett no había notado la presencia de ese... ¿Hombre? Estaba apoyado en el marco de la puerta como si nada. Detrás de él apareció Artemis con cara de pocos amigos mirando inquisitivamente el brazo de Scott que en esos momentos estaba en la cintura de Scarlett, pues ambos se habían puesto en pie por el sobresalto que les había proporcionado aquel desconocido. Ella no pudo desviar su mirada mucho más tiempo del chico, era arrebatadoramente impresionante y bello, más o menos de su edad. El pelo

era castaño claro, ondulado y por debajo de los hombros. Su fuerte mentón estaba recubierto por una ligera barba que lo hacía más guapo aún y sus ojos... eran de un verde azulado precioso, pero no brillaban sobrenaturalmente, por lo que no era un Dios. Su cuerpo era grande y se intuía bien cultivado debajo de aquella camiseta blanca ceñida, Scarlett sin darse cuenta soltó un suspiro. No había duda de que era descendiente de Afrodita, aunque en él no veía esa mirada de malicia. Sus ojos se encontraron y su corazón volvió a latir por primera vez desde que había vuelto de aquel nefasto día en que perdió al amor de su vida y a su madre.

Entonces él se movió hacia ella a grandes zancadas, era enorme, aunque no tanto como Ares, pero estaba cerca. Él sonrió satisfecho sabiendo la reacción que provocaba en las mujeres, era un chico seguro de sí mismo, de eso no cabía duda.

—Soy Kholton Saxs y no soy ningún insecto repulsivo, ¿no te parece? —Le sonrió mostrándole su blanca sonrisa—. Tú debes de ser Scarlett Bouclier, el famoso Escudo. —Le tendió una mano.

—S...sí, encantada y desde luego que no, solo bromeábamos —le dijo nerviosa ¿Pero qué le pasaba? ¡Estaba acostumbrada a ver a un montón de chicos guapos a su alrededor! Bueno un montón no, pero últimamente sí. ¿Por qué este Kholton era diferente?

Cuando sus manos se entrelazaron sintió su calor y una pequeña descarga que se trasladó a todo su cuerpo, aunque no era lo mismo que sentía cuando Ares la tocaba.

—No pensé que fueras tan guapa. —Le sonrió guiñándole un ojo y Scarlett frunció el ceño ante su forma de decir lo primero que se le venía a la cabeza—. Perdón, es que soy muy directo, ya te acostumbrarás. —Por fin le soltó la mano y después se presentó a Scott.

Más tarde Dafne bajó y en cuanto la vio, Kholton supo que ella era una ninfa dejándolos a todos sorprendidos, excepto a Artemis que parecía saber de sus habilidades. Esperaron a que llegara Apolo, y cuando estuvieron todos comenzó la charla seria. Apolo lo interrogó para cerciorarse de que no iba a traicionarlos e incluso lo amenazó con la muerte, cosa que hizo reír a Kholton. Después, el recién llegado dijo algo como que ella era demasiado guapa como para traicionarla, que la ayudaría. Según explicó Artemis él era su mejor opción pues se trataba de un descendiente de Afrodita, sí, pero también del guerrero Eneas, uno de los pocos semidioses que bajaron al Inframundo y pudieron trazar un mapa de este, el cual pasaba de generación

en generación, y también el único que podía llevar al Escudo al Inframundo y guiarlo.

—Eneas sabía que Afrodita, su madre, era demasiado caprichosa y aunque siempre estuvo en deuda con ella por ayudarlo en la huida de la guerra de Troya, yo no le debo nada a los Dioses. Y si tengo que estar de parte de alguien en esta lucha es de los humanos, así que no os preocupéis, estoy de tu parte, Scarlett. Te guiaré por el Inframundo si es eso lo que necesitas de mí. —Le guiñó un ojo y ella se sonrojó.

—Muchas gracias, Kholton, no podemos dejar que Zeus se salga con la suya y destruya toda la humanidad y nos esclavice —dijo firme Scarlett, todos asintieron.

—Estoy de acuerdo. Artemis ya me ha puesto al corriente de la situación y del porqué necesitamos la Espada mata Dioses —dijo mirando a Apolo y después a Scarlett.

Con “la situación” claramente se refería a la muerte de Ares y el que no pudieran unir sus fuerzas para derrotar a Zeus.

—Sí... —Intentó controlar las lágrimas y el nudo en la garganta que se le estaba formando—. Si no necesitáis nada más, me voy a la cama, estoy un poco cansada —dijo aguantando el tipo todo lo que podía, no quería desmoronarse delante de un desconocido.

—Está bien, mañana trataremos los detalles del plan. —Dio por terminada la charla Apolo.

Scarlett se puso en pie atropelladamente y tanto Apolo como Scott se ofrecieron a acompañarla, como si temieran que fuera a caerse en cualquier momento, sin embargo Dafne sabía que necesitaba estar sola.

Kholton miraba la situación extrañado, vale que fuera el Escudo y fuera importante, pero a no ser que hubiera algo más... no la tratarían con tanta delicadeza y sobreprotección, ¿no? Y entonces lo vio claro. Cuando nombró la situación refiriéndose claramente a la muerte del Dios de la guerra, pues había sido el elegido por el Escudo y sin duda ya no podía ser él quien derrotara a Zeus, la expresión de Scarlett había cambiado duramente unos segundos; vio una pena infinita en sus ojos. Circulaban rumores sobre que Ares se había sacrificado por una humana por la cual estaba enamorado... Todo eran tonterías y habladurías, había creído él... pero en esos momentos, con Scarlett delante no le parecían simples habladurías. Ella sentía algo por ese Dios tan temible y al parecer sí que se había sacrificado por ella dándole lo inimaginable por un Dios, su inmortalidad. Y todo para salvarla.

De Apolo podría esperar esa amabilidad con los humanos, aunque no hasta el punto de dar su vida, ¿pero de Ares? ¿El Dios que jugaba con ellos y los usaba a su parecer? ¿Que solo se movía inducido por el odio y la ira? ¿Enamorado de una humana? Claramente Scarlett era muy hermosa, sus ojos del color de la miel eran hipnotizadores y su melena morena y ondulada incitaba a meter los dedos entre sus cabellos, por no hablar de esos labios rebosantes de sensualidad. Además debajo de esa sudadera y uno simples tejanos estrechos, denotaba que tenía unas curvas perfectas. Y seguramente, ni el Dios de la guerra había sido capaz de resistirse a tal belleza. La contempló mientras desaparecía escaleras arriba. Parecía que iba a quedarse un buen tiempo allí, y estaba listo para conseguir todo lo que se propusiera.

Cuando todos en la casa se dispersaron, Apolo hizo llamar a Hestia para que lo acompañara a su habitación durante el período que estuviera allí. Usando sus armas, encandiló a la Diosa para que le dijera donde dormía Scarlett, al parecer tres puertas más allá del pasillo donde le habían dado la habitación. Cuando Hestia desapareció, no dudó en ir a ver a Scarlett. Primero llamó a su puerta, no obtuvo respuesta y pensó en que quizá estaba ya durmiendo, eran cerca de las dos de la mañana. Cuando se estaba girando para irse, la puerta se abrió.

—¿Te he despertado? —le preguntó sonriente al verla con un simple pijama compuesto por una camiseta de tirantes azul que dejaban poco a la imaginación y unos pantalones largos de estrellitas. Ella se cruzó de brazos al ver que su mirada se había detenido justo en sus voluptuosos senos.

—Pensé que eras Dafne —se justificó. Los ojos los tenía rojos y con signos de haber llorado, como ya se había fijado antes—. No me has despertado. ¿Qué quieres? —Era directa, muy bien.

—Solo venía... a charlar. —Le sonrió usando sus encantos.

—¿Y tiene que ser a las dos de la mañana? —Vaya no se esperaba eso.

—No, claro que no.

—Bien, pues buenas noches —dijo ella cerrando la puerta. Era la primera mujer que le decía que no, pero reaccionó antes de que la cerrara del todo y la detuvo.

—Has llorado —afirmó serio y ella lo miró asombrada.

—¿Y qué te importa?

—No me gusta ver a las mujeres bonitas llorar. —Vio como ella se sonrojaba, bien, algo era algo.

—Pues entonces no mires —le respondió ella cerrando la puerta del

todo.

¿Qué demonios había pasado? Cualquier mujer habría estado dispuesta a abrirle la puerta de su dormitorio de par en par si él se hubiera presentado en la madrugada, pero ella no, no había caído en sus encantos. Todavía. Pero aun así, que Scarlett estuviera llorando no le gustaba y no entendía por qué, no la conocía, debería de darle igual. Ni siquiera sabía por qué se había presentado en su habitación, simplemente quiso cerciorarse de que estaba bien, pues antes le pareció que estaba triste, y si eran ciertas sus conjeturas de que ella estaba enamorada de Ares..., no estaba pasando por un buen momento. Dijo de verdad lo de charlar, nunca se aprovecharía de nadie, pero quizá no había sido lo más inteligente molestarla a esas horas.

¿Qué mierda pretendía ese Kholton diciéndole esas cosas? No podía presentarse en su habitación en la madrugada y esperar que ella le abriera la puerta de par en par... Era un creído, seguramente ninguna mujer le había podido decir que no con esos ojos azules verdosos y su melena salvaje. Pues ale, que aprendiera, no sabía si realmente había venido a charlar o a “charlar”, pero desde luego que no iba a conseguir eso de ella, ni eso ni cualquier otro tipo de relación que no fuera amistad. Ella amaba a Ares y eso continuaría así por siempre, ni siquiera podía imaginarse con otro, le daba repelús esa idea. Aunque tenía que admitir que cuando le vio en la puerta su corazón había latido, pero era normal, era un chico muy guapo, ya se le pasaría.

Aquella noche Scarlett no escapó de las pesadillas en las que su madre y Ares morían y le reprochaban que todo era culpa suya, que sus muertes habían sido en vano y que ella jamás conseguiría nada pues era una auténtica inútil. Por lo que no pudo dormir muy bien tampoco y se ahogó en lágrimas de dolor, añoranza y reproches.

Al día siguiente se levantó pronto; no podía dormir. Y como había hecho desde que supo que tenía que bajar al Inframundo, aprovechaba e iba a la biblioteca a informarse de todo lo que pudiera. Esa mañana cogió un nuevo libro y después de hacerse una taza de chocolate, fue a la terraza que había en el salón y que daba a un patio de rosas. Allí había una mesita de hierro con una silla a conjunto de color blanco. Se sentó y empezó a leer y a apuntar todo lo que le podría ser útil para su viaje.

—¿Estudiando de buena mañana? —La sobresaltó Kholton a su espalda. Ella se giró lentamente para quedarse embobada con la figura masculina que la miraba sonriente. No entendía por qué no podía sentir su maldita presencia.

Kholton iba sin camiseta, exhibiendo su duro y torneado cuerpo sudoroso. Claramente había estado haciendo ejercicio, pues llevaba unos pantalones de gimnasio anchos, como los que solía usar Ares para sus entrenamientos. Eso le provocó un pinchazo en el corazón, si Ares lo viera cerca de ella, estaba segura que se pelearía con él, sonrió al recordarlo.

—Vaya... tienes una sonrisa preciosa —la aduló e inmediatamente cambió a su semblante serio.

—¿Nunca te han dicho que eres irritante con tus cumplidos? —se quejó Scarlett.

—No he tenido quejas, la verdad. —Rio mientras se sentaba en la otra silla y se retocaba el moño en el que se había recogido su pelo rubio tirando a castaño, a la luz del sol sus ojos parecían de un color extraordinario, parecían turquesas—. ¿Me vas a decir porque llorabas anoche? —Scarlett abrió mucho los ojos sorprendida mientras él le robaba la taza de sus manos y daba un sorbo—. ¡Oh, joder, como quema!—dijo soltando la taza e incorporándose hacia delante sacando la lengua.

Scarlett no pudo hacer otra cosa que reír a carcajada limpia.

—Eso te pasa por robar las bebidas de otros y meterte donde no te llaman —le contestó ella riendo aún.

—Vale, me lo merecía, pero ¡Joder! Me dolerá la lengua por meses —se quejó.

—Eres un exagerado. —Rio.

—¡Que no! Mira, me saldrá una ampolla gigante. —Le mostró la lengua.

—¡Qué asco!—Rio apartándose.

—En fin, me debes una, te he salvado de quemarte. —Le sonrió encantadoramente.

—¡Sí hombre! Eres tú el que ha bebido sin mi permiso, tienes lo que te mereces —bromeó.

De repente se sintió culpable por reír y pasárselo bien con este chico. Ares y su madre habían muerto por su culpa, ella no merecía estar pasándose bien, su deber era centrarse en su misión y hacer que se sintieran orgullosos de ella para demostrarles que sus muertes no habían sido en vano, que los vengaría.

—Mejor me voy —dijo recogiendo el libro y su libreta y se puso en pie. Él la detuvo cogiéndola del brazo.

—No hacemos nada malo. —Estaba serio. Sus palabras la asombraron, no dejaba de asombrarla.

—Ya lo sé, es solo que necesito tranquilidad. —Se deshizo de su agarre y él se puso en pie, con todo lo alto, grande y musculoso que era.

—Scarlett, sé que nos conocimos ayer, pero quiero que sepas que puedes confiar en mí...

—¡Estoy bien! —gritó cabreada porque no hacía otra cosa que preocupar a todo el mundo, incluso a Kholton que lo conocía desde hacía unas pocas horas, tal y como él mismo había señalado. No obstante, no sentía que se conocieran de tan poco—. Perdona. Yo... mejor me voy. —Pero él la detuvo otra vez y estiró de ella para abrazarla.

Los libros cayeron al suelo cuando Scarlett hundió su cara en su pecho, al principio estaba nerviosa y se sentía rara, pero después de que él la acariciara por la espalda se sintió bien y comenzó a llorar. Lo sintió familiar, como si no fuera la primera vez que la abrazaba. Lejos de oler a sudor, Kholton olía a almizcle y lluvia, era un olor atrayente y se abrazó a él.

—¿Le amas?—preguntó.

—Más que a mi vida, y me ha dejado, no solo él sino también mi madre, por mi culpa, por ser una inútil, yo...—Lloró y Kholton la separó un poco para cogerle el rostro entre sus grandes manos.

—No digas eso, no te conozco mucho, pero estoy seguro que no eres ninguna inútil, ellos no te culpan de nada, lo sé, y tú tampoco debes hacerlo —le susurró mirándola a los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —sollozó.

—Porque tengo la habilidad de saber en quien confiar y en quien no, y desde el primer momento en el que te vi, supe que debía seguirte a ti. Tienes esa fortaleza y esa bondad de querer ayudar a los que están a tu alrededor, y sé que si el Dios de la guerra se sacrificó por ti, es porque vales mucho la pena, no eres una inútil, no lo vuelvas a decir, ni siquiera lo pienses. —La besó en la frente y volvió a estrecharla entre sus brazos deseando poder aliviar su dolor, aunque solo fuera un poco.

—Gracias —susurró en su pecho al cabo de unos minutos de sentir su reconfortante calor.

No se sentía igual que cuando era Ares quien la abrazaba, pero Kholton también conseguía esas mariposas en el estómago y se sonrojó. Se sintió

fatal, como si estuviera traicionando a Ares y rápidamente se apartó, recogió los libros y con una sonrisa más que fingida corrió hasta su habitación dejando a Kholton con la palabra en la boca.

Seguramente que fuera descendiente de Afrodita, la Diosa del amor, tenía mucho que ver en qué le pareciera un chico atractivo y le hiciera sentir esas cosas tan extrañas. Pero solo era eso, seguro. De todas maneras estaba decidida a centrarse en destruir a Zeus antes de que él acabara con la humanidad y, demostrarle tanto a Ares como a su madre que sus muertes habían servido de algo.

Capítulo 28

Esa tarde se reunieron todos en el salón para ver donde podría estar la Espada mata Dioses en el Inframundo. Kholton demostró que se conocía aquel lugar como la palma de su mano. Según les había contado él había sido el que más habilidades poseía de su familia, pues ni su padre ni su abuelo tenían la habilidad de conocer el Inframundo tan bien, ni la habilidad de la lucha. Sí que poseían un cierto sentido para intuir a las personas, pero hasta que él no había nacido, la branca dorada de Eneas no había sido vuelta a ver, esta vez apareció como una marca en su muñeca derecha. Antiguamente había sido un artilugio que Eneas usó para poder adentrarse en el Inframundo y él era el único que la poseía, por eso creía que su misión era ayudar a Scarlett a toda costa, como Apolo había visto en una visión.

En cuanto Kholton dijo aquello, todos miraron a Apolo preguntándose porqué el Dios del sol no había dicho nada al respecto y como él lo podía saber.

—Ya os he dicho que mis visiones no son nunca del todo certeras, no sabía si nos podíamos fiar de él —se excusó Apolo encogiéndose de hombros.

—Hermano, lo has hecho por él, por Ares. Él no querría que lo hiciera, pero tiene que ir, es su cometido. —Lo entendió Artemis.

—¿Y tú cómo lo has sabido? —preguntó Apolo ignorando a su hermana y desviando la atención de él y posándola en el descendiente de Eneas.

—No soy idiota, si tú no supieras con certeza que yo era el único que iba a ayudar a Scarlett, no estaría aquí, por lo tanto me has tenido que ver venir. Además conociéndola lo poco que la conozco sé que iría sin mí si fuera preciso, así que has aceptado que la acompañe porque sabes que le puedo ser de ayuda. —Sonrió complaciente por sus razonamientos certeros mientras se cruzaba de brazos y se estiraba hacia atrás en el sofá, al lado de Scarlett.

—No vayas de listillo, solo eres un descendiente, no te creas gran cosa. —Lo amenazó Apolo y Kholton le dedicó una sonrisa que lejos estaba de ser sincera y amable.

—Eh, tranquilitos los dos, no quiero peleas —se cabreó Scarlett. Entendía que Apolo le hubiera hecho la promesa a Ares de protegerla y

cuidar de ella, pero tenía que ser consciente de que la humanidad era más importante que ella y que si tenía que bajar al Inframundo y enfrentarse de nuevo a Zeus, lo haría.

Kholton levantó las manos como diciendo que él no estaba peleando, pero las miradas de ambos no decían eso exactamente. «Genial, lo único que me faltaba, una pelea de machos alfa», suspiró Scarlett. Dafne, sentada en frente de ella y al lado de Apolo, posó una mano sobre el brazo de este, consiguiendo que la mirara y relajara sus facciones. Ella negó con la cabeza y Apolo volvió su mirada hacia Scarlett pidiendo perdón, pero el Dios era tan orgulloso que no iba a decirlo delante de Kholton.

—Bueno, pues el plan es este. —Volvió al tema Kholton—. Scarlett cree que la espada está en un lugar arenoso y con desierto, por lo tanto tiene que ser un lugar alejado de los cuatro ríos del Inframundo. Lo que nos queda el Valle del Lamento, cerca del Palacio de Hades o el Tártaro.

Dafne se quedó pensativa mirando el mapa del Inframundo que Kholton había improvisado.

—¿Y no podría ser que la Espada estuviera cerca del río Leteo? Sé que has dicho desierto, pero si alguien hubiera adivinado dónde estaba tendríamos alguna pista, pero si está escondida en un lugar del que todo el mundo sale olvidando todo lo anterior...

—Sí, pero eso no nos afecta a los Dioses —explicó Artemis.

—¿Pero cuántos de vosotros habéis ido allí? —preguntó Scott sabiendo a qué se refería Dafne.

—Ninguno, nosotros no bebemos del Leteo para olvidar —respondió Artemis viendo por donde iban Scott y Dafne.

—¿Pero entonces mis sueños? Aunque solo recuerdo caminar por un desierto, la Espada no estaba allí, creo, ahora no lo sé —dudó Scarlett y la misteriosa frase vino a su mente una vez más: *“Nada es lo que parece. El bueno no es tan bueno y el malo no es tan malo”*—. Nada es lo que parece... —susurró inaudible para los demás—. ¿Sabemos cómo es el paisaje del Leteo? —Miró a Kholton.

—No, ni si quiera yo puedo recordarlo, la lógica dicta que haya vegetación por estar al lado de un río, pero... Es el Inframundo, nunca se sabe, nada es lo que parece —dijo Kholton usando esas mismas palabras y Scarlett lo miró sintiendo un escalofrío.

Él le dedicó una sonrisa y después siguió como si nada analizando el mapa junto a Scott, quien al parecer había estado documentándose también.

¿Sabría algo Kholton que no les estuviera diciendo? Si lo pensaba bien, cuando creyó que era la Espada quien le hablaba, lo creía porque no había otra explicación razonable, pero... esa voz parecía de hombre y no decía que la encontrara sino que la encontrará... ¿Podría ser que fuera Kholton? No, imposible. Pero eso explicaría por qué desde el primer momento había confiado en él y que se sintiera a gusto, como si ya le conociera.

—¿Te parece bien Scarlett? —le preguntó Scott devolviéndola al presente.

—¿Qué? Lo siento no estaba escuchando. —Se ruborizó.

—Decíamos que lo mejor sería ir primero al Leteo, aunque sería peligroso si luego salimos de allí sin recordar nada. —Le sonrió Kholton sabiendo que había estado perdida mirándolo a él.

De repente en la habitación cambió la energía. Apolo se puso en pie emanando ese poder tan extraordinario y amenazador. Sus ojos adquirieron ese tono blanquecino e iluminaban la sala, el Oráculo estaba de visita.

—La guerra está en marcha, los vencedores serán aquellos quienes posean el poder de la verdad y el Escudo tendrá un papel fundamental. Los dones de los dioses no te afectan, pero sí sus ataques.

—¿Las aguas del Leteo tampoco le afectan? ¿Gran Oráculo? —preguntó Kholton sin inmutarse por la repentina visita del Oráculo.

—¿Esa es la pregunta que realmente deseas hacerme, joven descendiente de Dioses? —Lo miró el Oráculo y Scarlett vio como Kholton apretaba la mandíbula y su semblante precavido pasaba a uno más serio—. Muchos son los dones que posee el Escudo, está en ella descubrirlo. Pero el Inframundo no se rige por las mismas normas, todo dependerá de su verdad —dijo al fin con una voz que parecían varias, retumbaba toda la habitación—. Tu destino será ser recordado por la mayor hazaña de todos los tiempos, joven descendiente de Dioses.

Y dicho esto, Apolo cerró los ojos y Artemis lo cogió antes de que cayera dejándolo en el sillón que había ocupado. Dafne corrió a buscar un poco de agua para el Dios.

—¿Estás bien?—le preguntó Dafne cuando Apolo abrió los ojos mostrando el color habitual azul magnético y brillante.

—Sí, pequeña ninfa, gracias. —Le sonrió aceptando el vaso de agua—. Y ¿bien? ¿Ha servido de algo? —dijo incorporándose.

—Más o menos, ha dicho que los vencedores de la guerra serán aquellos quienes posean el poder de la verdad, que yo iba a tener un papel

fundamental, menuda novedad. Y que poseo muchos dones pero no ha matizado si el agua del Leteo me afecta o no. Ah y que el Inframundo se rige por otras normas —explicó Scarlett.

—Vaya, muy esclarecedor, como siempre. —Le sonrió Apolo irónico—. ¿Quién le ha preguntado?

—He sido yo —dijo Kholton aún en estado pensativo por lo que le había dicho el Oráculo. Su mayor miedo era morir sin que nadie lo recordara. Esa era la pregunta que quería hacerle al Oráculo y que no se atrevió a preguntar por la respuesta, pero según el Oráculo estaba destinado a ser recordado por la mayor hazaña de todos los tiempos... ¿Qué demonios significaba eso?

—Ya veo... Bueno tengo que hacer algunas averiguaciones más sobre los siguientes movimientos de Zeus. Nos vemos luego —se despidió y se marchó desapareciendo, no sin antes echarle un vistazo a Dafne.

Dafne fue a seguir investigando en la biblioteca a ver si encontraban algo del Escudo o alguna cosa que les pudiera ser útil. Scott últimamente pasaba algo de tiempo en el gimnasio e incluso Artemis se había ofrecido a enseñarle a luchar con el arco y las flechas. Eso dejaba a Kholton y a Scarlett solos.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó Scarlett, él se tensó pero le sonrió como si nada.

—Claro. —Se acomodó en el sofá poniendo sus musculosos brazos en su cabeza y con una pierna sobre la otra formando un triángulo. Scarlett a su lado fue muy consciente de lo grande y atractivo que era. Ella carraspeó e intentó centrarse en las preguntas que tenía que hacerle.

—¿Me has hablado en sueños? —Fue directa al grano. Él rio.

—Solo fue una vez, necesitaba encontrarte pero Apolo te había protegido a base de bien con todos los símbolos que hay por la casa. Aunque el collar de Medusa me servía de unión. —Kholton se sacó de su bolsillo un collar muy parecido al que su madre le había entregado, solo que el de él, la piedra en la frente de Medusa era de color verde.

—Yo... tengo uno igual. —Se lo sacó por el cuello de la sudadera para enseñárselo.

—Lo sé, temí que tu madre nunca te lo hubiera dado y no poder encontrarte a tiempo, me alegro de que lo hiciera.

Entonces Scarlett volvió a recordar el momento en el que su madre se lo había dado “*Con esto él te encontrará más fácilmente*”. Todavía no podía

creerse que su madre supiera todo esto y jamás se lo hubiera mencionado. Después de todo entendía mejor su paranoia, pero debió decírselo... En esos momentos ya era demasiado tarde.

—¿Por qué? —A esas alturas ya nada la sorprendía, o casi nada.

—Es una larga historia. —Sonrió—. Desde niño he sabido que mi misión sería esta, mis padres me educaron para guiarte y protegerte. Nuestros padres se conocían, yo soy un año mayor que tú y en cuanto naciste y, yo siendo portador de la branca dorada, supieron que el destino nos había unido. Tu madre sabía qué eras y decidieron que yo sería el más adecuado para protegerte cuando me necesitaras. Pasamos mucho tiempo juntos de pequeños, hasta que tu madre no lo soportó más, la pérdida de tu padre la dejó muy tocada y huyó contigo. Supongo que pensó que si te alejaba de todo esto, te protegía. Siento lo que le ha pasado. —Puso su mano encima de la de ella.

—Gracias —respondió cabizbaja pensando en todo lo que le acababa de contar Kholton. ¿Es que aún quedaban más cosas por descubrir? Él le acarició las manos con sus pulgares pero no dijo nada, le estaba dejando tiempo para procesarlo—. ¿Llevas desde entonces buscándome? —Alzó el rostro para mirarle.

—Más o menos, supongo que fue a los quince años cuando fui consciente de que todo había cambiado y que debía encontrarte —dijo sombrío.

—Vaya...—Tenía tantas cosas que preguntarle... Pero había una pregunta que estaba por delante—. ¿Conociste a mi padre?

—Solo pude verlo una vez, yo era muy pequeño, aun así mis padres me dijeron que casi nunca podía estar con vosotras. Zeus le vigilaba muy de cerca y decidió que lo mejor era dejaros para que no te encontrara y te usara para su beneficio.

Lo que le estaba contando Kholton era de locos, aunque explicaba por qué parecía que lo conocía aunque no fuera así, pues poseían una extraña conexión. También explicaba que lo hubiera escuchado en sueños, algo un poco insólito pero después de lo que había y estaba viviendo... Una se acaba acostumbrando; más o menos.

Si lo que decía era verdad y había sido educado para este momento, no era de extrañar que supiera tanto del Inframundo y del mundo de los Dioses. Ni siquiera se había inmutado cuando Apolo se había convertido en el Oráculo. Pero lo que aún no entendía es que si había más gente como ella...

¿Por qué ella debía de ser el Escudo? Estaba claro que Kholton poseía una mejor preparación para todo esto y al parecer ambos compartían el ser descendientes lejanos de Dioses o semidioses... Entonces... ¿Por qué ella? No es que quisiera que fuera él quien diera su vida, simplemente que seguía sin entender por qué el destino o lo que fuera le había encomendado esa tarea.

—¿En qué piensas?—Atrajo su atención Kholton acariciándole las manos con sus pulgares.

—En que aun no entiendo cómo puedo ser yo el Escudo si hay más como yo mejor preparados para este mundo. —No sabía porque pero a Kholton no podía esconderle nada.

—¿Más cómo tú? —preguntó extrañado.

—Sí, que tenemos un porcentaje de sangre divina. Como tú y yo.

—¿No te lo han dicho?

—¿El qué? —Scarlett no entendía nada. ¿Apolo y Ares le habían escondido otra cosa más?

—Scarlett tu y yo no somos iguales. Yo soy descendiente lejano de una Diosa y un semidiós, por eso no puedo ser el Escudo, pero tú... Tú eres descendiente directa de un Dios o semidiós original, eres única. Hace mucho tiempo que ni los Dioses ni los semidioses se juntan con los humanos. Por eso tú eres el Escudo, porque tu padre es un Dios o un semidiós original —explicó Kholton.

Scarlett se quedó de piedra. No lo sabía, nadie se lo había dicho. Que fuera descendiente lejana ya era una absoluta tontería, pues ella no tenía nada de divino, pero que su padre, SU PADRE, fuera un Dios o un semidiós original... Ya era una de las grandes estupideces que hubiera escuchado jamás, no podía ser.

—No puede ser...—dijo anonadada.

—Ya lo creo que sí. ¿No lo sabías?

—No. ¡Claro que no lo sabía! No le conocí, no sé nada de él, ni siquiera sé cómo me he metido en medio de todo este circo de Dioses y semidioses, de Escudos y mierdas de esta. —Se puso en pie enfadada dando vueltas por la habitación. Odiaba sentir que no sabía nada, que todo el mundo le ocultaba cosas.

—Lo siento, si te hubiera encontrado antes podría habértelo explicado todo y protegerte, te hubiera ahorrado mucho sufrimiento —se disculpó Kholton poniéndose en pie. A Scarlett le latió el corazón, no quería que él se sintiera culpable, él era el único que hasta el momento no le ocultaba nada y

confiaba plenamente en él.

—No digas eso, no quería decir que tú tuvieras la culpa de nada. Gracias por contármelo. —Se acercó a él y le cogió de las manos alzando el rostro para poder mirarlo a los ojos.

—En cierta manera sí es mi culpa, mi deber era protegerte. No debí dejar que te marcharas de mi lado. —La miró directamente a sus ojos y alzó una de sus grandes manos para posarla en su mejilla. Scarlett se sonrojó, sus ojos eran preciosos y estaban fijos en ella; brillaba más el color verde en ellos.

—Eras un niño.

—Nunca he sido un niño —dijo con voz ronca y sombría. Scarlett pudo ver la tristeza en su mirada y algo dentro de ella se removió. Quería que esa soledad y tristeza desapareciera y deseó haber estado junto a él.

—Ahora estoy aquí y no me pienso ir —susurró sin saber por qué. Kholton le sonrió y se apartó de ella sentándose otra vez en el sofá. Es como si no la creyera.

—¿Así que ahora intentas ligar conmigo? —bromeó Kholton sonriéndole desde el sofá. Scarlett empezaba a comprender que él se escondía detrás de sus bromas y su lado chulito para no mostrar su parte sensible y solitaria. Estaba segura que el castaño había sufrido mucho en su vida.

—¿Qué? ¡Más quisieras! —Rio sentándose a su lado y dándole un golpe con su hombro.

Por el momento dejaría que se escondiera tras su máscara.

Se quedaron unos minutos en silencio, y Scarlett no pudo evitar volver a pensar en su padre. ¿Kholton había dicho que Zeus vigilaba a su padre? El Dios del rayo también había dicho algo referente a su padre en el palacio de Hefestos, lo había olvidado por completo. Dijo que ella era de su linaje y que como su padre recibiría un castigo por haberse revelado contra él. El corazón de Scarlett se aceleró, su padre no las había abandonado como ella había creído, su madre nunca le habló de él, pero en ese instante vio claro que lo único que hizo fue irse y revelarse contra Zeus para mantenerlas a salvo. Lágrimas se formaron en sus ojos y Kholton se incorporó posando una de sus manos sobre su mejilla.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado.

—Sí, eso creo, no lo sé. Mi padre se sacrificó por nosotras, Zeus lo destruyó, como a mi madre. —Entonces no pudo detener las lágrimas y la rabia hacia Zeus se acrecentó en su interior—. ¿Por qué todo el mundo que

está a mí alrededor acaba muerto por mi culpa? —Lloró. Kholton la abrazó haciendo que ella hundiera su cara en su cuello. Sus rodillas se tocaban y sus cuerpos estaban muy juntos. Scarlett sintió la calor de su cuerpo traspasarla, eso la hizo sentirse mejor.

—No es cierto, yo estoy aquí y no pienso irme. —Repitió lo que ella hacía unos minutos le había dicho haciendo que ambos sonrieran. Kholton le acarició el suave pelo mientras notaba sus pequeños brazos alrededor de su cintura. Nunca pensó que Scarlett se convertiría en una chica tan guapa, fuerte y lista. Nunca se había topado con nadie como ella y olía a su fruta favorita, fresas.

Cuando Artemis vino a por él, Kholton ya hacía tiempo que había tomado la decisión de ir en su búsqueda, y si hubiera hecho falta se hubiera metido más de una vez en sus sueños para poder contactar con ella. No había sido nada fácil, como tampoco lo hubiera sido encontrarla sin el collar.

—¿Sabes quién era mi padre? —sollozó, él negó con la cabeza.

—Nunca me lo dijeron, lo siento. —La sostuvo más fuerte contra sí.

Sin darse cuenta la posicionó a horcajadas suya y ella no se quejó. Su pene empezó a impacientarse, pero ella no necesitaba eso. No quería asustarla ni aprovecharse de su vulnerabilidad. Acababa de perder a su madre y al hombre que amaba, así como de enterarse de que su padre también se había sacrificado por ella y que era un ser divino. La respetaba demasiado como para intentar algo con Scarlett en ese momento, pero un abrazo no hacía mal a nadie y ella lo necesitaba. A decir verdad, él también. Scarlett era con la primera persona que se mostraba vulnerable, era la primera persona que estaba dejando entrar en su coraza, y eso lo asustaba un poco. Por esa razón había recurrido a sus bromas en cuanto la conversación estaba recayendo en él, no le gustaba hablar de esos sentimientos que escondía.

Estuvo unos minutos acariciándole la espalda y escuchando como ella lloraba hundiéndose más en su cuerpo y en su corazón. Poco a poco notó como se relajaba contra él y su respiración pasaba a ser pausada y tranquila, se había dormido. Era consciente de que la pasada noche Scarlett, no durmió muy bien, ni las anteriores, pues sus ojeras así se lo mostraban. No le extrañaría nada que tuviera pesadillas, al igual que le pasaba a él cuando recordaba lo que le sucedió hacía ya once años. Ser testigo de cómo asesinan a tus padres delante de ti unos seres monstruosos, sabiendo que iban a por ti; no deja indiferente a nadie. Menos si te habían entrenado a conciencia para luchar contra esos seres. Aun recordaba lo inútil que se sintió, es por eso que

entendía perfectamente a Scarlett, desde entonces solo le había quedado ella, su única esperanza para poder vengarse de los Dioses por lo que le habían hecho. Por eso no le gustaba Apolo, no le caía bien ningún Dios, no se fiaba de ellos.

Cuando Artemis lo había ido a buscar, su primera reacción fue atacarla, pero la Diosa lo paralizó con una de sus flechas y lo obligó a escucharla. No era idiota y sabía que Scarlett estaba con Apolo y Ares, los rumores en el mundo divino corrían rápido, aunque no sabía dónde. Por eso se había puesto en contacto con ella mediante sueños, lo cual le había costado bastante por la protección de Apolo. Kholton estaba seguro de que ellos dos querían el poder de Scarlett para su beneficio, pero ya no sabía qué pensar, parecía que Apolo se preocupaba mucho por ella, e incluso Ares se había sacrificado por Scarlett, cosa inaudita. Y sabiendo que él era su protector, jamás hubieran acudido a él para encontrar la Espada mata Dioses si lo que querían era el poder del Escudo, ¿no? De todas maneras Artemis había sido una vía rápida para llegar hasta ella.

Y allí estaba, su cometido había sido encontrar al Escudo y protegerla, pues ella era la clave para vengarse de los Dioses.

Capítulo 29

Scarlett por primera vez se despertó en su cama sin pesadillas. Se sentía cómoda y descansada, aunque la sensación de culpabilidad y dolor no la habían abandonado. Tener la inmortalidad era algo absurdo, no le servía de nada. No podía morir y eso era todo, ni eterna juventud ni nada, simplemente no moriría jamás, un asco. Al menos sabría que no se quedaría sola, o eso esperaba, pues creía que Apolo iba a quedarse a hacerle compañía. Aunque realmente deseaba encontrar una manera de morir, pero de eso ya se preocuparía cuando todo eso acabara.

La conversación con Kholton la pasada noche aun daba vueltas en su cabeza, su padre era un Dios o un semidiós original, no podía creerlo. ¿Por qué Apolo no se lo había dicho? ¿Se lo ocultaba a propósito? ¿No lo sabía? Tenía que hablar con él, estaba cansada de que le ocultara cosas. Un cuerpo se movió detrás de ella y fue consciente de que un brazo la sostenía pegada a esa caliente masa. El cuerpo era grande y musculoso igual que el del brazo, por lo que no era de Dafne, y ese olor a almizcle y lluvia... «¡Kholton!». Madre mía ¿Cómo había llegado a esto? Lo último que recordaba era... que estaban en el sofá hablando, o bueno ella lloraba encima de él, para ser más exactos... y después... ¡Se durmió en su regazo! «¡Joder, qué vergüenza!».

Intentó deshacerse de su abrazo pero solo consiguió que él la acercara más y notara lo excitado que estaba. Su corazón dio un brinco y su cuerpo se calentó. Su pecho musculado desnudo se apretaba contra su espalda. ¿Por qué se había quitado la camiseta? Su corazón latía desbocado, no es que le gustara Kholton, ella amaba a Ares y eso lo tenía clarísimo, pero a cualquier mujer le resultaría atractivo y estar en esa situación con él... le gustaba tanto como podía odiarlo a la misma vez. Scarlett intentó deshacerse de su agarre una vez más, pero era demasiado fuerte.

—Estate quieta —susurró Kholton con voz dormida.

—Suéltame. ¿Qué haces en mi cama?—le preguntó enfadada.

—Tú me lo pediste. —Sonrió

—¡Eso no es cierto! —le rebatió mientras Kholton se ponía encima suyo para evitar que se moviera.

—No me soltaste, para mí eso es una invitación a quedarme. Admite

que te ha encantado. —Le sonrió.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —Apartó la vista, pues que él tuviera su boca tan cerca de la suya, le asustaba. Era demasiado fuerte para echarlo de encima de ella—. Déjame, por favor —le pidió seria.

—Perdona, no quería asustarte, solo bromeaba, nunca haría nada que no quisieras —le confesó Kholton preocupado por haberla asustado mientras se quitaba de encima de ella y le ofrecía una mano para ayudarla a incorporarse, aunque ella rechazó su ayuda.

—No pasa nada.

—¿Es por él? —En el preciso momento en que pronunció esas palabras y ella lo miró con odio se arrepintió de haberlas formulado—. Claro que es por él, porque está claro que entre nosotros hay algo.

—¡Entre nosotros no hay nada! —se cabreó.

—Lo que tú digas. —Sonrió. Y se marchó sintiéndose un auténtico capullo. Estaba contrariado porque Scarlett era la única chica que le había dicho que no, eso era todo. No estaba celoso ni sentía nada por ella aparte de atracción, se repetía.

Tantos años buscándola le habían hecho mella y sentía verdaderamente que la conocía, era la chica que siempre había estado esperando. Esto era una locura. Suspiró cerrando la puerta tras de sí.

Scarlett no vio a Kholton durante el día, y prefirió que fuera así, solo le apetecía quedarse en su habitación y llorar pensando en Ares, recordando lo que habían vivido y lo mucho que lo amaba. También lloró por su madre, la echaba mucho de menos y se arrepentía de haberla dejado para irse a trabajar fuera, pero eso era lo que le había hecho conocer a Ares, y no sabía cómo sentirse. Cuando afuera comenzó a oscurecer, tuvo la necesidad de encender la luz, pero antes de que hiciera algún movimiento para poner el pie fuera de la cama, la puerta se abrió de golpe.

—¿Se puede saber qué mierda haces todo el día aquí encerrada? —gritó Dafne entrando en su habitación como un torbellino—. Pensaba que estabas con Kholton hasta que él ha vuelto. —Estaba cabreada e intentó quitarle las sábanas de encima.

—¡Déjame, no tengo ganas de ver a nadie!

—¿Quién eres tú? ¡Mi Scarlett no se queda compadeciéndose de sí

misma en su habitación, sale a luchar y afronta los problemas! —Logró quitarle la sábana, cuando quería, su delgada amiga tenía mucha fuerza—. Scarlett —suspiró sentándose en la cama y acariciándole el pelo—. Sé que es duro, pero nosotros te necesitamos, es egoísta de nuestra parte, lo sé, pero eres la única que puede parar este desastre. Cada vez que enciendo la televisión no puedo dejar de llorar por todas las catástrofes que ocasionan esos idiotas de los Dioses y Titanes, créeme que me gustaría ser más útil y poder ayudarte. —Lloró.

Entendía a Dafne, si ella estuviera en su posición, lo único que podría hacer sería mantenerla a flote y no dejar que se hundiera, hacerla saber que no estaba sola. Y esa era la misión que se había autoimpuesto Dafne para con ella. Scarlett se hizo a un lado y su amiga se recostó a su lado; ambas se abrazaron.

—Eres muy útil, eres la única que puede hacer que no me derrumbe —le susurró a su amiga.

—Venga ya.

—Que sí, eres mi hermana y te quiero mucho, si tú no estuvieras aquí... yo, me sentiría sola.

—No lo estarías, tendrías a Scott y Apolo, y Kholton, que por cierto está muy bueno y como te mira... No sé cómo porque os acabáis de conocer, pero le importas mucho.

—Ese es un salido, no le importo solo me ve como un trozo de carne más —rieron. Aunque no lo creía verdaderamente. Si bien la mayor parte del tiempo era un arrogante creído, Scarlett sabía que escondía un lado roto, sensible y solitario, esto último seguramente que no por elección suya. Como ayer cuando le confesó que nunca había sido un niño, o cuando le dijo que no debió dejar que se marchara de su lado para protegerla. O cuando la estuvo consolando sin quejarse, la había acariciado y dicho palabras de ánimo. También era un payaso que la hacía reír, como el día que estaban en el jardín y se quemó la lengua. Sonrió al recordarlo.

—No lo creo, a mí no me ha mirado más que lo suficiente y en cuanto le he preguntado si tú no estabas con él, su cara de preocupación lo decía todo. Chica, no sé qué les haces. —Sonrió y le dio un beso en el pelo.

—Yo solo quiero a Ares... No puedo ni imaginarme con otro, no quiero, le quiero a él. —Lloró con el corazón en un puño.

Haber estado todo el día lamentándose no había sido buena idea, lo admitía, pero necesitaba eso para ser consciente de que ni Ares ni su madre

iban a volver, no lo harían, y tendría que aprender a vivir con ello. El nudo en su garganta cada vez era más doloroso y sus ojos escocían de tanto llorar, pero no podía evitarlo, los quería muchísimo y no iba a poder hablarles, ni abrazarlos, ni sentirlos nunca más. Odiaba con toda su alma al desalmado Dios que la había dejado sin dos de las personas más importantes de su vida.

—Ya lo sé, lo siento mucho. —Lloró con ella Dafne.

Dafne no podía ver a su amiga así, ella comprendía bien el dolor de la pérdida, pero no podría ni imaginarse como se sentiría Scarlett después de ver como su propia madre moría delante de ella por protegerla. Después despertar y saber que la persona a la que amas también se ha sacrificado por ti y que eres inmortal. Estuvieron un rato en silencio, solo con el sonido de sus lágrimas que poco a poco fueron calmándose.

—Míranos, parecemos dos tontas, aquí llorando. —Rieron las dos con lágrimas en los ojos.

—Si Ares me viera... no me lo perdonaría y mi madre mucho menos.

—Oye, no te lo he preguntado, pero... ¿Cómo se siente una siendo inmortal? —le preguntó curiosa Dafne.

—Pues la verdad es que... como siempre. No sé, no noto nada distinto. —Rio.

—¿Tú sabías que Ares podía darte su inmortalidad?

—No, además la recuperó poco antes de que yo desfalleciera. Un momento, una vez me explicó Apolo que un Dios desaparecía en el Inframundo solo cuando aparecía un Sucesor de éste, y si Ares todavía no tiene Sucesor... ¡Está vivo! O más o menos, pero aún puede estar en el Inframundo, ¿no? —Se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Eh... no sé, pero yo no me haría ilusiones, cariño, sé que quieres recuperarlo, pero... ya no está. Además, si fuera así, Apolo nos lo hubiera dicho, ¿no? —La miró

Dafne preocupada sentada desde su cama.

—No, si Ares le hizo prometer que no me lo diría para que no intentara salvarlo —razonó Scarlett.

—Quizá entendiste mal la explicación.

—¡No, estoy segura! Dijo que un Dios permanecía en el Inframundo desapareciendo poco a poco mientras aparecía un Sucesor.

—Pues preguntémosle a Apolo.

—No, si le pregunto seguro que me mentirá y si sabe que voy a ir a

buscarlo no me dejará ir.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Y si estas equivocada y eso no es posible? Tampoco sabemos si puedes devolverlo a la vida.

—Si él me dio su inmortalidad tiene que haber alguna forma de poder devolvérsela, ¿no?

—Ares no va a querer si con eso te mata —concluyó Dafne.

—Pero yo ya estoy bien, solo que la próxima vez que use mi energía de esa forma lo tengo que hacer con precaución.

—No sé Scarlett, lo veo complicado. —Se preocupó por si estaban siguiendo una idea que luego no iba a ninguna parte. Dafne se levantó y le puso una mano en el brazo. No quería que su amiga se creara esperanzas que luego no la llevarían a nada.

—Tengo que intentarlo —dijo convencida.

Dos días después Scarlett tenía muchas ganas de bajar al Inframundo y buscar a Ares, sabía que su misión principal sería encontrar la Espada, no iba a permitir que sus deseos se interpusieran en el deber. Aun así si conseguía la espada y además lograba, no sabía cómo, que Ares volviera a la vida, no haría falta que ella muriera para darle su energía y ambos podrían vivir. Claro que nadie más que Dafne conocía esa parte del plan.

Por otro lado, el tema de su padre lo había dejado aparcado, no podía abarcar tantas cosas a la vez, pero en cuanto solucionara todo esto iba a someter a Apolo a un tercer grado de interrogatorio y adivinar todo lo que fuera posible de su padre.

—¿Preparada? —le preguntó Kholton apareciendo por la puerta del gimnasio y poniéndose a su lado. Aún no se acostumbraba a no sentir su presencia.

Scarlett estaba en las estanterías del fondo cogiendo algunas dagas y cuchillos para su viaje. En el Inframundo, según había visto en los libros y la información que le dio Kholton, habitaban los seres más monstruosos del universo y necesitarían bastantes armas para combatirlos, aunque en realidad esperaba no tener que usarlas. Después de la noche que pasaron juntos y de la discusión de la mañana, no volvieron a hablar del tema, simplemente lo dejaron a un lado y él no había vuelto a hacer ningún intento de acercamiento demasiado cariñoso.

—Más o menos —le contestó.

Scarlett todavía no podía creerse que fueran a bajar al Inframundo, se lo imaginaba como un lugar lúgubre, como un cementerio de esos abandonados y antiguos. La verdad es que no quería pensar en ello demasiado. Kholton le contó que el tiempo allí pasaba diferente y que quizá para los que estaban en la tierra solo estarían unas horas, pero para ellos podrían ser días. Durante esa semana le estuvo explicando los diferentes peligros a los que se exponían allí.

Scarlett tuvo que morderse la lengua más de una vez cuando veía a Apolo y no preguntarle por su hipótesis en la que Ares seguía vivo en algún lugar de aquella dimensión. No quería que la miraran con lástima ni que no le dejaran llevar a cabo esta misión por pensar que se había vuelto loca de remate, pues quizá tendrían razón.

Volvió a poner atención a lo que le explicaba Kholton.

—No sabemos si Hades está de nuestra parte o no, por eso debemos ir con mucho cuidado de no llamar la atención y comportarnos como cada paraje corresponda. Básicamente tenemos que imitar a las otras almas —dijo Kholton dedicándole su fabulosa sonrisa.

—Y... ¿Dónde van a para los Dioses? —Se atrevió a preguntar Scarlett con cautela y disimulo mientras metía uno de los cuchillos en su funda.

Vio de reojo que Kholton estrechaba los ojos estudiándola «Mierda, me ha pillado. ¿Tan obvio es?», se tensó por lo que podría decirle el castaño, pero para su sorpresa, se limitó a contestarle.

—En un lugar entre el palacio de Hades y los Campos Elíseos.

—Ah.

De repente Kholton se movió y se pegó demasiado a su espalda mientras ella acababa de cerrar la mochila.

—Sé que me escondes algo —le susurró en la oreja poniéndose tras ella, su cálido aliento le puso la piel de gallina y sintió su calor en su espalda. Sintió el impulso de recostarse sobre su pecho.

—N...no te escondo nada. —Él le retiró el pelo hacia a un lado y con la otra mano la cogió por la cintura.

—Mientes muy mal, Scar. Si quieres que esto funcione, tienes que decirme que piensas en cada momento, si no estamos en la misma misión... algo podría fallar. Ese mundo es muy peligroso y no quiero correr riesgos contigo —susurró y Scarlett sintió calor en su cuerpo, la cabreaba y al mismo tiempo la atraía. Y para colmo usaba el diminutivo por el cual la llamaba Ares cuando... en fin. Tenía que dejar de torturarse.

—Ni que yo te importara —lo provocó ella. Él soltó una risa masculina y se pegó más a ella haciendo que notara su erección en el trasero. Scarlett se mordió el labio inferior ahogando un gemido; no iba a darle esa satisfacción.

—¿Notas lo mucho que me importas? —Y la besó en la mejilla—. Y a juzgar por tus mejillas sonrojadas y tu respiración agitada, algo en ti he removido. —Notó como sonrió.

Scarlett quería separarse de él, pegarle y gritarle por ser tan... malditamente seductor. Pero su cuerpo no obedecía, le gustara o no, Kholton le hacía sentir algo. Pero claramente lo que buscaba él era sexo, nada más, y ella no quería ni amor ni sexo viniendo de él, por muy atractivo que resultara, su corazón y su cuerpo eran de Ares. Así que se giró bruscamente y lo empujó.

—¡Eres un idiota salido! ¿Qué clase de chica crees que soy? No me pienso acostar contigo y no vas a tener nada de mí, ¿queda claro? —Le dio una bofetada, cogió su mochila y se largó dando un portazo dejando a Kholton allí plantado.

Kholton sabía que la estaba cagando cada vez más con Scarlett, pero es que él nunca se había encontrado en esa situación, nunca se había visto en la tesitura de tener que seducir a una chica, y visto lo visto, lo estaba haciendo fatal. Se frotó la mejilla dolorida por el tortazo, desde luego que tenía fuerza, sonrió. Normalmente no necesitaba nada para que una chica cayera rendida a sus pies, pero Scarlett era diferente y le gustaba. No solo la veía como un trozo de carne, como le había hecho sentir en ese momento, era algo más. Físicamente era muy guapa, pero era su personalidad, su fortaleza y su inteligencia lo que le atraían de ella. Además de tener esa conexión que había entre ellos. Nunca había tenido esa atracción instantánea con nadie, y sentía que con ella podría pasárselo muy bien, no solo con el sexo, sino conversando o simplemente pasando el tiempo juntos, si no fuera un auténtico capullo con ella cada vez que pasaba más de cinco minutos a su lado. En esos pocos días había intentado mantener las distancias sin querer acercarse demasiado para no cometer una estupidez como la de hacía unos momentos. De la cual estaba seguro que se arrepentiría toda su vida.

Sabía que el corazón de Scarlett seguía siendo del Dios de la guerra, y desde luego esta no era la mejor forma de hacer que se olvidara de Ares y

empezara a fijarse en él. No obstante, sabía que le escondía algo, algo relacionado con el Dios, pues la pregunta que le había formulado de dónde iban a parar los Dioses en el Inframundo, tenía trampa. Seguramente planeaba ir en su búsqueda, algo casi imposible pues allí donde estaban los Dioses, los mortales no podían llegar. Necesitaba que se olvidara del Dios y se centrara en su misión, no porque estuviera celoso o algo así, sino porque podría ser peligroso; después conseguiría que ella se enamorara de él.

Capítulo 30

Pues el plan ya estaba en marcha, estaba anocheciendo y Scarlett abrazó por tercera o cuarta vez a Dafne y a Scott para despedirse; después hizo lo propio con Apolo. No le gustaba nada dejarlos allí, pero sabía que Apolo y Artemis los protegerían. También vio la misma preocupación en sus ojos, pues era ella quien estaba a punto de descender a uno de los lugares más siniestros y peligrosos que pudieran existir.

—He pintado todos los símbolos de protección que se me han ocurrido por el coche, os servirá para llegar hasta el cementerio sin problemas —dijo el Dios del Sol.

—Muchas gracias, Apolo. —Y este la abrazó una vez más. Scarlett estaba nerviosa, nerviosa por tener que ir sola con Kholton a otra ciudad, a un cementerio en el cual se encontraba la puerta al Inframundo y tener que acceder a él sin saber muy bien qué esperar de ello.

—¿Seguro que no preferís que vaya con vosotros hasta el cementerio? —preguntó.

—No te preocupes, no nos podemos arriesgar a que Hades te sienta. Sé lo que hago, la protegeré —contestó Kholton.

—Eso espero. —Lo miró serio—. De todas formas si estáis en peligro lo sabré.

—¿Nos vamos? —dijo Kholton. Ella ni siquiera lo miró, estaba cabreada aun por cómo la había tratado antes.

—Tened mucho cuidado —dijo Dafne abrazándola otra vez y en el oído le susurró—: No te obsesiones con eso, no sabemos si es posible, tú céntrate en salir con vida. —Y Scarlett besó a su amiga en la mejilla.

—Cuídala bien. —Le ofreció la mano Scott a Kholton y él sonrió.

—Descuida, la protegeré con mi vida. —Scarlett esperaba que no lo dijera de verdad, estaba cansada de ver cómo la gente se sacrificaba por ella, y aunque estaba enfadada con Kholton, no le quería ningún mal.

Después de despedirse ambos subieron al coche de Kholton, un todoterreno de color negro, el cual, tal y como había dicho Apolo, estaba lleno de símbolos hechos con tiza blanca para protegerlos y hacerlos medianamente invisibles a los Dioses.

—Madre mía, como me ha dejado el Picasso este el coche... espero que no deje marca —se quejó Kholton mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Scarlett no pudo aguantar la risa—. Me alegro de que te haga gracia, después lo limpiaras tú —le dijo en broma guiñándole un ojo.

—¡Sí hombre! —Rio Scarlett.

La verdad es que Kholton era un chico muy gracioso y amable, cuando no se comportaba como un salido capullo, claro. Puso el coche en marcha y durante la siguiente media hora, ninguno de los dos articuló palabra. Scarlett estaba nerviosa por lo de la misión, al lugar que iban y sobre todo por saber si su hipótesis en la que Ares seguía en algún lugar con vida, era cierta o no. Miró a Kholton y lo vio nervioso durante todo el trayecto que habían compartido. Algo rondaba su cabeza, algo que quería decirle y el pobre no sabía cómo. Scarlett no comprendía cómo conocía eso de él. La conexión que había entre ellos era muy extraña, tenía la sensación de que se conocían de toda la vida, y, aunque se hubieran conocido de niños, no explicaba la conexión que existía entre ellos.

Scarlett esperó a que se aclarara las ideas, y mientras, observó lo guapo que era. Se preguntó qué querría decirle. Resultaba demasiado atractivo para no ser un Dios, claro que venía de la estirpe de uno de los héroes más famosos de la historia clásica y de la Diosa del Amor, la cual, por cierto, era una auténtica arpía. No obstante, Kholton parecía un chico amable y bueno, un poco creído, pero bueno, nadie era perfecto.

Sus musculosos brazos estaban en tensión y su melena castaña clara salvaje por los hombros, le tapaba la cara desde el asiento del copiloto en el que se encontraba Scarlett. Pero podía imaginarse con facilidad aquellos ojos verde azulados con una mirada pensativa, los cuales no le habían dejado indiferente; le encantaba ese color, lo hacían único y muy atractivo. Su corazón empezó a latir más fuerte y sus mejillas adquirieron un tono rosado, empezaba a ser consciente de que iba a pasar mucho tiempo con Kholton a solas, y tenía miedo de dejarse llevar por él y su carisma.

—Scarlett —la llamó. Por fin había ordenado sus ideas—. Yo..., siento lo de antes, no quiero que pienses que para mí eres un trozo de carne o algo así. Me gustas y eso me pone nervioso porque normalmente no tengo que ir detrás de nadie. No pongas los ojos en blanco, no es fanfarronería, es la verdad. —Sonrió y Scarlett se quedó sorprendida, pues él no la había mirado tan siquiera. La conexión que tenían era demasiado irreal—. Bueno, pues eso, que lo siento, me importas de verdad y me gustas —concluyó.

A eso no supo qué contestar Scarlett, a ella también le gustaba y estaba claro que tenían un vínculo que no podía explicar, pero el amor que sentía por Ares era mil veces más fuerte y más insistente en su corazón que lo que podía llegar a sentir por Kholton en ese momento, o alguna vez.

—Para mí tú siempre has sido una estrella constante en mi vida. — Siguió hablando el castaño—. Desde que mis padres murieron a manos de unos seres enviados por los Dioses, supe que la única manera de vengarme de ellos era a través de ti, con eso no quiero decir que quiera usarte ni nada de eso... ¡Joder, lo estoy fastidiando cada vez más! —Dio un golpe en el volante—. Solo digo que no he dejado de pensar en ti en toda mi vida, esperando encontrarte y ahora que te tengo aquí... Me gustas.

Scarlett se quedó muda y embelesada mirando al hombre que se le estaba declarando, confesando que la había estado buscando durante toda su vida. Pero no sabía qué decirle, a ella también le gustaba, era divertido estar con él, pero no podía engañarse ni a sí misma ni a Kholton, ella amaba a Ares y no podía verse con nadie más. Sin embargo, que sus padres hubieran muerto llamó su atención.

—¿Tus... tus padres han muerto? —Él rio amargamente.

—Te acabo de confesar algo que jamás había dicho a nadie y, ¿lo único con lo que te has quedado ha sido con lo de la muerte de mis padres?— Suspiró—. En fin, sí. Mis padres murieron cuando yo tenía quince años, aquellos seres venían a por mí enviados por Zeus, pues se enteró de que me habían unido a ti para protegerte. A pesar de todos los esfuerzos de mis padres por ocultarnos, nos encontraron, yo no estaba en casa y cuando volví...—Scarlett vio como apretaba más fuerte los dedos en el volante. Ella le puso una mano en el brazo dándole apoyo.

—No tienes que contarme nada si no quieres —le dijo preocupada.

—No pasa nada, sienta bien hablar del tema, nunca se lo he contado a nadie. —Scarlett asintió en silencio, esperando que él se sintiera cómodo para hablar de ello—. Cuando volví ambos estaban decapitados. —Cogió aire mientras miraba fijamente la carretera—. Entonces puse en marcha el plan que teníamos preparado por si eso sucedía. Recogí lo esencial y me marché para esconderme. He huido hasta ahora, buscándote para acabar lo que Zeus había empezado. Es un cabrón muy listo y encima con mucho poder, la combinación perfecta para ser un auténtico psicópata.

—Lo siento mucho. ¿Has estado solo desde entonces?

—Solo, solo, no he tenido compañía muy grata. —Rio claramente

refiriéndose a compañía femenina.

—Eres un cerdo.

—Soy irresistible. ¿Qué se le va hacer?—Rio otra vez escondiéndose detrás de su máscara.

—Bueno ahora nos tienes a nosotros. —Kholton se puso serio y no dijo nada más—. Mi madre... la calcinó ante mis ojos. —Lágrimas pincharon en sus ojos y el dolor habitual se instaló en su pecho.

—Eh, preciosa, no llores, nos las pagará, ya lo verás. —Puso una mano sobre su pierna, que por suerte llevaba un tejano largo, porque si no sabía que ese contacto le hubiera hormigueado.

—No lloro, estoy bien, es solo que...

—Es muy reciente, lo sé, aprenderás a vivir con ello. —Le cogió de la mano y Scarlett no fue capaz de apartarla, no quería, resultaba reconfortante que alguien te entendiera; entrelazó sus dedos con los de ella.

Estuvieron unos minutos así hasta que Kholton tuvo que cambiar de marchas, fue entonces cuando Scarlett echó de menos su contacto. Su mano era cálida, grande y fuerte y sin querer recordó cómo la habían abrazado más de una vez, pegándola a su gran cuerpo. Sus mejillas se volvieron sonrojadas.

Dos horas después, Scarlett se había quedado dormida en el asiento del copiloto, pero al notar que estaban parando, se despertó para ver como Kholton estacionaba en una gasolinera veinticuatro horas a repostar y coger algo de beber y comer. El lugar estaba en medio de la nada, pues iban por carreteras secundarias. Solo se veía carretera oscura y algún que otro coche muy de vez en cuando. Sus ganas de hacer pipí presionaron en su vejiga, pero su miedo a la oscuridad no le permitía bajar del coche, aunque hubiera luz en la gasolinera y en la tienda, no quería salir de la falsa protección del coche. Así que esperó a que Kholton volviera.

—¿Estás despierta? —Se sentó en el asiento.

—Kholton —lo llamó ella avergonzada por tener que pedirle que la acompañara—. Podrías... es que yo... ¿Me acompañas al baño?

Él se la quedó mirando serio, y de repente estalló en risas. Scarlett se avergonzó más y su rostro se tiñó de rojo.

—Déjalo, ya iré yo sola —espetó cabreada abriendo la puerta. Pero él la cogió del brazo deteniéndola.

—Perdona, claro que te acompaño. Es solo que me ha pillado desprevenido, siempre pareces tan fuerte y decidida que nunca me hubiera esperado que te diera miedo ir al baño. —Sonrió aguantándose la risa.

—¡Eres un estúpido! Tengo miedo a la oscuridad absoluta. Pero déjalo, no te necesito. —Se cabreó y soltándose de su agarre salió casi corriendo hacia los baños.

—Vamos, Scarlett. ¡No te pongas así, es solo que no me lo esperaba! — le gritó mientras salía tras ella y la seguía hasta el baño, detrás de la gasolinera.

Scarlett entró en los apestosos baños cerrándole la puerta en los morros. Olía fatal y la presentación no era muy buena, pero no podía aguantar más. Acabó lo más rápido que pudo y se lavó las manos; al menos el jabón olía bien. Cuando salió esperó que Kholton se hubiera ido y la hubiera dejado sola, pero no, allí estaba, apoyado contra la pared esperándola. Cuando ella salió le dedicó una sonrisa y se acercó a ella envolviéndola con un brazo por la cintura.

—Perdona, no quería reírme de ti, nunca lo haría, es solo que me pones nervioso. Eres tan perfecta, que cuando me dices una cosa como esa no me la espero. —Le dio un beso en la cabeza y Scarlett no tuvo la valentía de separarse de él. Su olor a almizcle y lluvia le encantaba.

—Yo no soy perfecta, no sé qué idea tienes de mí, pero es errónea.

—Me doy cuenta, y me gusta más como eres en realidad de cómo te imaginé. Siempre pensé que el Escudo era alguien perfecto, sin miedos. Pero me gustas más así, que seas Scarlett y no el Escudo. —La estrechó más contra su pecho.

—Eres muy raro. —Intentó estar serio pero en su rostro se dibujó una sonrisa mientras llegaban a la puerta del copiloto y él se la abría.

—Es parte de mi encanto. —Le guiñó un ojo y cerró la puerta para ir a su sitio.

Scarlett lo miró mientras daba la vuelta al coche. Kholton era todo un enigma, había sufrido mucho en la vida y aun así, no perdía el sentido del humor, claro que muchas veces lo usaba como una coraza de protección para no mostrarse como era en realidad. Pero le gustaba pensar que con ella se estaba abriendo, pues le había demostrado que no le gustaba estar solo y le había contado como perdió a sus padres; algo horrible para un niño de quince años. Después había tenido que estar huyendo sin tener una casa fija ni familia que lo apoye. Había estado completamente solo la mayor parte de su vida, cuando era tan solo un chico. Y todo eso lo ocultaba con su fachada de chulito que presumía de sus conquistas y parecía que no le afectaba nada. Scarlett pensó que se merecía a alguien que lo quisiera enteramente a él, y

que no fuera alguien al que había idealizado hacía muchos años como su salvadora.

De repente, el suelo tembló y Scarlett vio cómo se formaba una grieta gigantesca que venía abriéndose directamente hacia el coche. Kholton abrió la puerta y tiró de ella hacia afuera, haciendo que ambos cayeran al suelo; ella encima de él. El coche quedó medio suspendido en el vacío. El chico de la gasolinera salió fuera a preguntarles si estaban bien y de golpe una fuerza invisible lo empujó hacia dentro. Scarlett esperó que estuviera bien.

—Vale, es hora de largarse, nos han encontrado. —El suelo tembló una vez más y la grieta volvió a abrirse, de ella emergió una montaña rocosa, pero realmente no lo era—. Mierda, Zeus nos envía la artillería pesada —se quejó Kholton. Se acercó al coche por la parte que estaba en el suelo aun, y con una fuerza extraordinaria lo movió para que volvieran a estar las cuatro ruedas sobre el asfalto. Scarlett se quedó anonadada, sabía que era como ella y poseía habilidades, pero aún no había visto ninguna demostración física ni le había preguntado por ello.

Kholton, al ver que Scarlett se había quedado petrificada, la cogió de la mano y tiró de ella para ayudarla a subir al coche; después subió él para salir a toda pastilla de allí. Cosa que no parecía muy útil pues Gea, el Titán de la tierra los perseguía abriendo el suelo por donde pasaban, cada vez más cerca de ellos. Era como una montaña gigantesca de rocas que arrasaba con todo a su paso. Scarlett pudo vislumbrar unos ojos gigantescos y amarillos que le provocaron un escalofrío, aquello era demasiado irreal y terrorífico. Le iba el corazón a cien por hora y no podía creerse que un Titán estuviera intentando matarlos. Tenía que detenerlo, no quería que por su culpa Kholton sufriera daño alguno y menos que muriera, pues lo sintiera o no, ella era inmortal.

Así que sacando toda la valentía de la que disponía abrió la ventanilla y formó una bola de energía para lanzarla contra el Titán.

—¿Qué mierda haces? ¡Entra dentro! —Oyó que le gritaba Kholton preocupado.

Scarlett no hizo caso y siguió con su plan, en cuanto sintió que la energía era suficiente en su mano, la lanzó contra la cabeza del Titán que sobresalía por la grieta que iba formando. Un montón de rocas salieron desperdigadas y Kholton la empujó hacia dentro del coche. Eso pareció detener un rato al Titán.

—¡Joder!—gritó emocionada—. ¡Le he dado en toda la cabeza!

—¿Estás loca? ¡Podría haberte dado alguna piedra o algo peor!—gritó

Kholton pero sin dejar de aminorar la marcha.

—Soy inmortal. ¿Recuerdas?

—No puedes morir, pero te pueden herir. ¡Joder! Que seas inmortal no quiere decir que seas de hierro.

—Perdona, solo quería... que no te pasara nada —se disculpó, aunque lo volvería hacer si fuera preciso.

—Está bien, parece que eso lo ha detenido, esperemos que nos dé tiempo suficiente. —Resopló Kholton pisando más fuerte el acelerador. Claramente iban a una velocidad muy superior a la que se requería en este tipo de vía, pero era una emergencia—. A partir de ahora, no más de cinco minutos fuera del coche, está claro que Zeus sabrá que hemos estado aquí, esperemos que los símbolos de Apolo nos mantengan escondidos. Y por cierto, has estado genial ¡Le ha explotado toda la cabeza!—Rieron.

—Lo sé. ¡Ha sido alucinante! —Rio—. Aunque tú no te quedas atrás. ¡Tienes súper fuerza! ¡Eso es híper mega guay! ¿Por qué no me lo habías dicho?—Kholton rio.

—No he tenido la ocasión, y esta habilidad no siempre tiene cosas buenas —dijo algo más serio.

—Pues a mí me parece increíble. —Le sonrió y Scarlett vio como Kholton esbozaba una sonrisa.

—Me alegro de que te lo parezca.

Scarlett tuvo la sensación de que a Kholton, no le fue fácil aprender a controlar sus habilidades, seguramente como a ella en ese momento. Quizá había tenido algún que otro problema con su súper-fuerza por como lo había dicho. Pero de repente, se sentía tan cansada que no pudo preguntarle nada más. Scarlett notaba como descendía el subidón de adrenalina, y comenzó a sentir que sus párpados se cerraban. Aún no sabía cómo controlar esa energía que usaba para destruir cosas y, después de usarla se sentía como si un camión de dos toneladas le hubiera pasado por encima, era demasiado y sus ojos se cerraron sin poder evitarlo.

Capítulo 31

Cuando Scarlett despertó vio que estaba a punto de amanecer, Kholton se había pasado la noche conduciendo, lo que quería decir que seguramente estaría reventado por el viaje y por haber estado conduciendo durante muchas horas. Se irguió en el asiento escondiendo un bostezo y se cayó una chaqueta que claramente Kholton le había puesto por encima mientras dormía. Seguidamente se puso lo más presentable que pudo.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien? —le preguntó con su característica sonrisa.

—Sí, siento haberme quedado dormida, no lo pude evitar. —Se sintió mal por él—. Debes de estar reventado.

—No te preocupes, soy casi un semidiós, aguanto lo que me echen. —Le guiñó un ojo—. Haremos una última parada, pero rápida, no quiero convertirme en sopa para Titanes. —Rio al recordar lo que les había sucedido esa noche, Scarlett le dedicó una sonrisa tímida.

Kholton se desvió para ir a una área de servicio, había un pueblo cercano, pero lo bastante lejos por si volvía a pasar algo que la gente del pueblo no sufriera ninguna catástrofe por su culpa. En cuanto se desviaron un paisaje desolador se presentó ante sus ojos. El bosque estaba totalmente quemado, casas aisladas estaban destruidas y aquello no tenía pinta alguna de ser algo natural, sino más bien parecía obra de los Dioses. A Scarlett le recorrió un escalofrío cuando en medio de la carretera empezó a ver coches y más coches calcinados, seguramente de la gente que intentaba huir. Un nudo en la garganta le impidió respirar bien... todo aquello era culpa suya, indirectamente, pero de ella.

—¡Joder! Están acabando con nosotros de la forma más cruel —musitó Kholton visiblemente afectado.

Paró el coche, no podían seguir por ahí.

—Es peor de lo que creía, verlo por la televisión es una cosa... pero allí hay gente muerta. ¡Joder! Es todo por mi culpa, debí morir yo en vez de mi madre o Ares. —Lloró.

—Eh, mírame. —Kholton se quitó el cinturón y se giró hacia ella alzándole el rostro por el mentón, haciendo que lo mirara a sus preciosos ojos

verdes azulados; con la otra mano le limpió las lágrimas que no pudo reprimir —. Nada de esto es culpa tuya, no lo es y no vuelvas a decir que deberías estar muerta. Hay gente muriendo, es una mierda y una putada, pero estamos intentando solucionarlo, no es culpa tuya.

Scarlett asintió, tenía razón, estaba intentando por todos los medios solucionarlo, ella también había perdido a gente importante por esta guerra y no era justo para nadie, pero no podía hundirse, tenía que buscar soluciones. Kholton le dio un beso en la frente, largo y sentido; la desarmó.

—Juntos lo solucionaremos, preciosa. —Le sonrió con esa sonrisa perfecta. Eso fue lo mismo que le había dicho Ares la noche en la que se llevaron a su madre. Su corazón dolió esperando que las cosas no acabaran igual.

—Muchas gracias.

Después dieron la vuelta y siguieron por la carretera hasta que pudieron parar en un área de descanso un poco aislada de todo. No había casi nadie por allí a parte de los pocos trabajadores que estaban asustados por todo lo que estaba ocurriendo, y es que no era para menos.

Kholton le dijo que él iría a por algo de comer y bromeó con acompañarla al baño para aliviar la tensión. Ella le insistió en que se le había ido el hambre pero él no aceptó un no por respuesta. Tenía que alimentarse si quería estar bien para su misión. Le agradecía su buen humor cuando ella estaba triste y hundida, agradecía mucho que Kholton estuviera allí con ella, de otra manera, no sabría si podría hacerlo. La verdad era que en pocas semanas él se había convertido en alguien muy importante para ella, y creía que podía ver más allá de su fachada de chulito donde se escondía un chico con un gran corazón lastimado y solitario.

Cuando volvió al coche, le trajo un batido de chocolate y un paquete de galletas para compartir, para él trajo un café bien cargado, según le dijo.

—¿Cómo sabías que no me gusta el café? —le preguntó curiosa mientras abría el batido y bebía por la cañita.

—Me he arriesgado, el día del jardín tomabas chocolate caliente en vez de café. —Rio y ella con él al recordar que se había quemado con su chocolate y la cara que puso cuando le enseñó la lengua.

—¿Te ríes de mí?—Sonrió ofreciéndole una galleta de chocolate que Scarlett aceptó gustosa.

—Sí, es que la cara que pusiste al quemarte..., nunca se me va a olvidar —se carcajeó.

—Bueno al menos alguien me recordará por algo. —Sonrió, pero no era una sonrisa de verdad.

—No digas eso, yo no te tendré que recordar porque somos amigos y estaremos juntos. —Lo quiso animar, pero era lo que sentía de verdad, ya no quería perderlo nunca más como amigo.

—Eso dices ahora, pero en cuanto esto termine y no me necesites me darás la patada, como todos. —Lo dijo como si bromeara, pero Scarlett supo ver en sus palabras el dolor y la tristeza, lo decía muy en serio porque seguramente alguien lo había utilizado de esa forma.

—¿Qué dices? ¡Yo nunca haría eso! —Le dio un golpe en el brazo a modo de broma y luego se puso de rodillas en el asiento del copiloto y se inclinó hacia él para abrazarlo.

En cuanto lo hizo se reprochó a sí misma haberlo hecho, no porque no quisiera, sino porque quería demasiado ese abrazo, aunque él también lo necesitaba. Kholton la envolvió con sus grandes y fuertes brazos por sus caderas y Scarlett notó como su aliento se perdía en su pelo. Las piernas empezaron a temblarle y las mariposas volvieron a su estómago. Su corazón se aceleró al sentir su olor y su calor, pero deseando que fueran de otro. Se apartó de golpe, Kholton no se merecía esto, solo eran amigos y jamás podrían llegar a nada más, no al menos hasta que Scarlett dejara de tener a Ares tan presente en su mente y su corazón, cosa que no sabría si alguna vez ocurriría; Ares la había dejado tocada de por vida.

Le dedicó una sonrisa un poco nerviosa para evitar que Kholton no pensara que pasaba algo por su cabeza. Él carraspeó.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Kholton poniéndose el cinturón de seguridad.

—Puedo conducir yo un rato, así descansas —se ofreció Scarlett.

—¿En serio? Nunca le he dejado a nadie mi joyita, pero... ¿Puedo fiarme de ti? —bromeó.

—¡Claro, soy una excelente conductora! —Sonrió orgullosa.

—Bueno está bien. Solo porque eres tú.

—Y porque estas reventado, admítelo. —Rio Scarlett.

—Jamás. —Le guiñó un ojo y ella se echó a reír.

Una vez se cambiaron de asientos, Scarlett puso el coche en marcha y prosiguieron la ruta hacia el cementerio. A penas quedaban dos horas y media según el GPS. Kholton después de darle unas cuantas anotaciones sobre cómo tratar a su coche, cayó rendido en el sillón del copiloto. Ella sonrió.

Después de unas tres horas, pues se había equivocado de camino unas cuantas veces, por fin llegaron al maldito cementerio donde estaba la puerta al Infierno. Scarlett se llevaba muy mal con los GPS, desde luego no entendía a esas máquinas, siempre indicaban tarde las cosas, o te decían que te tirarás por un precipicio asegurando que había una calle..., en fin, eran el dispositivo del demonio.

Cuando llegó observó el lugar, había esperado un sitio en el que la gente iba a enterrar a sus seres queridos, que estaría bien cuidado y que alguien estaría a cargo. Pero eso estaba muy lejos de lo que presenciaba ante sus ojos. Ante ella había un bosque, que por lo que podía ver desde el coche, había algunas lápidas destruidas, esculturas en el suelo y detrás de unos árboles intuía algunas ruinas de pequeñas criptas familiares. Porque estaba soleado, que sino parecería aquello una película de terror. Desde luego los Dioses no elegían al tuntún donde ocultaban las puertas a su mundo.

Kholton seguía dormido y a Scarlett le dio reparo despertarlo, decidió que si ya habían llegado hasta allí, no pasaría nada por esperar un poco más. Lo observó embelesada mientras dormía. Era muy guapo, demasiado, sus facciones eran finas pero masculinas, la incipiente barba lo hacía más atractivo. Su firme torso subía y bajaba tranquilamente por las respiraciones mientras dormía. Su pelo largo castaño clarito lo hacía parecer más salvaje y así dormido le daban ganas de acariciarlo. Sus ojos no pudieron obviar a sus deseables labios llenos «¿Cómo sería besarlo?» no pudo evitar preguntarse. Sus mejillas se sonrojaron y se obligó a apartar la mirada. «¿Pero que estoy pensando? No puede ser, jamás ocurrirá». Se sintió mal por haber pensado en besarlo tan siquiera. Pero tenía que empezar a pensar que Ares no estaba con ella, y que a lo mejor jamás volvería, por mucho que doliera. Lágrimas punzaron en sus ojos por salir, pero no quiso derramarlas, su corazón se encogió al pensar que eso podría ser una realidad, y que quizá lo que había pensado era una cruel hipótesis de su cerebro para hacerla creer que Ares estaba por algún sitio.

Quiso dejar todo eso a un lado y centrarse en su misión. Cogió el móvil y le envió un mensaje a Apolo para decirle que ya habían llegado. No tardó en responder y en preguntarle cómo había ido el viaje. Scarlett le tuvo que contar lo que pasó con el Titán, pues sabía que era inútil ocultarle nada.

Después de calmarlo, le preguntó por Dafne cambiando aposta el sentido de la conversación, y le dijo que no se preocupara que él cuidaría de ella; no tenía duda alguna sobre eso. Aquellos dos se habían sentido atraídos en el mismo instante en el que se vieron, aunque se empeñaban en estar separados.

Kholton se movió a su lado y se desperezó.

—¿Aún seguimos vivos?—bromeó con una sonrisa dormida que le resultó adorable.

—Ya te dije que era una excelente conductora, ni te has enterado de que hace un buen rato que hemos llegado. —Sonrió.

—Eso o que estaba en un sueño profundo. —Le devolvió la sonrisa Kholton. «¿Porque demonios tiene que ser tan divertido y guapo? Si fuera feo y un idiota sería más fácil», se quejó para sí misma.

Ambos se quedaron mirándose a los ojos. Scarlett se perdió en la hermosa mirada masculina, esa que a veces podía ser más azul y otras más verde según la iluminación y lo que se urdía en el interior de Kholton. En ese momento predominaba el verde, con motas de diferentes azules. Él alzó una mano a su rostro y le acarició la mejilla acercando sus rostros un poco.

—Me encanta estar contigo —musitó Kholton. Scarlett se sonrojó.

—A mí también. —Notó como su pulgar descendía de su mejilla a sus labios y los acariciaba con delicadeza.

Scarlett vio como los ojos de Kholton se posaban en sus labios y después volvían a sus ojos..., sería tan fácil dejarse llevar por él... Kholton acortó la distancia y Scarlett se perdió en el calor y en la calma que le brindaba su olor a lluvia. Sintió su aliento cálido y sus labios rozar los de ella. Su corazón dio un vuelco y deseó que el roce fuera más intenso. Notó como movía su mano a su nuca y la acercó más a él, profundizando el beso. Scarlett se dejó llevar, se sentía bien, era reconfortante.

Kholton la cogió por la cintura y con una facilidad y fuerza, no tan asombrosa pues poseía súper fuerza, la alzó y la posicionó en su regazo. La acarició la espalda y posicionó sus fuertes manos en sus caderas brindándole un calor que la calmaba y la hacía olvidar todo lo de su alrededor. Kholton la besó con más pasión e introdujo su lengua en su boca, Scarlett gimió al notar su erección. Eso la excitó, pero se sentía culpable, no podía, no podía seguir con esto. Besaba muy bien... pero no lograba sentir nada de lo que tendría que sentir, no podía engañarse, ni a él ni a ella. La verdad es que su corazón nunca sería suyo, ella amaba a Ares y por muy atraída que se sintiera por el castaño, no sabría si alguna vez podría corresponderlo como se merecía.

Kholton había sufrido mucho y había estado solo demasiado tiempo, se merecía algo mejor. Unas lágrimas se le escaparon y Kholton se separó con la respiración agitada.

—Preciosa...—susurró Kholton preocupado limpiándole las lágrimas.

—Kholton yo no..., lo siento mucho, no puedo, amo a Ares. —Vio como Scarlett bajaba la mirada y él dejó que se bajara de su regazo dejándolo frío. Esas palabras le cayeron a Kholton como un jarro de agua helada.

Había sabido desde el principio que Scarlett sentía demasiado por Ares, y aunque ya no estuviera allí, empañaba su vida. Aun así le gustaban los casos perdidos, quizá porque él era uno. Cada vez le gustaba más Scarlett y una vez que había probado la miel en sus labios no sabría si podría estar mucho tiempo más sin saborearlos de nuevo. Cada vez que descubría algo de ella, como lo de que le daba miedo la oscuridad, la manera en que se enfadaba cuando él se sobrepasaba, la forma en la que se reía de sus tonterías y le brillaban esos ojos tan preciosos del color de la miel cuando algo la avergonzaba.

Su corazón le decía que tenía que ser para él. Pero lo cierto era que ella no sentía lo mismo y quizá nunca podría hacer que se olvidara del dichosos Dios de la guerra.

—Claro... —Se sentía estúpido.

—Lo siento.

—No te disculpes, es peor —dijo bajándose del coche y yendo al maletero a por las cosas que pudieran necesitar en el Inframundo. Era muy temprano y al ser un cementerio abandonado y antiguo, no había nadie por allí.

Scarlett se sentía mal por partida doble, pero lo había hecho por su bien, en esos momentos no pensaba en otra cosa que no fuera en acabar con esa guerra contra los Dioses que le habían arrebatado a dos de las personas más importantes de su vida, y en encontrar la Espada mata Dioses con la que enfrentarse a Zeus y acabar con esto. Y su otro objetivo era averiguar si Ares podría estar vivo en algún lugar del submundo y cómo devolverle lo que era suyo, la inmortalidad.

Capítulo 32

Scarlett y Kholton se adentraron en el cementerio abandonado, sorteando hierbas y placas de mármol, las cuales, algunas de ellas, presentaban símbolos extraños. Scarlett no sabía muy bien qué esperar de lo que iba a ocurrir a continuación. Kholton le había dicho que ella sería quien sentiría el poder de la puerta y Scarlett se dejó llevar. Caminaron por aquella senda de peligros, pues había de todo en el suelo, cosas demasiado asquerosas, hierros, placas rotas, hierbas de todo tipo que pinchaban... En resumen, todo lo que puedas encontrar en un sitio abandonado.

Kholton iba unos pasos por delante de Scarlett, seguramente sintiéndose mal por su rechazo. A simple vista no parecía el tipo de chico que le afectara, pero ella lo había podido conocer un poco más y sabía que le había afectado que ella lo hubiera rechazado. No es como si lo hubiera apartado de su lado, pero entendía su reacción. Ella también se sentía mal porque Kholton le caía muy bien y le parecía muy atractivo, pero en su mente y su corazón seguía estando Ares, y quizá nunca llegara a recuperarse de su pérdida; Kholton se merecía algo mejor.

Al ir despistada pensando en su situación no se dio cuenta de que había una rama de un árbol sobresaliendo por el suelo y se tropezó. Por fortuna, antes de caer al suelo, en un movimiento rápido Kholton apareció a su lado y la sostuvo contra su cuerpo para que no cayera. Scarlett se avergonzó, siempre le pasaba lo mismo, era una patosa. Lo miró a sus ojos que en ese momento parecían turquesas.

—Si llego a saber que eres un pato andando no te dejo sola —bromeó Kholton con su sonrisa deslumbrante, pero esta no llegaba a sus ojos.

—Ja, ja. Muy gracioso, ya sé que soy una patosa. —Le sacó la lengua burlonamente.

—Anda ven, no te separes —Kholton la soltó pero le cogió de la mano para caminar juntos. A Scarlett le dio un vuelco el corazón. La verdad es que era muy bueno, su calor la calmaba y sus bromas la hacían olvidar el momento tan terrible que estaban viviendo.

Al cabo de un rato de ir caminando cogidos de la mano, Scarlett tuvo la necesidad de decir algo.

—Kholton... Siento lo de antes... Yo...

—He dicho que no te disculpes, no quiero que te sientas culpable por haberme besado, eso me hace daño —confesó serio y sin mirarla.

—No es eso...—En realidad sí que lo era, pero no por él, sino por Ares —. Yo... no sé qué decir.

—Pues no digas nada, ha pasado, me has rechazado y punto. Podré sobrevivir con ello, no te preocupes. —«¿Ahora se ponía chulito?». Scarlett suspiró—. No hay quien te entienda —susurró.

—¿Te arrepientes de haberme besado? —preguntó inseguro. Pararon de caminar pero Kholton no se giró a mirarla. ¿No decía que quería olvidar el tema?

Scarlett no supo qué contestar, le había gustado su beso, de eso no tenía duda. Y si no sintiera algo tan fuerte por Ares quizá hubiera ido más lejos con él. No se arrepentía del beso porque la había hecho sentir bien durante unos minutos, al igual que sus caricias y su contacto. Pero ella no estaba preparada para pasar página, aún no quería hacerlo y admitir lo que sentía por Kholton era como admitir que Ares no iba a volver, y eso no podía hacerlo.

—No es que me arrepienta, me ha gustado. Pero tienes que entender que yo amo a Ares y no... —sollozó. En ese momento él se giró hacia ella—. No soporto la idea de haberlo perdido, me duele el corazón y alma por haber dejado que se sacrificara por mí, ahora mismo no puedo pensar en ti de esa forma, sé que debo mirar hacia delante y aceptar que él no va a volver. Pero hay una parte de mí que cree que está en alguna parte y que está haciendo todo lo posible por estar conmigo de nuevo, no me quiero rendir, no puedo hacerlo. —Cayeron lágrimas por sus mejillas.

—Lo entiendo, he sido un capullo, lo siento. —La abrazó y Scarlett se dejó hacer porque necesitaba su fuerza—. Te prometo que yo no me voy a ir, al menos hasta que no me echés de una patada. —Rieron.

—Eso puede pasar muy pronto —bromeó Scarlett alzando el rostro con lágrimas en los ojos que Kholton limpió. Después le depositó un beso en la frente, pero antes de que se separara, Scarlett se alzó y le dio un rápido beso en los labios; luego volvió a hundir su cara en su pecho totalmente colorada —. A partir de ahora seamos solo amigos, ¿vale?

—Y yo que pensaba que ya me había ganado esa medalla...—bromeó Kholton.

—Un poco más y la pierdes, así que no te duermas en los laureles. —Rio siguiéndole la broma.

—Sí, señora. —Rieron—. Venga será mejor que continuemos, este lugar no es precisamente el más bonito para tener conversaciones sentimentales. —Rio con su risa masculina y ronca, le encantaba.

Scarlett se separó de sus protectores brazos pero Kholton le sujetó con fuerza una de sus manos.

—Por si vuelves a caerte. —Le guiñó un ojo y ella sonrió al recordar su casi caída.

—Gracias por lo de antes, por cierto.

—Para eso estamos. Seré tu caballero de no brillante armadura. —Le brindó una sonrisa de las de verdad y Scarlett tuvo que reír.

Continuaron caminando, acercándose a unas criptas que había cerca de una pequeña montaña. Una de las más altas y mejor conservadas, llamó su atención. Parecía de estilo neoclasicista, con columnas griegas formando una especie de pórtico y detrás había una especie de cueva.

—En la antigüedad, los santuarios dedicados a Hades estaban en cuevas o próximos a estas —explicó Kholton viendo que Scarlett se había detenido y miraba fijamente esa cripta.

Así que no perdieron más tiempo y al acercarse, Scarlett notó un extraño escalofrío recorrerla, estaba segura, la entrada estaba allí. Se acercaron un poco más y el poder que emanaba de esa cueva era demasiado intimidante, no la dejaba moverse a penas.

—¿Qué pasa? ¿Es aquí? —preguntó el castaño al ver que Scarlett se detuvo de golpe—. ¿Estás bien?

—¿No lo sientes? —le preguntó ella. Dio un paso más allá y...

—Sí... Dios, nunca había sentido algo así —musitó Kholton.

De repente la rama dorada de Eneas, tatuada en su muñeca, empezó a emitir un pequeño quemazón, Kholton se remangó el jersey y ambos miraron la muñeca derecha donde la marca dorada se iluminaba. Brilló con intensidad, haciéndoles saber que la entrada estaba ahí.

—¡Joder! —se quejó él.

—¿Duele? —preguntó preocupada mirándolo a los ojos.

—Un poco. ¿Entramos?

Scarlett observó la oscuridad que había en el interior de aquella cueva y un escalofrío de miedo la volvió a recorrer, tenía que ser fuerte, había llegado hasta allí concienciándose de lo que tendría que superar y de lo que había superado ya, así que aquello de la oscuridad no era nada comparado con el dolor que sentía por la pérdida de su madre y la de Ares. Cogió aire.

—Yo estoy contigo —le dijo Kholton cogiéndole de la mano nuevamente. Ella lo miró a sus ojos verde azulados y sintió la confianza que le daba.

—Gracias. —Le sonrió y apretó su mano dándole ánimos—. No sé qué hubiera hecho si no estuvieras aquí.

—Seguramente nada —bromeó y le dio un beso en la mejilla, ella se sonrojó.

—Tonto... —Le golpeó en el brazo con la otra mano.

—¿Preparada? —Ella volvió a coger aire.

—No. —Rieron—. Pero es lo que hay.

—Es lo que hay —repitió Kholton con una media sonrisa.

Y juntos se adentraron en la oscuridad de la cueva, claro que para las personas normales no sería así, simplemente entrarían en un edificio medio en ruinas. Pero ella era el Escudo, y él un descendiente de Eneas con la rama dorada, tenían las puertas abiertas al Inframundo.

Una negrura absoluta los envolvió haciendo que Scarlett se abrazara a Kholton, sintieron que el frío los envolvía, pero no había aire.

—Tranquila, estoy aquí. —Kholton la abrazó por la cintura y la acercó más a él sintiendo como temblaba Scarlett—. Sigue caminando, no nos pasará nada.

Y era verdad, él conocía aquel lugar como la palma de su mano a pesar de nunca haber estado allí. Sabía que esa oscuridad no duraría mucho más y que pronto verían la luz, nunca mejor dicho. Hacía mucho frío y si pudieran ver algo, seguramente saldría vaho de sus bocas.

—Soy yo o cada vez hace más frío. ¡Joder! —se quejó y logró que Scarlett soltara una pequeña risita. Le encantaba hacerla reír, sobre todo en estas circunstancias.

—Sí que hace frío, sí. —Scarlett poco a poco se daba cuenta de que no ocurría nada en la oscuridad más absoluta y, aunque aún le daba miedo no saber qué había más allá, la presencia de Kholton, la ayudaban a sobrellevarlo—. ¿Sabes cuánto tiempo tenemos que caminar?

—La verdad es que no, pero algo me dice que no mucho más. —Y justo cuando lo estaba diciendo, una luz se hizo visible al final del túnel—. ¡Ves hacia la luz! —bromeó Kholton haciendo referencia a las películas en la que los espíritus tenían que ir hacia “la luz”. Ambos rieron por la broma.

—Que tonto eres. —Rio.

De pronto, la luz que parecía estar muy lejos se presentó frente a ellos,

cada vez más intensa, por lo que tuvieron que achinar los ojos hasta que la pasaron y se encontraron con un paraje desolador. Una especie de bosque podrido y almas llorando por todos los rincones, otros perdidos sin saber qué ocurría y otros reviviendo escenas de sus muertes. Lo sabía porque lo había visto antes, en sus pesadillas.

—Son las almas de los insepultados, ¿no? —preguntó Scarlett muy flojito.

—No te preocupes, no te oyen. Y sí, son las personas que no han recibido sepultura y rondan por aquí eternamente.

A Scarlett se le encogió el corazón de pensar en la terrible vivencia continua en la que estaban viviendo esas almas en pena. No era justo, quería ayudarlos.

—Vamos, tenemos que seguir. —La instó Kholton de la mano.

A medida que iban sorteando a estas almas a Scarlett se le fue creando un nudo en el estómago y lágrimas en los ojos. Sobre todo cuando presencié un alma de una mujer que buscaba a su hijo con desesperación, gritando con la voz desgarrada y con un rostro desfigurado por la preocupación y la pena. Seguramente no sabría que estaba muerta.

—No podemos interferir. —Adivinó sus pensamientos Kholton, a él también se le notaba afectado por el lugar y las almas en pena—. Si cambiamos algo o intentamos hablar con estas almas para hacerlas entrar en razón, Hades lo sabría de inmediato y nos encontraría.

Scarlett asintió. Apretó la mano de Kholton sintiéndose una inútil por no poder ayudarla, ni a ella ni a ninguna de las otras almas.

Avanzaron hasta llegar a la Laguna Estigia, allí donde en una especie de embarcadero de madera, la gente que sí había sido sepultada esperaba en silencio la llegada de Caronte, el barquero que los transportaría al otro lado de la orilla para ser juzgados. Aquello más que un lago parecía un pantano putrefacto, la verdad es que no era muy agradable estar allí. Olía a muerte, a algo podrido, daba mucho asco. Y el silencio sepulcral que había la ponía más tensa.

—Huele fatal —se quejó Scarlett poniendo cara de asco y tapándose con la manga de la chaqueta de deporte negra que llevaba.

—Te acabarás acostumbrando. —Sonrió Kholton—. Tenemos que ir separados para no llamar la atención, no sé hasta qué punto podremos engañar a Caronte. Solo pasan los muertos —puntualizó bajito.

—Está bien. —Scarlett se soltó de su mano.

—No te alejes mucho.

No lo quería hacer tampoco, pero se obligó a ser fuerte y a asentir. De repente una luz dorada apareció de la nada, pero ninguna de las almas allí fue consciente de ello, y si lo fueron no lo demostraron. Así que Scarlett intentó no moverse, no sabía qué podía ser aquello.

—Es Hermes, que trae más almas. Haz lo que los demás, agacha la cabeza, que no te vea —ordenó Kholton. Y separados se inmiscuyeron entre las almas para ponerse al frente de las que esperaban al barquero sin ser descubiertos por Hermes. Al parecer si te colabas allí, no se quejaba nadie.

Scarlett no se atrevió a mirarlo por mucha curiosidad que sintiera, notó su poder y deseó ocultar su presencia y así lo hizo, aun así sintió la mirada inquisitiva de Hermes en su nuca. Su corazón se aceleró por el miedo y de reojo miró a Kholton quien la observaba sin quitarle ojo; estaba preocupado. En ese momento, a Scarlett se le nubló la mente, todo a su alrededor se volvió borroso y una voz comenzó a hablarle dentro de la cabeza.

“No tienes que preocuparte por mí, Escudo, tu padre es amigo mío, y está muy orgulloso de ti. El abalorio que llevas en el cuello te ayudará a cumplir tu cometido, buena suerte.”

Escuchó que la voz reía mientras desaparecía de su cabeza y ella volvía a ser consciente de su alrededor.

Inmediatamente, aun un poco atontada todavía, se llevó la mano al cuello donde colgaba aquel collar que le había dado su madre y que estaba oculto debajo de la sudadera negra. Su madre había dicho que era de su padre. Un momento, ¿había dicho que estaba muy orgulloso? ¿Su padre estaba vivo? Quiso ir tras el Dios para preguntarle, pero aún estaba un poco atontada y no pudo decir nada a tiempo. Hermes desapareció y Kholton apareció a su lado con rapidez, cogiéndola del brazo para sostenerla, pues se estaba tambaleando un poco por la sensación que le había provocado que el Dios se metiera en su cabeza.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Se le notaba preocupado y alterado, pero no subió el tono de voz para no ser descubiertos.

—Lo... lo sabe, sabe que estoy aquí —pronunció Scarlett sin poder mirarlo a los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha hablado. —Entonces sí que lo miró.

—¿Cómo?

—Mentalmente, creo, no sé, se ha metido en mi mente y me ha hablado

—dijo estupefacta y sin creerlo.

—¿En serio? ¿Qué te ha dicho?

—Que no me preocupara por él, que mi padre era amigo suyo y que el collar que llevo en el cuello me ayudará en mi propósito. No entiendo nada. ¿Mi padre amigo suyo? Se ha referido a él en presente. ¿Está vivo? ¿Quién es? ¿Dónde está? Madre mía. ¿Y si ha estado todo este tiempo encerrado en algún sitio por Zeus? —Se llevó las manos a la cabeza nerviosa.

—Cálmate, Scarlett —le susurró Kholton—. Esto es raro de cojones... Normalmente Hermes le lame el culo a Zeus, puede ser una trampa, no te ofusques en lo que te haya podido decir, yo no me fiaría —expuso receloso.

—No lo sé...

—Ahora lo único que podemos hacer es esperar que Hermes no te delate ante Zeus —suspiró.

—Esperemos que no.

Scarlett no sabía qué pensar, cuando Hermes le había hablado no reconoció ningún tipo de indicio que le dijera que la estaba engañando. Pero claro, ¿qué iba a saber ella? Hermes era un Dios, le podría mentir sobre cualquier cosa y ella nunca tendría la oportunidad de saber si es verdad o mentira. Lo más probable era que Kholton tuviera razón y se tratase de una trampa ¿Pero con qué finalidad? ¿Qué sacaba diciéndole que su padre estaba orgulloso de ella? ¿Hacerle saber que estaba vivo? Quizá Zeus sabía que estaba viva y lo había ideado para que acudiera a salvar a su padre, como había hecho con su madre, y después acabar con ella... Pero si Ares ya no estaba allí, ella no representaba ningún problema para el Dios ¿No? A no ser que supiera que iban a por la Espada mata Dioses. En ese caso, estaban perdidos.

De repente, la gente empezó a agitarse, el barquero volvía para llevarlos al otro lado. Kholton sacó unas monedas de la mochila y le tendió un par a Scarlett; eran óbolos para Caronte, una especie de ticket para subir a la barca. Él en teoría no las necesitaba, porque con la rama dorada tenía pase VIP, pero no querían que hubiera imprevistos. Se hicieron un hueco entre la gente y se posicionaron al frente. Mientras, el barquero infernal apostilló el barco para que entraran las almas. Caronte presentaba un aspecto senil, con el cabello blanco y largo, al igual que su barba. Iba vestido con una especie de túnica roja y andrajosa, rota y que estaba sujeta por un brazo y por la cintura. Lucía un torso demasiado delgado y el color de su piel era amarillento. Muy diferente a como lo representaban los artífices de época clásica en las

diferentes pinturas, quienes solían representar lo bello, y claramente, Caronte era de todo menos bello.

Kholton entró primero, había tres almas de distancia entre ellos. Él le enseñó la marca de la branca dorada que aún estaba iluminada y el barquero asintió sin decir palabra. Sus ojos eran totalmente blancos, el hombre en sí daba un poco de grima. Scarlett observó cómo la gente que subía era porque las monedas las tenían en la boca, estaba asustada, no sabía si metérselas allí para que el barquero pudiera sacárselas, como hacía con todas las almas, o dárselas en mano. Al final optó por dárselas en mano, que aquel ser le metiera la mano en la boca le parecía un poco asqueroso.

Cuando llegó su turno, Caronte se la quedó mirando con esos ojos blancos que daban miedo, la estaba estudiando y observando con atención. Scarlett se puso más nerviosa aún, no sabía si mirarlo a los ojos o no. Miró a Kholton quien le dijo con los labios que se tranquilizara, y de repente Caronte le tendió la mano y ella asustada le ofreció el par de óbolos, él cogió uno y la dejó pasar. Kholton la estaba esperando en la entrada de la barca, le tendió una mano y tiró de ella para abrazarla.

—Estoy bien —le dijo a Kholton con su rostro hundido en su pecho pero soltando el aire que había estado reteniendo y abrazándose con fuerza a él.

Se posicionaron en uno de los extremos de la barca, cerca del agua. Después de que subieran todas las almas que cabían, el barquero se dispuso a remar el bote hacia la otra orilla. Scarlett se lo quedó mirando, aunque parecía un señor mayor con aspecto enfermizo, tenía mucha fuerza para remar con todo ese peso. Como si sintiera su mirada Caronte se giró hacia ella, contemplándola con esos ojos blancos de ultratumba; resultaba escalofriante. Scarlett aguantó el aire y apartó inmediatamente su mirada de la de él.

Parecía que estuvieran en el aire libre, en un pantano apestoso, pero al aire libre. Desde luego que no parecía que estuvieran bajo tierra, en el Submundo, si no fuera por las almas y espíritus de los difuntos que los rodeaban y el terrorífico barquero.

—Siempre me ha hecho ilusión ir de crucero —bromeó Kholton en voz baja. Y Scarlett no pudo reprimir una risa bastante sonora, pero nadie parecía reparar en ellos.

—Eres imposible. —Rio Scarlett y él le dedicó una sonrisa de esas que te quitan el hipo.

—Pero eso es lo que me hace irresistible.

—Creído. —Sonrió dándole un golpecito con la cadera mientras él la abrazaba por la cintura.

A la lejanía empezaron a ver la otra orilla, donde el agua presentaba un aspecto más saludable y estaba más clara. También parecía que había más luz, en vez de ese nublado gris verdoso frío que había en el lado de orilla del que provenían.

—Ahora es cuando la cosa se pone interesante —dijo serio—. Tendremos que sortear al perro más famoso del Inframundo, Cerbero, quien no deja que ningún ser vivo traspase las puertas del Hades. Tampoco deja salir a nada ni nadie —explicó Kholton.

—¿En serio existe?—preguntó Scarlett sin creerlo.

—Muy en serio, con las tres cabezas y todo. Por suerte aprendí un truquito de mi antepasado y vengo preparado. —Le sonrió con confianza.

—Madre mía... Miedo me das.

—Tranquila, todo saldrá bien. —La tranquilizó Kholton acariciando su espalda y dándole un suave beso en el pelo.

Una vez Caronte los dejó en la orilla, una puerta de enormes dimensiones de algún metal forjado y decorado con escenas mitológicas del Inframundo, se alzaba imponente ante sus ojos. Scarlett, en la iconografía que presentaba la puerta, pudo intuir a Cerbero, a Hades y Perséfone, y algunos pobres infelices recibiendo castigos de las Furias.

—Aquí los castigos son eternos —explicó Kholton mirando la gran puerta que se alzaba ante ellos—. Como por ejemplo el de Tántalo. —Señaló un lateral de la puerta donde había un hombre intentando coger una fruta o algo de un árbol—. Un rey de Asia Menor. Según la mitología les robó a los dioses el néctar y la ambrosía, por eso lo condenaron a tener sed y hambre eternamente, aun teniéndola al abasto.

—Qué crueldad —susurró Scarlett, esas historias le sonaban de haberlas tratado en

—Y como Tántalo hay muchos más. Así son los Dioses. —La miró.

—No todos, Apolo y Ares no son así. —Kholton rio amargamente.

—No son tus amigos, Scarlett, están en tu bando ahora porque no quieren que Zeus tenga el poder absoluto de toda la tierra, el cielo y el Infierno, no porque quieran ayudarte. Un día te dan la mano y al otro te venden al mejor postor, no te puedes fiar de ellos. Además Ares no se puede decir precisamente que sea un Dios bondadoso. —La miró cauto.

—¡Eso no es cierto! Yo confío en ellos, me han ayudado, han estado conmigo e incluso se han sacrificado por mí, no te consiento que hables mal de mis amigos. Sé que no son perfectos y que han cometido muchos errores, pero tú no los conoces. —Se enfadó.

Kholton no tenía razón, sí que era verdad que muchas veces Apolo le había ocultado cosas, en otras la había manipulado un poco, pero se preocupaba por ella, era su amigo. Y Ares.... Puede que antes fuera cruel y terrible con los humanos, pero no era culpa suya, era lo que se esperaba de él y no se sentía orgulloso de ello, estaba cambiando por ella, la quería y de eso no tenía duda. Los dioses eran egoístas por naturaleza, pero Ares no había dudado ni un solo segundo en dar su vida por la de ella. Por eso no estaba nada de acuerdo con Kholton. Sin embargo Afrodita era una arpía, Eros la había traicionado, y de Artemis no se fiaba, solo estaba allí por su hermano, y en parte lo entendía. De Zeus mejor no hablar... Y los otros Dioses..., no tenía el gran placer de conocerlos, ni ganas.

—Ojalá me equivoque —sentenció el castaño.

Kholton aún no entendía qué tipo de relación había tenido Scarlett con Ares, sabía que ella estaba completamente enamorada del Dios de la guerra, pero podría ser que este la hubiera estado engañando. Entonces... ¿Por qué se había sacrificado por ella? ¿Por qué le había entregado su inmortalidad? Y Apolo era muy protector con ella porque al parecer había hecho el trato con Ares de cuidar de Scarlett. ¿Podría estar equivocado y que aquellos dioses sintieran algo por ella como amor y amistad respectivamente? Él estaba convencido de que los Dioses eran unos seres sin escrúpulos, egoístas y desprovistos de sentimientos hacia los humanos o semidioses o cualquier otra especie. A no ser que fuera envidia, ira, venganza... Estaba convencido de que los Dioses no sentían otras cosas por nadie. Por el bien de Scarlett esperaba que no la estuvieran engañando, no quería verla sufrir más si se diera el caso de que Apolo le diera la patada, ella lo consideraba su amigo de verdad.

Capítulo 33

Cuando empezaron a acercarse las almas a la puerta, esta se abrió llamando la atención de ambos. Y Scarlett pudo ver que, efectivamente, Cerbero era real, allí estaba. Un enorme perro negro y monstruoso de tres cabezas, con seis pares de ojos rojos como la sangre, estaba en el centro de la gran puerta, olisqueando con sus tres morros. Si alguna vez hubiera tenido pesadillas con perros infernales y temibles, seguramente tendrían ese aspecto.

—Madre del amor hermoso... esto sí que es un perro de compañía. Hades no se anda con tonterías —musitó Scarlett con el miedo a flor de piel. Un escalofrío la recorrió por entero.

—¿No te gustan los animales?—bromeó Kholton.

—No aquellos que puedan comerme de un bocado.

Scarlett vio que de la mochila, Kholton sacaba un gran tupper. ¿En serio se iba a poner a comer algo? ¿Estaba loco?

—No me mires así, no es para mí. Espérame allí. —Señaló cerca de la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

—Confía en mí. —Le guiñó un ojo y vio cómo se acercaba peligrosamente al perro infernal.

Definitivamente Kholton estaba loco ¿Qué mierda iba a hacer? Los perros no tardaron en olerlo y en emitir un gruñido propio del más aterrador de los monstruos infernales. Scarlett se tapó los oídos y el miedo la recorrió una vez más acelerando los latidos de su corazón. Esperaba que Kholton supiera lo que estaba haciendo y no que la locura lo hubiera absorbido.

Fue entonces cuando vio que sacaba unos cuantos filetes del tupper y se los lanzó al animal. Este se distrajo comiéndolos, pero los devoró en un santiamén y volvió a fijar su mirada en Kholton, quien comenzó a correr hacia fuera de las puertas.

Scarlett lo observaba todo estupefacta, realmente había perdido el juicio. ¿Que pretendía dándole de comer? ¿Qué se amansaría? ¿Qué lo distraerían más tiempo? Pues estaba claro que ninguna de esas cosas estaba sucediendo. De golpe Cerbero se paró en seco, sus ojos se cerraron poco a poco, se notaba que estaba luchando por continuar en busca de su presa, pero sus ojos se

cerraron del todo y cayó al suelo ocasionando un gran estruendo ¿Qué había pasado?

Kholton fue hacia ella, la tomó de la mano y comenzaron a correr entrando por las gigantescas puertas hacia el Inframundo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le has hecho? —preguntó Scarlett sin saber la respuesta.

—Ya te dije que aprendí unos truquitos de mi antepasado. Eneas, con la ayuda de la Sibila de Cumas, le dio somníferos en la carne a Cerbero para que se durmiera, claro que estos son somníferos muy potentes, no son los normales que venden en la farmacia. —Rio.

—¡Es verdad! —Recordó el pasaje de la Eneida, concretamente el libro VI, en el que Eneas bajaba al submundo—. Estás loco. ¿Y si no llega a funcionar?

—Entonces... nos hubiéramos convertido en un desayuno muy apetitoso. —Rio.

—Estás loco... —Sonrió Scarlett sin poder evitarlo.

Cuando estuvieron seguros de que no había nada ni nadie que los perseguía aminoraron el paso.

—¿Tanto te costaba habérmelo dicho antes? ¡Pensaba que te habías vuelto loco! —se quejó Scarlett.

—Perdona, pero así le he dado más emoción, ¿no? —Rio.

—Eres tonto. —Él le sonrió mientras Scarlett le ponía mala cara.

Estuvieron caminando un buen trecho sin saber adónde iban, bueno al menos Scarlett no lo sabía, pero Kholton parecía saberlo. Le contó que el siguiente paraje era el Campo de Asfódelos, donde se encontraban las almas que habían tenido una vida equilibrada entre el bien y el mal.

Muy cerca de ellos, se formaba una larga fila de las almas que habían pasado la puerta del Hades, las cuales se dirigían a un edificio muy parecido al que podría haber sido el Palacio de Minos en Creta. La construcción tenía un pórtico en alto con columnas de color rojo y, el edificio parecía laberíntico con varias alturas y pórticos decorados con otros colores chillones, lejos del blanco impoluto que ha quedado en las construcciones antiguas hoy en día.

—¿Dónde van? —preguntó Scarlett.

—Van a ser juzgados por Éaco, Radamantis y el rey Minos; los jueces del Inframundo. Ellos determinan donde tiene que ir cada alma y después beben del río Leteo para olvidar su vida anterior.

—Madre mía, no me gustaría estar ante esos tres, deben de ser de lo más

terrorífico. Esto da escalofríos, ¿aquí acabaremos cuando muramos?

—Bueno teniendo en cuenta que eres inmortal... Aun te queda mucho para eso. Aunque dicen que en los Campos Elíseos no se está nada mal. —
Sonrió.

—No sé yo...—Quiso cambiar de tema, lo de ser inmortal no le gustaba nada—. No hay mucha seguridad aquí abajo por lo que veo, ¿no?

—Es un lugar tranquilo, por lo general, ya sabes, nadie viene aquí por gusto. —Se encogió de hombros y le sonrió—. Mira ya estamos en los Campos Asfódelos.

Delante de ellos se extendía una gran llanura que estaba cubierta de ese tipo de flores, la comida de las almas, decían. Allí había almas aparentemente haciendo sus cosas, no se prestaban atención las unas a las otras, iban a la suya. Era un lugar neutral. A Scarlett le empezó a preocupar donde estaría su madre, ¿quizá estaba en los Campos Elíseos? ¿Sería feliz? ¿Se habría olvidado de ella al beber del río Leteo? No había pensado mucho en eso, y es que le atemorizaba que su madre no hubiera pasado a este lado de la laguna por no haber recibido sepultura. Hasta ahora no había caído, y eso la ponía tremendamente triste y la asustaba.

Caminaron entre las almas que no repararon en ellos tampoco, aquello daba repelús, pero aún fue mucho peor cuando entraron en el Valle del Lamento. El ambiente se volvió melancólico y triste, un bosque plagado de almas llorando, de árboles que parecían tristes y el suelo presentaba un aspecto bastante muerto y gris, era arena. «Como desierto pero gris y lúgubre», recordó Scarlett uno de los paisajes que vio en sus pesadillas, sabía que era este. Un escalofrío y una tristeza la invadió, aquí era donde iban las almas que habían muerto antes de hora, los suicidas, almas de niños y algunos héroes de guerra.

—Estamos cerca del palacio de Hades —dijo con total seguridad.

—Así es. ¿Lo viste en un sueño? —Ella asintió.

—Creo que sí.

Caminaron entre las almas en pena que había por allí. Lloraban desconsoladas, una mujer se estaba arrancando los cabellos del pelo y se arañaba el cuerpo haciéndose sangre, llorando y gritando sin parar con una voz que estaba desgarrada, seguramente sus cuerdas vocales estaban rotas. Scarlett apartó la mirada y Kholton la cogió de la mano. Ella lo miró y sus ojos la calmaron. Pero no lo suficiente, pues en ese lugar no había espacio para la calma y la paz. Más allá vio a un hombre con la mirada

completamente perdida y el rostro desencajado. Un río de sangre le caía de las muñecas abiertas. Scarlett ahogó un grito y lágrimas surcaron sus mejillas. Sintió ganas de vomitar. Kholton la abrazó haciendo que hundiera su cara en su pecho y no le permitió mirar nada más. Antes de eso creyó atisbar ver a un hombre con la cabeza medio abierta.

Los gritos de dolor y de ayuda surcaban en el aire y no los podía obviar. Se le quedó muy mal cuerpo, se le formó un gran nudo en la garganta y las lágrimas punzaban por salir.

—Aguanta, ya casi salimos de aquí —le susurró acariciándole la espalda. A Kholton también parecía que le afectaba ese lugar. A cualquiera le afectaría.

Aceleraron el paso, pero Kholton se detuvo en seco y Scarlett tuvo que mirar al frente. Un monstruo terrorífico les gruñía, seguramente los había sentido. Era un ser repugnante, una especie de león con una cabeza de cabra en la espalda. Moviéndose lentamente, Kholton la puso detrás de él.

—No hagas movimientos bruscos, voy a distraerlo y tú te escondes tras aquel árbol —señaló con la cabeza a un árbol a su derecha—. Ten mucho cuidado, por la cola escupe fuego, es una Quimera, y no van nunca solas. —Miró a su alrededor y Scarlett hizo lo propio, no iba a esconderse, quería luchar.

—Lucharé contigo, Ares me enseñó y me manejo bastante bien con la espada —dijo firme Scarlett. Kholton quiso discutir y dejarla al margen, pero sabía que Scarlett podía cuidarse solita y que sería inútil intentar convencerla.

El monstruo mitológico emitió un gruñido infernal y otros ojos rojos como la sangre salieron de la oscuridad. Scarlett se puso espalda con espalda con Kholton, sintiendo la tensión y el miedo del momento. Aun se escuchaban los lamentos de las almas en pena, pero en ese momento Scarlett estaba concentrada mirando a la bestia a los ojos de cabra del color de la sangre, era terrorífico.

—Tenemos uno para cada uno —bromeó Scarlett, aunque el miedo estaba patente en su cuerpo.

—Si lo mato yo antes, me debes un beso. —Rio Kholton sacando lentamente dos espadas cortas de la mochila y tendiéndole una a Scarlett.

—Sí, hombre. —Rio.

Entonces las bestias emitieron un chillido ensordecedor y atacaron a la vez, como si fueran uno. Esperaron a que estuvieran lo suficientemente cerca como para atacarlos, pero eran muy rápidas y tuvieron que separarse. Scarlett

la esquivó como le había enseñado Ares, posicionándose tras el monstruo intentó herirlo en una de las patas, pero fue muy lenta y se le tiró encima desgarrándole la pierna. Scarlett rodó por el suelo, ella había salido herida pero esta vez había consiguiendo herir al monstruo en una pata trasera también, el bicho aulló. Se puso rápidamente en pie y el monstruo atacó una vez más saltándole encima, ella aprovechó que tenía un árbol cerca para engañarla y que se estrellara contra este, pero la Quimera no era tan tonta como parecía y la golpeó contra el árbol. Un dolor se instaló en su hombro y en la espalda, pero no hizo caso. Se levantó en seguida y Scarlett sintió la adrenalina y el miedo correr por sus venas, estaba acorralada pero no se iba a rendir. De reojo vio como Kholton luchaba contra el animal con maestría, él lo tenía controlado, pero ella...

La Quimera soltó un sonido muy parecido al de las llenas, como si se estuviera riendo de ella. Eso cabreó a Scarlett.

—Vamos bichito... ¿Quieres comerme? ¡Pues ven a por mí! —Hizo un movimiento temerario y se lanzó contra la bestia saltando encima de esta y le clavó la espada en medio de la cabeza de cabra, matando así al monstruoso animal que cayó al suelo.

Scarlett sonrió orgullosa, no podía creerse que se hubiera enfrentado a tal monstruosa criatura y hubiera salido con tan solo algunos moratones y arañazos, un poco profundos, a decir verdad. Miró a Kholton, quien le sonreía con orgullo, pues él hacía unos segundos antes que había conseguido matar al suyo. Pero él estaba perfectamente, no como ella. Se acercó rápidamente y la ayudó a levantarse de encima del animal muerto.

—¿Estas bien preciosa? —le preguntó preocupado sin soltarle de la mano.

—Eso creo. ¡Ha sido genial! ¿No? —Rio alucinando todavía Scarlett por lo que acababa de hacer. Le entregó la espada y Kholton las enfundó y volvió a guardarlas.

—Sí, no ha estado nada mal. —Le guiñó un ojo.

Mientras la adrenalina desaparecía sintió un dolor intenso en el hombro y una quemazón en la pierna que tenía el rasguño.

—Uf, eso no pinta bien. —Arrugó la frente Kholton, quien se agachó para ver la herida—. Se puede infectar. —Kholton posó su caliente mano sobre la herida y Scarlett dio un respingo.

Al momento vio como el collar se iluminó y lo sacó de dentro de su sudadera, este se elevó un poco con la piedra roja iluminada y vio que la

Medusa que llevaba él como pulsera en la mano izquierda, emitía un color verde brillante. Estaba anonadada. De repente, de la mano que Kholton tenía sobre su herida, salió una luz morada y una fuerte descarga los atravesó. Sintió un poco de dolor en la herida, le picaba. Todo esto era surrealista ¿Qué demonios estaba haciendo?

—¡Ay! —se quejó Scarlett que no entendía qué demonios estaba ocurriendo. En unos minutos dejó de sentir dolor y la luz se desvaneció. La herida se había curado—. ¿Qué ha pasado? —preguntó atónita.

—Soy tu guardián, de pequeños nos unieron, puedo traspasarte mi energía y curarte, y creo que tú también puedes —explicó Kholton.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo habías dicho? —preguntó atónita. Kholton rio poniéndose en pie.

—Sí te lo expliqué. Te dije que nos unieron para que yo pudiera protegerte cuando me necesitaras. Lo hicieron mediante este símbolo de protección —dijo alzando el brazo y mostrándole el medallón con la cara de Medusa que colgaba de su muñeca.

—Pero no que tenías poder para curarme milagrosamente —expuso Scarlett aun atónita por lo que había presenciado.

—Tengo otros muchos talentos que mostrarte. —Le sonrió pillo y Scarlett rodó los ojos.

—Eres imposible...—Kholton se carcajeó.

—Si te digo la verdad no sabía exactamente qué podía hacer, aunque creo recordar que una vez de pequeños lo hicimos. He probado suerte. —Sonrió.

—Pues gracias. —Le devolvió la sonrisa.

Scarlett se preguntó cuántos dones más tenía Kholton y si ella podría hacer algo parecido en el caso de que él saliera herido. No dejaba de pensar en que él se había criado sabiendo todo esto y siendo muy consciente del mundo que lo rodeaba, sin embargo ella no. No se acordaba de nada de cuando era pequeña, ni siquiera tenía un pequeño recuerdo de él. Sentía esa conexión, sí, pero no poseía ningún recuerdo... A decir verdad, no tenía ningún recuerdo de pequeña que no fuera estar solo su madre y ella. Su abuela aparecía en sus recuerdos a partir de los diez años, antes no. ¿Quizá había olvidado todo lo anterior por algún motivo? O ¿simplemente porque era muy pequeña y no se acordaba? Una vez más, no sabía la respuesta de nada. Odiaba sentirse así.

—Para eso estamos —le guiñó un ojo sacándola de sus pensamientos—.

Por cierto, me debes algo. —Sonrió pillo.

—¿El qué? —No sabía a qué se refería.

—Un beso por acabar antes con mi Quimera. —Rio.

—Eres tonto. —Rio Scarlett—. Además en ningún momento he aceptado.

—Vaya...—Y pillándolo por sorpresa, Scarlett saltó y se colgó de su cuello riendo. Él la atrapó entre sus brazos y ella le depositó un beso en la mejilla.

—Ale, ya lo tienes. —Le sonrió burlona y sus ojos se encontraron. Kholton era muy alto, por lo que en esos momentos sus piernas colgaban sin tocar el suelo. Scarlett se perdió en su mirada que adquirió un tono más verdoso, como casi siempre que la miraba a ella. Sus rostros estaban muy cerca y los dos se miraron serios. Sus respiraciones se volvieron más aceleradas y Scarlett fue consciente de cómo sus pechos se presionaban contra el duro y fuerte torso de Kholton. Un rubor cubrió sus mejillas.

Capítulo 34

—Será mejor que continuemos —dijo Scarlett apartando la vista. Kholton la bajó.

—Sí, será mejor.

En cuanto dejaron atrás el Valle del lamento con todas esas almas perdidas y tormentosas, subieron por una gran pendiente. Un sentimiento de alivio los invadió, pues en aquel Valle lo único que se respiraba era dolor y pena. Scarlett pudo volver a respirar con normalidad y miró su alrededor. El paisaje parecía más un bosque normal, no una mezcla entre desierto y un bosque de las tinieblas.

—Descansaremos un rato aquí, llevamos un buen rato caminando —dijo Kholton poniendo la mochila en el suelo; luego se sentó en una piedra. Scarlett cogió sitio a su lado.

—Es raro, no tengo sed, ni hambre... no siento nada.

—Sí, es lo que tiene este lugar.

—¿Crees que nuestros padres estarán por aquí? —le preguntó cambiando radicalmente de tema.

—Sinceramente no quiero saberlo, seguramente ellos no nos recuerdan, prefiero pensar que consiguieron la paz.

—Ya... Pero...

—Te gustaría verla y saber que está bien, ¿no?

—Sí... no sé.

Se quedaron un rato en silencio mirando como el gran palacio de Hades se alzaba en el horizonte ante ellos. Desde allí parecía más una construcción mesopotámica que griega, eso sí, hecho de oro. Tenía tres enormes pisos rectangulares, formando una especie de pirámide con bases, y arriba del todo un templo griego enorme. Era magnífico e imponente. El otro lado daba escalofríos, el Tártaro. No se podía ver mucho pero los gritos desgarradores que provenían de aquel valle de fuego, no necesitaban más explicación. Se podía intuir algunos edificios destrozados y en llamas, un escalofrío la recorrió al imaginarse la clase de torturas a las que eran sometidas las almas que eran desterradas allí. Seguramente era mil veces más horroroso de lo que ella pudiera imaginarse jamás. En ese lugar era donde las personas más

horribles y los que habían cometido algún acto contra los dioses recibían su castigo, impartido por las Furias. Scarlett no quiso ni pensar un segundo más en aquél horrible sitio.

De repente, escucharon unos gritos monstruosos y a Scarlett se le vino a la mente la mujer serpiente que se había llevado a su madre, Equidna. Un temblor se instaló en su cuerpo e instintivamente se pegó más a Kholton, quien la envolvió la cintura con su musculoso brazo para acercarla a él.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Scarlett asustada. Esperaba que no fuera Equidna.

—Creo que un par de faisanes —bromeó Kholton, pues claramente aquello era algo más infernal y temible que unos faisanes. Scarlett esbozó una sonrisa sin poder evitarlo. El castaño sacaba su humor cuando menos te lo esperabas.

En su campo de visión aparecieron, cerca de la entrada o la salida al Tártaro, unos monstruos con cabeza de mujer, cuerpo de león y alas de algún pájaro que sobrevolaban el lugar.

—Ahí tienes a tus faisanes —dijo irónica Scarlett.

Él le brindó una medio sonrisa rápida y después silenciosamente le indicó que se tumbara boca abajo entre la maleza que los rodeaba para no ser vistos.

—Son Esfinges, literalmente quiere decir estranguladora —susurró el castaño.

Scarlett ahogó un grito, y su corazón bombeó de miedo, aun así sintió curiosidad por ver esos seres mitológicos que salían en el mito de Edipo. Pero no se atrevió a mirar una vez más.

—Qué bien, estamos de suerte entonces —susurró ella con un claro tono irónico.

La Esfinges bajaron el vuelo, como si los hubieran sentido, y sobrevolaron por encima de ellos. Kholton fue acercándose a ella hasta cubrirla con su cuerpo lentamente. Scarlett estaba muerta de miedo, si esos bichos los veían... estaban perdidos. Aun así su mente se concentró en el gran cuerpo de Kholton que la presionaba deliciosamente sin chafarla del todo. La estaba protegiendo con su vida y eso hizo que se acelerara su corazón de una manera distinta. Su cuerpo se calentó al sentir el aliento de Kholton muy cerca de su oído. Su pecho pegado a su espalda y su parte más sensible presionándose contra sus glúteos. ¿Qué mierda le pasaba? Estaban intentando escapar de unos seres terriblemente monstruosos que podrían

acabar con ellos en un santiamén, y ella se ponía a pensar en cosas lujuriosas y a sentirse calurosa por la cercanía de Kholton. «Genial Scarlett...», se reprochó irónica a sí misma.

—Tranquila...—le susurró en el oído Kholton provocando que su piel se erizara y se calentara aún más. ¿Sabía él lo que estaba provocando? Seguramente.

Pero el grito de una de las Esfinges rompió esa magia y se inquietó, el grito parecía de mujer, pero nada humano. Ambos contuvieron la respiración, sentían la tensión y las ganas de salir huyendo de allí, pero no podían moverse.

Kholton había sentido bajo suyo como Scarlett se removía inquieta, seguramente sin darse cuenta. Su respiración se había acelerado y era bien consciente de como su miembro se presionaba contra sus perfectas nalgas. Su olor a fresas lo inundó, parecía demencial ponerse duro en aquella situación, pero es que con Scarlett cerca, no se podía controlar.

Una Esfinge pasó muy cerca de ellos, tanto que sintieron el viento que provocaban sus alas al volar. Kholton no se movió un ápice, algo que le estaba costando mucho. Y de repente las dos monstruosas y gigantescas bestias cambiaron la dirección de su vuelo.

Cuando Kholton se cercioró de que era seguro moverse, suspiró con alivio, y sin ninguna gana se quitó de encima de Scarlett.

—Arrástrate hasta aquel pequeño bosque de allí —le indicó y ella asintió con el rostro sonrojado. ¿Habría sentido su erección? Posiblemente pensara que era un maldito perverso.

Lentamente y agachados entre la maleza, se dirigieron a unos árboles, esperando no ser vistos por esos seres feroces. Una vez llegaron, se reclinaron sobre un árbol que parecía centenario y los dos soltaron un suspiro de alivio. El Inframundo estaba resultando peor de lo que Scarlett se había imaginado, no es que pensara que fuera fácil moverse por ahí, de hecho se había preparado para esto mismo, pero nunca se lo hubiera ideado de esta manera. Lo que había leído sobre este lugar era lo que venía en las fuentes de los autores clásicos, y ni ellos mismos muchas veces se aclaraban.

A lo lejos, unos hombres vestidos como soldados griegos, llamaron la atención de ambos, ya que para nada se parecían a las otras almas que los rodeaban. Estos parecían despiertos y no se sumían ni en su propia persona ni en su pena más absoluta, estaban... ¿vivos? No lo sabía, pero claramente eran diferentes, pues estaban examinando a las almas, buscaban a alguien, muy

posiblemente a ellos.

—Madre mía. ¿No podemos estar tranquilos ni un segundo? —se quejó Scarlett flojito.

—¡Mierda! Saben que estamos aquí —se cabreó Kholton cuando vieron que los soldados se dirigían hacia ellos. A Scarlett le dio un vuelco el corazón del miedo.

Rápidamente se escondieron entre una vegetación densa para pensar hacia donde podían huir. Que el rey del Inframundo supiera que ellos se habían colado en sus tierras sin invitación, no era una buena cosa, aun no sabían de qué parte estaban los reyes del Inframundo, si de la suya o de la de Zeus, y puesto que habían contribuido a que los Titanes fueran liberados... sospechaban que de la suya, no.

Los soldados se estaban acercando, no podrían echar a correr porque los perseguirían, y allí abajo tenían el as de perder, no podían huir a ninguna parte. Kholton la cogió de la mano y le indicó que escapara ella, pero Scarlett se negó, no iba a dejarlo solo a merced de esos soldados que podían llevarlo ante Hades y enviarlo al Tártaro. Además ella sola no sabría si sería capaz de sobrevivir allí abajo.

—¡εκει! ^[7]—gritó uno de los soldados.

—¡Mierda, joder!—exclamó Kholton. Ambos se pusieron en pie para ver hacia dónde podrían huir, pero lo que no se esperaron es que los soldados comenzaran a correr hacia otra dirección.

Scarlett se quedó paralizada, no creía lo que había visto. La sombra que los había salvado, a la que perseguían los soldados... Fue un segundo pero reconocería esa figura en cualquier parte, en cualquier lugar... era Ares. Quizá su cerebro le estuviera jugando una mala pasada, quizá el tiempo en el Inframundo estaba comenzando a afectarle demasiado pero... Su corazón se había acelerado y su cuerpo lo había sentido, ella seguía siendo su fuente de energía y tenía su inmortalidad... tenía que ser él.

—¡Scarlett vámonos! —le gritó Kholton cogiéndola de la mano.

—Era él.

—¿Qué?

—Era él, Kholton, era Ares. —Decirlo en voz alta parecía más loco aún, pero estaba segura casi al noventa y nueve por ciento de que era él.

—Scarlett no puede ser. Sé que le quieres, pero él no va a volver, quizá ni siquiera esté aquí abajo.

—¡No, era él! Estoy segura... —Empezaba a dudar.

—Tenemos que seguir...—le dijo preocupado—. No podemos perder tiempo.

Eso lo entendía, tenían que seguir con su misión pero en esos momentos... su mente volvía a cavilar un sinfín de posibilidades en las que Ares estaba vivo.

Los paisajes se sucedían uno al otro, se cortaban y aparecía otro nuevo como había ocurrido desde el momento en el que habían entrado. Después de sortear el palacio de Hades, llegaron a los Campos Elíseos, el paraíso, el lugar más deseado por todas las almas. Allí cada uno elegía la vida que quería vivir, y todas las almas parecía que vivían en una fiesta continua. Espíritus con vestimentas de diferentes épocas conversaban, bailaban y cantaban felices. Scarlett buscó a su madre con la mirada, pero había tanta gente que le sería imposible, también buscó a Ares, pero tampoco tuvo éxito.

No había vuelto a sacar el tema con Kholton, pero ella seguía pensando que, una vez más, Ares había acudido en su ayuda. Pero lo más seguro era que fuera su maldita conciencia que la estaba volviendo loca de remate. Eso es lo que ella hubiera querido, que él viniera a salvarla y pudiera hundirse en su pecho mientras él le decía que todo estaba bien y que la amaba... eso es lo que más anhelaba en el mundo, y su subconsciente estaba jugando con ella, o igual era ese lugar. Aguantó las ganas de llorar y de rendirse, tenía que ser fuerte, habían llegado hasta allí y tenía que proseguir con su misión, se lo debía a todo el mundo.

Se dirigieron al río Leteo separándose de la fiesta, esta vez nadie reparó en ellos tampoco y los soldados parecía que los habían podido esquivar. A priori parecía un río normal, de agua azul cristalina que invitaba a beber de allí, pero ambos sabían que no debían de hacerlo.

—¿Y ahora qué? —se preguntó Scarlett.

—No lo sé, tu eres el Escudo. ¿Sientes algo?

—No, nada de nada. —Empezó a caminar montaña arriba desde donde descendía el río, no sabía por qué pero algo le decía que lo hiciera. Kholton la seguía de cerca.

Llegaron a un punto en el que había una cascada y se formaba como un lago pequeño, rodeado de piedras y flores brillantes, era precioso. Fue entonces cuando Scarlett supo con certeza que la Espada se encontraba allí abajo, en el fondo.

—Creo que está allí. —Se giró hacia Kholton.

—Muy bien, bajaré a mirar —dijo con intención de quitarse la sudadera,

Scarlett lo detuvo.

—No. ¿Estás loco? Si bajas perderás la memoria, además tengo que ser yo quien la coja. Es hora de hacer algo útil.

—Pero nada nos garantiza que a ti tampoco te afecte —se preocupó Kholton.

Y ambos se pusieron a pensar en algo.

Scarlett se llevó la mano al cuello pensativa y se tocó el collar que le había dado su madre. Recordó la vez que cayó por la ventana y se había formado una especie de escudo a su alrededor, también recordó las palabras del Oráculo: “*Ese abalorio será la clave de tu destino*”. E incluso Hermes la había avisado de que ese collar la ayudaría a completar su cometido, y su cometido era este.

—Se me ha ocurrido algo, quizá es una locura pero... —Cerró los ojos y se concentró en visualizar un escudo a su alrededor, como una burbuja que ella pudiera conducir.

Entonces sintió un calor emanar de su pecho, como aquella vez que cayó por la ventana, y entendió que no había sido el collar quién provocó el escudo, sino ella misma con su energía interior, con su don. Posiblemente la parte de curación sí que había sido cosa del collar, o mejor dicho, de Kholton. Cuando abrió los ojos, un Kholton estupefacto la miraba con los ojos bien abiertos.

—Genial...—musitó y Scarlett miró a su alrededor para ser testigo de su poder, una especie de burbuja azul transparente hecha de energía la envolvía. Podía respirar en su interior aunque sospechó que el oxígeno sería limitado. Caminó hacia el agua—. ¡Espera! ¿Qué vas hacer?

—Voy a ir a por la Espada. —Le sonrió confiada.

Capítulo 35

Scarlett se hundió en el agua antes de que Kholton pudiera detenerla. Lo oyó gritar su nombre un par de veces, pero no iba a detenerse. Estaba harta de quedarse en la retaguardia, le tocaba a ella hacer algo. Se hundió hasta el fondo, las paredes eran rocosas, llenas de luces brillantes que provenían de unas flores extrañas que le iluminaban el camino. La burbuja que se había creado alrededor suyo le permitía respirar, y esperaba que hubiera oxígeno para el tiempo suficiente.

Entró en una especie de túnel, cada vez más oscuro. Cuando parecía que aquello no tenía fin, algo brilló en la oscuridad del fondo, allí no había peces ni vida a parte de aquellas flores que le daban luz, al menos no estaba a oscuras. Y pensó que aquello podría ser la espada. Pero en cuanto se acercó, una serpiente marina gigantesca salió a su encuentro. Scarlett se dio un susto de muerte y retrocedió con el corazón martilleándole en el pecho.

—¡Maldita sea! Demasiado fácil parecía... —se quejó Scarlett sin quitar la vista de la monstruosa criatura.

Estaba claro que los Dioses no iban a dejar aquella arma tan mortal para ellos sin protección. La serpiente no era normal, era una monstruosamente gigante, con enormes ojos blancos y una boca con dientes afilados. Su color era verdoso y dorado. Sin esperar un segundo se abalanzó hacia ella. Scarlett intentó retroceder, pero el lugar se había estrechado conforme había bajado, así que buscó una de las dagas que se había escondido en la cinturilla y se preparó para el ataque, iba a luchar con garras y dientes, y si su destino era morir allí... ¡No! No iba a rendirse.

Se centró en fortificar su escudo y la serpiente se chocó contra este quedando un poco atontada, no pudo atravesarlo. Scarlett sonrió e intentó crear su bola de energía, aunque no sabía si era muy seguro utilizarla allí abajo y en el agua, pero aunque lo intentó, no pudo crearla. Aun no dominaba sus poderes al cien por cien, y no podía mantener el escudo y además crear una bola de energía.

—¡Joder! ¡Con el asco que me dan las serpientes! A ver piensa Scarlett... —se animó a ella misma.

Si la serpiente no podía atravesar el escudo... quizá podría marearla y

asestarle un cuchillazo con la daga cuando estuviera lo suficientemente cansada. Pero la serpiente no perdió tiempo y volvió a arremeter contra ella. Estaba notando como se estaba quedando sin aire, no podía morir, pero estaba segura que si se quedaba sin aire se desmayaría y entonces no podría evitar que aquella gigante serpiente marina la descuartizara con sus dientes afilados y acabara siendo su comida del día.

Scarlett se apoyó en una de las paredes y en cuanto la serpiente estuvo en frente, se impulsó para chafarla contra la otra pared de piedra afilada. Y así lo hizo, la serpiente quedó atrapada y cuando iba a clavarle la daga en la cabeza, la criatura se deslizó por un lado «¡Mierda!». Intentó atravesar el escudo y Scarlett vio como poco a poco se estaba debilitando. Solo le quedaba una opción.

Esperó que la serpiente volviera a embestirla y cuando se lanzó hacia ella, Scarlett se apartó a un lado haciendo que esta se golpeará contra la piedra. Scarlett deshizo el escudo y no vio venir la enorme cola de la serpiente que se estrelló contra su vientre haciendo que soltara todo el aire que había retenido. Entonces, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, antes de que el monstruoso bicho se recompusiera del golpe, Scarlett nadó hacia ella y le asestó un golpe en la cabeza contra la roca, y cogiendo la daga, se la clavó en la enorme cabeza; apretó hasta que la serpiente no se movió más.

Pero se estaba quedando sin aire, debía de darse prisa si no quería perder la consciencia y permanecer allí atrapada de por vida. Nadó hacia abajo rápidamente en busca de la espada y allí la encontró. No podía creérselo, estaba clavada en una roca como si de la espada del mismísimo rey Arturo se tratase. El mango era precioso decorado con piedras preciosas y camafeos de todos los Dioses. Brillaba con una luz que no era normal, pero era una Espada mata Dioses, claro que no era normal.

Scarlett se estaba ahogando, no le quedaba mucho tiempo, tiró de la espada, pero no salía, su corazón iba a mil pulsaciones por segundo, y notaba como sus pulmones dolían por la falta de oxígeno. Volvió a tirar de ella con todas sus fuerzas, hasta que vio una especie de hueco redondo en la roca. ¿Había que insertar algo allí? ¡Mierda! Miró hacia todos lados y no veía nada que pudiera encajar. No aguantaría mucho más, estaba al límite y empezó a toser y a tragar agua. Tenía que pensar algo, y rápido. Volvió a mirar el hueco y entonces pensó que la forma era igual que la del collar. Se lo quitó y lo insertó, pero no pasó nada.

Tiró de la espada pero nada, ya no le quedaban fuerzas... no podía más. Su cuerpo se tensó y sus pulmones ardían por la falta de oxígeno, escuchaba su corazón palpar en sus oídos y el miedo la inundó. Hizo un último intento y apretó el collar hacia dentro, escuchó un clic y tiró de la espada de nuevo. Por fin esta salió y se aferró a ella con fuerza, pero de nada sirvió, estaba perdiendo el conocimiento, intentó nadar hacia arriba... pero no pudo, sus ojos se cerraron mientras perdía la conciencia y caía al fondo. Aunque sí que llegó a sentir unos brazos que tiraban de ella, seguramente era su imaginación.

—Scarlett abre los ojos, por favor. —Escuchó que la llamaban con voz temblorosa y preocupada. Sintió una caricia en la mejilla que le provocó un cálido hormigueo; tosió—. Abre los ojos, agápi...

Esas palabras provocaron un vuelco en su corazón, no podía ser...

—A... ¿Ares? —preguntó desconcertada. ¿Estaba muerta y había ido a parar donde él?

—Estoy aquí. —Notó su mano acariciarle la mejilla y los labios. Scarlett abrió los ojos poco a poco.

—Eres... ¡eres tú! —Se irguió entre sus brazos con el corazón en un puño, la garganta le dolía de las lágrimas de alivio que querían salir. Alzó una mano y le acarició el divino rostro, no se lo podía creer, tenía que estar muerta porque aquello era el paraíso. Le acarició las mejillas ásperas por la barba incipiente, estaba más guapo incluso. Las lágrimas surcaron sus mejillas.

—Agápi, es real... —Le dedicó una media sonrisa y Scarlett se hundió en su pecho llorando de puro alivio.

Ambos estaban mojados por el río Leteo, Ares no llevaba camiseta y podía sentir su calor, ese que tanto había añorado. Eso quería decir que era real lo que estaba viviendo, ¿no? Ares estaba allí con ella, la había salvado. Notaba sus fuertes brazos rodearla con cuidado mientras le acariciaba su espalda. Se separó un poco, no demasiado porque no quería que volviera a desaparecer, y lo miró a la cara aun incrédula. Esos ojos dorados que tanto había echado de menos la miraron con infinito amor, su cabello ondulado le caía por la frente mojado y esos labios tentadores... la volvía loca. Su corazón tornó a la vida y se sonrojó, su cuerpo vibró por él. Solo Ares

conseguía que su pulso latiera así y su cuerpo reaccionara de esa forma.

—Eres tan bonita... Dioses, no sabes lo que he sufrido sin ti. Cuando vi que no subías sentí que algo no iba bien y me lancé a por ti. —La besó en la frente, en las mejillas, en la barbilla y finalmente en los labios. Primero fue un beso ligero, como si no se lo creyera y después la devoró con infinita pasión. Scarlett se estremeció y todo su cuerpo sintió el amado calor que solo él conseguía. Ares intensificó el beso pasando su lengua por sus labios, provocando que Scarlett gimiera. Luego se hundió en su boca, parecía como si quisiera darle todos los besos que no había podido en todo este tiempo, eso la conmovió. Scarlett puso sus manos en su musculado torso y lo acarició.

—Estoy bien. —Le sonrió para calmarlo cuando se separaron. Y lo besó dulcemente en los labios—. Gracias por salvarme, igual que antes. Has sido tú, ¿no?

—Sí, no quería que supieras que estaba por aquí, pero no me ha quedado más remedio, eres un desastre, no te puedo dejar sola. —Le dio un beso en la frente y ella rio feliz abrazándolo fuertemente hundiendo su cara en su poderoso cuello.

—Te quiero, no sabes lo mal que lo he pasado pensando que te había perdido para siempre... —Sollozó.

—Mi Scarlett, mi agápi... —Le alzó el rostro para que sus ojos se encontraran—. Eres lo mejor que me ha pasado en esta triste eternidad que me ha tocado vivir.

Esa era la forma que Ares tenía de decirle que la quería. La besó una vez más.

Detrás de Scarlett, Kholton estaba en pie observando el encuentro de la feliz pareja; carraspeó. Scarlett se sintió tremendamente mal y se tensó, no había reparado en él en todo el rato. Sabía que Kholton sentía cosas por ella, pero no podía apartarse de Ares, no quería, era suyo, estaba con ella y no quería volver a separarse de él nunca más. Ambos se pusieron en pie, pero Ares no la soltó, la agarró de la cintura aferrándola a él.

—¿Estás bien? —le preguntó el castaño, ya sabía que él era Ares.

—Sí. —Se sonrojó de vergüenza—. Os presentaré, él es Ares, el Dios de la guerra, y él es Kholton un descendiente de Eneas quien me ha guiado por estos mundos y un muy buen amigo.

—Ya he visto lo amigos que sois —dijo Ares con su cara de acelga habitual tendiéndole la mano a Kholton pero desafiándolo con la mirada. Scarlett resopló. Pero Kholton no se achantó.

—Sí, muy buenos amigos —contestó con retintín mirándolo a los ojos.

—¡Ares, la espada! —Se acordó Scarlett.

—No te preocupes, la tengo. —Le sonrió señalándole el suelo donde la había dejado—. Y creo que esto es tuyo también. —Sacó de su bolsillo el collar.

—¡Lo has recuperado! Muchas gracias. —Lo abrazó.

—Bien y, ¿ahora qué? —preguntó Kholton, estaba... ¿Cabreado?

—Tenéis que salir de aquí antes de que Zeus se entere de que tienes la espada —dijo Ares—. O de que Hades os encuentre.

—¿Qué? ¿Y tú? —Se asustó Scarlett. Lo acababa de recuperar y no pensaba dejarlo marchar de nuevo.

—Agápi, estoy muerto, te di mi inmortalidad. —Le enmarcó el rostro con sus grandes y fuertes manos; sus miradas se entrelazaron.

Ares se moría por hacerle el amor allí mismo, ver como ese tal Kholton intentaba seducirla, como la tocaba y la miraba lo habían puesto de muy mal humor. Pero sabía que se preocupaba por ella y había visto como la protegía; Scarlett se merecía ser feliz. Su plan era mantenerse alejado y ayudarla desde la lejanía, pero claramente no pudo, y en cuanto vio que tardaba tanto en subir, antes de que el pampalinas este se lanzara y se olvidara de todo, tuvo que hacerlo él. La había echado tanto de menos... nunca había sabido qué era eso antes de conocerla a ella, Scarlett era todo lo que tenía, la adoraba y la amaba con todo su ser. Dejarla era lo más difícil que había hecho en su vida, y tendría que volverlo hacer.

—Pero yo no la quiero... te quiero a ti. —Nuevas lágrimas se formaron en sus preciosos ojos del color de la miel, tan reales... Tan suyos—. Estoy enfadada contigo por eso, no tenías derecho a renunciar a tu vida por mí.

—No llores, ya no se puede revocar... Y lo haría una y mil veces por ti.

De repente un humo grisáceo con puntos brillantes los envolvieron a los tres creando una especie de esfera a su alrededor. Kholton cogió la espada a tiempo mientras Ares la abrazaba a ella y maldecía, sabía qué significaba aquello.

Scarlett no sabía qué ocurría, cogió a Kholton de la mano para impedir que los separaran. De repente, el humo grisáceo fue desapareciendo y aparecieron en una estancia enorme, en un salón real recubierto de mármol y con dos enormes tronos, ocupados por dos personas inmensamente bellas, como todos los Dioses que había conocido hasta ese momento. Eran Hades y Perséfone, los reyes del Inframundo. Las antorchas iluminaban el salón, pues

allí no había ventanas. No había duda alguna, estaban en el palacio de Hades.

—Bueno, bueno, bueno... ¿Qué tenemos aquí? —Se irguió en su trono Hades, con toda su grandeza.

El Dios del Inframundo llevaba una túnica negra que solo cubría parte del torso y le llegaba hasta las rodillas, pero que no hacía otra cosa que acentuar su cultivado cuerpo. Era muy guapo, pelo negro corto y ojos grises brillantes, con una barba de unos días que no hacía otra cosa que acentuar su aura de peligro, era guapísimo, tanto como asustaba. Perséfone sin embargo les sonreía amablemente, era muy guapa, pelirroja con unos ojos verdes alucinantes y un cuerpo de infarto. Vestía una túnica violeta transparente que poco dejaba a la imaginación.

—Hades, sé bueno. —Lo avisó Perséfone.

—El Escudo, mi sobrino y un descendiente de un viejo amigo... ¿Hoy es el día de los reencuentros? —Se levantó del trono y se dirigió a ellos, era tan alto como Ares, rozando los dos metros.

—Hades, déjalos marchar, tienen que detener a Zeus, a no ser que quieras perder tu reino. —Intervino Ares.

—¿Qué te piensas que no lo sé? Mi hermano siempre ha sido un avaricioso, nos dejó a Poseidón y a mí lo que no le gustaba porque no le quedaba otro remedio que seguir el papel que se le había marcado. Pero ahora lo quiere todo, es lo mismo de siempre. —Hizo un gesto con la mano, como restándole importancia—. Pero como comprenderéis, habéis entrado en mi reino sin ser invitados, y tu Ares, has salido de tu lugar y has intervenido, algo que no puedo tolerar ni puede quedar sin castigo.

—Lo entendemos señor, y lo sentimos mucho, pero era importante para nosotros, la vida de todos está en juego porque Zeus planea destruir a la humanidad, y seguramente a todo aquel que se oponga, sea Dios o ser divino, o no. —Intentó hacerle entender Scarlett.

—Pequeño Escudo. —La llamó Perséfone a pesar de aparentar su misma edad acercándose a ella y cogiéndole de las manos—. Me consta que no solo viniste a por la Espada mata Dioses, también querías saber si Ares seguía aquí, con vida. —Scarlett se sonrojó.

—Sí, señora, le amo y quería saber si podría volver a verlo —dijo tímida y un poco abrumada por la belleza de la Diosa.

—Es maravilloso, él dio su inmortalidad por ti, cosa inimaginable para un Dios, la mayoría son demasiado egoístas, ¿no es eso amor, cariño? —le preguntó a Hades—. Imagina que en vez de estar separados unos meses

tuviéramos que estarlo la vida entera. ¿No sería doloroso?

Scarlett entendió por dónde iba Perséfone, estaba intentando que Hades devolviera a la vida a Ares. Su corazón dio un vuelco.

—Sí, lo sería —afirmó el Dios serio.

—¿Y no ha sido castigo suficiente el tiempo que han estado separados ya? —Perséfone le soltó las manos a Scarlett y abrazó a su marido por la espalda.

—Perséfone...—La avisó el Dios.

—Solo intentan hacer lo correcto, y él es tu sobrino, quien está ayudando a esta maravillosa joven tan bonita a que Zeus no se quede con todo. ¿No sería maravilloso recompensarla? —Le dio un beso en la mejilla.

—¡Maldita seas! Está bien, llévatelos, pero como alguno de vosotros vuelva a pisar mis tierras antes de tiempo os juro que os encerraré en el Tártaro —amenazó mientras se iba enfadado de la sala.

—Uf, ha estado cerca de no salirme bien, seguro que luego me espera un castigo. —Rio Perséfone, y en la forma en que lo hizo Scarlett pensó que se refería a un castigo... ¿Sexual? Se sonrojó.

—Muchas gracias, eso quiere decir que Ares...

—Que Hades lo ha vuelto a convertir en un Dios completo —le contestó a Scarlett y luego miró a Ares—. Ya no la necesitas como fuente de energía así que su energía es solo suya, con la espada será suficiente para derrotar a Zeus. —Sonrió cómplice.

En pocas palabras estaba diciendo que ya podían acostarse juntos sin riesgos de que Ares pudiera absorberle la energía por completo. Scarlett se sonrojó aunque quizá, si ya no la necesitaba, posiblemente Ares no quería estar con ella. No se atrevió a mirarlo.

Aún le rondaba por la cabeza el tema de su madre. Si estaba bien o si estaría repitiendo su muerte una y otra vez... en aquel lugar tan horrible como el Valle del Lamento, solo de pensar en eso la inquietaba y la ponía triste, sentía como la angustia la inundaba. Quería saberlo, aunque fuera una respuesta que no quería oír.

—Señora... ¿Puedo hacerle una pregunta? —preguntó Scarlett un poco cauta, si Perséfone le respondía y esta era mala... no podría quedarse de brazos cruzados e intentaría por todos los medios solucionarlo.

—Por favor, trátame de tú, llámame Perséfone. —Le sonrió—. Dime.

—Mi madre...

—Tu madre es feliz, tuvo un paso a la muerte un poco doloroso pero se

le ha recompensado, ahora está en los Campos Elíseos.

—¿Se acuerda de mí?

—Me temo que no, cariño. Pero es feliz. —Scarlett soltó el aire que no supo que estaba reteniendo mientras notaba la mano de Ares dándole ánimos en su espalda. Al otro lado Kholton también la cogió de la mano proporcionándole fuerzas.

—Nos tenemos que despedir. Ahora está en vuestras manos, cuídala bien Ares —dijo Perséfone mientras el humo gris de antes los envolvía de nuevo. Ares asintió—. Y Kholton, suerte. —Le guiñó un ojo Perséfone sonriente y la nube los cubrió por entero.

Volvieron a aparecer en el cementerio, en la puerta de la entrada al submundo. Los tres, estaban sanos y salvos y tenían la espada y Ares su aura divina. Lo más complicado era derrotar a Zeus, de la cual cosa no tenían ni idea de cómo lo harían.

Era de noche, y Scarlett no sabía cuánto tiempo habían estado allí abajo en realidad, para ella fue como un día, pero al parecer aquí habían pasado más, pues Kholton miró el móvil para saber en qué día estaban. Los tres se miraron entre sí, estaban felices de haber salido de allí con vida, pero aún les quedaba lo más difícil: tenían que regresar a casa lo antes posible para saber si Apolo había visto algo nuevo o las profecías habían cambiado. Scarlett instintivamente se aferró al brazo de Ares, pues aun no lograba superar su miedo a la oscuridad absoluta, ni aun sabiendo que había tras ella. Kholton miró con mala cara ese gesto pero no dijo nada, simplemente comenzó a caminar hacia el coche.

Ares y Scarlett lo siguieron. Aunque se sentía mal por Kholton no podía evitar estar feliz porque Ares hubiera regresado a su lado, al menos parte de la culpa y del dolor que había sentido por la pérdida de su madre y Ares, se había disipado al saber que Anne estaba bien y que Ares volvía a estar a su lado.

Capítulo 36

De camino a casa en el coche, Scarlett se quedó dormida. Y aunque Ares podía aparecer en cualquier parte, no iba a separarse de Scarlett ni un minuto, y menos con el tal Kholton este. Él iba en el lugar del copiloto mientras el descendiente de Afrodita y Eneas conducía su coche; Scarlett dormía en la parte trasera. Aún no se podía creer que estuviera con ella, que la hubiera recuperado. Cuando dio su inmortalidad por ella jamás pensó que fuera posible volver a sostenerla entre sus brazos, se había resignado a una vida sin ella para que tuviera un vida feliz. Sin embargo, en cuanto se enteró de que estaba allí, acudió en su ayuda. El Inframundo tenía muchos ojos y todo allí se sabía. Su plan había sido no mostrarse y ayudarla sin que se diera cuenta, sabía que de esa forma estaba infringiendo casi todas las normas del Inframundo y de Hades, y que tendría un castigo por tal hecho, pero le daba igual. Al ser un Dios y estar consciente a diferencia de las otras almas humanas, no se le permite campar por sus anchas por el Inframundo mientras aparecía un Sucesor, y como las otras almas, tienen un lugar asignado oculto a los demás, pero Ares logró salir de la cárcel de oro para ayudar a Scarlett.

Lo que nunca hubiera imaginado era verla con otro tío. Sabía que no bajaría sola y que Apolo, aun habiendo roto su promesa de no exponerla al peligro, nunca la dejaría sin protección. Pero este tal Kholton la tocaba y la miraba de una manera que lo ponía furioso.

Que Perséfone actuara en su ayuda había sido una suerte y le agradecería eternamente el haberle permitido estar al lado de la persona que amaba, porque así era, amaba a Scarlett y no iba a dejarla nunca más, aunque fuera egoísta por su parte. La miró a través del espejo retrovisor, mientras dormía plácenteramente.

—Ahora mismo te odio y te envidio a la vez. —Rompió el silencio el portador de la branca de oro de Eneas.

—Y ¿se puede saber por qué? —Lo miró alzando una ceja.

—¿Necesitas que te lo diga? —No, no hacía falta. Sabía perfectamente que lo decía porque Scarlett era suya—. No he conseguido que te olvidara, y mira que me lo he propuesto. —Rio amargamente. Y Ares sintió la necesidad de pegarle un puñetazo al pensar que ese idiota había tocado, acariciado y

besado a Scarlett como él no había podido hacerlo durante todo este tiempo... Hasta quizá se habían acostado.

El dolor y la rabia lo recorrieron, apretó los puños. Pero nunca la culparía, él había muerto y lo único que había querido era que Scarlett siguiera adelante, pero eso no evitaba que quisiera darle una paliza a este niño.

—¿Os habéis acostado? —Apretó los dientes y la mandíbula se puso tensa.

—No es asunto tuyo, pero no. Ella seguía muy unida a ti. —Eso hizo que soltara el aire que había contenido—. No te la mereces.

—Eso ya lo sé. ¿Y qué te hace pensar que tú sí? —Lo retó Ares.

—Yo al menos puedo estar con ella cuando todo esto acabe y no la he metido en medio de una guerra ni me aprovecho de ella. —Eso dolió, aunque no era nada de lo que él no se culpaba ya.

—¿Te crees muy listo no? ¿Te crees que a mí me gusta que sea el Escudo y esté en medio de todo esto? Si pudiera me la llevaría lejos de todo y de todos, pero sé que eso no le gustaría, ella afronta sus problemas y no le gusta que otros lo solucionen por ella. Tú no sabes una mierda y se me está acabando la paciencia —lo amenazó Ares.

—Es verdad que la amas...—dijo Kholton estupefacto, como si por primera vez fuera consciente de ello.

—¡Callate!

—Pensé que los Dioses erais seres mezquinos y egoístas que solo miráis por vuestro propio bien. Pero tú te has sacrificado por ella, la has salvado y veo que te preocupas por Scarlett. Pensaba que la estabas utilizando.

—Pues ya ves, no te equivoques, sí somos así, pero ella... me hizo ver que había algo más en la vida que la ira y el rencor, ella me ha salvado a mí —dijo mirándola a través del espejo.

—Scarlett es muy especial y tiene muchas cualidades buenas, espero que no leagas daño.

—Eso espero yo también.

Por una vez en la vida estaba teniendo una conversación seria con un humano, vale que Kholton no era del todo humano, pero sí que sabía que era más apropiado para Scarlett que él. Era un buen tío el tal Kholton, pero no iba a entregarle a Scarlett, no iba a renunciar a ella cuando justo se le había presentado una nueva oportunidad de estar a su lado. Iba a intentar ser mejor por ella.

Por fin llegaron a casa cerca del mediodía, no había hecho muchas paradas por si Zeus les seguía la pista y tenían que enfrentarse a otro Titán o algo peor. Como ya sospechaba Ares, Apolo sabía que venían los tres sanos y salvos con la Espada mata Dioses. Scott y Dafne abrazaron efusivamente a Scarlett y a Kholton, en cuanto a él, Scott le tendió la mano a modo de saludo y Dafne después de mirarlo un poco asustada, lo abrazó también.

—Me alegro de que estés bien y hayas vuelto —dijo contenta la morena. Ares no supo cómo lidiar con ese abrazo, así que se quedó quieto para no asustarla. Sabía que su altura y su corpulento cuerpo intimidaban a la gente, y no quería que Dafne le tuviera miedo.

Cuando se separó le dedicó una sonrisa y él quiso hacer lo mismo, pero a juzgar por la carcajada de Scarlett no lo había conseguido. El contacto de la gente lo ponía nervioso, solo había aceptado el de Scarlett, pues sus relaciones anteriores solo habían sido sexuales, no había caricias ni abrazos. Artemis se limitó a sonreírlos y a saludarlos con un “Bienvenidos”. Sabía que a la hermana de Apolo le importaba muy poco si Scarlett y Kholton volvían con vida o no, incluso le importaba una mierda que él estuviera de vuelta, solo estaba allí porque su hermano se lo había pedido, quien era al único que le dedicaba algún tipo de sentimiento.

Después se pusieron al día de todo lo que había sucedido en el Inframundo, Scarlett y Kholton relataron qué habían visto y qué averiguaron. Su encuentro con Hermes, lo que le había dicho de su padre, como habían pasado a Cerbero, y su lucha épica contra las Quimeras. Ares la miró orgulloso. También les explicaron lo que ocurrió en el río Leteo y como Perséfone había intervenido en su ayuda.

—Hermes es un jodido chismoso, no te puedes fiar de él —sentenció Ares.

—Pero hemos vuelto sin incidentes, si le hubiera dicho algo a Zeus, nos hubiera atacado al salir del Inframundo —razonó Kholton.

—Eso es cierto, quizá tampoco quiera que Zeus tenga el poder absoluto. —Apuntó Scarlett—. O que como dijo, mi padre es amigo suyo y me ha ayudado.

—Sería muy aceptable que Hermes estuviera harto de ser el recadero de Zeus y lo estuviera traicionando. —Intervino Apolo.

—Pero lo que no entiendo es lo de tu padre, si eran o son amigos... ¿Quién es tu padre? ¿Dónde está? —preguntó Dafne.

—Eso me gustaría saber a mí también —suspiró Scarlett—. A raíz de lo que me contó Kholton supuse que mi padre estaba muerto, pero ahora... creo que puede estar vivo y Zeus lo mantiene cautivo, otro motivo más por el cual enfrentarme a él. —Se cabreó porque Zeus hubiera interferido tanto en su vida sin ser ella consciente.

—Tú no te vas a enfrentar a Zeus —dijeron Kholton y Ares al unísono.

—Ah ¿no? ¿Entonces quién? —Los retó—. Mirar chicos, ya hemos pasado por esto, soy el Escudo y debo hacerlo. —Miró a Apolo para que la apoyara.

—Lo siento Scarlett pero esta vez estoy con ellos, no podemos dejar que te enfrentes a Zeus, el Oráculo reveló que quien destruyera a Zeus se convertiría en el nuevo Dios del Olimpo y no creo que quieras esa responsabilidad —argumentó el Dios del Sol con su tranquilidad habitual.

—Pero vendrá un Sucesor, ¿no? —preguntó Scott.

—En este caso no hace falta. —Reveló Artemis—. Si posees la Espada mata Dioses también adquieres los dones del Dios al que matas. Por lo tanto, quien lo haga tendrá su poder y su inmortalidad, se convertirá en el nuevo rey del Olimpo. No será su Sucesor.

—Y de esta forma el nuevo rey del Olimpo no tendrá nada que ver con el Zeus de ahora y su idea de exterminar a la humanidad y monopolizar el poder —dijo Scott pensativo.

—Exacto, solo tendrá su inmortalidad, conocimientos y sus poderes —afirmó Artemis.

—Y eso nos lleva a preguntarnos... ¿quién será quien mate a Zeus? —preguntó Dafne. Todos se miraron entre sí.

—Está claro que tiene que ser alguien que se preocupe por todos, tanto humanos como seres divinos, que conozca bien los dos mundos y sea un buen líder —dijo Scarlett.

—Nosotros los dioses estamos descartados —dijo Apolo—. Lo que queremos es que haya un equilibrio y no que se rompa aún más.

—Yo descartada, a mí ni me miréis —bromeó Dafne.

—Lo haré yo —dijo Kholton poniéndose en pie.

—¿Estás seguro? —le preguntó Scarlett, poniéndose a su lado y puso su mano en su musculoso brazo. No es porque dudara de que Kholton no fuera a ser el mejor para suplantar a Zeus, de hecho lo veía muy capaz, además tenía

habilidad para hacerse valer y no se achantaba ante nada ni nadie. Era sincero y honesto con sus ideas y además insistente en aquello en lo que cree. A decir verdad era el candidato perfecto, pues también conocía bien los dos mundos. Era más porque estaba preocupada por él y egoístamente sabía que si lograba su cometido, nada entre ellos volvería a ser igual y no quería perderlo.

—Me he criado en este mundo, lo conozco bien, mis padres me prepararon a conciencia para luchar contra todo tipo de seres divinos e infernales, al igual que conozco el mundo humano. No digo que sea la propuesta ideal, pero sé luchar, soy descendiente de Afrodita y del valeroso Eneas. Toda mi vida he estado huyendo de mi pasado, pero es hora de que me enfrente a él. Sé que puedo ser un buen líder y que me costará ganarme vuestra confianza, pero estoy dispuesto a ello.

—No volverás a tu vida humana —lo avisó Apolo.

—No tengo nada que me ate a ella. Mi objetivo era ayudar a Scarlett y ya lo he cumplido, si consigo vencer a Zeus acabaré con esta guerra que está matando a millones de personas inocentes. —Después se giró hacia Scarlett, quien apretaba con fuerza su brazo, que ella se preocupara tanto por él, lo conmovía, pero ella tenía a Ares, así que estaría bien—. Estaré bien, preciosa, es lo que quiero hacer. —Le dio un beso en la frente.

—Eres muy valiente, enfrentarte a Zeus no es una cosa que haría cualquiera, sé que no puedo pedirte que no lo hagas..., pero no tienes por qué hacerlo. —Scarlett lo abrazó.

—Quiero hacerlo, esta es mi oportunidad de vengar a mis padres y de sentirme útil —susurró solo para ella.

—Y para que todo el mundo te recuerde...—musitó Scarlett—. Este es tu destino, ¿no? Ser un héroe. La mayor hazaña de todos los tiempos... ¡El Oráculo tenía razón! Lo conseguirás —dijo recordando las palabras del Oráculo. Se sintió feliz por él porque sabía lo importante que era para Kholton sentirse útil y ser recordado por ello. Y lo abrazó de nuevo.

—Siento ahogar la fiesta, pero si mal no recuerdo el Oráculo no dijo que iba a lograrlo, así que mejor no adelantarse a los acontecimientos. —Planteó Apolo, la voz de la razón y la conciencia.

—Tiene razón, quizá muera sin conseguir nada. —Rio Kholton con Scarlett aun entre sus brazos.

—No digas eso ni en broma, lo conseguirás, yo creo en ti y sé que eres muy capaz. Y aunque murieras yo siempre te recordaría por haberme ayudado tanto, pero no vas a morir. —Le sonrió.

De repente notó la presencia de Ares muy cerca de ella, quien la envolvió por la cintura y tiró de ella para alejarla de los brazos del castaño.

—Tienes mi apoyo, pero Scarlett es mía —soltó Ares con su cara habitual de acelga. Scarlett se sonrojó.

—¡Ares! —se quejó ella.

—Siempre y cuando ella lo quiera así. —Le retó.

—Por supuesto, nunca haría nada que ella no quisiera. —Se estaban retando con las miradas y la tensión se respiró en la sala.

—Eso espero.

—¡Eh, vosotros dos, vale ya! ¡Haré lo que me dé la gana, no soy de nadie! —Se cabreó ella soltándose del agarre de Ares.

—Tienes suerte de que para ella seas importante porque si no ya hubiera acabado contigo —lo amenazó Ares ignorando a Scarlett.

—Entonces sí que estoy de suerte —ironizó el descendiente de semidiós sin achantarse ni un poco.

—¡Sois unos idiotas! —se quejó Scarlett enfadada y soltándose del agarre de ambos, se marchó.

—Sois unos insensibles, ¿no veis que lo está pasando mal? —Les regañó Dafne y fue tras su amiga.

—Sois un par de capullos —dijo Scott.

—Yo me marchó, hermano ten en cuenta que tiene que ser esa noche en concreto cuando Zeus muera, sino de nada habrá servido todo esto —dijo Artemis desapareciendo después, no sin antes mirar con anhelo a Scott.

—Ares, tú te ocuparás de entrenar a Kholton —dijo Apolo.

—¿Qué?—dijeron los dos al unísono—. ¡Ni hablar!

—Vaya, si va a resultar que os lleváis bien y todo. —Rio el Dios de cabellos como el sol—. Ares, eres el único capaz de saber cómo manejar un arma como esta, si algo se te da bien es la lucha de cualquier formalidad.

—No necesito que nadie me entrene —se quejó Kholton.

—Vas a luchar contra el mismísimo Zeus, créeme, sí necesitas entrenamiento de Ares.

—¿Tienes miedo? —Le retó el Dios de la guerra. Kholton rio amargamente.

—La palabra “miedo” hace mucho tiempo que se borró de mi diccionario —dijo serio. Pues era la verdad, había tenido que afrontar situaciones más peligrosas que esta, de eso estaba seguro.

—Pues empecemos el entrenamiento —dijo Ares con una media

sonrisa.

Capítulo 37

Después de entrenar con Kholton y ver que era uno de los mejores rivales que había tenido, se dirigió a la ducha de su cuarto. La verdad es que lo había sorprendido gratamente, antes de saber de qué era capaz no hubiera dado nada por él, pero se manejaba con maestría en el arte de la lucha, sobre todo en el cuerpo a cuerpo, su favorito. Aunque con Kholton debían centrarse en las espadas y movimientos con estas, nunca estaba de más practicar otras cosas, también porque había echado de menos la lucha de esa modalidad. Scott también estuvo presente en el entrenamiento, para ser humano, empezaba a considerarlo un compañero, el chico era inteligente y hábil con el arco y las flechas, Ares se sorprendió al saber que Artemis lo había estado entrenando, pues la diosa normalmente huía del sexo masculino, es más, creía que los odiaba.

Tenía que admitir que aquello de que Kholton se convirtiera en el asesino de Zeus lo aliviaba a la par que no le acababa de convencer. Que el descendiente de Afrodita se hubiera presentado voluntario para reemplazar a Zeus era un poco sospechoso. Por una parte, de esta manera Scarlett no correría más peligro y, en el fondo, y por mucho que le pesara, sabía que Kholton había pensado igual. Pero por otra parte sentía que debía ser él quien acabara con Zeus y de esta manera con parte del sufrimiento de Scarlett, pero todo había cambiado. Existía una nueva profecía y necesitaban que él fuera el asesino de Zeus para restablecer el orden y la paz. Ares sonrió incrédulo. Él, buscando la paz... Eso sí que era una puta ironía del destino.

El agua resbalaba por su duro torso y vivo cuerpo mientras se duchaba, le encantaba sentirse pleno con su Aura Divina, era extraño estar allí de esa forma. Aunque a decir verdad, la única que podría hacerlo sentir completo era su agápi. Tenía pensado dejarle espacio a Scarlett, pero se moría de ganas porque lo perdonara y anhelaba más que nada estar a su lado. La acababa de recuperar y no le apetecía estar separado de ella ni un minuto más. Salió de su cuarto de baño para ponerse algo e ir a hablar con Scarlett, esperaba que no estuviera muy enfadada con él. Se puso una camiseta negra de manga corta y unos tejanos desgastados, ni se preocupó en calzarse.

Tenía que admitir que había echado de menos esa casa, esa gente, se

habían convertido en personas importantes en las que confiar, y eso era nuevo para él. Estaba acostumbrado a que la gente le tuviera pánico, lo odiara o incluso que quisieran matarlo, pero todo había cambiado y era parte de algo formado por personas que se preocupaban las unas por las otras. Cuando Dafne lo abrazó supo que lo hacía de corazón, al igual que Scott, vio en su mirada cómo se alegraba por su vuelta.

En el momento que se acercaba a la habitación de Scarlett vio como Dafne salía de allí con mucho sigilo. Ella lo miró enfadada, pues había hecho enfadar a su amiga, el amor que sentían la una por la otra y lo mucho que se apoyaban entre sí, tenía fascinado a Ares. No tenían ningún lazo de sangre que las uniera, pero eran hermanas de elección y eso lo admiraba.

—Está dormida —susurró Dafne.

—Venía a disculparme. —Sintió como si tuviera que explicarse.

—Más te vale —lo amenazó y él sonrió—. No estoy de broma, espero que vayas muy pero que muy en serio con ella. Sé que sientes algo por Scarlett, pero si no vas a poder con esos sentimientos te pido que no le hagas daño.

—Esa no es mi intención, amo a Scarlett y quiero estar con ella.

—Así me gusta. —Le sonrió y se apartó de la puerta para que él pudiera entrar—. A por ella tigre. —Le guiñó un ojo y se marchó riendo.

Ares sonrió por el comentario de Dafne y entró a la habitación de Scarlett. Todo estaba como recordaba, el tocador cerca de la ventana que estaba cerrada pero con la persiana abierta por donde se podía ver el mar, el armario al otro lado y en el centro la gran cama con el amor de su vida durmiendo placenteramente sobre ella. Era tan bonita... su cabello moreno caía despeinado sobre la almohada y sus labios entreabiertos lo invitaban a besarla hasta perder el conocimiento. Estaba tapada tan solo por una sábana que se ajustaba perfectamente a sus curvas, sus anchas caderas, su pecho perfecto y su vientre plano lo volvían loco de deseo. No había ido allí con esa intención, pero mentiría si dijera que no ansiaba poder saborear por completo como sería hacerle amor a Scarlett. Su miembro reaccionó ante tal visión de lo perfecta y preciosa que era para él.

Se sentó en el borde de la cama y le acarició el pelo. Le dio un suave beso en la mejilla.

—Te amo, agápi —le susurró en el pelo. Tenerla allí reavivaba su corazón helado.

Scarlett notó unas manos cálidas acariciarla, no quería despertarse pues en su sueño era Ares quien lo hacía. Tenía miedo que al despertar, él no estuviera y todo hubiera sido un magnífico sueño en el que lo había recuperado y había vuelto con ella a casa. De repente sintió como apartaban las sábanas y se metía alguien a abrazarla, su cuerpo entero reaccionó a su calidez y supo que era Ares de verdad quien la estrechaba fuertemente contra su pecho; ella se acomodó feliz inspirando su olor característico, a fuego y miel.

—¿Me perdonas? —le susurró.

—Claro que sí —le contestó ella con voz dormida—. Pero no vuelvas a amenazar a Kholton, es mi amigo y quiero que os llevéis bien.

—Lo siento, no es un mal tío, es solo que te quiere para él. —Scarlett rio y se giró para mirarlo a los ojos.

—¿Y tú? ¿Me quieres para ti? —Sonrió y él atrapó sus labios entre los suyos sin poder aguantar ni un minuto más.

—¿Acaso lo dudas? —Le dedicó una de esas sonrisas extrañas que solo le mostraba a ella.

Y luego la volvió a besar apasionadamente, sus labios se fundieron con una desesperación que encendió a ambos, sus bocas se amoldaban como si hubieran sido hechas la una para la otra. Entonces Ares la puso debajo de él y se acomodó entre sus piernas, mostrándole lo mucho que la deseaba. Scarlett no pudo reprimir un gemido cuando sus sexos se rozaron, lo había echado muchísimo de menos, lo necesitaba ardientemente y saber que él sentía esa misma necesidad, la hacía suspirar y temblar por su contacto.

Ares se separó de sus labios y comenzó a besarle el cuello para después mirarla directamente a los ojos.

—Te amo, Scarlett.

—No sabes de qué manera se me acelera el corazón cuando dices eso... —suspiró ella con el corazón latiendo como loco—. Yo también te amo, Ares. —Alzó una mano para posarla en su áspera mejilla. Sus ojos dorados brillaban con deseo y amor.

—Dime que eres mía —le susurró mientras metía sus manos por debajo de la camiseta de Scarlett y le acariciaba el vientre produciendo placenteros escalofríos.

—Lo soy, soy tuya desde el momento en el que te vi en el teatro —gimió cuando él acarició la parte baja de sus pechos, Scarlett se arqueó

provocando un delicioso roce en sus sexos.

Después le subió la camiseta hasta los pechos y depositó suaves besos por todo su vientre. La adoraba y le encantaba verla sumida en el más apoteósico placer que él mismo le provocaba. Ella se irguió para que le sacara la camiseta y después se deshizo de la de él. Dejó que ella lo contemplara y lo acariciara por su torneado torso. Scarlett se puso de rodillas ante él y le acarició los hombros, luego los pectorales, el vientre musculado... perdiéndose en los perfectos recovecos de su cuerpo. Depositó un suave beso en sus pezones masculinos, hecho que hizo que su miembro creciera más y gruñó placentemente. Después se alzó un poco y le besó en el cuello, justo debajo de la oreja mientras acariciaba su poderosa erección por encima de sus pantalones. Iba a explotar, aquella mujer lo estaba matando poco a poco.

La cogió de los brazos y la apartó dándole un beso duro mientras se deshacía de su sujetador y dejaba libres sus pechos. En cuanto las grandes y fuertes palmas tocaron sus montículos erectos estos se irguieron más. Ares la estrechó contra su pecho haciendo que estos se friccionaran con su duro torso y creara hormigueos de placer. Scarlett gimió en la boca de Ares abrazándolo por el cuello y metiendo sus dedos en su sedoso pelo ondulado húmedo.

—¡Joder, no puedo esperar para estar dentro de ti! Te he echado demasiado de menos y he ansiado tanto este momento... Me estas volviendo loco, agápi —le susurró en los labios.

—Aun no me has dicho qué significa. —Rio Scarlett sonrojada y excitada.

—Sí lo hice, pero no te enteraste. —Le dio un beso rápido en los labios mordiéndoselos suavemente.

—Eres cruel... —Hizo morritos y él rio.

—Significa “amor”. —La besó apasionadamente mientras su corazón se aceleraba por ello.

La tumbó dulcemente en la cama y se deshizo de sus pantalones y sus braguitas lentamente, acariciando cada rincón del delicioso cuerpo femenino. Scarlett sintió múltiples escalofríos de placer y más cuando Ares besó sus muslos y su vientre bajo. Su humedad creció, sentía un anhelo demasiado fuerte por ese dios. Sin poder controlarse se arqueó hacia él, estaba demasiado excitada, su sexo palpitaba por atención, necesitaba alivio.

—¡Dioses, no puedes ser más preciosa! —La besó después de contemplarla y avistar lo muy mojada que estaba para él.

—Ares...—gimió ella cuando él empezó a descender su boca hasta

detenerse en sus erguidos pechos.

Scarlett sintió como su húmedo y caliente aliento se fundía con sus pezones, azotados por su experta lengua y succionados por su decadente boca de Dios. Un fuerte torrente de calor la invadió enviando más humedad a su sexo, tuvo que moverse para conseguir algo de alivio presionándose contra la dura erección que se alzaba en sus pantalones; abrió más sus piernas en una clara invitación.

—Eso es, ábrete para mí. No sabes lo duro que me estas poniendo, Scar —susurró lamiendo por última vez un pezón.

—Ares, te necesito...

Él no se hizo de rogar mucho más y bajó sus labios al húmedo sexo. Primero besó sus preciosos muslos y luego la abrió más para contemplarla con admiración; estaba preciosa. Su cuerpo sonrojado, su pelo alborotado y su expresión de placer hacían que la deseara cada vez más. Acarició suavemente con un dedo toda su hendidura, empapándose de sus jugos y su erección se presionó más contra los pantalones, dolía.

Pero ver como Scarlett temblaba por su toque y se deshacía para él, valía la pena esperar. Necesitaba probarla, saborearla, y se llevó el dedo a la boca.

Scarlett sintió como su clítoris palpitó ante ese gesto del Dios. Después se acomodó entre sus piernas y hundió su lengua en su húmedo y caliente sexo. Scarlett se agarró a las sábanas, estaba totalmente perdida en el placer que le proporcionaba. Sintió como Ares introducía un dedo en su interior al tiempo que atormentaba su clítoris con su celestial lengua, provocando que la intensidad del orgasmo aumentara, después introdujo otro y acarició un punto que la hizo soltar un gritito. Él aceleró los movimientos con su boca y su lengua por todo su sexo, Scarlett sentía como abría sus pliegues para friccionar su lengua contra su clítoris duramente, eso la volvió loca de placer.

—Ohmmm, sí ¡Ares! —gimió mientras su respiración se aceleraba al mismo tiempo que su corazón y su cuerpo se convertía en un volcán a punto de estallar.

Pero cuando iba a correrse, él detuvo sus caricias. Scarlett no pudo reprimir una queja.

—Quiero que te corras conmigo dentro, Scar. —Se inclinó para darle un beso en la frente y se separó de ella.

Ares se deshizo de sus pantalones quedando completamente desnudo ante ella, su visión la impresionó y le dejó la boca seca. Era terriblemente

poderoso y seductor. Brillaba como el Dios que era y sus ojos dorados la miraban con deseo y amor, era fantásticamente irreal, pero allí estaba, amando a un Dios, al Dios de la guerra, Ares. Vio como se llevaba la mano a su gran y erecto miembro y se lo acarició lentamente, provocándola. Después se puso la protección.

—¿En el Olimpo también usáis condones para vuestros penes de oro?
—se mofó Scarlett.

—Búrlate lo que quieras, pero ahora vas a saber por qué somos Dioses.
—Le sonrió orgulloso y la besó dura y desesperadamente, necesitaba introducirse dentro de ella.

—Deja de presumir y penétrame ya. —Puso sus piernas alrededor de las caderas masculinas.

—A sus órdenes. —Rieron.

En cuanto Scarlett notó la punta del eje de Ares en su entrada, un escalofrío de placer la recorrió. En el momento en el que él empujó un poco más en su interior, el calor se expandió por su cuerpo y explotó en el centro de su sexo; gimió y se abrazó a su dura espalda. Sin querer lo arañó por las fuertes sensaciones que le provocaba. Ares se impulsó un poco más en su interior y Scarlett sintió como poco a poco su dureza la colmaba por entero, la sentía dura, grande y caliente. Como él.

La estaba llevando a un placer inconcebible para ella, y cuando comenzó a moverse, Scarlett pudo asegurar que vio las estrellas. Cerró los ojos y se aferró con fuerza a los antebrazos del Dios. Se sentía demasiado excitada y caliente, en llamas.

—Mírame agápi —le susurró en el oído después de haberle depositado un excitante beso en su cuello que la hizo estremecerse aún más.

Scarlett obedeció y sus miradas se encontraron. Ares no dejaba de mirarla con esos ojos dorados que la atraparon mientras la hacía suya, cada vez con más frenesí. Scarlett alzó una mano por su musculoso brazo, acarició su hombro y subió hasta su cuello, donde con una mano lo arrastró hasta que sus labios impactaron en un beso ardiente. Con una mano, Ares le acarició un pecho, masajeándolo y torturando con un su pulgar provocando en Scarlett pequeños gimoteos que se perdían en su boca. Después siguió descendiendo por sus costillas y deslizó su mano hasta las nalgas femeninas, las alzó hacia él consiguiendo que el contacto fuese más placentero y duro. Scarlett se arqueó y él sonrió en sus labios. Le encantaba tenerla así, jamás hubiera podido imaginar que pudiera ser tan perfecto estar en su interior, lo estaba

volviendo completamente loco. Gruñó de placer mordiéndole suavemente el labio inferior, después los abandonó para dejarle un reguero de besos por el cuello, su carne estaba de gallina y le hacía feliz saber que él era el causante. Sacó su miembro por completo y Scarlett emitió un ruidito adorable de protesta, y siendo capturado por sus preciosos ojos color miel, la volvió a penetrar duramente provocando un grito de placer de esa boca de pecado que tenía su preciosa agápi.

Scarlett no podía creerse todo lo que Ares la estaba haciendo sentir. En su vida no había hecho el amor con muchos hombres, pero sabía de lejos que estas reacciones y este desenfreno placentero solo podía conseguirlo Ares. Gritó su nombre mientras él aceleraba sus estocadas en su interior haciéndola sentir cada centímetro de su erección dentro de ella.

—Más, Ares... más rápido —gimió Scarlett perdida en el deleite.

—Eso es, siénteme dentro de ti. Me abrasa tu calor y me haces no querer salir de tu interior nunca más —gruñó por el placer.

Aceleró sus movimientos acompañados por las caderas de Scarlett, sintiendo como se unían cada vez más y como la humedad de su sexo se deslizaba por sus muslos. Creía que iba a morir de placer cuando la llevó hasta la mismísima cima del Olimpo.

Su cuerpo tembló por el deleite del orgasmo más demoledor que jamás había sentido, hacer el amor con un Dios era realmente increíble. Ares la sostuvo hasta el último momento, disminuyendo el ritmo de sus penetraciones, alargándole el orgasmo y diciéndole lo preciosa que estaba así, entregándose a él. Hasta que sus movimientos provocaron el orgasmo del Dios. Ambos gimieron en la boca del otro, sus lenguas se entrelazaban al igual que sus cuerpos; sintiéndose unidos, siendo uno.

—Te amo más que a mi vida, agápi —le susurró él todavía encima suyo y sin salir de su interior.

—Yo te amo y te adoro, eres mi Dios del sexo. —Rio y Ares le dedicó una sonrisa juguetona—. ¿Ahora tengo que hacerte una ofrenda o algo así?

—Pensé que la ofrenda eras tú, así que ahora eres mía de por vida. —Le depositó un suave beso en la frente, luego en la punta de la nariz. Cuando tenía esos gestos con ella se le aceleraba el corazón.

—Oh, no ¿Qué he hecho? —bromeó y se llevó las manos a la cara como si estuviera asustada de verdad.

—Lo siento, no leíste la letra pequeña.

—Creo que podré vivir con ello. —Sonrió alzando sus brazos y

enroscándolos en su cuello. Ares la besó en su dulce sonrisa.

—Pues tu Dios del sexo va hacer que disfrutes una vez más. —Le susurró en sus labios provocando un hormigueo en todo su cuerpo que la calentó aún más.

Seguidamente volvió a hacerle el amor, y al fin, el cansancio la atrapó. Ares se acostó junto a ella para abrazarla y sostenerla contra su pecho hasta que se durmiera. Nunca había conocido a nadie como Scarlett, porque sabía que no había otra igual, ella había hecho que su mundo se pusiera patas arriba, enseñándole como era él en realidad y como quería ser. Alguien mejor para ella.

Capítulo 38

Esa mañana Scarlett se despertó pletórica, estaba feliz de tener al hombre más alucinante que había conocido a su lado, bueno no era un hombre, era un Dios, pero eso no era por lo que lo amaba. Lo amaba por cómo era con ella, como había evolucionado su relación y por todo lo que la hacía sentir. Con Ares se sentía la mujer más especial y amada del mundo. Pero a pesar de todo lo que se querían había algo que continuaba separándolos, el hecho de que él era inmortal y ella ya no. Scarlett envejecería como una humana y él seguiría aparentando veintisiete años eternamente. Pero eso era algo secundario, aún tenían que derrotar a Zeus e impedir que no destruyera la humanidad.

—¿Ya estas despierta? —preguntó Ares. Ella sonrió y asintió sin querer despegar su cara del torso masculino. Se alzó casi poniéndose encima de él, de manera que pudo notar que Ares estaba duro, lo besó en el cuello soltó una risita.

A pesar de que los Dioses no necesitaban dormir, Ares se había quedado toda la noche con ella. Eso hizo que su corazón se acelerara y lo abrazó fuerte.

—Tengo miedo de que si me muevo mucho, este sueño se rompa — confesó Scarlett.

—No voy a ir a ningún sitio, agápi —le susurró Ares en el pelo dándole un beso.

Ella alzó el rostro y Ares atrapó sus rosados labios, estaba preciosa durmiendo desnuda y por culpa de ello se había pasado la mayor parte de la noche duro. Scarlett se posicionó encima de él, pero Ares fue más rápido y la detuvo para ponerse primero la protección, el semen de un Dios era tremendamente fértil. Después dejó que Scarlett jugara con él a su antojo. No iba a quejarse por ello.

—Anoche me di cuenta de que cuando te corres, brillas más —le susurró montada a horcajadas suyo, con su pene presionando su culo y sus manos acariciando sus pezones y sus abdominales.

Él la acariciaba desde sus muslos hasta su espalda y volvía a empezar. Le encantaba verla estremecerse por su contacto y como su piel se ponía de gallina por su contacto. Observarla así, encima suyo y completamente

desnuda, lo ponía tremendamente duro.

—¿A sí? —Ella movió el trasero y su erección palpó al notar sus jugos en su vientre, contuvo un gemido. Que estuviera tan mojada por él sin apenas haberla tocado le encantaba.

—Sí, es fascinante. —Rio—. Eres como un gusy luz.

—Un gusy ¿Qué?

—Un gusy luz, es un muñeco de peluche que cuando lo aprietas hace luz. —Rio—. Cuando era pequeña tenía uno.

—Ah, muchas gracias, ahora te burlas de mí, muy bonito —ironizó.

—Pero tú eres más sexy. —Sonrió inclinándose hacia su boca para fundirse en un arduo beso cargado de fogosidad.

Ares no pudo aguantar más y la alzó por las caderas y la bajó lentamente penetrándola con su muy erecto miembro, Scarlett gimió en su boca y comenzó a moverse deliciosamente. Sintiendo como la llenaba por completo y como conseguía provocarle infinidad de cosquilleos de delicia que la volvían loca. Se despegó de su boca para besarle el cuello, creando más humedad en el sexo de Scarlett, después bajó a sus pechos, donde succionó y lamió los dulces pezones erectos, consiguiendo que Scarlett soltara pequeños gemidos de puro goce.

—Dioses, estas perfecta encima de mí. ¡Joder, vas a conseguir que me muera de placer, Scarlett! —gruñó.

Aumentó las estocadas a la misma vez que ella aumentó el movimiento de sus caderas, haciendo que ambos sucumbieran al placer que se provocaban mutuamente.

—¡¡¡Ares!!! —gritó su nombre apretando sus manos en sus pectorales cuando llegó al más alto de los placeres.

Después se tumbó sobre su firme torso mientras él la abrazaba y le acariciaba el pelo con amor mientras sentían sus sexos, aun en contacto, palpitar por el inminente orgasmo.

—No voy a poder salir de ti jamás —susurró Ares.

—Y yo no quiero que lo hagas. —Notó como su miembro se ponía erecto una vez más y eso encendió a Scarlett otra vez.

Así que hicieron el amor una vez más, esta vez lento y apasionado, marcándose el uno al otro.

Después de una ducha larga y placentera, ambos bajaron a desayunar y a reunirse con el resto; aún tenían muchos asuntos que tratar. Ares le había dicho que se ocuparía de entrenar a Kholton para que pudiera enfrentarse a Zeus, ya que el Dios no dejaría de usar sus poderes y tenía que saber cómo esquivar los posibles ataques con la espada. Scarlett sabía que, tanto Ares como a Kholton, no les hacía mucha gracia entrenar juntos, pero si de algo estaba segura era que Ares era el mejor en la lucha y que lo entrenaría bien.

Cuando entraron en la cocina, Scarlett cogió algo para desayunar y luego se dirigieron al salón. Allí ya se encontraba Kholton, Dafne y Scott desayunando en la gran mesa de madera que había a un lado de la enorme sala. Eran las nueve de la mañana, pero todos estaban demasiado preocupados por los acontecimientos y los destrozos ocasionados por los Dioses, por eso últimamente nadie podía estar tranquilo.

—¿Qué tal parejita? —Dafne fue la primera en hablar y en sonreírles como si supiera de primera mano qué habían estado haciendo durante la noche y parte de la mañana.

Scarlett miró a Kholton, le preocupaba que se sintiera traicionado, aunque desde un primer momento ella le dejó claro que amaba a Ares. Aun así le daba pena, pues sabía qué sentía Kholton por ella, y esperaba que la vuelta de Ares no cambiara su relación de amistad. Era muy guapo, un chico listo e inteligente y muy gracioso, se merecía todo el amor del mundo y ella no podía dárselo como él quería. Esperaba que alguien fuera capaz de ver más allá de su fachada de chulito y él lograra mostrarse como lo había hecho con ella, para poder ser feliz.

—Buenos días —dijo el castaño con mala cara cuando vio la mano de Ares en su cintura. Estaba claro que habían pasado la noche juntos.

—Buenos días —contestó Scarlett sonrojada.

—Buenas —dijo Scott sin más bebiendo su café.

—Kholton, en cinco minutos en el gimnasio. Scott puedes unirme si quieres —dijo Ares, y este asintió. Después Ares besó a Scarlett con un beso apasionado y posesivo, y se fue.

Scarlett fue hacia la mesa y se sentó al lado de Kholton. Dafne la miró pícaro, esperaba que no se le ocurriera preguntar nada delante de Kholton...

—¿Qué? ¿Cómo es la cama? —Rio Dafne. «Lo sabía ¡Joder!», conocía a su amiga como si la hubiera parido.

—¿En serio? —se quejó Scott.

—¡Dafne! —Le reprochó con la mirada. Su cara adquirió un tono rojizo.

Ella miró de reojo a Kholton, claramente no iba a responder delante de ellos dos.

—¿Qué? Somos tus amigos... —Se encogió de hombros.

Y entonces Kholton se levantó bruscamente de la mesa, cogió su plato y su taza del desayuno y se dirigió hacia la puerta sin decir nada. Scarlett se sintió fatal.

—Ups, he metido la pata —se avergonzó Dafne—. Ahora me siento mal, pero no sabía que lo vuestro... había ido a algo importante.

Scarlett no supo qué contestarle a su amiga. Para ella Kholton era alguien muy importante, le gustaba pero no lo amaba y lo quería como amigo, pero en su viaje habían compartido algunos momentos que... De no haber vuelto Ares, estaba convencida de que hubiera acabado saliendo con él. Seguramente Dafne había pensado que Kholton solo flirteaba con ella en broma, que había atracción pero que no habían llegado a nada.

—Iré a hablar con él. —Se levantó y fue a buscarlo a la cocina.

—Kholton —lo llamó cuando entró, como todas las estancias de la casa parecía sacada de una revista.

—Déjame, lo superaré —dijo sin mirarla mientras dejaba los platos en el fregadero.

—Lo siento mucho, pero yo...

—No te disculpes más. —Ella se acercó y lo abrazó por la espalda.

—Tú me importas mucho, eres mi amigo. —Él rio sin emoción.

—Yo no quiero ser tu amigo, Scarlett.

—Lo siento... —Era lo único que se le ocurría que podía decir.

—Odio que te disculpes por no quererme —musitó acariciándole las manos que se apretaban en su musculoso vientre.

—Sí, te quiero.

—Pero no me amas. —Le separó sus manos y se marchó dejándola con un dolor en el pecho y con lágrimas a punto de salir de sus ojos. Le dolía hacerle daño.

Nunca se había sentido tan miserable en su vida, sabía que no había hecho nada malo, desde el principio le había dejado claro cuáles eran sus sentimientos. Además él tenía una imagen idealizada de ella, estaba segura que en cuanto conociera a la persona ideal para él, se daría cuenta que la atracción que sentían el uno por el otro no podía ir más allá de la amistad.

Cuando volvió al comedor con Scott y Dafne la miraron interrogativos.

—Lo siento, pensé que no había ido a nada más lo vuestro —se disculpó

de nuevo Dafne.

—No pasa nada, solo somos amigos. —Se limitó a decir.

Conforme iban pasando los días, las catástrofes ocasionadas por los Dioses eran mayores. Apolo y Artemis les habían informado que había algunos Dioses y semidioses ayudando a las personas afectadas, intentaban ayudar todo lo que les era posible, pero Zeus había sabido mover muy bien sus cartas y tenía demasiados aliados, necesitaban acabar con esto antes de que fuera demasiado tarde.

La noche anterior, Artemis les había dicho que había que usar la espada una noche en concreto, pues ella estaba ligada a la Luna y así lo sentía, pero que no tenía más información. Kholton dijo que se sentía preparado para ir a buscar a Zeus y acabar con esto, no soportaba ver como gente inocente moría mientras ellos estaban allí escondidos. Scarlett pensaba igual, se sentía completamente inútil allí encerrada, ella y todos los que habitaban en esa casa se sentían igual. Eso se tenía que acabar ya, pero por otro lado también estaba preocupada por Kholton, no quería que le pasara nada, y enfrentarse a Zeus, el gran Dios del Olimpo, no era ninguna tontería; pero era decisión suya y ella no podía intervenir, no podía hacer más que apoyarlo.

Esta tarde se reunirían de nuevo para llevar a cabo el plan que pondrían en marcha, Apolo y Artemis estaban tirando de informadores para saber cuál sería el próximo movimiento de Zeus y, Ares, Kholton y Scott pasaban la mayor parte del tiempo entrenando en el gimnasio mientras Dafne y ella buscaban información en la gran biblioteca sobre la Espada mata Dioses. Averiguaron que el portador de la espada tenía que ser honesto, con buena intención, pues quien quitaba la vida al Dios, adquiría sus poderes y la espada determinaba si esa alma tenía buenas intenciones o no y si era digna de ser quien suplantara al Dios, sino moriría. Unos días después encontraron en uno de los papiros antiguos que hablaban sobre el arma capaz de matar a un dios, que la noche en la que debían usarla para que hiciera efecto, era la noche en la que se celebraba una gran fiesta en honor a Cronos y Rea, padres de Zeus, la cual tendría lugar dentro de tres días.

Tendrían que colarse de alguna forma en el banquete que ofrecía Zeus y aislarlo para que Kholton pudiera matarlo. Eso sí lograban que no los pillaran in fraganti colándose en el Olimpo, también debían conseguir aislar a Zeus,

quien estaría acompañado de toda su comitiva. La sola idea de que Kholton podía morir intentando salvar a la humanidad, la aterraba, no quería pensar en ello. Scarlett tenía plena confianza en él y sabía que lo lograría. O eso esperaba por el bien de todos.

—Yo tengo que ir, soy el Escudo —dijo Scarlett, no pensaba dejar a su amigo tirado cuando él la había acompañado al Inframundo.

—¡Ni hablar! —dijeron Kholton y Ares.

—¿Otra vez? Voy a hacer lo que quiera, además Kholton me necesita, yo puedo ocultar nuestra presencia a los Dioses.

—Pues yo también voy, necesitaréis protección —dijo Ares aceptando que no podría convencer a Scarlett de lo contrario—. Además Zeus no sabe que he vuelto, quiero darle una sorpresa. —Sonrió malvadamente.

—Yo estaré por allí —dijo Artemis.

—Yo me quedaré en la tierra a ayudar a Escolapio con los heridos —informó Apolo. Aunque no sabía por qué pero Scarlett sospechaba que Dafne tenía algo que ver en esa decisión de Apolo—. Pero si necesitáis cualquier cosa, lo sabré y acudiré.

—Nosotros vamos contigo, hemos estado pensando y aquí no hacemos nada, queremos ser útiles, al menos déjanos ayudar a la gente que lo necesita. —Dafne estaba decidida dijera lo que dijese Apolo. Y Scott asintió a lo que ella había expuesto.

—Está bien, pequeña Ninfa. Pero si yo digo saltar, los dos saltáis. ¿Queda claro? No quiero más heridos por esta mierda de guerra.

—Sí, gracias. —Le sonrió Dafne sonrojada.

El plan era que al final de la fiesta, cuando todo el mundo estuviera borracho y distraído llamarían la atención de Zeus, en una sala, donde Kholton lo retaría a un duelo. El castaño así lo había querido, no quería ser un miserable y asesinarlo por la espada, quería hacerlo cara a cara, para sentir que era algo justo, aunque esa alimaña no se merecía nada de eso. Kholton no quería tener ventaja y eso lo honraba. Él era diez mil veces mejor que ese Dios egoísta y asesino, había matado a sus padres y a su madre, junto a un montón de personas inocentes, se merecía la peor de las muertes y aun así le darían la oportunidad de defenderse, solo esperaba que las razones de Kholton fueran suficiente para la espada y que Zeus no consiguiera salirse

con la suya.

Capítulo 35

Lo tenían todo preparado, sabían dónde estaba la entrada al Olimpo y como llegar hasta el templo de Zeus sin ser vistos por nadie ni sentidos. Ambos, tanto Ares como Kholton, no podían separarse de Scarlett, ya habían hecho el intento con Apolo y funcionaba, siempre que estuvieran cerca, Scarlett podía ampliar su escudo a ellos dos. Esperaban que saliera bien. En ese preciso momento Ares, Kholton y ella se dirigían a la entrada del Olimpo más cercana, que estaba a un par de horas de la casa, en una cueva de un bosque. Artemis ya estaba en el Olimpo y Ares podría aparecer sin hacer ningún viaje, pero no quería dejar sola a Scarlett con Kholton y además, en el preciso momento en el que pisara el Olimpo, Zeus lo sabría, así que esta era la vía más segura.

Antes de que Kholton matara a Zeus, Scarlett quería saber qué había ocurrido con su padre, quien era y donde estaba, era importante para ella y era otra de las razones por las que quería acompañar a Kholton. Aunque no sabría si tendría ocasión de averiguarlo. El ambiente en el coche estaba tenso, cada uno estaba metido en sus propios pensamientos porque nadie sabía cómo iba a acabar todo aquello, si podrían salvar a la humanidad, y si así era ¿qué pasaría después? ¿Kholton sería el nuevo Zeus y todos vivirían felices por siempre jamás? No lo creía. Así que realmente era una incógnita lo que iba a pasar, solo esperaba seguir viva después de esa noche, tanto ella como Kholton, Ares y el resto de sus amigos.

Kholton iba conduciendo, se le notaba tenso y Ares a su lado no presentaba mejor aspecto. Eso tenía que acabar ya por el bien de muchas personas inocentes. Scarlett estaba buscando un tema de conversación para aliviar la tensión que se respiraba, pero no sabía qué decir.

—¡Joder! —exclamó Kholton de repente.

Scarlett dejó de retorcerse las manos nerviosamente y miró por la ventanilla para ver un paisaje terrorífico. El pueblo por el que estaban pasando estaba destruido completamente, había grietas enormes en el suelo, coches en el borde y seguramente un montón abajo... casas quemadas, calles enteras destrozadas... era desolador. Mucha gente estaba muriendo, no era justo.

—Esto tiene que acabar ya —musitó cabreado Kholton acelerando y desviándose por un camino de piedras entrando en el bosque.

—Es desgarrador... —susurró Scarlett.

—Lo siento mucho —dijo Ares sorprendido a los dos.

—No es tu culpa. —Puso su mano en el hombro del Dios.

—Sí que lo es, indirectamente, pero lo es y en otros tiempos..., yo había provocado cosas peores así que... Lo siento.

—Has cambiado, estas luchando por nosotros, te sacrificaste por mí y eso jamás lo olvidaré. —Lo animó ella. Él rio sin emoción y le cogió de la mano.

—Eso no es suficiente para compensar lo que hice.

—El pasado hay que dejarlo atrás. —Ella apretó su mano.

—¿Qué haría yo sin ti? No sé qué mierda he hecho para merecerte.

—Aprender a ser tú y no el Dios de la guerra que todos quieren que seas. —Le sonrió Scarlett por el retrovisor.

Kholton carraspeó y Scarlett se sintió mal por él, una cosa era amar a Ares y que él lo supiera, y otra cosa muy diferente era restregárselo por la cara.

—No quiero interrumpir este momento tan bonito entre dos personas que se aman y lo proclaman a los cuatro vientos pero... A partir de ahora tendremos que seguir a pie por la montaña. —Estaba molesto y ella lo entendió, gracias a los Dioses que Ares no hizo ningún comentario al respecto.

Kholton aparcó donde el terreno parecía más plano y bajaron. Estaba completamente oscuro, allí no había ningún tipo de iluminación, y la poca que había provenía de la luna y de un incendio a gran escala que se intuía en el horizonte. Por suerte venían preparados y cogieron un par de linternas para iluminar el camino. A partir de ahí tendrían que seguir un mapa que les había dibujado Apolo, quien había estado averiguando las posibles entradas al Olimpo. Los Dioses no necesitaban esas entradas para ir allí, simplemente aparecían donde querían. En cuanto estuvieran cerca, Scarlett la sentiría.

Caminaron un buen rato en silencio, Scarlett estaba tan preocupada por la misión que no reparó en la negrura que los envolvía. Poco a poco la oscuridad total dejaba de darle tanto miedo, lo estaba superando. Pero aun así Ares la cogió de la mano al ver que temblaba.

—Ya podrían buscar entradas al otro lado que no estuvieran tan escondidas ni por estos lares —bromeó Scarlett nerviosamente intentando

aliviar la tensión y establecer un tema de conversación.

—Si no fuera así sería muy fácil encontrarlos, y eso no lo quieren los Dioses, ¿no Ares? Les gusta jugar con las personas sin que los humanos sepan de su existencia ni que están más cerca de lo que piensan —dijo Kholton con retintín.

—Estoy intentando portarme bien contigo, así que no me presiones porque me vas a encontrar —lo advirtió Ares.

—Chicos... —se quejó Scarlett.

Llegaron a un río por el que tenían que cruzar, menos mal que el verano estaba a la vuelta de la esquina y cada vez hacía menos frío, aun así no apetecía nada mojarse y menos caerse en la fría agua. El primero en pasarlo fue Kholton, saltando de piedra en piedra, las distancias eran bastante grandes y las piedras muy resbaladizas, pero él lo hizo con rapidez y maestría. Ares insistió en que la cogería en brazos, pero Scarlett se negó así que obligó a Ares a ir delante. Al menos consiguió que Scarlett le diera la mano.

—¿Sabes que si no fueras tan cabezota podrías llevarte al otro lado de la orilla en un abrir y cerrar de ojos? —le dijo Ares.

—Así le quitarías toda la gracia que tiene la vida. ¿Qué sería de la vida si nos evitáramos sentir miedo, o el ponernos retos o no evitáramos vivir situaciones límite? Sería muy aburrido y no aprenderíamos nada —le contestó Scarlett con una sonrisa.

—Pero me evitarías tener que preocuparme por mi novia suicida. —Tiró de ella y Scarlett resbaló de la piedra en la que se encontraba para acabar en los brazos de Ares.

—¿Soy tu novia? ¿Los Dioses tenéis de eso? —Sonrió como una tonta mientras él la sostenía por las caderas contra su fornido cuerpo.

—No, no tenemos de eso, pero me encanta llamártelo, eres la primera. Aunque creo que esa palabra se queda corta para describir lo nuestro —Scarlett sonrió aún más y se alzó para besarlo en medio del río, sobre una piedra con la luna iluminándolos.

—¡No pienso ser el aguantavelas! ¡Daros prisa! —gritó Kholton desde el otro lado comenzando a caminar.

—¡Ya vamos!—gruñó Ares.

Cogió a Scarlett en volandas y comenzó a correr, tan rápido que ni Scarlett se dio cuenta de que en un segundo estaban al lado de Kholton, quien casi se cae del susto. Ares sonreía malvadamente y Scarlett intentó recomponerse de haber sido testigo en primera persona de la súper velocidad

que poseía Ares.

—¿A que no ha sido tan malo? —Le sonrió su Dios.

—No, un poco más y me trago como cien bichos mientras me da un ataque al corazón, pero no ha estado tan mal —dijo irónica. Ares la besó fugazmente en los labios y le sonrió.

Luego la dejó en el suelo y comenzó a caminar de nuevo tirando de la mano de Scarlett. El castaño los siguió de cerca con mala cara.

Kholton cada vez estaba más cabreado consigo mismo, por sentir esos celos que lo atravesaban por dentro y le herían el corazón. Desde un principio sabía qué sentía Scarlett por Ares y que no iba a renunciar a él, se alegraba por ella, de verdad, pero en el fondo de su corazón deseaba que Ares nunca hubiera regresado a su lado. Sabía que eso era mezquino, pero ver como la tocaba, la besaba, saber que hacían el amor... lo torturaba. Había visto en la cara de Scarlett la pena que sentía por él y eso lo enfurecía más, incluso Ares se contenía con él, por eso lo picaba, no quería que sintiera pena del pobre idiota que estaba enamorado de su novia. Scarlett siempre había representado para él algo inalcanzable, la chica de sus sueños, la chica que iba conseguir que por una vez por todas pudiera ser feliz, no volver a sentirse solo..., pero la realidad era que ella no sentía nada por él a parte de amistad.

No la culpaba, nadie quería estar con él, eso lo sabía desde hacía mucho tiempo, por eso había aceptado sacrificar su nefasta vida, que más que un sacrificio era una bendición. Así podría comenzar una nueva vida sin tener que huir más, escondiéndose como si fuera un vil asesino. De esa forma conseguiría estar en paz con sus padres, eso si no moría en el intento. No le preocupaba, la muerte no le daba miedo y estaba seguro que nadie lo echaría de menos. Miró de reojo a Scarlett, ella nunca sentiría por él lo que había sentido por la muerte de Ares, y él lo prefería así, no quería que sufriera más.

De repente el cielo ennegreció y estallaron unos cuantos relámpagos, Kholton se puso al lado de Scarlett y Ares; los tres miraron al cielo iluminarse por los rayos.

—Sabe que vamos a por él —anunció Ares—. Según el mapa, la cueva está en aquella montaña de allí. —Señaló a un pedrusco que tenía como tres grandes rocas encima y la del centro parecía un águila sobre una nube.

—Muy sutil —musitó Kholton.

Comenzó a llover y los rayos parecían acercarse cada vez más, corrieron hasta la cueva y justo cuando iban a entrar, dos rayos cayeron justo en sus narices. Ares puso a Scarlett detrás de él y de Kholton. Ambos hicieron un

muro de músculos para protegerla. Aquello no pintaba bien, entre las luces una figura gigantesca y monstruosa estaba tomando forma. Zeus enviaba compañía.

—¡Maldita sea! —maldijo Ares.

—Oh, joder...—susurró Kholton.

Scarlett no podía ver nada entre aquellos dos hombres tan altos y musculosos, pero una sombra monstruosa se alzó por encima de ellos..., eso no era nada bueno.

—¿Pero estos monstruos no se supone que ya los habían matado los héroes primigenios?

—Sí, pero al cabo de algunos milenios vuelven a aparecer —explicó Ares.

—¿Qué es? —preguntó Scarlett asustada y sin poder moverse.

—La hidra, una especie de serpiente con doce cabezas, si le cortas una, le salen dos más —reveló Kholton.

Y cuando la luz desapareció el bicho monstruoso que apareció ante ellos emitió un grito ensordecedor y temible. Su corazón iba a mil por hora, era incluso más temible que aquella mujer serpiente que la había atacado a ella y a su madre, o las Quimeras o Esfinges que había visto en el Inframundo. Este monstruo era enorme y con un montón de cabezas que se alzaban como cuellilargos, parecía una especie de dinosaurio pero con un porrón de cabezas de serpiente gigantes con ojos brillantes como la sangre. Kholton empuñó la espada al igual que Ares hacía aparecer una especie de arma gigantesca dorada. Un extremo acababa en lanza y en la otra era una espada increíblemente grande y preciosa, estaba muy afilada. En ese preciso momento la hidra se fijó en ellos, con sus ojos de serpiente brillantes y les lanzó saliva.

—¡Cuidado! —gritó Ares cogiendo a Scarlett y desviándola del ataque. Allí donde cayó la saliva, el suelo empezó a burbujear, era ácido.

—¡Oh, joder! —Estaba sorprendida y asustada al mismo tiempo, su corazón estaba acelerado por el miedo y sintió el estómago revuelto.

Ares la dejó en lo alto de la montaña mientras Kholton distraía al monstruo, esquivándolo de aquí para allá sin que el ácido que lanzaba le diera y evitando que le clavara esos dientes afilados.

—Quédate aquí, en serio, Scarlett —le dijo penetrándola con su mirada dorada.

—Tener cuidado, por favor. —Él sonrió arrogante y luego la besó.

—No te muevas. —Y se lanzó contra el monstruo evitando que este pegara un mordisco mortal a Kholton.

Scarlett tenía el corazón en un puño observando como dos de las personas más importantes de su vida luchaban otra vez por ella, mientras ella no podía ayudar... se sentía inútil. Kholton y Ares se miraron un segundo y empezaron a correr y saltar de un lado para el otro, mareando a la hidra y haciendo que sus cabezas largas se hicieran un nudo, pero una de ellas estaba lo suficientemente cerca de Kholton para lanzarle ácido.

—¡No! ¡Kholton! —gritó nerviosa.

Él lo esquivó por los pelos, su brazo izquierdo quedó un poco dañado por el ácido. Ares intentó atravesarlo con su lanza, pero el bicho atrapó a Kholton con la cola y Ares la cortó. El monstruo se revotó y dos de las cabezas que aún le quedaban libres se lanzaron contra él. Ares tuvo que soltar la espada y con cada una de las manos tuvo que detener a una de las bocas, era muy fuerte, su cuerpo brilló con más intensidad mientras hacía toda la fuerza que era capaz.

—No... ¡Mierda, tengo que hacer algo! —pensó en voz alta Scarlett. ¿Pero qué iba hacer? ¿Qué podía hacer?

Su corazón latía por el pánico, Kholton había quedado atrapado bajo la cola del monstruo, y Ares estaba a punto de ser devorado por una de las dos cabezas. No iba a permitir que nadie más muriese por ella. Sin pensárselo más tiempo se puso en pie y sintió toda su energía, transportando parte de ella a su mano para crear una bola de energía lo suficientemente fuerte para llamar la atención del monstruo y que no la dejara sin vida. Sintió la energía recorrer su cuerpo y no supo cómo, se hizo con el control y lanzó la bola justo a las dos cabezas que amenazaban a Ares, y estas explotaron.

—¡Sí, chúpate esa monstruo de mierda! —gritó feliz.

Ares cogió su espada en el momento en el que Kholton conseguía deshacerse de la cola del monstruo, la cual pesaría más de una tonelada. Ares corrió hasta Scarlett, llegando unas milésimas de segundo antes de que el monstruo atentara contra ella.

—Gracias —dijo Scarlett cogiéndose a Ares quien la llevaba detrás de unos árboles rápidamente.

—Gracia a ti, creo que esas cabezas no salen más.

—La energía es fuego, con el fuego no salen más cabezas, ¿no? O eso creo que aprendí de la película de dibujos animados de Hércules. —Rio y Ares le dio un beso en la frente.

—No sé de qué me hablas. Pero, ¿te ves capaz de usar más energía sin morir?

—Sí, creo que ya sé cómo funciona. —Sonrió.

—Esta es mi chica. Cuando te dé la señal apunta al centro. —Y se fue rápidamente junto a Kholton.

¿La señal? ¿Qué señal? ¿Y cómo lo sabría? No podía fallar pues sabía que solo podía lanzar un tiro más y su puntería no era muy buena, lo de antes había sido pura casualidad. Pero no era momento para achantarse, lo haría lo mejor que pudiera, de ella dependía que salieran vivos de allí.

Capítulo 40

Quedaban diez cabezas y la hidra parecía más lenta y desorientada, así que Kholton y Ares empezaron a liar más los cuellos del monstruo mientras Scarlett los observaba escondida detrás de los árboles donde Ares la había dejado. Su corazón iba acelerado a más no poder y los nervios la comían por dentro, pero estaba preparada para recibir la señal de Ares. Cuando él y Kholton dejaron al monstruo exhausto y con las cabezas bien liadas, Ares la miró y gritó:

—¡Ahora!

Entonces cerró los ojos y comenzó a canalizar su energía hacia su palma derecha una vez más, sintiendo su energía y dividiendo la que necesitaba para vivir de la que podía usar para derrotar a la bestia. Sabía exactamente a donde tenía que apuntar, al lugar donde los cuellos se juntaban, esperaba tener la suficiente puntería. Pero no, falló y en vez de darle al punto de unión de las cabezas le dio al cuerpo, en el centro del enorme monstruo, el cual su bola de energía atravesó destruyendo unos metros de bosque que había detrás.

Cuando la bestia cayó al suelo muerta, Scarlett también lo hizo, aterrizando de rodillas en el suelo casi exhausta. Ares y Kholton se acercaron a ella corriendo. El primero en llegar fue Ares quien se arrodilló a su lado y la sostuvo antes de que no pudiera mantenerse por sí sola.

—Agápi, ¿estas bien? Dioses, lo has hecho genial. —La animó Ares cuando ella asintió con la cabeza apoyándose en su pecho.

—He... fallado, quería darle donde se unían las cabezas. —Rio cansadamente.

—Ha sido brutal, Scar —le dijo Kholton cogiéndole una mano y arrodillándose ante ella. Le besó la mano—. ¿Estás bien?

—Sí, es solo... un poquito de cansancio, en unos segundos estaré como nueva. —Les sonrió a ambos con sonrisa cansada para no preocuparlos.

Allí entre ellos dos sentía como deseaban que ella estuviera bien, como querían protegerla. Kholton la tocó en el pecho ante la atenta mirada de Ares quien estaba a punto de pegarle cuando vio una luz morada brotar de la palma del castaño. La piedra del collar se iluminó y se elevó hacia Kholton a la vez que veía una luz verde salir de la muñeca del castaño. ¿Qué coño pasaba allí?

¿Qué se había perdido?

Scarlett sintió una fuerte descarga que la atravesó y gimió. Kholton le estaba pasando parte de su energía e inmediatamente la herida que tenía en el brazo, ocasionada por el veneno de la hidra, también se curó.

Ares miraba atónito la escena, Scarlett parecía recuperar parte de energía. Hasta que el collar cayó otra vez en el cuello de Scarlett y volvió todo a la normalidad. Se sentían completamente renovados, no estaban cansados ni les dolía nada.

—¿Qué mierda ha pasado? —preguntó el Dios de la guerra.

—Soy su guardián, de pequeños nos unieron, podemos actuar como protector del otro —explicó Kholton.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

—Yo desde siempre, pero hasta que no fuimos al Inframundo y Scarlett se hirió, no lo pusimos en práctica. —Se sonrieron cómplices, eso molestó a Ares.

—Es fascinante, me siento totalmente recuperada y a ti se te ha curado la herida del brazo también —dijo alucinada Scarlett. Aun no podía creerse que entre ellos dos hubiera esa unión tan poderosa—. Gracias. —Scarlett lo besó en la mejilla.

—No me las des —dijo serio Kholton.

—Pues pongámonos en marcha antes de que Zeus se dé cuenta de que hemos matado a su juguetito. —Ares miró hacia la entrada de la cueva que los llevaría directos al Olimpo. Que Zeus los estuviera esperando lo ponía en alerta, no sería tan fácil el cogerlo desprevenido.

Los tres se dirigieron hacia la cueva mientras Scarlett veía como Ares no dejaba de darle vueltas a algo. Seguramente estaría preocupado porque Zeus supiera que iban a ir y quizá les estaba esperando con alguna trampa, y él como buen estratega de la guerra que era, estaba urdiendo un plan B. Pero aunque el Dios supremo supiera que Ares había vuelto, posiblemente esperaba que fuera él quien fuera el encargado de derribarlo con la ayuda de Scarlett y, que no contaba con que hubieran conseguido la Espada mata Dioses. Y menos aún sabría que sería Kholton quien le quitaría su inmortalidad y sus poderes, ocupando así su lugar en el Olimpo. Por lo que seguían teniendo una cierta ventaja si no estaba enterado de lo de la Espada mata Dioses, y solo lo sabían ellos siete, Hades y Perséfone.

Cuando entraron en la cueva una energía parecida a la que sintió cuando entró en el Inframundo la inundó, pero esta era una energía más poderosa, no

sabía cómo explicarlo, eran diferentes. Ambos cogieron a Scarlett de la mano y tanto Ares como Kholton se miraron con mala cara. Apreciaba su gesto, pues por bien o por mal ambos sabían de su fobia a la oscuridad, pero no quería que se pelearan, así que soltó a ambos y fue en busca del portal en la oscuridad. No obstante no era absoluta, pues Ares brillaba un poco y las linternas ayudaban. Los dos la siguieron muy de cerca, pero nadie comentó nada. Sentía su corazón palpar en su pecho, tenía miedo pero se centró en encontrar el portal. Así que se paró, cerró los ojos e inspiró profundamente para poder calmarse. Y entonces lo sintió, sorteó algunas piedras y rocas hasta llegar a una montaña de rocas recubiertas de musgo y agua goteando desde el techo, y detrás, se encontraba el portal. Cuando se acercó empezó a brillar y Ares y Kholton se pusieron tras ella.

—Scarlett —la llamó Ares y ella se giró hacia él, vio el amor que le profesaba en sus magníficos ojos dorados y se sintió la mujer más dichosa del mundo—. Estoy muy orgulloso de ti y pase lo que pase hoy quiero que sepas que te amo con locura y que solo quiero tu felicidad. —La acarició en la mejilla.

—Yo también te amo y no lo digas como si fuera una despedida, por favor, no vuelvas a hacerme lo mismo. —Cogió su mano que estaba posada en su mejilla sintiendo ese cosquilleo que solo Ares conseguía.

—No es una despedida, esta vez no.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —La acercó a sus labios y la besó apasionadamente. Kholton carraspeó harto de sentirse el aguantavelas.

—¿Nos vamos ya? —dijo mirando hacia otro lado. Ares le dio un último beso rápido a Scarlett y sonrió.

—Kholton —lo llamó Scarlett cogiéndole de una mano—. Sabes lo que siento por Ares, desde el principio te lo he dicho, pero eso no quita que te hayas convertido en una de las personas más importantes para mí, me has apoyado y hecho reír en los momentos más difíciles de mi vida y eso nunca lo voy a olvidar. Te quiero y ojalá encuentres a la persona que te merezca, porque vales oro. —Lo abrazó y le besó la mejilla.

—Gracias, tú también eres muy importante para mí, ya lo sabes —le susurró aceptando que jamás conseguiría el corazón de Scarlett y que por ella podría apartar sus sentimientos románticos y centrarse en su amistad.

Ares los miraba con atención, no dijo nada porque simplemente sabía que el corazón de Scarlett le pertenecía y que Kholton, aunque sintiera algo

por ella, era un buen tío, y se merecía ser feliz. Después de todo había cuidado de Scarlett cuando él no estaba y la había ayudado a superar los momentos difíciles a los que ella se estaba enfrentando en ese momento, y se lo agradecería eternamente. Confiaba en Scarlett y sabía que cuando Kholton dejara de ir tras ella, podrían llegar a ser buenos amigos. ¿Pero que le pasaba? ¿Él hablando de amigos? Aquello era una locura, unos meses atrás le llegan a decir que iba a ayudar a la humanidad a luchar contra Zeus, que se iba a enamorar de una humana y que estaría dispuesto a lo que fuera por ella, se hubiera carcajeado hasta morir de la risa, pero allí estaba, a punto de matar a Zeus y de cambiar el curso de la historia junto al amor de su vida. Su agápi, bueno y Kholton.

Scarlett se separó de Kholton y cogió una mano a cada uno.

—Sé que lo que vamos a vivir ahora, salga bien o mal, nos unirá para siempre, a los tres. Así que, vamos a hacer historia. —Les sonrió y tiró de ellos hacia el portal.

Entraron en una luz que los cegó unos momentos, menos a Ares quien se puso delante de Scarlett por si Zeus les tenía algo preparado. Salieron por lo que parecía una corteza de un árbol gigante que estaba en el centro de una especie de campo abierto con flores extrañas y brillantes, como las que había en el río Leteo. La hierba era de un color verde extraordinario. El cielo estaba despejado pero tenía un tono violeta brillante, como si tuviera purpurina. Desde luego era muy diferente al Inframundo, se respiraba un ambiente cálido y hermoso.

—Vaya, es súper bonito...—Se quedó maravillada Scarlett mirando el cielo—. Pero qué raro...—musitó—. Esperaba que nos estuvieran esperando una legión de Dioses y monstruos terroríficos para atacarnos. Si sabía la entrada que usaríamos, también debería saber dónde aparecemos, ¿no?

—No exactamente, no siempre se aparece en el mismo lugar —explicó Ares—. Pero igualmente sigue siendo raro que no haya cubierto todas las posibles entradas.

—Eso es que está muy seguro de sí mismo —contestó Kholton mirando a todos lados—. Igualmente no hay que fiarse.

—Desde luego que no, seguro que tiene un as en la manga. —Ares también intentó ver alguna cosa, pero nada, aquello estaba muy tranquilo.

Scarlett estaba usando el escudo y tenía cogidos de la mano a ambos, por lo que en teoría no los podrían sentir.

—Será mejor que nos movamos, aquí somos un blanco fácil —informó

Ares.

—Pues te seguimos.

—Sí, pero antes... —dijo Ares mirado inquisitivamente la mano de Scarlett sostenida por la de Kholton, y luego alzó los ojos a los de este—. Suéltala.

Kholton soltó una risotada y Scarlett lo miró entre molesta y divertida.

—Eres de lo que no hay. —Scarlett se alzó y le dio un tierno beso en los labios.

Ares los guio rápidamente a unas ruinas que había a unos pocos kilómetros, parecían ruinas de un antiguo castillo medieval, algo que no se esperaba Scarlett. Pero aun así, seguía siendo todo precioso. Por el camino Ares les contó que el violeta era signo de que la noche había caído. Conforme se iba oscureciendo más de noche era y cuando comenzaba a aclararse hacia una rosa brillante, era signo de que se acercaba el día. Durante esa noche era cuando tenían que vencer a Zeus, sino, todo lo que habían hecho hasta el momento no serviría de nada. Tal y como dijo Artemis.

A lo lejos ya comenzaron a distinguir el gran palacio de Zeus, una enorme construcción de templos griegos de oro con una mezcla de murallas de castillo medieval. Estaba en lo alto de un pequeño turón; envuelto por nubes que parecían hechas de algodón de azúcar rosa.

—Parece que nos hayamos colado en una película de fantasía, solo faltan los unicornios de colores, los elfos y las hadas —bromeó Scarlett y todos se echaron a reír.

—Unicornios no, pero caballos que vuelan sí tenemos —dijo Ares.

—¿Existe Pegaso?

—Ya lo creo, Zeus se apropió de él cuando Perseo cortó la cabeza de Medusa y nació del caballo, pero le era demasiado fiel a Perseo y por eso Zeus no pudo domarlo y lo tiene encerrado —explicó Ares.

—Pobrecito...—musitó Scarlett, pero al escuchar el nombre de Perseo, sintió algo en su corazón, no supo el qué. No le dio más importancia.

A medida que se iban acercando al palacio de Zeus, se escuchaba la fiesta que había en el interior. Siempre había oído hablar de los grandes banquetes que daban los Dioses, llenos de bailarinas, de Dioses hablando y bebiendo ambrosia y néctar hasta emborracharse. Ya los podía ver escuchando música de la época greco-romana, estirados en sus triclinios divirtiéndose como si en ese preciso momento el mundo de los mortales no se estuviera derrumbando por su egoísmo y su prepotencia por querer

controlarlo todo. Scarlett tenía curiosidad por ver una fiesta, pero estaba claro que a esa no iba a ser bien recibida.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, pusieron en marcha el plan para entrar en el palacio de Zeus sin ser vistos, cosa un poco difícil porque aunque no los pudieran sentir, sí que los podían ver. Por suerte Ares conocía un pasadizo escondido que comunicaba con una de las salas de trofeos de Zeus. El palacio, situado en una montaña elevada, se accedía por solo una vía, unas escaleras que subían esa montaña iluminada por antorchas y decorada con gusto clásico, como no. El palacio parecía un gran templo con columnas jónicas y estatuas colosales de oro de Zeus y Era en la entrada. Desde lejos ya le había parecido asombroso, pero de más cerca parecía una inmensa y asombrosa construcción preciosa. Y como no, había soldados por todas partes. Ares no parecía para nada impresionado, a diferencia de Kholton y ella, él ya había estado más veces allí.

Ares los condujo a una parte de la montaña alejada de la gran entrada colosal al palacio-templo sorteando la seguridad.

—Espero que salga bien...—Se preocupó Kholton al ver toda la seguridad que había puesto Zeus.

—Sabe que venimos a por él, eso nos complicará más las cosas — señaló Ares mientras los guiaba escondidos detrás de las rocas—. Aquí está —dijo al llegar a una gran roca clavada en el suelo.

—¿Dónde?—preguntó Scarlett sin ver a qué se refería Ares.

—Aquí —señaló la roca acercándose a esta y se puso a empujarla. Su cuerpo se iluminó más y movió la gran roca con facilidad—. Debajo.

Scarlett vio como había unas escaleras que bajaban y conducían por el interior de la roca. Estaba bastante oscuro e inspiró profundamente.

—Está bastante oscuro, pero tranquila, estoy contigo —dijo Ares acercándose más a ella y cogiéndole de la mano infundiéndole fuerza.

—Estamos contigo —rectificó Kholton cogiéndole de la otra mano. Ares lo miró serio, pero en el fondo agradecía a Kholton que estuviera haciendo todo esto en parte por Scarlett.

—Ya lo sé, gracias chicos por hacer todo esto por mí, bueno sé que no solo es por mí, pero ya me entendéis. —Les sonrió a ambos mientras mantenía el escudo activo.

Aunque esto fuera por un bien mayor no dejaba de pensar que si no fuera por ella, Kholton no tendría que asumir esta responsabilidad de enfrentarse a Zeus, ni hubiera tenido que acompañarla al Inframundo a por la

Espada mata Dioses. Por no hablar de que Ares no se hubiera sacrificado por ella al intentar rescatar a su madre, quien había perdido la vida. Y tampoco estaría aquí, enfrentándose a parte de su familia por ella y por la libertad de la humanidad y los Dioses, poniendo la suya propia en peligro, pues el plan podría fallar y quedar los tres apresados allí por Zeus hasta el fin de sus días, al menos ellos dos, pues Ares era inmortal y seguro que le esperaba algo peor.

—No nos tienes que agradecer nada, haría lo que fuera por mi amiga. — Le sonrió Kholton dándole un beso en la mejilla.

—Eso es agápi, tú eres mi todo, haría cualquier cosa por ti. —La besó Ares en los labios.

—Y eso es lo que me asusta. —Se soltó de sus manos y los abrazó a la vez—. No quiero que hagáis tonterías. ¿Vale?

—¿Por quién nos tomas? —bromeó Kholton abrazándola con una mano por la cintura sin tocar apenas a Ares, y lo mismo hizo el Dios.

—Si os pasara algo alguno de los dos, yo... Si volviera a perderte...— No quería llorar, por lo que se aguantó.

—Yo sí que me moriría si te pasara algo —confesó Ares—. No lo pienso permitir —le dijo serio hipnotizándola con sus preciosos ojos dorados.

—Yo tampoco, soy tu guardián. —Le sonrió Kholton mirándola a los ojos y Scarlett le correspondió observando sus ojos azul verdoso tan característico.

—Pues yo tampoco permitiré que os pase nada, así que... estamos cubiertos. —Rio—. Comienza la aventura.

Los tres descendieron por las escaleras, Ares fue el último en entrar para poder cerrar la roca mientras Scarlett mantenía el escudo activo y lo proyectaba a ellos dos. Habían acordado encontrarse con Artemis, la única invitada al banquete de Zeus y que estaba de su parte, pues no se olía que su hijastra también estaba confabulada con ellos. Apolo así lo había querido, como hermano mayor que era, aunque solo fuera por segundos, no podía permitir que si esto salía mal, salpicara a su hermana, era comprensible.

Scarlett respiró hondo cuando Ares la cogió de la mano, el pasillo era muy estrecho y encima estaba todo oscuro y silencioso, no se oía nada y eso la asustaba aún más. Pero tenía que centrarse, además no estaba sola, Ares iba delante y Kholton tras ella. Bajaron un gran tramo de escaleras para luego subir unas cuantas más, después rampas y algunos tramos que no estaban para nada habilitados para el paso por allí. Se notaba que hacía mucho tiempo

que nadie usaba ese pasadizo secreto.

Capítulo 41

Por fin, estando ya un poco agotados y agobiados de ir por estrechos pasadizos, Ares se giró y en silencio les dijo que no hablaran. Al doblar una esquina de una roca sobresaliente, vieron que se estaban acercando a la salida, o la entrada según se mirara. Scarlett suspiró de alivio, pero la verdad era que estaba más asustada de lo que pasaría al cruzar esa puerta, que de la oscuridad y el agobio de los sitios pequeños. Ares les indicó que esperaran un poco atrasados, pero Scarlett se negó a alejarse por miedo de que pudieran notar su presencia. Así que los tres se acercaron lentamente a la salida, atentos por si se escuchaba algún ruido. Aunque lo más probable era que todos estuvieran en la fiesta, no querían correr riesgos innecesarios y que alertaran a Zeus de su presencia. No obstante, seguramente los estaba esperando.

Ares hizo un poco de fuerza para mover la escultura colosal que estaba en la sala de triunfos de Zeus y ocultaba la salida al pasadizo. Los nervios y la adrenalina corrían por el cuerpo de Scarlett, su parte de historiadora del arte quería ver qué había en esa sala y explorar el palacio entero por la curiosidad que sentía, pero por otro lado temía que los encontraran y les pudiera pasar algo a alguno de ellos dos. Sabía que Kholton quería enfrentarse a Zeus y lejos de estar asustado se le veía decidido a hacerlo, pues ese era su destino. Aunque visto lo visto, el destino y las profecías podían cambiar según las decisiones que tomaras, nada era cierto al cien por cien, y eso podía ser bueno... o no.

Ares retiró la escultura gigantesca lo suficiente para poder pasar cuando estuvo seguro de que no había nadie alrededor. La luz de las antorchas iluminaban una sala de columnas llena de esculturas, relieves, pinturas clásicas con temas mitológicos que narraban las historias de Zeus. Scarlett se quedó maravillada con la sala, era una fanática del arte y allí había demasiado donde mirar. El Olimpo no dejaba de sorprenderla a cada momento.

Ares y Kholton tiraron de ella escondiéndose en una de las esculturas que parecía hecha por mano divina, era una pieza colosal de un toro y una princesa, claramente era el rapto de Europa con Zeus convertido en toro. A lo

lejos le llamó la atención una pintura roja donde se veía a Perseo con la cabeza de medusa en las manos. La sala estaba llena de colores vivos entre las decoraciones de la pared y los colores de las esculturas.

Cuando se cercioraron de que no había nadie cerca, salieron en busca de una sala mejor resguardada y cerca de la fiesta para esperar que Artemis engañara a Zeus y este saliera del banquete y pudieran interceptarlo a solas. Por los pasillos había algunos soldados que parecían gigantes musculosos, como luchadores de profesionales, como los que salían en televisión pero más feroces aún, pues estos llevaban atuendos de soldado y armas. Scarlett le hizo acordarse de los combates de Ares y lo lejos que habían quedado aquellos días y todo lo que habían vivido, sentido y perdido, aunque también ganado y aprendido.

En cuanto dos de aquellos gigantescos seres doblaron la esquina, corrieron hacia la siguiente sala, pues allí no había paredes, sino columnas donde se veían todos los interiores de las salas que quedaban a su derecha. En la izquierda sí que había una pared de bloques de mármol de diferentes tonalidades, entre el blanco y el negro intercalado con el rojo y decoraciones de oro. Desde allí ya se escuchaba el barullo de la fiesta y Scarlett tenía serias tentaciones de ver qué hacían los Dioses allí y como eran todos ellos. De repente escucharon que alguien se acercaba lentamente hacia donde se encontraban ellos, y Ares fue el que se asomó sin ser descubierto. Era Artemis buscándolos, hizo una señal y la Diosa los vio, se acercó a ellos mirando a todos lados y se escondió con ellos detrás de un gran altar.

—¡Ya era hora! —se quejó flojito Artemis—. Zeus os espera en aquella sala sagrada, que está protegida, por lo que allí nadie os va a molestar.

—Muchas gracias, Artemis. —Se lo agradeció Scarlett.

—Lo hago por mi hermano así que...—Le quitó importancia, pero en el fondo sabía que les tenía cariño, sobre todo a Scott—. Tener cuidado y Kholton, si todo sale bien, tendrás mi apoyo. —Y dicho esto se esfumó de nuevo hacia la fiesta para que no sospecharan.

—Muy bien, ha llegado la hora ¿Estás preparado? —le preguntó nerviosa a Kholton.

—Sí —contestó sin vacilar—. Esto tiene que acabar ya.

—Estoy de acuerdo —puntualizó Ares.

—Pase lo que pase no quiero que intervengáis, quiero ganarle limpiamente, y si sale mal... Pues recordarme como el gran tipo que soy —bromeó.

—Pero...—se quejó Scarlett.

—Por favor, hazlo como favor personal, prométemelo —le pidió Kholton más serio. Scarlett suspiró, no estaba de acuerdo pues Zeus era muy poderoso y quizá él solo no podría hacerle frente, pero debía de confiar en su amigo.

—Está bien...

—Gracias. —Y miró a Ares.

—A mí no me mires, ya sé lo importante que es el honor y ganar con juego limpio, aunque yo muchas veces no hiciera gala de ello.

—Pues en marcha.

Llegaron a la sala rápidamente y aunque estaba protegida, al ser Scarlett el Escudo no les supuso ningún problema. Cuando entraron la estancia, que posiblemente era la única con puertas, observaron lo diferente que era de las que habían estado, era una sala sagrada, por lo que había esculturas de los doce Olímpicos, iluminadas por antorchas. Las paredes estaban decoradas con varios símbolos sagrados en oro. En el centro de esta había un hombre joven de espaldas a ellos, llevaba el pelo largo y rizado, le llegaba por los hombros y vestía una túnica larga que dejaba a la vista media espalda y seguramente medio torso, incluso desde atrás lo reconocía, su presencia era devastadora y poderosa, era Zeus.

—Vaya... Volvemos a vernos..., no pensé que volvieras Ares, tengo que decir que eso es un pequeño contratiempo en mis planes, pero estoy preparado. —Rio girándose observándolos con sus ojos verdes brillante.

—¡Eres un cabrón de mierda! No pienso dejar que salgas vivo de esta. —Le espetó con furia Ares.

—No os creí tan estúpidos como para entrar en mi propio palacio para matarme, pero aquí estáis. —Rio obviando la amenaza de Ares—. Este es el guardián del Escudo, por lo que veo. —Sonrió mirando a Kholton—. No os servirá de nada traerlo, ya os aviso.

Ninguno dijo nada al ver que Zeus realmente no tenía idea del plan que querían llevar a cabo, eso o se hacía el loco. Aunque no sabían de si podían confiar en Hades y Perséfone, lo cierto es que Scarlett sentía que sí, a pesar de que Hades no tenía mucha simpatía por ellos, pero no era tonto y sabía que si Zeus ganaba, también su reino se vería perjudicado. Aunque no lograba entender qué impulsaba a los otros Dioses a seguir a Zeus, seguramente les habría prometido cualquier cosa con tal de engañarlos.

—Por lo que veo aun estas viva, eso quiere decir que Ares no tiene el

poder absoluto para matarme...—se calló de golpe sabiendo que si estaban allí y ella seguía estando con vida, quería decir que tenían otro plan—. No... ¡No puede ser! —exclamó dando un paso hacia atrás.

—Sí puede. —Sonrió Ares—. ¡Ahora Kholton!

Y entonces Kholton activó la espada, señalando a Zeus como su contrincante. Cuando la espada se activaba el Dios no podía huir, tenía que enfrentarse a su adversario de manera sistemática. Se formaba una especie de recinto sagrado a su alrededor y ninguno de los dos podía obtener ayuda de otro hasta que moría uno. Si la espada lograba atravesarlo, esta elegiría el desenlace de la lucha. Pero primero debía ganarlo.

—¡Sois unos desgraciados! Mi hermano Hades os ha ayudado, ¿no? —Se le notaba nervioso, pero enseguida cambió su semblante a la prepotencia—. Esto no quiere decir que me hayáis vencido, además es un simple descendiente de un semidiós, ni siquiera tu padre pudo conmigo. —Rio malvadamente mirando a Scarlett.

La estaba provocando, lo sabía, pero eso no impedía que quisiera preguntarle quien era su padre y donde estaba ¿Seguiría con vida? Dios, tenía que preguntar, sabía que no debía entrar en su tela de araña pero...

—¿Quién era mi padre? —preguntó cabreada—. ¿Qué le hiciste? — Zeus sonrió sabiendo que había dado en el clavo.

—Scarlett no entres en su juego —la advirtió Kholton.

—Sí, puede que solo te esté engañando —soltó Ares con rabia.

—No es mentira, conocí a tu padre, es mi hijo, y durante mucho tiempo nos llevamos bien. Confiaba en él, era mi semidiós favorito, hasta que la fastidió intentando ocultarte de mí —parloteó con rabia.

—¿Tu hijo? —No pudo evitar preguntar.

—No te atrevas a mentirle. ¿Te enteras? —Ares estaba demasiado cabreado como para que Zeus jugara con Scarlett.

Scarlett había intuido que su padre era un semidiós, pero escuchar que era hijo de Zeus... No sabía cómo sentirse al respecto, pues si era igual que él... no quería saber nada, ella y su madre habían estado mejor sin ese ser. No obstante su corazón quería saber más.

—No dejas de asombrarme con tu actitud hacia esta humana, aunque sea el Escudo. —Rio altivo—. Pensaba que eras como yo, que acabarías entrando en razón y me apoyarías, estar estos meses entre ellos debería haberte cambiado a peor, aprender de mí y saber que los humanos se usan para desahogarnos. Nunca establecemos lazos más allá. Pero vas tú y te enamoras,

aunque mi culpa fue dejar que te relacionaras con Apolo, en fin. ¿Le has contado cuanto te divertía asesinarlos y provocar el caos entre ellos? —Rio para provocarlos.

—Ares... no le hagas caso, ya sabes lo que opino, sé que hiciste cosas malas en el pasado, pero ya lo hemos hablado, lo estás solventando y no voy a dejarte, te quiero —le dijo Scarlett intentando que Ares no perdiera los papeles, pues sabía lo mucho que se arrepentía de lo que había hecho y su miedo a que ella lo rechazara por ello.

—Eres igual que yo, por mucho que ahora te cambies de bando siempre todos te verán como lo que eres, Ares, el Dios de la guerra, un ser temible, despiadado y cruel —lo intentó provocar Zeus.

—Ares... no le escuches —insistió Scarlett cogiéndole de la mano e implorándole con la mirada, pero él la tenía fija en Zeus.

Ares quería creerla, pero lo cierto era que Zeus tenía razón, por mucho que estuviera cambiando, su reputación le precedía y no era inventada. Todo lo que pudieran decir del Dios de la guerra era cierto y más. No se merecía que Scarlett confiara en él, era un ser despreciable que tenía las manos manchadas de sangre.

—¡Déjalo ya Zeus, no conseguirás nada! Tu lucha ahora es conmigo —intervino Kholton dando unos pasos hacia Zeus, cabreado por ver a Scarlett tan preocupada por Ares y que el Dios del trueno no dejara de malmeter en su relación.

Aunque él deseaba a Scarlett para él, jamás haría algo para romper su felicidad, y al lado de Ares, por mucho que le pesara, era feliz. E iba a hacer lo que hiciera falta para que así siguiera. Iba a hacerle pagar a ese Dios tanto la muerte de sus padres como la de los padres de Scarlett y todas las muertes que habían manchado sus manos de sangre de gente inocente.

Cuando estuvo cerca de Zeus, de la espada salió una luz dorada que los envolvió a ambos, de la nada surgió una plataforma elevada donde ellos dos se enfrentarían y una cúpula que los separaba del resto. Nadie podía intervenir en la lucha hasta que uno de los dos muriera, si así lo creía pertinente la Espada. Zeus sonreía muy confiado.

—Muy bien, acabemos con esto, te mataré a ti primero para que puedas reunirte con tus padres, escapaste una vez, pero tranquilo, no volverá a suceder —se burló de él. Así que el maldito bastardo se acordaba... Era un hijo de puta. La rabia lo recorrió por entero al recordar la dolorosa muerte de sus padres. Apretó la mandíbula y su mano se aferró fuertemente a la espada

—. Y después seguiré con vosotros dos —dijo sonriendo de lado demasiado tranquilo refiriéndose a Ares y a Scarlett. No iba a permitir que eso sucediera.

Scarlett por una parte estaba preocupada por Kholton, no quería que muriera, confiaba en que él sabría cómo defenderse y que además Ares lo había entrenado bien y que sabía lo que hacía. Y por otra parte estaba preocupada por Ares, se había quedado demasiado serio después de lo que había dicho Zeus y aun ni siquiera la había mirado, simplemente le sostenía fuertemente de la mano, como si quisiera aferrarse a sus palabras, a ella.

—Ares... —lo llamó Scarlett preocupada.

—No pasa nada. —Pero no la miró, estaba concentrado en la lucha que comenzaría en unos segundos entre Zeus y Kholton.

Ella suspiró, era imposible razonar con él así que decidió centrarse en la batalla que decidiría el destino de la humanidad y el suyo propio. El primer ataque fue de Zeus, quien lanzó un rayo a Kholton pero este lo intercedió con la espada, la cual succionó todo el poder del rayo para después volverlo a lanzar. Scarlett retuvo la respiración al pensar que Zeus iba a quedar calcinado por su propio rayo... pero no, salió ileso, sus rayos no le afectaban a él, cosa que no era de extrañar. El Dios miró por encima del hombro a Kholton, se notaba que no estaba poniendo ninguna gana en la batalla, como si le diera igual.

Scarlett apretó la mandíbula y el corazón le iba demasiado rápido por la tensión, y sin querer apretó más fuerte la mano de Ares. No sabía cómo iba a acabar todo esto, pero estar allí mirando como su amigo se debatía entre la vida y la muerte contra un ser que tenía mucho más poder que él, la ponía histérica. Vio como Kholton esquivaba los ataques de Zeus, intentando buscar un hueco para poder clavarle la espada, lo cual iba a ser muy complicado. Si se acercaba mucho corría el riesgo de no tener espacio suficiente como para esquivarlos y desde lejos, no podía hacer prácticamente nada. Zeus reía sin parar, apenas se movía del sitio mientras lanzaba sus rayos hacia Kholton, lo estaba agotando y pronto dejaría de ser tan rápido.

—¡Kholton deja de esquivar y ataca! —le gritó Ares.

—¡Cállate! —le reprochó desde dentro de esa especie de ring que los aislaba.

—¡Será idiota! —se quejó Ares apretando los dientes.

—Creo que tiene un plan —dijo Scarlett—. Está intentando hacerle creer a Zeus que puede matarlo cuando quiera, y él por su orgullo está lanzándole rayos fáciles de esquivar para alargar la batalla. O eso creo.

Ares observó los movimientos de Kholton con más detenimiento, estaba esquivando los rayos, sí, pero cada vez estaba más cerca de Zeus. De repente uno le dio en la pierna y Kholton cayó al suelo, la pierna se le había quemado y entendía ese dolor, y que estuviera aguantando sin ni siquiera inmutarse, merecía todo su respeto.

—¡No! —Scarlett lo miró implorándole que hiciera algo, y quería ayudar a Kholton, pero no podía hacer nada, la Espada los había aislado.

Zeus se acercó a Kholton sonriendo, iba a darle el golpe de gracia y todo sería por su culpa, otra vez iba a morir alguien a quien quería por su culpa. No debería de haber aceptado que Kholton librara esa batalla, desde el principio ella había sido la que tendría que morir para que Ares obtuviera el poder absoluto y poder derrotar a Zeus, al menos así hubiera sido más justo. El miedo la invadió por completo.

—Ares... tenemos que hacer algo...—Las lágrimas punzaban por salir, estaba asustada y su corazón iba a mil por hora..., no podría aguantar ver como Kholton moría ante sus ojos. Su cuerpo empezó a emanar un sudor frío del pánico.

—No podemos, no puedo quitarte tu energía, no voy a matarte —dijo Ares serio. Pues aunque ya no fuera su fuente de energía, si ella lo deseaba podía traspasarle la fuerza del Escudo y hacerlo más fuerte.

Ella tampoco quería morir, pero lo prefería a tener que acarrear con la muerte de alguien más, miró a ver si podía hacer algo, distraer a Zeus, lo que fuera. Se deshizo de la mano de Ares y se acercó al podio pero no había manera de acceder a él.

—¡Scarlett! —la llamó Ares.

Kholton sabía que Scarlett intentaría lo que fuera por salvarlo, y aprovechó el despiste de Zeus al mirar porqué Ares la llamaba para clavarle la espada, pero el Dios se dio cuenta y apenas pudo rozarle la pierna, lo cual no era suficiente para matarlo. Pero sí que le dio tiempo para poder ponerse en pie aunque la pierna le ardiera como si le hubieran tirado ácido por encima. No podía casi ni moverla, pero tenía que luchar, no iba a morir en ese momento, no podía fallarle a Scarlett ni a toda la humanidad.

—¿Algo que decir antes de que acabe contigo? —Rio Zeus.

—¿Que no está bien presumir de algo que aún no se ha cumplido? —escupió Kholton con una media sonrisa.

Entonces con toda la fuerza que le fue posible, corrió hacia el Dios. A Zeus le pilló desprevenido y no le dio tiempo a defenderse con un rayo, y lo

tuvo que hacer con su propio cuerpo, fue entonces cuando Kholton tuvo ventaja. No dejó que pudiera defenderse con su magia, aunque sí le dio tiempo de crear una espada con su energía. Se enzarzaron en una lucha de espadas que parecía que Kholton dominaba, le propició varios golpes con la espada, aunque Zeus era bastante rápido, él tenía más destreza. Pero Zeus rozó su mano y le dio un calambrazo haciendo que Kholton saliera despedido contra el otro lado de la cúpula resquebrajándola un poco, pero enseguida volvió a reconstruirse. El castaño cayó al suelo en un golpe seco. Scarlett se llevó las manos a la boca y contuvo el aliento, su corazón iba a salirse por la boca, tenía un nudo en el estómago.

—¡Vamos Kholton, levanta por favor! —le suplicó con lágrimas en los ojos.

Kholton escuchó como el nerviosismo y la preocupación de Scarlett se reflejaba en su voz, cogió fuerzas, se notaba demolido por el golpe y casi no podía mover la pierna por el dolor de la quemadura. Además la descarga eléctrica que le había propinado Zeus lo había dejado un poco aturdido. Pero logró recomponerse un poco y se incorporó quedando sentado y observó a su contrincante. Zeus estaba cansado y presentaba un aspecto bastante devastado, pues allí dentro, la magia del Olimpo que mantenía a los Dioses con la máxima vitalidad, parecía que desaparecía. Eso le dio un poco de esperanza.

Pero con el golpe la espada había acabado en la otra punta, Zeus se dio cuenta de ello y rápidamente se trasladó dónde estaba esta y la cogió acercándose a él, iba a matarlo. Escuchaba de fondo a Scarlett gritar y... ¿Estaba llorando? Hizo amago de levantarse pero Zeus le lanzó otro rayo lo suficientemente calculado para atontarlo más pero no lo bastante fuerte como para matarlo.

—¿Y pensabas que ibas a poder conmigo? Ahora te mataré con el arma que se suponía que iba a ser mi fin. —Rio Zeus.

Kholton quiso responderle, quiso levantarse e ir a por él... pero su cuerpo no respondía, estaba sumergido en una especie de estado en el que no podía centrarse, su cerebro decía que debía luchar, que debía ganar a Zeus, pero su cuerpo no respondía. Escuchaba a Scarlett a lo lejos y murmuró un “lo siento”, esperó que fuera lo suficientemente fuerte para que ella lo oyera y pudiera perdonarlo por haberle fallado. También escuchó ruidos, seguramente Ares intentando romper la cúpula para ayudarlo, aunque habían tenido sus desavenencias, Ares le caía bien y sabía que cuidaría de Scarlett

mejor que nadie; no permitiría que le pasara nada y la ayudaría a superar lo que fuera.

—Ahora seréis testigos de cómo vuestro amigo muere... —Y dicho esto Zeus le clavó la espada en el centro del torso. Al principio no notó nada, pero después sintió como su sangre descendía por su cuerpo, Scarlett gritaba.

Estaba consciente mientras observaba como Zeus clavaba más profundamente la espada y el dolor se acentuaba, pero no sentía que se estuviera muriendo, aunque tampoco sabía cuál era esa sensación. Dolía y un frío glacial lo recorrió.

Scarlett no paraba de llorar, su garganta estaba desgarrada de gritar y desesperada por romper el cristal que la separaba de Kholton; se había hecho daño en las manos. Ares había intentado detenerla para después probar de romper él el vidrio de la cúpula, pero de nada había servido, era indestructible. Kholton cerró los ojos y todo se tornó negro para ella mientras sentía que su corazón se paraba.

Capítulo 42

De repente, Kholton pensó que no podía rendirse aún, abrió los ojos a tiempo de ver cómo Zeus se separaba asustado. La herida había dejado de sangrar mientras la espada estaba totalmente iluminada, se la arrancó del pecho y con la fuerza que le quedaba y cogiendo a Zeus por sorpresa, se la clavó. Kholton cayó desplomado, aunque no sangraba, entre el golpe, el rayo y la herida del pecho notaba que la fuerza le desaparecía, estaba muy cansado. Pero antes de que se le cerraran los ojos y muriera, vio que de la espada salía una luz azul que provocó que Zeus soltara un grito desgarrador, después esa luz estalló en él metiéndose en su interior, dolía y todo su cuerpo quemaba.

Scarlett observaba atónita como la luz azul desaparecía en el cuerpo de Kholton, no tenía idea de qué significaba aquello, pero de repente la cúpula se desvaneció. Corrió hacia Kholton sin esperar un segundo y se arrodilló al lado de su cuerpo desvanecido. Zeus se había desintegrado y Kholton... no respiraba. Su corazón se partió y lágrimas desgarradoras salieron de sus ojos. Gritó de furia, de dolor. Hundió su cabeza en su cuello inspirando su olor a almizcle y lluvia. No podía ser... él no...

—Por favor Kholton... No me dejes...—susurró entre lágrimas con el corazón roto.

—Scarlett...—la llamó Ares. Sabía qué quería decirle, que tenían que marcharse, pero no pensaba dejar allí el cuerpo de Kholton, no iba a abandonarlo.

—¡No!—gritó—. Todo esto es por mi culpa, desde un principio debí de haber muerto yo...—sollozó más fuerte. El dolor se extendía por su cuerpo, al igual que cuando perdió a su madre y a Ares.

Se abrazó fuerte a Kholton sin querer creer aún que la había dejado para siempre. Ya no volvería a escuchar sus bromas, su risa fanfarrona o sentir sus fuertes brazos alrededor suyo, no volvería a animarla cuando estuviera mal. Él no se merecía nada de esto, había sufrido demasiado en su vida y esperaba de todo corazón que esto no sucediera, era un chico fantástico y se merecía lo mejor.

—Aunque me encanta que estés sobre mí, que nos esté mirando Ares, no me pone, la verdad —bromeó Kholton sobresaltándola y envolviendo un

brazo a su cintura mientras se incorporaba con ella encima.

Scarlett se separó un poco para verlo. No se lo podía creer, pensaba que no respiraba...

—¡Kholton, estás vivo!—Le dio un sonoro beso en la mejilla y luego se abrazó más a él sonriendo como una tonta.

—Más o menos —dijo Ares—. Es lo que intentaba decirte, ha muerto como mortal pero ahora...

Scarlett lo miró un segundo y abrió los ojos como platos. No se lo podía creer, Kholton brillaba, lo hacía como Ares, como un Dios. Habían ganado, Kholton era el nuevo rey del Olimpo, sus heridas cicatrizaron enseguida. En ese momento rayos estallaron en el cielo, y Kholton la miró a los ojos. Scarlett se quedó prendada, su color azul verdoso habitual había desaparecido para dar pie a unos ojos turquesa que brillaban con tanta intensidad como los de los Dioses, eran preciosos. Nuevas lágrimas se formaron en sus ojos, pero esta vez de alivio y felicidad.

—Scarlett...—susurró acariciándole la mejilla mientras veía como lágrimas recorrían sus perfectas y sonrojadas mejillas. Estaba llorando por él, y eso lo conmovió.

—Estaba preocupada por ti, pensaba que te había perdido —sollozó apartándole el salvaje cabello de la cara. Él volvió a abrazarla con fuerza. Scarlett se hundió en su pecho.

—Estoy bien... Me siento mejor que nunca, aunque no sé cómo. —Sonrió y ella lo miró con sus preciosos ojos color miel.

—Eso es porque la Espada mata Dioses decide a quien matar, principalmente solo mata a Dioses que se lo merezcan, ella ha juzgado y has ganado —explicó Ares mirándolos un poco molesto pero a la vez feliz por Kholton—. Ahora eres el nuevo rey del Olimpo, los conocimientos y poderes de Zeus se te han transferido, y aunque me alegro por ello, Scarlett sigue siendo mía.

Un grito desgarrador interrumpió sus risas. Atenea entró en el santuario, dispuesta como siempre a luchar; con su túnica, el escudo, la lanza y su casco. Sus ojos verdes brillaban con rabia y dolor. Había sentido qué sucedía, todos los Dioses lo habían sentido, había un nuevo rey, Zeus estaba muerto.

—¡Tú, maldito! Tenías que ser tú —gritó hecha una furia—. ¡No pienso permitir que te salgas con la tuya! Padre solo quería lo mejor para nosotros.

—Atenea, no esperaba menos de ti, siempre has sido su perrito faldero y la niña de sus ojos, es hora de que sepas que Zeus era un maldito embustero

que solo buscaba el poder sin contar con nadie, ni siquiera contigo. — Aunque Ares se llevaba a matar con Atenea y nunca le cayó bien, sentía lástima por ella, pues al fin y al cabo, había sido engañada por Zeus, como todos.

—¡Pienso destruirte! —le gritó mientras corría hacia él con la lanza preparada para luchar.

—¡No! —Se interpuso Scarlett en la trayectoria de la lanza dorada y Ares la cogió para lanzarla a los brazos de Kholton, quien ya estaba en pie. Antes de que Atenea pudiera atravesarla con su lanza. Y la esquivó de puro milagro.

—¡Llévatela Kholton! —le gritó Ares antes de enzarzarse en una pelea de espadas contra Atenea.

Scarlett no podía creer que le pidiera eso a Kholton.

—¡No! —Quiso saltarse del agarre de su amigo.

—Scarlett —la llamó Kholton cogiéndola por los hombros para hacer que lo escuchara—. Ahora no puedo controlar nada de lo que pasa aquí, déjame ponerte a salvo y volveré para ayudarlo e intentar usar mi nuevo poder. —Sus ojos eran hipnotizadores.

—Por favor Kholton... no me pidas que me separe de él.

—¡Kholton! —le gritó Ares de nuevo para apremiarlo y que sacara a Scarlett de allí cuanto antes.

—No podréis escapar, todo el mundo está enterado de que eres un traidor y a tu amigo nadie le hará caso por mucho que ahora haya adquirido el poder de Zeus —le espetó Atenea—. No tiene nuestro respeto.

—Tiempo al tiempo —le contestó Ares.

Entonces Kholton cogió a Scarlett y la sacó de aquella sala, ella se resistió tanto como pudo, no quería dejar allí a Ares combatiendo contra Atenea, pues posiblemente dentro de nada habría más gente que iría contra él. Gritó y pataleó, pero Kholton ni se inmutó. Salieron al pasillo y había un caos enorme allí fuera, los Dioses gritaban llevándose las manos a la cabeza, estaban desesperados, ninfas iban de un lado a otro alarmadas tirándose de los pelos, Centauros corrían por los pasillos como locos, y otros seres mitológicos hacían lo mismo, parecía que habían perdido el juicio. Nadie sabía quién había tomado el poder de Zeus, la muerte del Dios había sido un shock para todos y estaban muy alarmados.

Scarlett vio como Kholton dudaba entre si meterse entre aquel torrente de gente o no, si se metían allí, lo más probable era que los arrollaran o que

alguien notara el fuerte poder que emanaba de él. Scarlett lo sentía como mucho más potente que el de Zeus. Un hombre a lo lejos los llamó a escondidas, salía de un pasadizo, como queriendo ayudarlos, pero no sabía si podían fiarse de él. No obstante, algo en el instinto de Scarlett le dijo que sí podían. Hubo una cosa que le llamó la atención del hombre, las sandalias, tenían alas y llevaba una capa.

—Creo que podemos confiar en él —dijo Scarlett, aunque seguía mirando hacia atrás, donde se había quedado Ares.

Kholton no dudó y caminaron pegados a la pared hasta llegar a la pequeña obertura. El hombre, al ver que lo seguían se adentró en el pasillo. Lo siguieron introduciéndose en la oscuridad, eso los frenó, pues podía tratarse de una trampa aunque Scarlett no lo creía así, sentía que ese hombre significaba algo para ella.

—¡Eh! ¿Quién eres? —le preguntó Kholton.

—Quien os va a sacar de aquí —respondió la voz de un hombre a lo lejos del pasillo.

Todo estaba oscuro, por lo que no podía ver nada a parte del cuerpo de Kholton brillar, no podía creerse que ahora él fuera el nuevo rey del Olimpo, aunque aún había mucho por hacer para conseguir que los demás seres divinos lo aceptaran como tal. De repente oyeron una roca deslizándose por el suelo y la luz de unas antorchas se hizo hueco en el pasillo, oyeron a un caballo, pero no había rastro del hombre. Hasta que se quitó la capa y volvió a aparecer cerca del caballo que estaba alterado y no paraba de moverse, aunque no mucho pues estaba completamente atado. El animal era íntegramente negro y tenía... ¿Alas? «¡No puedo creerlo tiene alas! No será...».

—Pegaso, tranquilízate soy yo —dijo el hombre intentando apaciguar al animal.

—¿Pegaso? ¡Existe!

—Claro que existe. —Le sonrió el hombre para después volver la atención al caballo para calmarlo.

—Shh, tranquilo... vengo a sacarte de aquí —lo calmó y el caballo bajó el morro para que lo acariciara.

—Eres... Perseo. —No lo preguntó pues sabía a ciencia cierta que era él.

—Sí, lo soy y tú eres Scarlett y tú Kholton, habéis crecido mucho desde la última vez que os vi, me alegra que sigáis juntos. —Scarlett y Kholton se

miraron, ella se sonrojó, pues no sabía si Perseo se refería a que estaban juntos como amigos o juntos como algo más—. Aunque nunca pensé que acabaras convirtiéndote en el rey del Olimpo por salvar a mi hija. —Esa afirmación que hizo como si nada mientras acariciaba al animal, los pilló a ambos desprevenidos.

—Eres... ¿eres mi padre? —No podía creerlo.

—Sí, siento aparecer ahora, pero hasta que Zeus no ha muerto no me he podido escapar, nunca quise abandonaros a tu madre y a ti, os quería mucho y os quiero, pero debía hacerlo para manteneros a salvo —explicó mirándola a los ojos—. Siento todo esto, hija.

—Yo... no sé qué decir...—Notó la mano de Kholton en su cintura atrayéndola a él para darle su apoyo, se lo agradeció en silencio.

Su padre aparentaba tener unos pocos años más que ella, quizá unos treinta y algo, igual que Zeus. Era moreno como ella, y los ojos eran azul oscuro, era muy guapo y tenía una fisonomía atlética, no podía olvidar que era un semidiós.

—Sé que es difícil de asumir, pero ya habrá tiempo de explicaciones, ahora tenéis que marcharos hasta que las cosas se calmen. Después te ayudaré con tus nuevos poderes y te guiaré para poder ganarte el respeto de todos, Kholton. Ahora ayúdame a liberar a Pegaso.

—¿Cómo?

—Solo tienes que desearlo y chasquera los dedos.

—¿Solo eso? —preguntó intrigado y lo hizo. Funcionó, el caballo se liberó.

—Pegaso os llevará a donde queráis, ven Scarlett. —Le tendió la mano y ella la cogió y se la acercó al caballo, este la olisqueó y después acercó el morro para que lo acariciara.

—Hola pequeño. —El caballo emitió un sonido como si la entendiera, y lo cierto era que lo hacía.

—Le has caído bien. —Le sonrió su padre—. Venga marchaos, ahora Pegaso es tuyo, hija, dile donde quieres ir y él os llevará.

—Pero no podemos marcharnos, Ares...—Miró a Kholton pidiendo comprensión. Kholton soltó aire.

—Me quedaré e iré a ayudarlo —dijo para que Scarlett se quedara más tranquila.

—¡No! No te pueden ver con Ares, pensarán que eres un traidor y no recuperarías su confianza nunca —informó Perseo, y al ver que los dos lo

miraban extrañados por como sabía eso, se explicó—. Las paredes hablan, y aunque estuviera encerrado, Zeus se encargaba de hacerme saber todo lo que él quería que supiera para hacerme daño..., al igual que me hizo ver la muerte de Anne una y otra vez —dijo formándosele lágrimas en los ojos.

—¿Aun amas a mi madre? —A ella también le entraron ganas de llorar y se le instaló un nudo en la garganta al recordar ese día tan horrible que la atormentaba, pues su madre se había sacrificado por ella.

—Os quiero mucho a las dos, tu madre era la mejor persona que había conocido, valiente y honesta, y nunca me perdonaré el haberla dejado sola pensando que así os salvaba de tu destino, la amaré eternamente. Y pienso proteger lo único que me queda de ella con garras y dientes, tú. —Su padre se acercó y la envolvió en un abrazo protector y paternal.

Scarlett no pudo contenerse y lloró hundiendo su cara en el pecho de su padre..., su padre, ese al que daba por muerto y en el que nunca había querido reparar por miedo a salir desilusionada y herida. Ahora estaba allí, abrazándola y diciéndole que ella era lo más importante para él, que la quería.

—Ahora marchaos, yo me ocuparé de Ares.

Fueron a casa, donde los estaban esperando Apolo, Dafne y Scott. Por las caras que traían de cansancio y de preocupación ya sabían qué había sucedido, y se notaba que ellos lo habían pasado igual de mal intentando ayudar a los demás. Parecía que la muerte de Zeus había ocasionado más desgracias. Los titanes que había sueltos creando el caos, sin nadie los guiara después de la muerte de Zeus, se estaban mostrando a los mortales, matando y creando desconcierto. Hasta que alguien no pusiera orden, todo se sumiría en el más absoluto caos.

Scott y Dafne, cuando los vieron aparecer abrieron los ojos de par en par pues, para empezar iban a lomos de un caballo que volaba, y para seguir, Kholton brillaba y ostentaba un poder que estaba segura que hasta Scott, lo podía sentir. Después se abrazaron entre ellos mientras Apolo le daba la enhorabuena a Kholton, este no quería que lo trataran diferente por el poder que ostentaba, sobre todo porque aún no había hecho nada digno de él.

Se pusieron al tanto de lo que estaba teniendo lugar en la Tierra y de lo que había ocurrido y estaba sucediendo en el Olimpo. Apolo no tardó en preguntar por Ares y después de explicarle lo de Perseo y que iba a

ayudarlos, rápidamente desapareció para ir en busca de su hermano. Kholton quiso ir con él, pero Apolo le aseguró que era mejor que esperara allí con ellos y los protegiera por si pasaba algo. Era frustrante haberse convertido en el ser más poderoso de la faz de la tierra y no poder hacer nada por ayudar a los tuyos. Scott disimuladamente había preguntado por Artemis, pero desde que los había ayudado a sacar a Zeus de la fiesta, la verdad era que no la habían vuelto a ver.

En esos momentos, Scarlett estaba en el salón inquieta y preocupada por Ares, se culpaba por haberlo dejado allí solo, enfrentándose a Atenea. Dafne, Kholton y Scott la intentaron tranquilizar, pero ellos estaban igual de preocupados por el porvenir mientras esperaban el regreso de Apolo, Ares y Perseo, quien esperaba que viniera con ellos. Kholton se acercó a ella por detrás mientras miraba por la ventana, no quería ni pensar en todo el caos que había allí fuera.

La abrazó por atrás envolviéndole la cintura con sus grandes y musculados brazos atrayéndola a su torso. Transmitiéndole su apoyo.

—Estará bien —le dijo. Ella puso sus manos sobre las de él posadas en su bajo vientre y apoyó su cabeza en su pecho soltando el aire que no se había dado cuenta que estaba reteniendo.

—No quiero volver a perderlo, no lo soportaría. —Lágrimas silenciosas cayeron por su rostro.

—No lo harás. —La besó en la coronilla. «Ojalá me amaras a mí», pensó Kholton mientras sentía su corazón dividido entre el apoyarla como amigo y el sentimiento de amarla.

—Gracias por todo, eres un buen amigo. —Él rio amargamente.

—Odio esa palabra cuando sale de tu boca.

—Perdón... yo...

—Ya lo sé, no hace falta que digas nada, es solo que tengo que decirlo. —Sonrió de medio lado a su reflejo en la ventana, ella le dedicó una sonrisa triste.

Estuvieron así un buen rato, simplemente apoyándose en el otro, absortos en sus pensamientos. Era ya entrada la madrugada y seguía preocupada por Ares, su padre y Apolo.

—¿En qué piensas? —preguntó Scarlett para dejar de torturarse con sus propios pensamientos.

—En que no sé si sabré ganarme su confianza y en poder dirigir y arreglar todo este caos. —No era mentira, pero también estaba pensando en

ella y en que quizá no volvería a verla.

—Por supuesto que sí, no conozco persona que caiga mejor a la gente que tú, seguro que acaban queriéndote y convirtiéndote en el mejor rey que ha tenido el Olimpo. Serás un buen Dios.

—Eso espero.

—Mi padre te ayudará. —Se giró en sus brazos y le sonrió—. Mi padre... suena raro, ¿no? —Rio y Kholton le correspondió a la sonrisa. Quería besarla, Dioses como deseaba hacerlo...—. No me acostumbro a verte brillar...—susurró ella—. Tu poder es muy fuerte, más que el de Zeus.

Alzó una mano a su rostro mirándola directamente a los ojos, después a sus labios, admirando lo preciosa que era y lo deseable que le resultaba. Bajó su cabeza hacia sus labios, quedando a un suspiro de ellos. Si ella no lo detenía la iba a besar.

—Muy bonito. —Soltó Ares de repente sobresaltando a ambos.

Scarlett se separó inmediatamente de Kholton y él la liberó. Ella se sintió como una auténtica idiota, Kholton despertaba en ella también sentimientos, no podía evitarlo por mucho que quisiera negarlo. Amaba a Ares y de eso no tenía duda, pero por un momento deseó que Kholton la aliviara y se sintió la persona más rastrera del mundo.

—Veo que Scarlett será tu reina en el Olimpo. —Sonrió Perseo creyendo aún que Scarlett y Kholton eran pareja.

—Sí, es lo que parece. —Escupió Ares con rabia cruzándose de brazos.

—Ares... yo no... —Se acercó a él pero se dio la vuelta y se marchó. Dejándola con la palabra en la boca y sintiéndose la peor de las personas. Miró a Kholton preocupada—. Kholton ya sabes lo que siento por él, yo... le amo. —No le importó decirlo en voz alta delante de su padre.

—¿Cómo? Yo pensé que...—Se sorprendió Perseo.

—Lo siento... Perseo. —Aún era muy pronto para llamarlo “papá”—. Pero Kholton y yo solo somos amigos, yo amo a Ares. Tengo que ir a por él, lo siento, luego nos vemos. —Le dio un beso en la mejilla y fue tras Ares.

Por suerte no había desaparecido, estaba en la oscuridad, en el filo del acantilado. Se acercó despacio pues temía que Ares desapareciera de golpe, en ese momento era como un animal salvaje herido.

—Soy y siempre seré un monstruo, no te merezco, él podrá darte todo lo que mereces y más —dijo con voz afligida cuando ella se estaba aproximando, pero sin darse la vuelta. A Scarlett le latió el corazón de miedo.

—Ares..., no digas esas cosas, me haces daño cuando te dices que eres

un monstruo, no lo eres. —Puso una mano en su espalda, estaba un poco asustada, pues estaba oscuro y el acantilado era bastante alto. La brisa fría azotó sus cabellos.

—¿Le quieres? —Ahora sí se giró mirándola con sus increíbles ojos dorados.

—Ares...

—Contesta —exigió.

—Claro que le quiero, como quiero a Dafne y a Scott.

—Me estas mintiendo —dijo con voz dura mientras fruncía el ceño; estaba cabreado.

—Vale, me siento atraída por él, pero no ha pasado nada ni va a pasar, estoy enamorada de ti y con quien quiero pasar el resto de mi vida, ¡es contigo! —remarcó esa frase para que se enterara de una vez.

—¡Joder! —La cogió del brazo y tiró de ella para abrazarla fuertemente, el corazón de Scarlett volvió a la vida en cuanto sus cuerpos entraron en contacto, sin él estaba muerta por dentro. No podía perderlo—. No te puedo dejar ir, y sé que sería lo mejor para ti, pero no puedo, no puedo. Eres lo mejor que tengo en esta maldita eternidad y no podría seguir sin ti, Scarlett. Soy un egoísta porque no te merezco y sé que estarías mejor con Kholton que conmigo, yo soy un simple Dios al que todos odian, y con razón, soy un monstruo. —La abrazó más fuerte y Scarlett sintió que la necesitaba, ella era su salvavidas en ese mundo en el que vivía lleno de dolor, rabia e ira.

Se separó un poco y cogió su perfecto rostro entre sus pequeñas manos para que la mirara a los ojos.

—Para, deja de decir eso, no lo eres y ya te he dicho que me haces daño cuando te dices eso. Tu sí me mereces, no eres ningún monstruo, sé que en el pasado hiciste cosas horribles, pero me conformo con que estés arrepentido y nos estés ayudando, ya te lo he dicho, tienes que perdonarte. —Le sonrió con lágrimas en los ojos—. Te amo, pase lo que pase.

Y se alzó de puntillas para darle un beso dulce y suave, el cual Ares acogió de buena gana y pronto cogió él la iniciativa desatando la pasión y el fuego que había entre ellos. La acercó más a su cuerpo y Scarlett enredó sus brazos a su cuello, acercándolo lo máximo posible a ella, hundiéndose en su perfume característico a miel y fuego, era adictivo, sus besos, su cuerpo, su voz profunda... todo de él le encantaba y sabía que si Ares no estaba en su vida, nada tendría sentido. Necesitaba sentirlo cerca, su Ares, su Dios de la guerra, era suyo y de nadie más. Un escalofrío de placer la envolvió al notar

la mano de Ares acariciándola por debajo del jersey, su calor la traspasaba y cada vez se sentía más excitada. Cuando su lengua pidió paso a su boca, no pudo evitar un gemido.

Fue entonces cuando Ares la acercó a su erección, la deseaba como nunca había deseado a nadie, Scarlett era la mujer más especial y maravillosa que había conocido jamás, y era toda suya. Se obligó a separarse antes de que no pudiera contenerse y le hiciera el amor allí mismo, al borde del acantilado. Juntó sus frentes mientras recobraban el aliento.

—¿Por qué eres tan buena? ¿Por qué eres tan preciosa y perfecta para mí? —Le acarició la mejilla. Y ella sonrió feliz.

—Porque tú lo eres para mí. —Y volvieron a besarse, esta vez sin saber quién besaba a quien, solo que ambos se deseaban el uno al otro.

—Vamos. —Ares cogió a Scarlett de una mano y tiró de ella.

—¿A dónde? —preguntó sin saber qué había ocurrido.

—A hacerte el amor, agápi. —Sonrió Ares y Scarlett rio.

Capítulo 43

Estaba amaneciendo cuando Ares y Scarlett entraron en la habitación de ella, fuera había empezado a tronar demasiado fuerte para ser una tormenta normal. Scarlett pensó en que podría tratarse de Kholton, quien ahora dominaba ese elemento. Pero en cuanto cerraron la puerta, y Ares invadió su boca desesperadamente apoyándola contra esta, Scarlett se olvidó de todo lo demás, de todo lo que los rodeaba y solo podía ser consciente de Ares. Scarlett gimió, su cuerpo ardía por él y necesitaba tocar su piel, sentir que estaba allí con ella y que no iba a ir a ningún lugar. Metió su mano por debajo de su camiseta, la cual no había reparado en que estaba un poco rota, seguramente por la batalla que había tenido contra Atenea. Acarició su dura y amplia espalda arrancándole un gemido y provocando que su erección se apretara más contra su sexo ávido de su roce.

Ares no esperó más y se apartó un poco para arrancarle el jersey y acariciarla por todo el sonrosado cuerpo, Scarlett se sintió en el cielo por sus ardientes caricias; despertaban todos sus sentidos. Entonces Ares comenzó a besarla en el cuello, dejándole dulces y ardientes besos hasta llegar a sus pechos, besando sus montículos por encima del sujetador.

—Eres tan preciosa..., me matas, Scar. No tienes ni idea de lo mucho que te amo, mi corazón volvió a la vida en el momento en que tu mirada se cruzó con la mía —susurró en su oído mientras se deshacía de su sujetador.

—Yo también te amo, no podría vivir sin ti. Ares...—gimió su nombre en cuanto él puso sus grandes y ásperas manos en sus pechos, mientras que con el pulgar atormentó al pezón haciendo que este se alzara hacia él pidiendo más atención.

Entonces bajó su boca y comenzó a lamerlos, Scarlett gimió y tuvo que sujetarse de los cabellos ondulados de Ares, sus piernas se estaban convirtiendo en mantequilla por las caricias del Dios. Su sexo estaba demasiado necesitado de él y cada lametazo que ofrecía a sus pechos, enviaba una descarga por todo su cuerpo que explotaba en su sexo. Scarlett creyó que se podría correr solo con sentir el caliente aliento de Ares y su lengua atormentando a sus pechos. Ares bajó una mano y le desabrochó los pantalones e introdujo su gran mano hasta posarla en su núcleo más caliente.

—Me encanta lo húmeda que estas para mí, solo para mí —susurró en sus pechos y después del último lametazo y succión, que se clavó en el sexo de Scarlett, la besó ardua y apasionadamente en los labios.

Scarlett soltó un gritito mientras sentía los dedos de Ares empapándose de sus jugos para después friccionar duramente su botón más sensible. Iba a correrse, no podía aguantar ese ritmo frenético de sus caricias mientras la devoraba de igual forma con sus adictivos labios. Introdujo su lengua para jugar con la suya mientras que con la mano que tenía libre la sujetaba firme, pues de no ser así, Scarlett se hubiera caído de bruces al suelo por el placer que estaba sintiendo.

—¿Te gusta así de duro? —le preguntó con una sonrisa pícaro, estaba claro que sí. Y Scarlett no pudo más que asentir con la cabeza mientras gritó por la liberación.

Scarlett estalló en la mano de Ares, creando más humedad. Él aflojó el ritmo alargándole el orgasmo mientras ella le clavaba los dedos en los fuertes hombros.

Una vez dejó de temblar por el placer, Ares se deshizo de los pantalones y las braguitas de Scarlett. Ella se dejó hacer, pues después del orgasmo duro y furioso que había tenido, se sentía en el limbo, aunque aún lo necesitaba dentro de ella.

Scarlett se deshizo de la camiseta de Ares, dejando su torneado y perfecto cuerpo a la vista. Era fascinante, brillaba, era perfecto. Alzó sus manos y acarició su bello rostro, después descendió por su poderoso cuello y bajó hacia sus pectorales y abdominales hasta llegar a la cinturilla de su pantalón, allí donde comenzaba esa sexy V. Ares gruñó de excitación mientras la observaba con sus ojos dorados llameando de deseo. Todo en él la hacía sentir que era un Dios, pero ella lejos de temerlo, lo amaba con toda su alma. En ese preciso momento solo podía pensar en tocarlo y darle placer como él acababa de hacer, para después sentirlo en su interior. Scarlett puso sus manos sobre la abultada entrepierna y la acarició; Ares gimió.

—Quiero tocarte —confesó tímida.

—Ya te dije que mi semen es demasiado fértil, ya nos arriesgamos haciendo el amor aunque sea con protección, no quiero correr más riesgos —explicó mientras le alzaba el rostro con una mano y le acariciaba la mejilla. Luego depositó un dulce beso en esos labios que lo volvían loco.

—Pues el día que decidamos tener hijos te voy hacer disfrutar de lo lindo —dijo haciendo un puchero y Ares se echó a reír, con su risa profunda

y masculina.

—Me muero porque llegue ese día, agápi. —Le sonrió y la besó desenfrenadamente—. Acaba de desnudarme. —Le ordenó.

Scarlett así lo hizo, se deshizo de sus pantalones y su ropa interior dejando libre su poderosa erección. Ella gimió y se aguantó las ganas de acariciarla. Luego Ares la instó a abrirse de piernas mientras él se arrodilló entre ellas. Sintió vergüenza porque Ares viera su sexo inflamado y húmedo.

—Me encanta tu olor, es adictivo. —Entonces la cogió de las piernas y la atrajo hacia su boca. Ella gimió.

—Ares... te necesito dentro. —No pudo evitar decirlo.

—Déjame que te pruebe primero, agápi —susurró él muy cerca de su sexo. Scarlett notaba como brotaba más humedad de su interior y como su mirada allí abajo la encendía cada vez más.

Entonces Ares se adentró en su sexo, besando, lamiendo y succionando en su clítoris. Provocando que un calor arrollador se instalara en todo su cuerpo y explotara en su caliente núcleo. Gritó y clavó sus manos en su cabello.

—¡Joder, Scar, voy a reventar de lo duro que me pone tu excitación! —Dio otra lamida que provocó un escalofrío de calor y placer por todo su cuerpo, para después separarse y ponerse un condón.

Ares la acercó a él y acarició su espalda provocándole múltiples escalofríos hasta llegar a sus glúteos, le dio un azote provocando que se arqueara hacia su erección y ambos gimieron. Seguidamente la alzó con una mano instándola a que ella rodeara sus caderas con sus piernas mientras la besaba frenéticamente, y se introdujo en ella de una sola estocada, haciendo que ambos ahogaran un grito de placer en la boca del otro. En seguida comenzó un ritmo duro y rápido que hizo que ambos sintieran su pulso acelerado al máximo y como su libido subía rápidamente; iban a correrse en seguida. Ares aumentó el ritmo volviéndola loca de placer, sus gritos lo ponían cada vez más duro y Scarlett podía sentir como crecía en su interior. Estaba duro y caliente y frotaba un punto que le quitaba el aliento.

Con la mano que tenía en su glúteo la ayudaba a que el movimiento fuera más arduo y excitante. Entonces Ares bajó su pecaminosa boca para susurrarle:

—Estas tan apretada y húmeda... No sabes lo mucho que me gusta estar en tu interior y sentirte mía.

—Ares...—gimió ella cuando notó que estaba cerca.

—Estoy aquí, agápi, voy hacer que te corras ¿Es lo que quieres? —le dijo con voz profunda y seductora.

—Sí, por favor...—Scarlett se sentía en el más absoluto placer, la mente se le nublaba y solo podía ser consciente de como Ares la investía deliciosamente con su gran y poderoso miembro.

Después le depositó un beso en el cuello que la estremeció, luego descendió hasta sus pechos. Le dio otro azote que la hizo vibrar y sentir más humedad entre sus piernas. Ares succionó su pecho y se clavó en ella muy profundamente provocando que explotara por el intenso movimiento de su gran miembro erecto en su interior. Ares la siguió en seguida. Hacer el amor con Scarlett era demasiado intenso, su miembro palpitaba en su interior mientras notaba su ardiente calor y sus contracciones alrededor de su eje erecto y listo para un segundo asalto.

Scarlett se abrazó a Ares hundiendo su cara en su cuello e inhalando su olor a fuego y miel tan característico, en ese momento estaba mezclado con excitación. Aun no sabía cómo podría haber un olor tan malditamente seductor. Ares le acariciaba la espalda desnuda con una mano mientras que con la otra le envolvía la cintura, su miembro aún permanecía en su interior.

—¿Te he dicho ya que te amo, agápi?—le susurró Ares.

—Sí y me encanta. —Sonrió Scarlett.

—Nunca pensé que podría decírselo a alguien —confesó. Scarlett se apartó un poco para mirarlo a la cara.

—¿Lo dices en serio? ¿Nunca?

—Nunca, eres la primera. —Sonrió al ver que eso la hacía feliz.

—Entonces soy muy afortunada. —Rio.

—Sí. —La besó entre sonrisas—. Pero yo soy el que sale ganando. —La volvió a besar y su sexo palpitó.

La tumbó en la cama y volvió a poseerla hasta que Scarlett cayó rendida y se durmió, él la abrazó y se quedó contemplando el rostro de su agápi. Eran tan diferentes como la luna y el sol, pero se necesitaban tanto como ellos. Él seguía siendo un Dios del Olimpo inmortal y ella una humana, con habilidades, sí, pero seguía siendo mortal. Y el pensar que un día ella no estaría con él, lo mataba por dentro. Que ella envejeciera le daba absolutamente igual, la quería de la misma manera, lo que no soportaba era la idea de pensar que un día ella moriría. La abrazó fuerte y le depositó un suave beso en la frente.

Scarlett se levantó inquieta. Por la poca luz que entraba por la ventana, pues estaba el cielo nublado, debía de ser medio día ya. A pesar de que Zeus había muerto aún había caos por todas partes, y no pensaba dejar a Kholton enfrentarse a todo eso él solo. Cuando despertó, Ares ya no estaba en la cama con ella, lo entendía perfectamente, pues estar allí sin poder hacer nada mientras ella dormía debía de ser muy aburrido. Se levantó y se dio una ducha reparadora, el sexo la había dejado muy agotada después del día que habían tenido, y pensó que ni siquiera había hablado con su padre, se sintió avergonzada; seguramente sabía qué había estado haciendo con Ares en su habitación, al igual que Kholton. Se sintió fatal por él, era su amigo y lo quería, sabía qué sentía por ella y eso la hacía sentirse un poco culpable por ser tan feliz con Ares.

Se vistió con unos tejanos cortos sencillos y una camisa azul larga y se calzó con sus deportivas. Después bajó para ver como seguían las cosas. Encontró a Scott y Dafne hablando, en cuanto la vieron aparecer callaron y la miraron.

—Buenos días dormilona ¿Estas mejor? —preguntó Dafne.

—Hola, sí. ¿Dónde están todos?

—En el Olimpo —dijo Scott.

—Han ido a intentar calmar las cosas por allí para que los Dioses colaboren y vencer a los Titanes y encerrarlos de nuevo. También quieren hacer que todos los humanos olviden lo que han visto y vivido y se piensen que ha sido una serie de catástrofes naturales. Pero primero tienen que solucionar las cosas allí —explicó Dafne.

—¿Han ido todos?

—Sí, tenían que apoyar a Kholton, contra más Dioses y semidioses estén a su favor, antes se ganará su confianza —razonó Scott—. Por cierto, tu padre es muy guay. ¡Es Perseo! Nos ha contado como mató a Medusa y nos ha dejado dar una vuelta con Pegaso. —Sonrió encantado su amigo.

—Me alegro. —Le sonrió apenas sin ganas, solo podía pensar en que se habían ido todos y nadie le había dicho nada, ella también quería ayudar a Kholton, apoyarlo como él había hecho—. ¿Por qué no me han avisado? Yo también quería ayudar a Kholton, soy el Escudo.

—Scarlett... él no quiso que fueras. Creo que es mejor que le dejes espacio, ayer cuando te fuiste tras Ares... no tenía buena cara. —Se preocupó

Dafne.

—Yo... ¿En serio ha dicho que no quería que yo fuera? ¡Sabía de mis sentimientos por Ares, siempre se lo dejé muy claro! En fin, la culpable soy yo. —Lágrimas punzaron por salir, su intención nunca fue herir a Kholton y que él no quisiera ni verla le dolía. Aunque seguramente su propósito fuera mantenerla lejos del peligro, al igual que Ares, estaba segura que ambos habían estado de acuerdo en dejarla allí.

—Eh, no cariño. —Dafne se levantó de la silla de madera del salón y la abrazó con fuerza—. Tú no tienes la culpa, Kholton está enamorado de ti y no ha querido desistir aunque sabía que tú estás enamorada de Ares, ahora se ha dado de bruces contra la realidad y simplemente tienes que darle tiempo para que lo asimile y te vea como una amiga.

Scott se acercó a ellas y simplemente las abrazó, dándole su apoyo de esta manera. Él era así, en temas amorosos nunca sabía qué decir. Cuando Dafne les explicaba alguna de sus locas historias con sus ligues, Scott simplemente escuchaba y después intentaba animarla, pero nunca sabía qué decir. Muchas veces se habían reído de él por eso a modo de broma.

Después Scott dijo que iría a preparar la comida mientras ellas seguían hablando de cosas de chicas, pues rápidamente Dafne cambió de tema para sacarle una sonrisa, y le preguntó por Ares, lo cual surtió efecto y puso una sonrisa en su rostro. Aunque seguía preocupada y un poco enfadada porque la hubieran dejado allí.

Durante todo el día no habían sabido nada de ellos, pusieron las noticias y los pocos canales que seguían operativos, hablaban del apocalipsis y que parecía que las cosas se estaban calmando. Se preguntaron si era la calma que precedía a la tormenta. Scarlett esperaba que no, confiaba en que Kholton sabría llevar la situación y todo acabara por solucionarse, y si Ares, Apolo, Artemis y su padre lo estaban ayudando, no tenía la menor duda de que lo conseguiría.

—Parece que los Titanes ya no están en la tierra —informó Scott al ver las noticias por internet desde la mesa del salón.

Eran ya cerca de las cinco de la mañana del día siguiente y aun no sabían nada de ninguno, estaban muy preocupados y por eso no habían dormido a penas. A Scarlett se le había ocurrido por la cabeza la descabellada

idea de ir al Olimpo, sabía dónde estaba la entrada. Pero no sabía cómo estaban las cosas por allí y seguramente si apareciera, todo el mundo sabría que era el Escudo e igual podría alterar más la situación, no lo sabía. Por no decir todo el camino que debía de hacer por la montaña hasta llegar a la cueva, no se acordaría del camino y se perdería, era lo más probable que sucedería.

De repente el cielo se ennegreció aún más y empezó a tronar muy fuerte, Dafne estaba estirada en el sofá, dormida, al menos alguien podía descansar. Scarlett se levantó a ponerle una manta por encima. La tormenta que se estaba desatando le recordó a los truenos de la noche anterior cuando dejó a Kholton tirado por ir a por Ares ¿Estaría relacionado con él?

Capítulo 44

Había pasado otro día desde que se habían ido y aun no tenían ninguna información de ellos, al menos podrían haber venido un segundo a avisarlos de que estaban bien o algo, pero no, ni si quiera Ares se había dignado a aparecer. Seguramente era debido a que en el Olimpo el tiempo pasaba diferente, y había muchas cosas por solucionar, de eso no tenía duda, pero necesitaba saber que estaban bien. En la tierra las cosas estaban mejorando, no había vuelto a pasar nada sobrenatural y la gente estaba empezando a no tener tanto miedo y a arreglar los desastres ocasionados por los Titanes y otros seres que seguían a Zeus, al menos sabían que por esa parte, Kholton estaba arreglando las cosas.

Scarlett estaba mirando por la ventana intentando pensar en alguna forma de contactar con ellos cuando sintió la presencia de Ares, y en unos segundos él apareció en el salón sobresaltando a Scott y Dafne.

—¡Dioses, no aguanto a esa loca!—exclamó Ares. Scarlett lo encaró enfadada.

—¿¡Se puede saber qué estabais haciendo durante tanto tiempo teniéndonos aquí en ascuas sin saber nada de vosotros!?!—le gritó Scarlett cabreada por la preocupación que había sentido.

—Agápi...

—Ni agápi, ni leches ¿Sabes lo mal que lo he pasado estos dos días cuando me enteré que os habíais ido sin mí y después tenernos aquí sin saber qué ocurría? —Las lágrimas amenazaban a salir.

Ares la cogió de la cintura y la abrazó, ella se intentó zafar peleando, pero él era más fuerte y al final se rindió a sus brazos. La verdad es que necesitaba sentirlo cerca de ella, sentir que estaba allí. Su temor a volver a perderlo no lo podía soportar.

—Perdóname, hemos estado muy ocupados, y ya sabes que el tiempo allí es diferente, pero que no te quepa duda de que no ha habido segundo en el que no haya pensado en ti, Scarlett. Perdóname. —Volvió a disculparse abrazándola fuerte, pues sabía que tenía miedo de que él volviera a desaparecer de su vida—. Estoy aquí.

Scarlett se aferró fuertemente a él, había estado esos dos días sin dormir

a penas, pensando en si se habían enzarzado en una guerra contra los que se oponían a ellos, en si estarían bien, en qué estarían haciendo..., su cerebro no había parado de reproducir la muerte de Ares y de su madre una y otra vez, no quería volver a pasar por lo mismo. Cuando estuvo más tranquila se separó de él un poco.

—¿Mejor?—le preguntó él sin querer soltarla.

—Sí, pero aún sigo enfadada contigo. —Le dio un golpe en el brazo y él rio.

—Después te compenso por todo. —Le sonrió pícaro.

—Eres tonto...—Pero Scarlett no pudo evitar sonreír.

—Siento romper este momento, pero... necesitamos respuestas y nos morimos por saber qué pasa —dijo Scott.

Los cuatro se sentaron y Ares los puso al corriente de todo. Les contó que Kholton poco a poco y con la ayuda de todos estaba manteniendo el control en el Olimpo, gracias a Perseo y Hades, habían conseguido encerrar a los Titanes de nuevo. Artemis y Apolo ponían paz entre los Dioses que se revelaban y poco a poco eran más los que confiaban en Kholton y veían en él un líder honrado y valeroso. Aún quedaban muchas cosas por hacer, pero iban por el buen camino. Su único problema seguía siendo Atenea, quien no atendía a razones, Zeus la tenía totalmente manipulada.

—¿Era a ella a quien te referías cuando has llegado y decías que estaba loca? —le preguntó Scarlett.

—Sí, he intentado razonar con ella, pero es imposible, solo quiere venganza y más venganza, no ve más allá. No quiere ver que Zeus era un hijo de puta controlador que solo quería el poder absoluto para él.

—Y... ¿ahora qué? —preguntó Dafne.

—Pues tendremos que vigilarla de cerca y esperar que el Olimpo vuelva a estar unificado, será entonces cuando podremos intervenir en los humanos y hacerlos olvidar lo que han podido ver. Pero necesitamos la colaboración de todos los seres divinos, así que llevará tiempo.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Scott.

—Podéis volver a la normalidad, todos. —Miró a Scarlett.

—Ni hablar, yo me voy contigo al Olimpo, tengo que apoyar a Kholton y pasar tiempo con mi padre.

—Puede ser peligroso, aún no se fían de mí, y si se enteran de que tú eres lo más importante que tengo, no dudarán en hacerte daño, sobre todo Atenea, que aunque esté encarcelada, es demasiado lista.

—Me da igual, quiero estar contigo, aquí ya no hago nada. —Ares suspiró.

—¿Estás segura?

—Muy segura. —Ares la besó profundamente.

—Pero si veo la más mínima mirada o acción contra ti de cualquiera, nos vamos a mi palacio en las profundidades de la tierra —dispuso Ares.

—Tu palacio estará bien. —Le sonrió—. Quiero verlo. —Ares la besó rápidamente.

Y así lo decidieron, los tres amigos se despidieron entre besos, lágrimas y abrazos. Scarlett les prometió que los visitaría cuando las cosas estuvieran encauzadas y luego ella y Ares desaparecieron para ir al Olimpo.

Cuando Dafne y Scott recogieron sus cosas cerraron la mansión y se fueron a volver a la normalidad, cosa que en ese momento les parecía muy raro después de haber vivido y convivido durante más de un mes con Dioses y cosas sobrenaturales.

Scarlett y Ares se aparecieron en el Olimpo, como Ares ya era bienvenido en él podía aparecer y desaparecer cuando le diera la gana, y como Scarlett era el Escudo tampoco había problema. En cuanto llegaron, Scarlett sintió el poder de Kholton, no se acostumbraba a que su amigo tuviera ese poder tan brutal y esa presencia, seguro que era en parte por eso por lo que muchos de los Dioses se habían unido a él. Pero en vez de convencerlos a la fuerza bruta, pues podría porque ahora era el ser más poderoso que había en el universo, no lo estaba haciendo y eso lo honraba mucho.

Se encontraban en una especie de habitación lujosa, parecía una salita de estar decorada con esculturas y pinturas clásicas, pero había un sofá, sillones y una mesa.

—Esta es... digamos, la habitación donde estoy cuando Kholton no me necesita, es una de las muchas habitaciones de su palacio —explicó Ares—. Siéntela como tuya también.

Scarlett asintió observándolo todo. Ahora que su mundo era este, el estar rodeada de seres inmortales, a Scarlett se le había pasado por la cabeza pedirle a Kholton que la convirtiera en un ser inmortal. Leyó que el Dios más poderoso tenía el poder de dar la inmortalidad y la juventud eterna. No es que eso la hiciera feliz, lo que la hacía feliz era poder estar con Ares sin que él se sintiera culpable por dejarla cuando ella ya fuera una señora mayor, que lo entendería. Pero no quería ponerse ni ponerlo en esa situación. Tampoco lo

de vivir para siempre le había llamado la atención alguna vez, pero solo quería vivir hasta que Ares dejara de hacerlo, al igual que su padre. Ahora que lo había encontrado quería recuperar los momentos perdidos. Echaría de menos a Dafne y Scott, pero en su interior ya había decidido que su mundo era este.

—Vamos, ahora mismo están reunidos los Doce Olímpicos con algunas deidades menores, seguramente no me esperan ver allí, nunca acudí a casi ninguna reunión —dijo serio.

—Pero... yo, no soy nadie, no puedo estar allí, ¿no?

—¿Quién lo dice? Eres el Escudo y estás conmigo, esto te concierne. — La cogió de la mano y salieron fuera.

La guio por el inmenso palacio, que ahora era de Kholton. No había ningún caos como la última vez que estuvo. El palacio era impresionante, con mucha luz y preciosos, daba la sensación de estar dentro de una nube blanca. Cuando llegaron a una puerta gigantesca de madera, Ares tocó y los nervios de Scarlett la traicionaron.

—Tranquila, no pasará nada, estoy contigo —le susurró Ares y la besó. Ella asintió y se abrió la gran puerta.

Cuando dieron un paso al frente entrando a la sala que parecía eso, una sala inmensa con una mesa enorme con todo de Dioses sentados alrededor de esta, sus nervios se acrecentaron y se puso tensa. Al fondo estaba Kholton presidiendo la mesa en un gran trono, a su lado estaba Apolo y al otro Artemis, su padre estaba sentado al lado de Artemis y al lado de Apolo había una silla vacía, la cual supuso que era de Ares. Todos enmudecieron al verlos allí, no sabía si era porque no se fiaban de Ares o si era ella la que ocasionaba ese silencio y que todos aquellos Dioses los miraran. Ares apretó su mano infundiéndole fuerza y comenzaron a caminar pasando por Eros quien la miró con arrepentimiento, por Poseidón, que lo reconoció por el tridente, y quien la quiso asesinar. Lo sucedía Dionisio, Era, incluso Afrodita estaba allí, quien la miró con recelo pero no vio el odio que le profesó en su momento. Al otro lado vio a Hefestos, Hermes y Hestia, quien le sonrió. También estaba Deméter, quien tenía un lugar al lado de Perséfone seguida de Hades. La única que faltaba era Atenea, y todos sabían por qué. Kholton chasqueó los dedos y apareció una silla vacía al lado de la que ya estaba vacía, justo al lado de Hades y Perséfone, quien les sonreía, ella le correspondió a la sonrisa.

Scarlett no pudo obviar la mirada seria de Kholton cuando él siempre estaba sonriendo, también había notado que no le había quitado la mirada de

encima en todo el paseo hasta su asiento.

—Me alegra volver a verte —le susurró Perséfone con una sonrisa. Sus cabellos anaranjados y largos se agitaron cuando se giró para mirarla.

—Igualmente. —Era muy guapa y Scarlett se sonrojó, estaba muy nerviosa por todo lo que estaba sucediendo y la tensión que había en el ambiente.

—Bien, ahora que estamos todos —comenzó a decir Kholton—. Quiero que sepáis que los que no estáis de acuerdo conmigo haré lo que haga falta para ganarme vuestro respeto, solo quiero lo mejor para nuestro mundo y el humano, y con Zeus nada de eso iba ser posible. Muchos de vosotros habéis sido traicionados y utilizados por él, yo os prometo que jamás iré con intenciones ocultas, siempre iré de cara y os lo demostraré. No quiero ser vuestro líder, quiero ser vuestro compañero, solo alguien en quien confiéis y en quien sepáis que podéis recurrir.

—Eso es muy bonito, pero tú ni siquiera eras un semidiós, no sabes nada del Olimpo —se quejó Poseidón—. Estoy de acuerdo con que Zeus no era trigo limpio, yo mismo estaba amenazado por él, pero nadie nos dice que no lo hayas matado por avaricia.

—¡Eso no es así! —Se puso en pie Scarlett en un arrebato, se avergonzó al segundo, pero no iba a permitir que hablaran así de su amigo—. Quiero decir, conozco a Kholton y es la persona más humilde y honrada que he conocido, supongo que ya os han contado como fue su batalla contra Zeus. Lo hizo por nosotros, tanto por los seres divinos como por los humanos. ¿Creéis que alguien se prestaría a una lucha contra un ser superior sabiendo que podría perder la vida solo por su propio egoísmo? No, si hubiera sido así, podría haber hecho trampas y haberlo matado a traición, pero no, él quiso que Zeus supiera de antemano contra quien estaba peleando, no se escondió aun sabiendo que él era más poderoso, y ganó por su honradez, su valentía y porque la Espada mata Dioses quiso que Kholton fuera el nuevo rey del Olimpo. Es el ser más bueno, luchador y valiente que conozco, y lo da todo por quienes le importan. Así que podríais estarle agradecidos por haberos salvado el culo de un Dios tirano que seguramente hubiera acabado con todos vosotros para llegar al poder más absoluto. —Cuando Scarlett se dio cuenta de que estaba regañando a un montón de Dioses cabreados, se sentó en su sitio sintiéndose culpable por haberse metido donde no la llamaban, no se atrevió ni a mirar a Kholton.

Perséfone le puso una mano en el brazo y le susurró:

—Bien dicho. —Le sonrió.

—El Escudo tiene razón —dijo Eros sonriéndole—. Muchas gracias, Kholton. —Él simplemente asintió, se había quedado mirándola.

Entonces todos empezaron a murmurar y a hablar de todo lo que habían tenido que hacer por Zeus alguna vez, todas las veces que se habían sentido inferiores a él por las amenazas que les había hecho para conseguir sus propósitos. Entonces comenzaron a cavilar que quizá Kholton sería un mejor rey del Olimpo y que si la Espada mata Dioses así lo había querido, sería por algo.

Después comenzaron a hablar de cómo cada uno tenía que actuar para recuperar el equilibrio, tanto en la tierra como en el Olimpo, junto con los demás seres divinos.

Aunque Atenea era un caso aparte del que se encargaría personalmente Kholton, prometiendo que no le haría daño, que su intención era que los Dioses estuvieran unidos. Y pronto se organizaron para ayudar a los humanos, que olvidaran lo que había sucedido y para calmar a los demás seres divinos.

Cuando todos se estaban dispersando, Afrodita se acercó a ella y rápidamente Ares se puso en medio.

—Tranquilo tigre, solo vengo a hablar con ella —dijo Afrodita.

—No te pases un pelo, Afrodita —la amenazó Ares.

—Estoy intentando cambiar, ¿vale? —Cogió a Scarlett del brazo y la apartó de Ares—. Scarlett, sé que me odias y me odiaras por siempre, pero solo quería que supieras que nunca fue mi intención hacer daño a tu madre, solo quería que Ares me prestara atención y por culpa de mi egoísmo y mi tozudez metí a mi hijo en esto, pues lo amenacé con quitarle el amor de su esposa Psique con el apoyo de Zeus, es por eso que él no pudo hacer mucho. Me arrepiento mucho y sé que no me perdonarás, pero quiero que sepas que lo siento, aunque creas que somos seres sin sentimientos ni escrúpulos, vivir esta situación me ha enseñado mucho. —Scarlett no supo qué decir, parecía sincera, pero era una Diosa, no sabía si podía confiar en ella. De todas formas sabía que nunca iban a ser amigas, pero por lo menos intentaría ser cordial con ella. En parte que su madre estuviera muerta era su culpa, pero intentaría no querer asesinarla.

—Está bien, te creo. —Es lo único que pudo decir. Afrodita le dedicó una sonrisa triste y se fue con Hefestos quien la esperaba un poco apartado.

—Parece que han vuelto juntos...—murmuró Ares. Scarlett lo miró

pensando que podrían ser celos, pues Afrodita era muy hermosa y no era de extrañar que Ares se hubiera sentido atraído por ella y siguiera sintiendo cosas por la Diosa del Amor—. Parece que sí que ha cambiado.

—Ares... tu... ¿Aun sientes algo por ella? —Los celos la inundaron.

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo puedes decir eso? Sabes que solo estás tú, para mí solo existes tú y nadie más, te amo con toda mi alma y mi ser, nunca dudes de lo que siento por ti, es lo único que me hace sentir vivo. —Le cogió la cara entre sus manos y la besó apasionadamente. Ella le sonrió.

—Me encanta que me digas esas cosas tan románticas. No te pegan nada. —Rio abrazándolo. La verdad es que necesitaba esas palabras, hablar de su madre le hacía recordar ese día tan horrible en el que Zeus la mató y su mundo se hundió en la más absoluta de las penas. Se hundió en su pecho cogiendo fuerzas para no ponerse a llorar allí mismo.

Capítulo 45

Cuando tuvo las fuerzas necesarias, pudo separarse un poco de Ares y mirarlo a esos ojos dorados brillantes que la volvían loca para ver lo mucho que la amaba, eso era lo que le transmitían sus ojos, amor. De repente escuchó un carraspeo cerca de ellos y Scarlett miró hacia su derecha sabiendo a quién pertenecía ese sonido.

—Scarlett, ¿podemos hablar? —le preguntó Kholton. Ella se separó un poco de Ares y le sonrió.

—Claro, yo también quería hablar contigo. —Luego miró a Ares—. Después te busco. —Le dio un beso y Ares asintió serio.

Kholton comenzó a caminar por la sala hasta salir por una de las entradas que había en la otra punta, Scarlett lo siguió. Era muy raro que se comportara así, el Kholton que ella conocía no estaría tan callado y serio, seguramente ya hubiera hecho alguna broma, esto era una mala señal. Caminaron hasta llegar a una especie de claustro en el que había en el centro una fuente rodeada de flores brillantes y un banco, Kholton se sentó y ella lo imitó.

—¿Te gusta? —le preguntó al cabo de un rato—. En cuanto vi este sitio pensé en ti, no sé por qué. —Rio triste.

—Me encanta, es muy bonito. —Le sonrió preocupada—. Kholton, ¿qué te pasa? No eres tú. —Le puso una mano encima de la suya. Vestía con una túnica que dejaba al descubierto parte de su perfecto torso, como los demás Dioses, pero la suya tenía bordados de oro.

—No sé si voy a saber llevar esto, aunque tengo vuestro apoyo, no sé si seré lo que necesitan que sea —confesó, aunque Scarlett pensaba que había algo más.

—Claro que sí, vas a ser el mejor rey del Olimpo de la historia, harás grandes cosas y los Dioses te apoyan.

—No sé, no todos, y aún desconfían de mí.

—Solo con el tiempo verán lo adecuado que eres. Tienes que ser tú mismo, con tus bromas, tus sonrisas. ¿Dónde está ese chico tan seguro de sí mismo? Quiero verlo. —Chocó su hombro con el de él en broma.

—Gracias por haber salido en mi defensa antes, estás loca por haberlo

hecho teniendo en cuenta que estabas regañando a los Dioses del Olimpo, pero muchas gracias —bromeó siendo el Kholton de siempre.

—De nada, ya sabes que soy una temeraria. —Rio y Kholton cogió su mano para entrelazar sus dedos con los de ella.

—Ojalá las cosas fueran diferente. —Le sonrió triste. Scarlett sabía que se refería a su relación y no supo qué decir, no quería hacerle daño—. Me enfadé, ¿sabes? Cuando te fuiste tras él. Soy idiota, ya lo sé, porque desde el principio me dejaste claro que lo amabas a él, pero tonto de mí pensé que quizá yo era suficiente para que te enamoraras de mí con el tiempo.

—No digas eso, tu vales mucho, eres buena persona, valiente, honrado, guapo, listo, seguro de ti mismo y ahora mismo eres el ser más poderoso del universo, lo tienes todo, chico. —Rio—. Y estoy segura que encontrarás a la chica adecuada para ti, te lo prometo. Además yo no soy tan genial como parezco. —Sonrió en broma.

—Sí lo eres. —Le dio un beso en la mejilla—. Te prometo que haré lo que esté en mi mano para poder verte solo como una amiga, pero necesito tiempo.

—Claro, y cuando estés preparado yo estaré ahí, no me pienso ir a ningún lado. —Le sonrió.

—Y ¿de qué querías hablar tú? —le preguntó curioso.

—Pues quería pedirte un favor. Me he dado cuenta que las personas que más me importan a parte de Scott y Dafne, viven en este mundo, el mundo de los inmortales. Tú, Ares, mi padre y Apolo, sois mi familia, y me gustaría pasar la vida con vosotros, estar con vosotros. No te voy a engañar, principalmente es porque si yo envejezco..., temo que Ares deje de amarme un día, que lo entendería perfectamente, pero..., me gustaría vivir con él hasta el fin de nuestros días sin que mi edad sea un impedimento.

—¿Me estas pidiendo que te conceda la inmortalidad y la juventud eterna? Porque una no viene con la otra. Lo sabes, ¿no?

—Sí, leí la historia de Eos y Títono, ^[8]no quiero que nos pase eso —reconoció Scarlett.

—Me imagino. ¿Ares lo sabe?

—No, no le he dicho nada ¿Crees que querrá pasar la eternidad conmigo? —preguntó dudosa.

—Estaría loco si no quisiera. —Le sonrió apretando la mano que tenían entrelazada.

—Entonces... ¿Lo harás?

—Si es lo que quieres, sí. Pero después no habrá vuelta atrás, nunca podrás envejecer ni hacerte mayor, es algo que no todo el mundo está dispuesto a sacrificar.

—Lo sé, ¿es de locos no? Hace apenas unos meses estaba trabajando como directora de arte en un teatro pequeño y viviendo en un piso de alquiler. Mi vida era sencilla y nada complicada, y ahora tengo habilidades sobrenaturales, he bajado al submundo, tengo amigos que son Dioses, salgo con el Dios de la guerra, mi padre es un semidiós y no uno cualquiera. ¡Es Perseo! Mi mejor amiga de toda la vida resulta que es una ninfa y... ahora estoy decidiendo si quiero ser inmortal o no. ¡Una locura total! —Los dos se echaron a reír.

—Y que lo digas, yo al menos tenía la ventaja de que ya conocía este mundo, pero tampoco me hubiera imaginado que acabaría dirigiendo el Olimpo y enamorándome de la única chica que no cae rendida a mis pies —bromeó.

—Eres un ligón. —Chocó sus hombros.

Scarlett apoyó la cabeza en el hombro de Kholton, pensando en todo lo que había sucedido desde el primer día en que había conocido a Apolo y a Ares en el teatro la primera vez que los vio, hasta ese preciso momento. Las personas que había conocido como Kholton y su padre y las personas que había perdido, como a su madre. Scarlett no pudo evitar sollozar y Kholton la abrazó atrayéndola a su pecho, no dijo nada, simplemente dejó que se desahogara.

—Yo también les echo de menos, es normal, pero tienes que pensar que ella te quiere y está feliz allí donde esté —susurró entendiéndola. Y Scarlett lloró más por su madre, por Kholton, por saber que ella aún tenía a su padre pero que él los perdió a ambos.

—Gracias. Tú tampoco estas solo, lo sabes, ¿verdad? —dijo cuando estuvo más tranquila y le dio un beso en la mejilla.

—Lo sé y todo es gracias a ti. —Le sonrió y la abrazó fuerte dándole un suave beso en la cabeza.

—Yo no he hecho nada, has sido tú con tu personalidad arrolladora. —Rieron. Se quedaron en silencio durante unos minutos.

—Vamos, será mejor que te lleve de vuelta con Ares, no quiero darle motivos para matarme —bromeó y Scarlett sonrió. Se pusieron en pie y caminaron cogidos de la mano un rato.

—En el fondo le caes bien y confía en ti —le dijo Scarlett.

—Pues mal hecho, si tuviera alguna oportunidad ya serías mía —dijo medio en broma—. Él también me cae bien y sé que cuidará de ti, y más le vale, ahora soy el ser más poderoso. —Rieron.

Llegaron al cuarto en el que se estaba Ares y llamó a la puerta. El Dios de la guerra abrió con cara de acelga, como no, y Scarlett le sonrió.

—Habéis tardado mucho —se quejó.

—Teníamos muchas cosas que decirnos. —Le sonrió Kholton encogiéndose de hombros—. Bueno ya me dirás cuando quieres hacer eso. —Le guiñó un ojo y se fue.

—¿Qué ha querido decir con “ya me dirás cuando quieres hacer eso”?— le preguntó Ares. Scarlett lo abrazó y lo besó poniéndose de puntillas, aun así le costaba llegar a sus labios, pero Ares se dejó besar.

—Tengo que contarte algo. —Ares frunció el ceño.

—No es nada malo, bueno no lo sé, depende. —Rio.

—¿Qué ha pasado Scarlett?

—Nada, no te preocupes, ven. —Lo cogió de la mano y lo llevó al sofá. Allí le contó su idea de convertirse en inmortal.

—¿Qué? A mí no me importa que envejezcas, me seguirás pareciendo preciosa, y te amo por quien eres, no por tu físico, aunque seas la mujer más preciosa del universo.

—Eso es muy bonito y eres un mentiroso. No puedo ser la mujer más preciosa del universo. ¿Has visto a esas Diosas? —Rio en broma.

—¿Qué diosas? Yo solo puedo verte a ti. —Sonrió y la besó—. En serio Scarlett no lo hagas por mí, voy a quererte siempre, sea tu aspecto como sea.

—Pero yo no me sentiré a gusto, y no quiero que te sientas responsable de mí. Cuando sea tan mayor que no pueda apenas moverme o recordar que es lo último que he hecho y tú sigas así de hermoso y joven querrás estar con otras, y lo entenderé, pero no quiero ligarte de esta forma a mí. Aunque no digo que si yo me convierto en inmortal vayas a amarme por toda la eternidad, es decir si dejas de amarme..., no pasa nada, no te sientas mal porque lo hago por mí, es una decisión mía.

—Nunca voy a dejar de amarte, es imposible eso, por mucho que pase el tiempo o cambies, pero no quiero que te pierdas cosas que te tocarían vivir. Si es lo que tú quieres, adelante, te apoyaré porque no hay cosa que más desee que estar contigo el resto de mi existencia. Yo también he estado dándole vueltas a este tema y he llegado a la conclusión de que si tú sigues siendo mortal, habrá un momento en que la vida nos separará, pero no porque

deje de amarte o tú a mí, sino porque no seremos compatibles, no podremos llevar una vida entera ni aquí en el mundo de los Dioses, ni en la tierra.

—Pienso igual, te amo y quiero estar contigo, siempre, mi Dios de la guerra. —Ares la acarició la mejilla y la acercó a sus labios, fundiéndose en un beso lento y pasional, transmitiéndose lo mucho que se amaban.

—Siempre juntos, agápi —susurró Ares en sus labios.

Epílogo

Kholton entró en la celda en la que tenían encerrada a Atenea con la máxima seguridad. Cerró la verja para evitar que escapara. Sus ojos verde brillantes era lo único que podía ver en la oscuridad, eran preciosos. La Diosa estaba sentada en un banco de madera que ocupaba la pequeña celda, no había nada más, solo ellos dos mirándose. Ella le retaba con la mirada, parecía que iba a lanzársele al cuello en cualquier momento, y no por los motivos que a él le gustaría. La verdad es que era muy hermosa. Su vestimenta dejaba muy poco a la imaginación con esa túnica apretada y casi transparente. Su moño de cabello castaño oscuro, una vez estuvo perfectamente consolidado en su cabeza. En ese momento presentaba un aspecto deshecho y sexy con algunos cabellos cayéndole por el blanco y hermoso rostro.

—Si vienes a seguir intentando que te crea lo tienes claro. Que no lles nada con lo que defenderte ya dice mucho de tu estupidez. Estaré encerrada, pero sigo siendo la Diosa de la guerra y la sabiduría —le espetó con rabia. Kholton se acercó lentamente al tiempo que ella se cruzaba de brazos realzando sus divinos pechos.

—No quiero hacerte daño, ya te lo he dicho muchas veces.

—Me necesitas.

—Sí, quiero restablecer el orden.

—¡El orden estaba restableciéndose con Zeus y tú lo mataste! —le gritó cabreada.

—Eso no es cierto y lo sabes, tu padre os estaba usando —dijo sin alzar la voz. Ella gruñó y se lanzó encima de él con fuerza. Los dos chocaron contra los barrotes de hierro mientras ella intentaba ahogarlo.

—¡No te consiento que hables así de mi padre! —le gritó cerca de la cara.

Kholton hizo un gesto para que los guardias no intervinieran, lo último que quería era hacerle daño o que lo odiara más, así que la dejó creer que lo estaba ganando cayendo los dos al suelo.

—Atenea —dijo con voz profunda y seria cogiéndola de las manos. Con un movimiento la tuvo debajo de él y la inmovilizó con los brazos en alto y presionó sus piernas contra las suyas para impedirle que lo golpeará—. Basta,

no soy tu enemigo. —Ella lo miró con esos ojos verde tan preciosos que brillaban con intensidad y reflejaban el odio y el rencor que le tenía. Aun así era preciosa y su miembro reaccionó.

—Sí lo eres, te odio. Jamás vas a conseguir nada de mí —le escupió con furia. Pero vio como la diosa se sonrojaba y su respiración iba más rápida.

—Acabaré convenciéndote. —Le sonrió Kholton seguro de sí mismo y acercando sus labios a los de ella. Entonces vio como entreabría sus labios llenos y seductores y dejaba de forcejear; se estaba rindiendo a él. Bien.

Kholton aflojó su agarre y pillándolo por sorpresa, Atenea le propinó una patada en sus partes y se lo quitó de encima. Ambos se pusieron en pie, el uno frente al otro.

—Atrévete —lo retó ella seria.

Agradecimientos

Hay muchas personas a las que me gustaría agradecer pero en especial a mi familia, a mis padres y mi hermana, que siempre están cuando los necesito y me soportan día a día, muchas gracias por todo.

Agradecer a Red Apple ediciones y a todo su equipo por haberme dado la oportunidad de hacer que mi novela salga a la luz y por todo el trabajo. También a la gente que está ahí apoyándome siempre, mis amigos, mi otra familia, muchas gracias por emocionaros conmigo.

A mi querido grupo “Somos únicas” que desde el principio sois vosotras las que me habéis ayudado a creer que esto podía ser posible, muchas gracias por estar ahí chicas, fuisteis las primeras en creer en mí y estoy muy feliz de que aparecierais en mi vida, os aprecio mucho.

También a las maravillosas chicas de bookstagram con las que puedo fanguirlear y descubrir nuevas lecturas que se suman a nuestra inmensa lista de pendientes, y en concreto a Luce, de La estantería torcida, que me ha apoyado muchísimo y con sus palabras me ha emocionado.

Y finalmente, pero no menos importante, dar las gracias a los nuevos lectores que os animáis con mi novela, muchas gracias por darme una oportunidad y espero que mis personajes os hayan enamorado y robado el corazón como lo han hecho conmigo.



©Lorena Concepción

Red Apple Ediciones 2018
www.redappleediciones.com

^[1] Fatum, -i es una palabra latina que significa destino, hacía referencia aquello que estaba predestinado a suceder y no podía ser cambiado.

^[2] En el libro clásico de la Eneida de Virgilio se relata la historia después de la guerra de Troya en la que el héroe clásico Eneas, busca una nueva Troya, una nueva patria donde instalarse con la ayuda de su madre, Venus o Afrodita. Cuando llegan a las tierras de la reina Dido en Cartago, la Diosa del amor le pide a su hijo Eros que manipule el corazón de Dido para que se enamore perdidamente de Eneas.

[3] Función apotropaica significa que es un amuleto, que protege. En la antigua Grecia y Roma existían los Gorgoneion, medallones con la cabeza de medusa que se creían que protegían del mal, del mal de ojo, etc.

[4] El destino, una fuerza sobrenatural que guía la vida de cualquier ser a un fin no escogido que es inevitable.

[5] Las Nereidas eran cincuenta ninfas asociadas al Mar Mediterráneo, hijas de Nereo y Doris, dos divinidades relacionadas con el mar.

[6] En muchas creencias religiosas existen criaturas llamadas Psicopompo, y su tarea consistía en ser el guía de las almas, ya sea al cielo, al infierno, o como en este caso, al Inframundo. Este era uno de los papeles que se le otorgaba al Dios Hermes en la mitología griega.

[7] Se lee: ekei y significa allí en griego antiguo.

[8] Títono era un mortal hijo de Laomedonte, rey de Troya, y hermano de Príamo. El joven poseía una belleza deslumbrante y la Diosa Eos, Aurora en la mitología latina, se enamoró de él. La diosa le pidió a Zeus que concediera la inmortalidad a su amado, y este accedió. Pero a la diosa se le olvidó pedir también la juventud eterna, de modo que Titono fue haciéndose cada vez más viejo hasta que la diosa dejó de amarlo.